



# HORIZONTES DE VISIBILIDAD APORTES LATINOAMERICANOS MARXISTAS

OBRAS ESCOGIDAS DE

**René Zavaleta**  
**Mercado**

 Sylone **viento SUR**  
traficantes de sueños









Edición autorizada por Alma Reynes, viuda de René Zavaleta Mercado. Agradecemos a la editorial Plural de Bolivia, editora de las obras completas del autor, las facilidades ofrecidas para la realización de esta edición. El presente trabajo está basado en esa edición boliviana.

© 2021, de esta edición, Sylone editorial y Traficantes de Sueños.  
Licencia Creative Commons: Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0  
Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

**Primera edición en castellano:** Enero de 2021.

**Título:** Horizontes de visibilidad. Aportes latinoamericanos marxistas. Obras escogidas

**Autor:** René Zavaleta Mercado

**Maquetación y diseño de cubierta:** Traficantes de Sueños

**Edición:**

**Editorial Sylone 4 Iberia, S.L.**

C/ Comte Borrell, 98, 2º 1ª

08015 Barcelona

**Traficantes de Sueños**

C/ Duque de Alba, 13. 28012, Madrid.

Tlf: 915320928. [e-mail:editorial@traficantes.net]

**Impresión:**

Cofás artes gráficas

**ISBN:** 978-84-122762-5-1

**Depósito legal:** M-1141-2021

# HORIZONTES DE VISIBILIDAD

APORTES LATINOAMERICANOS MARXISTAS

OBRAS ESCOGIDAS DE

RENÉ ZAVALA MERCADO

**prácticas cōnstituyentes**



## ÍNDICE

Presentación de René Zavaleta Mercado	
<i>Luis Tapia Mealla y Oscar Vega Camacho</i>	11
<b>El poder dual en América Latina (1973)</b>	31
Prólogo	33
Teoría general de la dualidad de poderes	39
La dualidad de poderes en Bolivia	75
La cuestión de la dualidad de poderes en Chile	103
Algunos problemas izquierdistas en torno al gobierno de Torres en Bolivia	129
Posfacio sobre los acontecimientos chilenos	173
<b>Las masas en noviembre (1983)</b>	187
<b>Lo nacional-popular en Bolivia (1984)</b>	233
<b>Artículos y ensayos (selección 1974-1984)</b>	247
1. El proletariado minero en Bolivia (1974)	249
2. El fascismo y la América Latina (1976)	295
3. La burguesía incompleta (1976)	303
4. Notas sobre fascismo, dictadura y coyuntura de disolución (1978)	307
5. Cuatro conceptos de la democracia (1981)	319
6. Notas sobre la cuestión nacional en América Latina (1981)	337
7. Problemas de la determinación dependiente y la forma primordial (1982)	349
8. Forma clase y forma multitud en el proletariado minero en Bolivia (1982)	373
9. El Estado en América Latina (1983)	393
10. Problemas de la cultura, la clase obrera y los intelectuales (1984)	421







# PRESENTACIÓN DE RENÉ ZAVALETA MERCADO

*Luis Tapia Mealla y Oscar Vega Camacho*

Las cosas, empero, no deberían suceder en balde.

René Zavaleta Mercado<sup>1</sup>

RENÉ ZAVALETA MERCADO nace en Oruro, Bolivia, en 1935 y muere en 1984 en la ciudad de México de una enfermedad fulminante. Se puede afirmar que tuvo una vida breve, aunque siempre estuvo llena de trajines geográficos, por asuntos familiares y estudios, labores diplomáticas y políticos, y, al final, exilios políticos. Asimismo, aquella vida breve siempre estaría poblada por un continuo e intenso trabajo con la escritura; iniciando sus estudios universitarios comenzó su vida laboral con trabajos periodísticos, que nunca abandonó posteriormente; según sus estancias laborales y académicas, publicará una infinidad de artículos, ensayos y libros.

Recientemente, casi treinta años después de su muerte, se empezaron a reunir y publicar sus escritos completos en cuatro grandes volúmenes, con una edición meticulosa y crítica que posibilitan finalmente poder acceder al conjunto de sus trabajos, ya que todos ellos estaban dispersos en diferentes publicaciones y además en distintos países.<sup>2</sup> Un primer efecto para el lector de estos tomos, al querer intentar una lectura continua, es tener que estar continuamente brincando entre formatos, tiempos y condiciones de escritura de muy distinta índole. Lo cual justamente hace explícito su fuerte carácter de intervención estratégica y laboratorio de pensamiento que hay en su modo de escritura. Por supuesto, también se pueden encontrar ciertas continuidades temáticas e históricas en ese amplio despliegue, aunque, conviene recalcar, que lo más vital y actual de sus escritos está en su capacidad de replanteamiento y reelaboración de los temas y las cuestiones en debate. Por ello, ensayar una lectura crítica es atravesar las pistas

---

<sup>1</sup> René Zavaleta Mercado, *El poder dual en América Latina*, México DF, Siglo XXI, 1973. Incluido en este volumen.

<sup>2</sup> René Zavaleta Mercado, *Obra completa*, La Paz, Plural Ediciones, 2011.



de aquellos saltos y discontinuidades, las cuales nos pueden ayudar a dar pautas e índices de sus enormes potencialidades teóricas y conceptuales, con que se pretende estar interviniendo en las diferentes coyunturas y escenas institucionales.

Su libro, quizás más importante, que se publicó póstumamente y dejó inconcluso, ya que durante su escritura y revisiones se encontró con aquella fatal dolencia, está titulado *Lo nacional popular en Bolivia*.<sup>3</sup> Fue publicado en México en 1986 y, de alguna manera, ha terminado sellando en el fulgor de las palabras finales y las incógnitas del último escrito interrumpido. A partir de esta figura de testamento y legado, pero también de un texto interrumpido o incompleto, ha sido y es aún el mayor motivo de trabajo de las distintas estrategias interpretativas que han surgido a partir de su publicación. Nuestro énfasis estará sobretodo en la reconstrucción y fundamentación de un itinerario intelectual y político que pueda renovar el pensamiento marxista latinoamericano y hacerlo dialogar con las tradiciones del pensamiento crítico.

La publicación de sus escritos, en el contexto de la irrupción de las luchas y victorias de los movimientos sociales e indígenas a partir del año 2000 en Bolivia, permitió visibilizar una renovada vitalidad en los debates políticos del país. Por ello, se puede afirmar que el nombre de Zavaleta Mercado y algunas de sus formulaciones conceptuales —como sociedad abigarrada, paradoja señorial y plebe en acción—, han sido no solamente recogidas y difundidas ampliamente, sino que han servido para nombrar aquellos trastornos coloniales y posmodernos de nuestras sociedades latinoamericanas. Pero también, al mismo tiempo, su uso ha tendido a clausurar y borrar cualquier otro atisbo de problematización o politización en el debate de la actualidad.

Presentar los escritos de René Zavaleta Mercado de sus últimos años, que corresponden a su estadía mexicana de 1973 a 1984, permite un acercamiento al periodo más intenso e interesante o, al menos, para el lector actual, de aquel laboratorio conceptual y de capacidad estratégica de intervención. Es decir, se reúnen escritos distintos que posibilitan recorrer las diferentes consideraciones y derivas en torno al debate político sobre Estado, sociedad y nación de los años setenta. Así mismo, también se puede apreciar la amplitud y extensión que estos debates adquirirían por la urgencia en aquellos tiempos de exilio latinoamericano y sus posibles modos de intervención. Efectivamente, la década de 1970 es un tiempo de urgencias sobre las transiciones democráticas y las acciones radicales clandestinas a causa de las dictaduras militares, de la represión y los exilios. Y esto sirve para entender los cambios que se estaban dando y que hoy en

---

<sup>3</sup> Del cual, en esta selección, se incluye el capítulo introductorio.

día podemos nombrar como los inicios del neoliberalismo, pero que en aquel tiempo se vivían como un nuevo ciclo de autoritarismo militar y conservadurismo. Por ello, el debate sobre la crisis política, económica y estatal genera un amplísimo espectro de posicionamientos.

En consecuencia, la lectura de los años setenta y el posterior desembogue de los ochenta, con las aperturas democráticas, no puede tener aquel sentido de una continuidad de los ciclos, que se ajustan y turnan por las propias inercias de las deficiencias institucionales y culturales. O que serían finalmente ciclos estatales solamente, que oscilarían entre el militarismo y el populismo, por las propias carencias o deficiencias de la propia debilidad estatal de los países dependientes y periféricos, en contraste con los países desarrollados y metropolitanos. Pretendiendo de este modo establecer una lectura que privilegia el destino manifiesto del implacable desarrollo capitalista, con todos aquellos entuertos domésticos y sus extravagancias de un mundo finalmente subdesarrollado. Además, de esta manera, consagrando una vez más la versión de la historia de los vencedores.

A contracorriente, en México en los años setenta, algunos exiliados se encontraron y empezaron a nombrarse como latinoamericanos, o al menos empezaron a interrogar aquellos signos de identidad que los estaría conformando, despertando la necesidad de debatir en términos geopolíticos e históricos las contingencias que derivaron en ese inmenso mosaico de particularidades culturales y nacionales. Para ello, requerían empezar a construir un pensamiento y acción política de modo común y, de este modo, poder tratar y problematizar cada una de las particularidades y singularidades que los configuraban, generando de esta manera un horizonte nuevo y común que denominaron Latinoamérica. A partir de lo cual, se volcaron a la búsqueda de la realidad nacional, a repensar los marcos históricos y cognitivos de la denominada propia realidad, a pensar lo nacional. Será el exilio en México durante esa década, lo que dará la oportunidad del encuentro y el debate de las inquietudes y memorias de las luchas y combates que determinaron su destierro y, así mismo, la urgencia de replantear un nuevo presente con porvenir en el continente sudamericano.

En ese marco, leer hoy en día a Zavaleta Mercado puede tener algo como aquella experiencia de lo lejano y lo cercano de una manera simultánea y que nos produce la sensación de inactualidad, no de lo que está escrito sino de aquel que lee. Es como, si los espectros y fantasmas que poblaban al autor aún permanecieran y, al leerlo, ahora nos acechan con la misma intensidad y tenacidad. Como si el tiempo se repitiera o no hubiera cambiado, por más que pensemos que han sido tiempos ya pasados, que se fueron, perdieron u olvidaron. O como si nuestras más íntimas imágenes de los años setenta, son ahora solamente algunas escenas literarias o

cinematográficas familiares, donde pretenderíamos haber terminado desterrando lo que ya no somos, y tal vez nunca fuimos.

Aquella sensación de inactualidad, produce efectos a la vez de distantes y fascinantes extrañezas, como aquellas fotografías analógicas que ahora procesadas circulan velozmente y son susceptibles a múltiples mutaciones y manipulaciones como imágenes digitales en internet. Las imágenes utilizadas en este soporte dan el efecto de detener o suprimir el orden del tiempo, como si el correr del tiempo fuese innecesario para su presencia o solamente un añadido más. Por ello, tendemos a expresar la inactualidad en imágenes, que han borrado su temporalidad o detenido el tiempo, produciéndonos el efecto de no pertenencia, no lugar. Pero persistente, acechan, interpelan. Son también, por ello, llamados de un posible otro tiempo, otro lugar y otra memoria. Llamados de urgencia para reiniciar y recomenzar en el tiempo, con sus tramas temporales y densidades.

## El exilio mexicano

La llegada a la ciudad de México de Zavaleta Mercado en 1973 es cercana a la publicación de su libro en la editorial Siglo XXI, *El poder dual. Problemas de la teoría del Estado en América Latina*, y será prontamente acogido en la UNAM y al poco tiempo invitado a dirigir la FLACSO en la nueva sede de esta ciudad. De alguna manera, en su condición de exiliado político, Zavaleta puede articularse en aquel nuevo ámbito académico, editorial y cultural del exilio latinoamericano de aquellos años, que se venía desarrollando con el decisivo apoyo gubernamental mexicano, queriendo dar continuidad a aquellas iniciativas de apertura y fortalecimiento institucional, como aconteció en un pasado reciente con el exilio español. Aunque eran nuevos tiempos dificultosos en México, después de los sucesos del 68 y la masacre de los estudiantes en Tlatelolco, el nuevo sexenio político mexicano de Echeverría busca un relanzamiento protagónico y progresista en la región sudamericana. Por ejemplo, las relaciones con Cuba serán continuas y en un tono incondicional, como también su rol de mediador con los distintos conflictos armados en Centroamérica y las firmes condenas a las dictaduras militares existentes en el Cono Sur.

Para un exiliado latinoamericano de aquellos años con una formación académica o cultural y artística, ya sea de Chile, Uruguay, Argentina, Brasil, Ecuador, Colombia, Perú y Bolivia será México la mejor opción y la más viable por lo lingüístico, aunque siempre con la sensación de transitoria. Ya que la idea predominante es que ser exiliado es temporal, mientras no se pueda modificar el estado de cosas en su país, entonces está de paso, es solamente un transcurso, como describían: un estar «entre». Esta situación

casi pasajera o de intervalo, que puede durar indefinidamente o el tiempo de vida de estas personas, como fue el caso del exilio español, también puede darles o dotarles de una situación y aptitud inédita de experiencias y aprendizajes. Y, de alguna manera, también sirve o posibilita un descenramiento y desconocimiento de los hábitos y verdades con los que nos constituimos en identidades personales, culturales y políticas.

En una entrevista a José Aricó, exiliado argentino, declarará contundentemente: «¿Qué es lo que se produjo en México? En esencia, un cambio del punto de observación, desde el sitio que se pensaba. Y esto tiene relevancia porque nunca, cuando se piensa, se incorporan en ese pensar las coordenadas del lugar en que, y desde el cual, se piensa. Pero lo que es habitualmente un hecho de conciencia se convierte, podríamos decir, en un hecho de existencia, cuando el desplazamiento se produce». <sup>4</sup> De alguna manera, será la condición del exilio la que posibilita percibir aquel cambio o desplazamiento de mirada o perspectiva, de los vocabularios políticos y marcos teóricos, del cuerpo y sus afectos que lo nutre, los trabajos necesarios y las solidaridades urgentes. Con lo que se van generando conexiones y redes, debates y proyectos, comunidades de afecto y solidaridad personal. El exilio latinoamericano en México tenía esas particularidades, en la Facultad de Ciencias Políticas y en la Facultad de Filosofía y Letras en la UNAM daban clases y a la vez se crearon nuevas instituciones académicas de investigación social como FLACSO, o el Instituto del Tercer Mundo, por ejemplo. Pero también surgieron una multiplicidad de iniciativas editoriales de distinta capacidad como FCE, Siglo XXI, Era, Nueva Imagen, Caballito y muchas otras. Y, por supuesto, una infinidad de revistas y publicaciones periódicas que en ese tiempo jugaban un papel estratégico en la difusión y debate de libros e ideas.

En un sugerente ensayo de Verónica Gago, *Controversia: La lengua del exilio*, apunta: «El exilio como modalidad de experiencia política está presente en los orígenes mismos del marxismo latinoamericano. Oscar Terán en el primer número de *Controversia* traza la línea de filiación de Mariátegui en Europa al exilio mexicano de Aníbal Ponce. Y describe ambas circunstancias como momentos paradójales, en los cuales desde afuera se descubre un adentro. El exilio como momento de inteligibilidad casi privilegiado: una distancia que permite ver lo que inmerso en la dinámica de los hechos del propio lugar se desdibuja». <sup>5</sup> Es interesante notar esta filiación tan central entre exilio y marxismo latinoamericano o, al menos, al establecerse entre algunas figuras más decisivas, y que podríamos aún añadir, sin desdibujar aquel panteón, el caso de los argentinos mencionados o el de Zavaleta

---

<sup>4</sup> José Aricó, «Los gramscianos argentinos», *Punto de vista*, Buenos Aires,

<sup>5</sup> Verónica Gago, *Controversia: La lengua del exilio*, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2012, p. 39.

Mercado. Donde quizás está el meollo de esta filiación es en torno a la idea de Latinoamérica, aquella dificultosa y aun difícil entidad que las agrupa y aún las nombra desde una denominación lingüística, que no es el caso, pensemos por ejemplo en Brasil o el Caribe, pero más aún de aquellas presencias cada vez más predominantes de afroamericanos. No solamente se daría una continua invención de lo latinoamericano o de un pretender descubrirlo, recreando una y otra vez, siempre con la urgencia de desmontar y desvelar los filones de los estratos con que se compondría históricamente aquel denso y arrumbado mundo subalterno del sur del continente.

La publicación de su libro *El poder dual* en la editorial Siglo XXI, que operaba como el núcleo del pensamiento político y filosófico de actualidad en lengua castellana, nos da la pauta de la relación con aquellos otros grupos activos de producción intelectual en México, especialmente en torno a quienes se denominó «los gramscianos argentinos». El libro se escribió entre sus estadias en Santiago, Oxford y México, con el objeto de realizar un análisis en torno a la cuestión estatal a partir de los procesos revolucionarios en la Asamblea Popular en Bolivia en 1970 y el gobierno socialista de Allende en Chile en 1973. Escribirá en tono contundente en el prólogo:

Esta es la razón por la que se engañan de tan grave manera quienes suponen que el cotejo de las situaciones estatales, con su amplísimo juego de matices y de movimiento o proceso es un estudio que solo sirve a los estudiosos, como si estos no fueran más que coleccionistas de la historia. Es al revés. Lo que las cosas han sido queda para siempre, en un sentido o el otro, en el modo de ser de las clases. Los que no averigüen en qué consistieron aquellas situaciones tampoco sabrán por tanto en qué consisten las clases en su actualidad. Quizá lo más característico de una clase con voluntad de poder sea, en consecuencia, la preocupación por los temas estatales. No es una exageración escribir que la difusión de las discusiones estatales es una verdadera medida del grado de proximidad de una clase con relación al poder.

En el exilio mexicano prontamente se articulará un ensamblaje particular entre actividad académica, producción editorial y activismo político latinoamericano con una solidez y proyección que no existía en ninguno de sus países, y que quizás solamente aquel contingente o azaroso encuentro de distintos exilios podía potenciar semejante conjunción y debate. No es el único grupo o ensamblaje de exiliados, habrá muchos y muy diversos, con los cuales se establecen articulaciones o también desencuentros, produciendo profundos desplazamientos de perspectivas, valorizaciones y proyectos. Pero la vitalidad de aquella situación es proporcional con la propia soledad de la condición de exiliado, por lo tanto, el anhelo de acción en su tierra, en su deseado regreso. Consecuentemente, se empieza a percibir

una mutación en el campo y en la figura del intelectual, los pasos de una necesaria reconsideración de su rol en la acción y organización política, cuestiones por las que una lectura latinoamericana de Gramsci será decisiva y clave para mantener su filiación marxista, y además para poder entablar la conversación con las nuevas corrientes del pensamiento radical y crítico.

## El marxismo latinoamericano

No se habla propiamente de un marxismo latinoamericano hasta esas fechas, era en todo caso un marxismo internacionalista en clave nacional, ya sea mexicana, argentina, chilena. Tomará el nombre de marxismo latinoamericano por la fuerza de los acontecimientos que empezaban a descentrar las claves nacionales del canon rector político, primeramente con la revolución cubana y su apoyo inicial decisivo de los sectores populares en toda la región, y después la victoria y caída del gobierno socialista de Salvador Allende en Chile, y posteriormente el triunfo de los sandinistas en Nicaragua. Estos tres acontecimientos en la región tendrán una repercusión decisiva para empezar a tratar de repensar e iniciar la reelaboración de qué puede constituir a una región o bloque geopolítico como escenario de luchas y procesos inéditos de insurrección y autodeterminación. Además, en los mismos años encontrarán vigorosos signos novedosos de una insistente afirmación cultural, por ejemplo, los despliegues en la nueva novela y en el cine, con los que se entablarán encuentros dificultosos y algunas veces sorprendentes resultados.

Para pensar de este modo, la tarea que se impondrán será una búsqueda en la historia, un no solamente mirar el pasado sino desescombrar y reconstruir el sentido del pasado, el por qué y el cómo de lo que nos contamos y también a quiénes contamos. Efectivamente, después de estos acontecimientos y de una infinidad de otras experiencias revolucionarias que fueron derrotadas en la región, se hace necesario no solamente revisar lo que sucede y sucedió, sino también replantear las categorías y marcos conceptuales con que los elaboramos y consideramos. Señala, algunos años después, José Aricó en *La cola del diablo*, en su libro subtítulo *El itinerario de Gramsci en América Latina*:

Yo solo quiero plantearlas y adelantar ahora una advertencia que tal vez resulte obvia, una advertencia que los latinoamericanos muchas veces olvidamos y los europeos no siempre recuerdan. Que cuando hablamos de América Latina evocamos una realidad reconstruida que no es tal, que en los hechos es un «agujero negro», un problema abierto, una construcción inacabada, o como señalara Mariátegui para su nación,

pero que es extensible al continente: un proyecto a realizar. Y en tanto tal, incluye y uniforma conceptualmente diversidades profundas y experiencias disímiles, heterogeneidades estructurales y económicas vastísimas, pluralidades étnicas extendidas, poderes regionales y extranacionales que erosionan un Estado nacional que nunca acaba de constituirse como tal. Como proyecto incumplido está siempre instalado en nuestro horizonte y nos obliga a preguntarnos por nuestro destino, por lo que somos o queremos ser.<sup>6</sup>

Si hasta ahora es un proyecto incumplido y a realizarse, también se hace necesario una indagación sobre cómo se piensan, hacen memoria y se escriben aquellos procesos históricos que marcaron el destino de este continente. Un segundo componente, la urgencia de replantear el trabajo intelectual y cultural en función del horizonte y destino de la emancipación y autoderminación en el continente, para ello jugarán un rol estratégico las lecturas e incorporaciones del pensamiento de Gramsci. José Aricó apunta nuevamente:

Pero más allá de la naturaleza específica de su pensamiento y de la legitimidad de las extravagantes operaciones sincréticas, Gramsci era el primer marxista que desde la política y la reflexión política arrecia hablar para nosotros, intelectuales. En realidad, era uno de los nuestros; de algún modo expresaba lo que nosotros hubiéramos querido ser sin haberlo logrado nunca: hombres políticos capaces de retener la densidad cultural de los hechos del mundo, intelectuales cuyo saber se despliega y se realiza en el proceso mismo del transformar.<sup>7</sup>

Aquella urgencia de nuevas coordenadas para el trabajo intelectual y cultural estará incentivada fuertemente en el pensamiento fragmentario de Gramsci y su particular vocabulario político de los *Cuadernos de la cárcel*, que tiende siempre para el lector a una exhaustiva exégesis e interminable sistematización. Pero también porque se encuentra un denso filón de trabajo de la reconstrucción para la teoría, la historia y la acción desde la experiencia de la derrota política y la propia experiencia de un pensador en el encierro. Y será a través de él que también se pueda rescatar al que denominaron el primer marxista latinoamericano, a José Mariátegui.

Su libro *Siete ensayos de interpretación sobre la realidad peruana* y su trabajo en la revista *Amauta* será parte de la otra coordenada necesaria para orientar el horizonte de trabajo y transformación que se establezcan.

---

<sup>6</sup> José Aricó, *La cola del diablo. El itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

<sup>7</sup> *Ibidem*.

En algún momento dirán que lo que estaban buscando finalmente era la realidad, y es solamente con Mariátegui que pueden centrar esta búsqueda:

Y esto que parece obvio, o quizás hasta banal, para nosotros marxistas argentinos y latinoamericanos representa sin embargo un grueso problema. Si el marxismo era una verdad universal, la realidad, el mundo concreto no podía ser sino un epifenómeno. Para pensar la realidad no era necesario desentrañar las complejidades históricas y genéticas de una formación social cuyo destino estaba ya fijado de antemano. Entre historiografía y política existía un hiato tan evidente que el debate sobre su relación se transformaba casi en un punto dirimente entre el nacionalismo burgués y la izquierda. El discurso que enfatizaba la realidad nacional pertenecía con exclusividad al populismo. Cuando a un peruano genial se le ocurrió escribir el primero y tal vez el único libro marxista en la región, lo llamó precisamente *Siete ensayos de interpretación sobre la realidad nacional*. Y fue esta idea de la existencia de una «realidad nacional» propia e irreductible la que motivó la crítica malevolente y burlona de la Conferencia de los partidos comunistas de 1929, porque en la opinión de los participantes de tal evento no existían realidades nacionales que diferenciaron cada proceso y tornaran específicas las diferentes propuestas de transformaciones.<sup>8</sup>

Un tercer componente de estas nuevas coordenadas será el lento y laborioso trabajo de armar una biblioteca del pensamiento socialista, a través de la publicación de más de un centenar de obras con traducciones cuidadas y anotadas, muchas entre ellas primeras ediciones en castellano. Además se incorporarán los escritos inéditos de Marx y Engels, que posibilitan dar a conocer problematizaciones y anotaciones que modifican las formas de leer y entender los procesos de construcción y elaboración del propio pensamiento marxista.

En su libro sobre los gramscianos argentinos, Rafael Burgos esbozará en torno a José Aricó el nuevo perfil del denominado marxismo latinoamericano:

Cuánto de Gramsci encontramos en el cuerpo y entrelíneas de este texto de Aricó; o en insistir en cómo se justifica claramente esa caracterización de Mariátegui como «primer marxista de América» (y tal vez el único, ya que Aricó no parece encontrarle sucesores) en el contraste entre su fundamentación de la construcción del «socialismo peruano» a partir de la «comunidad rural», fundamento del «comunismo incaico», y los textos de Marx reivindicando el papel de la comuna rural rusa. No obstante es necesario indicar, para finalizar

---

<sup>8</sup> Véase «Debemos reinventar América Latina. Entrevista de Waldo Ansaldi» en *José Aricó. Entrevistas 1974 - 1991*, Córdoba, CEA, 1999.



esta sección, como la amalgama entre la reflectara de Gramsci en torno del fundamental concepto de «hegemonía», el descubrimiento del «socialismo indio» de Mariátegui y el descubrimiento de un Marx diverso de aquel establecido por la herencia «marxista», permite construir una visión radicalmente nueva y productiva de la realidad latinoamericana y de su transformación.<sup>9</sup>

En 1987, José Aricó en su libro sobre el itinerario de Gramsci en América Latina, describirá esta irradiación con cierto aire de homenaje póstumo al pensador boliviano:

Es cierto que para Gramsci esta fascinación por una teoría o por un pensador, que despierta en nosotros no una curiosidad exterior sino un profundo interés, es producto hasta cierto punto de la juventud de quien los estudia. En mi caso diría que el conocimiento de sus escritos constituyó una revelación que se adueñó de toda mi personalidad y que desde ese momento nunca he dejado de ser «gramsciano» no obstante la profundidad de los cambios de mis opiniones respecto aun del propio Gramsci. Y esta circunstancia que debería ser asumida como un pecado de juventud, de ningún modo podría ser justificada como un límite de madurez. Pues vaya en mi disculpa la sabia frase de un amigo boliviano, frecuentador de Gramsci como el que más, y cuya muerte reciente aún nos sigue doliendo.

Me refiero a René Zavaleta Mercado, quien con su habitual causticidad gustaba recordarnos que la adolescencia «llega tarde en América Latina». Y esta es una frase que, más allá de la burla implícita en su letra, encierra un grano de verdad porque nos evoca la imposibilidad de agotar etapas, de consumir experiencias en sociedades donde los tiempos se encalban y, con ellos, nuestras propias vidas.<sup>10</sup>

Esta particular trama temporal o densidad histórica es lo que se denominará como lo abigarrado, y que tendrá un uso estratégico para poder caracterizar la particularidad de las sociedades en Latinoamérica en su desarrollo histórico y las perplejidades que produce en su desenvolvimiento. Por ende, es necesario producir una capacidad de pensar con un conocimiento local en el conocimiento universal, de una permanente traducción y adecuación entre estos ámbitos conceptuales y vivenciales.

---

<sup>9</sup> Rafael Burgos, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

<sup>10</sup> José Aricó, *La cola del diablo...* pp. 44-45.

## Las sendas de lo nacional popular

Los manuscritos del libro publicado póstumamente como *Lo nacional popular en Bolivia* llevaban el título de «Elementos para una historia de lo nacional popular en Bolivia». Por motivos editoriales seguramente eligieron un título más sintético, que finalmente posibilitó una lectura de lo nacional popular como ya algo dado o, diría el autor, como «un dato verificable», contraviniendo a lo que era su principal propósito. Quizás, por ello mismo, desde su publicación, las controversias giraron en torno a qué se denomina como lo nacional popular y sus indefiniciones. Olvidando en su lectura aquellos elementos que en el título del manuscrito señalan que son para una historia de lo nacional popular, de aquello que había que visibilizar, conformar y producir. Evidenciando de esta manera que el problema que produce la lectura es el modo de conocimiento y la función del trabajo intelectual.

Cuando José Aricó hace recuento del itinerario de Gramsci en América Latina, dice:

Se ha señalado y con razón que la categoría de nacional popular tiene un papel central en el pensamiento de Gramsci en la medida en que remite al problema general de las relaciones entre intelectuales y pueblo y de sus consecuencias en términos de la constitución de la nación y de la transformación socialista. Se relaciona con el examen que efectúa de la evolución histórica italiana y la ausencia de una profunda revolución popular capaz de superar, a través de la formación de una voluntad nacional, un distanciamiento secular entre élites y pueblo-nación.<sup>11</sup>

La importancia de esta categoría, en la lectura latinoamericana, estaría poniendo en juego una transformación o, al menos, un desplazamiento en el rol y la función de los intelectuales, de un llamado a un nacionalizarse en clave popular, a democratizarse en términos de saberes o a un proceso de descolonización, que no llegaron a pronunciar ni Aricó ni Zavaleta Mercado. Y quizás tampoco estarían en pleno desacuerdo, pero esta ya es una apuesta contemporánea de lectura, y que los propios acontecimientos en Sudamérica no dejan de pronunciarse.

Regresando a Zavaleta Mercado, escribirá provocativamente en 1983:

Marx demostró que el mundo podía ser conocido dentro de ciertas condiciones y que el hombre podía apropiarse del mundo. Pero para hacerlo, se necesita reducir cada realidad a su significación material-razional y a su sentido histórico. Marx, con el fuego de su pensamiento

---

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 145.

poderoso, ha iluminado después de él todas las revoluciones. Pero el marxismo como tal no ha producido nunca una revolución. Ello ha ocurrido, en cambio, cuando el marxismo ha leído en la historia nacional la formación subterránea de la revolución.<sup>12</sup>

Poniendo en su lugar a toda aquella apuesta vanguardista y radical, más aún a los propios militantes y cabecillas de los partidos autodenominados marxistas de su tiempo, que también es cierto que esas fechas vivían o, mejor dicho, sufrían de la «crisis del marxismo». Aquel paso serán los nuevos tiempos de la conversión a la socialdemocracia de izquierda y los avatares del ascenso del neoliberalismo. La opción de estos pensadores latinoamericanos fue apostar por ensayar la lucha al interior de sus partidos, para una transformación revolucionaria que incorporaría estratégicamente los elementos de la historia nacional popular.

Consecuentemente, aquellos acontecimientos latinoamericanos en los inicios del siglo XXI a través de los movimientos sociales e indígenas convulsionarán y trastocarán profundamente las estructuras institucionales y de autoridad con distinta intensidad y capacidad de formulación de propuestas alternativas, y constituyen otro inciso a debatir y evaluar a veinte años de aquellos sucesos. Pero, no casualmente, figuras como René Zavaleta Mercado resplandecieron con sus escritos que aún son nuestro bastón de ciego para poder avanzar en las ruinas del neoliberalismo con que tenemos que lidiar en nuestra fragmentada contemporaneidad.

## La actualidad de la producción de categorías intermedias

La obra de Zavaleta Mercado tiene relevancia casi 36 años después de su muerte, porque se trata de un conjunto de proposiciones conceptuales que sirven para comprender la condición de la diversidad cultural y social en condiciones de constitución del colonialismo, hace siglos, y de su reproducción a través de las formas políticas modernas.

Su trabajo contiene una serie de propuestas teóricas y metodológicas, así como un conjunto de análisis históricos que son centrales para comprender un país: Bolivia. Pero cuando se necesita elaborar un conjunto de ideas conceptuales (una teoría), que se configura como una constelación que se retroalimenta y potencia y permite abordar una diversidad amplia de dimensiones en la realidad, necesita remontarse más allá de una historia local. Para explicar una especificidad, una historia nacional, Zavaleta Mercado recurrió a otras dimensiones. Por un lado, una teoría que dé

---

<sup>12</sup> René Zavaleta Mercado, «Acercamientos a Marx: ni piedra filosofal ni suma feliz» (1983) en *Obra completa. Tomo II: Ensayos 1975 - 1984*, La Paz, Plural Ediciones, 2013, p. 609.

cuenta de la configuración del mundo en tiempos modernos, las principales formas de articulación de los estados y las sociedades así como de sus historias, que en su etapa madura encontró en el marxismo, teoría que se dedicó a desarrollar, para dar cuenta del tipo de complejidad que implicaba la condición de la diversidad colonial.

A su vez, para pensar y explicar Bolivia, Zavaleta también pensó América Latina. Esto implica que el dar cuenta de una historia nacional es algo que se alimenta del conocimiento de otras historias nacionales, que es lo que permite pensar algunas líneas causales estructurales, que se repiten a través de varias trayectorias históricas nacionales, por debajo y más allá de la especificidad de los eventos que hacen parte de cada historia local.

Su trabajo se dirigió principalmente a la comprensión y explicación de Bolivia, pero los elementos conceptuales que elaboró para dar cuenta de la historia, la política y la vida social en Bolivia, a la vez que se alimentan del conocimiento de otras historias nacionales latinoamericanas, también son útiles para pensar la historia de otros Estados nación, de otras sociedades en el continente. Se podría decir que pueden inspirar o ser útiles para pensar la diversidad social y política en otros lugares del mundo.

Durante la segunda parte de los años sesenta, Zavaleta Mercado maduró su primera obra importante que se publicó como *El crecimiento de la idea nacional* o *El desarrollo de la conciencia nacional*, en otras ediciones, y que sería como la fase madura de su tiempo intelectual y político nacionalista. En este trabajo uno encuentra la continuación y la síntesis madurada de la visión nacionalista que empezó a articularse en el trabajo de Carlos Montenegro, *Nacionalismo y coloniaje*,<sup>13</sup> como también en la obra histórico-política crítica de Sergio Almaraz, *El poder y la caída y Réquiem para una República*.<sup>14</sup>

Se puede sentir o detectar que, en sus escritos de los años sesenta, Zavaleta Mercado conocía la literatura socialista y marxista, pero esta no era el soporte teórico central de sus opiniones. Tenía influencia, sobre todo, de la teoría de las clases sociales. Hacia inicios de la década de 1970 publica *El poder dual. Cuestiones de la teoría del Estado en América Latina*, que es el despliegue y articulación de dos componentes. Es una amplia y erudita discusión sobre la teoría del Estado en el seno de la teoría marxista y, en particular, de la teoría del poder dual, que se despliega en el periodo de la Revolución Rusa. Hay una reconstrucción de los argumentos de Trotsky y de Lenin y, luego, las discusiones que se desplegaron en la experiencia del gobierno de Allende y la constitución de la Asamblea Popular

---

<sup>13</sup> Carlos Montenegro, *Nacionalismo y coloniaje*, La Paz, Ediciones Autonomía, 1944. Se puede consultar: <https://www.bbb.gob.bo/publicaciones/nacionalismo-coloniaje-expresion-historica-la-prensa-bolivia/>

<sup>14</sup> Publicados en 1967 y 1969, respectivamente.

en 1970-1971 en Bolivia, coyunturas en las que se configuran gobiernos de izquierda. Hay una detallada discusión de todas las posiciones que se desplegaron tanto en Chile como en Bolivia y, a la vez, hay una discusión sobre la teoría del Estado en el seno del marxismo y de las tradiciones socialistas en el continente.

Esto significa que en esta transición de una década a otra hay, también, un desplazamiento teórico que resulta en que desde *El poder dual* en adelante la obra de Zavaleta ha de tener como tronco, estructura o soporte conceptual de todas sus posteriores elaboraciones, a la teoría marxista. *El poder dual* está centrado en la teoría política, más adelante será la teoría del valor la que ocupe el lugar central, no tanto como objeto de la escritura sino como soporte de las explicaciones. *El poder dual*, más allá de la discusión y conocimiento de las experiencias chilena y boliviana, contiene una reflexión sobre la teoría política marxista, en particular sobre la idea de la autonomía relativa del Estado y de la política en general, que es un tema que se empezó a discutir fuertemente en este tiempo, sobretodo alentado por la obra de Nicos Poulantzas. En *El poder dual*, Zavaleta Mercado se plantea pensar la especificidad de la historia chilena y de la historia boliviana, que reconstruye junto a la discusión teórica, pero a la vez discute los márgenes de validez de las teorías generales. La idea de dar cuenta de las historias nacionales específicas no lo lleva a negar la validez de las teorías generales, sino a pensar sus límites. Esto recorre toda la obra posterior. En consecuencia, desarrollará ideas que permitan abordar aquello que el nivel de regularidad más general, contenido en los conceptos sostenidos como teoría general, no puede explicar.

El bosquejo de este ámbito de trabajo, Zavaleta Mercado lo hace en torno a la idea de la autonomía de la política, en torno a la cual empieza a proponer varios conceptos —como medio compuesto y la acumulación en el seno de la clase— que implican pensar la historia no solo como oposición estructural. Esto supone pensar que la teoría tiene varios niveles. Hay un nivel de regularidad, que tendría una validez epocal en el horizonte de los tiempos modernos, en la perspectiva de cómo Zavaleta Mercado concibe el marxismo. Hay otro nivel de generalidad intermedia, que en este caso implicaría pensar la configuración del Estado y la vida política en territorios donde hay presencia de estructuras económicas y estatales modernas, producto de la colonización y formas imperialistas posteriores, pero en espacios sociales en los que persisten otro tipo de sociedades y de culturas. Incluso en sociedades más o menos homogéneas, la historia, es decir el movimiento de lo social y lo político, difiere también en cada caso. Hay un fuerte vínculo entre la noción de historia y la idea de la autonomía de la política. Zavaleta Mercado piensa la historia sobre todo a partir de la idea de la autonomía de lo político en condiciones de determinación estructural de larga y mediana determinación,

como son aquellas que vienen de la configuración de un orden colonial y de expansión del capitalismo.

La lectura de *El poder dual* es interesante para tener una mirada penetrante sobre dos importantes experiencias de la izquierda en América Latina. La de Allende, que deviene de una victoria electoral y está vinculada a una idea de una transición al socialismo por la vía parlamentaria y de reformas económicas realizadas en el ámbito de una democracia representativa, por un lado. Y, por el otro, la experiencia de la Asamblea Popular en Bolivia, que se trata de la configuración de un parlamento de fuerzas de izquierda, básicamente sindicatos y partidos, que sustituyen al legislativo configurado por la vía de la competencia electoral, y que es resultado de un contragolpe izquierdista contra el bloque conservador en el país, coexistente de manera paralela a un ejecutivo liderado por un militar nacionalista de izquierda.

Lo que hace interesante al texto es que no solo se tiene esta mirada reflexiva sino que está acompañada de una discusión de los núcleos centrales de la teoría política marxista hacia finales de los años sesenta e inicios de los setenta, que no ha perdido actualidad. En este sentido, *El poder dual* puede ser leído como una reconstrucción analítica-política de dos experiencias de gobierno de izquierda en América Latina, que se refieren a la vía electoral y a una experiencia más obrerista consejista de matriz sindical; también como una discusión en el seno de la teoría política marxista, que no solo reconstruye con erudición las diferentes posiciones teóricas sino que también es un desarrollo, que introduce nuevas categorías, para avanzar en aquellos puntos donde se han detectado dificultades en la explicación de la especificidad y la complejidad de cada historia nacional, que se vuelven también obstáculos políticos, y que aparecen de manera dramática en estos momentos de crisis. A la vez, son condiciones de posibilidad de cambio político y social en una perspectiva de izquierda socialista.

## Los horizontes de visibilidad

Desde finales de los años setenta y los primeros años de la década de 1980, hasta su muerte, Zavaleta Mercado estuvo preocupado por las condiciones de posibilidad del conocimiento social en países que contienen diversidad cultural y civilizatoria. Se preocupó por lo que llamó horizontes de visibilidad, que responde a la pregunta sobre las condiciones de posibilidad del conocimiento social. Desplegó la idea básica de que las condiciones de posibilidad del conocimiento social están dadas por el tipo de configuración histórico-política de cada país, en cada momento. No depende solamente de tener buenas teorías, cosa que es necesario también, sino del

tipo de constitución de sujetos sociales y de cómo estos actúan como parte de la dinámica de estructuras, reproduciéndola y reformándola.

Esto significa que no se puede conocer todo o cualquier cosa en cualquier momento. Esto depende de aquello que la acumulación histórica local permite ver y pensar. En este sentido, hay una alta historicidad del conocimiento. Zavaleta Mercado realizó una reflexión epistémica que, a la vez, es histórico-política; ya que el conocimiento social es básicamente conocimiento histórico. Esto implica que el conocimiento histórico no solo es un saber sobre la secuencia de hechos y su datación, sino también teorización sobre la configuración de tiempos históricos, estructuras sociales, tipos de sociedad, que se mueven en el tiempo a través de la acción de los sujetos.

Zavaleta Mercado sostuvo la idea de que la condición histórica de posibilidad de emergencia de las ciencias sociales modernas, en particular de sus pretensiones de validez general, es el grado de homogenización de la realidad social producido por la emergencia y expansión del capitalismo. En este sentido, la teoría del valor que da cuenta del núcleo de este conjunto de relaciones sociales se vuelve el núcleo de explicación de las regularidades más generales o el proceso de mundialización. Se ha de convertir, también, en el núcleo de sus explicaciones, incluso de la historia boliviana, para dar cuenta de esta dimensión relativa a la modernidad y mundialización del capitalismo y las formas políticas y culturales que genera.

Zavaleta Mercado identificó algunas formas de subjetividad e intersubjetividad que configuraron o ampliaron un horizonte de visibilidad o conocimiento social. Una de ellas, a la que se dedicó por largo tiempo, es lo que llamó centralidad proletaria. Tiene como condición de posibilidad la ubicación estructural del proletariado como una de las clases fundamentales del modo de producción capitalista; pero como Zavaleta Mercado pensó, las clases no son solo la posición estructural sino también su movimiento. Zavaleta Mercado creía que conoce más quien más se mueve en su sociedad, en términos de establecer relaciones, interacción y articulación de acciones y fuerzas. El marxismo es pensado como la explotación cognitiva del horizonte de previsibilidad articulado por el modo de producción capitalista y la modernidad en general. Por tanto, se dedicó durante un buen tiempo a pensar la historia boliviana a partir de la centralidad proletaria, esto es, la historia de la articulación del movimiento obrero y de la articulación de la sociedad civil y parte del país a partir de la política de este movimiento.

Luego, Zavaleta Mercado piensa la ampliación del horizonte de visibilidad que caracteriza esta figura de la centralidad proletaria, que en el caso de Bolivia fue producida por la emergencia del katarismo (movimiento político-cultural aymara) y de la acción política campesina, que emergen como

sujetos políticos autónomos hacia finales de la década de 1970. Aquí se ve con fuerza la idea de Zavaleta Mercado de que el horizonte de visibilidad es algo que se amplía, pero también se puede contraer, de acuerdo con la constitución de sujetos y, en particular, de la autonomía política que encarnan. La emergencia de este tipo de sujetos en la historia boliviana implica una ampliación del horizonte de visibilidad, ya que requería ampliar la visión nacionalista moderna y la visión obrerista, también en buena parte moderna, con la de sujetos que se constituyen a partir de estructuras sociales comunitarias y los ámbitos agrarios.

Esto reforma las visiones meramente modernistas del país, tanto nacionales como liberales y obreristas. Permite volver a mirar y pensar con mayor profundidad la cuestión colonial. De hecho, Zavaleta Mercado se dedicó en sus últimos años no solo a explotar el horizonte de visibilidad ampliado por la emergencia indígena y campesina para pensar el presente del país, sino también a repensar y ampliar la visión que se tenía del pasado; sobre todo pensar la presencia de estructuras sociales, políticas y culturales coloniales como parte de la configuración contemporánea.

En estos años Zavaleta Mercado combinó un trabajo de reflexión epistemológica sobre la producción de conocimiento en condiciones de heterogeneidad social, que implica la propuesta de ideas metodológicas, la producción de conceptos de teoría política y social y el trabajo de análisis y explicación de procesos históricos en Bolivia y América Latina. En esta faceta relativa a las ideas metodológicas que acompañan este tipo de reflexiones, está la idea de la crisis como método de conocimiento. Según Zavaleta Mercado la sobreposición de sociedades que genera el colonialismo produce, también, obstáculos cognitivos y obstáculos político-sociales, además de los mecanismos de generación de formas aparentes que produce el capitalismo como parte de su ideología de legitimación.

La sobreposición colonial hace que también varias cosas aparezcan como algo diferente a lo que son. En este sentido, el conocimiento social es algo que experimenta ampliaciones cuando hay procesos de constitución de sujetos sociales o de reconstitución en los que se cuestiona un conjunto de estas relaciones de dominación de origen colonial o moderno. Se ponen en crisis las formas de reproducción y legitimación del orden existente. Es la acción política y la producción ideológica discursiva de estos sujetos lo que hace ver cosas que estaban ocultas por las relaciones de dominación, que tienen una carga señorial y otra moderna, más o menos liberal. Zavaleta Mercado se dedicó a identificar esos momentos de crisis para explotarlos en una ampliación del conocimiento de la historia del país.

A su vez, Zavaleta Mercado pensó otras condiciones como un método también. Así como pensó la crisis como método de conocimiento de



heterogeneidad social, pensó la democracia como un método de conocimiento estatal; pero podríamos pensar, siguiendo la lógica de su pensamiento, que la democracia no es solo un método de conocimiento para el Estado sino un método de conocimiento político también para la sociedad civil y los ciudadanos en general. La idea es que la democracia en tanto implique vigencia de derechos políticos, en particular, permite que sujetos individuales y colectivos expresen más o menos libremente lo que piensan, que lo que proponen se articule como proyecto, visibilizando sus interacciones, y como articulación de fuerzas políticas. Esto significa que la vigencia de derechos políticos, que es una de las facetas de la democratización moderna, se vuelva una condición de posibilidad de un horizonte de visibilidad ampliado. En la medida en que la democratización se extiende, puede haber también una ampliación del horizonte de visibilidad. En estos años, Zavaleta produjo sus textos teóricos más densos y ricos, como: «Las formas aparentes en Marx» y «Cuatro conceptos de democracia».

En sus últimos años de vida, Zavaleta produce así sus textos más teóricos, en los que habla de los núcleos de configuración de lo social y lo político en el mundo moderno. A través de su producción conceptual, una constelación de conceptos se vuelve una estrategia para profundizar en el estudio del país, lo cual se plasma en su libro *Lo nacional popular en Bolivia*. Este implica pensar este tipo de articulación antes y después del populismo nacionalista o de la articulación entre nacionalismo y populismo que se dio en América Latina entre la década de los años treinta y los años sesenta, que es el horizonte temporal en que buena parte del análisis político y sociológico latinoamericano sitúa la existencia de una articulación nacional-popular.

El trabajo de Zavaleta Mercado permite pensar lo nacional popular antes y después del nacionalismo populista, sobre todo las nuevas configuraciones de lo nacional popular que no están marcadas por el predominio de liderazgos individuales cesaristas sino, más bien, por la configuración de lo que llamó masa, es decir, una condición de fusión de fuerzas sociales, por lo general contra el Estado. Núcleos significativos de este tipo de trabajo se encuentran en la presente selección que, tal vez, pueda permitirles pensar sus propias historias y pensar a América Latina a partir de la producción conceptual hecha desde su acumulación histórica y conceptual.

Valga todo esto como una invitación final para la lectura a un pensador que se autodefine como marxista, latinoamericano y boliviano, que aún vibra contundentemente con sus palabras y expresiones particulares, abriendo perspectivas y perseverancias que nunca desfallecen con el suceder de las cosas y, más bien, encuentra en él la ocasión de la lección, aprendizaje y nuevamente la lucha en curso. Un reorientarse continuamente, un proceso y lucha siempre en términos políticos.

En una entrevista en 1983 con Carlos Mesa, en ese entonces periodista de la televisión, al preguntarle intencionadamente a René Zavaleta Mercado sobre la Revolución Rusa y sus derivas, como también la de la inconclusa Revolución del 52 en Bolivia, este le responde firme:

Bueno, eso es muy simplista, porque la historia avanza fracasando. Es decir, es lo mismo que si habláramos y discutiéramos si la Revolución Rusa ha fracasado: probablemente ha fracasado con relación a algún tipo de proyecto. Por eso dice Marx que la historia avanza por su lado equivocado. Probablemente las tareas democráticas, las tareas nacionales, de alguna manera, mal o bien, se han cumplido desde el 52. Era la única forma en la que podían ocurrir esas tareas. Pero esto no quiere decir que debemos enamorarnos del destino. Hay que saber que la historia de los hombres es algo que ocurre de esta mala manera, pero de eso no puede sacar como consecuencia el renunciamento a la historia. Nunca es saludable aceptar la historia tal como ocurre.<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> «De Cerca con René Zavaleta Mercado [10-11-1983]» en *Carlos D. Mesa Gisbert. De Cerca. Una década de conversaciones en democracia [1993]*. Véase *Obras Completas, Tómo III: Vol. 2. Otros escritos 1954-1984*, La Paz, Plural Ediciones, 2015, p. 110



# EL PODER DUAL EN AMÉRICA LATINA (1973)<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> La primera edición es *El poder dual: contribución a un debate latinoamericano*, Santiago, Universidad Católica de Chile-Centro de Estudios de la Realidad Nacional. Documentos de Trabajo, núm. 8, 1973. Otras ediciones posteriores fueron:

- *El poder dual en América Latina. Estudios de los casos de Bolivia y Chile. Con un prefacio [sic] sobre los acontecimientos chilenos*, México DF, Siglo XXI, 1974 [«13 de enero»]. [«Edición al cuidado del autor»]. En realidad, su «prefacio» es un posfacio, según el índice mismo del libro. El «Prólogo» está fechado: Santiago, diciembre, 1972. El «Posfacio sobre los acontecimientos chilenos» también está fechado: diciembre de 1973. Erróneamente, esta edición se autoidentifica como la primera.

- *El poder dual en América Latina*. [Ya sin las otras aclaraciones y subtítulos], 2ª. ed, México DF, Siglo XXI, 1977. Edición corregida: *El poder dual en América Latina*. [Ya sin las otras aclaraciones y subtítulos]. 3ª. ed, México DF, Siglo XXI, 1979.

- *El poder dual en América Latina. Problemas de la teoría del Estado en América Latina*. 3ª. ed. [es, en realidad, la 5ª ed.]. Cochabamba, Los Amigos del Libro, 1987.

Usamos la edición mexicana de 1974, corregida por el autor. [N. de E.]



## PRÓLOGO

SERVIMOS EN EL MARXISMO a la realidad, es decir, al mundo objetivo, a las clases sociales y su conjunto material, a la escala de su desarrollo y al momento de su desarrollo. El estudio de las condiciones objetivas del momento presente es, por cierto, algo que caracteriza a una correcta política marxista. Es verdad, sin embargo, que no se sirve de un modo adecuado a la realidad sino cuando se la transforma. No hay otro modo de conocerla. Es la realidad misma, por lo demás, la que nos convoca y nos habilita para ese acto de reconstrucción. Ella produce la conciencia en los hombres cuando su voluntad interna quiere que los hombres vuelvan sobre ella y la cambien.

El marxismo, como tuvo Lenin ocasión de recordarlo, analiza situaciones concretas. Los temas, dentro de tal hábito doctrinal, han de ser dados por la realidad y es la realidad también la que debe darnos el camino a seguir, los métodos con los cuales interpretar y con los cuales luchar, así como nos alecciona acerca de las formas del fracaso y nos da las formas de la victoria. Una táctica por tanto, si bien es a la vez una síntesis de toda una historia y de todo un pensamiento anteriores, es a la vez un hecho emergente y no puede evitar un grado de improvisación, porque depende de una situación que, como universalidad de datos disímiles en apariencia, no podría ser pensada con antelación.

En ese sentido, el presente trabajo aspira a ser considerado como lo que es, es decir, como una contribución a la organización de la conciencia de la clase obrera en Bolivia. Es un ensayo, por lo demás, acerca de un momento en la historia de esa clase y, de hecho, es un libro escrito para los obreros de Bolivia, incluso en los capítulos en los que se refiere a la experiencia chilena. El estatus de poder consiguiente a la insurrección de abril de 1952 y la gloriosa historia de la Asamblea Popular en 1971, así como los hechos chilenos posteriores al triunfo de Allende en 1970 son analizados aquí a la luz de la teoría del poder dual elaborada por Lenin y Trotsky en torno a la experiencia rusa.

La de Bolivia, como lo sabe cualquier observador de la vida política de estos países, es una clase obrera en extremo brillante, quizá como ninguna en este continente. Toda la historia de nuestras vidas ha resultado cambiada por la presencia de este sujeto extraordinario y casi inexplicable de la historia de Bolivia. Una clase rica produce problemas con riqueza teórica y, por eso, la cuestión de la dualidad de poderes es tan atractiva cuando se la sigue alrededor de los sucesos de Bolivia en 1952 y 1971. La plétora de vida debe conducir a la expansión de la vida y es fácil comprender por tanto que el destino de esta clase es intentar la captura de un poder que ya se ha replegado, de inconfundible manera, a su zona de emergencia, que es el ejército. El tratamiento de estas experiencias estatales de la clase obrera boliviana está pues lejos de tener el carácter de una memoria histórica o de un escolio académico.

En Bolivia, la clase obrera utilizó con éxito una característica de la realidad que era la debilidad estructural del aparato del Estado, la débil articulación del sistema estatal, su falta de instalación precisa en el tiempo. Es una clase que creció a expensas del poder estatal de sus enemigos, aunque todavía, si así puede decirse, sin vencerse a sí misma, o sea, sin pasar de su formidable fuerza espontánea a su organización como partido proletario. Se puede ser poderoso, en efecto, aunque todavía no se haya construido una conciencia y así, en 1952, por ejemplo, aunque como decía Marx el proletariado «no tenía aún intereses separados de los de la burguesía», sin embargo se constituyó en la fuerza motora de todo el acontecimiento democrático burgués.

La debilidad o inestructuración que enseña el Estado boliviano en la constitución del orden interno de sus factores, aun después de eso que llamamos el Estado del 52, permite como contraste la existencia fundamental de aquella clase que es portadora de un reto estratégico. Los obreros pudieron organizarse de un modo precoz como poder estatal embrionario porque el Estado oficial no era capaz de organizar una opresión eficiente. Pero tanto el Estado aquel como la clase obrera son hijos de la historia. La historia de la clase obrera consiste en Bolivia en que se constituyó en clase contra el poder, se organizó contra el poder y solo por instantes o atisbos no estuvo contra el poder. En eso, precisamente, estaba haciendo el aprendizaje de su propio Estado.

La realidad siguió allá un curso opuesto al de Chile. En Chile, país en el que el Estado existió con características más definidas que en cualquiera otro del área, se dio un mecanismo estatal más desarrollado que la propia base económica a la que debía corresponder, un Estado democráticamente avanzado. La alianza política que sustenta al régimen de Allende intenta ahora explotar en su beneficio este dato esencial de la historia de Chile, que es la hipertrofia de su aparato estatal, de un modo que resulta parecido,

paradójicamente, a la explotación de la debilidad del Estado que hizo la clase obrera boliviana en 1971. En ambos casos, en efecto, no se hace otra cosa que acatar tendencias proporcionadas o sugeridas por la realidad social. En Chile, se tiene el caso del Estado más desarrollado del continente que, en el cumplimiento de su propio rito democrático, se ve obligado a aceptar la presencia interior de clases que en último análisis son ajenas a los intereses de su poder.

La represión sufrida por el pueblo boliviano después del triunfo de Banzer en agosto de 1971 escasamente tiene algún término para la comparación en las experiencias de la América Latina. Algunos arrepentidos bruscos se dieron a deducir de la atrocidad de la derrota que la Asamblea Popular no debió haber existido jamás, que el proletariado debió haberse concentrado en la defensa de Torres y no en la organización de su propio poder. Esto empero, como diría Cervantes, es una prevaricación del buen razonamiento. Es más o menos normal que la melancolía exista en algún sitio del corazón de los vencidos, pero el corazón no piensa bien, melancólico o no. Tanto su intento estatal como su derrota estaban dentro de la estructura histórica del movimiento obrero y no fuera de ella. Pero lo que se aprende de un escrutinio detallado de los hechos es, en cambio, que sin partido obrero la clase obrera no puede vencer. Aunque Torres hubiera repartido armas, ellas no habrían podido ser utilizadas con una eficacia sostenida, que solo podía darles el partido como columna vertebral del movimiento proletario y como portador de su estrategia. Así, esta, la del partido proletario, será una preocupación reiterativa a lo largo de estas páginas. La devastación resultante de la ausencia de dicho partido obrero hegemónico es muy evidente. Pero no está tan claro cuál será el margen de existencia para partidos en el sentido europeo en una situación en la que la democracia burguesa no ha existido sino por exabruptos y de un modo preliminar, confuso y catastrófico. A todos los que en París se sintieron tentados por la seducción de la fuerza espontánea de las masas conviene mostrarles cuál fue el destino de infortunio que vivieron las masas como consecuencia de una tradición espontaneísta.

Con todo (y por ello mismo quizá), la Asamblea Popular no fue invención de nadie ni fue la obra de embelecadores y quimeristas. Si la clase obrera no hubiera contenido en su seno esta experiencia, no la habría asumido cuando ocurrió objetivamente. Habría sido interesante en cambio ver el apuro en que se habría puesto un dirigente cualquiera si se veía en el caso de decir a los obreros que la Asamblea no debía existir. Una adquisición de este tipo debe estar contenida en los niveles de conciencia logrados por la clase. La Asamblea Popular, por esa razón, salió del fondo de la historia del movimiento obrero boliviano.



En cuanto a la vía optada por el movimiento popular en Chile, ella es, sin duda, resultado de un análisis certero del poder estatal en Chile tal como es. Es una vía que, además, se mueve en el interior de la masa obrera, en los términos que ella tiene en el Chile de hoy. Si el proletariado en Chile hubiera tendido a otro esquema, habría rebasado los límites de esa vía. Resulta claro en cambio que, cuando los obreros de Chile piensan en el poder, piensan en un poder del carácter del actual.

Aunque la Asamblea Popular expresaba tan interesantes tendencias de la clase obrera boliviana, no por eso era la garantía de su propio éxito. Tampoco el que la dirección chilena haya adoptado métodos y formas correspondientes al tipo de poder de su país y el carácter actual de sus masas elimina los obstáculos históricos que se le presentan. Pero el conocimiento de la estructura del poder es ya un paso muy grande hacia la adquisición de una táctica correcta.

A diferencia de lo que ocurría en Bolivia durante el gobierno del general Torres, en el Chile actual no hay sino dos fuerzas reales en controversia, y entre ellas dos se debe optar. Pero aquella «tercera opción», aunque incompleta, existía ya de un modo poderoso en Bolivia.

Santiago, diciembre de 1972.

El autor desea manifestar su agradecimiento a sus compañeros de trabajo de St. Anthony's College de Oxford, Oficina de Planificación de la Presidencia (ODEPLAN) de Chile, del Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) de la Universidad Católica de Chile y de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de México.

## PRIMERA PARTE



# I TEORÍA GENERAL DE LA DUALIDAD DE PODERES

## Proposición del asunto

Dentro de la amplia gama de «enseñanzas de la revolución» que emergen de la vida de las masas rusas en 1917, la cuestión de la dualidad de poderes es quizá una de las más enjundiosas en lo que se refiere a la construcción permanente de la teoría marxista del Estado. Se trata de una contribución directa y original. En efecto, mientras la teoría de la dictadura del proletariado, es decir, de la construcción del Estado proletario se funda en la elaboración teórica de las experiencias de la Comuna de París (y también, pero en segundo término, de los hechos rusos de 1905), la cuestión de la dualidad de poderes debe ser trabajada en lo teórico con la urgencia que resultaba de la proximidad en el tiempo o entrecruzamiento entre la revolución burguesa y la revolución socialista, en el mismo año de 1917. Esta proximidad, como lo reconoció Lenin, era un hecho imprevisible y, por tanto, los marxistas rusos debieron trabajar en torno a una sorpresa histórica.

Como ocurrió hace algunos años con el problema de los modos de producción y las formaciones sociales, el tema de la dualidad de poderes es ahora objeto de una importante discusión en el seno del marxismo latinoamericano. Eso no es una casualidad. Algunos pragmatistas puros piensan que la proposición de tal asunto es más o menos una discusión acerca del sexo de los ángeles, un lujo a deshonra, y que debería utilizarse mejor el tiempo escribiendo, por ejemplo, sobre ciertos temas técnicos más precisos acerca de la táctica. Con todo, si se considera que en estos países se da el caso de que en casi todos ellos hay una gran cantidad de problemas burgueses, nacionales y agrarios no resueltos, y si se tiene en cuenta a la vez que los intentos de resolver tales cuestiones burguesas desde un poder igualmente burgués y con métodos burgueses han fracasado hasta ahora en todos los casos, se verá que la proximidad entre los dos tipos de revoluciones no es por

ninguna razón una imposibilidad en la América Latina.<sup>1</sup> Tampoco su entrecruzamiento o imbricación, por consiguiente.

Una táctica, para qué decirlo, depende del carácter de la revolución a la que sirve. Este es el motivo por el que quien quiera considerarla como un tema en sí, como una isla autónoma, acabará por plantear una praxis que se clausura a sí misma. Al fin y al cabo, la eficacia de una táctica depende del lugar al que ella conduce. Por otra parte, ha de decirse que, si bien no todas las situaciones ofrecen la posibilidad de ser previstas (como lo demuestra la propia dualidad de poderes en Rusia), en cambio, disponemos ya de una evidencia preliminar: han existido en este continente varias situaciones homólogas o vecinas de la dualidad de poderes en Rusia de tal suerte que la deliberación del asunto es sencillamente inevitable.

Movimientos democrático-burgueses de amplio espectro han existido y existirán en la América Latina porque existen problemas burgueses no resueltos. Ellos no solo han existido sino que en algunos casos han conquistado el poder y, no obstante, no han resuelto las propias cuestiones que los motivaban.

Los sectores avanzados de las masas latinoamericanas hacen recuento de esas experiencias y, enfrentándose con burguesías que en muchos casos son extremadamente débiles,<sup>2</sup> tratarán de transformar las movilizaciones democráticas en revoluciones socialistas. Al tránsito entre una cosa y la otra es a lo que se ha venido en llamar dualidad de poderes (aunque después veremos por qué debe restringirse el término) y, por eso, debemos estudiar ese problema con cierta morosidad.

---

<sup>1</sup> Son experiencias que han concluido siempre en la pérdida del poder o en la inconclusión de sus tareas. La presión de las masas en torno a esos objetivos es vasta y de ahí proviene la abundancia de movimientos burgueses de todo matiz. A lo largo del tiempo, se produce sin duda una suerte de acumulación vegetativa a través de la cual estos países tratan de cumplir gradualmente esas tareas. El fracaso histórico del modelo de la revolución burguesa conducida por la burguesía o por sus reemplazos proviene en cambio de que jamás realiza una tarea nuclear que corresponde, por lo menos en teoría, a la revolución burguesa: la soberanía. Eso es consecuencia de la presencia del imperialismo. Ninguna revolución burguesa ni proceso burgués alguno ha logrado en el continente romper con la dependencia. La fase más alta del capitalismo, que es el desarrollo de la revolución burguesa en el país central, impide una existencia a plenitud de la revolución burguesa en los países marginales.

<sup>2</sup> Si una burguesía empresarial, en el sentido europeo occidental, ha existido realmente en América Latina, es algo que puede cuestionarse desde el principio. Como punto de partida, esta clase, en la medida en que llegó a existir, tuvo que hacerlo con referencia al mercado mundial y no como resultado del crecimiento endógeno de su economía nacional. Por consiguiente, existió solamente en el grado en que su existencia era admitida o requerida por el mercado central al que debía referirse. Los intentos tardíos por reencaminar su proyección hacia adentro se han visto frustrados aun en países con tan ventajosas posibilidades para un desarrollo capitalista como la Argentina.

La facilidad con que fueron arrasadas las oligarquías mexicana o peruana o boliviana prueban la semixistencia o artificialidad existencial de esas clases. Para no hablar del desmoronamiento en la «burguesía» cubana, que, sin embargo, pertenecía a un país relativamente rico de la América Latina.

## El poder dual como metáfora de la realidad

Según Trotsky, «un fenómeno no estudiado suficientemente».<sup>3</sup> Por consiguiente, resulta imposible una exposición escolástica del mismo. Como en tantos otros campos (como la transición al socialismo), se necesita descifrar algunos textos, hacer exégesis, seguirlos con humildad en unos casos o ampliarlos al máximo, discriminar por cuenta propia las consecuencias porque ellas se referirán ya a la práctica, es decir, a la realidad concreta, al sitio en el que uno no puede equivocarse sin pagar un elevado precio. Se trata, a decir verdad, no solo de una situación anómala, de un episodio fundamental en la desorganización del Estado opresor, sino también de una designación anómala. Es una metáfora marxista que designa un especial tipo de contradicción estatal o coyuntura estatal de transición (después vamos a ver a qué nivel).

La idea de la unidad del poder es connatural al Estado moderno, aunque eso no significa que lo sea siempre la concentración del poder en un órgano único. Al concepto histórico de la unidad del poder corresponden las nociones de soberanía, de irresistibilidad del poder legítimo, si bien, en rigor, legítimo es todo poder que puede imponerse merced a su propio movimiento. La propia independencia o autonomía del Estado es una noción hija de la unidad. *No hay autonomía donde no hay unidad.* Weber habló por eso del monopolio en el uso de la fuerza legítima como el carácter principal del Estado moderno. En un ciclo que es conocido, la desconcentración en cambio corresponde a tipos precedentes de Estado, a formas anteriores, especialmente al periodo del feudalismo. La construcción de los Estados nacionales, tal como los conocemos hoy, es el proceso de unificación del poder del Estado, en el ámbito material de alcance de la nación y creando a la vez el ámbito estatal nacional, misión elemental de la burguesía, que necesitaba organizar en todos los grados posibles su mercado interno. Pero esto ha ocurrido en Europa como un proceso en cierto modo natural,<sup>4</sup> no interrumpido desde fuera y por eso la cuestión nacional adquiere características tan diferentes en la época del imperialismo.

<sup>3</sup> Cf. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*, Santiago de Chile, Ed. Quimantú, 1972.

<sup>4</sup> Es algo que afecta también la consideración del problema del poder dual. Cuando hablamos de polo burgués, por ejemplo, no nos referimos solo a lo que pueda hacer la burguesía local en materia de política estatal. Tiene también su fase de refuerzo o su prolongación explicativa, su reserva, en el poder estatal de la nación imperialista dominante. La presencia política del imperialismo es incomparablemente mayor en la América Latina de hoy que en la Rusia de 1917. De otra manera ¿cómo habría podido, por ejemplo, la pequeña burguesía del MNR reconstruir su poder estatal si no era con el soporte que vino a darle el imperialismo? Tuvo que pagar por eso un elevado precio; su proyecto burgués ya nunca pudo ser autónomo, ya no pudo ser un proyecto burgués nacional.

En todo caso, la dualidad de poderes es una anomalía o enfermedad que se presenta en el seno del poder del Estado<sup>5</sup> (y a veces también en el aparato del Estado) en circunstancias determinadas, que están debidamente circunscritas. Pero incluso hablar de «poder dual» o «doble poder» es incorrecto en último término; preferimos hablar de dualidad de poderes. Ello mismo, no obstante, a reserva de que no se lo tome sino como una metáfora, un signo trópico; usamos la designación como símbolo de situaciones que son más complejas que lo que pueden caber en una frase. Así parecería, en efecto (cuando se habla de poder dual o de doble poder), que el hecho se compone de un solo poder, clásicamente único, que tiene sin embargo dos caras. El poder dual, empero, no es un Jano y aquello es exactamente *lo que no es* la figura marxista del poder dual. Son, en cambio, dos poderes, dos tipos de Estado que se desarrollan de un modo coetáneo en el interior de los mismos elementos esenciales anteriores; su sola unidad es una contradicción o incompatibilidad (en su forma intensificada, es decir, su antagonismo). La dualidad de poderes es un desarrollo esencialmente antagónico.

### Contemporaneidad cualitativa de febrero y octubre

En la exposición del asunto, la cuestión de las fechas resulta sin duda importante. Dentro de la lógica de la periodización conocida, los bolcheviques esperaban que la revolución burguesa antecediera en el tiempo a la revolución proletaria, por lo menos por un tiempo razonable, por lo menos para que una y la otra dibujaran su propia fisonomía. Pero si la revolución burguesa ocurría poderosamente, la revolución proletaria habría ocurrido débilmente, se habría diferido quizá. En cambio, si la evolución burguesa ocurría de un modo feble, la evolución proletaria tenía la ocasión de ocurrir por anticipado. Eran rivales y el tiempo de una era el que le daba la otra. Una precocidad desordenada o una inmadurez por anticipación inconsciente podía, de otro lado, conducir entonces a que el poder de la burguesía recuperara una fuerza que no había sabido obtener por sí misma, un tiempo accesorio. Contaban ellos (los bolcheviques) con la pobreza histórica de la burguesía rusa pero, aun así, no estaba de ninguna manera previsto lo que ocurrió.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Entendiéndose de acuerdo con la diferenciación hecha por Lenin principalmente, por poder del Estado, la clase a la que finalmente sirve ese Estado, es decir, el contenido de clase del Estado. El aparato, en cambio, es la administración de ese poder, los medios que utiliza para existir históricamente. En este sentido, una clase puede tener el poder del Estado y otra distinta el aparato del Estado. Mientras más diferenciado y sofisticado sea un aparato estatal estas diferenciaciones son tanto más posibles.

<sup>6</sup> Escribía Lenin: «Debemos saber cómo completar y conseguir viejas fórmulas, por ejemplo, las del bolchevismo, pues si bien demostraron ser correctas en general, su relación concreta *resultó ser* diferente. Nadie pensó previamente, ni podía pensar, en un doble poder». (Las cursivas son de Lenin.) Artículo de *Pravda*, «El doble poder» en *Obras completas*, tomo XXIV, Buenos Aires, Ed. Cartago, 1970.

Se podría decir que, de algún modo, octubre sucedió al mismo tiempo que febrero o que dentro de febrero había ya un octubre destinado a suprimirlo, a disminuirlo hasta el punto que los de después pensarían que no había existido nunca. Cuando sucedía la revolución burguesa estaba ya sucediendo a la vez la revolución socialista. Por eso Lenin escribió que «nadie pensó previamente ni podía pensar en un doble poder». <sup>7</sup> Era, por cierto, un fruto puro de las circunstancias históricas de la sociedad rusa de 1917. La dualidad de poderes consiste en que lo que debía ocurrir sucesivamente ocurre sin embargo de una manera paralela, de un modo anormal; es la contemporaneidad cualitativa de lo anterior y lo posterior. <sup>8</sup>

### Momentos del conocimiento histórico

Este carácter imprevisible (que obedece al gran azar y no al pequeño azar de las cosas), que Lenin, a quien sin embargo la Revolución Rusa le pertenecía como un pedazo de su cuerpo, encuentra en la dualidad de poderes de 1917, se ensambla bien con su concepción general acerca del problema del poder, que es el punto en el que se incorpora lo aborigen en el mundo y el mundo en lo aborigen. La suya será por eso la teoría de la excepcionalidad del poder dual; pero Trotsky planteará las cosas como si ningún proceso revolucionario pudiera suceder al margen de la existencia de alguna forma de dualidad de poderes.

Puesto que ambos son los expositores principales de la cuestión, se presenta otro aspecto en el que la situación cronológica resulta igualmente importante. Se sabe del rechazo, del desasosiego, la tensión, la impaciencia que provocan las tesis de Lenin a su retorno a Rusia, después de la revolución de febrero. Esas tesis para muchos no representaban más que las cartas de un ausente. La propia Conferencia del Partido Bolchevique estaba de acuerdo con apoyar críticamente al gobierno de Lvov y parece que Stalin, por ejemplo, concebía el poder dual solo como una división de funciones entre los soviets y el gobierno provisional.

Por medio de un conjunto de tesis «extremistas», Lenin aparece sin embargo no postulando el poder total inmediato, sino describiendo (hacerse cargo de una situación objetiva es distinto de lanzar una consigna)

<sup>7</sup> También: «Las consignas y las ideas bolcheviques, en general, han sido confirmadas por la historia, pero concretamente las cosas sucedieron *de un modo distinto*: resultaron ser más originales, más peculiares, más variadas de lo que nadie podía haber esperado». Lenin, *Cartas sobre táctica* en *Obras completas*, tomo XXIV, *op. cit.*

<sup>8</sup> La contemporaneidad cualitativa de hechos distantes en el tiempo o de un curso previsto como sucesivo pero ocurrido al mismo tiempo ha sido advertida muchas veces por los historiadores. Véase por ejemplo lo que dice Toynbee sobre Tucídides, en los ensayos publicados bajo el título *La civilización puesta a prueba*, Buenos Aires, Emecé, 1949.



la dualidad de poderes.<sup>9</sup> La propia consigna «todo el poder a los soviets» significa a la vez que los soviets ya tenían algún poder aunque todavía no todo el poder. El principio del poder es una condición para la plenitud del poder; pero ha dejado atrás la fase en que era una potencia no comprobada, ahora es un acto inconcluso.

Esta suerte de moderación de Lenin es científica: en el mismo momento en que lucha por que el partido emita las consignas más ardientes, se limita a la vez a un esbozo objetivo y apodíctico, considerando que la exactitud de la consigna depende del rigor del conocimiento del punto material de partida. Trotsky, en lo que es un contraste, pensó que ya en ese momento existía de hecho una superioridad, o mejor poder, en el polo obrero, escribiendo *a posteriori*, varios años después, cuando el fenómeno ya había ocurrido hasta su conclusión. Esto obedece a las reglas de la determinación del momento del conocimiento de un proceso o acontecimiento. Puesto que los hombres suelen vivir experiencias idénticas con diversas conciencias y que las cosas se reconstruyen en la memoria captando siempre aspectos especiales de la realidad, cabría en efecto preguntarse cuánto lo de Lenin tiene de consigna y cuánto de historia lo de Trotsky, o sea, cuál es, en el caso, la diferencia entre la agitación y el análisis científico. Estas contingencias se pierden empero en el mundo de las presunciones. Lenin no era muy aficionado a la separación entre la consigna y el rigor teórico, y los bolcheviques, por lo demás, hicieron con gran éxito de las consignas complejas un método partidario.<sup>10</sup> Vale la pena, por eso, atenerse a la letra de los textos de que disponemos.

## Descripción de las definiciones

«El doble poder —según Lenin— se manifiesta en la existencia de dos gobiernos: uno es el gobierno principal, el verdadero, el real gobierno de la burguesía: el “gobierno provisional” de Lvov y Cía., que tiene en sus manos todos los resortes del poder; el otro es un gobierno suplementario y

---

<sup>9</sup> En algunos casos, sin embargo, se ha hablado de poder dual como consigna. Este es el único sentido en que puede tener validez el enunciado de la figura hecho por el MLN (tupamaros) del Uruguay, por ejemplo. Obviamente, la acepción tiene en el caso un contenido diferente. Es una convocatoria.

<sup>10</sup> Un ejemplo clásico de lo cual son las consignas lanzadas en relación con la guerra o también el telegrama del 6 de marzo de Lenin que recomendaba «desconfianza absoluta, negar todo apoyo al nuevo gobierno; recelamos especialmente de Kerensky; no hay más garantía que armar al proletariado; elecciones inmediatas en la Duma de Petrogrado; mantenerse bien separados de los demás partidos» (Trotsky, *op. cit.*), aunque no iba a pasar mucho antes de que se llamara a la lucha contra Denikin. Si se quiere, también las consignas sobre cuándo debía apoyarse a la lucha de la nación oprimida, etc. Los ejemplos son innumerables. En todo caso, debe distinguirse la sencillez de la expresión de las consignas de la complejidad de su contenido; el sacrificar la segunda o la primera es lo que caracteriza a una política vulgar.

paralelo, de “control”, encarnado por el Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado, que no tiene en sus manos ningún resorte del poder, pero que descansa directamente en el apoyo de la mayoría indiscutible y absoluta del pueblo, en los obreros y soldados armados». <sup>11</sup>

A primer golpe de vista, esta definición no contrasta demasiado con la de Trotsky, quien dice que «la preparación histórica de la revolución conduce, en el periodo prerrevolucionario, a una situación en la cual la clase llamada a implantar un nuevo sistema social, si bien no es aún dueña del país, reúne de hecho en sus manos una parte considerable del poder del Estado, mientras que el aparato oficial de este último sigue aún en manos de sus antiguos detentadores. De aquí arranca la dualidad de poderes de toda revolución». <sup>12</sup>

Hay varios rasgos comunes en estas dos definiciones. A saber:

- a) La consideración de la dualidad de poderes como una fase transitoria e intermedia en el desarrollo de la revolución, aunque uno y otro diferirán en cuanto al carácter obligatorio, general, en cuanto al carácter de etapa propiamente de la dualidad de poderes. «Cuando esta ha llegado más allá de una revolución democrático-burguesa corriente, pero no ha llegado todavía a una dictadura “pura” del proletariado y el campesinado». <sup>13</sup>
- b) La contemporaneidad, el paralelismo y la coexistencia «por un instante» de los dos poderes.
- c) El poder dual se describe como un hecho *de facto* y no como un hecho legal. El «segundo gobierno» es «un poder directamente basado en la toma revolucionaria del poder, en la iniciativa del pueblo desde abajo, y no en una ley promulgada por un poder político centralizado». <sup>14</sup>

«No es un hecho constitucional sino revolucionario». <sup>15</sup> Surge del soviets, obra espontánea de las masas rusas (en la medida en que hay algo finalmente espontáneo en la historia). Como es obvio, era un hecho no previsto en la lógica interna del Estado de Lvov que, a pesar de su brevedad, era también ya un Estado en forma.

Pero Trotsky acota además, para insistir en la ilegalidad (que se presenta también como una ilegalidad) de la dualidad de poderes, que «no solo no presupone sino que, en general, excluye la división del poder en dos segmentos y todo equilibrio formal de poderes». <sup>16</sup>

<sup>11</sup> Cf. Lenin, *Las tareas del proletariado en nuestra revolución (proyecto de plataforma del partido proletario)* en *Obras completas*, tomo XXIV..., *op. cit.*

<sup>12</sup> Cf. Trotsky, *op. cit.*

<sup>13</sup> Cf. Lenin, *Las tareas...*

<sup>14</sup> Cf. Lenin, *El doble poder...*

<sup>15</sup> Cf. Trotsky, *op. cit.*

<sup>16</sup> *Ibidem.*

El poder dual, por cierto, no tiene nada que ver con la división o separación de poderes en el seno del Estado liberal-burgués.

- d) No en las definiciones mismas pero sí en los textos siguientes, está claro que la temporalidad o precariedad es el carácter natural e inevitable de este hecho anómalo porque la unidad es la voluntad principal de todo Estado.

«No puede durar mucho. En un mismo Estado no pueden existir dos poderes».<sup>17</sup> También: «No puede ser estable. La sociedad reclama la concentración del poder».<sup>18</sup>

- e) Se trata, por eso, no de un poder dividido sino de dos poderes contrapuestos y enfrentados. Pero tampoco solo de dos poderes, en abstracto. Cada polo está ocupado por una clase social, es ya el poder de una clase organizada.

### Concepto de la «clase organizada»

Sobre este último punto vale la pena hacer otra notación. Hablamos de una «clase organizada»; pero el concepto mismo de organización vale de una manera distinta cuando se habla de la burguesía o cuando se habla del proletariado. La burguesía, en último término, no se organiza sino cuando ha conquistado su propio Estado, y aun eso en su fase avanzada. El proletariado debe estar propiamente organizado, ser una clase para sí, en la etapa previa inmediata a la conquista del poder. En cuanto a las clases intermedias, sencillamente no pueden organizarse por sí mismas. Lo que se llama su organización no es una autonomía.<sup>19</sup>

Si se tiene en cuenta que el capitalismo surge espontáneamente en el interior de la decadencia del feudalismo, en cuanto las condiciones para la acumulación originaria permiten el descubrimiento o la emergencia o agnición de la burguesía y si se sabe a la vez que el socialismo, por la opuesta, no surge de modo espontáneo en el capitalismo (aunque este le da, como es obvio, su base histórica), entonces el papel del partido es más importante en el segundo caso que en el primero. O sea que, mientras la revolución socialista no puede existir sin el partido proletario, en la revolución burguesa el partido no cumple sino un papel complementario. Eso ocurre, por decirlo así, porque la revolución burguesa se adscribe dentro de los apetitos naturales de la masa, sus inclinaciones gruesas y generales, en tanto que la revolución

<sup>17</sup> Cf. Lenin, *Las tareas...*

<sup>18</sup> Cf. Trotsky, *op. cit.*

<sup>19</sup> Porque el proletariado es el único que dispone de un universo ideológico independiente de la ideología dominante. Las capas intermedias se definen por exclusión.

socialista responde solo a la apetencia consciente y selectiva del sector más avanzado de la masa. No es otra la razón por la que el partido como tal, en su sentido moderno, no llega a existir sino dentro de la democracia burguesa ya realizada, es decir, después de su triunfo; pero es, en cambio, un requisito anterior al triunfo de la revolución proletaria. Esto mismo se puede decir de otra manera: la organización de la burguesía no le viene de su partido; su verdadero nucleamiento está en los bancos, en los intereses de las empresas, en las formas de coordinar sus intereses económicos generales, incluso el Estado mismo, en la acepción del *Manifiesto comunista*,<sup>20</sup> es decir en la manera de constituirse que tiene; cuando ya está instalada, su conciencia o ideología está presente en la escuela, en la iglesia, en los hábitos económicos, en fin, en toda la sociedad; no tiene en rigor conciencia sino intereses comunes, en cierto modo, o su conciencia no es sino la prosecución de su interés más limitado y, por consiguiente, no necesita apelar a otra clase, a un «otro» político, para construir su conciencia; ella le viene desde adentro.

En el caso del proletariado, ya que existe a la vez como antagonista y como parte integrante del sistema capitalista, la conciencia que llegue a desarrollar dentro de sí mismo no es sino una conciencia defensiva, como en los sindicatos; pero su conciencia política le viene de fuera, su conciencia organizada solo le puede ser proporcionada en último término por el partido proletario, que es el lugar donde se juntan el conocimiento científico de la praxis histórica y el antagonismo (todavía no plenamente desarrollado) de la clase.<sup>21</sup>

## Estado, clase y partido

En una segunda connotación puede decirse que la clase más el partido, en el momento de la consolidación de su vínculo, implica de algún modo la existencia de un Estado. Esto había sido previsto de un modo por demás incisivo por Gramsci.<sup>22</sup> Para el marxismo, en efecto, el Estado, aun en

<sup>20</sup> «Conquistó finalmente [la burguesía] la hegemonía exclusiva del poder político en el Estado representativo moderno. El gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa». En el *Manifiesto del Partido Comunista*, Moscú, Ed. Progreso, 1970.

<sup>21</sup> Para eso, es útil la famosa cita del *¿Qué hacer?*: «Los obreros no podían tener conciencia socialdemócrata. Esta solo podía ser introducida desde fuera». Una idea de Kautsky que Lenin adoptó como una convicción de gran firmeza, que estaba presente en él mucho antes. Así: «La socialdemocracia no se limita simplemente a servir al movimiento obrero; es la unión del socialismo con el movimiento obrero: su tarea es introducir en el movimiento obrero espontáneo definidos ideales socialistas, ligar este movimiento con las convicciones socialistas... fusionar este movimiento espontáneo en un todo indivisible con la actividad del partido revolucionario». Véanse los artículos para la *Rabóchaia Gazeta* [Nuestra Tarea Inmediata], en *Obras completas*, tomo IV...

<sup>22</sup> Antonio Gramsci, *Scritti giovanili*, Turín, Einaudi, 1958. Citado en la *Antología*, México DF, Siglo XXI, 1970, preparada por Manuel Sacristán. Dice Gramsci que «el Partido Socialista al que

sus formas más arcaicas, existe ya cuando se dan la clase y su capacidad de coerción. Es decir, para que haya clase dominante debe haber clases (aunque no sea todavía en el sentido moderno de clase) y, por otra parte, el aparato de coerción debe estar ya desprendido de la colectividad, por cuanto pasa a depender solo de una parte de ella, de la clase dominante.<sup>23</sup>

Si se aplican estas elementales nociones de la teoría marxista del Estado al momento de la dualidad de poderes en Rusia se verá que *se trata de una nueva clase en el seno de la política estatal (no en la política general desde luego)*, que aparece con su propio aparato de coerción (habida cuenta de que esto significa la capacidad de imponer sus decisiones sea por la vía del mero alcance político, porque sectores más o menos vastos lo acatan o por medio de su sistema armado o porque se ha adueñado de parte del que era antes aparato armado exclusivo de la burguesía) y también con su propio aparato ideológico, porque llega con su propia visión acerca del poder y del mundo, con su propia manera de interiorizar la vida objetiva.<sup>24</sup> Es pues, en relación con la burguesía, otro Estado en el que la única diferencia o defecto consiste en que no abarca todavía todo el ámbito que era ocupado por el anterior, que es a la vez su Estado paralelo. Lukács dice que se trata de un «contragobierno».<sup>25</sup> Si consideramos que *el Estado es una noción por fuerza abstracta, que unifica la diversidad concreta de sus elementos, se puede aceptar esta definición, porque el gobierno sería solo el Estado, noción estática, analítica, puesto en movimiento; el gobierno sería la práctica del Estado*. Pero si la dualidad de poderes se refiriera al partido, como germen o Estado

---

damos toda nuestra actividad [...] es un Estado en potencia que va madurando, antagonista del Estado burgués, y que intenta en la lucha cotidiana con este último y en el desarrollo de su dialéctica interna crearse los órganos necesarios para superarlo y absorberlo». También en sus *Notas sobre Maquiavelo, la política y el Estado moderno*, Buenos Aires, Ed. Lautaro, 1962: «El espíritu de partido [...] es el elemento fundamental del “espíritu estatal”».

<sup>23</sup> Lo dice Engels en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*: «[El Estado] es más bien un producto de la sociedad cuando llega a un grado de desarrollo determinado; es la confesión de que esa sociedad se ha enredado en una irremediable contradicción consigo misma y está dividida por antagonismos irreconciliables [...], se hace necesario un poder situado aparentemente por encima de la sociedad y llamado a amortiguar el choque, a mantenerlo en los límites del “orden”. Y ese poder, nacido de la sociedad, pero que se pone por encima de ella y se divorcia de ella más y más, es el Estado». O sea que la autonomía relativa del Estado está casi en el origen mismo del hecho estatal, por lo menos como dirección. También Lenin dice (en *El Estado y la Revolución*) que «el Estado es producto y manifestación del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase». En cuanto al aparato de coerción, Engels escribe en *El origen de la familia...*: «El segundo rasgo característico es la institución de una fuerza pública que ya no es el pueblo armado. Esta fuerza pública especial se hace necesaria porque desde la división de la sociedad en clases es ya imposible una organización armada espontánea de la población». Se trata de «destacamentos especiales de hombres armados» (Lenin).

<sup>24</sup> Esto es la ideología en general.

<sup>25</sup> Cf. Georg Lukács, *Lenin, la coherencia de su pensamiento*, México DF, Ed. Grijalbo, 1970. Según Lukács, «o los consejos proletarios desorganizan el aparato estatal burgués o este corrompe a los consejos, reduciéndolos a una existencia meramente aparente, con lo que, en definitiva, los aniquila». El concepto de poder desorganizador es importante.

potencial, siempre y en todo el tiempo que dure la democracia burguesa, allá donde exista un partido proletario más o menos numeroso y organizado habría dualidad de poderes.<sup>26</sup> No es empero a la formación de la experiencia estatal en la clase obrera sino al momento en que ella ya se expresa en forma, aunque con la subsistencia anormal de su opuesto, como Estado propiamente, a lo que se refirió Lenin cuando hablaba de este tema.

## Correlación dentro de la dualidad

No solo hay diferencias fundamentales tanto como coincidencias obvias entre las definiciones de Lenin y Trotsky. En realidad, son dos teorías acerca de la cuestión de la dualidad de poderes. En determinados aspectos una enriquece a la otra; pero en otros son excluyentes, se desarrollan por separado. Eso ocurre, por ejemplo, en relación con el *equilibrio interno o correlación dentro de la dualidad de poderes*. Que los poderes o Estados sean paralelos no quiere decir que sean de la misma fuerza luciente a lo largo del momento de la dualidad de poderes.

La discusión, en este orden de cosas, se funda en realidad sobre la cantidad, sobre la localización de la cantidad y el movimiento de la cantidad, tema no ajeno en absoluto a la política de alianzas entre las clases en la instancia prerrevolucionaria. Cualitativamente, son Estados diferentes desde el principio, inconfundibles.<sup>27</sup> Pero la cantidad del «poder efectivo» (Trotsky) varía según la fase interior del poder dual,<sup>28</sup> que, de alguna manera, es también

---

<sup>26</sup> Desde la extrema posición de Gramsci (el partido concebido como un Estado en potencia) hasta la que se sitúa en el extremo opuesto, de Rossanda o Glucksmann, existe una variedad total de posiciones sobre el problema. Rossana Rossanda dice que, en la época en que la ideología proletaria se ha hecho dominante en el plano mundial, «el centro de gravedad se desplaza de las fuerzas políticas a las fuerzas sociales», lo que implicaría un abandono de los principios leninistas del partido político. Glucksmann por su parte dice que el movimiento revolucionario «no tiene necesidad de organizarse como un segundo aparato del Estado, su tarea no consiste en dirigir sino coordinar». Ambas citas se extraen de «El problema de la organización, Lenin y Rosa Luxemburgo», de Daniel Bensaid y Alain Nair en *El desafío de Rosa Luxemburgo*, Buenos Aires, Ed. Proceso, 1972.

En realidad el partido no puede nunca, en rigor, ser un Estado. La idea de Estado misma responde a las necesidades de la opresión entre las clases; es resultado de una sociedad dividida en clases. El partido empero contiene cualitativamente una sola clase, que utiliza ese instrumento para destruir la dominación que se ejerce sobre ella y organizar su propia dominación en la sociedad. Que el partido sea un elemento imprescindible para la construcción de los órganos de poder del proletariado y, por consiguiente, para la existencia de una verdadera dualidad de poderes no lo convierte, por esa sola razón, en un Estado por sí mismo. Pero es cierto que en el partido la clase aprende y adquiere todos aquellos elementos con los que construirá su dictadura.

<sup>27</sup> Inconfundibles, en efecto. La dictadura del proletariado es descrita por Marx a propósito de la Comuna de París. El ejército permanente es sustituido por el pueblo en armas. Los consejeros eran elegidos por sufragio universal y revocables en todo momento; los sueldos de los consejeros son el equivalente a un salario de obrero, etcétera.

<sup>28</sup> Porque aunque dure muy poco, como resulta de su carácter, el poder dual es también un desarrollo o proceso, inevitablemente.

un proceso por sí mismo. No es una distribución homogénea, equivalente e intercontrolada de poder estatal: primero hay más fuerza a un costado y después crecientemente al otro o, de súbito, un retroceso del polo creciente y aun una inversión, según el éxito de la conducción, hasta que las cosas se definen. Este es el lugar de la táctica, la autonomía de lo político.<sup>29</sup> Ni siquiera en el ejemplo ruso, que parece a la distancia el del invencible ascenso de los bolcheviques, el crecimiento del polo proletario fue lineal. Puede ocurrir, en verdad, en la dualidad de poderes, que «el poder efectivo» corresponda en principio al costado obrero, como emergencia de la periclitación de una frágil burguesía, y que este lo pierda posteriormente tras la reconstrucción envolvente y reascente del poder de la burguesía.<sup>30</sup> Por alguna razón, aquí un éxito prematuro en la táctica se convierte en una vulnerabilidad en la estrategia. Así, Bolivia en 1952, *exempli gratia*, como se verá después. El triunfo proletario no es jamás una fatalidad inmediata.

No importa en esta materia lo que argumentemos sino las experiencias a las que podemos referir los argumentos. Vale la pena seguir las visiones testimoniales o la dualidad de poderes desde dentro, tal como fueron vistas por sus relatores. Para Lenin, el «verdadero» poder es todavía el poder no obrero, el de Lvov y compañía.<sup>31</sup> Para Trotsky, el poder no obrero no hace más que detentar el «aparato oficial» del poder del Estado,<sup>32</sup> lo cual no significa empero que el poder del Estado ya haya sido transferido pero no todavía el aparato estatal. Se da aquí una visión «pesimista» de Lenin y una «optimista» de Trotsky. Eso se explica, como se dijo, por el momento de la exposición de ambas teorías. En 1917, la victoria no era inevitable; por el contrario, la intensidad de las convocatorias de Lenin, la permanente alusión al poder de la burguesía antes y después de la conquista del poder<sup>33</sup> demuestran su preocupación por la vastedad de los recursos de esa clase. Pero si se miraba a 1917 desde 1930<sup>34</sup> parecía que la derrota había sido imposible. La clase vencida, vista a la distancia, no parece haber estado compuesta sino por retóricos, por rezagados y por necios; pero esos farsantes no ofrecían una imagen tan ridícula en el momento mismo de la acción.

<sup>29</sup> Vide Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo...*,

<sup>30</sup> Como se verá, infra, en el estudio del caso de Bolivia en 1952.

<sup>31</sup> Cf. Lenin, *Las tareas...*,

<sup>32</sup> Trotsky, *op. cit.*

<sup>33</sup> «La dictadura del proletariado es la guerra más heroica e implacable de la nueva clase contra el enemigo más poderoso, contra la burguesía, cuya resistencia se ve duplicada por su derrocamiento (aunque no sea más que en un país) y cuya potencia consiste no solo en la fuerza del capital internacional, en la fuerza y la solidez de los vínculos internacionales de la burguesía sino, además, en la fuerza de la costumbre, en la fuerza de la pequeña producción y la pequeña producción engendra capitalismo y burguesía constantemente...». Cf. Lenin, *La enfermedad infantil...*,

<sup>34</sup> Que es cuando Trotsky concluyó la *Historia de la Revolución Rusa*, cuyo prólogo está datado en Prinkipo, el 14 de noviembre de 1930.

El gobierno provisional detenta «todos los resortes del poder», según Lenin,<sup>35</sup> en tanto que el poder soviético no es todavía sino «un poder incipiente».<sup>36</sup> «En tanto los soviets existen, en tanto son un poder, tenemos en Rusia un Estado del tipo de la Comuna de París»,<sup>37</sup> es decir, la dictadura del proletariado existe ya pero solo como un poder incipiente o embrión. Ahora bien, ¿por qué Lenin consideraba que se trataba todavía de un poder incipiente? Porque «para convertirse en poder (único) los obreros con conciencia de clase tienen que atraer a su lado a la mayoría», o sea, porque no son todavía la mayoría y, en esas condiciones, deben «pactar directamente con el gobierno provisional burgués y hacer una serie de concesiones reales».<sup>38</sup>

Para Trotsky, en cambio, la clase obrera, «si bien no es aún dueña del país, reúne de hecho en sus manos una parte considerable del poder del Estado, mientras que el aparato oficial de este último sigue en manos de sus antiguos detentadores».<sup>39</sup>

Este «no es aún dueña» significa que lo será ineluctablemente después. Pero quizá el desacuerdo entre ambos no sea sino resultado de que se refieren a instantes diferentes de la fase de la dualidad de poderes. Entre febrero y octubre, en efecto, el poder del gobierno provisional se va haciendo cada vez menos real y como la dualidad de poderes existió desde el principio del entrelazamiento de las dos dictaduras, *la definición de Lenin resulta cada vez más exacta cuanto más próxima está a febrero*, cuando el poder de Lvov es todavía el «verdadero». En cambio, *la definición de Trotsky es cada vez más válida mientras más la dualidad de poderes se acerca a octubre*, cuando Kerensky ya no tiene sino la cáscara del poder, su aparato oficial y su ceremonia.

## Localismo de Lenin, alocalismo de Trotsky

Expuestas de tal modo las cosas, no podemos situar en el punto anterior, en la distribución interna del poder efectivo dentro de la dualidad de poderes, la verdadera distancia entre las teorías de Lenin y de Trotsky. El meollo de tal diferencia se sitúa, en cambio, en lo que puede llamarse la especificidad o localismo de Lenin y el alocalismo o universalidad de Trotsky en cuanto a sus visiones acerca de la dualidad de poderes.

Trotsky no inserta la noción de dualidad de poderes ni en un tiempo determinado ni en un solo lugar histórico, tampoco la vincula a un tipo específico de revolución. Habla de la «dualidad de poderes de toda

<sup>35</sup> Cf. Lenin, *Las tareas...*,

<sup>36</sup> *Ibidem.*

<sup>37</sup> *Ibidem.*

<sup>38</sup> *Ibidem.*

<sup>39</sup> Trotsky,



revolución». <sup>40</sup> Se trataría de «un fenómeno peculiar de toda crisis social y no propio exclusivo de la Revolución rusa de 1917» <sup>41</sup> y aparecería como «un episodio característico de la lucha entre dos regímenes». <sup>42</sup> De la misma manera que habrían existido instancias de dualidad de poderes en el desarrollo de las revoluciones burguesas en Francia e Inglaterra, entre el poder feudal y el poder burgués, se habría producido un fenómeno similar de dualidad de poderes entre la dictadura de la burguesía y la del proletariado en la Rusia de 1917. En Francia, entre la Asamblea Constituyente, órgano de la burguesía y la monarquía, entre París y Coblenza; en Inglaterra, entre el Parlamento y el Rey, entre Londres y Oxford.

La concepción de Lenin es ajena de un modo absoluto a tal transtemporalidad del pensamiento de Trotsky. No solo que no habría existido antes en la historia del mundo una situación semejante sino que «nadie pensó previamente, ni podía pensar en un doble poder». <sup>43</sup> Se trata del «rasgo más notable», <sup>44</sup> de una «peculiaridad esencial de nuestra revolución», <sup>45</sup> de «una circunstancia extraordinariamente peculiar, sin precedentes en la historia». <sup>46</sup> En esto, en el «entrelazamiento de dos dictaduras», consistiría precisamente la «sorpresa» de la Revolución Rusa». <sup>47</sup>

Resulta evidente que en este caso quizá mejor que en cualquier otro podemos advertir (algo que está presente, por lo demás, en todo su pensamiento) que Trotsky tendía a ver con más lucidez o transparencia los aspectos de la unidad de la historia del mundo, lo que después de todo es el dato esencial de nuestro tiempo, mientras Lenin o Stalin y el propio Gramsci podían comprender más fácil y exhaustivamente la diferencia o peculiaridad de la historia del mundo, actitud sin la cual un movimiento revolucionario no puede vencer ahora ni nunca. La lógica del lugar, ciertamente, suele derrocar a la lógica del mundo.

Ese tipo de razonamientos de Trotsky ocasionó un comentario cripto-stalinista: «Se podría decir —escribió Gramsci— que Bronstein, que aparece como “occidentalista”, era en cambio un cosmopolita, es decir, superficialmente nacional y superficialmente occidentalista o europeo. Ilitch, en cambio, era profundamente nacional y profundamente europeo». <sup>48</sup> Se puede

<sup>40</sup> *Ibidem.*

<sup>41</sup> *Ibidem.*

<sup>42</sup> *Ibidem.* Hablar de la lucha entre dos regímenes como característica de la dualidad de poderes resulta muy vago para una fórmula en cambio muy precisa. Es algo explicable, en cambio, si se considera la extensión que dará después Trotsky a la figura.

<sup>43</sup> *Cf. Lenin, El doble poder...*

<sup>44</sup> *Ibidem.*

<sup>45</sup> *Cf. Las tareas...*

<sup>46</sup> *Ibidem.*

<sup>47</sup> *Ibidem.*

<sup>48</sup> *Cf. Gramsci, Notas sobre Maquiavelo...*

discutir si aquello era verdad o no, pero quizá ahí mismo está a la vez la raíz de las frustraciones político-prácticas de Trotsky y la causa del continuo renacimiento de su pensamiento en el mundo.

## Primera disolución del concepto de poder dual

Se producen, sin embargo, otras emergencias no obviales en este carácter de la teoría trotskista sobre la dualidad de poderes. Puesto que la figura de la dualidad de poderes se refiere en Trotsky no solo a «toda crisis social»<sup>49</sup> sino también a toda «lucha entre dos regímenes»,<sup>50</sup> sin mayores esfuerzos por definir lo que se entiende para el caso por crisis social o por régimen, entonces está lejos de insertarse o arraigarse solamente en los modos de existencia de la revolución socialista y ni siquiera en los términos de la lucha por el poder del Estado dentro de la unidad estatal moderna posterior al absolutismo. Los ejemplos que se entregan corresponden a las revoluciones burguesas y a la socialista de Rusia; unas y otras por tanto, en este episodio de la instancia superestructural, de su mutación jurídico-política, serían semejantes: una dualidad de poderes interina las separaría y las uniría al mismo tiempo. Como Trotsky, por lo demás, hace extensiva la dualidad de poderes a toda crisis social, *ergo*, por fuerza, ha habido fases de dualidad de poderes dentro del Estado esclavista, en el Estado feudal, etc. Se advierte aquí ya hasta qué punto la figura de la dualidad de poderes en rigor comienza a disolverse en el exceso de una definición cada vez más general.

Hay pues una primera disolución del concepto de dualidad de poderes en cuanto se lo refiere a toda revolución, a toda crisis, a todo cambio político dentro de cualquier etapa de la historia del mundo. Esa disolución es más evidente cuando se considera que Trotsky plantea la dualidad de poderes como una ley social, en contraposición a la «peculiaridad esencial» que ve Lenin en ella, como un fruto puro de la historia rusa, de su modo superpuesto de suceder.

Una ley social, como es natural, debe ser lo suficientemente extensa como para no referirse a un solo caso, ni siquiera a pocos casos; debe contemplar los mismos casos en cuanto ocurran en las mismas circunstancias; de otra manera, se trataría solo de la descripción de un hecho *sui generis* y se podría rechazar la mención de ley social desde el principio. Debe ser, por otro lado, una noción lo suficientemente restringida y caracterizable, porque, si no es así, vendría a confundirse con una obviedad o truismo.

---

<sup>49</sup> Cf. Trotsky, *La agonía mortal del capitalismo y las tareas de la IV Internacional (el programa de transición)*, Santiago de Chile, Ediciones Masas.

<sup>50</sup> *Ibidem*.

Aplicando estos mínimos al tema, es lógico advertir que un poder no desaparece inmediatamente en cuanto se lo niega y que, hasta como punto de referencia, una negación necesita de una mínima prórroga de la tesis, por lo menos hasta el momento en que la negación se ha definido. Pero no es necesario convertir en una ley social la subsistencia por un instante a la vez del poder desconocido o controvertido (en descenso) y del poder que desconoce o que reniega del anterior (en ascenso). Esto, sencillamente, no es una ley social sino un requisito lógico del cambio político (de todo cambio político), un *sine qua non ante* sin mayor complejidad. Gramsci mismo, otra vez, comentó a Croce de un modo que puede aplicarse a Trotsky: «Croce afirma –escribió– que no siempre hay que buscar el Estado donde lo indiquen las instituciones oficiales porque tal vez este podría hallarse en los partidos revolucionarios». <sup>51</sup> Por ahí la tesis de Trotsky acerca de una dualidad de poderes de la fase histórica específica, sin mayor exigencia acerca del carácter ya estatal del poder negador, parecería verse confirmada. Pero, a continuación, Gramsci dice que, aunque «puede suceder que la dirección política y moral del país no sea ejercitada en un determinado momento por el gobierno legal sino por una organización “privada” y aun por un partido revolucionario», <sup>52</sup> ello no es sino una «observación de sentido común» y que el generalizarla es tratar de convertir los hechos obvios en leyes sociales, sin una razón específica.

## La «peculiaridad esencial» de la Revolución Rusa

¿Cuál es empero el signo verdaderamente original, no intercambiable, autónomo de la Revolución Rusa, aquella «peculiaridad esencial» de que hablaba Lenin? Es claro que no se necesita creer que se trataba en efecto de una peculiaridad esencial de la Revolución Rusa solo porque Lenin dijo que era así. Es evidente, por otra parte, que Trotsky no podía sino tener a la vista el texto de Lenin cuando afirmó lo contrario que él. Lo hizo, sin duda, sabiendo que estaba planteando tal contradicción. Por lo menos hay que reconocer a Trotsky que tenía la capacidad de sentirse identificado con Lenin aun estando en desacuerdo en muchos puntos con él, como ocurrió tantas veces a lo largo de su vida. <sup>53</sup>

---

<sup>51</sup> Cf. Gramsci, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, La Habana, Ed. Revolucionaria, 1966.

<sup>52</sup> *Ibidem*.

<sup>53</sup> Aunque a veces simplemente no identificado con él en absoluto. No hay para qué santificar una relación personal que fue difícil. Trotsky escribió magníficas apologías de Lenin pero cuando este ya era victorioso o muerto. Tendemos nosotros, a la vez, a alabar a Trotsky por su trágica muerte.

Las cosas se distorsionan a tal punto que, mientras Trotsky decía que el trotskismo no existía, que era un invento de Stalin, a veces prácticamente el trotskismo es el punto al que llegó Lenin en su momento de madurez.

El «rasgo extraordinario, sin precedentes en la historia»,<sup>54</sup> es, sin duda, el «entrelazamiento» de las dos dictaduras. «Según la forma de pensar antigua —decía Lenin— la dominación de la burguesía podía y debía ser seguida por la dominación del proletariado y el campesinado por su dictadura. En la vida real, sin embargo, las cosas ya sucedieron de modo diferente; se produjo un entrelazamiento de lo uno con lo otro en extremo original, nuevo sin precedentes».<sup>55</sup> La proximidad en el tiempo, la contemporaneidad, el paralelismo entre la revolución democrático-burguesa y la revolución socialista es lo típico de la Revolución Rusa y en ello se funda su carácter ininterrumpido o permanente.<sup>56</sup> Se diría en este sentido que, tras el derrumbe del zarismo, el nuevo poder nace con dos brazos, uno democrático-burgués y socialista el otro.

Resulta difícil encontrar en la historia del mundo un caso en el que la revolución burguesa preceda a la socialista solo en nueve meses. Tal resulta sin duda del carácter tardío de la revolución burguesa en Rusia, carácter que, por lo mismo, dio lugar a un poderoso sentimiento sustitucionista<sup>57</sup> en el proletariado, clase temprana que no se alienó, en parte quizá por la misma pobreza de los logros de la burguesía rusa.

El mejor proletariado de Europa y la más rezagada de las burguesías de Europa convivían así, en un mismo escenario, en el momento del derrumbe de la monarquía zarista. Es de estos hechos de los que Lenin extrae la noción del poder dual como «peculiaridad esencial». Tal proximidad en el tiempo o coetaneidad resulta en cambio notoriamente omitida en el análisis de Trotsky.

## El entrelazamiento y la crisis nacional general

Pero incluso hablar de la proximidad o coetaneidad de las dos revoluciones no dice nada si no se hace un escrutinio de su contenido. ¿Cuál es, en efecto, el mayor de los problemas para el proletariado de un país atrasado? Es un problema cuantitativo. Es la clase dirigente, pero no es la clase mayoritaria. Está aislado por un mar de clases precapitalistas cuyos intereses no son necesariamente socialistas o por clases que, aun no teniendo porvenir al margen del socialismo, no tienen las *posibilidades de conciencia* como para comprender ese hecho. En estas condiciones, la toma del poder por

<sup>54</sup> Cf. Lenin, *Cartas sobre táctica*, en *Obras completas*, t. XXIV, *op. cit.*

<sup>55</sup> *Ibidem.*

<sup>56</sup> En la acepción de Marx, cuando habló de revolución permanente. Pero las etapas, en rigor, no se saltan. La prosecución constante del proceso revolucionario no es un salto.

<sup>57</sup> Pero hay un sustitucionismo legítimo, cuando el proletario realiza tareas burguesas. Adquiere, en cambio, un contenido reaccionario cuando se encomienda al movimiento campesino o a un movimiento pequeño-burgués cualquiera el cumplimiento de las tareas proletarias.

el proletariado, por un mero acto de audacia histórica, acaba por tener un contenido blanquista indiscutible. Es una especie de foquismo en el que el foco está constituido por la clase entera. La única manera de que el proletariado se convierta, en rigor, en el caudillo de la mayoría efectiva es mediante el «entrelazamiento» con la movilización democrático-burguesa, que es más fácilmente masiva por cuanto se produce en torno a consignas gruesas, fácilmente explicables, extensibles y exitosas, y la movilización socialista, que está al alcance solo de los sectores más avanzados del pueblo.<sup>58</sup> La aptitud de dirigir los intereses de la universalidad de los sectores explotados por parte del proletariado es la ventaja de la revolución en un país atrasado.

En la fase del imperialismo, en efecto, los propios apetitos u objetivos burgueses de los sectores proletarios oprimidos no alcanzarán éxito bajo la dirección de la burguesía. En cambio, esos objetivos se cumplirán como tareas rezagadas dentro de la revolución socialista. Esto mismo, no obstante, solo en sus lineamientos más generales puede ser diseñado por una teoría previa; es el ritmo objetivo de la lucha de clases lo que define el tipo de relación entre la base económica y la superestructura política, en la situación concreta. En circunstancias excepcionales, un gobierno democrático puede realizar tareas burguesas que, como la construcción de un capitalismo de Estado, están vinculadas de modo directo con el socialismo, en la medida en que existe la hegemonía de la clase obrera. Pero también la lucha de clases puede madurar de tal manera que ya la mayoría de la población sea movilizada bajo el proletariado. Nadie ha dicho jamás que la superestructura política no pueda adelantarse, durante cierto tiempo, a la base económica y transformarla desde arriba.<sup>59</sup> Es la intensidad de la lucha de clases la que, en este caso, da las bases para un poder socialista, que ya encara las tareas burguesas como hechos rezagados, como advirtiendo que solo tomando un máximo se puede obtener el conjunto de los mínimos.

De este modo, son la lucha de clases y la presión del mundo objetivo las que determinan la velocidad con que una revolución burguesa está en condiciones de transformarse desde dentro en una revolución socialista. No basta con que la inteligencia comprenda que las tareas burguesas no tienen soluciones burguesas en un país periférico. Es necesario asimismo que los sectores atrasados comprendan que solo por medio del proletariado y su dirección pueden lograr sus objetivos. Pero dentro de la normalidad, por modesta que ella sea, las clases atrasadas solo reproducen de continuo

---

<sup>58</sup> Noción estrictamente válida para un país atrasado y a eso se refiere el concepto de dictadura democrática de obreros y campesinos. Pero deducir de ello que Lenin otorgara un papel equivalente en cuanto a la hegemonía al proletariado y al campesinado es una distorsión frontal de todo su pensamiento.

<sup>59</sup> Salvo los reformistas, a la Bernstein, en las discusiones de la II Internacional.

ideología burguesa. Solo la caducidad palmaria del sistema permite que esos sectores vean en el proletariado a su dirección y por eso es tan típico del pensamiento voluntarista la omisión del concepto leninista de la «crisis nacional general», que describió como un requisito central para la existencia de la revolución.

La dualidad de poderes en Rusia expresa, por consiguiente, aquel momento en que el proletariado, sobre la base de su conciencia organizada como partido y explotando las condiciones objetivas de la crisis nacional general, tiene ya fuerzas para constituirse como Estado sin ser inmediatamente liquidado. Como para constituirse, pero no todavía como para conquistar el apoyo de la mayoría del pueblo, sobre todo del campesinado; puede, por tanto, *ser* un Estado pero no todavía unificar en sus manos *todo* el poder del Estado. El fracaso de la burguesía rusa en solucionar los problemas del campesino, aun en las condiciones inicialmente ventajosas para ella dentro de la dualidad de poderes, le aliena el apoyo de la mayoría del pueblo y ése es el momento en que se puede constituir el «entrelazamiento» entre la movilización democrático-burguesa del campesinado y la movilización socialista del proletariado.

De aquí proviene el hecho de que la dualidad de poderes sea sobre todo ahora una discusión que corresponde a los países en los que el proletariado no es mayoritario, a los países atrasados pero con cierta industrialización mínima a la vez. En países como Bolivia, donde la burguesía, tanto como burguesía intermediaria cuanto como burguesía «nacional», es una clase débil de un modo inveterado; donde el equivalente a una «crisis nacional general» es algo a cuyo margen la sociedad está de continuo (la insurrección permanente de Bolivia) y en los que existe a la vez un proletariado políticamente bastante avanzado, son, por lo mismo, aquellos en los que la dualidad de poderes puede producirse de una manera aproximada a los hechos rusos de 1917.

El gran ausente en Bolivia es el partido portador de la conciencia de la clase avanzada y este es el problema u obstáculo que veremos en su momento. Sin partido proletario, desde luego, no hay Estado proletario.<sup>60</sup> Esta misma problematización, sin embargo, tiene el vicio de remitir a una figura estatal que correspondió a una coyuntura determinada de la historia rusa, lo que en cambio debe explicarse a través de su contexto de clase. Sin la alianza de la clase obrera con los campesinos, la Revolución Rusa no habría sido posible, con dualidad de poderes o sin ella. En países que tienen un cuadro de clases parecido al de la Rusia de entonces, el proletariado jamás podrá hacerse con el poder si no encuentra su *quantum* necesario en

---

<sup>60</sup> Porque el proletariado solo llega a ser realmente proletario cuando su impulso espontáneo se fusiona con el marxismo, en el partido proletario.

el campesinado.<sup>61</sup> Esta es una norma que, desde luego, también sirve para dicho tipo de países, porque en los países desarrollados apenas si existe un campesinado, lo cual vale también para varios países subdesarrollados.<sup>62</sup> La necesidad empero se sitúa en torno a esta alianza, imprescindible desde el punto de vista revolucionario, y no en torno a la dualidad de poderes que es, en cambio, una excepción. Se diría, por el contrario, que la propia dualidad de poderes fue un episodio superior en la construcción de la alianza obrero-campesina.<sup>63</sup>

## La reproducción del poder dual

Si las cosas se dejan en este punto se diría que, al servicio de un brillante discurso histórico, Trotsky pasó por alto el carácter principal de la dualidad de poderes, que era la concentración de dos tipos de revolución en un solo tiempo y un solo espacio. Parecería, por el contrario, que lo que él entendía por dualidad de poderes era un complejo de contradicciones estatales y semiestatales, de clases y de fracciones de clases y, en suma, el carácter esencialmente contradictorio de todo poder.

Este carácter expansivo de la exposición trotskista, que solo usa el esbozo leninista como un pie analítico, ha de ser visto con mayor claridad cuando se enumeren las formas de dualidad de poderes que están consignadas en sus obras. Hay otros aspectos concretos en los que el trabajo teórico de Trotsky es incluso más rico que el de Lenin. Ello ocurre sobre todo en sus observaciones acerca del problema de la reproducción de la dualidad de poderes y acerca de la inversión o vuelta que se produce en él, en el ascenso de su línea histórica.

En cuanto al modo de conclusión o remate del poder dual, por ejemplo, Lenin se limita a decir que las alternativas se reducen a la dictadura de la burguesía o a la del proletariado: «Tal entrelazamiento no puede durar mucho. En un mismo Estado no pueden existir dos poderes. Uno de ellos está destinado a desaparecer».<sup>64</sup> O sea que Lenin suma a la excepcionalidad de la dualidad de poderes la necesaria definición terminante en torno a

---

<sup>61</sup> Cf. Lenin, *Cartas desde lejos*, en *Obras completas*, tomo XXIV, *op. cit.*: «Si la revolución triunfó tan radicalmente —en apariencia, a primera vista— solo se debe al hecho de que, como resultado de una situación histórica en extremo original, se unieron, en forma asombrosamente “armónica”, corrientes absolutamente diferentes, intereses de clase absolutamente heterogéneos, aspiraciones políticas y sociales absolutamente opuestas».

<sup>62</sup> El Uruguay o la Argentina, por ejemplo.

<sup>63</sup> Alianza que, a su turno, resulta del análisis de las relaciones de producción. Se opta por aliarse a la clase más próxima por su colocación en la estructura material de la sociedad; cómo se exprese esa alianza en la superestructura estatal depende, en cambio, de la coyuntura política.

<sup>64</sup> Cf. Lenin, *Las tareas...*

dos polos que ya no tienen ocasión de sustituirse internamente porque la situación histórica está ante un sesgo. Es una posición maniqueísta que corresponde empero (otra vez) a lo que sucedía en efecto en la Rusia de aquellos días, situación «objetivamente verificable»<sup>65</sup> en la que la burguesía ya no podía salvar formas intermedias ni siquiera debajo del dibujo bonapartista de Kerensky, que, personal y políticamente, vivía de excitaciones. Kornilov y los bolcheviques se convierten, por cierto, en alternativas indiscutidas e interexcluyentes. Es decir, que el maniqueísmo aquél no estaba en el sujeto de la exposición sino en la materia de la exposición. La fuerza de las «situaciones concretas» es un argumento que se nos impone aun antes de que tengamos tiempo de analizarlo demasiado.

Pero Trotsky era capaz de saber, puesto que veía el fenómeno (porque la dualidad de poderes corresponde a la zona de la superestructura) en su generalidad y no en su singularización, es decir, en su proceso y no en su apariencia, que la dualidad de poderes podía solucionarse como la misma dualidad de poderes o sea que, *en determinadas circunstancias, en una falsa precipitación de clase por ejemplo, no es la síntesis la conclusión forzosa de la contradicción entre la tesis y la antítesis*, salvo que se decidiera llamar así, por un simple ritual dialéctico, a lo que no es, *stricto sensu*, una síntesis. Ahí se daría el caso de que la contradicción (la dualidad de poderes) *se mantendría aunque se reemplazaran desde dentro a los sujetos que la integran* (los polos clasistas).

Dicha contradicción puede, por el contrario, derivar en una reproducción de la contradicción como tal, conservándola como tal contradicción aun a través de una nueva tesis y la nueva antítesis, que serían al mismo tiempo derivaciones, renovaciones y sustituciones de las viejas tesis y antítesis, respectivamente. Una contradicción aparecería dando vida y prolongación, sustituyendo, a otra y, en tal caso, la reproducción del poder dual puede ser una forma temporal de solución del poder dual (porque todo poder dual es breve de todas maneras).

Esto ocurre, por ejemplo, cuando Trotsky describe la contradicción entre el gobierno provisional y el Comité Ejecutivo: «El poder dual de los liberales y demócratas no hacía más que reflejar el poder dual, que aún no había salido a la superficie, de la burguesía y el proletariado».<sup>66</sup> Es lo que se llama el «carácter reflejo» de la dualidad de poderes de la revolución de febrero. Es la paradoja de que una dualidad de poderes semifantasmal se viera solucionada no por el triunfo de uno de sus polos sino por su reemplazo por el «poder dual efectivo».<sup>67</sup>

---

<sup>65</sup> *Ibidem.*

<sup>66</sup> *Cf.* Trotsky, *Historia...*

<sup>67</sup> *Ibidem.*



¿Por qué semifantasmal y no fantasmal simplemente? Porque los mitos, los reflejos, las mixtificaciones expresan siempre, en la lucha de las sociedades, lo no mítico, lo no reflejo (lo reflejante), lo no mixtificado. Son maneras diferidas que tiene la realidad para expresarse. Las contradicciones formales suelen ser el vehículo de las manifestaciones de las contradicciones de la realidad. Las cosas pueden ser gratuitas entre los individuos pero en la vida social tienen siempre un objeto.

No es, sin embargo, el único ejemplo de solución de la dualidad de poderes por su reproducción, dentro de la exposición de Trotsky. Lo mismo en la revolución inglesa: tras la dualidad de poderes localizada en los polos de Londres y Oxford, la burguesía presbiteriana y el Rey, «parece que surgen las condiciones para establecer el poder unitario de la burguesía presbiteriana»<sup>68</sup> con un polo en el ejército parlamentario, que crea un Consejo de diputados soldados y oficiales por encima del mando («que concentra en sus filas a los independientes, pequeñoburgueses piadosos y decididos, los artesanos, los agricultores»)<sup>69</sup> y el Parlamento presbiteriano, que representa a la «burguesía acomodada y rica».<sup>70</sup> Pero aun después del triunfo de ese «ejército modelo» una dualidad de poderes se produce entre los *levellers*, «ala de extrema izquierda de la revolución»,<sup>71</sup> y Cromwell. O sea que la revolución inglesa no se define sino después de su tercera fase de dualidad de poderes.

En esta instancia, Trotsky está pensando en la experiencia inglesa y hará otro tanto con la francesa; nos parece que, antes que estar considerando una dualidad de poderes en el sentido leninista, está haciendo una rica exposición acerca de las luchas entre las fracciones de clase (y sus soportes) y la importante cuestión del muy diferente destino que puede tener un mismo tipo de Estado según que triunfe el sector progresista o el conservador dentro de la clase que lo transporta en la historia.

Cabe otra interrogante, sin embargo. Puesto que se está ante la experiencia de la expulsión de la oposición de izquierda, ¿no estará Trotsky tentado, ya que ha extendido tanto los límites de la dualidad de poderes, de aplicarla a sus contradicciones con el estalinismo? No, por cierto. Es claro que hablará de un Estado obrero degenerado pero no todavía de un renacimiento del Estado burgués ni de la emergencia de una «burguesía de Estado» dentro del triunfo obrero, como harán después otros analistas. La pugna interna dentro del poder soviético es dejada de lado en la exposición de la dualidad de poderes, aunque no se ve con claridad por qué no lo hizo luego de haber usado esa metáfora respecto a la evolución del poder de la burguesía, dentro ya de las revoluciones burguesas de Francia e Inglaterra. Quizá es un resultado de la debilidad objetiva, en el plano orgánico, de la oposición.

---

<sup>68</sup> *Ibidem.*

<sup>69</sup> *Ibidem.*

<sup>70</sup> *Ibidem.*

<sup>71</sup> *Ibidem.*

## Inversión del poder dual

Más importante todavía es el desarrollo que hace Trotsky acerca de la inversión en el equilibrio interno de la dualidad de poderes, que también puede llamarse el principio del desarrollo quebrado de la revolución y la contrarrevolución. La política, ya lo dijo Lenin, no es como la Nevsky prospekt [avenida].

Se refiere Trotsky a las resoluciones del VI Congreso, en las que se afirma que «como resultado de los acontecimientos de julio, fue liquidado el poder dual, siendo sustituido por la dictadura de la burguesía». <sup>72</sup> Se pregunta él «por qué, si el poder pasó enteramente en julio a manos de la pandilla militar, ¿por qué esa misma pandilla tuvo que recurrir a la sublevación en el mes de agosto?». <sup>73</sup> Para él, las resoluciones del VI Congreso exageraron la situación por razones prácticas, «pero el análisis histórico no necesita para nada de las exageraciones de la agitación». <sup>74</sup> Esto significa, más o menos, que lo resuelto por un Congreso se refiere o remite a la política que lo rodea; pero es falso hacer historia en torno a las resoluciones de los congresos o los discursos de los dirigentes.

Lo que había ocurrido es que el «poder efectivo» pasó a manos del gobierno oficial pero sin destruir la dualidad de poderes. <sup>75</sup> Lo que quiere decir que la dualidad de poderes puede invertirse en su correlación de fuerzas sin que por eso sea suprimida. La inversión es resultado de la capacidad que tiene de sobrevivir como antagonismo (reproducirse como antagonismo) aunque sustituyendo a los sujetos del antagonismo. En cada escala la encontraremos cada vez más desnuda y atroz, cada vez menos formal e institucional. Tal es el sentido de las afirmaciones siguientes: «La revolución triunfa tan solo a través de una serie de reacciones internas». <sup>76</sup> «El poder dual dejó de ser “pacífico”, de estar regulado por un sistema de contacto. Se tornó más subterráneo, descentralizado y explosivo. A fines de agosto, el poder dual oculto se convirtió de nuevo en una dualidad activa». <sup>77</sup> La inmersión y la actividad, el paso fulminante del «poder efectivo» de un polo al otro, la reacción y la revolución, el flujo y el reflujo de las masas, se suceden en periodos cada vez más breves de tiempo, precisamente señalando la aproximación del tajo. Es la manera que tiene de suceder la historia, porque «la política no tiene que ver nada con las matemáticas». <sup>78</sup>

<sup>72</sup> *Ibidem.*

<sup>73</sup> *Ibidem.*

<sup>74</sup> *Ibidem.*

<sup>75</sup> «Si hemos calificado de poder dual un régimen en que el gobierno oficial tenía en sus manos en el fondo una ficción del poder, mientras que la fuerza real estaba en manos del soviét, no hay motivo alguno para afirmar que el poder dual quedó liquidado desde el momento en que pasó del soviét a la burguesía parte del poder efectivo». *Cf. ibidem.*

<sup>76</sup> *Ibidem.*

<sup>77</sup> *Ibidem.*

<sup>78</sup> *Ibidem.*

## Tipos de poder dual en Trotsky

Ahora es posible explicar por qué se habla de la dispersión o disolución del concepto de dualidad de poderes en Trotsky. Para Lenin, desde luego, no había otra dualidad de poderes que la que él había conocido en la experiencia rusa. Eso es resultado de su concepto acerca de la «peculiaridad esencial», etc. En una primera enumeración, encontramos en Trotsky, en cambio, por lo menos seis formas de dualidad de poderes. A saber:

- a) La que se produce al nivel de los órganos de la economía.
- b) Dualidad de poderes en el grado de los órganos políticos periféricos.
- c) Dualidad de poderes que se produce en la relación lucha-coexistencia entre fracciones de clase, es decir, dualidad de poderes interna a la clase dominante.
- d) Dualidad de poderes en los órganos políticos superiores o dualidad estatal propiamente dicha.
- e) Forma geográfica territorial.
- f) Dualidad de poderes semifantasmal o falsa dualidad.

## La teoría de la fábrica y el poder dual

Sobre la primera: «A partir de la aparición del comité de fábrica, se establece de hecho una dualidad de poder. Por su esencia, ella tiene algo de transitorio porque encierra en sí misma dos regímenes inconciliables: el régimen capitalista y el régimen proletario». <sup>79</sup> Inconciliables, empero, no significa inmediatamente excluyentes. Si la dualidad tiene ese fundamento, puede prolongarse mucho en el tiempo. Durante un largo plazo, en efecto, el capitalismo naciente «convivió» con el feudalismo; se puede decir incluso que no habría sido posible sin ciertas protecciones que le dio esa fase del feudalismo. La socialización de la producción en el capitalismo, por otra parte, tiene un doble contenido: por un lado, expresa el carácter mismo del capitalismo; por el otro, ya es el signo material que anuncia el advenimiento de un sistema futuro. Pero, a continuación, Trotsky mismo limita los alcances de aquella primera definición, tan general. La importancia de esta forma radicaría en la preparación, sería una provisionalidad: «La principal importancia de los comités de fábrica consiste precisamente en abrir un período prerrevolucionario, ya que no directamente revolucionario, entre el régimen burgués y el régimen proletario». <sup>80</sup>

---

<sup>79</sup> Cf. Trotsky, *La agonía mortal del capitalismo...*

<sup>80</sup> *Ibidem*.

Al deliberar acerca de esta forma uno no tiene más remedio que recordar las páginas en las que Marx describió la fábrica a la vez como el punto más alto del capitalismo y como el lugar en que los obreros hacen su primera experiencia socialista o protosocialista: «La clase obrera —escribió— cada vez más numerosa y más disciplinada, más unida y más organizada por el mecanismo del mismo proceso capitalista de producción. El monopolio del capital se convierte en grillete del régimen de producción que ha crecido con él y bajo él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista».<sup>81</sup>

Pero el comité de fábrica es la escuela del soviét y la dualidad de poder que manifiesta es el camino de la construcción del poder dual estatal, que será ya «el punto culminante del periodo de la transición».<sup>82</sup> ¿A qué transición se refiere Trotsky aquí? Podría suponerse que, dentro de la teoría de la fábrica, de la premonición de la gran industria, siguiendo el razonamiento de Marx, toda formación social no solo contiene en su seno resabios de modos de producción pasados, debajo de un modo de producción dominante, sino también elementos de modos de producción futuros. El presente contendría así los pasados del hombre y otorgaría ya las señales de su futuro. Pero es lógico pensar que Trotsky se refiere más bien a la transición en la conquista de los instrumentos a través de los que se administrará la instancia política, en la superestructura. Estamos dentro de la autonomía de la política, en la zona que fundó Maquiavelo.

### Embriones del «régimen proletario»

Esto mismo fue dicho por Gramsci pero de una manera más completa que la que encontramos en Trotsky. El partido mismo desde un principio sería «un Estado en potencia que va madurando, antagonista del Estado burgués».<sup>83</sup> «Una clase políticamente dominante, por otra parte, puede conquistar la hegemonía antes de la conquista del poder político».<sup>84</sup>

Tanto en Trotsky como en Gramsci se puede ver cómo existe un germen de régimen proletario, es decir, de socialismo, incluso en fases muy tempranas de la disputa del poder político, en los sindicatos (porque el sindicalismo es también una política),<sup>85</sup> en el partido (Gramsci), en el comité de fábrica, en el soviét.

---

<sup>81</sup> Cf. *El capital*, tomo 1...

<sup>82</sup> Cf. Trotsky, *La agonía mortal del capitalismo...*

<sup>83</sup> Cf. Gramsci, *op. cit.*

<sup>84</sup> *Ibidem.*

<sup>85</sup> Cf. Lenin, *¿Qué hacer?...*

El régimen proletario comienza a existir y a organizarse como sistema desde el momento más precoz. En las organizaciones revolucionarias y en las organizaciones elementales mismas pero, desde luego, ya netamente, en los actos de poder llevados a cabo por la clase obrera. De esta manera, la existencia de una dualidad de poderes a niveles más amplios (estatal o geográfico) no sería, en el fondo, sino el crecimiento o la exteriorización de aquella dualidad de poderes inicial y esencial, instalada en la vida pequeña de las gentes. Desde el momento que la organización no reconoce otra ley que la propia se otorga una suerte de soberanía inconclusa, está desconociendo y descatando la soberanía enemiga. Por tal vía, la revolución sería solo una traslación desde la conciencia de las gentes a la realidad de la vida; pero el «régimen proletario» ya habría existido mucho antes, en la vanguardia, cuando la conciencia puede expresarse en sus primeros actos de poder.

Conviene discriminar entre unos casos y otros. Por ejemplo, ¿en qué momento el sindicato se transforma de escuela de poder en órgano de poder? Y aun, ¿se convierte alguna vez realmente en órgano de poder? Para Lenin fue siempre un órgano de reserva y una «correa de transmisión». <sup>86</sup> Su papel era tanto más relevante cuantos más sectores atrasados existieran en el seno de la clase obrera. Trotsky oscilaba entre una cierta negación o disminución del papel de los sindicatos y la idea de que, en determinadas circunstancias, el sindicato podía ser o convertirse en una especie de soviets, según la historia local que hubiera seguido (lo dijo en relación con Alemania). <sup>87</sup> Si las cosas discurren normalmente, en efecto, el sindicato debería ser el lugar donde la vanguardia obrera se encuentra con los sectores atrasados de la clase y los educa. Pero, en otras circunstancias, el sindicato puede ser también un escenario: puede ser que, en lugar de encontrarse, disputen en su seno los sectores avanzados y los sectores atrasados de la clase. De alguna manera, sin duda, la lucha de clases tiende a reproducirse en el interior de cada una de las clases y en este sentido el proletariado tampoco tiene por qué ser una excepción. Las cosas se complican. Puesto que hay sectores proletarios que no desarrollan su ser proletario

---

<sup>86</sup> «Los sindicatos, que abarcan a todos los obreros industriales son una organización de la clase dirigente, dominante, gobernante, que ha establecido ahora una dictadura y que, a través del Estado, ejerce la coerción. Pero no es una organización estatal, ni una organización destinada a la coerción, sino a la educación [...] es una escuela: una escuela de administración, una escuela de comunismo. Los sindicatos están situados, si cabe expresarse así, entre el partido y el gobierno». «Los sindicatos son un vínculo entre la vanguardia y las masas [...] son una “reserva del poder estatal”». «No se puede ejercer la dictadura del proletariado a través del proletariado organizado en su totalidad. No puede funcionar sin una serie de “correas de transmisión” que van de la vanguardia a la masa de la clase avanzada, y de esta a las masas trabajadoras». Cf. Lenin, *Los sindicatos, la situación actual y los errores de Trotsky* en *Obras completas*, tomo XXXV, *op. cit.*

<sup>87</sup> «En este país se crearon varias veces soviets como órganos de la insurrección, del poder... sin poder... Como ya se habían convertido los comités de fábrica en puntos efectivos de concentración de las masas revolucionarias, los soviets habrían desempeñado en el periodo preparatorio un poder paralelo al de esos comités y no tendrían sino una forma sin contenido». Cf. Trotsky, *Lecciones de octubre*, Buenos Aires, Biblioteca Proletaria, 1971.

(ya que la extracción es apenas un punto de partida) es lógico que, antes de salir de la clase a la construcción de la dictadura del proletariado sobre la sociedad entera, es preciso que la vanguardia (que es la única que es históricamente proletaria porque en ella se ha producido la fusión entre la ideología proletaria y la condición proletaria) imponga previamente su predominio dentro de la misma clase.

## El régimen proletario en el seno de la democracia burguesa

Si tal cosa vale para los sindicatos, vale doblemente para el partido. En apariencia, todo debería ser aquí más simple puesto que debería ocurrir por debajo de la ideología proletaria. Sin embargo, el trato en el partido ya se hace en contacto con hombres de un origen distinto de clase, con los intelectuales, que son los portadores de la teoría marxista y, por lo mismo, también sus principales distorsionadores. Sencillamente, un partido no puede convertirse de modo real en partido obrero sin grandes luchas y sin atravesar por enormes peligros: los intelectuales traen a la vez el socialismo científico y los mecanismos de conservación y defensa de una sociedad que no los oprime como a los obreros. Se hace imprescindible que la «fusión» se haga de un modo exacto; pero el partido que no se ha proletarizado con carácter previo, es decir «internamente», mal puede pensar en realizar externamente la dictadura del proletariado. Para decirlo de otro modo, la dictadura proletaria debe existir primero dentro del partido para poder salir a la sociedad como conjunto. Solo en este modo de ver las cosas, considerando a los sindicatos o a los partidos como síntesis *sui generis* de las sociedades, puede pensarse en ellos como experiencias estatales de tipo primario, y ni Gramsci ni Trotsky pueden haberse referido a otra cosa. En todo caso, para el militante revolucionario la soberanía no está en el Estado burgués sino en su partido; el partido es el lugar donde se espera y se prepara la destrucción de la soberanía opuesta a él. No puede llamarse a tal hecho dualidad de poderes sino de un modo figurativo o anticipado. Sin embargo, hay una medida en que uno pertenece a lo que niega o, dicho de otra manera, se necesita estar dentro de lo que se niega. En Gramsci, en efecto, si bien el partido debe ser ya un Estado en potencia, puede serlo solo sobre la base de la elaboración o reconstrucción de una tendencia de las masas que no puede existir ni en el partido mismo ni en el sindicato.

«El proceso real de la revolución proletaria —ha escrito— no puede identificarse con el desarrollo y la acción de las organizaciones revolucionarias de tipo voluntario y contractual, como son el partido político y los sindicatos de oficio, organizaciones nacidas en el campo de la democracia burguesa, nacidas en el campo de la libertad política como afirmación y como desarrollo de la libertad política».<sup>88</sup>

<sup>88</sup> Cf. Gramsci, *L'ordine nuovo*, Turín, Einaudi, 1955.

Nacidos ambos en la democracia burguesa, aun negándola pertenecen en cierto grado a ella y la reproducen. «Dichas organizaciones no encarnan ese proceso, no rebasan el Estado burgués». <sup>89</sup> En cambio, «el proceso revolucionario se realiza en el campo de la producción en la fábrica, donde las relaciones son de opresor a oprimido, de explotador a explotado, donde no hay libertad para el obrero ni existe la democracia». <sup>90</sup> Por tanto, «toda la clase obrera, tal como se encuentra en la fábrica, comienza una acción que tiende a desembocar necesariamente en la fundación de un Estado obrero». El Estado proletario no existirá realmente sino a través del partido, o sea la conciencia; pero «el espíritu estatal» es un instinto de la clase: «La clase obrera tiende con todas sus fuerzas, con toda su voluntad, a fundar su Estado». <sup>91</sup>

Como ocurre con tantos de sus textos, la tentación de prolongar el razonamiento de Gramsci es inevitable. A decir verdad, ¿no será legítimo decir que mientras más existe la democracia burguesa, mientras más se haya realizado, menos tenderá el partido (o el sindicato) a sentirse independiente de ella? Sería natural que se sienta más «cómodo» en ese ambiente en la misma medida en que es más hijo de él, mientras menos resistencias haya encontrado. Bien evidente es que sin un *minimum minimorum* de libertad difícilmente existirían ni sindicatos ni partidos. Pero si la democracia burguesa se ha dado en un grado mínimo, el partido (o el sindicato) nacerá contra ella, desde el principio contradiciendo la voluntad del Estado. Es muy distinto un sindicato en Bolivia, donde ha nacido contra el Estado, que en el Brasil, donde ha sido creado *desde* el Estado. <sup>92</sup> Por eso puede decirse que una clase obrera tenderá más a construir su propio Estado mientras más haya sentido como su enemigo al Estado vigente.

## Otras formas de poder dual

Luego de esta digresión, debemos volver a Trotsky. Aunque hemos hecho un mayor hincapié en la forma de dualidad de poderes señalada, es posible añadir algo sobre otras. Los soviets, desde luego, «se convirtieron de inmediato en una fuerza más poderosa que todas las demás organizaciones que intentaban rivalizar con ellos (los municipios, las cooperativas, en parte, los sindicatos)» <sup>93</sup> y organizaron a los campesinos. Es un hecho, por otra parte, que se acusaba a los soviets provinciales de desconocer el poder central y que la «prensa burguesa a grandes gritos decía que Cronstadt, Schlusselfurgo o Tsaritsin se habían separado de Rusia y transformado en repúblicas independientes». <sup>94</sup>

---

<sup>89</sup> *Ibidem*.

<sup>90</sup> *Ibidem*.

<sup>91</sup> *Ibidem*.

<sup>92</sup> Como hecho masivo, la organización de sindicatos fue propiciada desde el Estado, en el régimen de Vargas, en el Brasil.

<sup>93</sup> Cf. Trotsky. *Historia...*

<sup>94</sup> *Ibidem*.

En cuanto a la dualidad de poder de tipo geográfico o territorial: «La dualidad de poderes es por esencia un régimen de crisis social: al mismo tiempo que señala el punto culminante a que ha llegado la escisión en el país, contiene potencial o abiertamente la guerra civil».<sup>95</sup> Y también: «La guerra civil da a la dualidad de poderes la expresión más visible, la geográfica». Ello se ve con claridad, por lo demás, en la historia que hace Trotsky sobre la dualidad de poderes en las revoluciones inglesa y francesa.<sup>96</sup> De un modo rotundo, China o Cuba dan ejemplos de tal suerte de fenómeno. Sin embargo, como se verá más adelante, los requisitos para una verdadera dualidad de poderes no se conforman con una mera partición territorial.

Respecto al poder dual semifantasmal o falso poder dual, como hemos tenido ocasión de ver, Trotsky no le asigna sino un carácter reflejo: sirve solamente como apariencia para esconder una dualidad de poderes «verdadera», que no ha podido expresarse todavía. Pero es algo que solo puede conocerse *a posteriori*; de otro modo, la encontraríamos en cada contradicción aparente, como el anuncio de un doble poder todavía inédito.

Es sorprendente en cambio el contenido de dualidad de poderes que Trotsky otorga a las contradicciones entre las fracciones de clase o entre las tendencias políticas dentro de la clase. Incurre, al hacerlo, en una contradicción. En principio, él mismo había sostenido, por ejemplo, que «la coexistencia del poder de los *junkers* y el de la burguesía —lo mismo bajo el régimen de los Hohenzollern que bajo la República— no implica dualidad de poderes, por fuertes que sean, a veces, los conflictos entre las dos clases que comparten el poder: su base social es común y sus desavenencias no amenazan con dar al traste con el aparato del Estado».<sup>97</sup> Esta es una descripción correcta porque de ella se deriva que no hay dualidad de poderes en el seno de un mismo tipo de Estado.

Trotsky resulta desconcertante cuando escribe a continuación que «después del licenciamiento de los regimientos más revolucionarios y del desarme de los obreros [en julio] existía el poder dual, pero no ya el poder dual legalizado [*sic*], de contacto o coalición, de los meses anteriores, sino el poder dual de dos camarillas, la militar-burguesa y la conciliadora, las cuales se temían mutuamente, bien que al mismo tiempo se necesitasen».<sup>98</sup>

Lo mismo cuando habla de las contradicciones entre los burgueses pobres y los burgueses ricos en la revolución burguesa en Inglaterra o entre las capas inferiores del tercer estado (la Comuna) y los representantes oficiales de la nación burguesa en Francia, pensándolos casos típicos de poder dual.

---

<sup>95</sup> *Ibidem.*

<sup>96</sup> *Ibidem.*

<sup>97</sup> *Ibidem.*

<sup>98</sup> *Ibidem.*



## Dilución del concepto en la teoría trotskista del poder dual

Tras este fatigoso recuento, estamos en condiciones de aproximarnos a ciertas conclusiones. En primer término, es incorrecto afirmar que el concepto de la dualidad de poderes pertenezca, como una contribución específica, al pensamiento trotskista.<sup>99</sup> Trotsky no escribió sobre el problema sino muchos años después que Lenin; al hacerlo, desvió el concepto y lo desarrolló de un modo completamente heterodoxo. Por grandes que sean los esfuerzos que uno haga por no entender de un modo formalista a Trotsky, resulta sin embargo ostensible que él mismo extendió tanto el significado de la dualidad de poderes como metáfora o figura de la teoría marxista del Estado que la volvió apta para comprender cualquier sociedad. Con un brillo característico, acabó por diluir un concepto que era muy preciso en Lenin.

Pasarían a englobarse dentro de la dualidad de poderes tanto los actos afirmativos de poder que corresponden a la órbita de la acción directa de las masas,<sup>100</sup> método esencial de la clase obrera, como los movimientos regionales de controversia del poder central del Estado (entendiendo por región social también a una clase), una situación culminante del periodo de transición superestructural en el aparato estatal mismo, una fase de transferencia del poder del Estado<sup>101</sup> y, por último, una forma material de la guerra civil.

La dualidad de poderes sería, en principio, la forma estatal propia de toda crisis social, en todo tiempo, especialmente en el prerrevolucionario; pero también algo que existe en el medio de toda contradicción activa de la sociedad. La reducción al absurdo de tal enumeración acaba por suprimir el concepto. Se habrían producido casos de poder dual en las tomas de fábricas (en Argentina o Italia, por ejemplo), en la concurrencia multipartidaria o multiclasiista de todos los estados liberales, incluso Chile, en las guerras civiles en general, aun cuando nada signifique en relación con el contenido de clase del Estado.

---

<sup>99</sup> «Se puede decir que la dualidad de poderes es parte de la teoría oficial de los trotskistas». Es Guillermo Lora quien sostiene tal cosa, en *La Revolución Boliviana* [La Paz: Difusión, 1964]. Pero se trata de un despropósito evidente. Trotsky no menciona para nada el poder dual en el libro *1905*, escrito en 1907, ni en *Resultados y perspectivas*. Describe, sin embargo, no sin maestría, el soviet de diputados obreros de Petersburgo, lo que puede demostrarle a Lora, de una manera que se hace necesaria en extremo, hasta qué punto puede existir sin soviet consumado aunque sin lograr todavía plantear una verdadera dualidad de poderes.

Ni siquiera en *Lecciones de octubre*, libro escrito en 1924, Trotsky expone realmente su teoría sobre la dualidad de poderes. Se limita a decir que la revolución de febrero estaba «desganada por contradicciones que se manifestaron desde un principio en la dualidad de poderes». Es la única mención que hay en el texto. En lo demás, nos remite a un pie de página en el que transcribe la descripción de Lenin sobre el problema. Está pues claro que la teoría del poder dual pertenece, por prelación en el tiempo y por rigor concreto, a Lenin y no a Trotsky.

<sup>100</sup> Las tomas de fábrica en la Argentina o Italia, por ejemplo, serían casos típicos de la dualidad de poderes.

<sup>101</sup> Se tiene el aparato y no el poder o a la inversa.

Es claro que tampoco se puede decir que todo ello no se funde más que en un mero análisis desavisado de las cosas. No es resultado de una mera negligencia o largueza teórica en su exposición. Para nadie es desconocido que las clases como los Estados, los modos de producción y, en fin, todas las categorías históricas, existen en la realidad antes de que se las pueda detectar con precisión por el conocimiento científico. Las disputas en torno a la exactitud son siempre interminables y es posible cavilar todo el tiempo que se quiera acerca de si el capitalismo existió en Europa en el siglo XII o si existió en verdad solo después de la primera revolución industrial. Tampoco renegando a secas contra la casuística en el análisis histórico se puede omitir su papel en la lucha contra tantas generalizaciones dogmáticas. Pero la pulverización o sobreextensión de los fenómenos o modelos conceptuales de la aparición histórica termina también por conducirnos hacia una suerte de solipsismo: la historia deja de ser cognoscible como conjunto; hay tantas formas de dualidad de poderes que no sabemos finalmente qué es la dualidad de poderes.

### Correspondencia diferida entre la base y la superestructura

Esta puede ser una conclusión indignante para los hagiógrafos de Trotsky, que hoy son tan numerosos. Es verdad que aquí nos tropezamos con el hecho de que la riqueza de un pensamiento no es una garantía de su precisión. Se sabe también que el arte de la precisión, cuando se convierte en una manía, puede llevarnos a una aridez sociológica sin mayor destino. Por otra parte, no es el menor de los méritos de Trotsky el de convocar con la abundancia de sus sugerencias al trabajo de nuevos y nuevos aspectos de la teoría. Aun en este caso, la descripción crítica del pensamiento de Trotsky nos obliga a una recapitulación (es cierto que más bien escolar y elemental) de ciertos puntos colaterales.

Él escribió páginas muy ricas acerca del carácter desigual de la historia tanto en su aspecto estático u orgánico (la formación social rusa, la heterogeneidad de toda formación social), como en su prolongación en el tiempo político (la revolución permanente). No se puede decir que estas nociones arrancaran de él mismo; estaban, por el contrario, presentes o subyacentes en todo el pensamiento marxista previo. La lectura de *El desarrollo del capitalismo en Rusia* es una prueba de ello y, por otra parte, es indudable que jamás Lenin pensó que las tareas burguesas fueran la meta de la dictadura obrero-campesina. Es bien sabido, por otra parte, que quien quiera encontrar en *El capital* una descripción de la formación social inglesa estará bien servido, aunque Marx se haya fundado para escribirlo en «su hogar clásico». No obstante, aunque no hablamos ya de un modo de producción capitalista

o de un modo de producción feudal como formas puras sino con fines académicos, como modelos, sin embargo hablamos al mismo tiempo de Estado esclavista, Estado feudal, Estado capitalista, etc. ¿Es que los mencionamos también como meros modelos? Se supone que tales designaciones se fundan, en principio a lo menos, en una correspondencia de la superestructura jurídico-política con el modo de producción al que pertenece. Pero, puesto que se ha resuelto que la formación social es lo real y el modo de producción el modelo, ¿significará eso que hay una superestructura «pura» (no compleja) basada en una formación social impura, compleja de por sí?

Hemos de problematizar estos conceptos, estos mojonos explicativos. Por cuanto toda formación social implica un desarrollo desigual, combinado, híbrido o mixto de la base económica, por consiguiente, en todos los casos es siempre una formación social de transición. En cada formación social se combinan el pasado y el futuro. En este sentido, se puede decir que la burguesía es la única clase presente y que, mientras el pequeño productor campesino o el pequeño-burgués urbano son clases que vienen del pasado, que sobreviven a la sociedad a la que pertenecieron, el proletariado, por el contrario, en su doble carácter de integrante del capitalismo y a la vez portador de un nuevo régimen de producción y de una nueva sociedad (ya incubándose en la socialización de la producción), es, por consiguiente, una clase que pertenece al futuro. ¿Cómo se expresa esta convivencia dificultosa no solo de modos de producción y hasta de fases históricas como también de las clases que los contienen, en la vida del Estado? La explicación es sabida: porque no hay una correspondencia lineal entre la base económica y la superestructura jurídico-política. La desarticulación aparente entre una zona y la otra, el hecho de que el Estado esté casi siempre por delante o por detrás de la base económica, no demuestra su separación sino el modo diferido de su correspondencia. Es la búsqueda de una correspondencia y la existencia real de una correspondencia solo circunstancial; pero esta falta de adecuación no puede confundirse con un fracaso en la determinación económica en la ultimidad histórica. La autonomía de la superestructura debe fracasar finalmente como autonomía y ser sometida por su causa final, que es infraestructural.

### Cuestión del momento de la construcción de la clase

Mientras la monarquía permitió su desarrollo, por ejemplo, la burguesía inglesa no se vio en el apremio de hacerse directamente con el poder; *no deseó el poder hasta que el poder la obligó a que lo deseara*. Solo cuando el Estado vino a obstaculizar su desarrollo debió imponer su predominio económico también en el aparato político superior. En este caso, como en todos los del tipo, hemos de distinguir varias etapas. Primero, desde luego, la clase debe

existir materialmente. El desarrollo de las fuerzas productivas debe dar lugar ya a que la clase exista con una fisonomía determinada (aunque inconclusa). *El sujeto debe existir antes que su poder.* Pero si la clase pudiera proseguir su crecimiento dentro del cuadro político existente de una manera indefinida, entonces no habría necesidad de las revoluciones. Sería una clase conforme con su falta de poder político. Porque eso no puede ocurrir, en determinado momento es necesario que la superestructura política pase a manos de dicha clase y ahora el Estado, una vez conquistado, permite acelerar la construcción de la clase a plenitud. La sociedad llega a ser plenamente burguesa solo después de que la burguesía toma el poder (aunque por debajo de todo el paramento cripto feudal) y la burguesía no adquiere su carácter final sino cuando se ha apoyado en el Estado, que ahora es la fuente de la reproducción de su sistema. Cuando la burguesía inglesa tomó el poder, el capitalismo era ya predominante en el seno de la sociedad inglesa y la propia aristocracia se había convertido a la vez a la religión protestante y al sistema capitalista. Hay algunos indicios no tan secundarios de que la flexibilidad con que la aristocracia se incorporó al capitalismo acabó por aristocratizar la forma del aparato estatal inglés. Esta es, de todos modos, la forma normal de hacerse del poder: la clase es previamente dominante; no hace después sino imponer el fondo de las cosas a la forma de su poder, avasallando a sus rivales u obligándolos a reconstruirse a su semejanza. Pero no hay duda de que se trata de la más extraña mutación en la historia del mundo, del caso en que un mismo núcleo dominante se transfiere de una clase a otra. Esto, sin embargo, que parece un gran éxito de la aristocracia, puede ser también pensado por su reverso. El precio que pagó la burguesía por ese exceso de su propia victoria fue el no poder imponer todas las formas burguesas a su poder real. Para lo que importa en este ensayo, lo significativo es que la burguesía no se convierte de clase en sí a clase para sí sino cuando *se dispone* al poder o lo toma de hecho para construirse a sí misma.

### Momento de la sobredeterminación

Dicha lógica tiene sus propias argucias o prolongaciones. Si es verdad que el Estado es la «síntesis de la sociedad» y si en efecto la base económica determina a lo último a la superestructura política, debe haber un Estado complejo pertinente. Después vamos a ver cómo el sistema estatal puede ser más progresista que la base económica a la que, sin embargo, debe pertenecer o corresponder en último término. Por lo pronto, sin embargo, ha de decirse que la forma del poder político está sin duda señalada, condicionada y determinada por el tipo de complejidad de la formación social, por su modo de combinación o articulación interna. Esto sin duda vale de un modo considerable para lo que podemos llamar el Estado subdesarrollado,

es decir, el Estado que corresponde al capitalismo dependiente. Cada formación social tendrá así una clase de determinación particular, según las variaciones de su entrecruzamiento entre los modos de producción; pero también cada Estado tendrá, en la superestructura, un modo característico de recibimiento de la determinación. Finalmente, cada superestructura desarrollará una diferente capacidad de réplica o retorno.

A reserva todo ello, como es natural, de ser una obviedad total. Que el mundo es complejo (y que las formaciones sociales deben serlo también, por tanto, dentro de él) es una verdad muy conocida por las generaciones de los hombres y es poco lo que nos revela cuando se nos obsequia cuasi-tratados para demostrarlo. Pero la única manera de no hablar generalidades pedantescas e inutilizables es referirse a una complejidad concreta, a los casos específicos de acumulación, articulación, determinación y sobredeterminación. Son los que no conocen la historia los que se afician a los modelos puros.

Eso puede hacerse, como queda dicho, solo en relación con una sociedad determinada. El problema de la sobredeterminación en esa sociedad, con todo, es algo que requiere un análisis que ya no pertenece con exclusividad al campo de los estudios estructurales sino que está comprendido dentro del pensamiento de la táctica, considerando que la praxis es el instante superior de la táctica. De ahí que resulte tan neurálgica la cuestión del momento de la sobredeterminación. Es una petición de principio el saber que la réplica de la superestructura no es siempre posible en la misma medida en todos los momentos.

Pero la crisis es la forma más extraordinaria de la unidad o, si se quiere, la crisis es una forma violenta de unificación y por eso la sobredeterminación tiene que ver con la unidad nacional o nacionalización (unidad estática) y con la crisis (unidad de emergencia). Es la crisis, por ejemplo, la que hace posible una alianza de clases que no sería viable en la normalidad. En ese momento las clases atrasadas se hacen menos prisioneras de sus prejuicios y más sensibles a la organización de sus derechos; eso las hace comunicables con clases que de otra manera les resultarían remotas. En su fase estática, en efecto, lo que prima es el criterio de la diferenciación (varias regiones, clases que expresan diferentes modos de producción, etc.). En la crisis, la convocatoria o motivación esencial convierte a las normas diferenciadoras en algo residual.

Jamás está en efecto tan unificada la sociedad como en el momento de su intensidad; la comunicación entre las clases y las regiones económicas se hace velocísima en medio de la crisis *nacional general*. Entonces, hasta el más remoto leñador sabe lo que sucede en el mundo; las circunstancias no le permiten no participar y la inercia, que se expresa en cambio tan fácilmente en una elección votada, se ha hecho imposible.<sup>102</sup>

---

<sup>102</sup> Esto merece tratarse más extensamente. Esperamos hacerlo alguna vez.

## Poder dual, cuestión nacional, alianza de clases

En igual forma en lo que se refiere a la construcción de los Estados nacionales. Aquí, mientras más retraso hay en la formación de la unidad nacional, más posibilidades de que los resabios o resacas, aunque subsistiendo por debajo de un modo de producción dominante, se mantengan sin embargo relativamente aislados. En este sentido, es verdad que todo Estado tendrá dentro de sí y no solo en las épocas críticas una cierta dualidad de poderes. La situación de crisis prerrevolucionaria no haría sino que aflore la doblez esencial de ese tipo de Estados, los Estados abigarrados.

La dualidad de poderes concebida así está profundamente vinculada con la cuestión nacional y de este modo, que corresponde tanto a las observaciones de Trotsky como a las de Gramsci, todo acto de organización o independencia o afirmación externa (de aseidad) sería ya un embrión estatal si existiese en manos de la clase que controvierte a la que detenta el poder. Ello es más posible mientras menos unificada esté la formación social porque allá, cuanto menos integrada, la clase dominante del sector no integrado tendrá en mayor medida eso que se puede llamar un «descontento de poder». Pero otorgar a los hechos embrionarios un carácter de categoría tiene sin duda el riesgo de oscurecer el concepto específico.

Las cosas deben explicarse de otra manera. El desarrollo de las fuerzas productivas dio lugar en Rusia a que tanto la burguesía como el proletariado pudieran desarrollar su fisonomía como clase. Pero la supervivencia del Estado autocrático zarista impidió que la burguesía se desarrollara como «clase estatal» (es decir, a plenitud) y en cambio el proletariado desarrolló de un modo culminante eso que Gramsci llamó el «espíritu estatal». Dos Estados, si se quiere, preexistían en el seno mismo del derrumbe del Estado autocrático zarista. Los dos aparecieron a la luz en febrero, los dos eran minoritarios y entraron a disputarse el *quantum* campesino. La «crisis nacional general» y la táctica leninista permitieron que los bolcheviques se apoderaran de ese *quantum* y así fue posible primero el poder democrático de los soviets y después la transformación de la revolución democrática en revolución socialista. Esta suma de acontecimientos estaba determinada por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas en Rusia pero solo en un grado relativo. En realidad, la burguesía no pudo ya construir su Estado y el proletariado pudo hacerlo porque la lucha se perdió y ganó respectivamente no en la base económica sino en la zona de la superestructura, en el campo de la política librada como autonomía.

Porque si una formación social compleja diera lugar a un Estado igualmente complejo, ¿cómo podríamos explicarnos la existencia de un aparato estatal complejo en Inglaterra, donde, como contraparte, el modo de

producción capitalista se dio casi puramente? Por el contrario, en Francia, donde la formación social tuvo que considerar la supervivencia de la pequeña producción agraria, sin embargo el aparato estatal se hizo más formalmente burgués.<sup>103</sup> Tal es la causa por la que esta forma de abigarramiento en el Estado ruso del 17 (la dualidad de poderes) no puede ser explicada como una mera derivación del abigarramiento en su formación social. *Mutatis mutandis*, asumiendo proporciones y distancias, se puede decir que el caso de Francia se reproduce en Chile, de un modo que se verá de inmediato. Vamos a ver también entonces cómo el desarrollo de la noción de independencia del Estado, que propuso Marx, es un concepto capital para arrojar claridad sobre la discusión que nos preocupa.

---

<sup>103</sup> Un caso aún más extremo del aparato estatal formalmente desarrollado, rebasando a su base económica, es el de Chile, como se verá más adelante.

## II LA DUALIDAD DE PODERES EN BOLIVIA

El mero hecho de que toda revolución produzca el órgano de lucha del proletariado entero, capaz de desarrollarse hasta ser órgano estatal, el consejo obrero, y de que lo produzca de un modo cada vez más radical y consciente, es, por ejemplo, una señal de que la conciencia de clase del proletariado se encuentra en este punto en situación de superar victoriosamente la naturaleza burguesa de su capa dirigente.

G. Lukács, *Historia y conciencia de clase*.

JAMÁS EN LA AMÉRICA LATINA se ha producido una situación histórica tan próxima a la dualidad de poderes en la Rusia de 1917 como en Bolivia en 1952.

Si se retrocede a los días posteriores al 9 de abril de aquel año la imagen misma del escenario, el acontecimiento y su contenido político son asombrosos. En una batalla que tuvo en proporción dimensiones enormes, el ejército ha sido vencido, materialmente disuelto y desarmado. Una guardia de obreros fabriles hace guardia ante el Palacio Quemado. En esta retrospectiva perpleja, lo sobresaliente es que se trata de un hecho sin antecedentes en la América entera, hecho además que no tendrá repetición hasta que el ejército rebelde derrote a Batista. Es todo el llamado Estado oligárquico minero-feudal<sup>1</sup> el que se ha derrumbado a través de la derrota de su núcleo represivo y existencial, tras una batalla de tres días que, sin embargo, fue el remate de luchas sociales que abarcaron por lo menos todo el decenio anterior. La distribución de clase de los combatientes de aquel encuentro debe ser materia de otro estudio. Para los efectos de este ensayo basta con decir que, si bien la pequeña burguesía urbana y el *lumpenproletariado* de la ciudad de La Paz han concurrido al combate, el centro orgánico de los vencedores está constituido por hombres de la clase obrera, fabriles y mineros. El ejército se

---

<sup>1</sup> Se hablaba entonces de la feudal-burguesía y también del Estado minero-feudal. En rigor, empero, no existía feudalismo en Bolivia sino formas precapitalistas combinadas de un modo *sui generis*, por debajo del capitalismo dependiente y al servicio de él, incluso como parte de él. La definición aquella cumplió un papel político pero hay que convenir en que no es rigurosa.



rindió formalmente en Laja, por medio del general Torres Ortiz, pero estaba vencido irremediablemente bastante antes. Lo que los dirigentes del MNR<sup>2</sup> habían concebido como un golpe de Estado se había convertido, merced a la acción espontánea de las masas, en una insurrección popular, la primera triunfante en la América Latina. Ellos mismos no comprendieron jamás la grandeza del acontecimiento que vivieron, lo que suele ocurrir a hombres convencionales puestos en medio de acontecimientos supremos. El carácter espontáneo del movimiento de masas se mantendrá implantado en el modo de ser de los obreros y los campesinos durante mucho tiempo. El espontaneísmo por eso —porque se fundó en un punto de la mayor autenticidad y profundidad— sigue siendo hasta hoy el carácter principal del movimiento de masas en Bolivia.<sup>3</sup>

### El MNR y la clase obrera

Veamos por qué se habla de dualidad de poderes a partir de ese acontecimiento. Como en Rusia en 1917 con la autocracia zarista, después del derrumbe del Estado oligárquico llegaron al poder a la vez dos fuerzas: el MNR, que era el partido portador de la revolución burguesa, y la clase obrera, que no tenía su propio partido y que fue, en cambio, la que posibilitó materialmente el triunfo del MNR.<sup>4</sup>

Es el tiempo el que ha justificado tal diferenciación porque aunque en su interior convivieron las más encontradas tendencias, el rostro que adquiere históricamente un partido es uno solo: el de su sector finalmente predominante.<sup>5</sup> En el caso del MNR, era por eso el partido que históricamente representaba los contenidos de la revolución burguesa en Bolivia.

En torno al MNR se producen dos hechos realmente clásicos. No hay duda ninguna de que reclutó a la inmensa mayoría del país y hasta los que fueron sus más sistemáticos adversarios han reconocido que

---

<sup>2</sup> Siles Zuazo y Lechín habían conspirado con el ministro de interior, general Seleme. Esperaban quizá alguna escaramuza pero no, de ningún modo, una insurrección como la que se desató, con características totalmente espontáneas.

<sup>3</sup> La fuerza del elemento espontáneo, su primacía, es el carácter principal del movimiento de masas en Bolivia. Mientras más próximas han sido las organizaciones a dicha tendencia espontánea más éxito han logrado. Las organizaciones elementales de las masas son, por eso, quizá las más vivientes entre todas las formas organizativas en el país (sindicatos, centrales, etc.), pero se debe reconocer que al precio de servir al carácter que ha adquirido la masa.

<sup>4</sup> No significa eso que la burguesía militar en el MNR. Por el contrario, en determinado momento, casi toda la clase obrera y todo el campesinado estaban dentro de ese partido. Su dirección era de extracción pequeño-burguesa. Sin embargo, el contenido histórico del movimiento era típicamente burgués.

<sup>5</sup> Las corrientes radicales dentro del MNR subsistieron mucho tiempo y este es un aspecto que, ahora que el MNR (Paz Estenssoro) se ha aliado al fascismo, se tiende a omitir.

«fue indiscutiblemente el más grande partido popular que ha conocido Bolivia». <sup>6</sup> Desde un punto de vista superficial, se podría alegar incluso que la clase obrera militaba en su mayoría en el MNR y que, en ese sentido, este era el partido de la clase obrera. Es un hecho, por otra parte, que los obreros cuando ingresan en masa a la política lo hacen por medio del MNR. Si la visión es mecánica, el MNR era, en efecto, el partido de los obreros; pero, históricamente, es decir, en cuanto a su contenido, es un absurdo decir que fuera así. Ni en su práctica ni en su teoría ese partido contenía la ideología del proletariado <sup>7</sup> y, por el contrario, por debajo de una presentación etapista de la revolución, exornada con cierta jerga marxista, se revelaban finalidades históricas que eran específicamente burguesas. <sup>8</sup> El MNR era el partido de la revolución democrático-burguesa en Bolivia, fue el creador del actual Estado burgués boliviano (que no tiene nada que ver con el anterior) y fracasó al intentar llevar a cabo esa revolución con métodos populistas, es decir, con los métodos burgueses de ese momento (en el que la burguesía sabía por supuesto que contenía los intereses de todas las clases).

Es cierto que la burguesía propiamente tampoco militaba en el MNR (aunque sí lo hiciera la clase obrera), pero este no es el primer caso en que una clase realiza los ideales y los objetivos históricos de otra. No es, en verdad, imposible y, por el contrario, ha sucedido muchas veces que una clase social sirva como protagonista de la conquista de un poder que, administrado por otra, sirve finalmente a las necesidades históricas de una tercera. <sup>9</sup> En Bolivia, la clase obrera conquistó el poder, cuya administración quedó a lo último (tras las alternativas iniciales del poder dual y el cogobierno) en manos de la pequeña burguesía, que sirvió a los fines históricos de la burguesía; burguesía que, por otra parte, tampoco apoyó al régimen sino en la fase de su decadencia. La pobreza de horizontes de una clase puede inducirla a oponerse a las transformaciones que la favorecen y la conducta de la esmirriada burguesía boliviana en relación con el MNR no se diferencia demasiado de la que practicaron las burguesías de Argentina y Brasil en relación con Perón y Vargas. También los industriales de Lyon eran enemigos de la gran Revolución en Francia. La pequeña burguesía, a su vez, reproduce continuamente la ideología burguesa, como lo anotó Lenin en su oportunidad. <sup>10</sup> El espontaneísmo, que

<sup>6</sup> Cf. Guillermo Lora, *Bolivia: De la Asamblea Popular al golpe del 21 de agosto*, Santiago de Chile, Ed. OMR, 1972.

<sup>7</sup> Eso puede verse en sus propios documentos fundamentales. El primero de ellos, redactado por José Cuadros Quiroga, era una brillante convocatoria nacionalista pero nada más.

<sup>8</sup> El más elocuente de los ejemplos demostrativos de la visión etapista del MNR es el *Manifiesto a los Electores de Ayopaya*, del que es autor Walter Guevara Arze, un documento sumamente atractivo. Su autor, convertido al final en uno de los personajes de la derecha, sin embargo utilizaba entonces cierta nomenclatura marxista.

<sup>9</sup> El ejemplo clásico es el del Segundo Imperio en Francia.

<sup>10</sup> «Queda todavía en el mundo mucha, muchísima pequeña producción, y la pequeña producción engendra capitalismo y burguesía constantemente, cada día, a cada hora, de modo espontáneo y en masa». Lenin, *El izquierdismo, enfermedad infantil...*, op. cit.

había creado la apoteosis de las masas, no pudo producir sino lo que produjo. La clase obrera estaba en el MNR en la misma medida en que no lograba desprenderse de una visión pequeño-burguesa de la historia y eso tenía su causa en el hecho de que su impulso espontáneo no se había fusionado con el socialismo científico. Es un ejemplo típico de cómo la posición obrera, aun siendo activa en la política, puede ser ajena a la ideología obrera.<sup>11</sup>

Tampoco puede sorprender que el partido vehículo de los objetivos burgueses triunfara movilizándolo a los sectores explotados más activos. Lo mismo ocurrió con Cromwell y de la misma manera, después de triunfar gracias a la lucha de esos sectores, se acabó por servir no a sus intereses sino a los de la burguesía. Todo ello está dentro de la normalidad en el modo de acontecer de una revolución burguesa. Pero el hecho de englobar a la mayoría del país le permitía al MNR un margen de maniobra extensísimo, incluso para que la insurrección triunfara como una improvisación. Nadie preparó, en efecto, la insurrección del 9 de abril; pero nadie puede negar que se trató de una insurrección popular. La ausencia del partido proletario en ese momento, en cambio, es el mayor infortunio histórico de la izquierda marxista en Bolivia; después se hará enormemente más difícil encontrar la cantidad humana necesaria para el triunfo de la vanguardia obrera. Es una ley la que, mientras más se hayan cumplido las tareas burguesas, más difícil es para el partido obrero reclutar tras suyo a la mayoría del pueblo. El MNR, desde luego, dejó inconclusas gran parte de esas tareas y su revolución ha fracasado. No basta, empero, con que nosotros lo sepamos ahora; debe saberlo también la mayoría, incluso aquella que ha recibido beneficios aparentes en esa transformación. Si se analiza la cuestión campesina, por ejemplo, está muy claro que esa conciencia está todavía lejos de haberse producido.

## Hegemonía de la clase obrera en 1952

La hegemonía de la clase obrera en los meses siguientes a la insurrección es, sin embargo, evidente. El que, aun en las condiciones internamente desventajosas que se han señalado, la clase obrera boliviana se planteara dos veces en menos de veinte años la construcción de sus propios órganos de poder estatal demuestra hasta qué punto se trata de una clase dotada de mejor sentido histórico que todas sus iguales en el continente.

«A partir del 9 de abril —ha escrito Guillermo Lora— los sindicatos más importantes tomaron en sus manos la solución de los problemas vitales y las autoridades no tenían más remedio que someterse a sus decisiones. Son estos

---

<sup>11</sup> Esta distinción, en la segunda parte de este libro.

sindicatos los que actuaron como órganos de poder obrero y plantearon el problema de la dualidad a las autoridades locales y nacionales». <sup>12</sup> Esto no es una mera aserción: «Directores de la vida diaria de las masas, se rodearon de atribuciones legislativas y ejecutivas (poseen fuerza compulsiva) para ejecutar las decisiones e incluso llegaron a administrar justicia. La asamblea sindical se convirtió en la suprema ley y la suprema autoridad». <sup>13</sup>

El ejercicio de tal «suprema autoridad» se refleja rápidamente en la nacionalización de la mayor parte de la inversión extranjera en el país y la imposición de control obrero con derecho a voto en su administración, en la prosecución del armamento de las masas, en la ocupación de las tierras a impulsos de la COB, <sup>14</sup> en los ministerios obreros, en fin, en toda la vida política que configura la etapa revolucionaria que se vive a partir de 1952.

La distribución de poder dentro de esa dualidad se manifiesta en la misma definición de Lora: «Las autoridades (que son, *last term*, el polo burgués) no tenían más remedio que someterse a sus decisiones». La COB, en cambio, es el activo de la decisión, «el poder político más importante» <sup>15</sup> y el «escenario de la disputa por el control del país». <sup>16</sup> La COB era sin duda un órgano estatal, un soviet. No debe sorprender su origen sindical porque también en 1905 el soviet ruso se creó a instancias del proceso huelguista. Era un auténtico órgano estatal; pero el sindicalismo será la forma de concretarse que adquirirá, en esa instancia, el triunfo sin contradictores de la corriente espontánea de las masas, en ausencia del partido obrero. Era un soviet verdadero. Por eso mismo, un ejemplo de cuál es el alcance de un soviet al margen de la dirección del partido proletario.

Lo que importa es estudiar cómo se produce el tránsito desde el momento en que «Paz Estenssoro no era más que un prisionero de la COB» <sup>17</sup> hasta el momento en que la COB misma se convierte en prisionera

<sup>12</sup> Cf. Guillermo Lora, *La Revolución Boliviana*, La Paz, Ed. Difusión, 1964.

<sup>13</sup> *Ibidem*.

<sup>14</sup> Central Obrera Boliviana, organismo sindical máximo de los trabajadores, organizada en 1952.

<sup>15</sup> Lora, *op. cit.*

<sup>16</sup> *Ibidem*.

<sup>17</sup> *Ibidem*. También dice Lora que «inmediatamente después del 9 de abril de 1952, el MNR actuó como una minoría inoperante dentro de las organizaciones sindicales». En *Sindicatos y Revolución*, La Paz, 1960. Véase en el texto siguiente, sacado de *La Revolución Boliviana*, su descripción del poder dual de ese tiempo:

«El control obrero y la dualidad de poderes

a) La primera etapa de la Revolución. Inmediatamente después de abril de 1952, los sindicatos y la Central Obrera Boliviana concentran en sus manos ciertos atributos de poder y son reconocidos por las masas como única autoridad y dirección dignas de ser obedecidas. Este fenómeno acentúa los rasgos sovietistas tratándose de las organizaciones campesinas las que tomaron en sus manos la solución de todos los problemas de la vida cotidiana de los habitantes de una región. Con anterioridad dijimos que los sindicatos campesinos tuvieron más características de soviets (consejos) que de ninguna otra organización. Se puede decir que el poder obrero se levantaba potente frente al poder oficial. Así, todo este periodo está marcado por la huella indeleble de la dualidad de poderes. El primer gobierno

del MNR, es decir, cómo se produce la resurrección del poder de la burguesía, que aparentemente no era nada en un mundo político en el que los obreros parecían serlo todo. Si se escarba algo más en la coyuntura de aquel tiempo, se debe problematizar incluso si existió una verdadera dualidad de poderes. En más de un sentido, la respuesta debe ser afirmativa. Cada polo estaba ocupado por una clase social; la dualidad se planteaba como un hecho *de facto*, el órgano estatal obrero no dependía en absoluto del polo burgués y, por el contrario, lo sobrepasaba de continuo.

### Predominio de la ideología burguesa en el seno de la clase obrera

A primera vista, podía haber parecido incluso que la propia invocación de la dualidad de poderes obedecía a un embeleco, a un prurito intelectualista, de filiación trotskista, dentro de la línea de la dualidad de poderes como fase necesaria de toda revolución. En ese momento, en efecto, la clase obrera dominaba el país objetivamente; su predominio era un acto material y la coerción estatal le pertenecía como un monopolio. Al no existir el ejército, uno tendería a preguntarse por qué se atendía a la ficción del poder burgués, que no tenía otro soporte que el que voluntariamente le prestaba la COB. ¿Por qué, en suma, no se tomaba el poder de una manera directa puesto que ya se lo tenía en los hechos?

Todo esto sucedía, empero, solo en el plano de las apariencias. La burguesía tenía su propio poder impalpable y extenso. No tenía un ejército pero su hegemonía ideológica estaba intacta a través de la influencia del partido pequeño-burgués. *La ideología burguesa dominaba tanto en el polo burgués como en el polo proletario.* Aunque siguiendo el irresistible impulso

---

movimientista no pasó de ser un virtual títere en manos de las organizaciones obreras pujantes y poderosas. La falta de una cabal comprensión de este proceso permitió que los sectores más radicales, inclusive aquellos que se reclamaban del trotskismo, incurriesen en el más grave error al ocultar las verdaderas proyecciones de la dualidad de poderes detrás de los esfuerzos que concluyeron limitando las funciones de los organismos obreros a la modesta función de vigilantes de la conducta gubernamental. Los hechos enseñan que el tan pregonado control sobre el gobierno pequeño-burgués se convirtió en un instrumento para que este estrangule las organizaciones colocadas ante el imperativo de ejercer parte del poder. Los “izquierdistas” ayudaron a convencer a las masas de que el MNR era su auténtico gobierno. La declinación del poder obrero ejercitado por las organizaciones sindicales coincide con el comienzo de la momentánea depresión del movimiento revolucionario. Así la dualidad de poderes concluye con el fortalecimiento de los sindicatos. En la primera etapa de la Revolución el control obrero se mueve impulsado por las masas y se convierte en un verdadero órgano del poder obrero. El control actúa como portavoz de los trabajadores, se opone al gobierno movimientista y a los excesos de la administración de las minas. Por excepción, el control, en esta etapa, coincide en su conducta con el grueso de las masas radicalizadas. Las asambleas sindicales lograron imponer su voluntad y no pocas veces las propias decisiones gubernamentales fueron desconocidas. Con todo, la forma en que funcionó en ese entonces el control obrero y las cosas que hizo constituyen una violación de los planes gubernamentales».

espontáneo de las masas, el propio MNR como partido dominaba en último término en ambos polos. *Aquí se demuestra cómo incluso el triunfo físico de la clase obrera significa muy poco cuando no está acompañado de la imposición de la ideología proletaria.* Se ve como nunca que el alud espontaneísta de las masas produce solo esquemas pequeñoburgueses.<sup>18</sup> En este sentido, todos los alardes de dominación por parte de la COB no lograban impedir que los obreros sirvieran y pertenecieran al Estado democrático-burgués que estaba naciendo. Eso demuestra que allá donde el polo proletario no se constituye como Estado obrero, en la única forma en que eso es posible, fusionando el impulso de las masas con el socialismo científico por medio del partido, no llega a existir una verdadera dualidad de poderes. El germen de poder dual no se desarrolla jamás.

La hegemonía absoluta de la clase obrera no produjo el poder proletario, que debía transformar la revolución burguesa en revolución socialista, sino el poder de Lechín. «Lechín —lo dice el mismo Lora— encarnó el radicalismo de las masas y su influencia creció desmesuradamente: se convirtió en la voluntad omnímoda e indiscutida».<sup>19</sup> Lechín, se puede añadir, representaba todos los anhelos de una masa obrera a la vez victoriosa y atrasada; la mediación entre el poder y las masas que debió estar a cargo del partido pasó a manos del caudillo cuya voluntad era, es cierto, omnímoda e indiscutida, pero solo en la medida en que no contradecía el carácter del nuevo Estado, que era un Estado burgués. Por el contrario, Lechín mismo fue instrumento fundamental para que ese Estado existiera.<sup>20</sup> Se vio en ese momento cómo no es posible plantear no ya la revolución socialista sino ni siquiera una auténtica dualidad de poderes en ausencia de un partido de la clase obrera que, como portador de la ideología proletaria, la infunda a las masas en movimiento. Lo que salvó al MNR, cuando aparentemente no contaba con nada, cuando no vivía sino de un poder prestado por otra clase, fue la omnipresencia de la ideología burguesa, que estaba repartida en toda la vida del país como ideología dominante, incluso en el seno de su propio poderoso movimiento obrero. En determinadas circunstancias, por cierto, el propio movimiento obrero puede ser no otra cosa que el sector más avanzado de los contenidos burgueses y ello ocurre, sobre todo, cuando no ha elaborado dentro de sí mismo su propia ideología, la visión del mundo contradictoria a la ideología dominante. En el momento, solo se opone a la burguesía real para mejor servir a los ideales históricos burgueses.

---

<sup>18</sup> Lenin, *¿Qué hacer?...*

<sup>19</sup> Cf. Guillermo Lora, *Historia del movimiento obrero boliviano...*

<sup>20</sup> La propia construcción de Lechín-dirigente obrero es un acto consciente del MNR. Con ese objeto fue designado subprefecto de Uncía en 1943. Es probable que se pensara entonces en él más bien como una suerte de emisario electoral.

## Poder dual y cogobierno MNR-COB

En ausencia de un partido de características proletarias y con alcance palpable en la vida política práctica, la situación no daba objetivamente para que la revolución socialista existiera en el proletariado al mismo tiempo que la revolución burguesa en la pequeña burguesía y, por tanto, la dualidad de poderes no existió ni aun entonces sino como un embrión. Ese germen no se desarrolló por la ausencia de un elemento fundamental, que es la conciencia proletaria políticamente organizada (el partido) y con existencia previamente real por lo menos en los sectores avanzados de la masa. Los impulsos democráticos de la masa pueden ser espontáneos con éxito pero el socialismo no existe sino con la conciencia política, es decir, con el marxismo; sin eso, puede existir un soviet pero no un Estado obrero. Puesto que la dualidad de poderes en el sentido leninista es la existencia paralela de dos Estados, es obvio que no existió una dualidad de poderes sino de un modo germinal.

La espontaneidad de las masas no podía plantear una verdadera dualidad de poderes y debía producir necesariamente la degeneración de ese embrión y consagrar el poderío de Lechín. Ahora bien, la fórmula con la que existió el poder de Lechín fue la transformación del germen de poder dual en cogobierno MNR-COB.<sup>21</sup> Como es evidente que los trotskistas tuvieron el monopolio de la interpretación teórica en ese momento, fue otro trotskista, Ernesto Ayala Mercado,<sup>22</sup> el que expresó las bases de dicho cogobierno MNR-COB.

«Sobre bases sociales nuevas —escribió— surgirán en el seno mismo del frente nacionalista tendencias diversas de clase para acabar con el poder dual y establecer un régimen unitario». Advuértase que para Ayala, como para todos los trotskistas, se estaba ya en presencia de un realizado poder dual. El argumento de la *extensión necesaria* no pertenece en cambio sino a un cierto sector del trotskismo. «La necesidad de profundizar la revolución y definir el poder dual tropieza con un obstáculo central: el carácter provincial de tales revoluciones».<sup>23</sup>

Aunque Ayala insistía en que «la revolución debía profundizarse para subsistir», lo que ya era un equívoco,<sup>24</sup> sin embargo se conoce al punto cómo la teoría de que sin extensión no hay profundización no sirvió

---

<sup>21</sup> Pero ya como una consigna oficial, como un deseo de que las cosas marcharan por los canales regulares.

<sup>22</sup> Del grupo trotskista que ingresó al MNR, véase Ernesto Ayala Mercado, *¿Qué es la Revolución Boliviana?*, La Paz, Talleres Burillo, 1956.

<sup>23</sup> *Ibidem*.

<sup>24</sup> *Ibidem*.

sino para que la pequeña burguesía diera un golpe de mano contra el poder material de la clase obrera mediante el subterfugio del cogobierno (nunca fue otra cosa). Puesto que «sin extensión no había profundización posible»,<sup>25</sup> la Revolución Boliviana debía hacer un pacto interno de supervivencia (el cogobierno) a objeto de esperar la extensión que hiciera posible la profundización.<sup>26</sup>

En todo caso, la dureza de los hechos siguientes demuestra que el poder obrero era falaz. El poder material de la clase fue sustituido por la mitad de los ministerios, es decir, por la participación en un Estado que ya no era el de la clase obrera. La COB se desclasó mediante una expansión cuantitativa y no iban a pasar muchos años antes de que el ejército se reorganizara, se introdujera la ayuda norteamericana y finalmente se adoptara el plan colonialista del FMI en 1956.<sup>27</sup> Mientras la fórmula del cogobierno tuvo eficacia, el Estado burgués del 52 conservó características democráticas. Cuando el cogobierno se agotó, el desgaste de ese Estado lo obligó a apelar al ejército, como zona de emergencia del mismo, como su punto de máxima concentración. Barrientos, con las matanzas obreras y los fusilamientos de guerrilleros, expresaba la degeneración del Estado democrático burgués del 52, cuando ya había fracasado en el cumplimiento de sus tareas.<sup>28</sup> Pero con cogobierno o con pacto militar-campesino, se trataba del mismo Estado. Tal es la desgraciada historia de la primera experiencia boliviana en cuanto a la dualidad de poderes.

## En qué sentido es dual el poder dual

La anterior enumeración o descripción de la situación en Bolivia en 1952 nos obliga a preguntarnos si basta con que exista una escisión contradictoria del poder para definir la figura de la dualidad de poderes. No se trata solo de que el poder político se divida simplemente sobre los mismos

<sup>25</sup> *Ibidem*.

<sup>26</sup> Esta adoración de la extensión por parte de Ayala Mercado, que no creía que la prosecución de las tareas revolucionarias fuera posible en los límites políticos del país en que se producía la revolución, estaba lejos de ser una concepción aislada. Otro ideólogo de esta posición, de origen igualmente trotskista, Jorge Abelardo Ramos, con sus tesis acerca de la necesaria continentalidad de la revolución, dio sustento (quizá sin proponérselo) a estas claudicaciones disfrazadas de análisis. Paz Estenssoro a su turno repetía que no se podía ir más lejos por la pequeñez del ámbito del país. Las derivaciones posteriores de esa prudencia son conocidas.

<sup>27</sup> Ante la inflación desatada de manera fulminante, los norteamericanos, por medio de Eder, impusieron ese Plan, con el que el Estado boliviano perdió gran parte de sus atribuciones en materia de la política económica.

<sup>28</sup> 1952 fue el año del auge obrero; a los pocos meses esa fase fue sustituida por el cogobierno. En 1953 comienza Paz un plan de desarrollo bajo la protección norteamericana. En 1956, Siles implanta el plan de estabilización monetaria, con derivaciones crecientemente antiobreras. En 1964, el hombre del Pentágono, Barrientos, está en el poder.



territorios y población. Esta sería una partición aritmética. Son, en cambio, ya dos estados, dos tipos de Estado, incompatibles entre sí pero que, sin embargo, coexisten por un instante. En el caso ruso, el Estado burgués de Lvov-Kerensky y la dictadura del proletariado y del campesinado (el soviét de diputados obreros y soldados). Cada uno de los dos Estados o polos del poder dual tiene su propio aparato de coerción o dominación (el ejército por un lado, el pueblo en armas por otro); cada uno tiene su ideología, cada uno sus leyes y sus modalidades. En determinado momento, cada uno tiene población (en el doble sentido, como ámbito humano de alcance de la autoridad y como clase autoritaria), su territorio a veces (que, de modo indistinto, puede ser el mismo para los dos o diferente), su poder político, es decir, su dictadura. Ambos costados, por consiguiente, reúnen por separado las características de un Estado. Pero ello ocurre donde antes solo existía un Estado y no dos. Esto significa que la unidad histórica que consiste en la relación territorio-población-poder político, habiéndose ya construido como tal unidad (pero en una relación compleja, que unifica a la población con la población, entre sus partes, al territorio con el territorio y a la población ya unificada con el territorio ya integrado, por medio del poder político unificador), súbitamente recibe a dos Estados, que tienden a suprimirse mutuamente a plazo inmediato.

### Guerra civil y poder dual

¿En qué se diferencia entonces la dualidad de poderes como tropo o metáfora de la teoría marxista del Estado de la situación que se produce durante la instalación de una guerra civil convencional? La cosa parecería prestarse a confusiones. Aquí también el insurrecto toma un territorio, una población, un poder político que niega a los anteriores. Pero no se debe confundir la contradicción entre un tipo de Estado y otro con las contradicciones políticas dentro del mismo tipo de Estado. La política de todo Estado no aspira a suprimir las contradicciones (porque entonces ya no se necesitaría de ningún Estado) sino que se propone que las contradicciones ocurran dentro del tipo de Estado que es. Por eso se dice que la función esencial del Estado es la reproducción de las relaciones de producción a las que expresa. Las diferencias entre los *junkers* y la burguesía alemana no hacían un poder dual porque se producían en el seno de un mismo tipo de Estado. Que los *junkers* tuvieran un origen feudal aquí importa poco; el hecho es que cuando la unificación alemana ocurrió fue una unificación burguesa. Por el contrario, se puede decir que los *junkers* acabaron por dirigir el proceso burgués alemán. Bismarck mismo era un *junker* después de todo.

Puede haber una guerra civil sin que se niegue el carácter del Estado dentro del que ella ocurre. Es el caso de las numerosas guerras civiles latinoamericanas o las que se han dado entre sectores más progresistas y sectores menos progresistas de la burguesía, etc. Pero en la dualidad de poderes tal como es entendida por el leninismo se debe tratar de una negación del carácter mismo del Estado, de su unidad óptica, de su cualidad de clase. *Al fin y al cabo, el Estado no es sino eso, un concepto abstracto en el que se localiza la relación entre la población, el territorio y el poder político, o sea que el Estado es esa relación.*

Cada polo del poder dual es ocupado por una clase social y, además, en consecuencia, por un tipo de Estado. La experiencia boliviana mencionada demuestra por otra parte que ni siquiera la presencia física de la clase en el poder es suficiente para que la dualidad de poderes se desarrolle realmente o, si se quiere usar otros términos, la ocupación del aparato del Estado todavía no garantiza la disposición del poder del Estado.<sup>29</sup> Es una experiencia que enseña que, si no se quiere que el poder dual sea un mero espejismo, debe ser el proletariado más su conciencia, es decir, con su ideología. De ahí por qué no pudo existir un verdadero poder dual, al margen de la ideología proletaria, en la Bolivia de 1952.

## El Estado en la formación de la burguesía y el proletariado

La riqueza teórica de este problema trae consigo continuamente otros temas conexos. Por ejemplo, la cuestión de por qué a la burguesía su revolución le sirve para ser o para completar su ser o aumentar su ser en tanto que al proletariado el triunfo final de su revolución le implica el dejar de ser, el suprimirse. Es indudable que la burguesía no logró la plenitud de su ser como clase sino después de que tomó el poder, por medio de sus revoluciones. Es también cierto que se necesita una fracción previamente bien tipificada o fisonomizada que promueva la toma del poder porque tampoco el poder del Estado saca una clase de la nada; pero su dimensión histórica final, su *tempo*, se logra junto con la realización de su revolución, cuando el poder se despliega. O sea que la burguesía no concluye su crecimiento sino con el soporte del Estado que ha conquistado cuando era todavía imperfecta como tal burguesía.<sup>30</sup>

Por el contrario, el proletariado ya tiene esa fisonomía o ser realizado antes de tomar el poder, precisamente como consecuencia del desarrollo

---

<sup>29</sup> Se puede tener el poder del Estado y no controlar el aparato y a la inversa. Solo la ocupación global de ambos aspectos garantiza finalmente la existencia de una revolución socialista.

<sup>30</sup> Aquí debería considerarse la espinosa cuestión de la ausencia de verdaderas burguesías en los países marginales. En ellos, no es la burguesía la que hace existir al Estado sino el Estado el que hace existir a las burguesías, a las semiburguesías existentes.

antagónico del sistema de la burguesía. ¿Qué son, en efecto, la industrialización, la unidad nacional, la democracia burguesa? Son actos de la burguesía, necesidades de la burguesía, intereses de la burguesía. Pero nada de esto puede ser obtenido sin crear una clase obrera, sin unificarla como gran masa, sin permitirle sus sindicatos y partidos. Es el triunfo de la burguesía lo que construye la derrota de la burguesía. El proletariado, por ende, no se realiza en el Estado ni a través del Estado sino en el partido proletario. Es en el partido, fruto clásico de la democracia burguesa, donde el proletariado se convierte en clase para sí, antes o en la víspera de formar su Estado.<sup>31</sup>

La burguesía pudo permitirse la toma del poder cuando todavía no era una clase integralmente desarrollada como consecuencia de un hecho por demás conocido: el capitalismo nació de un modo espontáneo en cuanto se dieron ciertas condiciones en la disolución del feudalismo. La acumulación originaria no necesitaba de una conciencia global en manos de la burguesía y ni siquiera de una burguesía ya desarrollada como tal. Por el contrario, la burguesía se desarrolla como consecuencia de la acumulación capitalista, que solo puede conseguir su dimensión última desde el poder del Estado. El socialismo es lo inverso: debe surgir conscientemente; sin la teoría, que es la conciencia científica, y sin el partido, que es la conciencia organizada, el socialismo no puede existir. Debe ser pensado, proyectado y planificado por una conciencia política que, desde luego, tampoco sería posible al margen de las condiciones materiales creadas por el capitalismo, por la existencia del proletariado como clase en sí, para empezar.

Es debido a estos pródromos o supuestos que el proletariado puede alcanzar su plena magnitud como clase antes de hacerse con el poder. Es posible que la dictadura del proletariado no haga sino generalizar en el comienzo la cualidad de la vanguardia porque la dictadura del proletariado es el partido convertido en Estado. Pero, al mismo tiempo, como se ha hecho notar tantas veces, es ya el comienzo del fin de las clases. No la realización del proletariado sino el punto en que comienza a marchitarse el Estado, concepto en absoluto opuesto a una consagración indefinida del Estado proletario.

### **Dificultades burguesas, dificultades proletarias**

Tales razonamientos solo pueden tener plena validez en la medida en que las revoluciones se cumplan dentro de los términos de su cronología normal, o sea, siempre que no ocurra la «sorpresa» de que hablaba Lenin. La

---

<sup>31</sup> Las dificultades con que se encuentra para existir la burguesía nacional no son las del proletariado. Eso explica la existencia de un poderoso proletariado en Bolivia, al mismo tiempo que no hay sino una burguesía muy atrasada.

revolución burguesa debe suceder antes que la socialista, etc. ¿Qué sucede empero en la situación de la simultaneidad, que es la base de la dualidad de poderes? Las dos clases fundamentales llegan con ciertas desventajas en su interior. La burguesía, por supuesto, existía dentro del Estado autocrático; pero su ser no se llegaba a completar en la medida de las otras burguesías europeas sino en la proporción permitida por el zarismo, debajo del zarismo. Desventaja de la burguesía. El partido proletario a su vez tenía que desarrollarse en el grado de «democracia» que pudiera permitir el zarismo, que no era muy grande. Por eso el tipo de partido proletario concebido por Lenin tenía que adaptarse a sus condiciones: «Esta organización no debe ser muy extensa y es preciso que sea lo más clandestina posible», según Lenin. El genio de los bolcheviques consistió en que crearon un partido que se ajustaba exactamente a sus condiciones. Al hundirse el zarismo, ambas clases llegan con lo que tienen. La dualidad de poderes expresa entonces un *estatus* anómalo en el que el proletariado puede expresar la plenitud de su ser de clase (los bolcheviques han hecho entonces ya un partido que les ha permitido ser clase para sí) a las mismas horas en que la burguesía no puede impedirlo, por ser tardía y porque no supo compensar de otro modo el papel que debió cumplir su Estado en la realización de su ser como clase. En todo caso, si el proletario no fuera previamente una clase para sí no podría plantear ni un poder dual ni su dictadura porque ambos tienen el requisito de la conciencia. Este requisito, precisamente, es pasado por alto muy de prisa por todos los espontaneístas encubiertos o francos.

### Cuando no se tiene sino la victoria

Para volver al caso boliviano del 52: el hecho principal allá era la destrucción del ejército que era a su vez la expresión intensificada y comprimida (porque el Estado es la síntesis de la sociedad pero el ejército es ya la síntesis del Estado) de un Estado caduco, por un frente de clases en el que la hegemonía indiscutible correspondía al proletariado. Con todo, era una hegemonía que la pequeña burguesía podía retomar en cualquier momento porque el *continuum* clase-partido-programa no había preexistido a la situación revolucionaria. En cualquier forma, era la clase obrera la única que tenía en su inconsciente (es decir en su impulso espontáneo) una voluntad estatal; la que disponía del monopolio de la capacidad estatal de coerción, la dueña exclusiva del aparato represivo del Estado. En realidad, el núcleo de la perdición del viejo Estado radicaba en esto. Aunque la mayoría de la población apoyaba los hechos revolucionarios, lo que implica cierto control «ideológico» de la situación, no se podía decir que las clases dominantes (las viejas y las que aspiran a reemplazarlas en el nuevo esquema de las cosas) hubieran perdido el control del aparato ideológico como tal, como lo demostró después

la reconstrucción de su poder. El poder estatal mismo, o sea, la clase a cuyo contenido finalmente debía servir el nuevo Estado, era algo que estaba en disputa; pero en cambio, por lo menos en la primera fase, la clase obrera se había apoderado del aparato represivo del Estado.<sup>32</sup>

La paradoja era terminante. Había una primacía de los obreros pero también una primacía de la conciencia pequeño-burguesa entre los obreros.<sup>33</sup> Los obreros pertenecían con entusiasmo al partido pequeño-burgués, obedecían sus consignas. Eso quiere decir que sin partido obrero hegemónico no hay un verdadero poder dual, porque este debe producirse en el centro del poder del Estado y no solo en la periferia de su aparato, o que, aun existiendo un alejamiento de poder dual al nivel de la extracción de clase, es fatal la derrota obrera. Aquí, los obreros «quieren» el poder de la burguesía o ya no pueden hacer nada para evitar el poder de la burguesía. Es cierto que la clase que portaba los fines históricos de la burguesía (la pequeña burguesía del MNR) y el proletariado llegaban al poder al mismo tiempo. El proletariado, empero, no tenía sino la victoria, las armas y una intuición de clase, que era como una conciencia esporádica. La burguesía, en cambio, no tenía las armas pero podía subyugar ideológicamente al proletariado, reproducía en su seno de continuo los ideales burgueses. Eso demuestra que una clase inmadura en la elaboración de su conciencia no solo no puede tomar el poder directamente sino que tampoco puede sostener una fase de dualidad de poderes que, en el mejor de los casos, se crea a su costa. Incluso decir esto es impropio sin embargo.<sup>34</sup>

## El ejército como síntesis del Estado

Sobre la base de esta extraordinaria experiencia es que vuelve a discutirse en Bolivia acerca de la dualidad de poderes en 1971, con la constitución de la Asamblea Popular. Las masas obreras habían intervenido con éxito en la lucha de *fracciones en el seno del ejército que, al haber monopolizado el poder político, eran también las fracciones del Estado burgués creado por la Revolución de 1952*. Veamos, como digresión aleatoria, en qué sentido puede hablarse del ejército como una síntesis de la sociedad (pero síntesis distorsionada y solo en determinadas circunstancias), por un lado y, por el otro, en qué sentido podemos referirnos al ejército como a una síntesis exacerbada del Estado. Por lo primero, cuando por cualquier circunstancia el juego político se ha concentrado en el ejército en la forma directa o difusa de una dictadura

<sup>32</sup> Una posición de incertidumbre rodeaba al poder del Estado, aunque era indudable que había un nuevo Estado.

<sup>33</sup> Teniendo en cuenta que una clase puede ser ocupada por la ideología de otra.

<sup>34</sup> Porque expresa solo una anomalía como la boliviana, una entera excepción.

militar no por eso las clases sociales dejan de expresarse, por lo menos de un modo diferido, en su interior. No deja de ser un ejército de clase pero, al mismo tiempo, en su composición no puede impedir la presencia de todas las clases en su seno y tampoco puede evitar que se expresen en él las líneas políticas de las clases sociales.<sup>35</sup> Por eso afirmamos que es una expresión distorsionada (porque, aun estando todas las clases sociales en su seno, prevalece solo una de ellas, de un modo aún mayor que en la sociedad en su conjunto) y que eso ocurre solo en determinadas circunstancias (cuando el poder político se vuelve un monopolio de las Fuerzas Armadas).

En cuanto a lo segundo, se dice que es una síntesis exacerbada del Estado porque el ejército es *summum* del aparato represivo del Estado, aparato que entra en actividad con frecuencia anormal en situaciones de crisis política que son, a su vez, muy frecuentes en países como Bolivia y porque, por otra parte, la ideología, que en la sociedad es una correlación de ideologías dentro del triunfo de la ideología de la clase dominante, se expresa como el culto patriótico solo del aspecto o sección correspondiente a la ideología de la clase dominante. Oficialmente, el ejército no cree sino en la patria, que es el nombre que da al poder del Estado, al tipo de Estado vigente, es decir, al estado histórico de cosas que resulta de la dominación práctica e ideológica de la clase opresora.

## Composición de Torres

La intervención de las masas en favor de Torres, a convocatoria de su dirección obrera, dio a Torres el gobierno y le permitió derrotar a la fracción gorila del ejército encarnada por Miranda. Como se expone en otras páginas,<sup>36</sup> Torres estaba dispuesto a aceptar una alianza ocasional con la clase obrera para imponerse en el seno del ejército (que concentraba la lucha de las fracciones dentro del poder de la burguesía) pero no para constituir un gobierno revolucionario; para el triunfo del ala nacionalista, pero no para la revolución proletaria, como es natural. La fracción gorila se vio obligada a replegarse pero el carácter burgués de la institución (porque al fin al cabo todo Estado y todo ejército son conservadores, el primero en cuanto tiene por principal objeto reproducirse a sí mismo y el segundo porque existe en función del Estado al que se refiere) no resultó alterado por ese hecho. Torres a su vez se vio obligado a admitir la existencia políticamente organizada de las masas, bajo su dirección obrera. No podía vencer y ni siquiera existir, por las circunstancias de su nacimiento, sino como gobierno democrático.<sup>37</sup>

<sup>35</sup> Véase p. 95.

<sup>36</sup> Véase pp. 92 y ss.

<sup>37</sup> No importaba, entre tanto, si Torres quería tal cosa o no. Simplemente no tenía otra alternativa.

## Acumulación histórica de la clase obrera en la Asamblea Popular de 1971

Preparada en el Comando Político,<sup>38</sup> la Asamblea Popular existió entonces, en efecto, con carácter de soviets y superó con creces la experiencia del 52. La defensa exitosa de la supremacía obrera dentro de la alianza de clases que expresaba la Asamblea, su contenido ideológicamente proletario desde el principio, la imposición de los sectores más avanzados que se dio en su seno, demuestran que se trataba de una experiencia más profunda que la del 52, aunque fundada en ella. Las masas se organizaron fácilmente en torno a la Asamblea porque tenían a la mano la memoria de haberse organizado en 1952 en torno al poder de la COB.<sup>39</sup> Lo que diferenciaba enormemente a una situación de la otra era la presencia intocada del ejército, o sea que, mientras el aparato represivo del Estado estaba en manos de los obreros entonces (en el 52), ahora no ocurría tal cosa, ni de lejos. Como contrapeso, el órgano estatal obrero era mucho más avanzado que el del 52, era ideológicamente proletario y de alguna manera la clase tenía sus partidos.

La Asamblea disponía de una indudable autoridad sobre las masas, por lo menos ante sus sectores estratégicamente más importantes. Incluso los sectores atrasados pugnaban por estar presentes en ella y no la rechazaban.<sup>40</sup> Sin embargo, no pudo llevar a la práctica general del Estado esa autoridad indiscutida porque carecía del aparato de coerción necesario para hacerlo. Cuando trató de imponer su programa, que era sin embargo gradualista, se tropezó con el poder del ejército, que actuó en su mayoría como lo que era, como el brazo armado del Estado burgués frente a un Estado proletario que carecía de brazo armado. Se puede, en efecto, ser un soviets auténtico sin tener sin embargo, todavía, capacidad material suficiente como para plantear una situación de dualidad de poderes. Por eso decimos que 1971 fue, nuevamente, un embrión avanzado de poder dual y no propiamente un poder dual, un esbozo y no la figura misma.<sup>41</sup>

¿Por qué el soviets de Petrogrado podía ordenar la entrega de armas a los arsenales y ser acatado y no, en cambio, la Asamblea boliviana? Se dispone de evidencias de que la burguesía tuvo que hacer grandes esfuerzos para lograr la incorporación de los oficiales al alzamiento fascista.<sup>42</sup>

<sup>38</sup> De inmediato a los hechos del 7 de octubre de 1971, los partidos políticos que participaron en ellos organizaron el Comando Político de la clase obrera, que era la antesala de la Asamblea Popular.

<sup>39</sup> En la «memoria de las masas» o acumulación en el método de la clase, los casos son extraordinariamente ilustrativos en Bolivia. La incorporación de un método a la clase es, por otra parte, el problema fundamental de la lucha armada.

<sup>40</sup> Como se dice en otra nota, los campesinos oficialistas también pugnaban por ser aceptados en la Asamblea.

<sup>41</sup> Esto es posible fácilmente. No se puede decir que los soviets de 1905 no existieran plenamente como tales soviets. Pero tampoco nadie dijo que plantearan ya una situación de poder dual.

<sup>42</sup> El testimonio del general Reque Terán acerca de los sobornos y coimas hechas a Selich para que se adjuntara al golpe es definitivo en este orden de cosas.

Muchos oficiales tuvieron que ser sobornados y hubo una verdadera conspiración de alzamientos. No se puede decir, empero, que la burguesía rusa no hubiera hecho otro tanto en su momento y no tuvo éxito, de tal suerte que esta no es una explicación que nos sirva demasiado.

Las cosas deben justificarse de otra manera: en Bolivia no habían llegado todavía a cumplirse todos los requisitos conocidos clásicamente como los necesarios para la existencia de una situación revolucionaria *in pleno*. El aparato burgués podía actuar todavía con cierta coherencia en su respuesta al soviét obrero, en ausencia de la «crisis nacional general». El sistema de autoridad vigente en el ejército<sup>43</sup> funcionó de acuerdo con las previsiones con las que se le hizo existir. Es cierto que la clase obrera habría cometido un gran error si esperaba que todas las condiciones se cumplieran; debe decirse que su tarea fue admirable sin rodeos pero a la vez, al empeñarse en ella en las únicas condiciones posibles, corrió un riesgo y perdió. Eso, desde luego, no es desalentador para nada. Lo único verdaderamente desalentador sería la ausencia de «espíritu estatal» en la clase; pero eso hubo en abundancia. Por el contrario, uno se pregunta cómo es que esta clase pudo ya plantearse la construcción de la Asamblea cuando no hacía sino unos pocos meses que la democracia había vuelto a existir para ella, cuando no fue libre (ni siquiera en el sentido burgués) sino tan poco tiempo. Aquí, como volverá a ocurrir después, ya dentro del régimen fascista, operó la acumulación de la clase: aquello se explica porque utilizaba sus experiencias anteriores; no necesitaba de mucho tiempo para retomarlas porque ya las había acumulado dentro de sus adquisiciones organizativas y culturales como clase. La Asamblea era resultado del modo particular que tuvo de suceder su historia en cuanto clase y no de su mera colocación estática en el proceso de la producción.

## La lucha en el interior de la clase

Tampoco su programa era un programa extremista, como se ha dado a entender con una mala intención que es característica toda vez que se enjuicie los hechos bolivianos. Era un programa que, a través de la cogestión en COMIBOL, se dirigía a la construcción de un capitalismo de Estado, pero bajo el control colectivo de la clase obrera. Ello convocaba a una gran lucha política, pero ya no dentro del ejército, sino dentro de la clase obrera, entre sus sectores avanzados y los rezagados, que no dejaban de ser enormes.<sup>44</sup> Era,

<sup>43</sup> Un sistema de autoridad que se funda obviamente en un hecho social general, que es la vigencia, aunque crítica, del Estado democrático-burgués creado en 1952. Pero, también, un sistema de autoridad que se remonta a la Guerra del Chaco, etc.

<sup>44</sup> El MNR, a las mismas horas en que conspiraba con los militares fascistas, era el partido que controlaba un mayor número de votos dentro de la Asamblea Popular. Esto de «controlaba» es relativo, sin embargo. Es evidente que los sectores avanzados se imponían siempre en las discusiones y que



por otra parte, un programa todavía democrático, aunque el capitalismo de Estado, planteado de tal manera, es sin duda la antesala del socialismo.<sup>45</sup> En este sentido, se planteaba una superposición de tareas democráticas y socialistas que, sin duda, era correcta, o, si se quiere decir de otra manera, se condicionaba el paso de la fase democrática a la socialista al grado de evolución que lograra la lucha de clases. Pero la Asamblea demoró en plantearse la cuestión de su armamento, se demostró que no era fácil que tal cosa se lograra pasando por la mera división del ejército y, por tanto, aunque se movió correctamente dentro de las condiciones que tenía, el aparato estatal creado en 1952 demostró ser más consistente de lo que parecía.

## El semibonapartismo del general Torres

Se puede discutir si Torres era bonapartista, semibonapartista o ninguna de ambas cosas.<sup>46</sup> Desde cierto punto de vista, puesto que era un gobierno

---

los votos del MNR no le servían de mucho porque sus dirigentes obreros no estaban de acuerdo con la línea de sus dirigentes derechistas. En cualquier caso, el que en un órgano de poder tan avanzado como la Asamblea pudiera el MNR tener una presencia cuantiosa nos demuestra la abundancia de capas atrasadas en el seno de la clase obrera. Lechín pudo maniobrar tranquilamente con dichos votos y con la división entre los marxistas y obtener en consecuencia la presidencia de la Asamblea.

Todo esto demuestra que, aunque el poder se concentrara en determinado momento en manos de la clase obrera (como ahora lo está en manos del ejército), la lucha de clases se expresaría en el interior del sector dominante de un modo insidioso. No es pues que considere la concentración del poder como una desgracia, como Lora me hace decir antes de que yo abra la boca, sino que la concentración del poder no suprime automáticamente las contradicciones de clase. Véase Lora, *Bolivia: De la Asamblea Popular al golpe del 21 de agosto...*, op. cit.

<sup>45</sup> «El socialismo no es más que el paso siguiente después del monopolio capitalista del Estado. O, dicho en otros términos, el socialismo no es más que el monopolio capitalista del Estado puesto al servicio de todo el pueblo y que, por ello, ha dejado de ser monopolio capitalista». Cf. Lenin, *La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla*, Moscú, Ed. Progreso, 1966.

<sup>46</sup> Como quiera que Lora insiste en este punto, debemos también mencionarlo. Sus argumentos recuerdan los de aquel ministro que se sintió indignado cuando se postuló que la de Torres era una formulación bonapartista, suponiendo que nos referíamos a su baja estatura.

En un juego casuístico, que se hace infantil, Lora se preocupa, por ejemplo, de que en unos casos hablemos de bonapartismo y de semibonapartismo, en otros. No debería encallarse tanto en esto porque lo mismo que nosotros hizo Trotsky en su hora. «Anteriormente —escribió— caracterizamos al gobierno de Bruening como bonapartista. Luego, retrospectivamente, estrechamos esa definición a la mitad: hablamos de un prebonapartismo». En el mismo libro Trotsky dice que «liberalismo, bonapartismo, fascismo tienen el carácter de generalizaciones. Los fenómenos históricos no se repiten nunca del todo», y advierte que «uno habla por analogía de bonapartismo». Esto se publica en *The Struggle against Fascism* de Trotsky, Nueva York, Pathfinder Press, 1971.

Para Lora, Torres no podía encarnar una tendencia bonapartista del ejército por la seria razón de que Torres no existía. «No fue otra cosa que la personificación de la ausencia de verdadero poder». Lora, *Bolivia: De la Asamblea Popular...*

Trotsky, sin embargo, define bien la diferencia entre bonapartismo y fascismo. «Bonapartismo, esto es, el régimen de la “paz civil” apoyándose en la dictadura militar-policíaca, y fascismo, esto es, el régimen de la guerra civil abierta contra el proletariado». Esta es, exactamente, la oscilación que se produjo en el seno del ejército boliviano. Torres y Ovando encarnaron la tendencia bonapartista que intentaba lograr un estatuto de equilibrio y de paz social entre las clases, a través de un programa nacionalista con concesiones paralelas a la clase obrera y al imperialismo. Banzér

que carecía de iniciativa y que era, en cambio, víctima de la iniciativa de los bandos en pugna, se pueden aceptar algunos de los reparos a la definición aquella. Pero acatarla a secas significaría más o menos afirmar que Torres no existió sino simbólicamente como un adorno puesto en medio por el ejército y la clase obrera, mientras se aprestaban ambos para el enfrentamiento. Visión esta por lo menos arriesgada, que no corresponde a la realidad de las cosas.

Torres se benefició con la movilización de las masas del 7 de octubre pero pudo hacerlo porque estaba previamente en condiciones de explotarla para su propia política porque representaba a un sector real del ejército; de otro modo, las masas habrían utilizado de hecho a Torres como un peón de estribo, para de inmediato imponer su propia política. Los gorilas, a su vez, tuvieron que aceptar a Torres porque en ese momento no estaban internamente en condiciones de responder al punto a la movilización de las masas.

Tanto de Torres como del primer Ovando<sup>47</sup> debe decirse por tanto que fueron un intento del ejército por dar una salida bonapartista a la lucha de clases (porque el bonapartismo es eso, la paz impuesta verticalmente a las clases principales en pugna, sobre la base de una representación diferida de clases que no pueden expresarse a sí mismas), intento que fracasó por las condiciones estructurales del país, que eran ya las de una avanzada lucha entre las clases. Cuando se fracasa en la paz entre las clases (el bonapartismo), se intenta la destrucción política de la clase obrera (que es el fascismo).<sup>48</sup> Las condiciones históricas de Bolivia no eran favorables para el desarrollo burgués nacionalista. Se trataba, por eso, de un enfrentamiento entre fracciones de la burguesía en el seno del ejército, que se había convertido en el apoderado monopolista del poder político del país. Las masas usaron a Torres para expresarse pero no por eso se sintieron expresadas por Torres y, de esta manera, habiendo hecho posible su triunfo, se abocaron sin embargo, de inmediato, a la construcción de su propio poder independiente.

Presionado por la fracción derechista de la burguesía, que operaba por medio de los gorilas militares, Torres se veía obligado, para contrarrestar esa presión, a permitir la existencia de la Asamblea Popular, aunque no

---

representa la guerra civil abierta contra la clase obrera, aunque por otros conceptos difícilmente puede definirse en rigor como un régimen fascista.

Que Torres fracasó en su empeño de dar un estatuto bonapartista a las pugnas de poder entre las clases, ya lo sabemos. No nos instruye demasiado Lora cuando nos repite eso.

<sup>47</sup> Tanto Ovando como Torres representaban auténticas corrientes en el seno del ejército. No eran su negación, como parece suponerlo Lora. La evolución de ambos regímenes fue, sin embargo, totalmente contrapuesta. Mientras Ovando sucumbió al asedio de la derecha militar, Torres quedó a la hora final en manos de la presión obrera. Si se vencía el 21 de agosto, Torres habría quedado a merced de la Asamblea Popular. Hubo, en cambio, un segundo Ovando, que claudicó rápidamente del interregno en el que nacionalizó el petróleo.

<sup>48</sup> Véase nota 46.

sin grandes reticencias. Pero eso tampoco puede significar que Torres, al admitir la Asamblea, al servicio de su propia supervivencia, la estuviera creando.<sup>49</sup> Esto es mal entender deliberadamente las cosas. La Asamblea, sencillamente, fue obra de la propia clase obrera y resultado de sus experiencias previas, del nivel que había alcanzado su desarrollo de clase y no de Torres por ninguna razón, quien probablemente no conocía nada o casi nada del movimiento obrero. Pero la Asamblea pudo existir solo porque Torres no estaba en condiciones de negarle él mismo su derecho a reunirse. Había sin duda una internecesidad entre Torres y la Asamblea; aquél para seguir viviendo, esta para reemplazar con la aceptación del nacionalismo militar su falta de autonomía como aparato represivo, como autoimposición. Sin embargo, eso no quiere decir que el ejército no estuviera en condiciones físicas de dispersarla. Lo que no tenía era condiciones políticas —por su división, que demostró ser solo inicial, subdesarrollada— para destruirla. Cuando el deterioro interno de Torres, que era inevitable, devolvió cierta unidad mínima al ejército, este liquidó a los dos, Torres y la Asamblea, con un solo golpe de mano, el 21 de agosto.

De suerte que la verdadera contradicción se daba entre el poder obrero de la Asamblea y el poder burgués del ejército. Es cierto que cada polo representaba un tipo de Estado: el ejército, el Estado burgués real, aunque solo en la medida del limitado (pero vigente) desarrollo capitalista logrado por la Revolución del 52; la Asamblea, el Estado proletario potencial, meramente embrionario porque vivía aún en las precarias condiciones emergentes de la contradicción interna en el seno del ejército y no de sí misma, porque no atinaba a lograr una plena autonomía.

## Aparato de coerción, soviét y poder dual

La lucha por la autonomía de existencia por parte de la Asamblea fue su principal problema. Aquí corresponde empero discriminar entre lo que significa capacidad de coerción o dominación y aparato armado, tema que suele simplificarse sin mayor fundamento. Si se toma las cosas mecánicamente, una significa la otra, son una sola. Pero, si se hubiera calculado el

---

<sup>49</sup> Como lo hace, otra vez, Lora cuando me hace decir que «ese movimiento [de masas] existió porque el militarismo le dio su venia» (véase Lora, *Bolivia: De la Asamblea Popular...*, op. cit.). En todo caso, los militares y no el militarismo; pero además, una cosa es que la Asamblea Popular necesitara la admisión del ejército, vía Torres, para funcionar, y otra que Torres y el ejército la hubieran inventado. Pero si se compara esta inculpación con la que hace Lora a otras gentes de la izquierda boliviana, he de convenir en que ha sido generoso conmigo. Según él, por ejemplo «los estalinistas se afanaban por alejar a los trabajadores de su verdadero camino» y «estaban desesperados por destruirla [la Asamblea]. La mayor parte de los partidos [...] vivían agazapados en el seno de una organización que les era extraña, esperando el momento oportuno para darle un golpe mortal». «Los partidos marxistas guiados siempre por su inveterado oportunismo», etc., etc.

número de armas de que disponía directamente el soviét de Petrogrado y las que tenía Kerensky (el Estado oficial), en la práctica no habría habido confrontación alguna.

El grado de movilización de las masas, si se hace extraordinariamente extenso, como sucede cuando produce la *crisis nacional general* más las otras condiciones rusas (lo que Gramsci llamó la hegemonía previa), puede permitir, a pesar de disponerse solo de pocas armas, tener no obstante una inmensa capacidad estatal de coerción. El soviét de Petrogrado no necesitaba adquirir sus propias armas porque tenía la capacidad previa de ordenar a los arsenales que las entregasen y disponía de autoridad estatal sobre la masa de los soldados. No necesitaba sino relativamente construir su propio aparato armado, su propio ejército, porque se había apoderado políticamente del ejército. Esta, como es obvio, no era todavía la situación revolucionaria a que había llegado Bolivia. Pero la Asamblea no podía esperar, para existir, a que *todas* las condiciones estatales se cumplieran en favor suyo. Cuando se analizan a *posteriori* estos problemas suele olvidarse que los acontecimientos no ocurren de una manera simétrica: tratan de corresponder a las condiciones externas pero también, en una gran medida, son resultado de los requerimientos internos impostergables de la clase, de las exigencias de ritmo.<sup>50</sup> Como en Bolivia prevalecía todavía de un modo indudable el elemento espontáneo en la tendencia de las masas y su *fusión* con el socialismo científico en el partido obrero no se daba sino en ciertos sectores avanzados de la clase obrera, era evidente que lo que podía hacer la Asamblea es exactamente lo que hizo: tratar de disponer del mayor tiempo posible (porque cada día que ganara su existencia era un paso adelante en la educación estatal de las masas),<sup>51</sup> ampliar al máximo la movilización de las masas (conquistando el apoyo para el órgano obrero incluso de los sectores que no tenían sino apetencias democráticas, como los campesinos), tratar de influir sobre los oficiales y soldados<sup>52</sup> y ver, en la confrontación misma,<sup>53</sup> si en efecto la crisis había alcanzado al propio ejército.

<sup>50</sup> «No se considera lo suficiente el hecho de que muchos actos políticos se deben a necesidades internas de carácter organizativo, o sea, que están vinculados a las necesidades de dar coherencia a un partido, a un grupo o a una sociedad». Gramsci, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce...*, *op. cit.*

<sup>51</sup> La reproducción de la Asamblea en organismos a nivel departamental iba a constituir una vasta experiencia estatal, de autogobierno, para las masas. Pero no se llegó a ese momento.

<sup>52</sup> Lo que no se hizo sino caóticamente. Lora hace una grave imputación, sin fundarla en cita alguna, cuando me atribuye el pensar que «todos los militares son unos gorilas o fascistas». Es en él, sin embargo, todo un método que con frecuencia carece de honestidad intelectual en relación con su interlocutor.

<sup>53</sup> Lo dice Trotsky, en *1905*, en un razonamiento muy exacto: «Las clases dirigentes, para las que el problema es una cuestión de vida o muerte, no cederían nunca sus posiciones en virtud de razonamientos teóricos respecto a la composición del ejército. La actitud política de la tropa, esa

Que algo de eso se había logrado lo demostró el que una fracción del ejército luchara a su lado y que hubiera dudas abundantes antes de adherirse al golpe, en el seno de las guarniciones.<sup>54</sup> Que la Asamblea no tenía condiciones tan favorables para hacerlo lo demuestra, por otra parte, el que intentara tardíamente armarse por todos los medios posibles, en las horas finales. La disposición de un mejor aparato armado en manos de las masas o junto a ellas habría permitido, junto con la prolongación de la lucha (su brevedad fue una desventaja para la Asamblea), el que más y más sectores militares y campesinos se sumaran al bando proletario. Las cosas, sin embargo, no sucedieron así porque el enemigo es también capaz, desde luego, de desarrollar su propia iniciativa y, por lo demás, la iniciativa propia (la proletaria) puede desenvolverse muy lentamente, como ocurrió en este caso. La Asamblea carecía de una comisión política o un comité ejecutivo con la suficiente autonomía como para subsanar esa carencia. Su democratismo, que era como una prolongación de su sindicalismo, impedía que ese comando existiera con una eficiencia que solo podían proporcionarle los partidos obreros.<sup>55</sup>

La disposición de dicha capacidad de coerción que, en las contingencias bolivianas (pero no en todos los casos), debía traducirse por fuerza en la existencia de un aparato armado de la Asamblea, habría sido recién el signo de que ella (la Asamblea) había conquistado su independencia o soberanía con relación a la fracción progresista del ejército burgués (Torres). Con dicha independencia, podía haber desarrollado una dualidad de poderes que, por las razones vistas, no era hasta entonces, en efecto, sino un germen o embrión. En el análisis de los malentendidos, sin embargo (malentendidos que parecen ser tan voluntarios), hay que decir que una cosa es hablar de germen de dualidad de poderes y otra de la Asamblea como de un embrión de soviets.<sup>56</sup> La Asamblea era un soviets verdadero, en condiciones que, desde luego, no podían reproducir punto por punto las de la

---

gran incógnita de todas las revoluciones, no se manifiesta claramente más que en el momento en que los soldados se encuentran cara a cara con el pueblo».

<sup>54</sup> Varios sectores de las Fuerzas Armadas vacilaron bastante, en efecto, antes de adherirse al golpe de Banzer. Los testimonios sobre las dubitaciones de Selich, que recibió dinero antes de definirse, según Reque Terán, son los más elocuentes. La Fuerza Aérea no se adhirió a los gorilas sino cuando ya habían vencido.

<sup>55</sup> Para Lora, sin embargo, es indiferente que el soviets exista por debajo del partido o al margen del partido político. Es evidente que «los soviets pueden existir esté o no en su seno el partido revolucionario de la clase obrera». El destino de tales soviets, sin embargo, como es ostensible, es totalmente distinto cuando está el partido de cuando no está el partido. Los mejores ejemplos del mal destino de los soviets espontáneos (al margen o con poca intervención de los partidos) son los dos conatos bolivianos de poder dual.

<sup>56</sup> «Los diversos matices de la izquierda, siempre exceptuando a los verdaderos trotskistas, se resistían a hablar de la Asamblea Popular como de un soviets o una de sus variantes; en el mejor de los casos decían (sic) que se trataba de un órgano de poder en potencia», según Lora. Se trataba de un «mezquino resentimiento» (sic).

Rusia de entonces; pero es falso decir que la dualidad de poderes se plantea ya en cuanto existe el soviét como lo hace Lora. Que el soviét existe, por lo pronto, no significa más que las condiciones democráticas han ido bastante lejos. Sea como fruto de su debilidad (porque no tiene más remedio) o sea como resultado de su seguridad de sí mismo (porque le es inofensivo), un Estado de tipo burgués puede aceptar un inusitado margen de democracia para las masas. Pero eso no significa todavía que se está negando el tipo de Estado vigente, que se divida al poder del Estado propiamente como debe ocurrir en la dualidad de poderes. Y, por último, puesto que los trotskistas son los que han insistido más en este orden de cosas (lo que no está mal), ha de decirse que no en balde Trotsky, que escribió un extenso y rico capítulo acerca de los soviets en 1905, en el mismo libro<sup>57</sup> no menciona una sola vez la figura de la dualidad de poderes. ¿Qué significa esto? ¿Sería solamente que, en un gesto de dependencia intelectual, estaba esperando que Lenin mencionara el poder dual en las Tesis de Abril? ¿No será que el soviét, aun existiendo ya en 1905, sin embargo, no logró plantear todavía una verdadera dualidad de poderes?

## Compensación entre programas avanzados y organizaciones rezagadas

Así, mientras en 1952 el sujeto obrero no se había realizado todavía como clase para sí, en 1971, cuando los sectores avanzados ya demostraban tener ese carácter, como contraparte, tenían que vérselas con la existencia del ejército. La clase (al margen de su grado cualitativo de existencia histórica)

---

Según Lora: «La Asamblea Popular, soviét real y viviente y no simplemente un germen no debidamente configurado» (*América India*, núm. 1, artículo «Una crítica revisionista al POR»). Lo dice en el sentido soviét-órgano de poder estatal.

Trotsky, que, por lo demás, hace una excelente descripción del soviét de 1905, es más moderado que Lora: «Si los proletarios por su parte y la prensa reaccionaria por la suya dieron al soviét el título de “gobierno proletario” fue porque, de hecho, esta organización no era otra cosa que el embrión de un gobierno revolucionario». O sea que puede existir un soviét que no se constituya todavía en gobierno revolucionario, es decir, que no plantee la dualidad de poderes de la que, por otra parte, no habla por un instante Trotsky en el libro *1905*.

Nosotros no hemos sostenido nunca que la Asamblea Popular fuera solo un germen de soviét, y en esto, si se refiere a nosotros, Lora está refutando al viento. Hemos dicho de la Asamblea, que por analogía (como en lo del bonapartismo) tenía características de soviét, planteaba un germen de dualidad de poderes. Es obvio que, cuando Lora sostiene que el poder obrero «plantea la dualidad de poder desde el momento mismo en que existe, aunque sea en forma rudimentaria», cuando dice que «la dualidad de poder existe desde el momento en que actúa un organismo con rasgos soviéticos» (véase *Bolivia: De la Asamblea Popular al combate del 21 de agosto...*), simplemente se afilia dentro de la visión que tiene Trotsky de la figura descrita *in extenso* en este trabajo.

Hay en todo esto una algarabía trotskista por atribuirse toda la teoría del poder dual, por un lado, pasándose por alto un visible vacío presente en los textos de Trotsky (la omisión del tema al hablar de 1905) y por explicar que dicho poder dual existe en todo momento y todo lugar de toda contradicción. Es un hueco que no se subsana con desplantes.

<sup>57</sup> Véase nota 99, capítulo I.

no tenía el mismo grado de control material de la situación, no tenía en sus manos el mismo aparato represivo de entonces.<sup>58</sup> En el intento de adquirirlo, fue vencida por los aspectos conservadores del Estado burgués que, por otra parte, no dejaban de tener sus propias clases extensas de soporte (los campesinos atrasados). Pero el solo hecho de que hablemos de un embrión real de dualidad de poderes (en el sentido restringido de Lenin y no en el extenso de Trotsky) demuestra que las cosas iban, en efecto, moviéndose en esa dirección.

La Asamblea, por otra parte, tenía que luchar con otras dificultades paralelas, dificultades que resultaban de su propia validez interna, del grado en que los componentes de la Asamblea creían en la dimensión histórica de la Asamblea. Para partir del principio, hay que decir que los sectores avanzados eran ya una clase para sí.

La clase obrera se veía obligada a compensar con un avanzado programa la pobreza de la existencia de las organizaciones políticas.<sup>59</sup> Es cierto que, también en 1952, la clase obrera había llegado a la dilucidación de los hechos con un programa, relativamente avanzado, como era la Tesis de Pulacayo.<sup>60</sup> Pero aquí se ve cómo una cosa es que su dirección apruebe un programa avanzado y otra que ese mismo programa exista carnalmente en las masas. El verdadero programa de las masas es lo que ellas hacen. En eso se expresa, en rigor, lo que ellas han adquirido como convicciones y como proyecto. En la avalancha del éxito de la movilización democrático-burguesa, la propia Tesis de Pulacayo acabó por ser distorsionada y falsificada en su práctica; acabó por beneficiar un tipo de movilización que no era la que postulaba. De un modo precoz, la Tesis de Pulacayo descalificaba las soluciones burguesas para los problemas de la revolución burguesa en el país.<sup>61</sup> Una cosa es, empero, la *enunciación* de una tesis y otra la *vida* de una tesis en las masas. Las masas hicieron lo contrario de lo que decía la Tesis de Pulacayo, aunque proclamándola como suya. Para que lo que se decía en esa tesis llegara a existir en efecto en la conciencia de las masas,

---

<sup>58</sup> Son dos cosas distintas, en efecto. Una clase bastante desarrollada puede, no obstante, no adquirir sino un poder limitado; una clase insuficientemente desarrollada puede, a la vez, por el escaso desarrollo estatal de su adversario, apoderarse prematuramente del poder, hacerse dueña de la situación. Estas victorias aparentes resultan muy costosas a la larga.

<sup>59</sup> Es importante, como respaldo a esta afirmación, la *Tesis política de la Central Obrera Boliviana*, aprobada en mayo de 1970. Véase también la segunda parte de este libro.

<sup>60</sup> *Tesis de Pulacayo* (tesis central de la Federación de Trabajadores Míneros de Bolivia), 1946 [Santiago de Chile, Ed. OMR, 1972]. En ella se dice por ejemplo que «el proletariado de los países atrasados está obligado a combinar la lucha por las tareas demoburguesas con la lucha por las reivindicaciones socialistas».

En otro punto se advierte que «la revolución será democrático-burguesa por sus objetivos y solo un episodio de la revolución proletaria por la clase social que la acaudillará».

<sup>61</sup> «Señalamos que la revolución demoburguesa, si no se la quiere estrangular, debe convertirse solo en una fase de la revolución proletaria», *Tesis de Pulacayo*...



hubo de vivirse lo que allá se decía. Las masas mismas tuvieron que fracasar apoyando soluciones burguesas para las tareas democrático-burguesas. Solo después de la gran frustración colectiva que fue la experiencia del Nacionalismo Revolucionario, solo después de la ruptura del aislamiento obrero a que dio lugar la fase final de dicha experiencia,<sup>62</sup> se estaba en condiciones de proponer un programa socialista que expresara la movilización socialista, asimismo, de los sectores avanzados de la masa. Eso fue la Tesis de la COB,<sup>63</sup> cuya validez es sin duda incomparablemente mayor a la que tuvo en su tiempo la Tesis de Pulacayo.

Pero la falta o la deficiencia del partido hegemónico de la clase obrera pesó sin duda en la conducción de la Asamblea, en su eficacia táctica y en su celeridad, en su lucidez. Una clase como conjunto no puede ser nunca tan consciente como el partido de su vanguardia. No obstante, el hecho de que existiera una clase para sí se demuestra en que, a pesar de que la mayoría numérica de la Asamblea era todavía populista,<sup>64</sup> sin embargo los sectores avanzados se imponían sin rodeos en su seno, prácticamente en todos los casos, lo que no ocurría en 1952. Es muy distinta una Asamblea como esta, que era un soviét propiamente, de un organismo sindical cumpliendo el papel de *quid pro quo* de un soviét. Por eso la Asamblea Popular de Bolivia fue la más avanzada experiencia estatal de la clase obrera en toda la América Latina.

## Renacimiento de la revolución burguesa y el Estado del 52

Actuaba, en segundo término, como factor de disminución de la intensidad o realidad de la dualidad de poderes, la distancia en el tiempo en relación con la principal movilización democrático-burguesa y el propio modo átono que habían cobrado las mismas tareas burguesas incumplidas. La superposición de una revolución sobre la otra (la socialista sobre la democrático-burguesa), su propia coetaneidad inicial es, como se puede recordar, lo que caracterizó la dualidad de poderes descrita por Lenin. No cabe duda ninguna, por otra parte, de que la Revolución de 1952 fue, en Bolivia, una auténtica revolución democrático-burguesa intentada en los marcos de un país atrasado y dependiente. Pues el desarrollo del capitalismo es una imposibilidad en Bolivia, ni siquiera en los términos en que se ha producido en los demás países latinoamericanos; era una revolución

---

<sup>62</sup> La guerrilla tuvo, como un efecto no buscado por los propios guerrilleros, la ruptura del aislamiento obrero, mediante la radicalización de la pequeña burguesía de las ciudades, especialmente las capas universitarias.

<sup>63</sup> Véase la nota 59.

<sup>64</sup> Véase la nota 44.



condenada al incumplimiento de sus propios objetivos históricos originales. El que tuviera que pasar de una fase democrática con participación obrera a una desarrollista, con tintes ya potencialmente antiobreros, para llegar finalmente al momento en que tenía que acudir a su fase de emergencia, mediante gobiernos militares directos (y directamente antiobreros), doce años después, es resultado de aquella prevista frustración.<sup>65</sup>

Los gobiernos militares se beneficiaron, sin embargo, con la expansión, la modernización y, en suma, el cambio de calidad del Estado boliviano en 1952 y no en balde el *momentum* del poder militar fue signado por el «pacto militar-campesino». Las consignas gruesas de la movilización democrática habían sido consumidas, desgastadas y en cierta medida consumadas por 1952 (la tierra, el sufragio universal, como en otros países la república, etc.). Por consiguiente, se produjo un desnivel entre la profundidad de la movilización obrera (a la que se sumó, aunque de un modo diferente, la radicalización de las capas medias en las ciudades, que nunca fue global) y el modo estancado de la movilización campesina. Aquella profundidad de ninguna manera se expandió explosivamente en el campo (como habría ocurrido, quizá, si las dos revoluciones hubieran ocurrido paralelamente como en Rusia) y, por el contrario, se tuvo que trabajar sobre la realidad de la inercia conservadora de un campesino atrasado y satisfecho con la tierra.<sup>66</sup> No es pues la ausencia cuantitativa sino la ausencia cualitativa del campesino lo que afectó el poder de la Asamblea,<sup>67</sup> tanto como la propia ausencia de un sector militar revolucionario en su seno. Es cierto, por otra parte, que en la clase obrera existían considerables prejuicios anticampesinos y antiuniversitarios, pero eso no fue lo determinante; expresaba superficialmente un desarrollo desigual entre las clases,<sup>68</sup> en su estructura misma.

---

<sup>65</sup> Hasta 1956, más o menos, la clase obrera conservó cierta influencia, aunque a través del cogobierno MNR-COB. El programa antiinflacionario de Siles Zuazo (1956-60) coincidió con la existencia del ejército reorganizado y la creciente influencia norteamericana. De 1960 a 1964, aunque Lechín era vicepresidente, Paz Estenssoro intentó un esquema desarrollista con soporte norteamericano. La ascendente influencia del ejército concluyó con la toma directa del poder y los gobiernos de Barrientos, Barrientos-Ovando, etc.

<sup>66</sup> Sobre el papel de los campesinos como base social del fenómeno barrientista, véase la segunda parte de este libro. Pero no debe creerse por eso que existe una cristalización de las relaciones de clase en el campo. Se vive una fase de diferenciación interna en el seno del campesinado que no está suficientemente evaluada desde la izquierda. Las luchas en el valle de Cochabamba y en el norte de Potosí, por ejemplo, no son ajenas a este proceso.

<sup>67</sup> En el sentido de que no se sentía el campesino, como conjunto, tan convocado por el poder de la Asamblea Popular como las otras clases sociales. En determinado momento, como se sabe, Torres intentó utilizar a los campesinos *contra* la Asamblea, aunque desistió casi de inmediato de ese propósito. Con todo, es cierto que aun las direcciones oficialistas del campo intentaron ingresar a la Asamblea.

<sup>68</sup> Tampoco estos prejuicios eran algo meramente subjetivo. Había un desnivel objetivo en el desarrollo político de las clases. La clase obrera estaba muy por delante de todos los otros sectores, a pesar de todas sus debilidades internas.

Pero el propio Torres así como el primer Ovando estaban demostrando, a través del renacimiento de las consignas nacionalistas, por medio de las tareas democráticas que mal que bien llegaron a ejecutar, hasta qué punto, dentro mismo de una revolución democrática inconclusa, es posible el renacimiento de nuevas tareas democráticas o de atractivos para una movilización democrática para los sectores no propiamente obreros. Solo un necio puede afirmar que las tareas burguesas han concluido en Bolivia. Por consiguiente, de algún modo Torres significó el renacimiento de la revolución democrático-burguesa en combinación con la estrategia ya socialista de la Asamblea Popular. Se daba, por tanto, una situación de simultaneidad parecida a la que existió en la Revolución Rusa. Que los sectores reaccionarios del ejército encararan esta situación con una postulación fascizante<sup>69</sup> nos demuestra, en verdad, que la coyuntura de entonces se dirigía hacia la existencia de una dualidad de poderes, que podía definirse rápidamente de un modo victorioso para la clase obrera. Por eso, el Estado de la burguesía se vio obligado a sustituir de un modo fulminante su esquema de paz entre las clases (el bonapartismo) por un esquema de arrasamiento de los dos polos de esa dualidad naciente.

---

<sup>69</sup> En un plan desesperado que no excluía la propia división del país. Banzer, Valencia, Miranda, Zenteno Anaya, no señalan sino matices de esta posición fascizante de la derecha del ejército.



### III

## LA CUESTIÓN DE LA DUALIDAD DE PODERES EN CHILE

### Problemas teóricos en el Estado chileno

La discusión acerca de la dualidad de poderes se actualizó en la América Latina tanto a partir de la Asamblea Popular boliviana como por las dificultades aparentes y reales que ofrecía, para una interpretación dentro de los moldes clásicos, la conquista del poder<sup>1</sup> por la Unidad Popular en Chile, en 1971.

Encarar una cuestión tal resulta apasionante puesto que, por todas las razones, Chile es algo así como la patria del Estado en la América Latina. No obstante, la postulación de que, en el Chile actual, la presencia coetánea de la izquierda en el Ejecutivo y de la derecha en los otros poderes del Estado constituye un caso de dualidad de poderes es una tesis que, aunque atractiva desde un punto de vista pedagógico y aun como una consigna,<sup>2</sup> trajo consigo desde el principio varios problemas u obstáculos teóricos. En primer lugar, como es obvio, la validez misma de la proposición. Pero también, por otra parte, un interrogante acerca de la medida en que el concepto de la autonomía e independencia relativa del Estado es aplicable a una formación social de base económica subdesarrollada, sobre los momentos o fases de la no correspondencia entre la superestructura jurídico-política y su base económica, sobre la relación entre el órgano de poder y el nivel de la conciencia de clase (en el caso concreto, porque, en lo general, ya lo hemos visto) y sobre el modo en que se vincula la separación de poderes (un concepto liberal de la teoría del Estado) con la autonomía relativa del Estado capitalista (un concepto marxista).

Del fracaso momentáneo de la tesis de la dualidad de poderes como noción de desciframiento de la situación actual chilena (que sostenemos en este trabajo) se desprende a su vez la cuestión del margen posible de conversión de los cambios producidos (por la vía de la exasperación de las

---

<sup>1</sup> Los dirigentes chilenos hacen una diferencia de matiz entre gobierno y poder.

<sup>2</sup> En algunos casos se ha utilizado la figura como una consigna. Este es el modo en que es usada por el MLN uruguayo (Tupamaros), por ejemplo.

características del Estado burgués) en una transformación socialista, a través de una mutación ininterrumpida tomada desde dentro, bajo la actuación de un sujeto histórico ya socialista, que construye internamente su hegemonía de tipo ideológico. O sea, una acumulación considerable de cuestiones.

## Fisonomía del poder popular en Chile, según Ramos

Aunque varios autores han tocado el tema directa o indirectamente, el principal expositor de la corriente que sostiene que en Chile existe un poder dual es el economista Sergio Ramos, en un libro que es la más global visión del proceso chileno que se ha hecho hasta el momento.<sup>3</sup>

El trabajo de Ramos se refiere al proceso económico chileno y no a la teoría del Estado y por eso no deja de ser excesivo referirse a un episodio de su exposición, punto lateral y complementario, omitiendo en cambio el núcleo del libro. Para los intereses de este trabajo no tenemos, empero, otro remedio que proceder de esa manera.

Para Ramos, «lo distintivo, lo específico de esta lucha [de la situación prerrevolucionaria en Chile] es que el movimiento popular ha tomado en sus manos una parte del poder político, expresada en la rama ejecutiva del gobierno».<sup>4</sup> «Con la conquista de una parte del poder político por el proletariado y sus aliados, con la existencia de la dualidad de poder expresada en el interior del aparato del Estado, con la fusión de las tareas de la destrucción del sistema antiguo y de la creación de un sistema nuevo antes del quiebre revolucionario definitivo [se daría una situación a la que] llamaremos situación de transición».<sup>5</sup>

Hay aquí, desde luego, varias confusiones u oscuridades. La mención continua del «aparato estatal» parece traer a mientes la diferencia entre poder del Estado y aparato estatal que Lenin hizo en la discusión con Trotsky acerca de los sindicatos.<sup>6</sup> Desde este punto de vista se podría pensar que la contradicción se produce todavía dentro del Estado burgués, aunque compartiendo con la burguesía el aparato estatal, o que la «situación de transición», al mismo tiempo que divide la dominación o control del aparato estatal, se prolonga en una suerte de *estatus* de incertidumbre temporal en el poder del Estado.

---

<sup>3</sup> Véase Sergio Ramos, *Chile ¿Una economía de transición?*, Santiago, Centro de Estudios Socio-Económicos (CESO), Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile, 1972.

<sup>4</sup> *Ibidem*.

<sup>5</sup> *Ibidem*.

<sup>6</sup> Pero también en otros textos.

Ramos expone una visión de la cuestión del poder dual como algo que ocurre en el seno del mismo tipo de Estado, una noción heterodoxa en relación con el leninismo, como hemos visto.<sup>7</sup> Se habría «creado en Chile –escribe– una situación cuya peculiaridad, desde el punto de vista de clases, [es] la dualidad de poder que se expresa en una línea demarcatoria al interior del propio aparato estatal más que en el enfrentamiento al aparato estatal de la burguesía por uno alternativo a él, que exprese los intereses del proletariado y sus aliados, como era el caso, por ejemplo, de los soviets frente al Gobierno Provisional».<sup>8</sup>

Es una visión más próxima a las definiciones de Trotsky que a las de Lenin, pero solo más próxima a ellas. En realidad, tampoco Trotsky habló de que la dualidad de poderes se manifestara en la adquisición de secciones del Estado burgués. Incluso dentro de la definición «extensa» de Trotsky, él pensó que la dualidad de poderes debía fundarse siempre en la existencia de órganos de poder estatal no burgueses, órganos que, por tanto, no podían preexistir en la legalidad del Estado burgués. Pero esta definición de Ramos, que es arriesgada en principio<sup>9</sup> y falsa en definitiva, se ve compensada con ciertas cautelas inmediatas. Aunque la existencia del órgano de poder proletario debe preceder a la enunciación de la existencia de un poder dual, Ramos supone que dicho órgano (lo que él llama el poder alternativo) es algo que puede existir *después* del poder dual. Es decir, invierte el orden natural de las categorías, lo cual quizá podría ser el esbozo de una nueva teoría sobre el problema (no importa si falsa o verdadera), pero a condición de que fuera expuesta con rigor y extensión. Tal es lo que ocurre cuando dice que «tal dualidad de poder se expresa en el interior del aparato existente (como el control de la rama ejecutiva del gobierno) pero no se agota en él ni mucho menos encuentra su origen en él y, por tanto, no puede resolverse en él, sino, en rigor, deberá resolverse contra él».<sup>10</sup>

Sostiene, de otro lado, que «el aprovechamiento a favor del proletariado y sus aliados de la parte del poder político conquistado requiere profundizar y desarrollar formas avanzadas de poder popular, tales que permitan asegurar una derrota definitiva y completa de la antigua clase dominante».<sup>11</sup> En un plano general, esta convocatoria a la constitución de «formas avanzadas de poder popular», es decir, de órganos estatales proletarios es, sin duda,

---

<sup>7</sup> Véase *supra*.

<sup>8</sup> Cf. Ramos, *op. cit.*

<sup>9</sup> Porque, para justificarla, tendría que elaborar una teoría sobre el poder dual, cosa que no hace en este texto por lo menos.

<sup>10</sup> Ramos, *op. cit.* Salvedad correcta, a diferencia de sus otras definiciones.

<sup>11</sup> Ramos escribe que «la conquista del poder político pasa (no es lo mismo que, ni se agota en) necesariamente por la destrucción del ejército permanente y la policía, en tanto instrumento de represión en favor de la burguesía y en contra del proletariado, puesto que en el uso de la fuerza que ellos suponen se fundamenta el uso de la violencia de la burguesía». *Ibidem*.

correcta. Pero es una convocatoria a hacerlo; no significa todavía que esos órganos existan ya. Por otra parte, aunque él dice que «se trata de un enfrentamiento de clases no resuelto plenamente», y aunque afirma que no se ha producido lo que se llama el «quiebre definitivo», es decir, la situación revolucionaria, sin embargo Ramos asegura que ya existe una dualidad de poderes en Chile. La disposición del ejecutivo por la Unidad Popular, estando todavía el Legislativo y el Poder Judicial en manos de la burguesía, propondría una situación de poder dual. Tampoco estas aseveraciones son correctas. No solo porque una dualidad de poderes es impensable sin la existencia definida del órgano estatal proletario, ni solo porque debe producirse fuera del tipo de Estado anterior (como Estado proletario o, si se quiere, como poder alternativo ya en funcionamiento) sino porque es un carácter fundamental de la dualidad de poderes el que ella deba producirse en la víspera misma del «quiebre definitivo», es la antesala física de un enfrentamiento radical, un antagonismo culminante y no una preparación.

La tesis de que Chile estaría viviendo una fase de poder dual es, por eso, incompatible con la definición leninista. La situación chilena no llena ninguno de los requisitos expuestos para describir el poder dual clásico: no es una situación *de facto*, las clases no han esbozado su propio Estado por separado, no tienen su propio aparato de coerción enfrentado el uno con el otro (sino que el aparato represivo es una suerte de árbitro estatal). Pero lo fundamental radica en que se trata de algo que sucede dentro de la estructura legal chilena y no fuera de ella. Sobre esto cabe un razonamiento elemental: lo que está previsto como aceptable por una legalidad quiere decir que no es considerado vitalmente contrario a ella. Trotsky mismo, como se ha podido ver, aunque admitió tantas situaciones heteróclitas en relación con la definición leninista como formas de dualidad de poderes, tampoco consideró como tal ningún episodio sucedido en el seno de la legalidad burguesa. En algún sentido podría quizá, a lo último, pensarse en la coyuntura actual de Chile como una situación de tránsito hacia una futura dualidad de poderes, pero esto mismo debería contar con el supuesto de que el poder dual es una fase necesaria, una fase inevitable en la construcción del socialismo, afirmación que es discutible también, como lo veremos.

## División de poderes y poder dual

Con todo, el «momento presente» de Chile tiene mucho más que ver con la historia del Estado capitalista avanzado que con la figura de la dualidad de poderes.

El proceso de las revoluciones burguesas, en efecto, se caracterizó por un doble carácter en relación con el Estado. La burguesía necesitaba, por

una parte, realizar o completar las tareas de la unificación, tomado el concepto en su orden general. Ello se refiere en realidad a un conjunto de tareas, desde la unificación del poder estatal mismo y la definición de su ámbito (humano y espacial) hasta la construcción del mercado interno a través de sus condiciones jurídicas. En la historia de las revoluciones europeas, por otra parte, por cuanto donde primero se expresó el poder político de la burguesía fue en el Parlamento, necesitaba frenar u oscurecer las atribuciones del Ejecutivo, que fue sin duda el último baluarte de la monarquía absoluta. La aparición del derecho escrito (su consagración como norma), la superioridad que el Parlamento se otorgó a sí mismo en materia de impuestos y tributos, los derechos del individuo (del ciudadano), son todos aspectos de la construcción del Estado capitalista moderno.

La burguesía parecía tener una precoz conciencia de que le era tan necesario controlar el poder del Estado como vigilar que la fase no controlada del aparato del Estado no se convirtiera en un competidor de su hegemonía. Ello se expresa de modo adecuado en la fórmula de Montesquieu: «*Il faut que par la disposition des choses le pouvoir arrête le pouvoir*». <sup>12</sup> Es efectivo que, en ese momento del desarrollo de la clase, «la mayor garantía de la libertad está dada en un Estado donde, en vez de existir un solo poder, existen varios que, oponiéndose entre sí, se moderan recíprocamente». <sup>13</sup> Como ha hecho notar Kelsen, es verdad que lo que se conoce como principio de la separación de poderes no es propiamente una separación de los mismos sino una suerte de división de trabajo, de intercontrol, contra la concentración de poderes que era propia de la monarquía absoluta. <sup>14</sup>

Veamos de qué engañosa manera puede interrelacionarse la consecuencia avanzada del principio de separación de poderes con la tesis del poder dual.

Si se conviene en que son elementos esenciales del Estado (de todo Estado) población, territorio y poder político, bien podemos proseguir esta enumeración hasta su consecuencia. La población, por ejemplo, no existe sino como población históricamente determinada y además como población específicamente diferenciada, en su internidad. No existe sino como clases sociales. Tampoco existe en abstracto el territorio, dato cartográfico, sino el territorio histórico, es decir, el territorio económicamente integrado o, por lo menos, políticamente determinado. No existe, finalmente, el poder político en abstracto sino la dominación de la clase hegemónica sobre las otras clases y también sobre el territorio histórico, que es el espacio material donde se realiza la dominación de clase.

<sup>12</sup> Cf. *Espirit des lois*...

<sup>13</sup> Cf. Jorge Tristán Bosch, *Ensayo de interpretación de la doctrina de la separación de los poderes*, Buenos Aires, Ed. Peuser, 1945.

<sup>14</sup> Cf. H. Kelsen, *Teoría general del derecho y del Estado*, México DF, UNAM, 1969.



Acéptese por esta vez empero la latitud delusoria de los elementos esenciales clásicos. Dentro de ellos, dos elementos esenciales materiales: población y territorio; un solo elemento esencial propiamente estatal: poder político o soberanía o irresistible. Eso es claro: el Estado es el poder, la dominación organizada, la dictadura siempre. ¿Quién practica ese poder? No el mismo Estado, que es una abstracción o *relación*, sino una clase; a veces, ni siquiera la clase por sí misma, sino la clase por medio de sus agentes o emisarios en el aparato o por medio del «inconsciente» del aparato del Estado, que es la burocracia.

Pero la clase son los hombres que la componen, sus organizaciones, sus dirigentes. La dualidad de poderes no consiste en que una clase social o un bloque de clases ocupan el Legislativo y otra u otras el Ejecutivo o a la inversa. Eso no es el poder dual porque, si así fuera, cualquier alcalde comunista de Italia, cualquier grupo de diputados comunistas en Francia conformarían ya un caso de dualidad de poderes. ¿Qué se dirá entonces de la participación del Partido Comunista en el gobierno francés, en 1945, cuando las elecciones generales dieron una mayoría absoluta en la Asamblea Constituyente a socialistas y comunistas?<sup>15</sup> Entonces, sin duda, el Frente Popular tenía más influencia electoral que la que hoy tiene la Unidad Popular en Chile. Pero Allende tiene más poder real que Thorez entonces como superministro y nadie ha hablado nunca de que Francia hubiera vivido una fase de poder dual. Hemos de explicarnos por qué.

Es bien conocida la relación entre el sistema de las libertades burguesas y los requerimientos de la conquista o construcción del mercado interno, esta sí una fase imprescindible en la acumulación capitalista. El obrero debe poder vender libremente su trabajo; la desvinculación entre el medio de producción y el trabajador es una necesidad del capitalismo. Por consiguiente, la separación de poderes de Montesquieu (o que se conoce atribuida a él) fue solamente la aplicación de las libertades burguesas al aparato del nuevo Estado, preservando la independencia de la burguesía como clase. Fue, por otra parte, una etapa en el camino de la elaboración de la independencia relativa del Estado (el poder diferido). En cualquier forma, la separación de poderes y la propia independencia del Estado ocurren de una manera en un país central y de otra muy diferente en un país atrasado como Chile.

Como petición de principio, sin embargo, nos parece que la endebles de la proposición de Ramos radica en que sitúa al nivel del funcionamiento formal del aparato del Estado burgués la dualidad de poderes que, para existir, debe hacerlo al nivel de los elementos esenciales del Estado. Localiza en el aparato del Estado un poder dual que debe existir en el poder del Estado mismo.<sup>16</sup>

<sup>15</sup> Véase Ralph Miliband, *El Estado en la sociedad capitalista*, México DF, Siglo XXI Editores, 1970.

<sup>16</sup> Véase nota 5 del capítulo I.

Apenas si necesita afirmarse que la separación de poderes, así como es una manera de asegurar la dominación de la clase sobre el Estado sin entregarlo indiviso a ninguna de las fracciones de sí misma, así también puede expresar la lucha de clases nacional (es decir, exterior a la clase dominante) en el seno de ese Estado. La dominación no se produce puramente y el Estado mismo proyecta una correlación, proporción o combinación de fuerzas en la política total del país. El propio origen de la separación de poderes, por lo demás, está en la lucha de clases entre la aristocracia y el rey primero y, después, entre la burguesía y el rey, cuando la aristocracia ya ha desaparecido como protagonista del antagonismo. Interesa pues averiguar de qué manera y en qué medida la separación de poderes logra existir realmente en una sociedad atrasada en lo económico y cómo la lucha de clases puede manifestarse por en medio de ella.

### Clase obrera-partido y burguesía-Estado

Se sabe qué es lo que pensaban Marx y Engels acerca del Estado. En principio, no era sino «un comité para arreglar los asuntos comunes de toda la burguesía».<sup>17</sup> Su destino es hacer posible la reproducción del sistema capitalista (las relaciones de producción capitalistas)<sup>18</sup> o la creación del sistema capitalista, o sea la unificación del modo de producción. En este sentido, el Estado cumpliría, en relación con la burguesía, el papel que el partido proletario cumple en relación con la clase obrera: al margen del partido, la clase obrera no puede ver sino sus intereses económicos inmediatos, debe estancarse en el sindicalismo y no puede producir sino una conciencia pequeño-burguesa.<sup>19</sup> Es el partido lo que permite comunicarse a la clase obrera con la clase obrera, lo que hace posible su identificación como conjunto y lo que permite la inserción o fusión del impulso espontáneo de la clase con el socialismo científico. Por eso no existe una verdadera conciencia de clase sino en el partido; el partido *es* la clase para sí.

Las fracciones de la burguesía realizan su unidad como clase dominante en el seno del Estado burgués, a diferencia del proletariado. El Estado es su comité unitario y esto es lo que explica la escasa importancia de las luchas políticas electorales entre partidos que representan solo a zonas diferentes de la misma clase (como Estados Unidos)<sup>20</sup> y también, de algún modo, la inestabilidad tradicional del poder político en los países atrasados: aquí,

<sup>17</sup> K. Marx y F. Engels, *Manifiesto Comunista*.

<sup>18</sup> Louis Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, [Medellín], Cuadernos La Oveja Negra, 1971.

<sup>19</sup> Lenin, *¿Qué hacer?...*; pero también en otros textos.

<sup>20</sup> Véase Miliband, *op. cit.* Lo mismo ocurría en el Uruguay antes de que entrara en crisis el sistema liberal.

los sectores dominantes, sea por la presencia del imperialismo, sea por las grandes diferencias que tienen entre sí por el abigarramiento de su formación social, no logran crear ese «comité para arreglar los asuntos comunes» de la clase dominante. En los países desarrollados, en cambio, es tan profundo el acuerdo en torno a la necesidad de que ese «comité» exista que el Estado puede realizar los fines históricos de la burguesía aun en contradicción con los intereses inmediatos de la burguesía de carne y hueso.<sup>21</sup>

## Doble autonomía del Estado

Tenemos pues una doble autonomía del Estado. De un lado, su autonomía relativa respecto de la base económica; por el otro, la que se produce respecto de la propia clase dominante en el seno del Estado capitalista avanzado. Para el marxismo, la superestructura jurídico-política debe corresponder al grado de desarrollo de las fuerzas productivas; pero si el poder político solo fuera el fenómeno de la base económica, si solo la expresara mecánica y automáticamente, no habría necesidad de la revolución o la revolución ocurriría de hecho. La réplica o retorno de la superestructura sobredetermina a la base económica y acelera el desarrollo de las fuerzas productivas<sup>22</sup> pero su eficacia depende del momento histórico, que es el que da mayor o menor validez a una región determinada de la estructura social.

El socialismo, por ejemplo, no preexiste a la dictadura del proletariado, aunque la producción ya se ha socializado en gran medida en el capitalismo pero es, en cambio, la dictadura del proletariado la que construye el socialismo. Este desarrollo no paralelo o incorrespondiente o quebrado es el que explica por qué un modo de producción puro, como el inglés, pudo dar lugar a una superestructura jurídico-política impura en Inglaterra y cómo, sin embargo, en Francia una superestructura en la que el triunfo de la burguesía fue masivo no alcanzó sino a crear un tipo de desarrollo capitalista con importantes supervivencias o resacas de la pequeña producción mercantil.<sup>23</sup>

En la autonomía relativa del Estado capitalista avanzado es donde mejor se realiza el trabajo de la burocracia moderna que, a su vez, se mueve con gran comodidad en el escenario que le da la separación de poderes. La impersonalidad de las decisiones, que es un afán tan característico de la burocracia actual, se realiza así mejor que nunca. El Estado capitalista, como es natural, conserva su unidad teleológica de clase por medio de la supuesta independencia de la burocracia, por medio de la separación de los poderes, por medio de la presentación exitosa de la ideología burguesa como el orden lógico y permanente de las cosas.

<sup>21</sup> Es el caso de Roosevelt, por ejemplo, citado por Miliband.

<sup>22</sup> Louis Althusser, *La revolución teórica de Marx*, 6ª ed., México DF, Siglo XXI Editores, 1971.

<sup>23</sup> Cf. Nicos Poulantzas, *El marxismo en Gran Bretaña...*

Estos supuestos, extensamente descritos para el caso de los Estados capitalistas avanzados, resultan ilustrativos por demás para entender qué es lo que sucede en el Chile de hoy.

## Los «partidarios del Estado» en Chile

Pongamos el ejemplo del ejército, aquella suerte de burocracia especial en la que se concentra o condensa el aparato represivo del Estado. El ejército en Chile no actúa en política, por lo menos inmediatamente. Aun así, hay que distinguir entre el ejército como fuerza-testigo y el ejército en actividad, como se lo vio durante la llamada crisis de octubre.<sup>24</sup> ¿Cuál era el tipo de racionalización dentro del que actuó entonces? O, para decirlo de otro modo, ¿a quién se dirigió entonces —y se dirige ahora— el sistema de obediencia del ejército?<sup>25</sup> ¿Es que actuó entonces como actuó porque los oficiales habían resuelto adoptar como suyo el programa de la Unidad Popular? Puede ser que tal ocurriera con algunos sectores; como institución misma, empero, el ejército actuó en la crisis obedeciendo al Estado, no importa quién estuviera en ese momento designado como soporte de los órganos estatales. En esto consiste el sentimiento institucionalista del ejército chileno.

De un modo menos flagrante, es lo mismo que ha ocurrido con la Contraloría o con el Tribunal Constitucional, que son instancias estatales características del sistema chileno. El gobierno de la Unidad Popular *logró* en ciertos casos que la Contraloría o el Tribunal Constitucional se pronunciaran en favor de sus puntos de vista. Pero es algo que, en rigor, se logró, algo que se obtuvo. De ninguna manera estas, que son verdaderas instancias arbitrales entre los poderes del Estado (y de hecho más próximas a la ideología oficial del Estado chileno, que es la burguesa, que a la ideología del proletariado), actuaron obedeciendo al ejecutivo. Había aquí un mecanismo en funcionamiento que solo se puede explicar si se lo vincula con la particular evolución histórica del Estado chileno. Es un hecho efectivo que estas instancias arbitrales, cuando se pronunciaron en favor de algún punto de vista del gobierno popular, no lo hicieron por razones ideológicas.

Cuando el ejército acata las disposiciones del Ejecutivo, está acatando al Estado al que se le ha llamado a conservar. La autoridad estatal está

<sup>24</sup> El ejército encaró la crisis de octubre, que era un masivo acto de resistencia al gobierno de Allende, sin vacilaciones, en cuanto se sentía parte natural del orden estatal. Eso favoreció a la Unidad Popular pero también expresó ciertas tendencias bonapartistas que nacen del fondo mismo del Estado en Chile.

<sup>25</sup> ¿Cuál es, por ejemplo, la ideología del ejército en Bolivia? Sin duda el anticomunismo, aunque dentro de los marcos dados por 1952. Para el ejército chileno, la existencia del Estado parece ser un dato más poderoso que cualquier llamado ideológico.

realizada aquí en un sentido moderno, como una relación impersonal y transprogramática. Este es, precisamente, el grado en el que existe en Chile la llamada autonomía relativa del Estado.

Se trata, sin duda, de un caso directo, de un ejemplo típico. Pero ¿en qué sentido debe entenderse esta cuestión de la autonomía relativa del Estado, que ha sido desprendida de la historia de los países avanzados, en un país subdesarrollado como Chile? Es un problema que no deja de tener sus propias paradojas.

## El marxismo, acerca del Estado

Marx escribió que «tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de “sociedad civil”, y la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía».<sup>26</sup> Para él, «el modo de producción de la vida material determina el proceso de la vida social, política y espiritual en general».<sup>27</sup>

Era fácil que una exégesis vulgar de esas tesis de Marx se derivara en un mecanismo cuyo resultado final no podía ser sino la supresión o la postergación de la política. Por eso Engels protestó contra «la engañosa noción de los ideólogos que sugiere que, porque nosotros negamos un desarrollo histórico independiente de las diferentes esferas de la ideología, negamos también todo efecto de ella sobre la historia. La base de esto es la vulgar concepción antidialéctica de la causa y el efecto como polos rígidamente opuestos, la total omisión del concepto de interacción».<sup>28</sup>

Como era ostensible, si la determinación de la base económica sobre la superestructura jurídico-política fuera tan fatal, permanente ineluctable, habría bastado con esperar a que ella se desarrollara y manifestara por sí misma en la superestructura. Los sujetos históricos no serían sino guiñoles de los hechos económicos. Las cosas no eran tan sencillas y Engels las vio con claridad: «¿Por qué luchamos por la dictadura política del proletariado si el poder político es económicamente impotente? ¡La fuerza (esto es, el poder estatal) es también un poder económico!»<sup>29</sup>

---

<sup>26</sup> Cf. *Introducción general a la crítica de la economía política*, 1857.

<sup>27</sup> *Ibidem*.

<sup>28</sup> Cf. Carta de Engels a Franz Mehring, datada en Londres el 14 de julio de 1893.

<sup>29</sup> Cf. Carta de Engels a Conrad Schmidt, datada en Londres el 27 de octubre de 1890.

Marx fue todavía más lejos. En *El 18 Brumario* expone cómo el Estado se independiza de las fracciones de la clase dominante. «La República parlamentaria era algo más que el terreno neutral en el que podrían convivir con derechos iguales las dos fracciones de la burguesía francesa, los legitimistas y los orleanistas, la gran propiedad territorial y la industrial. Era la condición inevitable para su dominación en común, la única forma de gobierno en que su interés general de clase podía someter a la par las pretensiones de sus distintas fracciones y las de las otras clases de la sociedad».<sup>30</sup>

Definición esta conforme en todo con la del *Manifiesto comunista*. Pero después interpreta el papel de Luis Bonaparte en la modernización total del Estado francés: «Bajo la monarquía absoluta, bajo Napoleón, la burocracia no era más que el medio para preparar la dominación de clase de la burguesía. Bajo la restauración, bajo Luis Felipe, bajo la República parlamentaria, era el instrumento de la clase dominante, por mucho que ella aspirase también a su propio poder absoluto. Es bajo el segundo Bonaparte cuando el Estado parece haber adquirido una completa autonomía»,<sup>31</sup> aquella «centralización del Estado que la sociedad moderna necesita».<sup>32</sup>

Con este proceso, el Estado capitalista avanzado adquiere una autonomía relativa cada vez mayor no solo en relación con su base económica (lo que no requiere demasiado, porque ya está de acuerdo con su base económica) sino en relación con las propias clases dominantes. Las características de la burocracia moderna que Weber describe creando «un sistema prácticamente indestructible de relaciones de autoridad»,<sup>33</sup> por ejemplo, son las que corresponden a este aparato que, sirviendo finalmente a los intereses de una clase y obedeciendo en último término a la determinación económica de la base, sin embargo tiene un conjunto de mediaciones que responde a la autonomía relativa de las instancias de la estructura, que ha sido estudiada tanto en su aspecto filosófico general como en el especial.<sup>34</sup>

## El episodio superestructural en la teoría del país atrasado

Todo esto no es ninguna novedad. ¿Por qué importa, empero, recapitular estos esclarecimientos del marxismo moderno en relación con un país subdesarrollado como Chile y su «momento actual»? Porque la determinación *en último término* de la base económica sobre la superestructura política es algo que ocurre de un modo mucho más inmediato en una formación social atrasada: aquí el Estado no tiene las astucias que en un país avanzado.

<sup>30</sup> Cf. *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*.

<sup>31</sup> *Ibidem*.

<sup>32</sup> *Ibidem*.

<sup>33</sup> Max Weber, *The Theory of Social and Economic Organization*, Nueva York, The Free Press, 1964.

<sup>34</sup> Sobre todo en Althusser.

En esta suerte de países, en efecto, dicha autonomía relativa que los sociólogos del mundo desarrollado describen morosamente o existe poco o no existe en absoluto. Aquí, la clase dominante ejerce directamente el poder, *manu propria*. Eso mismo, cuando puede hacerlo. En realidad, en una semi-colonia, la continua interferencia externa del imperialismo impide incluso la consolidación de una clase dominante interna. Pero aun si el escenario de la construcción de la dominación quedara fuera de la órbita imperialista, los sectores potencialmente dominantes difícilmente tienen el mismo grado de modernidad (corresponden a modos de producción diferentes) y, por consiguiente, tampoco crean fácilmente su «comité para el arreglo de sus asuntos comunes». ¿De qué autonomía relativa podemos hablar aquí? Los expertos norteamericanos suelen trabajar prácticamente en la misma oficina que los ministros latinoamericanos. Los ejércitos tienen su propia constante guerra civil interior y la burocracia sencillamente no tiene más duración que la del gobierno que la designa. ¿Qué tiene esto que ver con la «era burocrática», con el «proceso de burocratización en la civilización occidental»,<sup>35</sup> sobre los que escribió Weber? A lo sumo se trata de un reparto en especie del aparato estatal entre los extranjeros imperialistas y la oligarquía lugareña.

El estudio del episodio superestructural y, más propiamente, de la cuestión del Estado dependiente suele omitirse de hecho dentro de la teoría del subdesarrollo, aunque debería ser un núcleo explicativo. Es toda una tendencia a describir el hambre crónica o la baja productividad en la agricultura o la industrialización disminuida o la hipertrofia del sector terciario o el crecimiento demográfico y las grandes desigualdades sociales pero omitiendo la causa-efecto fundamental del atraso moderno que es la cuestión del Estado, es decir, el carácter tardío de las burguesías de la periferia y por consiguiente el carácter tardío asimismo de su Estado, la forma de la disposición del poder político.

Se sabe, sin embargo, qué es lo que sucede con el Estado subdesarrollado (por llamarlo así). Es un aparato incoherente o inadecuado para realizar no solo una verdadera política de crecimiento económico sino cualquier tipo de política autónoma. No es soberano y, por tanto, hay una ruptura ontológica porque la soberanía es el Estado y al revés, el Estado es la soberanía. Se trata entonces de un remedo, que no sirve sino para repetir o reproducir la línea de la decisión política central, que está localizada en otro Estado, en el Estado imperialista. Por eso se estuvo tan cerca del poder dual en Bolivia del 52; porque, aunque ni la burguesía ni el proletariado habían madurado realmente, el proletariado tenía que encararse no con un ser sino con una prolongación (hablando en términos estatales).<sup>36</sup>

---

<sup>35</sup> Weber, *op. cit.*

<sup>36</sup> Prolongación del imperialismo. Patiño no era otra cosa, ni Hochschild ni Aramayo. De ninguna manera construyeron una burguesía local; por el contrario, ellos se hicieron parte de la burguesía inglesa o de la norteamericana, etc. Eso es lo que se llamó «rosca» en Bolivia.

Es un problema rotundo. ¿Cómo encarar la modernización desde una máquina administrativa que está edificada en formaciones obsoletas o caóticas de poder o que no ha recibido sino de un modo difuso y contradictorio aspectos de las instituciones políticas existentes en los países desarrollados? Un Estado subdesarrollado no puede producir, normalmente, sino una débil política económica y está obligado, en cambio, a recibir condicionamientos externos a él, sin mayores posibilidades de transformarlos en su favor. Depende de un mundo cuya influencia o invasión no es capaz de controlar sino a través de una respuesta patética. Su vida no puede desarrollarse normalmente; si quiere hacerlo, se ve obligada a desarrollarse violentamente, con algún grado de agresividad práctica.

Es un círculo vicioso que resulta clásico: la falta de una decidida política económica tampoco da lugar a la modernización del Estado y la ineficacia del Estado no permite la existencia de una resuelta política. Este es un hecho que tiende a ser obviado como si el subdesarrollo existiera solamente al nivel de la infraestructura. Pero las cosas son al revés. El Estado es el principal obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas en los países atrasados y la cuestión de la formación del Estado en las colonias, ex colonias y semicolonias está lejos de ser una cuestión secundaria. Los economistas tienden a ver solo como economía una economía que en realidad fracasa como política, como poder político.

## Unificación e independencia en la base económica

Veamos cómo se concreta la cuestión de la doble independencia del Estado. En primer término, en relación con la base económica. Cuando se habla de formación social con un modo de producción dominante dentro de ella, parecería que se está describiendo una forma redonda y ya lograda de unidad interna de la sociedad. Es una descripción estática, pedagógica. En la articulación, como es lógico, tanto el modo de producción dominante influye sobre los demás como los demás sobre el modo de producción dominante. De otra manera, si el modo de producción dominante lo fuera absolutamente, entonces la unidad ya se habría producido. Influyen unos en otros pero también luchan entre sí y se interparalizan.<sup>37</sup> Lo que se llama unidad del Estado o centralización en realidad solo se realiza completamente cuando el modo de producción capitalista ya se ha impuesto a plenitud. O sea, de todos modos, algunas de las tareas democrático-burguesas, la principal de las cuales es la unificación, sobreviven mientras dicha unificación no se ha realizado en torno del modo de producción

---

<sup>37</sup> Los modos de producción, en efecto, no simplemente se combinan. Hay una contradicción constante entre ellos y, en suma, una convivencia o coexistencia que quiere desaparecer.



capitalista. Limitar la unificación a los episodios territoriales o culturales es, en este campo, un error enorme. Si la unificación no se produce en la base económica, en realidad no se ha producido del todo todavía. Por consiguiente, aunque la unidad territorial se haya logrado en un país atrasado, sin embargo, mientras subsistan resacas o supervivencias de modos de producción previos, la burguesía no ha cumplido totalmente uno de sus objetivos fundamentales cual es la centralización. Mientras más se demore la unificación, por otra parte, más consistente se hará el abigarramiento, más inextirpable, más difícil la resolución de la cuestión nacional.

### Independencia respecto de la clase dominante

Sabemos, por otra parte, cómo describió Marx la construcción de la independencia relativa del Estado francés. Puesto que la contradicción de poder se daba entre fracciones de la clase dominante, en una sociedad sin dependencia externa (dato fundamental), era natural que llegaran a ponerse de acuerdo o que aceptaran el *fait accompli* de un aparato estatal que, sin representar directamente a ninguna de las fracciones, sin embargo las sirviera a todas en su conjunto, a veces incluso contradiciendo los apetitos inmediatos de alguna de las fracciones de la clase dominante. La independencia en este caso es una prolongación de la unidad del Estado: sirve para consolidarla y desarrollarla.

Las cosas se dan de un modo bastante diferente en un país atrasado. Aquí las tendencias de las fracciones de la clase dominante no son concéntricas; son altamente centrífugas. La burguesía imperialista, extranjera por tanto, no solo no está interesada en la centralización y en la creación de un mercado interno, sino que hace un enclave para servir a su propio mercado, el de la metrópoli. La burguesía intermediaria sigue esas tendencias. La clase dominante precapitalista o semicapitalista, la oligarquía terrateniente, es contraria a las tareas agrarias de la revolución democrático-burguesa y, por consiguiente, también a la centralización. A lo sumo las débiles burguesías nacionales industriales y el proletariado son las clases que promueven la centralización. No obstante, mientras es casi imposible que aquélla (la burguesía industrial) se desarrolle a plenitud en un Estado que es su enemigo en último término, el proletariado puede realizarse como clase, al margen de la suerte que sigan ese Estado y esa burguesía.

La raíz más frecuente de la inestabilidad política en este tipo de países está, por eso, en las contradicciones irresolubles entre las clases dominantes que están sometidas además (no olvidarlo) a la presión de problemas sociales que no son capaces de solucionar ni en un mínimo. De esta manera, el ejército, por ejemplo, sirve sucesivamente a los terratenientes o al imperialismo; pero, en determinados casos, excepcionalmente, como

consecuencia quizá de sus motivaciones y actividades institucionales (es uno de los pocos sectores que no puede dejar de ser central),<sup>38</sup> puede asumir la tarea de la centralización (sirviendo a las burguesías nacionales, no importa que ellas lo apoyen políticamente o no) y de aquí proviene el carácter relativamente progresista de las experiencias bonapartistas en los países atrasados. Por el carácter de la formación social de estos países, dichas experiencias, sin embargo, difieren de hecho del bonapartismo clásico y tienen sus propias imposibilidades.

A reserva de su propio juego de matices, la base económica determina directamente (y no solo en último término) el carácter del Estado en un país atrasado. La superestructura jurídico-política aquí no es autónoma de la infraestructura y, en cambio, la corresponde. Sin embargo, puesto que de todas maneras hay un sector más moderno en la formación social (la pequeña fracción capitalista que, sin embargo, ha logrado un resquicio en la dominación imperialista), se dan intentos de modernización esporádicos, como los intentos bonapartistas o semibonapartistas.

## Autonomía del Estado en Chile

Se trata de un conjunto de características que son más o menos una norma en lo que se refiere a la superestructura política de un país atrasado. Pero es algo que, como todo, tiene sus excepciones. Chile es una de ellas.

En efecto, una conocida dificultad en el estudio de los países subdesarrollados es su diversidad. En esta materia se puede decir que el atraso es la heterogeneidad y el desarrollo la homogeneidad.<sup>39</sup> Es un hecho fácilmente comprobable. Hay países subdesarrollados que son estables en su política, aunque la mayor parte de ellos no lo son; se puede mantener el carácter de país subdesarrollado aunque se disponga de ciertos indicadores propios de los países desarrollados (en alimentación, en salud, etc.); suele haber una industrialización importante en el seno mismo del subdesarrollo (la industrialización dependiente) y, en fin, es posible afirmar en conjunto que cada país subdesarrollado es un caso aparte. Lo que conocemos como modelo de país subdesarrollado es algo que solo existe en forma ocasional.

---

<sup>38</sup> La sola existencia del ejército, tomado como hecho «nacional», es antagónica con el feudalismo, con el regionalismo y con toda forma de disgregación de la unidad estatal. Marx, por ejemplo, advertía que «el ejército resultó [en España] el único lugar en que podían concentrarse las fuerzas vitales de la nación española». También habla de «la guerra de la independencia contra Francia, que hizo del ejército no solo el principal instrumento de la defensa nacional sino también la primera organización revolucionaria y el centro de la acción de esa naturaleza en España». Véase *Revolución en España*, Caracas, Ariel, 1960.

<sup>39</sup> Nos referimos a lo siguiente. Cada país atrasado tiene más acentuadas ciertas características del subdesarrollo. Como resultado, el aislamiento y la diferenciación son muy grandes entre estos países. Los indicadores económicos son, en cambio, típicos o estándar entre los países industrializados.

Chile demuestra que, en un país atrasado, que acumula prácticamente todos los indicadores que corresponden a la noción del subdesarrollo (aunque de un modo atenuado),<sup>40</sup> sin embargo el Estado puede ser un aparato bastante moderno, aunque la estructura económica y social siga siendo subdesarrollada.

Chile es pues, en este sentido, una excepción, porque no hay muchos países subdesarrollados que tengan un Estado como el suyo, y su carácter corresponde al de la diversidad esencial del mundo subdesarrollado.

El Estado de Chile es moderno (en la autonomía o ratificación en el tiempo de su burocracia, en el desprendimiento o estatalismo de su ejército, burocracia especial, en el modo de funcionamiento del equilibrio y la separación de los poderes, en la incorporación de las contradicciones externas a la autoridad al aparato del Estado, que es también un modo de difusión o disolución de su existencia como antagonismo) pero su economía no lo es sino en aspectos delimitados, por enclaves. Eso es resultado de una historia formal-institucional notable sin atenuante. Lo que se llama la historia de Chile es en realidad la historia de su Estado; tan importante es la constancia y la transformación de la autoridad, de la mutación de la autoridad y de la localización de la autoridad en el desarrollo de la sociedad chilena. El sobre-desarrollo del Estado como aparato, devorando, arrastrando o por lo menos condicionando las vías de desarrollo de las fuerzas sociales que debían determinarlas, si la relación base-superestructura hubiera sido rutinaria o lineal, es algo que pertenece a la originalidad de esta historia. Sobre los orígenes empíricos de este complejo sociológico se puede hacer algunas inferencias<sup>41</sup> pero ellas no son necesarias para la deliberación acerca de Chile como «Estado actual». En cualquier caso, es debido a esta causa el que la economía de Chile se parezca a las de los demás países latinoamericanos (sobre todo a las de los más avanzados) pero su aparato estatal no.

## Sobredesarrollo estatal chileno

Deben subrayarse dos hechos: primero, que la originalidad o excepcionalidad del subdesarrollo chileno consiste en que aquí la autonomía relativa del Estado ha sido realizada en un grado superior al promedio de los países periféricos del mundo, o sea que hay un sobredesarrollo estatal e

<sup>40</sup> En cuanto a ingreso *per capita*, tasa de incremento demográfico, distribución del ingreso, etc.

<sup>41</sup> No es imposible que el temprano desarrollo del esquema autoritario en Chile tenga que ver en su origen con las necesidades que resultaban de la larga guerra contra los araucanos. El ser una tierra de frontera requería el desarrollo de los instrumentos de una defensa común. Posteriormente, en la sustitución de las exportaciones de trigo por las de salitre o en la industrialización en el siglo XX el mismo Estado desempeñará un papel relevante. Las respuestas a los desafíos recibidos son las que se traducen en el itinerario institucional del país.

institucional en Chile. Como la autonomía relativa del Estado es algo que corresponde a una fase específica del capitalismo de las naciones centrales, el hecho es tanto más llamativo por cuanto sucede en el seno de una sociedad dependiente. En segundo término, que la práctica de la separación de poderes llevada hasta su consecuencia última es, al mismo tiempo, un escenario de manifestación de la lucha de clases y un freno a su plena expresión, considerando que ella (la separación de poderes) es una aplicación en la realidad formal de la autonomía relativa del Estado de Chile.

Es una aseveración que debe formularse con más extensión. Ella sigue existiendo, desde luego, dentro de las reglas de relación base-superestructura. Está claro que esta, la superestructura, en realidad solo prolonga la condición de la base; incluso cuando se independiza de ella, en cierta medida es solo para mejor expresarla (negándola mecánicamente en un instante, la expresa, la realiza y prolonga en su cualidad en el *largo plazo* dentro del que debe enjuiciarse esta relación),<sup>42</sup> para realizarla en su ultimidad.

Se sabe en cambio que, si el análisis estanca su objeto en el momento de la coyuntura (no en el largo plazo o totalidad del análisis del tiempo), la superestructura no siempre está en el mismo nivel de desarrollo que la base económica. A veces está delante de ella y a veces detrás de ella. En el caso de Chile, tradicionalmente por delante de la base económica, falsamente más perfecta que la base a la que debía corresponder, por la excepcionalidad de su formación social. Hasta Allende, esta distancia o delantera del Estado tenía una meta conservadora; servía sobre todo para sobrevivir como distancia tal; el objetivo del Estado burgués chileno era absorber, con las astucias de su mayor modernidad, las circunstancias del atraso objetivo de su *sociedad civil*.<sup>43</sup> Es pues un tipo de discrepancia entre una instancia y la otra muy diferente de la que se produce, por ejemplo, en el caso de la dictadura del proletariado, cuando el poder político (que es también un poder económico, como dictaminó Engels) transforma desde arriba, puesto que ya está resuelto o definido, una base económica que ha quedado rezagada con relación a él. Una gran diferencia, sin duda, una diferencia óptica entre el Estado burgués y el Estado proletario. El objeto de aquél es la ratificación y la reproducción de las relaciones de producción existentes;<sup>44</sup> el objeto de la dictadura proletaria es precisamente el opuesto.

---

<sup>42</sup> Es algo que se refiere al «tiempo» de un Estado: el periodo de la determinación no puede ser fijado en relación con el momento actual o incidente o coyuntura sino en consideración de toda una fase histórica. Por el contrario, la sobredeterminación pertenece a los periodos o momentos excepcionales de una sociedad.

<sup>43</sup> El papel de CORFO en la industrialización de Chile demuestra este rezagamiento de la economía con relación al Estado.

<sup>44</sup> Cf. Althusser, *Ideología...*

## Papel de la superestructura en el modelo chileno

El propio éxito en el desarrollo formal de un Estado como aparato (su desarrollo democrático-liberal) puede impedir la concentración del poder político, imponer que sea equívoco y no unívoco, como instrumento técnico de la mediatización de la lucha entre las clases. Se puede decir lo mismo de otra manera: el precoz triunfo formal del aparato estatal burgués puede incluso impedir la realización de una tarea fundamental (y no formal solamente) de la burguesía organizada como Estado, que es la centralización. En todo caso, el desarrollo institucional formulado a la manera de Chile como espécimen histórico impone que los órganos de poder y los soportes pertinentes no correspondan a un solo poder político. Montesquieu se convierte en un instrumento de la independencia del Estado, fenómeno que no había previsto ni remotamente, como es natural.

En Chile, los aspectos formales del Estado democrático-burgués están considerablemente desarrollados. La más visible consecuencia presente de este marco objetivo se advierte en la paradoja de que la Unidad Popular pueda a la vez ocupar el núcleo del aparato estatal, el Ejecutivo, sin abarcar tampoco por eso el poder del Estado propiamente, como conjunto y ni siquiera la totalidad de su aparato. En la nomenclatura política local se dice, por eso, que se ha conquistado el gobierno (es decir, el aparato, la fase principal del aparato) y no el poder: que la conquista del poder es una fase que se realiza recién ahora, *a posteriori*.<sup>45</sup> Normalmente, empero, el gobierno debe ser el poder del Estado en movimiento, su modo de aplicarse o insertarse o identificarse en el objeto político de la realidad. Pero también el gobierno o aparato puede ser un lujo o desinhibición que pueda permitirle a sí mismo el poder del Estado, un símbolo de su invulnerabilidad, en la certeza de que los términos finales del poder de clase no serán sustituidos.

Se supone sin duda que, en determinado momento el segmento de poder que está ahora en manos de la izquierda se comunicará hegemónicamente con todos los demás, que ahora lo contradicen. Ahora bien, lo normal (para volver a usar este término) es que la política económica sea posterior al poder político, vale decir, que la plenitud del poder político se exprese en una política económica, que no es sino la práctica del poder del Estado en el ámbito de las relaciones de producción. En la mayor parte de las experiencias socialistas del mundo, la solución de la cuestión del poder fue previa en absoluto a la decisión de la política económica. Puede decirse que, entonces, un poder ya definido intentó en esos casos incluso

---

<sup>45</sup> «El pueblo ha conquistado el gobierno, que es una parte del poder político. Necesita afianzar esta conquista y avanzar todavía más, lograr que todo el poder político, que todo el aparato estatal pase a sus manos». En el Informe al Pleno del CC del Partido Comunista, en noviembre de 1970. Citado por Ramos, *op. cit.*

varios tipos de política económica. Los bolcheviques lanzan la NEP porque su poder ya está previamente definido. No lanzan la NEP para perfilar su poder político sino que están en condiciones de lanzar aun un esquema de política económica como la NEP porque la disposición del poder es algo que se ha hecho anteriormente indisputable.

Ése no es el caso del Chile actual. En la experiencia del lugar, no hay duda de que la política económica ha sido planteada como una de las vías de la construcción del poder político o, por lo menos, como su extensión y confirmación.<sup>46</sup> La política económica, por otra parte, intenta a la vez utilizar los medios propios del tipo de Estado existente en Chile (preexistente a la Unidad Popular, no creado por ella) pero no al servicio de ese Estado sino para sustituirlo o transformarlo hasta el momento en que la transformación sea el equivalente de una sustitución. Se sigue esa modalidad pero no con la intención de mantenerla: «Trátase de usarlo [el gobierno] para destruir el sistema que con él se buscaba administrar».<sup>47</sup> Este proyecto de superestructura jurídico-política debe actuar sobre la base económica antes de haber resuelto sus propios problemas, sus conflictos y alternativas interiores como instancia. Se supone que después la base económica rebotará determinando la sustitución o el cambio de las relaciones en la superestructura. Esto es, en suma, lo que se ha venido a llamar la vía chilena.

## Chile de 1973, Alemania de 1895

A estas alturas está clarísimo el grado en que tal situación está más cerca de Montesquieu que del Lenin de las «Tesis de abril»; que se inserta mejor en las leyes del Estado capitalista avanzado que en las del poder dual ruso de 1917. Tampoco cabe, sin embargo, razonar en el sentido de que se trata, por ello, de una proposición heterodoxa en esencia en relación con la tradición marxista. No solo porque el marxismo es una guía para la acción (y no una *summa theologica*, como se dice) sino porque existen antecedentes concretos en el propio marxismo que avalan la posición de los actuales izquierdistas chilenos. Por ejemplo, en el prólogo de Engels de 1895 a *La lucha de clases en Francia* se dice que «con este eficaz ejemplo del sufragio universal [es decir, de la legalidad burguesa avanzada] entraba en acción un método de lucha del proletariado, totalmente nuevo». Que entonces «se vio que las instituciones estatales en las que se organiza la dominación de la burguesía ofrecen nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra estas mismas instituciones... Y así se dio el caso de que la burguesía y el gobierno llegasen a temer mucho más la actuación legal que la actuación

<sup>46</sup> Tesis desarrollada sobre todo por Pedro Vuskovic en sus principales actuaciones políticas.

<sup>47</sup> Ramos, *op. cit.*

ilegal del partido obrero, más los éxitos electorales que los éxitos insurreccionales». <sup>48</sup> Engels dice además que «la ironía de la historia universal lo pone todo patas arriba. Nosotros, los “revolucionarios”, los “elementos subversivos”, prosperamos mucho más con los medios legales que con los medios ilegales y la subversión. Los partidos del orden, como ellos se llaman, se van a pique con la legalidad creada por ellos mismos». <sup>49</sup>

Vamos a aceptar, para el uso de la exposición solamente, la hipótesis de que, en cuanto a su desarrollo democrático burgués, la Alemania de 1895 se parece al Chile de hoy, en la medida en que una cosa puede parecerse a otra en la historia. Con todo, no se puede dejar de tener en cuenta que el ascenso electoral de la socialdemocracia alemana no condujo a la construcción del socialismo; por el contrario, con ella, el poder estatal burgués de Alemania se apoderó de toda la sociedad alemana y se vio allá, ejemplarmente, que usar los métodos ajenos implica el riesgo inmediato de incorporarse a ellos. El remate fascista del proceso alemán no puede ser explicado como una mera catástrofe táctica.

Sin embargo, no faltan ciertos argumentos que favorecen los términos del esquema chileno. Mientras en Alemania la construcción de la independencia del Estado correspondía a la índole de su base económica, de su ascenso capitalista, aquí en cambio las cosas suceden al revés. En Chile, la independencia del Estado es una anomalía, una excepción, un postizo histórico: no corresponde a un gran desarrollo capitalista de su economía. Eso podría significar, en un plan de razonamientos optimistas, que aquella falsa autonomía del Estado es, en último término, realmente una pura superestructura que es dable utilizar sin peligro de que ella devore a la izquierda; que la derecha, puesta ante una *situación esencial*, echará por la borda ese lujo o retórica (sus mentiras egregias), que no correspondía al carácter atrasado y dependiente del capitalismo en Chile. La izquierda en ese sentido representaría la verdad de carne y hueso de la sociedad chilena, el descontento de sus clases fundamentales; la derecha, entre tanto, no se fundaría sino en un hueco: el aparato estatal hipertrofiado y la fuerza de una ideología largamente implantada, una alienación que fue exitosa hasta hoy pero que no tiene por qué serlo indefinidamente.

Si las cosas siguieran ese camino, la legalidad se tornaría, en efecto, algo ya obsoleto e inservible para la derecha, sería posible que ellos, los partidos del orden, «se vayan a pique con la legalidad creada por ellos mismos» y que, en cambio, la clase obrera pueda intentar con éxito el uso

---

<sup>48</sup> En su larga introducción a *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, suscrita en Londres el 6 de marzo de 1895.

<sup>49</sup> «Se vio que las instituciones estatales en las que se organiza la dominación de la burguesía ofrecen nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra estas mismas instituciones». *Ibidem*.

de la legalidad o la transformación interna del Estado burgués en un régimen estatal proletario. No obstante, nosotros consideramos que la lucha de clases se está dando en Chile de un modo más premioso al nivel de la superestructura misma y que hay latentes tendencias bonapartistas en el interior del Estado chileno, que surgen del corazón de su historia y que son probablemente más poderosas que lo que haya en él como germen o tendencia hacia un Estado obrero. En todo caso, esto es lo que queda del planteamiento de Ramos acerca de una presunta «dualidad de poderes» dentro del actual Estado chileno.

### Refutación del poder dual considerado como fase necesaria

La cuestión de la dualidad de poderes en Chile se ha planteado el asunto, también, sea como una reticencia («todavía no hay una dualidad de poderes»)<sup>50</sup> o como consigna («construyamos la dualidad de poderes»). En ambos casos, parecería estar presente el concepto de que la dualidad de poderes es una *fase necesaria* entre el Estado burgués y el Estado proletario, de la misma manera en que la dictadura del proletariado es una fase necesaria entre el capitalismo y el socialismo. Es obvio que se trata de una concepción que sigue los lineamientos de la teoría trotskista sobre el poder dual; en el segundo caso, con un añadido voluntarista que no estaba en la exposición de Trotsky.

En realidad, no se puede «decidir» la existencia de una fase de poder dual, así como no se puede resolver que una situación revolucionaria exista. Ambas dependen de los factores objetivos, del desarrollo de las circunstancias materiales del «momento actual». Por ejemplo, un cierto desarrollo de la burguesía y un cierto desarrollo del proletariado (o de las clases equivalentes, si se acepta la tesis de Trotsky) son necesarios para que exista un poder dual; pero es necesario además que ambos desarrollos sean aproximadamente paralelos. Mientras más realizado sea el polo burgués y más poderoso a la vez el polo proletario, más probabilidades hay de que se produzca una fase de dualidad de poderes; se produce el *entrecruzamiento*. Ambas clases aparecen en el escenario de la coyuntura mostrándose aptas a la vez para el mismo poder. Pero se sabe que no es suficiente que haya una débil burguesía para que exista un poderoso movimiento obrero. El poder del movimiento,<sup>51</sup> a su

<sup>50</sup> En una discusión dispersa estas tesis figuran por ejemplo en los artículos «Los demonios burocráticos» de José Valenzuela (*Chile Hoy*, 20 de julio de 1972), «Acerca de demonios y tesis falaces» de Sergio Ramos (*Chile Hoy*, 27 de julio de 1972), «La Asamblea Popular de Concepción» de Marta Harnecker (*Chile Hoy*, 7 de noviembre de 1972), «Dos líneas políticas y el Estado ¿burgués?» de Cristina Hurtado, en el mismo número, y «Los comandos comunales y el problema del poder» de Marta Harnecker (*Chile Hoy*, 14 de diciembre de 1972).

<sup>51</sup> Entendiendo por tal el movimiento espontáneo de las masas y su cotejo con el grado de existencia del partido proletario.



vez, no depende sino de un modo lateral del número de los proletarios y del desarrollo industrial de un país. Tampoco el movimiento obrero es débil solo porque la burguesía es débil asimismo, ni es débil siempre porque la burguesía sea fuerte. Si el poder burgués es eficiente, extinguirá el embrión de poder obrero en el principio, *ab ovo*. No habrá dualidad de poderes ni nada parecido; simplemente, habrá una exitosa revolución burguesa y democrática.

Pero también puede producirse el derrumbe (literalmente, un derrumbe interno, una inexistencia o desaparición política fulminante en el momento decisivo) de uno de los polos, como consecuencia de su insuficiente desarrollo, de su falta de bases mínimas materiales e ideológicas para su existencia, antes aun de que llegue a desarrollarse la situación revolucionaria que dé lugar a la dualidad de poderes. El poder dual se resolvería entonces antes de existir, moriría en su propia raíz, se decidiría el mismo momento en que quiere pronunciar su existencia o antes aun de existir formalmente.

El imperialismo ni es capaz ni está interesado en la realización de las tareas burguesas internas de un país. A lo sumo genera, en la medida en que es absolutamente dominante, una feble burguesía intermediaria, incapaz de construir ese conjunto de mitos, persuasiones y convicciones masivas sin los cuales no existe el aparato ideológico del Estado moderno.<sup>52</sup> Pero la dificultad de la burguesía en la elaboración de su existencia (causada por el imperialismo) no se presenta de igual manera con relación al proletariado; este puede desarrollarse con los mismos obstáculos que tendría que encarar si tuviera que enfrentarse con su «propia» burguesía.<sup>53</sup> En tales países, por eso, el proletariado puede convertirse a la vez en el sujeto histórico de la revolución burguesa y de la revolución proletaria, que no devienen por tanto sino fases o etapas en el seno de una sola estrategia socialista. El «derrumbe interno» de esa burguesía, en la crisis nacional general, no da lugar a la dualidad de poderes sino que la clase obrera contiene en su interior dos tipos de revoluciones en vez de una. Este es el concepto de la revolución ininterrumpida, que está presente a todo lo largo de la obra de Lenin.

La dualidad de poderes no existe pues necesariamente y en todos los casos; se produce solamente allá donde, en el momento de la crisis histórica, las clases básicas se ven obligadas a aceptar una fase de poder dual porque no han podido imponer al punto su propio poder global. Es una falacia hablar por eso, en general, del poder dual como de algo que deba existir necesariamente en cierto momento; es una falacia, asimismo, hablar de su construcción imprescindible, como pródromo del poder global. Una

---

<sup>52</sup> Hablamos, como es natural, de un país atrasado.

<sup>53</sup> Hay una medida, en efecto, en que es una ventaja enfrentarse con el imperialismo y no con una propia burguesía con iniciativas. Los imperialistas, después de todo, no conocen el lugar, se equivocan siempre con relación al país, son débiles aquí donde hasta nuestra debilidad es más fuerte que su fortaleza.

clase muy rezagada, tardía y dependiente puede ser incapaz incluso de plantearse un proyecto de su propio Estado y puede perecer políticamente antes de hacerlo. Las clases, en efecto, suelen derrumbarse por sí mismas antes de ser vencidas. Pero *la clase emergente, en cambio, debe preocuparse de la construcción de sus propios órganos estatales, desde el principio, al margen de que en rigor llegue a constituirse un poder dual o no.*

Es evidente que, en el juego de un casuismo puro, se dirá que de todos modos hay «un momento», por lo menos «un instante», en que el poder del Estado no es todavía una exclusividad de nadie. No ha sido tomado del todo todavía por la clase asaltante; no ha sido abandonado del todo por la clase llamada a ser destituida. Pero no se puede sustituir con la formulación de una obviedad lo que se refiere en cambio a la existencia antagónica y paralela de dos Estados en el campo que debe ser de uno. Para eso se requiere (aunque la brevedad en el tiempo es parte del carácter de la figura) que los dos polos existan por lo menos el tiempo necesario para alcanzar su perfil como Estados.



## SEGUNDA PARTE



## IV ALGUNOS PROBLEMAS IZQUIERDISTAS EN TORNO AL GOBIERNO DE TORRES EN BOLIVIA

### Filiación del 7 de octubre

La que describe al 7 de octubre<sup>1</sup> como un acto de poder llevado a cabo por la alianza entre la clase obrera y el nacionalismo militar es una fórmula afortunada. Debemos guardarnos empero de las seducciones (y las simplificaciones) de una fórmula afortunada. La misma palabra alianza sugiere un pacto de voluntades; pero aquí se trató en verdad de un acto unilateral de poder por parte de Torres, un acto de poder que, por otros conceptos, tampoco habría sido posible sin el apoyo espontáneo —asimismo unilateral, por tanto— de los trabajadores.

La necesidad de conseguir una corteza explicativa, aunque para eso se sacrifique a la verdad misma, se ha confabulado con ciertos intereses políticos muy específicos para decir que la izquierda sacrificó a Torres al servicio de sus embelecos, que ofrendó poder de carne y hueso en el altar de sus falsas doctrinas. No hay una sola izquierda en Bolivia, ni en parte alguna que se sepa, y las cosas tienen su propia complejidad, su propio movimiento, de un modo tal que no pueden dar complacencia a los que quieren sustituir la historia con sus propios mitos. Es por eso por lo que resulta tan necesario ahora actualizar el origen, la filiación y la práctica del gobierno de Torres, las modalidades con las que la izquierda recibió este fenómeno de tipo semibonapartista, el carácter de la Asamblea Popular, las alternativas en el desarrollo de las clases a las que respondió y, por último, las circunstancias en que fue vencido un esquema de poder que la izquierda jamás pudo organizar. Es una experiencia rica y a la vez frustránea, característicamente boliviana en la riqueza de su contenido de clase.

Es indudable que el pequeño grupo nacionalista del ejército no habría podido impedir el ascenso de Miranda si no hubiera contado con la

---

<sup>1</sup> De 1970. Ovando es derribado por un triunvirato constituido por los representantes de las tres armas. En un acto político notable, Torres proclama la resistencia a esa Junta, convoca a los obreros y se hace presidente. El triunvirato llega a durar solo unas horas porque la clase obrera sale a las calles.

expectativa del respaldo obrero. No obstante, si la clase obrera hubiera omitido a los militares nacionalistas, no habría podido tampoco por sí misma botar a Miranda. En este sentido, es justo afirmar que una cosa sostenía a la otra, que el ascenso de masas ocurrió bajo la permisión militar y que el nacionalismo militar, que era minoritario, tampoco habría significado mucho si no hubiera tenido la posibilidad de potenciarse en determinado momento con la convocatoria a la clase obrera. Los obreros y los militares siguen siendo los sectores estratégicamente superiores, los grupos decisivos de las luchas sociales.

## Conversión de los oficiales

Torres fue un azar favorable para la izquierda pero no una construcción sistemática y coherente de la izquierda. En lo personal, él venía de una confusa historia. Su concepción de la política era obligatoriamente empírica y se concretó en dos conceptos constantes, que fueron el nacionalismo y el institucionalismo. Es importante, para entenderlo, tener en cuenta sobre todo la religión institucionalista de los oficiales de su tipo. ¿Por qué participa tan resueltamente en el 4 de noviembre, en la creación de la Restauración? Porque el 4 de noviembre era, entre otras cosas, el desquite del ejército, la vuelta de los oficiales. Torres era un seguidor muy próximo de Ovando, desde hacía tiempo, y Ovando era entonces el jefe de los institucionalistas, su estrategia política, el constructor del retorno político del ejército. ¿Por qué se hace después populista? Esto es parte de un hecho social más amplio que es la radicalización de la pequeña burguesía después de la guerrilla de Ñancahuazú y, en esta materia, es importante estudiar el relevante papel que tiene el «estado de ánimo» político de las capas medias con relación al ejército. Los oficiales mismos, de un modo o del otro, aunque sean una burocracia especial, son parte de las capas medias o las capas medias son los estratos a los que ellos pueden referirse con una mayor proximidad. Lo que ocurra socialmente en esas capas ocurrirá después de un modo reconcentrado en el ejército. Esta es la importancia que tienen estos sectores intermedios que, sin existir en la política por sí mismos, son sin embargo el escenario para el desarrollo de la «cantidad» humana de las clases que sí existen por sí mismas, como el proletariado. De todas maneras. Torres (siguiendo a Ovando) se hace restaurador, siguiendo los intereses de su institución; pero, cuando la Restauración trae consigo una extensa impopularidad para el ejército, Torres se hace populista,<sup>2</sup> otra vez

---

<sup>2</sup> Este término, populismo, es utilizado varias veces a lo largo del presente trabajo. Se lo usa no en el sentido de la historia de los partidos rusos sino en el que le dan todos los estudios políticos latinoamericanos. Es una corriente que trata de disolver el concepto concreto de lucha de clases en la inconcreta noción de «pueblo». Así también lo dice Lenin. Por ejemplo, en *Dos tácticas*: «La

en defensa de los intereses de su institución. «No podíamos subir ni a los colectivos», afirmará, cuando se trate de justificar ante los oficiales el nuevo viraje del ejército, las nacionalizaciones, las concesiones a la clase obrera. En medio de todo, como una explicación no pronunciada por nadie, el fantasma del 52. Para los fines que eran servidos por Torres, era preciso que los oficiales, cuyo uniforme los volvía algo así como portadores físicos de una institución entera, pudieran subir a los colectivos sin que los rodeara la respiración del rencor de las gentes. En la construcción de sus motivaciones subjetivas, aquella vieja batalla de abril del 52 abrumaba como una pesadilla a la conciencia de los oficiales. Pesaba lo mismo en el ánimo de los restauradores que en el de los militares populistas, solo que aquéllos querían destruir a sus enemigos y estos querían seducirlos. La pérdida de la paz que había significado para ellos lo del 52 no les permitía comprender las reglas de la guerra verdadera y así vivían como *esprit de corps* lo que en realidad ocurría como posición de clase. Por amor a su cuerpo, Torres se embarcó en una aventura a la que, de otro modo, no habría llegado jamás. En la historia, en efecto, suele suceder que uno vaya donde el camino quiera.

## Perplejidad y diferenciación de la izquierda

Se produce esta transformación en los oficiales del tipo de Torres —un tipo de oficial más sensible que el común, en todo caso— como la decisión de una fracción del ejército al servicio de los intereses del ejército. Ellos consideran entonces que están asumiendo el espíritu histórico del ejército, es decir, sus intereses a largo plazo. Si la presencia de la izquierda influye en ello es solo por inercia; es su peso, la fuerza de su mera existencia lo que hace que los militares más perspicaces se sientan en el apuro de referirse a ella; su fuerza actuará pero no su actividad. La práctica de la izquierda no se dirigía en ese momento al ejército, no lo solicitaba: por el contrario, la izquierda, en esa coyuntura, no podía impedirle ser antimilitarista en uno u otro grado. Torres llega pues como un desafío a la izquierda, a su capacidad de adaptarse en una situación jamás prevista; Torres, en suma, es el ejército tratando de ganar puntos y prestigio ante la izquierda. En cada medida ha de verse después este carácter de su gobierno. La nacionalización de Mina

---

socialdemocracia ha luchado y lucha con pleno derecho contra el abuso democrático-burgués de la palabra “pueblo”. Exige que con esta palabra no se encubra la incompreensión de los antagonismos de clase en el seno del pueblo [...] Divide al “pueblo” en “clases”, no para que la clase avanzada se cierre en sí misma con una medida mezquina, castre su actividad con consideraciones como la de que no vuelvan la espalda los amos de la economía del mundo, sino para que la clase de vanguardia, que no adolece de la ambigüedad, de la inconsistencia, de la indecisión de las clases intermedias, luche con tanta mayor energía, con tanto mayor entusiasmo por la causa de todo el pueblo y al frente del mismo». O también, «la idea de la lucha de clases es reemplazada [en los neoisikristas] por la idea de una revolución popular de toda Rusia».



Matilde es un ejemplo elocuente. Aunque la vinculación con los obreros está a la mano, Torres no discute con ellos el modo de la medida. La deliberación se reserva al gobierno. Tropas del ejército ocupan las instalaciones de la mina y se entrega la medida sorpresivamente, como un obsequio del ejército nacionalista a la clase obrera, el 1 de mayo. Torres quiere mostrar las cosas como si el ejército estuviera liberando a la clase obrera. Después asiste al desfile obrero a ocupar un puesto ganado. Cuando los obreros dejan que Torres y su comitiva se alejen del cuerpo del desfile y marchen solos, como ocurrió a continuación, no estaban practicando un mero acto descortés: estaban asumiendo la diferenciación que Torres mismo había impuesto. Los obreros apoyaban la medida pero era evidente que se trataba de un gobierno que, por lo menos en ese instante, no reclamaba su participación sino su apoyo.

Esta suerte de gestos es característica: Torres nacionaliza, en nombre del ejército y con la mano del ejército, cuando las nacionalizaciones ya significan poco para la clase obrera, cuando se sabe de sus limitaciones y sus imposibilidades.

En efecto, casi diez años después de la nacionalización de las minas en 1952 y después de haber nacionalizado dos veces el 90 % de la inversión extranjera, la clase obrera boliviana tenía ocasión abundante para saber que ni siquiera la más avanzada de las nacionalizaciones puede reemplazar a la reconstrucción «interna» del sistema. Los rusos llegaron a aceptar inversiones extranjeras pero podían hacerlo sin destruirse porque estaban en la dictadura del proletariado; una semicolonias, en cambio, puede nacionalizar toda la inversión extranjera sin por eso alterar su dependencia cualitativa. Por eso, incluso partidarios tan fervorosos de la nacionalización del petróleo como Sergio Almaraz reclamaban como un hecho previo la «nacionalización de nuestro propio gobierno». Los límites de las nacionalizaciones estaban claros a esas alturas entre la clase obrera; pero no lo estaba en igual grado el concepto de la «cogestión», que era igualmente limitado, aunque importante.

Sin embargo, al mismo tiempo que nacionalizaba y daba pábulo a la reparación temible de aquellas masas enterradas por años por el barrientismo, es decir, a la vez que ofendía e intimidaba a la derecha al servicio de una lógica institucionalista, tampoco llegaba a la conclusión de este acto. Con una ambivalencia característica, el propio institucionalismo es el que impidió a Torres encarar de un modo resuelto el armamento del pueblo. Era como una inclinación a la autosupresión: el mismo motivo le servía para provocar a sus enemigos y para imposibilitarse su defensa. Repartirá armas, aunque poquísimas, a la hora nona y cuando la situación ya no tendrá remedio; dejará hacer a quienes pretendan armarse, pero no luchará realmente por su propio poder.

## La acumulación del poder

El margen de libertad y de influencia que consigue la izquierda en este gobierno es considerable, sobre todo en comparación con la época de la Restauración. ¿Por qué se dice, sin embargo, que Torres fue un azar favorable? Porque la izquierda no esperaba un viraje semejante *desde dentro* del poder militar. Se preparaba para derrocar o por lo menos para afrontar el poder militar en su conjunto, desde tácticas diferentes, pero no para que una fracción militar se aproximara a ella.

Ocurrió aquí lo que suele suceder en todos los casos en que el poder político se concentra o acumula en un solo «lugar» político. En la práctica de la dominación, la destrucción de las contradicciones externas por un acto de puro poder vertical es quizá la más vieja de las ilusiones cuando el MNR acumuló sobre sí todos los mecanismos políticos de Bolivia, hasta convertirse no en un partido sino en la política misma; cuando se apoderó de todos los instrumentos y de casi toda la cantidad humana de la política quiso realizar ese sueño del poder total, interno e intangible. Las contradicciones, por un momento, desaparecieron afuera; pero solo para expresarse de un modo aún más devastador dentro del organismo que no las dejaba existir fuera de él. Es pues una mala política suponer que los problemas desaparecen solo porque uno les prohíbe que digan su nombre por sí mismos. En el monopolio del poder que el ejército se atribuyó a partir de 1964 (pues desde entonces la soberanía radica en el Cuartel General) ocurrió lo mismo que con el MNR. Ovando y Torres estaban expresando la política que, al haber quedado interrumpida o incompleta en su manifestación normal, exterior, partidista, pasó a expresarse insidiosamente, en los partidos en que se dividió el ejército.

## Ovando y Torres

Ovando primero y Torres después tomaron por sorpresa a la izquierda, que nunca pudo desarrollar una táctica segura frente a ellos, que se redujo a una táctica desconfiada y cautelosa como única prolongación de su perplejidad política. La evolución del gobierno de Ovando parecía confirmar el acierto de esta táctica del recelo: Ovando, en efecto, comenzó nacionalizando el petróleo y terminó dirigiendo una banda de *racketeers*. Las cosas sucedieron de una manera diferente con Torres. Por eso es tan importante analizar en qué se parecían Torres y Ovando y en qué se diferenciaban, en que se complementaban, en la medida en que dos caras de una misma forma se alejan hasta abominarse.

Ambos son gobiernos semibonapartistas, por lo menos en el sentido de que, fundándose en el poder del ejército y en un remate personal del mando, practican una equidistancia política (la autonomía del aparato estatal no existe en un Estado subdesarrollado) con relación a las clases. Ambos son gobiernos nacionalizadores, institucionalistas (con relación al ejército) y negociadores: pero aquí se interrumpen las coincidencias. Mientras Ovando cree que con la nacionalización del petróleo ha ganado ya un margen absoluto de maniobra que le permite burlar a la clase obrera y volver a un esquema reaccionario, preso de los hilos atroces del barrientismo, Torres es consciente agudamente de que debe convivir con un efectivo poder obrero, de que sin los obreros se rompe el equilibrio que le permite existir. Ovando suponía que, después de la nacionalización de la Gulf, las matanzas de guerrilleros y los asesinatos quedarían como hechos insignificantes. Quería liquidar físicamente la fase más inmediatamente peligrosa de la izquierda y a la vez acentuar al máximo el prestigio del ejército. Torres no; sabía de las limitaciones de su poder pero *quería* un poder limitado. Sabía que el precio de un verdadero poder sería la disminución del ejército y el crecimiento de la clase obrera. Este era empero un bien que iba más allá que el bien que él deseaba. Durante el gobierno de Ovando, la clase obrera apenas si estaba saliendo de sus escondites, de los hábitos creados por la persecución. El tiempo, sin embargo, es a la vez breve y abundante en Bolivia y, así, lo que Torres no pensó sino como una prosecución se convirtió muy pronto en algo en todo diferente. El desafío fundamental al experimento de Ovando no fue en verdad la clase obrera, que no había tenido aquel *minimum* de tiempo necesario para formular un plan político visible, palpable e inmediato, sino la guerrilla de Teoponte que, por lo menos en la apariencia pura, enseñaba la ceremonia de una amenaza profunda. Torres en cambio tuvo que trabajar frente a un hecho cumplido que cambiaba todo el contexto de las cosas. Para entonces, el movimiento obrero, reconstituido a plenitud sobre la base de su propia memoria organizativa, había hecho posible el 7 de octubre y ahora, sin duda, de abajo hasta arriba, reclamaba el reconocimiento de su poder. Entonces, por cierto, pudo ver la derecha que lo que debía temer en Bolivia era la clase capaz de congregarse en torno suyo a la mayoría del pueblo, a partir de la conciencia de sí misma, y no a una vanguardia, cualquiera que fuera el nivel de su carisma.

Esta nueva presencia explica por qué el bonapartismo de Ovando tiene un remate reaccionario mientras que el de Torres concluye en una suerte de compromiso por la catástrofe con la izquierda. Ovando nace de un pacto con la *intelligentsia* nacionalista; Torres, de una acción conjunta con la clase obrera. Pero la experiencia de Ovando manchó la imagen del gobierno de Torres. Nunca pudo la izquierda tener con este, con Torres, un pacto estable, un contrato de poder. Torres no lo buscaba; la izquierda no era capaz

de plantearlo. Puesto que salía apenas de la experiencia de Ovando, trataba de obtener de Torres lo que podía, esperando su desertión en cualquier instante; lo obligaba a hacer concesiones de un modo permanente porque temía que siguiera el curso de Ovando. Por esa vía, su influencia sobre un gobierno curiosamente débil y cazurro a un tiempo se hizo errática y auto-destructiva. Es inútil buscar un culpable para esta oscuridad esencial de las relaciones entre Torres y la izquierda. El punto de ruptura se situaba en un hecho histórico más general. Solo un partido previamente dominante o que se convierta en dominante en la instancia del flujo de las masas, situado en el interior de la clase obrera y no en un sitio cualquiera de la política, puede organizar con éxito el complejo juego de avances y retrocesos de que se compone la toma del poder. Pero los partidos que dependen del movimiento de las masas, lo que significa a la vez que en rigor no lo conducen, no son sujetos de los acontecimientos sino otro de sus objetos; están, en definitiva a merced de ellos, cualquiera que sea el grado de conciencia de la situación que hubieran desarrollado sus dirigentes.

### La construcción del torrismo

El trato con Torres se hacía arduo. En primer término, como se ha dicho, porque Torres no buscaba sino esporádicamente a la izquierda. Quería sorprenderla y también seducirla con un trato amistoso; pero no hay duda de que la temía fundamentalmente. Su plan político es una combinación extraña de veleidades que concluyen en una suerte de confusa honradez final. Hay un momento en que incluso intenta desplazar a la izquierda: es cuando se propone la construcción del *torrismo*. Era una tentación mecánica que salía de su conformación como régimen. El suyo fue un semibonapartismo anómalo. El torrismo era pensado como una manera política correspondiente a lo que fue el peronismo o el varguismo, es decir, como una convocatoria carismática que dejara atrás la inutilidad de las fórmulas previas en una forma nueva envolvente, era un poder basado en el equilibrio flácido de fuerzas anteriores. Por eso se decía que Torres era el empate entre el ejército y la clase obrera.

Con tales supuestos Torres organiza una secretaría política que no intenta contactos orgánicos con la izquierda marxista pero sí la elaboración de la APR.<sup>3</sup> Por esto era, en realidad, una tercera etapa en su recorrido político. Las dos anteriores habían sido: primero, el proyecto de una alianza con el MNR, que llegó a una fase muy avanzada (proyecto con el que cayó Ortiz

---

<sup>3</sup> La Alianza Popular Revolucionaria, que debió ser el «partido torrista». El razonamiento era que, habiendo los partidos de la izquierda fracasado históricamente y aun inmediatamente, debía hacerse un movimiento personalista. Un intento que fracasó *ad ovo*.

Mercado) y, segundo, el intento de construir un frente con participación de varios grupos pequeños no marxistas, es decir, con toda la izquierda aceptable para la derecha militar. Un proyecto como el otro, como es visible, carecía de viabilidad y también careció de ella la APR. Hasta qué punto esta organización (la APR) se sentía rival y no aliada de la izquierda lo demuestra el temprano carácter anticomunista que cobró en Santa Cruz. En todo caso, cuando se habla de que la izquierda actuó con inmadurez hacia Torres (lo que es cierto pero por otros conceptos) no debe pasarse por alto otro hecho aún más categórico: que Torres jamás se propuso un contacto político serio con la izquierda; que, incluso cuando llegó a conversar realmente con ella, en las postrimerías del régimen, lo hizo cuando todos sus intentos para reducirla y sustituirla habían fracasado terminantemente.<sup>4</sup>

### Cuestión de la iniciativa

Hasta aquí hemos visto por qué Torres no podía o no quería convertirse en una expresión de la izquierda en el poder. Vamos a ver ahora por qué la izquierda fue incapaz de proponer ella (puesto que Torres no lo hacía) un pacto político coherente, un contrato de acuerdos. Eso resultaba, en primer término, de la división de la izquierda, como lo ha dicho todo el mundo. Ñancahuazú, en este sentido, creó a la vez la fuerza de la izquierda (porque rompió el aislamiento de la clase obrera y le permitió una expansión que no tuvo antes) y su debilidad (porque la propia izquierda se dividió en torno a lo de Ñancahuazú). Era resultado, por el otro lado, del hecho de que la iniciativa política no estaba en manos de la izquierda sino del nacionalismo militar. En las primeras horas después del 7 de octubre, Torres, por ejemplo, propuso la participación de obreros en el gabinete y se dice que hasta aceptó una mayoría de obreros en él.<sup>5</sup> Hubo después muchos reproches por no haberse aceptado este planteamiento; pero la clase obrera tenía la experiencia de los ministerios obreros del tiempo del MNR<sup>6</sup> y sabía que, sin una

---

<sup>4</sup> La excepción está constituida por los contactos de Torres con la Federación de Mineros en las últimas semanas de su gobierno, cuando el ascenso del golpe era ya irrevocable. Entonces, al parecer, Torres autorizó a los dirigentes mineros para hacer importantes gestiones en nombre de su gobierno.

<sup>5</sup> La oferta de Torres fue efectiva pero fugaz. La COB se reunió y llegó a confeccionar una lista de ternas para los ministerios de un modo tan desordenado e invertebrado que la consecuencia política habría sido aún más desastrosa que los ministerios obreros del MNR. No eran propiamente ministerios obreros sino los nombres que preferían los dirigentes presentes de la COB y no se establecía ningún criterio para la cuenta ante los organismos obreros ni había instrumento político alguno que asumiera el papel de dar directivas a dichos ministerios obreros. Se estaba en eso cuando los propios ministros de Torres requirieron de urgencia a la COB que no presentara las ternas porque el hacerlo, en su concepto, iba a hacer inevitable e inmediato el golpe militar.

<sup>6</sup> Movimiento Nacionalista Revolucionario, el principal partido populista del país, que gobernó de 1952 a 1964. Durante los cuatro primeros años, con ministros obreros y con los trabajadores en la administración de las minas nacionalizadas como «controles obreros» con derecho a veto.

organización política que diera coherencia a la participación ministerial, los obreros iban a servir a un esquema ajeno en lugar de servirse de él. La verdad es que es más o menos fácil, posible de todos modos, corregir el curso de los hechos o retomar decisiones cuando la iniciativa está en manos de uno: pero convertir los acontecimientos que vienen desde fuera, como iniciativa de fuerzas políticamente inciertas, en actos políticos de control del poder, requiere de la existencia de un aparato de conducción particularmente consistente. No podía hacerlo la izquierda boliviana que no solo estaba dividida y recibiendo una iniciativa ajena, bastante insólita, sino que ni siquiera era el amo del movimiento de masas sino su esclavo, como se verá más adelante en esta exposición. El desarrollo de los acontecimientos bolivianos deja como otra de sus enseñanzas para la izquierda que esta debe tratar de tener siempre la iniciativa; que, una vez que logre un aparato correspondiente al nivel del ascenso de las masas (lo que no ocurrió), debe apoderarse de la iniciativa para no soltarla más. Lanzar la iniciativa, recuperarla o conservarla es, en realidad, toda la política y es una pérdida de tiempo hablar de poder, de organización o de cualquier cosa si no se tiene la capacidad necesaria para hacerse dueño de la iniciativa histórica. Pero nada es tan difícil como convertir la iniciativa ajena en iniciativa propia, nada tan dificultoso como robar el comienzo de los hechos. Con la iniciativa en manos extrañas, son los hechos los que imponen el error de uno; uno naufraga en los actos ajenos. Y esta es una conclusión que vale tanto para la política como para la guerra.

## Masas populistas y ejército

Si la iniciativa estaba en manos de Torres, era lógico que se le exigiera dar pruebas continuas de su buena fe revolucionaria. Pero si la izquierda la hubiera capturado, habría podido dar un margen mucho más amplio a Torres, aun para existir. Un acuerdo acerca de las modalidades de creación de arsenales habría sido, por ejemplo, mucho más importante en esa coyuntura que la expulsión del Cuerpo de Paz o que las propias nacionalizaciones, que eran como regocijos con befas a los yanquis pero también actos que no afectaban la decisión del poder político. Ese acuerdo era imposible por varias razones. Torres, como lo demostró hasta el final, no estaba interesado en armar a la izquierda, que era como desarmar al ejército, y prefería, en cambio, actos de sonoridad y atractivo como la expulsión del Cuerpo de Paz o las nacionalizaciones. La izquierda, a su turno, no tenía el mecanismo para plantear como conjunto una postulación semejante y así, mientras los partidos obreros<sup>7</sup> daban por supuesto que había que

---

<sup>7</sup> Por la combinación entre su arraigo en la clase obrera y el grado de su congruencia ideológica, no merecen ese apelativo en Bolivia sino el PCB y el POR(m). Ambos partidos radicaron su actividad fundamental en la construcción de la Asamblea Popular pero dentro de una línea de apoyo crítico a Torres. Aunque de un modo inconfeso, todos los partidos de la izquierda en Bolivia, quizá con la excepción del PCML, dieron dicho apoyo crítico a Torres.

respaldar a Torres tal como era, confiando en que el ejército lo sostendría «en la medida en que no hubiera provocaciones», la FSTMB<sup>8</sup> estaba reconcentrada en proyectos como la cogestión en COMIBOL,<sup>9</sup> otra vez desinteresándose (o planteándolo de un modo en extremo desvaído) del tema central, que era la defensa antifascista del poder y la fórmula dentro de la que el esquema Torres-Asamblea Popular debía sobrevivir.

De alguna manera, la izquierda tenía conciencia de que las cosas estaban sucediendo fuera de ella, que los verdaderos actores eran las masas populistas (es decir, aquellas que seguían existiendo dentro de las modalidades que les imprimió el populismo) y el ejército.<sup>10</sup> La existencia de Torres era el reconocimiento de esta posición históricamente dominante del ejército y la Asamblea Popular fue el intento de organizar políticamente a las masas, aunque todavía sirviendo a ciertos aspectos de sus modalidades populistas. En este sentido, debe decirse que la aceptación de la Asamblea y su consagración fue el acto de gobierno más importante de Torres,<sup>11</sup> y es el acto que, en definitiva, filia al de Torres como un gobierno realmente democrático; debe decirse, a la vez, que fue el mayor esfuerzo para dar coherencia ideológica a masas que no la tenían por su carácter, aunque al mismo tiempo sirviendo a determinados rasgos de ese carácter.

En cualquier forma, la conducción de estas masas, en un proceso en el que el espontaneísmo tendía a disminuir en su vigencia y los partidos obreros a crecer en su influencia, era una prueba adicional del grado de madurez logrado por la dirección proletaria. Lo mismo había ocurrido el 7 de octubre. Allá lo rutinario, como a gritos lo pedían los universitarios,

---

<sup>8</sup> Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, el organismo sindical más prestigioso del país. Bajo el control fundamental de Lechín, el PCB y el POR(l), pero también con participación de varios dirigentes mineros integrantes de FARO, que se integraron al Partido Socialista.

La actuación de la FSTMB ha sido tan sobresaliente, por sus tesis, por el nivel de sus dirigentes, por su presencia decisiva, que se puede decir que es también el núcleo revolucionario fundamental en Bolivia.

<sup>9</sup> Corporación Minera de Bolivia, empresa estatal de explotación minera creada sobre la base de las minas nacionalizadas a Patiño, Hochschild y Aramayo en 1952.

<sup>10</sup> Y no la izquierda y el ejército. Este matiz es por demás importante. La izquierda solo relativamente y por sectores controlaba a las masas. Entre tanto, el ejército no dejaba de tener su espíritu de cuerpo, tanto con relación a Torres o el nacionalismo castrense como dentro de los planes de la derecha.

<sup>11</sup> Una aceptación desganada siempre que comenzó siendo una negativa no declarada para transformarse en una condicionada aceptación. Los mecanismos políticos del gobierno, empezando por su secretaría política, preguntaron de dónde venía la «legitimidad» de la Asamblea. Se les respondió que tenía el mismo origen que la legitimidad de Torres, es decir, el acto de poder del 7 de octubre, que si Torres no reconocía el lado obrero de ese acto, estaba también desconociendo el propio origen de su legitimidad. El gobierno dijo que el Palacio Legislativo (donde debía reunirse la Asamblea) estaba en reparación y, en determinado momento, amenazó con instalar otra asamblea, sobre la base de los campesinos. En las primeras reuniones, se temía en cualquier momento una irrupción de campesinos gobiernistas. A la larga, sin embargo, cuando vio que era inofensiva para él, Torres aceptó negociar con la Asamblea.

habría sido decir que tan militar era Torres como Ovando y Barrientos y no distinguir las fracciones que se movían dentro del Estado del 52. Un abstracto antigolpismo, que hubiera sido como la recitación de una poesía clásica, podía conducir a que la clase misma estuviera tan patéticamente ausente como los guerrilleros, que estaban en Teoponte mientras las cosas sucedían en La Paz. Los obreros, empero, trabaron contacto con Torres, hicieron posible el triunfo de Torres (que era la fracción progresista del Estado burgués) y desarrollaron sin cesar a partir de entonces su propio poder independiente dentro del triunfo de Torres, aunque sin depender de él. El Comando Político de la clase obrera y la Asamblea Popular no fueron sino el desarrollo de aquella brillante posición asumida en el momento mismo de los acontecimientos, el 7 de octubre. Quizá nunca como en ese momento podía verse el grado en que esta dirección, la obrera, era más madura, coherente y eficaz que cualquiera otra en el país.

### Concepciones sobre la Asamblea Popular

En lo ideológico, las posiciones que se desarrollan *grosso modo* en el seno de la Asamblea Popular o en las discusiones promovidas por ella son tres: 1) la del POR(m),<sup>12</sup> que considera que la Asamblea es ya el poder dual, el brazo obrero del poder dual, que debe comenzar a ejercitar su poder cuanto antes, mediante la acción directa de las masas; 2) la del PCB, que concretamente habla de la Asamblea como escuela, es decir, una línea más gradual, contraria a la inmediatista de los trotskistas en la teoría pero su aliada en la práctica, posición en la que la ocupación de nuevos sectores del poder (la ocupación «desde arriba») debe ser complementada por la ayuda del mundo socialista para producir transformación pacífica del régimen democrático de Torres en un régimen socialista, en un proceso ininterrumpido; 3) la del MIR,<sup>13</sup> que toma a la Asamblea como un germen de poder dual, es decir, un embrión de Estado obrero que no podía existir a plenitud si no creaba su aparato coercitivo previo, es decir, su fundamento armado, independiente de Torres y del ejército, aunque eventualmente aliado a ellos.

No se discute aquí la propiedad con que se habla de poder dual como figura histórica. La proposición era, en cierto modo, más adecuada que en 1952:<sup>14</sup> ahora era la Asamblea Popular, órgano de poder estatal generado a partir de la COB, la que encarnaba el lado obrero del doble poder en tanto que, en 1952, esta representación o delegación estaba en manos de la COB

<sup>12</sup> El partido trotskista, cuyo dirigente e ideólogo más importante es Guillermo Lora.

<sup>13</sup> Partido creado por la fusión de varios grupos, un mes antes de la aparición de la Asamblea Popular.

<sup>14</sup> Véase cap. II.



misma, es decir, del propio sindicalismo. Este es un ejemplo de la dificultad con la que la teoría general se inserta en la vida diaria de los movimientos. La distinción entre lo que es un sindicato obrero, un partido obrero y un órgano de poder estatal proletario no queda definida en realidad sino en las discusiones posteriores a la caída de Torres, aunque parecería tan fácil tomarla de los textos clásicos. Era menos exacto, por lo demás, hablar de poder dual en el sentido de que, aquí, el lado obrero del doble poder era un brazo dependiente, que no tenía poder por sí mismo sino en la medida en que existía Torres a la vez. Esta interdependencia entre el nacionalismo militar y el poder obrero es la que se ha prestado a las más capciosas interpretaciones.

La falta de explicitud en las posiciones teóricas (su modo críptico) resulta un fenómeno endémico de los debates políticos en la izquierda boliviana, aunque a primera vista ellas resulten tan enjundiosas con relación al promedio latinoamericano. Esto obliga a un tipo de inferencias, por la vía del cotejo entre los documentos y las publicaciones con las posiciones concretas, que puede concluir fácilmente en una simplificación. El propio POR(m), por ejemplo, que es el partido del que mejor se puede documentar sus posiciones, no desarrolló su visión de la Asamblea Popular sino *a posteriori*. Reducir la interpretación del periodo que hacia el PCB al concepto de «escuela», que es lo que se deriva del informe presentado a su Conferencia Nacional, es también en cierto modo injusto porque ella no se complementa con otros documentos no divulgados, en los que la interpretación se hace más compleja. Relevar el planteamiento del MIR sobre la Asamblea, por último, ofrece una imagen distorsionada de la realidad. Mal o bien, el PCB y el POR(m) cargaron sobre sí con la responsabilidad de la existencia misma de la Asamblea Popular. Los demás partidos de la izquierda, en cambio, no podían hacer mucho más que comentar aquella iniciativa. Pero hay una gran diferencia entre la tarea de *crear* un órgano de poder estatal y la tarea de *definirlo* correctamente.

La práctica de las posiciones era todavía menos clara que las posiciones teóricas. El MIR, por ejemplo, estuvo más cerca del difuso (y mayoritario) bando populista de la Asamblea, al elegir a Lechín como presidente de ella, por considerar —ilusoriamente— que aseguraría mejor su independencia respecto del poder militar. El POR(m) y el PCB se unieron a su vez a Lechín, que era como la encarnación del sindicalismo espontaneísta para postular la cogestión en COMIBOL, es decir, la ocupación de la economía «desde arriba» en lugar de la ocupación «desde abajo» en la que participaron, de diferente manera, el ELN,<sup>15</sup> el PCML<sup>16</sup> y las propias direcciones universitarias mal controladas por el MIR.

<sup>15</sup> Ejército de Liberación Nacional, organización clandestina fundada por Che Guevara en 1967, jefaturizada por Osvaldo Peredo, que fue la que actuó en las experiencias guerrilleras en Bolivia.

<sup>16</sup> Partido Comunista Marxista-Leninista. En la división que sufrió el Partido Comunista, el ala maofista, dirigido por Óscar Zamora.

## La cogestión de COMIBOL

El punto en el que se aplican las líneas ideológicas a las posiciones concretas de un modo más transparente es en la cogestión obrera en COMIBOL. Era el caso más notorio de una ocupación «desde arriba», es decir, en pacto con el gobierno de Torres, en oposición a las ocupaciones «desde abajo», es decir, por la mera acción directa, sin consultar y aun desafiando al gobierno militar. El proyecto de cogestión presentado por la Federación de Mineros postulaba el ingreso de la clase obrera a la administración de COMIBOL, con mayoría de votos en los mecanismos de decisión y con la obligación de rendir cuenta ante las asambleas sindicales de base. Sin duda, la clase obrera iba a tener en sus manos la más importante empresa del país. El plan, adoptado por Torres, comprendía, sin embargo, otras alternativas, algunos desafíos bastante azarosos para la izquierda. Si la cogestión se detenía en la COMIBOL misma, había el peligro de que sirviera para la creación de una gran burocracia sindical, a la manera de la que engendró el Control Obrero en tiempo del MNR. Pero se tenía a la vista que las propias nacionalizaciones no significan mucho más que el poder dentro del que se realizan, que el sistema al que sirven. Con el MNR, hubo Control Obrero y abundancia de ministerios obreros pero eso no solo no dio lugar al poder obrero sino que lo imposibilitó. En este caso, los obreros habrían tomado a su cargo la fase más difícil del circuito de la producción minera y habrían otorgado, pero al precio de su desgaste, un tiempo de paz social al régimen, que era lo que Torres buscaba. Paz social, siempre que Torres mismo fuera capaz de garantizarla. Pero la paz social también significaba la desmovilización de los obreros y su agotamiento en interminables discusiones en torno a las administraciones locales. Para decirlo en plata, era una locura pensar que la zona nacionalizada de la economía marcharía como un mundo feliz en medio de una economía nacionalmente deformada. La cogestión estaba destinada a repetir la experiencia de la nacionalización misma: donde no se «nacionaliza» al país, no se nacionaliza verdaderamente ninguna de sus partes. La cogestión, a su vez, no significaba nada si no era la antesala de la cogestión en el poder total y esta cogestión de poder, a su vez, se volvía una complicidad pura y sin vueltas si no se transformaba en una escala inmediata a la toma de todo el poder. Los dirigentes obreros, racionalizando un impulso que venía desde el fondo de los campamentos mineros, habían tocado un punto neurálgico, aquella suerte de retos esenciales que no son pertinentes cuando no se tiene la fuerza de llevarlos hasta el fin. La cogestión respondía de una manera auténtica a un impulso espontáneo venido desde el corazón de las masas pero no era el papel de las masas como tales el evaluar hasta qué punto cuestionaba el poder mismo de la política del país. Este era su destino real. Los dirigentes que la plantearon

sin duda no la pensaron así; si se hubiera cumplido dentro del linde que le señalaban, que era imposible de principio a fin, puesto que el sistema del país como conjunto no habría salido de los moldes liberales impuestos por el FMI en 1956 ni de su dependencia secular,<sup>17</sup> entonces la cogestión habría languidecido, sepultando a la masa proletaria en un sentimiento colectivo de fracaso.

## La fuerza reaccionaria del 52

Este era el lado negativo de la cogestión, si no se cuestionaba al mismo tiempo el problema del poder como totalidad y el armamento de las masas. Veamos ahora la alternativa de éxito de la cogestión. Puesto que los obreros iban a administrar las divisas que produjeron siempre, habría sido lógico que a continuación preguntaran al gobierno en qué las gastaba. Pero las divisas, dentro del esquema de Eder,<sup>18</sup> son invertidas en beneficio de los consumos suntuarios de las clases privilegiadas, financiando un comercio hipertrofiado. Es muy sabido que en Bolivia, donde el consumo diario es de mil ochocientas calorías *per capita*, se come galletas inglesas y chocolates suizos. La lógica advierte que, si la clase obrera hubiera entonces exigido participar en la distribución de las divisas que producía y administraba, habría tenido que avanzar sobre los mecanismos del gobierno destinados a ello. La consecuencia habría sido el reordenamiento del gasto y un avance inminente hacia la nacionalización del comercio exterior. Todo bien, hasta aquí. Pero ¿hasta qué punto las clases privilegiadas estaban dispuestas a aceptar pacíficamente una restricción tan drástica en sus consumos? Mucho antes de que se pensara siquiera en aplicar el proyecto de la cogestión, los compradores de galletas inglesas ya estaban disparando desde las ventanas, como francotiradores.

Los privilegiados no renuncian apaciblemente a sus beneficios ni las clases son despojadas sin luchar. Lo único que podía justificar vivir en un país como Bolivia, para ellos, era comer galletas inglesas y chocolates suizos, es decir, el vivir en un mundo suntuario.

La reacción de la burguesía, bajo el apañeo de los agentes de la CIA que abundaban donde se quisiera, se movía también dentro de otros signos. La mejor consistencia de *este* movimiento obrero en relación con el del 52, la sólida celeridad de su readecuación, acabaron por obnubilar a la propia

---

<sup>17</sup> Los acuerdos financieros que se conocen como Plan de Estabilización Monetaria, firmados por el gobierno de Siles Zuazo con el Fondo Monetario Internacional en 1956.

<sup>18</sup> George Jackson Eder, negociador norteamericano de los acuerdos mencionados en la nota anterior, autor de las tesis más humillantes para la soberanía de Bolivia y su independencia económica.

izquierda. La fuerza de una clase, empero, no garantiza la debilidad de su enemigo. Por el contrario. Esta burguesía no tenía nada que ver con aquella que presencié los hechos del 52 con ojos atónitos, con aquella clase que estaba vencida antes de la batalla misma, que ya no se componía en verdad sino de un ejército sin convicciones y una docena de gerentes. Esta era la burguesía hija de un Estado mucho más amplio; su ejército mismo era más sustancial porque el nuevo Estado era más sustancial. Nunca más se podrá vencer en Bolivia con el solo apoyo de un gesto espontáneo de masas. La modernización del 52 mostró aquí su brazo reaccionario.

La izquierda no esperaba que el mundo suntuario tuviera la capacidad para la ferocidad que demostró después. Esto mismo ya era un error considerable. Luchar confiando en la debilidad del contrario es prepararse para perder.

### Posiciones del PCB y el POR

Las posiciones esbozadas dentro de la Asamblea tenían sin embargo su propio sentido, cada una dentro de su contexto. Los trotskistas, por ejemplo respondían al fuerte acento sindicalista de su tradición. Era su proximidad a los obreros, y no su distancia, la que les hizo convertirse en los portavoces de algo que decía que la nacionalización como tal no era suficiente para la clase. Ellos consideraban que, aunque se estaba produciendo un ascenso de masas en términos generales, sin embargo, se estaba —hacia julio de 1971— ante un momentáneo reflujo del sector obrero.<sup>19</sup> Pensaban, a la vez, que la cogestión iba a servir para activar a la clase obrera y que la práctica del poder dual debía ser las masas en movimiento; que la acción de las masas y su movilización crearían las condiciones del poder e incluso los fundamentos del aparato armado.

Otro tanto ocurría con las posiciones del PCB. Si fuera verdad el conjunto de endilgamientos que se le hacen de aplicar a la lucha local entre las clases el *modus vivendi* de la coexistencia, entonces lo más cómodo habría sido para sus dirigentes apoyar a Torres y no menear para nada las consignas de la Asamblea ni la cogestión. Si de algo debe acusárseles, en verdad, es de no defender con la fuerza debida los propios hechos revolucionarios en los que ellos participaron y no como actores secundarios.

Es evidente que, por lo menos en su planteamiento, la ayuda técnica y económica de la Unión Soviética se dirigía al desarrollo de ciertos polos excepcionalmente dinámicos de la economía boliviana, a la construcción

---

<sup>19</sup> Así lo sostuvo el dirigente de la Federación de Mineros, Filemón Escóbar, en un artículo aparecido en *Masas*, en el que comentaba las elecciones sindicales en Siglo XX.

de industrias pesadas extractivas y de transformación para las que el país está bien dotado. Era como poner de cabeza todo el modelo de desarrollo económico que había sido impuesto a Bolivia por su condición de país capitalista dependiente. El PCB pensaba aparentemente que Torres daba el tiempo ideal para la constitución de un frente revolucionario (al que incluso llegó a llamar Unidad Popular, como en Chile) y para que los planes soviéticos dieran resultados, preparando el asiento económico para el poder socialista que debía suceder a Torres. El propio sustantivo *escuela* sugiere que la Asamblea Popular era el lugar en que las masas debían aprender, a través de participaciones experimentales como la cogestión, a conducirse a sí mismas. Por consiguiente, luego de que se concebía a la Asamblea Popular como una escuela y que se creía en la transformación pacífica del gobierno semibonapartista en un régimen socialista, la fase que interesaba de la cogestión era la de la paz obrera, que debía ser además exitosa bajo el soporte de la eficiencia económica de los soviéticos.

Tal cosa, desde luego, adolecía de los defectos anotados. Una verdadera paz social para Torres implicaba sin duda una pacificación interna de la clase obrera y, por consiguiente, la imposibilidad de ir más allá de la cogestión; lo cual (ir más allá), por paradójica, era lo único que justificaba realmente la cogestión. Pero el asunto no concluye ahí y hay hechos consiguientes que deben ser dichos por su nombre. ¿Es verdad o no que en un *estatus* de clases como el de Bolivia, en el que se combinan una agresiva clase obrera y un poder estatal que, aun con la fuerza que le inyectó el 52, sigue siendo uno de los más frágiles del continente, el tema del poder final se plantea como ultimidad en casi cualquier situación de crisis? En estas condiciones, ¿se podrá pensar en un esquema que cuente con la neutralidad del imperialismo? ¿Acaso no es verdad que un régimen popular en Bolivia debe contar con el mundo socialista, en una escala sin duda mayor que lo que ocurriría con un régimen equivalente en cualquiera de los otros países del área? Si, como por otra parte lo demostraron los hechos hasta el hartazgo, el éxito de la Asamblea significaba también una lucha que no iba a tardar en ser objeto de participación por parte de la reacción continental, ¿no es verdad que debía acudir a la única fuente de respaldo que debía ser el mundo socialista? No era pues un mero prosovietismo el que impelía al PCB a insistir en estas inclinaciones, era una actitud correcta el pensar que no había que concebir como conspiradores aquello que ya invitaban las cosas a considerar como hombres de Estado.

La infortunada metáfora de la *escuela*, que implicaba cierta resistencia a hablar con prisa del poder dual, no dejaba de obtener sus propios fundamentos. La Asamblea debía ser el lugar de la democracia obrera, el escenario de la derrota del populismo y de la adquisición del cuerpo cuantitativo por parte de los partidos obreros. Para los sectores atrasados, que

fueron los que impusieron a Lechín en la cabecera de la Asamblea, era en efecto el lugar en el que debían aprender a no ser lo que eran, como costumbre de su propio pasado. Era el momento y el sitio donde el proletariado debía aprender la ideología proletaria, en su práctica misma, la adquisición de su partido.

## Sobreconciencia de pérdida, subconciencia de adquisición

La Asamblea era, pues, en verdad, una escuela del socialismo; pero la historia la convocaba ya para funcionar como un poder. Por el otro costado, no basta con decir «el poder dual existe» para que exista realmente. En este orden de cosas, el peligro no está en las posiciones sino en su exacerbación y lo que define la exactitud política no es el concepto general de la posición, que suele tener su sensatez, sino el matiz con que se inserta en los hechos. ¿Qué pasaba con la ocupación «desde arriba»? Que era al mismo tiempo una ofensiva y un enjuague, a la vez un regalo a Torres y un despojo a Torres o, para decirlo de una sola vez, una hibridez. Pero también era híbrida la posición del eje que podríamos llamar vanguardista<sup>20</sup> (MIR, ELN, PCML) porque aquí, al mismo tiempo que se protestaba por la insuficiencia de los aprestos defensivos de la Asamblea, se practicaba (o no se lograba impedir la práctica de) la ocupación «desde abajo». Es decir, los unos decían que había que conservar a Torres y no hacían nada para conservarlo, los otros reclamaban la concreta conservación de Torres y se aprestaban a ella pero aumentando los riesgos que lo acorralaban. Pero resulta llamativo por lo menos el que, mientras trotskistas y comunistas aparecieran apoyando tan resueltamente un plan inmedatista como era el de la cogestión,<sup>21</sup> las organizaciones a las que se tendía a calificar de extremistas fueran las que recomendaban cautela en los pasos, un compás de espera para adoptarlos después de la constitución del aparato armado de la Asamblea. En los hechos, se habló en la Asamblea de la cogestión o de la representación campesina o de la Universidad Boliviana pero no de la cuestión del poder.<sup>22</sup>

<sup>20</sup> Este calificativo es legítimo solo en cuanto estos sectores insistían en la necesidad de la existencia de una vanguardia armada. Pero, por lo menos en lo que se refiere al MIR, jamás se sostuvo que la vanguardia armada debería sustituir al movimiento de masas.

<sup>21</sup> Tan inmedatista, en la práctica, en cuanto a su «rebote» político, como las tomas «desde abajo», como se verá después.

<sup>22</sup> El tema de la cogestión está expuesto en el artículo mismo. Sobre la representación campesina, se discutía si debían ser admitidos los campesinos oficialistas o los independientes. Todo el eje protorrísta se pronunció por la primera posición pero la Asamblea aceptó a los independientes. En cuanto a la Universidad Boliviana, se trataba de un proyecto de unificación de las siete universidades que hay en Bolivia y también del derecho de la clase obrera de supervisar la conducción de la enseñanza y la administración de ellas. Algunos plantearon el problema como un acto de predominio concreto de los obreros sobre los universitarios, pues estaba de moda el obrerismo puro, pero la discusión se desvaneció cuando los universitarios reconocieron el derecho de los obreros a dirigir las universidades.

De esta manera, así como el vanguardismo puro tuvo su hora triste en Ñancahuazú, el desprecio genérico por la lucha armada tuvo su día negro el 21 de agosto.

Lenin escribió que «Marx fustigaba precisamente con sarcasmos implacables a los *osvobozhdentsi* liberales de Fráncfort porque pronunciaban buenas palabras, tomaban toda clase de “decisiones” democráticas, “instituían” toda clase de libertades y, en la práctica, dejaban el poder en manos del rey, no organizaban la lucha armada contra las fuerzas militares de que disponía este último».<sup>23</sup> Así también la Asamblea boliviana discutía sobre si debía tener sus propios embajadores o sobre los grados de su ejército pero no se aprestaba a defender su mínima existencia. Los sectores dominantes en ella parecían dar por sentado que la supervivencia del poder, con todos los matices que tenía, era un problema que estaba a cargo de Torres. Torres, por su parte, pensaba que el asunto estaba en las manos de los obreros. Se habló mucho de la cogestión o incluso de milicias populares pero con eso, con la parafernalia de las palabras, no se hacía sino dar verosimilitud a la propaganda de la derecha que hablaba ya de la inminente comunización de Bolivia, de que al domingo siguiente a la Asamblea estarían ocupadas las casas de los barrios bajos, que son la parte rica de la ciudad. En cualquier forma, si se aprobó la cogestión, después de eso no pasó nada más. La Asamblea no tenía fuerza para imponerla, nadie parecía urgido por aplicar el proyecto ni hubo tiempo para hacerlo. El sector empresarial se sintió, en cambio, amenazado urgentemente y llamó a su gente a «luchar por todos los medios»,<sup>24</sup> como si el proyecto ya se hubiera aplicado, lanzándose a la violencia misma. La clase que pierde es siempre mucho más intensamente consciente que la clase que adquiere; aquí se trataba, además, de una amenaza inconcreta, que asumía el rostro de una peligrosidad lúgubre, en tanto que para el otro bando solo se trataba de una vaga adquisición.

## Sindicatos obreros y partidos obreros

Si las cosas son vistas desde este lado, se podría decir que la posición del MIR era correcta en lo fundamental: era cierto que no debían emprenderse tareas que no se estaba en condiciones de sostener en la práctica. Pero

---

El «sindicalismo» amenazó varias veces en la Asamblea con derivarse hacia un antipartidismo militante. Había dirigentes obreros que se pusieron a hablar con desdén concreto acerca de los partidos y de los «políticos». Este fue otro de los frutos del lateralismo permanente de la Asamblea.

<sup>23</sup> Lenin. *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática...*, op. cit.

<sup>24</sup> Los empresarios privados sacaron un osado manifiesto llamando a la subversión, convocando a la lucha «por todos los medios». El resultado fue que la empresa privada financió la existencia del Ejército Cristiano Nacionalista, el grupo terrorista de derecha que realizó los atentados de preparación del golpe y los asesinatos del día 21.

la mera exactitud impotente no es sino un consuelo para intelectuales. Es algo típicamente pequeño-burgués: no importa lo que ocurre sino la claridad con que se lo ve. Una línea correcta, además de serlo, debe ser audible y capaz de penetrar en la realidad. ¡Qué importa que un susurro sea exacto! Pero lo correcto en rigor es la correcta idea más la fuerza real para ejecutarla. Ni el MIR ni el ELN tenían representaciones obreras importantes y sus portavoces o eran de sectores extraproletarios o estaban en la representación partidaria (no en la sindical), hablando con la timidez de una representación no obrera en una Asamblea esencialmente obrerista.

La Asamblea era obrerista; pero eso no era sino literatura pura puesto que no era eficaz. Ahora bien, el sobredesarrollo de las corrientes sindicalistas en la política boliviana es algo que resulta de la historia del movimiento popular; no es una mera forma, es como si estuviera dentro de él. Es verdad (esta es una apreciación veraz de Guillermo Lora) que los obreros bolivianos casi nunca concibieron el sindicato como un mero sindicato. En los grandes momentos, sobre todo, las organizaciones obreras funcionaban como una suerte de soviets, asumiendo tareas que corresponden al Estado. Incluso cuando existe el doble poder, en 1952, no se habla en él del poder obrero (es decir, de la ideología proletaria encarnada en el partido obrero) a un costado y del poder burgués al otro. Son, en cambio, la COB,<sup>25</sup> es decir, la organización sindical y el partido democrático-burgués, como si los sindicatos hubieran ocupado el papel del partido bolchevique.<sup>26</sup>

En el ascenso de las masas, tal como sucedió en Bolivia, los sindicatos son determinantes pero en cambio los partidos no lo son en los sindicatos. La FSTMB, por ejemplo, siempre fue más importante y poderosa que los propios partidos a los que pertenecían sus integrantes. El sindicalismo sobrevive a todas las persecuciones pero, en contraste, ningún partido logra reemplazar al MNR en el control de los sindicatos, control que, además, el MNR perdió muy temprano. Hay pues una hipertrofia en el papel de los sindicatos que caracteriza a todo el proceso histórico boliviano.

Es un fenómeno que también se manifestó en la Asamblea Popular, incluso en sus requisitos estatutarios.<sup>27</sup> Era correcto, para mencionar un

---

<sup>25</sup> Central Obrera Boliviana, creada en 1952, máximo organismo de los trabajadores. La acumulación de sectores no rigurosamente obreros en ella condujo sin embargo a que la Federación de Mineros tuviera siempre más importancia que la COB. Pero Lechín era el máximo dirigente de la Federación de Mineros, de la COB y de la Asamblea Popular, de suerte que volvió a acumular un poder inmenso, como después de 1952.

<sup>26</sup> La aplicación de la tesis del poder dual en Bolivia y la inversión de sus términos en materia de poder político es un tema que desarrollamos independientemente.

<sup>27</sup> Los estatutos de la Asamblea Popular fueron redactados minuciosamente y su principal objetivo era asegurar que en todas las reuniones y comisiones la aprobación de los asuntos contara por lo menos con un 60 por ciento de votos obreros. La Asamblea misma tenía, por estatuto, una vasta mayoría proletaria.



caso, establecer un predominio proletario, es decir, una superioridad cualitativa sobre la cantidad del proceso, que eran los campesinos, clase burocrática dependiente y osificada en la conquista democrático-burguesa de la tierra. Esto significaba que no elegía un proceso democrático-formal sino que pensaba en efecto en la construcción de la dictadura del proletariado como definición del doble poder. Pero si esto era un soviét, era un soviét sin el partido de la clase obrera y así, en lugar de que triunfara la ideología proletaria en manos del partido revolucionario, triunfó la línea sindicalista, que solo a medias respondía a los partidos. Los dirigentes sindicales, *v. gr.*, pertenecían a partidos que votaron contra Lechín; pero ellos mismos votaron por Lechín, porque era miembro de su federación y esta lo había resuelto así.

### Reivindicacionismo ampliado de clase

La confusión entre lo que es la ideología proletaria, la posición obrera y la condición obrera se mostró típicamente. Se daba más importancia a la extracción de clase y aun al origen de clase (condición obrera) que a la ideología del proletariado y, en todo caso, la posición obrera (es decir, la posición de esa clase obrera en esa coyuntura) dio un cariz sindicalista a la Asamblea. Por esta vía, se puede decir que la Asamblea Popular fue la fase más alta del proceso populista de las masas bolivianas en lugar de ser el primer órgano de poder de la revolución socialista.

El desdén hacia los partidos políticos, hacia el campesinado y más que nada hacia los universitarios no fueron sino aplicaciones de esta línea, que era el polo opuesto del vanguardismo o jacobinismo<sup>28</sup> que acosaba la práctica de algunas otras organizaciones. No es que no se dieran cuenta de este obstáculo opuesto pero, en los hechos, tanto el MIR como el ELN

---

En principio, este hecho respondía a legítimas preocupaciones. Se sabe, por ejemplo, que en la lucha contra el burocratismo en Rusia, Lenin explicó que debía buscarse el origen del problema en que muchos de los dirigentes eran de origen no obrero o eran obreros que hacía tiempo que no vivían en medio de la clase obrera. Naturalmente, provenir de la clase obrera tampoco justifica por sí mismo la justeza de su posición, y que Lenin estaba advertido acerca de ello lo demuestra la rotundidad de la cita de la nota 30.

<sup>28</sup> En el sentido que da Lucio Magri en el estudio «Problemas de la teoría marxista del partido revolucionario» en *Teoría marxista del partido político*, Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente, 1969: «La contraposición entre la conciencia socialista, portada y codificada por el partido, y la realidad inmediata de la lucha de la clase obrera; esos límites repercuten sobre la concepción general del partido, se traducen en el peligro permanente e insuperable del jacobinismo. El partido corre el riesgo de convertirse en una conciencia revolucionaria abstractamente superpuesta a la clase, en el sujeto de un mandato nunca impugnabile; de modo inverso, la clase puede convertirse en el instrumento de un proyecto que corresponde a algunos de sus fines últimos, a sus intereses fundamentales, pero en cuya elaboración no participa y en cuya realización colabora con una conciencia parcial».

pagaron en la Asamblea el tributo a una nula influencia obrera, es decir, a su pobre presencia en *el proletario tal como era*. Sus voces se escuchaban remotamente por en medio de las acusaciones de ser partidos universitarios o partidos campesinos según los casos, y así puede decirse que su papel no fue relevante en el manejo de la Asamblea. Lo fue en cambio, de un modo más considerable, en el momento del combate. Estaban mal preparados para el debate con la clase obrera, en la manera en que ella existía en la coyuntura política, es decir, todavía expresando sus modalidades atrasadas, pero mostraron, en su momento, haber ido más lejos en lo que se refiere a la organización militar, lo que, después de todo, era el problema fundamental en relación con el hecho del poder. Ello era explicable: para un pequeño-burgués es más fácil entender una cuestión militar, desde un punto de vista técnico, que estar en el mundo obrero, lo que implica toda una mutación global de su imagen de las cosas. Este es el hecho: que no se estaba en medio de los obreros. Era consecuencia, siquiera en parte, de la falta de tiempo (el MIR tenía dos meses de existencia cuando se inaugura la Asamblea) pero quizá también de ciertas traiciones de un inconsciente vanguardista. En aquel momento se estilaba decir que el nacionalismo revolucionario (el populismo local) había concluido su ciclo y ello es verdad en el sentido de que es la historia del país la que demuestra que no son posibles para él las fórmulas intermedias, llámense MNR, Ovando o Torres, que no son viables históricamente, que solo existen para fracasar. Pero (en especial por lo que toca al MNR, que hace un fenómeno más denso y permanente), son las masas las que han existido con esa modalidad y quizá aquí se cayó en la tentación de «creer que lo caduco *para nosotros* ha caducado *para la clase*, para la masa». <sup>29</sup> Eso es lo que explica, entre otras cosas, la elección de Lechín como presidente de la Asamblea y la mayoría de votos movimientistas entre los delegados. De nada servía por eso acusar a los sindicalistas de sus errores cuando al mismo tiempo se demostraba que se era incapaz de estar dentro de la clase obrera. Pero los sindicalistas, a su vez, olvidaban otro consejo de Lenin: que «todo lo que sea inclinarse ante la espontaneidad del movimiento obrero equivale —en absoluto independientemente de la voluntad de quien lo hace— a fortalecer la influencia de la ideología burguesa sobre los obreros». Y, también, para los que acusaban a los delegados universitarios por ser universitarios, que «la historia de todos los países atestigua que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, solo está en condiciones de elaborar una conciencia “tradeunionista”». <sup>30</sup> Es con este fundamento como puede afirmarse que la Asamblea, a través de su obsesiva concentración en temas como la cogestión en COMIBOL, en

---

<sup>29</sup> Lenin, *La enfermedad infantil...*

<sup>30</sup> Lenin, *¿Qué hacer?* También dice: «El desarrollo espontáneo del movimiento lleva a subordinarlo a la ideología burguesa. Por eso nuestro deber es combatir la espontaneidad».

cuanto expresaba los intereses políticos inmediatos de la clase obrera, los propósitos de su posición coyuntural, pero no sus intereses a largo plazo, estaba practicando una suerte de «reivindicacionismo ampliado de clase».

## Armas y límites con Torres

Los trotskistas daban una gran importancia a la movilización de las masas y el PCB a la movilización sistemática de las masas, aunque sin mayor calado unos y otros en las masas «verdaderas». En hacer hincapié en ese aspecto tenían razón, sin embargo, porque Nancahuazú y Teoponte son una enseñanza permanente de lo que es la lucha armada al margen de la movilización de las masas. «Con la vanguardia sola —ya se sabe— es imposible triunfar».<sup>31</sup> Pero el 21 de agosto, precisamente, advierte acerca de lo que es una movilización de masas que no se han ocupado de armar.

Por aquellos días, se decía de algunos partidos que habían hecho importantes adquisiciones de armamento y puede ser que fuera cierto. Pero no es suficiente siquiera disponer materialmente de las armas, ni aun en la insurrección permanente de Bolivia. Se necesita, además, estar subjetivamente preparado para utilizarlas y en esto ocurrió algo realmente clásico: por refutar la concepción foquista de la lucha armada, estas organizaciones predispusieron a su militancia contra la lucha armada en general. Cuando llegó la hora de utilizar las armas que habían sido adquiridas, su militancia no estaba preparada para hacerlo, carecía del aparato imprescindible. El resultado fue que no pudo asistir a la batalla sino través del sacrificio de sus dirigentes y militantes más resueltos, confundidos con el ritmo masivo y espontáneo de la lucha.

En su composición práctica, la acción estaba perdida; pero también en su contexto político propiamente. Naturalmente, habría sido un error dar a Torres un apoyo en general ni aun *en pendant* con la existencia de la Asamblea, como parecía proponer el PCB, por ejemplo. Pero era, en cambio, grandemente necesario encontrar un acuerdo de límites con Torres. Ahora está muy claro que la izquierda debía exigir que se la armara, como contraparte de su apoyo. ¿A qué andar con remilgos, en efecto, en materia de apoyo o de no apoyo, al servicio de purezas inquebrantables, si se iba a poner el 21 la vida misma de la gente para luchar contra los que derrocaban a Torres? Por eso, aunque estaba equivocado el PCB al postular un apoyo en esas condiciones, no lo estaba empero en el sentido de que tampoco era suficiente decir que Torres, puesto que era limitado, no servía en absoluto. Si, aun apoyando críticamente a Torres como lo hizo, el PCB se

---

<sup>31</sup> Lenin, *La enfermedad infantil...*

hubiera preparado con eficacia para lo que vino el 21, que era un combate y no un plebiscito, sus posibilidades se habrían acrecentado enormemente; pero fue excesivo en el respaldo a Torres, inerte ante el ritmo populista de la Asamblea y débil y desorganizado en la batalla misma.

## Provocaciones y persuasiones

Aquí llegamos a un punto que es quizá el preferido en las vociferaciones contra la izquierda boliviana. Es la línea que dice: «Un gobierno democrático cayó porque la izquierda se entregó a una línea provocadora; la izquierda infantil derribo a Torres». Con esto se hace referencia a las tomas de tierras y minas, al manifiesto de los clases y suboficiales, a los secuestros del ELN pero también a la proclamación inmediata del poder dual por el POR, etc.

En algunos casos, como en ciertas minas de la provincia de Inquisivi, las tomas fueron alentadas desde el gobierno. Es evidente, por lo demás, que creer que un ascenso de masas puede producirse sin ciertas manifestaciones desordenadas como estas es una insostenible ilusión. No se puede negar, sin embargo, que en algunos casos determinadas acciones adquirieron características de provocaciones auténticas. El manifiesto de los clases y suboficiales agrupados en la Vanguardia Militar del Pueblo, publicado unos días antes del golpe, por ejemplo, es mencionado como el más concreto caso de enardecimiento del sentimiento golpista entre los oficiales. Pero también podría aducirse que, puesto que a esas alturas la factura del golpe estaba avanzadísima, este manifiesto intentaba hacer perder la unanimidad castrense entre los golpistas. Lo grave está en que nunca ninguna organización de izquierda supo cuál fue el origen y la redacción de este documento, hasta hoy mismo. Algunos dirigentes participaron en su corrección y lo lanzaron irresponsablemente a la publicidad, pero con eso no hicieron otra cosa que dar vía libre a lo que de todas maneras iba a ocurrir. Cuando una intriga como esta puede tener éxito no es por la intriga misma sino por la endebles del movimiento popular. También se intentó frenar la Revolución de Octubre con el escándalo de los dineros prusianos pero ningún soldado se conmovió con eso.

El ELN, por su parte, realizó el secuestro de Von Berger e hizo algunas expropiaciones menores de dinero. Esto, sin duda, resolvió a la poderosa colonia alemana a participar en la conspiración de un modo tan activo como no lo había hecho jamás en el pasado. Pero la prueba de que un secuestro no puede interrumpir el curso de las cosas, cuando la movilización es de una envergadura masiva, es lo que ocurrió en la Argentina, en las vísperas de la toma del poder por el peronismo. Lo defectuoso de la acción del ELN no está pues en su efecto con relación al golpe, que

hubiera ocurrido con secuestro o sin él, sino como manifestación de una modalidad política. Aquí las necesidades internas de la organización (el financiamiento) eran más importantes que el análisis político del contexto nacional. Nunca se dio una razón política para explicar el secuestro. Ello muestra en qué grado este tipo de organizaciones tienden a vivir cada vez más intensamente en torno a sus motivaciones internas. Se debe actuar porque es internamente necesario hacerlo; el mundo externo no existe sino como el lugar en el que se vacía ese impulso o necesidad interior.

Torres, por su lado, creía que con buenas palabras y con visitas a los cuarteles iba a apaciguar a la derecha militar. Jamás encaró una verdadera reorganización del ejército y, para saberlo, basta con anotar que Reque Terán<sup>32</sup> era el comandante del ejército en tanto que Sánchez<sup>33</sup> nunca fue otra cosa que comandante de la fracción de un regimiento. Si las cosas hubieran tenido éxito siguiendo este curso, Torres habría demostrado que, en efecto, conocía más del ejército que quienquiera en Bolivia, como se repetía tantísimo entonces. Pero, a pesar de las enormes concesiones hechas a los gorilas, los gorilas no se tranquilizaron. Se demostró lo que se sabía: que el poder no nace de una amistad condescendiente sino de la fuerza de los hechos. Mientras temieron a los obreros, no golpearon a Torres; cuando se les demostró que los obreros eran un bulto pero difícilmente un aparato armado, derribaron a Torres. En medio de eso, no importaba lo que este decía.

Es cierto, de otro lado, que UCAPO<sup>34</sup> ocupó algunas haciendas y que las federaciones universitarias miristas tomaron solares urbanos y los distribuyeron entre las gentes pobres. Pero lo mismo hizo cien veces en todo el país el MNR, en la hora en que todavía era el partido plebeísta, y Sandoval Morón,<sup>35</sup> en Santa Cruz. No por eso cayó el MNR, pero ahora

---

<sup>32</sup> Luis Reque Terán, comandante de la División de Camiri durante la campaña antiguerillera de 1967, un barrientista connotado en su momento, en cuya conversión Torres creyó sin otro fundamento que el de su propia fe. Su retransfugio fue fundamental para el éxito del golpe en La Paz.

<sup>33</sup> Mayor Rubén Sánchez. Su historia es conocida: preso de la guerrilla en Ñancahuazú, observa una buena conducta personal y militar a causa de la cual los guerrilleros le devuelven el revólver. Ya es un factor durante el gobierno de Ovando, respaldando el ala progresista de ese régimen; cuando Torres sube al poder es Sánchez quien toma el Palacio Quemado al mando del regimiento Colorados. A través de su contacto con la izquierda, Sánchez crea la mentalidad que lo llevará a ser el único oficial con mando que se pronunciará contra el golpe. Dirigirá las operaciones del Colorados que se sumarán a los de los combatientes civiles el 21 de agosto y se convertirá, por esa vía, en una figura nueva en la política del país.

<sup>34</sup> Unión de Campesinos Pobres, con participación de varios grupos de la izquierda y predominio del PCML, que actuó sobre todo en el área norte de Santa Cruz de la Sierra. Su operación más conocida es el reparto de la hacienda Chané-Bedoya entre los campesinos.

<sup>35</sup> Líder del MNR de Santa Cruz. Su popularidad se deriva no solo de la notoria combatividad de ese partido durante el llamado sexenio (1946-1952). Bajo su dirección se encaró la solución del problema de la vivienda popular en esa ciudad, mediante la distribución de tierras urbanas que eran ocupadas por acción directa. Fue destruido así el sistema de «tambos», que era una forma de explotación basada en el monopolio de la propiedad de los inmuebles urbanos. El *contorno* político dentro del que se hicieron las ocupaciones sandovalistas era por cierto diferente del que

se dice que por las tomas cayó Torres. El MNR no pidió disculpas y se limitó a dar cuenta, con lo obrado, a legalizar lo tomado; esta vez, en cambio, el gobierno y la propia Federación de Mineros garantizaron en todos los tonos a los empresarios privados que las tomas no proseguirían. No por eso se hicieron torristas los empresarios y, en cambio, se convirtieron en el corazón local de la conspiración. No era con palabras con lo que se los iba a convencer.

Todo ello —los manifiestos estridentes, los secuestros, las tomas— ocurrió en verdad; pero creer que allá radicó el origen de la derrota es un consuelo barato. Decir que la izquierda infantil derrocó a Torres tiene, sencillamente, un propósito reaccionario. Es la apología de los gobiernos reformistas, una convocatoria a la quietud de las masas, un argumento que, en el análisis de cada situación, se vuelve contra los que lo invocan. La izquierda infantil es poderosa allá donde no lo es la izquierda verdadera; es la baja combatividad de la izquierda proletaria la que fortifica el atractivo de la combatividad de la izquierda pequeño-burguesa. Por «apoyar a Torres», según esta gente, no debía haberse creado la Asamblea Popular, que fue un acto de las masas por sí y ante sí; pero la Asamblea fue más importante que diez gobiernos de Torres. A partir de su existencia, los obreros de Bolivia saben cuál será la forma probable de su futuro poder. Creer, por otra parte, que el aplauso y el agradecimiento hacia el torrismo podían reemplazar como factor de éxito al partido proletario y a la lucha armada de las masas revela sin duda que los que lo dicen se proponen la existencia de gobiernos pequeñoburgueses defensivos y no una revolución proletaria.

## Orígenes del golpe fascista

El problema debe plantearse más a fondo. ¿Por qué oponerse, en efecto, a las tomas si, en realidad, no eran sino la ejecución, *de otro modo*, del mismo plan político que implicaba la cogestión? ¿Acaso la cogestión no decía que de COMIBOL iba a pasarse a las otras empresas estatales y así sucesivamente hasta copar la economía en su conjunto? O sea, que las ocupaciones resultaban buenas cuando las aprobaba Torres, «desde arriba», pero malas cuando no lo hacía, cuando ocurrían «desde abajo». Pero, en el contexto boliviano, que era ya el de una lucha franca entre las clases y no un esquema de transformación legal,<sup>36</sup> el efecto político (que era lo que debía

---

dio Torres pero las ocupaciones mismas eran iguales unas y otras. Su efecto diferente demuestra que dicho *contorno* era lo importante y no las ocupaciones en sí.

<sup>36</sup> A diferencia de Chile, por ejemplo. El valor de estos hechos depende del carácter del proceso y por eso es tan poco fundado enjuiciar con los criterios a usarse en Chile, proceso legal, lo que se hizo en la Bolivia de Torres, donde la lucha de clases se fundaba en su mera eficiencia de facto.

interesar) de las tomas, fueran desde arriba o desde abajo, era exactamente el mismo. La derecha entendía exactamente unos y otros. Reaccionaba contra el avance obrero y no contra la forma del avance obrero. Las tomas por sectores, por la cogestión o por UCAPO, implicaban una concepción de avance gradual, por acción de las masas, sobre el poder, *bajo la supervivencia del ejército*. Esto, lo de la supervivencia del ejército dentro de un tipo intocado, es lo que volvía infantil, no a lo que hiciera este sector o el otro de la izquierda, sino a todo lo que sucedía debajo de Torres y por medio de Torres mismo. El ejército, en efecto, es el núcleo del poder del Estado burgués y, por eso, la ocupación de las tierras rurales y urbanas era posible en tiempo del MNR, cuando el ejército no existía o era todavía muy débil, y no en el tiempo de Torres, cuando el poder definitivo de las decisiones se mantenía en manos de un ejército viviente poderoso, con sus dogmas y prejuicios intactos, abrumado por un sentimiento de acoso.<sup>37</sup>

Es pues toda la línea de la transformación gradual del poder la que fracasó el 21 de agosto,<sup>38</sup> no solo una de sus partes. Resulta grotesco después escuchar las monsergas de los que suponen que Torres cayó porque permitió un exceso de movilización de las masas. El golpe del 21 de agosto fue la resurrección del mirandismo,<sup>39</sup> la reiteración del 10 de enero;<sup>40</sup> eso quiere decir que, si no se movilizaban las masas, aun en la forma celerosa en que lo hicieron, la caída habría sido todavía más temprana. Torres hizo bien en permitir la movilización de las masas, hizo mal en no armarlas, es cierto que no estaba en su proyecto jamás el armarlas y, en cambio, la izquierda demostró una gran inmadurez al plantear nuevas medidas de radicalización, desde el Palacio o fuera de él, en lugar de exigir o plantear por sí misma la solución del fondo de la cuestión, que era el armamento del pueblo para enfrentar a la derecha militar. Torres no hizo esfuerzo alguno

---

<sup>37</sup> El ejército fue disuelto en la batalla del 9 de abril de 1952 en lo que configura un caso único en la historia latinoamericana. Su reorganización posterior destruyó primero a los reorganizadores y restituyó al ejército a su papel hegemónico, bastante modernizado, respondiendo a las características del nuevo Estado, que también se modernizó.

<sup>38</sup> Este día se libró en La Paz la batalla final por el poder entre el ejército, que impuso en el poder a Banzer, y los combatientes populares que respaldan a la fracción del regimiento Colorados que luchó al mando de Sánchez.

<sup>39</sup> El general Rogelio Miranda era presidente del triunvirato al que destituyó Torres con su audaz resolución del 7 de octubre. Ovando, deslizándose hacia la derecha, intentó comprar con esta conversión la buena voluntad de la derecha, pero esta resolvió tomar no solo la parte que le daba Ovando sino el poder entero.

<sup>40</sup> En conexión con el movimiento anterior, una vez fracasada la empresa de Miranda, en torno al comandante del Colegio Militar, Hugo Banzer, hoy presidente de Bolivia, se organizó un nuevo golpe el 10 de enero, tres meses después de la asunción de Torres. La mención de estos hechos tiene sentido porque demuestra que se trataba de una única conspiración a lo largo del tiempo, que culminó con éxito el 21 de agosto. Demuestra que es falso decir que el golpe de agosto existió como consecuencia del manifiesto de los clases o de las acciones de provocación de la izquierda. Con provocaciones o sin ellas, la derecha estaba dispuesta a derrocar a Torres al día siguiente de su toma del poder.

por desmontar el aparato gorila pero tampoco hubiera podido hacerlo con el respaldo de una mera movilización; era preciso que esa movilización estuviera armada. Era una lucha contra el tiempo en la que ganaron los que tuvieron ideas claramente reaccionarias a los que tenían solo confusos anhelos revolucionarios.

## La no correspondencia entre las masas y las organizaciones

Veamos ahora otro aspecto, que puede llamarse el de la no correspondencia entre las organizaciones y el movimiento de las masas. El concepto de la «Asamblea como escuela» se fundaba en el supuesto de que Torres iba a lograr la tranquilidad del ejército y la izquierda, la tranquilidad de las masas; esto segundo, en un grado suficiente como para que las obras de desarrollo logran resultados y habilitaran económicamente al país en un futuro gobierno democrático de unidad de las izquierdas. Era un esquema que partía de un presupuesto: asumía ya el bonapartismo como si este tuviera posibilidades de un éxito más o menos constante en Bolivia, a la manera de lo que aparentemente sucedía en el Perú. Pero el bonapartismo es la modernización del Estado, en un Estado que está ya en movimiento, es decir, ya modernizándose por lo menos en cuanto llama a la modernización. La situación era bastante diferente en Bolivia. Se diría que aquí, por el contrario, tenemos un Estado estancado burocráticamente como consecuencia de las prematuras reformas democrático-burguesas del 52. Aquí el proceso democrático-burgués ocurrió demasiado temprano, cuando todavía no había el partido que lo prosiguiera hasta su fin; por eso aquellas medidas, aunque revolucionarias en la forma, adquirieron una derivación reformista; cambiaron profundamente las cosas para estancarlas de inmediato y ahora se podría decir que el Estado que generó es una trampa. Las clases que son parte de él, como el campesinado, están presas en él; pero el proletariado, sencillamente, no se siente parte. El corazón de ese Estado es el ejército y, con relación a él, el proletariado es una clase separatista. Por consiguiente, esta es otra de las razones por las que no debía esperar mucho del tardío experimento semibonapartista de Torres.

## El Estado del 52

Por las causas mencionadas antes (su ruina política), Torres, en efecto, quería salvar el ejército luchando contra las tendencias predominantes en el ejército. Pero, en las crisis sociales, las sociedades apelan a sus recursos finales; esta sociedad, la construida sobre las reformas del 52, no acepta al proletariado sino cuando lo inmoviliza y lo enmudece. El ejército, que es la



violencia institucionalizada, el lado violento de esa estructura, era el último recurso de esta sociedad. El MNR multiplicó inmensamente la propiedad pequeño-burguesa; sobre esa base se edificó el actual Estado boliviano y su ideología. Era casi inevitable que los sectores conservadores de esta sociedad se hicieran por consiguiente más anticomunistas, más masivamente anticomunistas, que en cualquier época del pasado, cuando eran pocos los que tenían algo que perder. Por eso Torres no pudo conseguir la tranquilidad del ejército, porque la formación ideológica anticomunista demostró ser mucho más poderosa que los llamados débiles de Torres. Tampoco el PCB ni partido alguno de la izquierda pudo cumplir la segunda condición para que el esquema se realizara, que era la quietud de las masas, y lo que se vio en grueso es que los partidos izquierdistas de Bolivia no controlaban las masas. Este es un hecho que, como todos los demás, tiene su origen en la historia social del país. Una clase, en efecto, no se define solo por el lugar que tiene en el proceso de la producción; su vida y su carácter están también definidos por el modo en que ha ocurrido su historia como clase. Cada clase es inevitablemente heredera de su propio pasado.

Los mineros habían entrado en la política en la década de 1940. Fue el MNR el que los introdujo y fue también el MNR el que metió en la política a los campesinos en la década de 1950.<sup>41</sup> Hasta entonces, ambos sectores no existían para los fines de la política sino por irrupciones. La política se definía en el margen correspondiente a las capas urbanas intermedias. Por eso el MNR pudo desarrollarse como un auténtico partido de masas. El MNR dio a las masas su carácter (pequeño-burgués, nacionalista, populista) y las masas dieron su carácter al MNR, que se amoldó a ellas a lo largo del tiempo; fue un partido radical, cuando las masas eran radicales (en el 52); cuando las propias reformas demoburguesas despertaron sentimientos conservadores en ciertos sectores de las masas, como los campesinos, el MNR se hizo conservador. Aquí corresponde una digresión, para el buen desarrollo del asunto. Es el problema de la relación entre las masas y los partidos de la izquierda. La movilización de las masas ¿se desprendía de los partidos, había sido organizada por ellos o es que, por el contrario, los partidos de izquierda se beneficiaban, en la negociación política, con un ascenso de masas previo a ellos? El populismo es la forma en que existieron las masas de Bolivia, y el espontaneísmo su método, el MNR su partido, Lechín su jefe sindical. Naturalmente, el populismo ya fracasó como fórmula de poder en el 64, el espontaneísmo ha sido vencido cuantas veces ha sido necesario por el ejército, el MNR no es sino un harapo miserable

---

<sup>41</sup> Una participación orgánica de los mineros en la vida política no se hace sentir sino después de la masacre de Catavi, en 1942. El MNR los recluta y dentro de él actuarán por mucho tiempo. En cuanto a los campesinos, aunque los alzamientos y sublevaciones existieron secularmente, no actuarán como *clase política* sino después de 1952, tras la organización de los sindicatos y la expulsión de los patronos de la Reforma Agraria.

de lo que fue y Lechín no sobrevive sino en la medida en que se amolda a los hechos, casi como una costumbre de los sindicatos.<sup>42</sup> Pero cuando Ovando abrió las compuertas que contenían a las masas, cuando dejó el barrientismo, las masas existieron de la única manera que sabían existir: espontáneamente. Esto puede decirse de otra manera: las masas se movilizaban a un lado y los partidos en otro; los partidos eran como parásitos de una movilización de masas que no les pertenecían, trataban de explotar ese movimiento pero, en definitiva, no lo conducían y, por el contrario, acabaron por seguirlo. Aquí sí que, como dijo Lenin en 1905: «Las organizaciones habían quedado atrás respecto al crecimiento y la envergadura del movimiento».<sup>43</sup>

### Colocación estructural y devenir interno de la clase

¿Cómo son, por ejemplo, las masas obreras? Son populistas; su dirección ya no lo es y sus dirigentes son lo mejor que hay en toda la política del país. Pero las masas mismas, por su visión de la política, por sus hábitos, por sus propósitos, son populistas. Su punto de decisión política es la asamblea, como la plaza del pueblo entre los campesinos, pero no el partido. La propia Asamblea Popular, al exacerbar el acento en la consideración del concepto de la condición obrera, al hiperbolizar la extracción de clase y no la ideología de clase, era una institución que seguía las inclinaciones auténticas de las masas, su patriotismo obrerista, pero sin organizarlas para llegar a un grado político superior. Es una realidad desgraciada: la desertión del MNR corroboró el defecto de las masas bolivianas, que es la desviación sindicalista. Cuando el ascenso de masas es expresado solo por un instante por un partido que no asume el carácter final de dicho ascenso o no puede cumplir las tareas que le pide, se puede decir que la historia sucede de una mala manera. Pero si la izquierda no se apercebe de esta conciencia, continuará siguiendo a masas muy activas pero sin conducir las jamás. En realidad, no eran solo el MIR o el ELN los que estaban fuera de las masas, aunque en ellos el hecho se veía de una manera más drástica; era toda la izquierda.

Aun en esas condiciones, sin embargo, la Asamblea fue la más avanzada expresión del poder obrero, una experiencia que no había existido jamás en parte alguna de la América Latina. Hay que preguntarse por qué el proletariado es súbitamente poderoso el 7 de octubre,<sup>44</sup> y cómo fue tan débil

---

<sup>42</sup> Pero una costumbre poderosa como la supervivencia de las propias modalidades populistas. La actuación de Lechín el 21 de agosto fue meritoria porque se definió inconfundiblemente contra el fascismo. En el primer momento, que fue de confusión, su presencia en el estadio sirvió de punto de referencia de las masas para su asistencia al combate. Como Sánchez, debido a una acertada definición oportuna, Lechín mejoró grandemente su posición dentro de la izquierda.

<sup>43</sup> Lenin, *Las enseñanzas de la insurrección de Moscú...*

<sup>44</sup> Porque, sin él, el acto de Torres hubiera sido un salto al vacío. El proletariado fue determinante en esas jornadas pero eso no quería decir que estuviera políticamente organizado.

durante el barrientismo. Las cosas se presentan como si no fuera una misma clase sino dos clases diferentes; tanta es la diferencia entre un momento y el otro. Es, otra vez, algo que resulta no de su colocación en el proceso de la producción, que es el mismo en un momento y en el otro, sino de su devenir interno como clase y, aún más que eso, de su acumulación como acontecimientos, es decir, de su historia en cuanto clase, que es lo que le da lo que se puede llamar un «modo de ser». Está a la vista que la clase tiene flujos y reflujos, que su comportamiento es distinto en situaciones distintas; pero el proletariado de Bolivia es básicamente una clase victoriosa y tiene un ánimo ofensivo. En una misma colocación estructural, una clase puede, en efecto, desarrollar una distinta personalidad según el grado de éxito que tenga en su táctica, en el azar de sus dirigentes, en la fortuna de sus operaciones. ¿Cómo fue que esta clase, que imponía la ley a todas las demás, que tuvo en el 52 un poder tan inmenso como para liberar a otra clase, la más extensa, un poder, convengamos, más grande que su propia madurez, sin embargo no pudo organizar, en mayo del 65,<sup>45</sup> la mínima resistencia ante la ofensiva de la Restauración?<sup>46</sup> Y ¿cómo ahora, en octubre del 70, podría otra vez obligar a aceptar formas así sea nacientes de un poder dual, en una suerte de esfuerzo de restablecimiento del *estatus* histórico del 52?

## La guerrilla y la ruptura del aislamiento obrero

Estos hechos tienen una relación o dependencia respecto a lo que ocurrió en Ñancahuazú en 1967 y en Teoponte en 1969.<sup>47</sup> En la interrelación entre las matanzas mineras del 65 y el 67, los fenómenos guerrilleros y el acto de masas del 7 de octubre (1970) es donde se puede mejor ver hasta qué punto el aislamiento del proletariado conduce, al contrario de lo que podría suponerse, a una pérdida en su carácter; de qué manera su verdadero *tempo* no se realiza sino en conexión con las otras clases; cómo, para el proletariado, la posición natural es la de dirigir al frente de clases oprimidas y no aislarse de ellas. En ambos casos, en Ñancahuazú y Teoponte, se intenta la instalación

---

<sup>45</sup> Después del apresamiento de Lechín, el ejército ocupó la mayor parte de las minas del país en medio de grandes matanzas en mayo de 1965. Estaba dentro de la política de Barrientos, que consistía en convertir los distritos mineros en campos de concentración pero, en cambio, halagar a los caciques campesinos, los cuales, de esa manera, puesto que no se tocaba las tierras, podían practicar su *hábito dependiente* con relación al aparato del Estado.

<sup>46</sup> Restauración, en oposición al ciclo revolucionario iniciado en 1952. Barrientos y Ovando bautizaron ellos mismos su régimen, en los primeros días siguientes a su ascenso al poder en 1964, como Revolución Restauradora, confesando el carácter reaccionario que adquirió el gobierno del ejército.

<sup>47</sup> Durante siete meses, una guerrilla comandada por Che Guevara luchó en la zona que iba desde el cañón de Ñancahuazú hasta las quebradas de Vallegrande. El mismo ELN lanzó después otro «foco» en Teoponte, en la zona norte del departamento de La Paz, donde una compañía norteamericana explota el oro. Estas campañas tuvieron mala fortuna desde el punto de vista militar.

de focos guerrilleros; en ambos casos, el ejército reprime salvajemente a la guerrilla y la extermina. La guerrilla no consigue sobrevivir; tampoco logra, por consiguiente, su expansión política hacia las masas. Sensiblemente, no tiene tiempo para hacerlo, es vencida en su fase primera. Pero una cosa es el fracaso militar y otra el fracaso político y aun es posible un fracaso político inicial, localizado, y un éxito político diferido, difuso. Las repercusiones de las experiencias guerrilleras en la formación política del país serán inmensas, en efecto, y la guerrilla como efecto político tendrá arraigo allá donde no se lo proponía o donde se lo proponía menos. ¿Qué quiere el foco en materia de movilización política? Quiere la actividad, el respaldo y la conciencia de los campesinos; inicialmente, los del lugar en que se desarrolla. Pero el campesinado había creado en Bolivia una relación de dependencia no con la clase obrera, que lo liberó *realmente* desde el Estado del 52, sino con el aparato estatal como tal, es decir, con la máquina estatal desde la que *formalmente* se hizo la liberación. Se dice por eso que es una *clase funcionaria*: cree en cualquier poder que le respalde la posesión de la tierra, que ha sido su objetivo político secular, su programa único y su identificación. He aquí cómo el precoz desarrollo democrático-burgués expandió el elemento humano de asiento del Estado que estaba creando. Pero lo de Ñancahuazú y Teoponte se afinó en el corazón de las pequeñas capas medias, en la juventud pequeño-burguesa de las universidades y colegios.

Se localizó donde no lo pretendía; pero, a la vez, proporcionó una apertura táctica fundamental a una clase a la que no se refería sino para fases totalmente posteriores. Realmente, si se quiere hacer un cómputo verídico de los hechos en lugar de ver en todo victorias totales o derrotas totales del foquismo, debe decirse que el principal efecto de las experiencias guerrilleras en la superestructura política fue la ruptura del aislamiento obrero. Es cierto que el foquismo se proponía cualquier cosa menos hacerse obrero; es cierto, a la vez, que en toda su actuación posterior demostró también sencillamente *no saber* por qué el marxismo supone el papel dirigente de la clase obrera. He ahí, sin embargo, cómo un proceso no depende de la conciencia de sus actores sino en una medida limitada. Puesto que el planteamiento sindicalista del poder dual condujo en 1952 a que el populismo se apoderara del propio poder dual transformándolo en cogobierno; puesto que el cogobierno expresaba ya al policlasismo<sup>48</sup> tan característicamente populista; puesto que esta

---

<sup>48</sup> El MNR se definía como un partido policlasista. Todos los partidos lo son en alguna medida, naturalmente; pero el MNR decía ser la alianza entre la clase media, los campesinos y los obreros. En Bolivia, el nacionalismo revolucionario fue el nombre que tomó el populismo y el populismo expresa el concepto de que las clases interiores al nacionalismo revolucionario son iguales en poder y derechos. Esto no podía derivar sino en un triunfo flagrante y extenso de las nociones pequeño-burguesas acerca del poder, del país y de todos los problemas en general.

A la etapa de la primacía de la clase obrera dentro del frente clasista nacionalista revolucionario se llama la fase del poder dual. Ocurrió en 1952 y unos pocos meses más. El «golpe de Estado» que protagonizó la pequeña burguesía contra la clase obrera posteriormente convirtió al poder dual en cogobierno MNR-COB.

experiencia no condujo sino a la hegemonía de la pequeña burguesía dentro del frente nacionalista, era lógico que el ciclo concluyera en la incomunicación del proletariado. El ejército había reemplazado a la clase obrera como socio principal de la pequeña burguesía y su presencia era incompatible con la de aquélla. El campesinado, está dicho, se separó de la clase que lo había liberado, quizá porque el proletariado tenía conciencia del campesinado pero este no tenía conciencia alguna del proletariado, y en cambio consolidó a profundidad sus nexos con el Estado, el nuevo Leviatán poderoso e impalpable. La pequeña burguesía se hizo tan reaccionaria que perdió la capacidad de mantener ni siquiera un pacto remoto con la clase obrera. Por todas estas causas y porque desde el cogobierno ya había pasado a la defensiva, la clase obrera estaba sola en 1964. Fue fácil para Barrientos emprender una ofensiva política y militar contra esta clase solitaria en mayo y octubre de 1965; las matanzas no obtuvieron una respuesta.<sup>49</sup>

En aquel momento, los universitarios eran falangistas o demócrata-cristianos, a la vieja usanza. Lo que ocurre después con esta juventud demócrata-cristiana, uno de cuyos sectores participa ya en la guerrilla de Teoponte, o con Torres o con figuras individuales como Quiroga Santa Cruz,<sup>50</sup> es todo parte del mismo contexto de radicalización. Es todo un sector el que es afectado por un proceso global de asentamiento de las ideas izquierdistas. De esta manera, la guerrilla no rebota inmediatamente en el campesinado; los propios obreros la apoyan, como ocurrió con la conferencia que dio pretexto a la matanza de San Juan o con los mineros de Teoponte,<sup>51</sup> pero ello ocurre porque, en esas condiciones, habrían apoyado cualquier desafío izquierdista sin insertarse directamente en él. Se hace carne, en cambio, de un modo intenso en la juventud de la pequeña burguesía universitaria.

A partir de las universidades, que tienen entonces un mínimo de capacidad de movimiento que ha sido negado a los centros obreros, es desde donde rompe el aislamiento de clase del proletariado. Es en las propias

---

<sup>49</sup> Estaba sola en el sentido de que sus intereses de clase no coincidían con los de las demás. Pero eso no quiere decir que actuara políticamente sola. En realidad, alguna concurrencia obrera hubo al golpe de noviembre de 1964, junto a los militares restauradores. Precisamente porque estaba sola en un sentido fundamental, su dirección deambulaba y permitía que la clase fuera arrastrada hacia intereses que no eran los suyos. En mayo, en todos los centros mineros y en octubre de 1965 en Catavi, en junio del año siguiente otra vez en Catavi, el ejército realizó las matanzas. Entonces pudo verse hasta qué punto la clase obrera, en esa coyuntura, carecía de aliados, porque sus «aliados» políticos de noviembre eran los que la masacraban.

<sup>50</sup> Se sabe lo que ocurrió con Torres. El sector de la democracia cristiana revolucionaria (DCR) que no entró en Teoponte participó después en la fundación del MIR. Quiroga Santa Cruz fue la principal figura en la nacionalización del petróleo en tiempo de Ovando. Fundador, después, del Partido Socialista.

<sup>51</sup> Catavi se resolvió a apoyar a los guerrilleros que combatían en ese momento —julio de 1967— en Nancahuazú. La respuesta del ejército fue fulminante y es conocida como la Masacre de San Juan. Los mineros de Teoponte intentaron apoyar de varias maneras a los guerrilleros de 1970, pero no tenían medios de comunicación para hacerlo.

universidades donde se rompe la unanimidad campesina en torno al poder del Estado. En la universidad se reagrupa el movimiento obrero perseguido y en la universidad se reúnen los campesinos que estaban en disidencia con la Restauración. Eso encuentra su expresión especialmente cuando se discute el Impuesto Predial Rústico, con el que Barrientos, aplicando una vieja idea de la embajada norteamericana, quería gravar las tierras entregadas a los campesinos. Entonces, se organiza la Confederación Independiente de Campesinos, independiente para diferenciarse de la confederación oficialista, que seguía rígidamente los cánones de adhesión campesina al Estado. Los independientes y los colonizadores son los primeros sectores que señalan un nuevo hecho sociológico, de gran importancia hacia adelante, que es la diferenciación interna dentro del campesinado, la lucha de clases, estratos y subclases dentro de un campesinado sometido a condiciones muy variadas. El tiempo había transcurrido de modo que nuevas contradicciones aparecieron en el seno del campesinado y emergen grupos campesinos que ya no están interesados en la mera disposición de la tierra. Estos grupos se organizan en las universidades, en algunos casos son reunidos por los mismos dirigentes universitarios que después ingresan a Teoponte y proclaman la alianza obrero-campesina, para reemplazar al pacto militar-campesino, que había sido la base del poder de Barrientos. Aquel pacto fue, de hecho, el fundamento social de la Restauración. El sector social que había creado la fijación más intensa con relación a la maquinaria desde la que se le había obligado a existir políticamente se aliaba aquí de un modo concreto con la zona más intensa del poder del Estado. Hasta qué punto Torres pertenecía a este Estado (el democrático-burgués creado por el 52) lo demuestra su negativa terminante a revisar este pacto. La izquierda, naturalmente, siempre postuló la alianza obrero-campesina.

Este eje obrero-universitario, con influencia en los sectores más avanzados del campesino, está trabajando cuando aparece Ovando. Pero su funcionamiento es ya neto, masivo y orgánico cuando sube Torres al poder. Es más, es lo que explica el ascenso de Torres al poder. De aquí resulta la peligrosidad de un régimen con las características del de Torres: no de lo que era Torres mismo sino de lo que acarrea consigo. No podía ser básicamente importante para los norteamericanos perder el zinc o las colas y los desmontes de Bolivia. No les importaba la expulsión del Cuerpo de Paz, que no era sino una colección de protestantes despeinados. Pero, detrás de Torres, las masas se estaban movilizandando a la vez con cierta eficacia, puesto que para ello las habilitaba la ruptura del aislamiento obrero, y, con ciertas flaquezas, porque no atinaban a renunciar a las endeblesces de su pasado. No renunciaron a ellas, ciertamente; en alguna medida las desarrollaron. La Asamblea fue el desarrollo culminante de las desviaciones esenciales del proceso revolucionario boliviano.

La ausencia o vacío que explica esa distorsión es la falta en la existencia de un partido obrero o, si se quiere, la existencia insuficiente y sectaria de los partidos obreros. El MNR no fue jamás el partido de la clase obrera. La clase obrera militó en su seno casi en su totalidad, en determinado momento, pero eso no quería decir que fuera el partido de la clase obrera. No era un partido marxista-leninista ni era el partido de una clase sino la alianza de varias clases bajo la hegemonía ideológica y práctica de la pequeña burguesía. Pero era el partido debajo del cual y en cuyo nombre se produce el ingreso del proletariado en la política, su manifestación superestructural. En este sentido, era el partido al que la clase obrera se refería en aquel momento de su desarrollo.

Cuando el MNR fracasa en su intento de hacer una revolución democrático-burguesa dentro del cuadro de la dominación imperialista, cuando se frustra la expansión económica e institucional que se procura desde dentro del capitalismo dependiente, se produce una pérdida o desgarramiento. La clase obrera deja de tener un punto político de referencia, por lo menos uno que tuviera la eficiencia y la extensión del MNR. En un esfuerzo, que no era consciente, el movimiento de masas intenta reemplazar el partido en el seno del sindicalismo mismo; nadie lo decía pero aquí operaba, en los hechos, cierta oscura convicción de que la diferencia entre sindicato y partido no estaba sino en la amplitud de su propósito, que el partido era como un sindicato más avanzado y que, por consiguiente, el sindicato podía atribuirse históricamente el papel del partido. O sea, luchar contra el *tradeunionismo* convirtiendo en unidad política al sindicato mismo. Si esto era avanzar hacia tipos locales de soviet o si era simplemente seguir los requerimientos peligrosos de la realidad, sin compensar su pobreza, es algo que se podría discutir de un modo interminable. Pero el hecho tiene otras caras. En ausencia de un partido obrero que tuviera hegemonía sobre los sindicatos y les diera coherencia, los partidos no ofrecían *fuera del sindicato* sino la fragmentación y el sectarismo. La vida dentro de un sindicato es diferente. Las tendencias políticas tienen que convivir y operar de consuno, por lo menos sindicalmente. Por consiguiente, quizá los sindicatos eran la unidad de una izquierda que no aprendía a unirse fuera de ellos,

Pero esto, que operaba en los hechos tanto como se enmudecía a sabiendas en las discusiones, a la vez que acentuó la deformación del proceso resultó largamente insuficiente. La Asamblea Popular intenta reemplazar ese vacío en la conducción de las masas, aunque otra vez de un modo heterodoxo impuesto por la realidad de la situación. Era como si los soviets hubieran estado compuestos en Rusia, en su mayoría, por los sindicatos. Quiere ser el instrumento político del movimiento sindical,<sup>52</sup> instrumento todavía sin-

---

<sup>52</sup> Eso es lo que decía el primer párrafo del borrador del estatuto. No llegó a ser aprobado en esos términos exactamente pero es evidente que esta idea estaba presente en todos los documentos básicos de la Asamblea Popular: esta debía ser el brazo político de la COB, es decir, el instrumento de los sindicatos para actuar en la política.



dical en lo básico (porque se funda en la extracción de clase), aunque con la participación de los partidos de izquierda (que prestan más importancia a la ideología de clase o deberían hacer tal). Pero la Asamblea no tiene tiempo para lograr su propia extensión; apenas si existe lo suficiente para decir que existe. El preocuparse de su programa y no de su existencia era parte de la inoperancia obligatoria que resultaba de su conformación sindicalista.

## Soberanía y dependencia de la Asamblea Popular

La preocupación porque la Asamblea existiera, en lugar de conformarse con que la COB asumiera la representación política de la izquierda, como ocurrió en el 52, demuestra ya hacia dónde iba la conciencia de la izquierda. Estaba claro que Bolivia tenía un poderoso movimiento de masas que, por las modalidades de su desarrollo, intentaba con grandes dificultades crear *a posteriori* una vanguardia política (por una vía ecléctica no ortodoxa) casi contrariando el decurso normal del crecimiento político, en el que la vanguardia debe crecer junto al movimiento, impulsándolo, corrigiéndolo y siguiéndolo. La prueba de que esta carencia estaba en la conciencia de la izquierda es que la Asamblea existió; la prueba de que no existió en el grado suficiente es que el predominio sindicalista era todavía un requisito estatutario.<sup>53</sup>

Veamos ahora cómo la cuestión de la vanguardia política se vincula con la de la vanguardia armada. Esto era resultado de la pseudosoberanía de la Asamblea. Uno se pregunta, en efecto, por qué la Asamblea era inoperante. Lo que debió haber sido un soviét, en efecto, se convirtió en un parlamento exclusivo de la izquierda. Eso era consecuencia de algo mayor: un órgano de poder que depende de otro no tiene soberanía. Aquí era el ejército el que, a través de las persuasiones de Torres, admitía al órgano del poder obrero. Pues bien, en la medida en que dependía de Torres o que necesitaba de Torres para ser pseudosoberana, corría la suerte de Torres. Pero para plantearse sus verdaderos problemas, habría tenido que ser lúcida como solo puede serlo un partido; si no se pensaba como el partido de los obreros, no se armaba: si no se armaba, tenía que caer con Torres.<sup>54</sup>

<sup>53</sup> Siempre en la faena de improvisar un remplazo para el partido. El problema consiste en averiguar si estamos en la fase de la construcción del partido revolucionario, es decir, si alguno o algunos de los partidos que componen la izquierda crecerán a expensas de los demás merced a una posición triunfante o si la realidad será tan veloz que no permitirá la existencia regular de un partido hegemónico. La posición frentista (el FRA) supone que es peligroso esperar que los hechos permitan la existencia de dicho partido predominante, que ahora no podría ser sino un proyecto. Pero quizá, acerca de este problema, habría que estudiar el papel del partido político en los procesos revolucionarios de los países atrasados. Quizá la abreviación y la mera semiexistencia del periodo democrático-burgués no permitan la existencia de partidos en el sentido europeo. Es un tema que se debería estudiar con más detención.

<sup>54</sup> Esto toca a la presencia de Torres en el frente organizado después de su caída, que congregó a toda la izquierda. En los hechos, aunque era discutible que la izquierda participara en el esquema de Torres, es, en cambio, importante que la corriente que Torres representa participara en el esquema de la izquierda.



## El ejército y el Estado

Al mismo tiempo que no existía un verdadero poder dual, puesto que el órgano del poder obrero no tenía sino una soberanía pactada, la Asamblea sin embargo se presentaba ya como una amenaza inmediata para el ejército. Como es explicable, Torres mostraba un gesto airado cuando la izquierda hablaba de la sustitución del ejército, lo cual quería decir destruir al actual ejército, o cuando los clases denunciaron el carácter esencialmente reaccionario del ejército.

Para volver sobre este tema: aunque nadie ha probado todavía que no se tratara de una provocación ruda y desnuda, en el enjuiciamiento al manifiesto de los clases se tiende a considerar solo su aspecto político inmediato pero se pasa por alto su carácter principal. Este manifiesto, en efecto, demostraba ya en qué proporción, cuando la lucha de clases existe a plenitud en la sociedad en su conjunto, acaba por insertarse o instalarse aun en las instituciones que quieren ser cerradas. Expresaba la agudización de la lucha de clases que ya Ovando y Torres habían manifestado en el seno del ejército.

La visión del ejército como unidad institucional a la que tendía Torres era una idea tan conservadora como cuando, en la década de 1940, se hablaba de unidad nacional como consigna contra la lucha de clases. A través de este manifiesto, Torres y los oficiales temieron por la vida uniforme del ejército. Las instituciones que son reales (en el sentido de expresar a la sociedad en lugar de reprimirla y de negarla en sus tendencias máximas) no temen por su destrucción; pero el ejército es el alma del Estado. Sin el ejército, todos los brazos del poder del Estado no son sino una forma. El aparato represivo del poder dual del 52 fue el pueblo en armas; cuando el poder dual se resolvió por su lado conservador, el ejército reorganizado asumió ese papel. Pues bien, no era el ejército el que temía por su destrucción sino toda la sociedad creada por el 52 la que temía por su destitución. Aquellas expresiones, como es claro, eran provocadoras, pertenecían a la jerga de gentes que no se mueven sino entre esquemas máximos; pero lo eran en una medida mucho menos trascendente de la que se daba a entender. El ejército no se sentía amenazado por un manifiesto o por un voto; se sentía amenazado por la existencia misma del ascenso de las masas. No importaba qué dijera ese movimiento de las masas; el ejército no iba a estar tranquilo hasta que no dejara de existir como un hecho políticamente vigente, como un vértigo desafiante. O sea que todo ejército, como todo derecho asimismo, son siempre conservadores porque se refieren a un determinado tipo de Estado al que tratan de conservar. Se dirigen a la defensa de un orden que ya existe y no al orden de un Estado que se quiere construir.

Sería totalmente demagógico afirmar, en este sentido, que el presente Estado desaparecerá pero sobrevivirá, en cambio, el ejército. Eso no sería sino una gratuita concesión en los términos. Pero que el ejército sea conservador en su esencia, no quiere decir que lo sean sus oficiales. En determinado momento, el ejército, como todas las instituciones, es otro escenario de la lucha de clases y, precisamente, los militares revolucionarios son la base del futuro ejército, del que defenderá al nuevo Estado.

El problema consistía en definir dónde radicaba el eje verdadero del poder. Si hemos de creer lo que Torres planteaba, hay que suponer que él creía en la transformación pacífica del ejército, en una mutación apacible desde el ejército que ejecutó al Che Guevara hasta un ejército socio y defensor de la Asamblea Popular. Esto, naturalmente, no tenía nada que ver con una transformación revolucionaria del ejército, en la que Torres habría tenido que dar un «golpe de Estado» dentro del ejército contra el equipo gorila. Pero Torres tuvo ocasión abundante de ver, así como la Asamblea, que el poder está allá donde están las armas.

### **Torres en el 21 de agosto**

La conducta de Torres a la hora de la confrontación es solo la prolongación de su visión del proceso. Se puede decir de él lo que Lenin de los laboristas ingleses: tenía miedo de su propia victoria.

No era una pobreza en el coraje personal. La osadía con que, en su momento, el 7 de octubre, se apostó en la Base Aérea, en El Alto, enseña que no era ésa la explicación adecuada. El 21 de agosto sabía, en cambio, porque había transcurrido un mundo en diez meses, que, si triunfaba (es un decir), triunfaba en realidad la Asamblea Popular o, en el mejor de los casos, la minoría de militares revolucionarios, como Sánchez, y la izquierda en armas. La expansión del triunfo real de la Asamblea por en medio del triunfo ornamental de Torres era, sin duda, inevitable si las cosas hubieran ocurrido de ese modo, que no era imposible.

Pero, entonces, ya no triunfaba él, que era el equilibrio entre el poder naciente de las masas y el poder efectivo del ejército. Esto es lo que explica la absoluta falta de voluntad de vencer que demostró. Al fin y al cabo, las propias armas que se repartieron, que fueron tan pocas, se repartieron por debajo de su pronunciada renuencia a hacerlo. Pero dejar las cosas dichas solamente así sería estancarse en la fase del incumplimiento de Torres, sin tener en cuenta que, a fin de cuentas, Torres dio más a la izquierda que lo que la izquierda le dio. En todo caso, agosto demostró que en las revoluciones no hay regalos, que el único poder del que se puede disponer es el

que uno mismo conquista con las propias manos, que el ejército, en suma, con militares patriotas o sin ellos, no regalará una revolución al pueblo.

Consecuencia de ello era el papel, todavía indicativo pero ya tan elocuente, que iban a desempeñar las vanguardias en el momento debido. La Asamblea, se ha dicho, tenía un sentido histórico de primer orden, que era construir un *ersatz* de lo que el movimiento popular no había tenido nunca, del instrumento político, del partido de la clase obrera. Es, en efecto, casi un apotegma de la política latinoamericana el saber que Bolivia es el caso de un poderoso movimiento popular con solo una débil vanguardia. La batalla del 21 de agosto demostró algo más: enseñó ya, sin discusiones, el papel de la vanguardia armada. La Asamblea hacía para sustituir una falta en el movimiento de masas y las vanguardias para sustituir una falta en la Asamblea, pero ni la Asamblea era el tamaño de la falta del partido ni las vanguardias de la dimensión de la falta de la Asamblea.

### Norteamericanos y brasileños en la construcción de Banzer

Consideremos dos aspectos finales, que son la participación de los servicios norteamericanos y brasileños y los errores en la técnica militar, que fueron una continuación de la correlación de faltas políticas de la izquierda. A decir verdad, ambos aspectos son también complementarios. El éxito de la audacia del enemigo es resultado del fracaso de la propia audacia, pero la audacia misma no vale nada cuando no se funda en un sustento material. Lo que llamamos audacia en política no es sino la actividad de una fuerza de clase que ya existe eficientemente como potencia. Es necesario hacer varias salvedades cuando se analizan estos aspectos de aquella coyuntura histórica.

Ni en tiempo de Ovando ni en el de Torres se hizo esfuerzo alguno para desmontar el aparato de espionaje de los norteamericanos. Ellos, que habían inventado a Barrientos, que hacía años que tenían ocupado al país de un costado a otro, actuaron también con las manos libres en el golpe que encumbró a Banzer. Para la fecha señalada, pues se temía que las acciones fueran violentas, el embajador Siracusa salió del país y se instruyó a las familias norteamericanas, con memorándums expresos, que se abastecieran de alimentos.

Los brasileños entregaron sumas importantes de dinero a los golpistas, introdujeron armas en escala importante (según la tardía denuncia de Reque Terán) y prepararon toda la frontera para operaciones de mayor envergadura. Se movían en territorio paraguayo como si fuera parte del estado de Santa Catalina y abastecieron la guarnición de Santa Cruz, a la

sazón al mando de Selich,<sup>55</sup> de manera que la zona pudiera resistir por lo menos un mes sin ningún otro envío, de un modo que delata hasta qué punto se preparaba una guerra civil territorial, con su participación casi directa. El sorpresivo éxito inmediato en La Paz hizo que se tornaran innecesarios aquellos procesos.

La historia de Hugo Bethlem, ex embajador brasileño en Bolivia, es también conocida. En un discurso, que se difundió bastante, propuso que Bolivia se convirtiera en un protectorado brasileño-argentino, en una aplicación sin ambages de la doctrina de las naciones mayores que, en su momento, proclamó Onganía por en medio de su acartonada bodoquería. Bethlem organizó una Cámara de Comercio Brasileño-Boliviana unas dos semanas antes del golpe.

Lo que importa sin embargo es evaluar hasta qué punto la doble acción de los norteamericanos y los fascistas brasileños fue decisiva en el derrumbe de Torres. En la posición en que se encontraban, con la guerra de Vietnam en un clímax incontenible, difícilmente los norteamericanos habrían podido concebir una ocupación militar directa. En el Brasil, sin embargo, los planes parecen haber ido bastante lejos en este campo, con relación al Uruguay y Bolivia. Bethlem era un psicópata, con más registros en las clínicas psiquiátricas que hojas de servicio en Itamaraty, pero no lo era Couto e Silva.<sup>56</sup> Coincidió demasiado con los intereses de la reacción brasileña y el imperialismo yanqui jugar a Metternich en torno a esa «frontera crítica», entre Corrientes y Rio Grande do Sul. Era fácil impresionar a una opinión pública de gentes que habían definido sus fronteras durante siglos en lucha con los bandeirantes. De aquí se extrajo, a pujos más bien incidentales, el concepto de subimperialismo, tan eficaz para describir a un gigante territorial reaccionario como inope en su rigor.<sup>57</sup> Con Banzer, en efecto, se constituyó el régimen más probraileño del mundo y con eso no pasó nada. La capacidad de exportación de capitales del Brasil resulta

---

<sup>55</sup> Andrés Selich, comandante del regimiento Rangers, de Santa Cruz. Declaró a la prensa que había fusilado a 220 «extranjeros» en las acciones de agosto. No había desde luego, en total, 220 extranjeros en todo Santa Cruz. A quienes fusiló fue a los jóvenes cruceños que resistieron al fascismo. Famoso por una crueldad sin límites, Selich a su vez fue cruelmente asesinado por el aparato de seguridad cuando se puso a conspirar contra Banzer.

<sup>56</sup> Autor del libro *Aspectos geopolíticos del Brasil*, que es una suerte de evangelio del expansionismo brasileño. Ese texto cobró súbita importancia cuando Couto e Silva adquirió cargos importantes en el gobierno gorila del Brasil.

<sup>57</sup> La intervención de los brasileños fue muy marcada. Para hablar de subimperialismo, sin embargo, se requeriría de una dominación económica concreta. Eso realmente no ha sucedido.

Un año después del golpe, según las cifras dadas por CEPAL, Brasil compraba a Bolivia por 9 millones de dólares y le vendía por 7,6 millones de dólares. Una suma solamente superior al comercio con el Paraguay, que no existe, tomando en cuenta a los países fronterizos. Al mismo tiempo la Argentina compraba 23 millones de dólares y vendía 17,4; Chile compraba a Bolivia por 19,5 millones de dólares y Perú por 16,1. Cf. CEPAL, *Notas sobre la economía y desarrollo de América Latina*, núm. 131.

bastante limitada y la propia diplomacia brasileña no sabía qué hacer con tan extraordinaria influencia, conseguida sin costo alguno para sus faltriqueras y para sus ejércitos.

Fue una clase reaccionaria local y la cohesión derechista del ejército, factores ambos fundados en términos no tan remotos en la transformación del 52, lo que decidió la suerte de los acontecimientos, aunque es cierto que por debajo de la ocupación norteamericana, que no es una mame-lucada como aquella historia brasileña. Son los norteamericanos los que ocupan, en efecto, cultural, económica y políticamente Bolivia y no los brasileños. Pero si no hubiera cierta base conservadora de clase, cierto fundamento social local que lo haga posible, ni siquiera el propio imperia-lismo norteamericano habría podido hacer demasiado. Aun para definirse en favor de un partido local, ellos necesitan que ese partido exista; no pueden inventarlo. La fragua de la categoría «subimperialismo», con el único fundamento del envío de dineros y carabinas brasileñas para apoyo de Banzer, no tiene pues asidero. También González Videla envió armas a Urriolagoitia, en el sexenio, y la circulación de fondos entre unos países y otros para conspiraciones, elecciones y cuanto cambio político ha ocurrido es quizá la más vieja de las tradiciones republicanas del continente. No se sabe por qué entonces no se habló del «subimperialismo» chileno ni cómo se podría explicar, por ejemplo, la colaboración económica que dio el MNR a tantos de los que consideraba sus iguales en el continente.

Bien cierto es, de otro lado, que resulta tan ilegítimo formular fantasmas con viso de novedades sociológicas como pensar que las cosas carecieron de la gravedad que tuvieron en efecto. El hecho es que Bolivia estuvo al borde de la guerra, de una guerra que no iba a ser solamente civil. Los fascistas triunfantes y sus aliados dijeron que con su acción habían evitado la «polonización» de Bolivia y la justificación oficial del golpe, desde Paz Estenssoro hasta Banzer, hablaba de que así se había evitado la «desaparición» de Bolivia. Bien poca cosa sería un país que tan fácilmente pudiera desaparecer. Esa confesión delata mejor, sin embargo, el temor de los golpistas con relación a sus propios planes. Paz Estenssoro, Banzer, los norteamericanos y los brasileños estaban, sin duda, comprometidos en un plan que consideraba la eventualidad de crear una «república democrática» en Santa Cruz de la Sierra, ante el triunfo de la Asamblea Popular y de Torres en el occidente del país. Como el triunfo de Torres implicaba de hecho la expansión del poder de la Asamblea Popular dentro del esquema de Torres o fuera de él, se puede medir en ello hasta dónde había llegado el antagonismo de clase en la política del país. El que la derecha estuviera dispuesta a una aventura separatista de tal envergadura comprueba el carácter ilusorio de la co-gestión y demás planes nacionalizadores en cuanto eran parte de un cuadro de transformación pacífica del país.

La derecha en sí y el propio MNR, que es ahora su agente, habían perdido sin embargo el control sobre todos los sectores estratégicos de la sociedad, excepto el ejército. Es lo que ocurrió en Santa Cruz. La derecha «caliente» el golpe con una campaña regionalista, racista y separatista. Aquí hay, sin duda, un desarrollo capitalista mucho más acelerado que en el resto del país: el ingreso *per cápita* es el más elevado y hay una cierta tradición regionalista, que es resultado del fracaso en la realización de las tareas democrático-burguesas. Era una zona concebida como el asiento y el soporte para las secciones militares fascistas y por eso llegó a pensarse en la creación de una república independiente, democrática, para el caso de que fracasara el golpe en el resto del país, donde se suponía que la radicalización de obreros y universitarios era mucho más poderosa. En ello, en la movilización cruceña, los planes de los fascistas se frustran y Santa Cruz es, junto con La Paz, la plaza en la que se resiste con más heroísmo. El fascismo tiene que imponerse sobre la sangre derramada de los jóvenes y de los obreros de Santa Cruz y es aquí donde se produce el más elevado número de fusilamientos. Es un resultado que jamás habrían esperado los fascistas y que expresa hasta qué punto la izquierda era la única capaz de unificar todas las regiones y clases explotadas en torno a una causa nacional común.

### El problema de la costumbre en el análisis político

La insolvencia de la leyenda de la intervención militar brasileña disimula un hecho más importante que consiste en que la reacción nacional y el imperialismo estaban, en cambio, dispuestos a librar una guerra, con el punto de apoyo del supuesto «separatismo» cruceño o con cualquier otro. Era ridícula de principio a fin la idea de que una semicolonía, como el Brasil, pudiera librar con éxito una guerra colonial, en un territorio desconocido y frente a una población hostil. Cuando se decía en Bolivia en chungra que «habrían muerto de pulmonía en Comarapa» se expresaba la dificultad de las condiciones que habría tenido que afrontar una supuesta expedición, enviada por un ejército sin experiencias militares importantes, ante unas circunstancias y un territorio difíciles como pocos en el mundo. El propio imperialismo estaba consciente de esta imposibilidad y, a diferencia de la izquierda, que utilizaba métodos contrapuestos o métodos localmente no comprobados, concentró sus medios en la conspiración clásica, analizando correctamente que Torres le daba pie para hacerlo. De aquí mismo podría extraerse otra enseñanza, que es la que se refiere al uso adecuado de las costumbres políticas. ¿Por qué el imperialismo se dirige en primer término al proceso electoral en el Uruguay y en segundo término a la conspiración militar en Bolivia? No porque hubiera abandonado el esquema de la intervención militar sino porque allá donde el electoralismo

es no solo una formalidad sino una verdadera tradición del cambio político, se intenta primero la alienación electoral. En Bolivia, la costumbre histórica es el cambio político por la vía del golpe militar. El propio 9 de abril fue la transformación de un golpe militar en una insurrección de masas. De hecho, la instauración de una novedad en el cambio político da ciertas ventajas, en cuanto se gana la iniciativa, pero su instalación misma debe presentar ciertas dificultades; es algo incierto no solo para el que lo intenta sino también para las masas que han de recibir el método. Pero lo correcto sería implantar y transformar las costumbres políticas sin excluirlas dogmáticamente como una petición de principio. En todo caso, la posición frente a la costumbre política, que es un supuesto histórico, es un problema no resuelto hasta hoy por la izquierda boliviana.

### **Aspectos militares del combate de agosto**

Aun en estas condiciones, el combate del 21 demuestra cuándo la izquierda no puede ser eficaz en una batalla pero también cuándo puede serlo, el grado en que puede serlo, aun en las más desventajosas circunstancias. La historia de las luchas bolivianas tiene como característica la facilidad de la participación popular masiva y agresiva. Eso también ocurrió el 21 pero ahora, por primera vez, con las vanguardias organizadas como cabecilla de la multitud. Por esta vía, las vanguardias enriquecieron a la multitud pero siguiendo su modalidad. Este fue su acierto; su defecto estuvo en que no actuaron como verdaderas vanguardias sino como prolongaciones de la masa combatiente. Sería fácil demostrar cómo, aparte de las causas medias esenciales, que eran políticas y hasta sociológicas, la pérdida de este combate tuvo bastante que ver con improvisaciones propiamente técnicas: desde la mala colocación de los tiradores, el uso tardío de los morteros, la inexistencia de operaciones especiales, la incapacidad para eliminar a los francotiradores hasta la ausencia de un verdadero comando militar.

Las vanguardias, si así pueden llamarse después de una actuación tan convencional precisamente en un campo (el militar) para el que habían sobreenunciado su actuación, demostraron haber preparado a sus hombres solo para un combate urbano convencional. Proporcionaron tiradores de la mayor calidad y osadía pero no era eso lo que hacía falta; había miles de hombres dispuestos a actuar como tiradores. En cambio, abandonaron casi totalmente el campo de las operaciones especiales. Al final, no había una sola organización ni un piquete del regimiento Colorados que pudieran frenar el avance de los tanques ni construir obstáculos ni cortar el agua y la luz al Cuartel General. El propio Sánchez, después de su magnífico gesto político, no utilizó la artillería sino al final, y esta demora desgastó a los

combatientes en el asedio y el asalto a las casamatas de Laikacota;<sup>58</sup> cuando se logró tomar esta posición estratégica entraron en acción los tanques del Tarapacá<sup>59</sup> y entonces se vio que tenía una importancia solo lateral. Así, puesto que las vanguardias no se habían preparado para las operaciones especiales, aunque se hubiera tomado el Cuartel General, la batalla misma no habría tardado en perderse. En cualquier forma, el elevado número de bajas que sufre el ejército (muchas más que los combatientes populares), su incapacidad de defender las posiciones que se había propuesto, todo el desarrollo de las acciones, demuestran hasta qué punto está lejos de ser invulnerable en la ciudad, hasta qué punto, en determinadas condiciones (como las bolivianas), es falso afirmar que el ejército es absolutamente poderoso en la ciudad pero solo relativamente superior en el campo.

La batalla expresa la existencia del eje obrero-universitario, porque prácticamente no hay un combatiente que no sea obrero o universitario.<sup>60</sup> Si a eso se suma la concurrencia de los militares revolucionarios como Sánchez, está probado que la alianza entre los sectores más significativos cualitativamente está lograda. Mientras la derecha demuestra que no controla realmente, como para llegar a un combate, sino al ejército, la izquierda dispone ya de los sectores estratégicos más decisivos de la población. Pero así como el movimiento de masas sin vanguardia política no es sino un grueso espontaneísta y la vanguardia política sin vanguardia armada una pura impotencia, si esta alianza cualitativa no consigue un adecuado nivel cuantitativo, tampoco puede triunfar. De aquí, de las enseñanzas que se derivan del ascenso del fascismo en Bolivia, proviene la importancia básica que tiene la construcción del instrumento político (el FRA):<sup>61</sup> por primera vez las vanguardias pueden conectarse orgánicamente con la clase obrera. Pero la lucha por el soporte cuantitativo para la insurrección exige un trabajo político más vasto, dirigido a las clases medias y al campesinado, que este instrumento político debe realizar.

---

<sup>58</sup> Laikacota, una colina estratégica que domina el Cuartel General y los accesos al barrio en el que está situado. Aquí mismo se combatió el 4 de noviembre 1964 y es considerada como un punto decisivo topográficamente. El ejército trajo a esta posición a los combatientes civiles y así los desgastó e inmovilizó.

<sup>59</sup> Grupo móvil de tanques y tanquetas. Entró en acción de inmediato a la heroica toma de Laikacota. Los civiles no se habían preparado para frenar el avance de tanques y aparentemente tampoco el regimiento Colorados.

<sup>60</sup> La manifestación antifascista realizada el día anterior al golpe fue numerosa, pero estaba compuesta en su gran mayoría por obreros y por universitarios, es decir, por la juventud de la pequeña burguesía. También era numerosa la que festejó el triunfo de Banzer, pero estaba compuesta únicamente por gente de las capas medias. Esta división expresa aproximadamente cómo estaban distribuidos los bandos.

<sup>61</sup> Frente Revolucionario Antiimperialista integrado por el PCB, PCML, POR(m), POR(g), ELN, MIR, PS, PRIN y Torres y Sánchez en representación de la oficialidad progresista, organizado después del golpe del 21 de agosto.



En el intercambio de prejuicios a que se redujo tantas veces la discusión en la izquierda, la Asamblea Popular desdeñó el trabajo militar. Es cierto que los grupos armados parecían a la vez resueltos a ignorar a la clase obrera y aun a supervigilarla y que su actuación resultó disuelta en la acción de la masa, sin otro relieve que el de haber participado. Toda la izquierda, sin embargo, pagó cara la culpa de no conocer las dimensiones de su enemigo. La demora en sus planes militares, que eran una forma de omisión de la preocupación militar misma, fue resultado de esa subestimación. La izquierda, en suma, despreció la guerra pero el fascismo la venció por medio de la guerra.

Las cosas, empero, no deberían suceder en balde.

## POSFACIO SOBRE LOS ACONTECIMIENTOS CHILENOS

EN NOVIEMBRE DE 1919, Lenin escribió que «el partido dominante de una democracia burguesa solo cede la defensa de la minoría a otro partido burgués, mientras que al proletariado, en todo problema serio, profundo y fundamental, en lugar de la “defensa de la minoría”, le tocan en suerte estados de guerra y pogromos. Cuanto más desarrollada está la democracia, tanto más cerca se encuentra del pogromo o de la guerra civil en toda diferencia política peligrosa para la burguesía».<sup>1</sup>

Un pogromo. He aquí lo que es Chile después de aquel 11 de septiembre. La clase obrera chilena no tuvo siquiera el privilegio de que se le diera un estado de guerra y, por consiguiente, no podía perder aquella guerra que no llegó a librar. Allá está el cadáver de Allende, en medio del incendio de La Moneda, cuando se incendiaba a la vez el propio estatuto democrático de la historia de Chile. Asesinado junto a su pueblo, mientras Neruda, que fue el cantor de Chile, resolvía morir en una suerte de acto mayor de padecimiento por los suyos, ahora sí convertido en una metáfora de Chile entero.

Los militares reaccionarios de Chile, en la práctica de un sombrío destino, acabaron así con lo que las gentes de ese país habían podido producir como democracia y como belleza. Era Allende, por cierto, el punto máximo de aquella democrática historia y Neruda el canto de su país.

Con todo, aquellas afirmaciones de Lenin resultan una suerte de vaticinios asombrosos cuando se las asocia a los acontecimientos que precederían al nazismo en Alemania (pues refutaba a Kautsky) con los que iban a ocurrir en Chile, tantos años después. La socialdemocracia alemana como la Unidad Popular chilena tuvieron que afrontar, en efecto, un «problema serio, profundo y fundamental» que es el del poder, y no hay duda de que, en ambos casos, se trataba de «diferencias políticas peligrosas para la burguesía». Es también fundamental el que Lenin hablara de que «cuanto más desarrollada la democracia, tanto más cerca se encuentra del pogromo o de la guerra civil».

---

<sup>1</sup> V. I. Lenin, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky...*

¿Por qué, en efecto, el mismo país que había producido Weimar tenía después que producir Auschwitz? Pero, además, puesto que el mejor antecedente que había en el marxismo para dar soporte a la vía chilena era el texto de Engels sobre Alemania de la década de 1890, ¿por qué el fascismo tenía que producirse en la América Latina de un modo digamos más semejante al de su modelo histórico, precisamente en el que era conocido como el Estado mejor desarrollado en el continente?<sup>2</sup>

Los episodios chilenos, por cierto, han mostrado dosis de crueldad, alevosía y morbosidad excepcionales. No obstante, una historia no ocurre por la bondad de los hombres ni por su perversidad ocasional. En el enigma de la psicología de las naciones y en lo que se puede llamar el «temperamento» de los Estados, hay siempre una causalidad descifrable, un ciclo de datos reconocibles y situables. Pues bien, para quienes estudian el Estado en la América Latina, aquella continuidad o eje autoridad-legalidad-democracia que se dio en Chile fue siempre, por lo menos en su apariencia preliminar, una suerte de *misterio dado* de la historia de América. Portales mismo, fundador de aquello, decía que el orden de Chile se mantenía por el peso de la noche. Si tan críptica era la explicación de aquel que fue una suerte de *pouvoir constituant* unipersonal en Chile, no debe sorprendernos que los conservadores que le sucedieran en el tiempo no nos dijeran sino que Chile era así porque Diego Portales lo hizo así o que se diera a la «fronda aristocrática» como origen de la república democrática o que, ya en el plano de la pura sinrazón, se viera el origen de las cosas en lo «gótico-vasco» de la nación.<sup>3</sup>

En los hechos, sin embargo, Chile, por lo menos aquel que llamamos el país oficial, fue siempre una tierra de frontera, un país construido contra los indios y en guerra con ellos. La guerra de la Araucanía, en el principio mismo de esta nación, se hizo tan feroz que no debe sorprendernos el que, en su desarrollo histórico, no hiciera cosa distinta que el proyectar aquel *estatus* o pacto de situación: necesitaba de un sistema dotado de una autoridad que prolongara hacia la sociedad la verticalidad y la obediencia de los órdenes militares, necesitaba a la vez, una dosis interna de democracia entre aquellos que estaban acosados por los indios, una *democracia para españoles*. Tratábase además de tierra pobre, ajena a la sensualidad y la corruptela de los centros opulentos. Los escritores de la derecha tienen alguna razón, por eso, cuando nos advierten que la correlación, tan admirable por lo demás, entre autoridad y democracia fue como una prolongación de las

<sup>2</sup> El término ha tenido, en efecto, una utilización tensa y agitada, sobre todo con referencia a los regímenes de Brasil y Bolivia. Algunos elementos del fascismo como el arrasamiento del movimiento obrero son sin duda comunes a varios gobiernos latinoamericanos y no solo a estos. Pero es seguro que ningún caso del área se aproxima tanto a la definición clásica como el chileno.

<sup>3</sup> Véase Alberto Edwards, *La fronda aristocrática en Chile*, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1928; y también Francisco Antonio Encina, en su *Historia de Chile*, Santiago de Chile, Nascimento, 1940.

necesidades del tiempo militar de los primeros años. La legalidad se convirtió en algo así como un pacto entre la autoridad y la democracia.

El desarrollo posterior del Estado chileno se vio (por lo menos) facilitado por estas condiciones culturales. Este no es el lugar para enseñar la manera en que aquella protoforma de poder (las formas del asentamiento español en Chile) se convirtió después, tras una república exitosa, en el más avanzado sistema democrático burgués del continente. Hay, sin embargo, determinados recuerdos ancestrales que salen al claro cuando se produce un reto de fondo.

Es bien cierto que el fascismo mismo, en puridad, parece no poder existir en todos sus términos sino allá donde existió en lo previo un Estado democrático avanzado y allá, precisamente, donde las reglas del Estado democrático avanzado han dejado sin embargo de ser eficaces para el buen servicio de la clase dominante. A reserva de eso, sin embargo, si se ve cómo ocurrió el fascismo en Alemania, es posible dar la razón a Fromm en su rememoración de los parecidos o conexitudes a la distancia con el fenómeno de Lutero y sus masas de pequeño-burgueses descontentos. ¿Acaso Pedro de Valdivia no acostumbraba cortar las manos y las orejas a los indios de las avanzadillas araucanas? Eran las que intentaban infiltrarse a la zona de orden de los castellanos. Así también sucedió, quizá, con el proletariado chileno, que intentó apoderarse de un orden que no había sido hecho para él: aun cuando intentó cumplir con todas las normas que implicaba, sin embargo estaba claro que ese orden como tal no había sido hecho para él.

Los militares de Pinochet trataron a los obreros de Chile como Valdivia a los mapuches y el que, en la *justicia de Dios*, quemaran a la vez los cuerpos de los extranjeros (en septiembre, la xenofobia era un rito), mostraba hasta qué punto miraban a los obreros de Chile, a los rotos, como a extranjeros mismos. Eran, en efecto, de algún modo, los obreros marxistas de la Unidad Popular, extranjeros con relación a la paradójica historia oligárquica de Chile, que no fue rota sino dos veces en verdad, la primera con Balmaceda y la segunda con Allende. Para volver a lo de Lenin, estaba demasiado desarrollada la democracia en Chile como para que no estuviera a la vez muy próximo el pogromo, puesto que las diferencias políticas con la burguesía se habían hecho peligrosas al máximo.

Este pequeño tomo estaba ya impreso cuando ocurrieron los hechos chilenos de septiembre, hechos sobre los que, hay que decirlo, no es posible escribir sin un inmenso pesar. El modo en que ocurrieron tales acontecimientos está lejos de contradecir la mayor parte de las tesis que se sostienen en este ensayo aunque es obvio que tampoco tenían por qué corroborarlas *in extenso*. En el examen de la descripción del aparato estatal chileno, si se aplica el que era un análisis quieto al movimiento que obtuvo, se puede ver

cómo funcionaba y cómo no podía funcionar más. Se deduce de todo ello la importancia que tiene un escrupuloso estudio de las crisis sociales que se dan en la zona para la construcción de una eficiente ciencia política latinoamericana. Así como es tan aconsejable analizar las formaciones sociales en el momento de las relaciones de producción, según la atinada observación que ha hecho nuestro compañero Octavio Ianni, así también el verdadero conocimiento de dichas relaciones de producción no se produce con éxito sino en su crisis, como si no se pudiera conocer la vida sino en la fase de su enfermedad o peligro. Es en la crisis donde entran en funcionamiento todas las fuerzas de una sociedad, todos sus aspectos y resortes fundamentales y es por eso por lo que el trabajo sobre la crisis chilena que concluye con el derrocamiento de Allende arrojará tantas luces sobre la estructura social de ese país y sobre un sinnúmero de problemas de la táctica revolucionaria entre los movimientos populares de la América Latina. Es un examen que pertenece de modo natural a los militares chilenos; pero al ser un tema tan continental como casi ninguno otro, ellos deben excusarnos por participar. Tales son los justificativos de un prólogo como el presente.

Lo de Chile se presenta en principio como el más terminante y notable fracaso del método de transición pacífica del capitalismo al socialismo y no faltarán los que exploten a redoble este golpe de vista inevitable que ofrecen dichos sucesos. No obstante, la cuestión del fracaso-éxito del sistema político de Allende se continúa, a nuestro entender, en una otra de magnitud más ancha y compleja. A saber, la de si el proyecto socialista puede desarrollarse de un modo completamente externo a la democracia burguesa, es decir, a la sociedad burguesa modernamente desarrollada.

Algunas geniales observaciones de Antonio Gramsci, que son utilizadas en este trabajo, resultan inexcusables para desenmarañar este conjunto de situaciones. Por lo menos hasta cierto momento de su desarrollo o dimensión de su tiempo, en efecto, el proletariado se desarrolla como una clase «burguesa», es decir, como una clase perteneciente a la sociedad burguesa capitalista. Necesita de un juego de libertades que son típicas de la democracia burguesa: el sindicato, por ejemplo, es una organización que corresponde a ese tipo de superestructura; pero, en un grado mayor todavía, el partido, este sí ya un tipo de entidad característica del desarrollo de la democracia burguesa. Pero se está desarrollando haciendo uso de instituciones, órganos y mediaciones de una sociedad que no le pertenece y, por tanto, podría incluso decirse que, mientras el proletariado es una parte constitutiva de la sociedad burguesa, esta, no obstante, es obvio que no pertenece al proletariado.

El proletariado es una clase que corresponde a la democracia burguesa solo en tanto que es una clase en sí; pero si ha llegado a ser ya una clase para sí, hay una no correspondencia, en su virtualidad, entre el proletariado y la

sociedad burguesa, desacuerdo que no se soluciona sino con la revolución proletaria. Esa sociedad, cuando pasa a pertenecer al proletariado, si así puede hablarse, ha dejado de ser una sociedad burguesa. Lo importante es que, para la reproducción de su sistema, sobre todo en lo que se refiere al capital variable, la burguesía obviamente se ve obligada a practicar aquellas tolerancias o admisiones que llamamos libertades democráticas. Si esa clase cree realmente en tales libertades es un dato irrelevante; en el mundo de los hechos, son ellos —los hechos— los que importan, al margen en todo de la convicción del que los recibe o administra. De tal manera, las libertades burguesas resultan un camino imprescindible en los actos de organización de la clase.

Razonamientos por cierto elementales. Ellos nos dicen que, sin un grado de internidad con relación a la democracia burguesa, allá donde ella ha existido, el proletariado no se puede organizar. Que se organiza utilizando ciertos elementos que le vienen de fuera de la clase (aunque internos a la sociedad), no solo por medio de individuos que no son los suyos, sino también en una sociedad que no es la suya.

La necesidad de tal internidad se presenta, por ejemplo, con una claridad vertiginosa, cuando se piensa en los intentos, presentes todavía en la América Latina, de incorporar a la sociedad métodos que estaban todavía fuera de ella, en su cualidad, o, en un caso más extremo aún, métodos que estaban fuera de la clase obrera. Las guerrillas, en cuanto configuraron un caso de foquismo o vanguardismo, no fueron nada distinto: sencillamente, en lo que fue su práctica, desdeñaban los elementos favorables al proletariado que había en la sociedad y omitían a la clase en la que debían asentarse (si es que en efecto el marxismo es la ideología de la clase obrera), quizá porque esta clase misma, a su vez, era parte objetiva de aquella sociedad a la que se quería negar en su conjunto. Pero nadie ha dicho nunca en el marxismo que se trate de constituir una negación de toda la sociedad existente. El asunto consiste, por el contrario, en el desarrollo de un aspecto de esa sociedad, de un lado presente y vigente de esa sociedad, aunque vigente y presente de una manera antagónica al aspecto dominante de esa sociedad.

Por supuesto que, al mismo tiempo, una dosis de externidad es necesaria para que el movimiento revolucionario tenga eficiencia, no ya como punto de crecimiento cuantitativo, es decir, de expansión nacional, sino, sobre todo, para que pueda rebasar aquella sociedad en la que, sin embargo, se funda. Si se tratara de un desarrollo solamente interno, no estaría haciendo otra cosa que repetir o estimular o afirmar (corroborar) este sistema. Pero su tarea es reemplazar el universo social en el que se ha producido y, por tanto, debe ser lo suficientemente interno a esa realidad como para apoyarse en algo lo suficientemente externo como para dejar de pertenecerle.

Con frecuencia las discusiones han degenerado en la izquierda latinoamericana tanto como nuestro marxismo (no se sabe por qué) ha mejorado su importancia en el mundo. Pero es efectivo que, cuando se dejó de proponer la elección sin retorno entre guerrilla urbana o guerrilla rural, de esto hace mucho tiempo, no faltaron quienes dudaban entre los secuestros y las huelgas de maestros como mejor punto de arranque en la construcción del socialismo. Todo eso, en medio de un mundo de barullos y simplificaciones. Pongamos, empero, en otro costal los expletivos y veremos que, en el recuento del asunto histórico, lo que resulta llamativo es que tanto Fidel Castro como Salvador Allende (para ocuparnos de los casos más relevantes desde el punto de vista de la izquierda) se afincaran, para ser reales en la política, en una misma y única internidad, en el sentido mencionado, en su punto de partida como dirigentes, aunque usando métodos tan ostensiblemente diferentes en lo fenoménico.

Pero Allende es hoy un trágico símbolo y Fidel Castro ha retenido el poder. Ello, desde luego, tiene que ver con la profundidad misma de un proceso y de otro. Pero es evidente a la vez que, en observación de su recorrido, se advierte que el movimiento cubano desarrolló la capacidad de pasar de un método a otro, de mudarlo con precisión en el momento necesario, cosa que no ocurrió con el proceso chileno, que se adhirió en términos absolutos al método que le dio éxitos y fue al mismo tiempo la clave de su perdición. Este es el que llamaremos problema de la reducción. Cuándo un movimiento democrático burgués<sup>4</sup> está dotado lo suficiente como para transformarse en una organización para la crisis revolucionaria y su secuela la guerra civil, es decir, cuándo una organización democrática es capaz de convertirse en un mecanismo llamado a librar la lucha armada es algo que vale la pena investigar. Vamos a ver enseguida los problemas que contrae (trae consigo) esta cuestión de la reducción. En todo caso, debe decirse que el partido que no es capaz de convertir su aparato democrático en un aparato clandestino y su aparato clandestino en un aparato armado no es todavía un partido revolucionario.<sup>5</sup>

Es obvio que en Chile la polaridad internidad-externidad se resolvió de un modo falso en favor de la primera alternativa. Algunos interesantes discursos de Corvalán<sup>6</sup> permitirían esperar lo contrario, pero, en el campo de las decisiones objetivas, así fue: cuando sus enemigos plantearon la guerra civil, los que sostenían la vía pacífica (que era el corazón de la que se llamó

<sup>4</sup> En el sentido de que en alguna medida ha de ser también democrático burguesa toda organización o partido que viva dentro del sistema político democrático burgués.

<sup>5</sup> Pero es más posible, en todo caso, para un partido construir su brazo armado o replegarse a él en tanto que, para un movimiento armado, resulta extraordinariamente dificultoso convertirse en un partido u organización civil.

<sup>6</sup> En Luis Corvalán, *Camino de victoria*, Santiago de Chile, Imp. Horizonte, 1971; una recolección de los discursos del principal dirigente comunista.

vía chilena) ya no pudieron o ya no supieron pasar a las actividades propias de la vía armada. Es solo en este sentido que se habla de una catástrofe definitiva de la vía chilena. Pero el requisito de su internidad con relación a la sociedad no solo no fracasó sino que sigue siendo imprescindible donde quiera que la izquierda pretenda hacer alguna labor revolucionaria. El fracaso, por otra parte, es lo que nosotros vemos cuando las cosas ya han sucedido; pero en la mayor parte de su tiempo, fue esa vía la que permitió que se desarrollara la lucha de clases con una densidad, claridad y cualidad que no se había conocido jamás en la historia de Chile, como pocas veces se había dado en la historia del continente.

Nada expresó mejor aquel grado de desarrollo de la lucha de clases en Chile que los cordones industriales y las huelgas patronales que envolvieron las dos crisis fundamentales del régimen de Allende,<sup>7</sup> para tomar la cosa por sus dos cabos.

Los cordones industriales y su derivación ampliada, los comandos comunales, sin duda el principio de organización más avanzado que logró el movimiento popular chileno, existieron sobre todo a partir del gran ensayo de la derecha que fue la llamada crisis de octubre.<sup>8</sup> Frente a la derecha que, por decirlo así, se autonomizaba con relación al poder legal para avanzar en la elaboración de su propio poder derrocador, aparentemente también la clase obrera adquiría un tipo semejante de autonomía, aunque en el bando opuesto.

Sin duda los cordones y, aún más que ellos, los comandos comunales, alcanzaban circunscripciones enteras, territorios sobre la base de fábricas y, en este sentido, eran como esbozos de órganos de poder, constituidos como un alargamiento de los sindicatos. Pero los sindicatos en Chile, a diferencia de lo que había sucedido en Bolivia, estaban dentro de los partidos y no los partidos dentro de los sindicatos, como allá.<sup>9</sup> Por consecuencia, el cordón reproducía la tensión, la ordenación y la correlación de fuerza de la izquierda pero en un área y no era algo separado del esquema central de poder.

---

<sup>7</sup> Por tales entendemos nosotros la de octubre de 1972, cuando la huelga paralizó el país por unas seis semanas, y la que, con características similares, también en torno a la huelga de los camioneros dirigidos por León Vilarín, se produjo en las semanas anteriores al golpe de septiembre de 1973.

<sup>8</sup> Para el análisis común, se sitúa en este punto la aparición de los primeros cordones. Formas iniciales de ellos existieron probablemente antes y, en cambio, la mayor parte se constituyeron después; pero es aceptable localizarlos en su origen en ese momento.

<sup>9</sup> El PC chileno, por ejemplo, había tenido una actitud renuente hacia la participación del PC boliviano en la Asamblea Popular, si nos atenemos a las declaraciones de Volodia Teitelboim. Con todo, una vez que los cordones se mostraron como un hecho de masas evidente, el mismo PC revisó esa posición y participó en ellos.



Los partidos no se iban a los cordones abandonando el poder «oficial» sino que existían a la vez en el poder oficial y en los cordones. Habría sido una locura hacer algo distinto, por lo demás. Pero los cordones al poner por encima de todos los demás a los sujetos obreros, al definirse como órganos obreros,<sup>10</sup> si bien reproducían aquella correlación, lo hacían acentuando el aspecto obrero de la participación política. Esto demostraba dos cosas: primero, el grado extraordinariamente avanzado al que había llegado la democracia en Chile bajo el régimen de Allende permitiendo la libertad y el desarrollo de los obreros aun en rebasamiento de los canales preestablecidos del poder (aunque no fueran tampoco propiamente ilegales porque no es ilegal todo lo que está fuera de la ley) y, segundo, la composición crecientemente obrera de la Unidad Popular, su ser cada vez más obrero, en la misma medida en que fracasaba su inicial sistema de alianzas.

¿De dónde salió un grado tan avanzado de la democracia de masas? De la crisis de octubre o de la así llamada porque, en realidad, tampoco ella llegó a ser lo que se llama una crisis nacional general. En ella, como se sabe, la derecha hizo un final esfuerzo y paralizó el país, detrás de la huelga de los camioneros y los comerciantes, a lo largo de unas seis semanas, al final de 1972, en lo que vino a ser algo así como un ensayo general del golpe del 73. Algo cambió allá o se expresó de pronto algo que había venido cambiando por debajo de las apariencias. En toda la primera fase del gobierno de Allende, las masas habían ido más bien a la zaga de las organizaciones y de los partidos. Pero su impulso espontáneo se fue fortaleciendo en la misma medida en que la lucha de clases se avivaba y los cordones fueron ya el resultado de un poderoso impulso natural de las masas, algo no siempre ordenado dentro de la norma partidaria, como reacción contra las acciones derechistas que compusieron octubre.

Así, la crisis de octubre hubo de contentarse con no ser más que una preparación. Pero en ella la derecha sufrió un revés y de ella extrajo sus propias consecuencias. Esto mismo debió haber sido ya una advertencia ejemplar para la Unidad Popular. Las grandes manifestaciones posteriores y la propia elección de marzo<sup>11</sup> demostraron que la izquierda avanzaba más mientras más las cosas se aproximaban a un límite esencial. Incluso cuando se dice que la Unidad Popular era cada vez más obrera (lo que es verdad), sin embargo debe tenerse en cuenta que los avances sobre los sectores intermedios en este tiempo eran mucho más consistentes, duraderos y comprometidos que

<sup>10</sup> No conocemos muchos documentos de los cordones en cuanto a qué se proponían en último término. Las evidencias documentales de sus objetivos son mayores, en todo caso, en lo que se refiere a la Asamblea boliviana. Pero es indudable que la tendencia de dichos cordones era la de convertirse en órganos de poder de la clase obrera.

<sup>11</sup> En las elecciones parlamentarias de ese mes de 1973, se registra una notoria recuperación de la votación de la Unidad Popular, recuperación que sin duda estaba expresando los resultados de la crisis de octubre.

todos los que se lograron con los halagos y con esa suerte de canonjías de masa del pasado, del momento de la política de los regalos.<sup>12</sup>

La derecha, a su vez, comprendió que, en ese tipo de situaciones Allende confiaba para su defensa en la archiclásica fidelidad institucional del ejército. Fue aquí donde Allende convirtió al ejército en un árbitro de la situación. Pues el ejército era leal al Estado, Allende se sentía en ese momento el Estado de Chile. Pero una cosa es el sentimiento propio y otra el modo en que los demás advierten el sentimiento de uno. A medida que pasaba el tiempo, Allende ya no era el Estado de Chile, a los ojos de los militares, sino el principal de sus controvertistas y detractores. El ejército sintió palpar el corazón de un régimen que estaba en sus manos.

Este es el momento en el que, en definitiva, se pierde la competencia ideológica. A la derecha ya no le importaba averiguar hasta qué punto la Unidad Popular tenía razón; le interesaba saber cuál era la fuerza real que tenía. Pero la izquierda ya no supo arrebatar a la derecha la victoria de los conceptos, es decir, no supo imponer los suyos porque a la derecha le bastaba con dejar los que había.

En octubre el ejército sabe lo decisivo de su papel pero todavía no está tan claro que se volviera decisivo contra Allende y no en su favor. Con el tanquetazo en cambio,<sup>13</sup> el ejército pasa, quiérase o no, a deliberar: cuando delibera, lo hace contra Allende, ahora sin tapujos. Es cierto que los generales de Chile se mostraban en sus entrevistas en persona con Allende como adolescentes en desconcierto y que, como él se encargó de lapidar en su testamento, no pudieron encararlo con virtud de varones en la hora debida ni siquiera para pronunciar el ultimátum.

A protesta de los pujos patrióticos, en la conformación de esto que se puede llamar la ideología *ad hoc* para el golpe, lo que salía a relucir era la batiente mitología del Chile ancestral. Véase lo que pasó, ejemplo verdadero, con el opúsculo *Capítulos de la historia de Chile*, suscrito por Ranquil y del cual se dice que era autora Lucy Lorsch, hoy con la seria amenaza de ser fusilada. Era un trabajo sumario en el que simplemente se daba una versión ajena a la de la historia oficial de Chile, a la del catecismo de la

---

<sup>12</sup> En una larga primera etapa del gobierno de Allende la distribución del ingreso se fue haciendo más progresiva a pasos acelerados. Como se explica en el texto del libro, esta propia inclinación perseguía un fin político, que era ampliar la base social del régimen. Sin embargo, la política incrementalista de los consumos no se tradujo en un aumento del apoyo político a Allende sino, quizá, en los primeros meses del régimen. En oposición a ello, la elección de marzo mostró una expansión real del apoyo a la UP, cuando la crisis de octubre intensificó la lucha de clases y cuando el efecto de la redistribución del ingreso probablemente se había debilitado como consecuencia de las crecientes dificultades económicas.

<sup>13</sup> Una unidad de blindados al mando del coronel Souper intentó precipitar el golpe militar, a fines de junio, cuando posiblemente todavía no se había obtenido la unanimidad de los oficiales. Como golpe de mano, el hecho fracasó pero desató la deliberación en las fuerzas armadas.

historia de Chile más bien, aseverando hechos tan notorios como la participación de ingleses y del capitalismo inglés en la Guerra del Pacífico. Este tipo de ensayos, solo que mucho más violentos, se han escrito por docenas y cientos en la Argentina, por ejemplo. Pero en Chile, la apologética de la verdad nacional ha tenido siempre un sentido muy determinado; todo es sagrado en su historia y lo es también el propio Estado chileno tal como es. La mitología ideológica de una oligarquía que no ha conocido sino la victoria a lo largo de su historia puede ser algo muy feroz y a los futres de Chile les gustaba la libertad académica solo en tanto no fuera vulnerada su apologética sacramental. Entre desagravio y desagravio, con no sé qué disculpas por lo que había dicho Ranquil, la izquierda misma, en un tren de componendas puras, rendía homenajes a tal mitología al mismo tiempo que solo de soslayo libraba una lucha verdadera en el plano de los aparatos ideológicos. Si la prensa no había cambiado, ni la radio había cambiado, ni la escuela había cambiado ¿por qué tenía que cambiar solo el ejército? ¿A qué sorprenderse entonces de que, en cuanto se diera piedra libre al razonamiento de los oficiales, se pronunciaran ellos por la única ideología que llevaban dentro?

Era un camino que iba sin reparos hacia la estructuración de eso que se llama una crisis nacional general o crisis revolucionaria. Un gobierno como el que hizo Allende no podía pretender que sus medidas ni su propia existencia dejaran de suscitar recelos, enconos y rencores del nivel de los que hubo. Era claro que, si no se estaba dispuesto a soportar las consecuencias de una lucha de clases avanzada, era mejor no crear los elementos que le dieran el grado de actividad que cobró. Desde la situación económica, que se hizo crítica, a partir de las manos de la derecha entre las sombras, hasta el desgano antiallendista de los jueces y el desafío a todas horas a la jerarquía de Allende, todo conducía a la situación revolucionaria.

Es un error empero considerar que la izquierda estuviera de todos modos condenada ante la llegada de tal especie de coyuntura. La derecha, acaso sin saberlo, estaba jugando con fuego porque, con imperfecciones muchas, sin embargo la izquierda estaba levantando banderas tan legítimas y tan entrañables que, pasándose por el medio caletre de sus malos periódicos y televisiones malusadas, sin embargo calaba en el corazón de las gentes. Se nos ocurre como un hecho el saber que, si bien la derecha contó con una mayoría para el caso al ejecutar el golpe, sin embargo habrían bastado pocos días de resistencia, un mínimo de perspectiva hacia adelante en la lucha, para que la mayoría del país se volcara en defensa de Allende.

Es cierto que, en la deliberación en las proximidades de la conjura, los oficiales se habían pronunciado contra el régimen; pero es verdad también que, si la lucha hubiera trasladado la deliberación hasta abajo, los propios oficiales en algún grado, los suboficiales y soldados sin discusión y

la mayoría de la democracia cristiana se habrían pronunciado a lo último favoreciendo a la izquierda, que no en balde era el poder legal.

La derecha se adelantó pues, en efecto, no al Plan Z,<sup>14</sup> que es un invento para convicción de idiotas, sino a la crisis nacional general, que ellos mismos estaban provocando, aunque es dudoso que mastuerzos como el senador Bulnes o tartufos patrioterros como Frei supieran ni de lejos en qué consistía la crisis general.

Tales son los hechos que advierten que el camino elegido por la vía chilena no era un camino falso, por lo menos en lo inicial. Era la exasperación de los propios métodos admitidos por el Estado burgués de Chile la que obligaba a la derecha a levantar esas posiciones: si la respuesta hubiera tentado el no alejarse de lo electoral, la reposición de los términos económicos y sociales del *status* anterior habría tenido que ser tan gradual como lo había sido su imposición legal. Esto, aparte de ser lento, era difícil (porque no iba a tener una mayoría tan convicta de la consigna ultraderechista) y además imposible (porque la gente no podía acceder a su propia anulación). Por eso tenía que plantear como pugna directa y desnuda lo que ya no podía poner en la mesa como una emulación democrática.

En la crisis nacional general, sin embargo, puesto que el descontento social de las más vastas clases del país no podía convertirse en una mayoría conformista y entregada, se obligaba a la gente de la masa a una definición radical (que no podía sino ser una), a optar entre aquellas alternativas tan profundas que no surgen a la vista sino en las horas culminantes, que son excepcionales.

La izquierda, con todo, creyó hasta el final en un Estado en el que su propio titular, la burguesía, había dejado de creer. Al fin y al cabo, Allende mismo muere invocando los principios creados por sus enemigos. Todo indica, en efecto, que, después de octubre, la derecha se preparó para la nueva crisis inminente pero la izquierda no, esta última convencida del hado de las repeticiones felices. El quiebre revolucionario<sup>15</sup> no llegó a existir porque la izquierda no sostuvo la crisis militar (distinta, en todo caso, de la crisis nacional general) el tiempo necesario y se perdió la lucha porque no se la libró, porque el apego de la izquierda a una vía que le había resultado exitosa hasta entonces no le permitió desmontarse puntualmente de ella. Su conducción política no logró aquel desdoblamiento o conversión

<sup>14</sup> Según la Junta, la Unidad Popular tenía dispuesto un extenso plan de asesinatos de altos oficiales y políticos opositores al régimen. Llamó a este proyecto el Plan Z. Es un recurso que fue utilizado también en Bolivia, donde se lo llamó Plan Zafra Roja.

<sup>15</sup> Lo mismo que en aquel discurso de Corvalán, de que la crisis revolucionaria estaba presente como perspectiva en los análisis de los teóricos de la Unidad Popular, lo demuestra el libro de Sergio Ramos, *Chile ¿Una economía de transición?...* Ramos llama «quiebre revolucionario» a la crisis nacional general.

o reducción, como quiera llamarse a la necesidad aquella de la táctica en el momento histórico que Chile vivía.

Veamos la relación entre la reducción o desdoblamiento con la guerra civil. Una confusión esencial que operó para que la crisis sucediera de esa manera fue la que se refería a la guerra civil y a la crisis revolucionaria o crisis nacional general, es decir, a la prelación, intersubordinación o diferenciación entre una cosa y la otra. Aunque el tema mismo es mencionado varias veces en este libro, conviene tener en mente sin embargo que no es un ensayo sobre el periodo de Allende ni sobre la cuestión de la crisis sino sobre el poder dual, como problema técnico de la teoría del Estado. Aun así, ha de decirse que, si la crisis hubiera llegado a suceder, como las cosas parecían proponerlo, el proletariado habría conseguido no solo la hegemonía dentro de la Unidad Popular sino también la hegemonía dentro del país en su conjunto.

Si las cosas son clásicas, la crisis nacional debe anteceder a la guerra civil. Pero suelen no serlo y, entonces, bien puede ser que en lo concreto la propia guerra civil no llegue a ser otra cosa que la antesala superior de la crisis revolucionaria. Durante algún tiempo, es posible mantener la guerra sin que la vida diaria, es decir, toda la suma de sistemas de autoridad, se altere. Ergo, hay guerra y no hay crisis.

En Chile, aunque las cosas se encaminaban hacia dicha crisis nacional general, ella no obstante no había ocurrido todavía. El orden chileno demostraba ser algo extraordinariamente consistente, tangible e impenetrable. Ahora bien, mientras el orden vale, mientras es recibido por la gente extraproletaria y extraburguesa (mayoría en esta clase de países) como una normalidad, en la inercia del orden no hay una definición crítica y tales clases intermedias (por cuya conquista luchaban ambos, Allende y la derecha) se hacen a imagen y semejanza de su dominante ideológico.

Por eso Portales dijo que el orden sobrevivía en Chile por el peso de la noche; cuando todos duermen, se conservan los términos del día anterior. En esas circunstancias, los sectores indefinidos o que no son clase por sí mismos sino que han sido excluidos desde las clases verdaderas, se confirman como pertenecientes al orden de los conceptos del lado reaccionario. Es esta también la razón por la que tenía tanto éxito masivo entre esos sectores la inculpación a Allende de ruptura insistente de la legalidad. Su gobierno, sin dudas, rompía los términos de la costumbre, las leyes de la rutina del Chile de siempre; a esa costumbre es a lo que un pequeñoburgués chileno llamaba la legalidad. Distribuir leche en las callampas y las poblaciones en merma de la que por rutina debió encaminarse hacia el barrio alto era un caso típico de rompimiento de la legalidad. Solo en la crisis podía el proletariado hacerse mayoría efectiva; pues ella no llegó a existir en forma,

resultó evidente que la mitad más uno de que hablaba Lenin se produjo en favor del golpe y no en favor de Allende. Es así poco lo que vale la verdadera legalidad en estas situaciones, cuando la falsa legalidad es todavía tan exitosa en el ánimo de las gentes. Los aspectos conservadores de Chile resultaban más tenaces de lo que se hubiera podido conjeturar en lo previo.

En remate de aquello, vale la pena preguntarse por qué no se obtuvo dicha conversión o reducción. No, por cierto, a causa de las malas convicciones de quienes conducían los hechos o de quienes tenían que ver con los hechos convertidos en políticas. La verdad es que una sustitución tan drástica en el grado de la táctica no era posible sin una instancia real de concentración del poder, en una medida que era inconcebible en el Chile de Allende tal como fue.

Cuando no hay un poder unificado, en el que la hegemonía está en manos del partido de la clase obrera, este tipo de vuelcos es impracticable. El papel del partido resulta tan incuestionable que se podría llegar a decir que, así como el sindicalismo es la clase en sí y sin partido no hay clase para sí, así también, sin hegemonía del partido obrero, no puede haber dictadura proletaria. Solo el partido habilita a la clase para los avances y retrocesos, para la marcha quebrada y zigzagueante hacia la constitución del poder obrero. Solo el partido hegemónico puede utilizar varias tácticas a un tiempo o sustituir una de ellas por otra. Es pues un deber irrenunciable de un partido obrero el luchar por su propia hegemonía.

Resulta lo demás una suerte de juego de anécdotas complementarias. La democracia cristiana había tenido éxito en el reclutamiento de las clases medias y es verdad que ahora era una suerte de partido de masas de las clases medias. Resultado era ello, posiblemente, no solo de que las convocatorias de este partido se parecieran más a los temores y los valores de esos grupos; venía también, sin vueltas, de las reformas practicadas en el tiempo de Frei. La dispersión en el tiempo de los cambios sociales agrarios impidió una formulación fulminante de la alianza obrero-campesina. Allende, probablemente, debió haber cedido en todo lo necesario, incluso mucho, para pactar con la democracia cristiana, a condición de prepararse paralelamente para la guerra civil que era inevitable en Chile y a la vez el antecedente imprescindible de la crisis revolucionaria, *sin la que no se podía vencer*.

Aquel pacto habría posibilitado una división real del ejército sin la cual, a su vez, la victoria en la guerra civil no era sino una perspectiva ilusoria, aunque el mero pacto sin los aprestos para la guerra era, a su vez, una opción centrista. Triunfaron a lo último tanto los sectores burgueses de la Unidad Popular (que habían hecho de la legalidad un fetiche) como los ultraizquierdistas (que hacían una dilatada ofensiva hasta impedir la constitución hegemónica de una vanguardia obrera). Ni el PC ni los demás

sectores obreros supieron construir su propia hegemonía y no pudieron, por consiguiente, habilitar a Allende para la explotación de la crisis nacional general que se venía.

En tales circunstancias, el derrumbe del sistema de Allende era inevitable. Murió entonces como mueren los grandes jefes, los que son del tamaño de la lucha de clases y los que mandan creyendo. Se diría que puede vérselo para siempre en su palacio, en el que ya no dejará de ser el palacio de Allende, con aquella autenticidad sin aparatos con la que él se complacía en ser hijo de su propio país hasta el fin. Es verdad, por eso, que la naturalidad de su modo no obstruyó para nada la construcción de su vida hacia la grandeza latinoamericana sino que fue esta algo así como la continuación llana de aquello. Cambiar el mundo, en efecto, en tales casos magníficos, no consiste sino en insistir en la propia manera del ser.

No juró Allende el sacrificio pero lo asumió de inmediato cuando, quizá solo en los instantes finales, lo vio como una consecuencia necesaria, mientras alumbraban sus ojos para ver tal cosa los fuegos de la destrucción de aquel Palacio.

Sacaron su cadáver envuelto en un poncho boliviano. Perseguidos también nosotros, como una raza maldecida, por el Chile de Pinochet, quisimos ver en ello un símbolo intacto de la fraternidad de los revolucionarios de Bolivia y Chile.

México, diciembre de 1973.

# LAS MASAS EN NOVIEMBRE (1983)\*

---

\* Hay dos primeras ediciones, casi simultáneas, del ensayo *Las masas en noviembre*. Ambas de 1983, una es de junio (La Paz, Juventud) y la otra es de diciembre (México DF, Siglo XXI). La edición de editorial Juventud es parte del libro del mismo nombre (*Las masas en noviembre*), pp. 11-68. La versión de la editorial Siglo XXI es parte del libro *Bolivia hoy*, compilado por el mismo Zavaleta Mercado, pp. 11-59. Las dos «primeras ediciones» de «Las masas en noviembre» están acompañadas de una especie de correlato histórico-teórico: el ensayo «Forma clase y forma multitud en el proletariado minero en Bolivia» (pp. 219-240 en *Bolivia hoy*; pp. 69-92 en el libro *Las masas en noviembre*). Este ensayo había sido publicado ya en 1982 con el título «El proletariado minero boliviano entre 1940 y 1980», *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, núm. 32, junio de 1982, pp. 29-37. El libro *Las masas en noviembre* incluye además un tercer ensayo: «Cuatro conceptos de la democracia», publicado ya varias veces antes de 1983 (en 1981 y 1982) e incluido en este volumen.

Existen diferencias significativas en el sistema de notas al pie de las dos primeras ediciones de «Las masas en noviembre»: la versión de junio de 1983 tiene 162 notas, mientras que la de diciembre solo 130. Usamos, en esta edición la versión de junio de 1983 de la editorial Juventud, siguiendo la edición de la *Obra completa*, de la editorial Plural. Completamos la información bibliográfica con precisiones existentes solo en la edición de la editorial mexicana Siglo XXI. Partes de «Las masas en noviembre» se publicaron como «Autodeterminación y democracia en Bolivia (1978-1980)» en Pablo González Casanova (comp.), *No intervención, autodeterminación y democracia en América Latina*, México DF, Siglo XXI, 1983. [N. de E.]





## LAS MASAS EN NOVIEMBRE

TOCQUEVILLE ESCRIBIÓ que «no es en el ejército donde debe buscarse el remedio a los vicios del ejército sino en el país».<sup>1</sup> Esto parecería decir que hay un anhelo de castigo en el que lo recibe, a la manera de los discursos actuales de la microfísica del poder.<sup>2</sup> Es cierto que es mucho pedir a un país como Bolivia que se declare, además, culpable de lo que sus militares han hecho y no lo es menos que no se pueda evitar un sentimiento de escarnio cuando se delibera acerca de esta historia.

El rencor sirve de poco. En realidad, no sirve de nada, o sea: el rencor no conoce ni aun cuando sea él mismo legítimo. Lo que importa de aquello de Tocqueville es que el ejército,<sup>3</sup> si es que tal llamamos al monopolio del aparato represivo del Estado o *stricto sensu* a la violencia organizada y legítima del Estado, no es algo que existe en el aire. Tiene, por cierto, una relación de intensidad con el Estado. El ejército en otros términos, culpable aparente de este complejo de situaciones, es como la síntesis del Estado. Lo reduce a su epítome represivo, pero si ello puede ocurrir es porque el Estado mismo es la síntesis de la sociedad.<sup>4</sup>

Ocurre con esta síntesis lo que con otra cualquiera. Puede ser que el riñón sea la síntesis de lo que el cuerpo es, pero no se hace un cuerpo con un riñón. Aspira a reproducir en una *summa* a lo que sintetiza, pero es como ello más su astucia o calificación. En este sentido, el ejército es la *síntesis connotada* del Estado y el Estado, la *síntesis connotada* de la sociedad. El principio de la connotación es la base de todo el razonamiento de la política. El ejército, la necesidad final o fondo arcaico del Estado;<sup>5</sup> el Estado, el límite dentro del que se permite existir a la sociedad: la sociedad, la ley del Estado; el Estado, la ley de la sociedad. Pues bien, en ninguna institución (y todas las instituciones son formas organizadas de los fracasos humanos)

---

<sup>1</sup> Cf. Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, México DF, FCE, 1957.

<sup>2</sup> Cf. Michel Foucault, *Microfísica del poder*, Madrid, Editorial La Piqueta, 1978.

<sup>3</sup> Aquí y a todo lo largo del trabajo, llamamos Ejército al conjunto de las Fuerzas Armadas.

<sup>4</sup> La del Estado como síntesis de la sociedad es una bien conocida definición de Lenin.

<sup>5</sup> Distinguimos aquí entre fondo arcaico y forma moderna porque la violencia es común a todas las formas de Estado, pero el predominio de lo ideológico es específico del Estado moderno.

encarna de un modo tan trágico, épico y enfermo la *razón de Estado* o irresistible como el ejército. Los soportes (los oficiales, carne y hueso) de este órgano de la irresistible (el ejército, institución) viven ello de una manera tal que la absolución está inmersa en el acto mismo: lo que se hace allá, en el seno de la liturgia militar, está dentro de la razón del Estado. Los actos de uno, en ese escenario, llevan en sí su propio perdón. La «carga» de la acción es distinta de otra cualquiera. Los hombres comunes pensamos en cambio en los militares como en hombres comunes. En esta dicotomía, que proviene tanto de la ideología esencial del Estado como de la ideología con que uno se juzga a sí mismo, radican los términos provisionales de la contradicción presente.

### Circunscripción del asunto

No nos proponemos en este trabajo cosa distinta que digresiones de sentido común acerca de dos años de la historia de Bolivia, disquisiciones elementales. Nos interesan, sobre todo, el ejército como *quid* de la clase dominante y las masas, o sea, la historia de una enemistad. Podríamos proponerlo también por la vía contraria. Decir, por ejemplo, que los que nosotros llamamos opresores no son solamente opresores sino que tienen, por otra parte, las razones de su propia moral ideológica para hacer tal cosa y también ciertas razones «técnicas», por decirlo así. O sea, que la *razón reaccionaria* como explicación del mundo existe lo mismo que la nuestra y la superioridad de una o de la otra es algo que debe probarse. Falta por resolver cuál es la prueba de una superioridad. Decir, por otra parte, que un oprimido, en tanto en cuanto no demuestre lo contrario (es lo que tratamos de hacer) es siempre culpable de no haber sabido vencer. Se dice fácil: en cambio, *vencer, mandar*, son actos que conocen muy pocos hombres.<sup>6</sup> Aprender a mandar es quizá el problema más profundo que debe encarar en cualquier época toda clase que quiere ser libre.<sup>7</sup>

Sin duda estas son aserciones. Pero no lo es el cavilar sobre los temas consecuentes al dilema de la democracia en Bolivia. Intentaremos, por tanto, un razonamiento acerca de la crisis de fines de 1979 en Bolivia, que es en verdad el tema central, por cuanto se refiere a un momento crucial de la autodeterminación nacional-popular, acerca de la crisis misma como núcleo preeminente del conocimiento de una sociedad atrasada,

---

<sup>6</sup> De aquí proviene el rol absolutamente fundamental de los partidos, sindicatos y toda forma de organización popular. Cómo se sale de una dictadura, fascista o no, por ejemplo, depende del grado en que las organizaciones hayan existido en la dictadura. Si la dictadura es de verdad eficiente, educa a las masas por años en la no-política.

<sup>7</sup> Es en este sentido que Gramsci pensaba, por ejemplo, en la existencia de un espíritu estatal en la clase obrera antes del poder mismo.

de la hegemonía no socialista o hegemonía *pobre* de la clase obrera, de la transformación del instinto clásico de la autodeterminación en democracia representativa convertida en una ambición de masa, en fin, de las dificultades de la *representación* de la democracia en una formación abigarrada, de las etapas dentro del Estado nacionalista revolucionario o del 52 y de la inserción de lo que hemos llamado *mediación prebendal*<sup>8</sup> en el proceso de constitución de un Estado nacional. Es necesario todo esto todavía para contradecir la reaccionaria teoría que aspira a segregar países inteligibles y países no inteligibles.<sup>9</sup>

## Teoría del golpe de Estado

Señalemos de principio el eje factual de una discusión de esta naturaleza. En lo aparente, ello debería estar dado por el golpe militar del 17 de julio de 1980 con el que el ejército, con el general Luis García Meza en su mando,<sup>10</sup> se hizo del poder y negó, del modo más radical entre todos los posibles, los resultados de una elección general en la que el principal candidato opositor, Hernán Siles Zuazo, había obtenido las condiciones necesarias para proclamarse mayoritario. La presidencia de la república debió habersele entregado veinte días después en cumplimiento de lo que dice la Constitución Política del Estado. Tratábase, en este país donde el género está demasiado cultivado, de la agresión más despótica, literal y cruda, no digamos a la democracia representativa, sino al sentido republicano más elemental.<sup>11</sup> Con el pasar del tiempo, uno puede hacerse preguntas. ¿Por qué llevar las cosas a esta relación de inmediatez tan procaz?

---

<sup>8</sup> Véase *infra*.

<sup>9</sup> La inteligibilidad de los procesos suele estar asociada a prejuicios de diverso tipo. En cierta ocasión Osvaldo Soriano, por lo demás un novelista excelente, me comentó en La Habana que le parecía que los hechos bolivianos estaban fuera de toda lógica. Por qué a Soriano le parecía más lógica la incongruencia política argentina en plena guerra (hablamos de lo de las Malvinas) y no la de Bolivia es algo que no entendemos bien. Recuerdo también que una vez Hugo Alfaro, excelente periodista de *Marcha* y persona nobilísima, escribió que el *affaire* de Arguedas se explicaba por la «inmadurez» de Bolivia. Eso era muy poco tiempo antes de la historia de Mitrión y demás. Es una mala escuela opinar con estos argumentos.

<sup>10</sup> García Meza se convirtió en una figura notoria porque dirigió la represión de los días de Natusch. Con todo, su ascenso estuvo vinculado a factores también extramilitares. En los hechos, él tuvo que derrocar internamente, rompiendo la línea jerárquica militar, primero a Reyes Villa y después a Rocha Patiño, como generales a cargo del Comando en Jefe. García Meza, de quien se decía que era pariente de la presidenta Gueiler, condicionó de un modo agresivo todo ese interinato y preparó el golpe a la luz del día.

<sup>11</sup> Uno de los aspectos que más llama la atención en este golpe de mano de los militares es la poca avidez que ellos demuestran por presentar argumentos, cualesquiera que ellos fueran. Paz Estenssoro había dado en el 64 el justificativo de la lucha contra su reelección y ese rol lo cumplió con Torres la Asamblea Popular. Para lo de García Meza no hubo ninguna explicación y, en cambio, la legitimidad del proceso electoral era indiscutible.

Bastaba con haber impedido, así fuera con la *candidatura de Rojas*,<sup>12</sup> que Siles Zuazo venciera hacía tan poco tiempo. Con todo (y esto va a lo nuestro), lo que ocurrió en los magníficos días temibles de noviembre de 1979, nueve meses antes de esta fecha, fue en cambio *una crisis social y no una mera adversidad* de la democracia representativa. Después de las masas de noviembre, el golpe de julio era ineluctable. Es esta una premisa primaria respecto a todo el discurso posterior.

En la construcción de la política en esta sociedad ¿cuál es el significado de lo que se llama un *golpe de Estado*? Es, hay que decirlo, una suerte de costumbre colectiva o, más bien, es la manera que adoptan el cambio político y la sucesión en el poder en Bolivia. Primera consecuencia, no se trata de una anomalía o ruptura en la normalidad de la vida. Hablando está eso mismo del grado en que lo que se llamaría el *contrato de la constitución del poder* o pacto de acatamiento es algo todavía a resolver en Bolivia, sea porque los factores reales de la sociedad no pueden expresarse (por el *estupor de los siglos*)<sup>13</sup> o porque hay un desacuerdo entre la manifestación democrática y la detentación real del poder, sea porque no hay un espacio en el que puedan pactar aquellos que controlan los términos centrales del poder y aquellos que deberían aceptarlos.<sup>14</sup>

El principio al que nos atenemos es aquel que advierte que en la erección moderna del poder la legitimidad es algo que debe ser verificable. En otros términos, la cuantificación probable en la estructuración de los órganos y soportes del Estado es un correlato de lo que se ha llamado el advenimiento del yo<sup>15</sup> o sea de la igualdad humana comprendida en términos de ciudadanía, es decir, entre la democratización social del capitalismo y la democracia representativa. Se trata nada menos que de la inserción del cálculo o contabilidad racional o predictibilidad, que es un principio que emerge de la universalidad del mercado, en el universo de lo político. En el fondo, por tanto, la democracia como representación no es sino un episodio más de lo que se ha llamado la *reforma intelectual*.

<sup>12</sup> Esto alude a la novela de Armando Chirveches, *La candidatura de Rojas* (1908), que hace una descripción costumbrista de las elecciones en el periodo oligárquico-liberal (1880-1930).

<sup>13</sup> Cf. Franz Tamayo: «Cuando el puñal ibero / l'hubo transido / este mundo agorero / dio un alarido. / Después, pavora / y un estupor de siglos / que aún dura, aún dura». Del libro *Scherzos* (1932).

<sup>14</sup> Se puede decir que el núcleo central del poder está dado en Bolivia por el grupo de los explotadores mineros (que combinan la influencia de la minería mediana sobre la minería estatal, en la práctica controlada por aquella), la oligarquía cruceña y en orden decreciente las demás, el Ejército, la Iglesia de un modo complejo. Las cifras electorales demostraron la ninguna validez consensual de este comando.

<sup>15</sup> Esta es la manera metafórica de llamar a lo que está mejor descrito en Descartes, o sea, la autonomía de la conciencia o pensamiento como prueba de la existencia del hombre. Cf. René Zavaleta Mercado, «Cuatro conceptos sobre la democracia» (incluido en este volumen). También Jacques Maritain, *Tres reformadores: Lutero, Descartes, Rousseau*, Buenos Aires, Difusión, 1968.

La manera de los hechos bolivianos desmiente, sin embargo, esta lógica de la historia. ¿Acaso no es verdad, como lo demuestran tantas de nuestras vivencias, que un golpe de Estado puede ser tanto o más legítimo que un poder que se achaca a sí mismo el ser «representativo»? En la memoria de la masa, Villarroel o Torres fueron más legítimos (más democráticos y representativos) que Barrientos o Hertzog, para no hablar de Urriolagoitia y Peñaranda.<sup>16</sup> Es por eso que el *golpe de Estado* retiene una suerte de incertidumbre propia de los acontecimientos inconfutables cuando no el cariz de un hábito social. Ahora bien, sin la consideración de los hábitos y de los mitos es poco lo que se puede avanzar en el análisis político. Si la democracia representativa es, después de todo, eso, la compatibilización entre la cantidad de la sociedad y su *selección cualitativa*, ergo, aquí el azar, la confrontación carismática, la enunciación patrimonial del poder y su discusión regional son tanto más posibles que su escrutinio numérico. No se puede llevar cuentas allá donde los hombres no se consideran iguales unos de otros, o sea donde no prima el prejuicio capitalista de la igualdad, sino el dogma precapitalista de la desigualdad.

Una vez y otra volveremos sobre este asunto. La forma abigarrada y desigual de la sociedad impide en una gran medida la eficacia de la democracia representativa como cuantificación de la voluntad política. Con todo, se debe convenir a la vez en que la igualdad siempre comienza por su forma. La forma igualdad precede a la condición igualdad. Es su prelucción. En otros términos, el amor por *formas determinadas* es ya el anuncio de la existencia subterránea de los acontecimientos sociales. Eso se verá en el propio análisis de este artículo. De otro lado, eso mismo nos llevará a dudar entre si lo que se prepara en Bolivia es un pacto democrático o una revolución social. En realidad, hay tantos elementos para pensar en una cosa o en la otra. No obstante ello, si la conjuración *a la* Catilina es un arte tan nativo y si todo cuanto ocurre comienza siempre o termina en un golpe de Estado, si este es casi un elemento de nuestra vida personal, tal es porque no existe el pacto o acuerdo constitutivo y sin eso la democracia se vuelve una discusión de abogados sobre un contrato que no existe. Bolivia, en este sentido, no tiene una Constitución ni podría tenerla.<sup>17</sup>

---

<sup>16</sup> Barrientos hizo una elección que lo eligió, desde el poder, en 1966, con la complicidad, a la larga inexplicable, de Ovando. Hertzog fue «elegido» en 1947 cuando el movimiento obrero estaba fuera de la ley y había un vasto movimiento campesino (véase *infra*). Urriolagoitia desconoció en 1951 las elecciones que él mismo presidió, que fueron ganadas por Paz Estenssoro, giró un cheque abultado del Banco Central en favor de sí mismo, entregó el Palacio a los militares y se mandó a mudar. Peñaranda, cuyo nombre quedó asociado con la masacre de Catavi y los «precios de democracia», fue elegido por un número ridículo de votos en 1941.

<sup>17</sup> Sin embargo, hay pocos países que hayan tenido tantas constituciones. A lo que nos referimos es a lo ilusorio de la Constitución como ley de leyes allá donde no se ha producido la constitución de lo político.

Un golpe de Estado desencadenó la insurrección de abril de 1952 (la Victoria Nacional)<sup>18</sup> y un golpe de Estado puso fin al proceso de la Revolución Nacional iniciado por esa insurrección,<sup>19</sup> que fue como un noviembre convertido en abril.<sup>20</sup> El acto de masas que fue la huelga de hambre en 1977<sup>21</sup> puso término a la dictadura de Banzer mediante el golpe que indujo y otro golpe como este sepultó la impostura de Pereda, que la había sustituido. Golpe también fue el de García Meza, que rompió la breve fase del auge democrático representativo que se había iniciado con aquella memorable huelga de hambre de las mujeres mineras.<sup>22</sup> Por eso importa tan poco la forma *coup d'Etat* y tanto, como contraparte, lo que cada uno de ellos convoca o contiene o remata.

### La crisis como método

Tenemos que mientras la democracia representativa no expresa aquí sino circunstancias o islas de la voluntad social y en tanto el golpe de Estado, cualquiera que sea, no significa por sí mismo casi nada (neutro en su naturaleza), en cambio la crisis es la forma clásica de la revelación o reconocimiento de la realidad del todo social. Esto contiene un modo patético de la manifestación. En principio, en efecto, el poder debería representar o sea exponer a la sociedad. No podría hacerlo porque desaparecería y, en consecuencia, la niega o al menos la enmascara. La crisis se postula, por tanto, como el fenómeno o la exterioridad de sociedades que no tienen la posibilidad de una revelación cognitiva empírico-cotejable, sociedades que requieren una asunción sintética de conocimiento.

Si se dice que Bolivia es una formación abigarrada es porque en ella no solo se han superpuesto las épocas económicas (las del uso taxonómico común) sin combinarse demasiado, como si el feudalismo perteneciera a una cultura y el capitalismo a otra y ocurrieran sin embargo en el mismo escenario o como si hubiera un país en el feudalismo y otro en el capitalismo, superpuestos y no combinados sino en poco. Tenemos, por ejemplo, un estrato, el neurálgico, que es el que proviene de la construcción de la

---

<sup>18</sup> El golpe militar que intentó el general Seleme en abril de 1952 se convirtió en una insurrección popular, con participación central de los obreros. Victoria Nacional es la manera en que por uso popular se bautizó a la insurrección.

<sup>19</sup> El golpe militar de noviembre de 1964, encabezado por los generales Barrientos y Ovando.

<sup>20</sup> Juego de términos para aludir la semejanza entre los hechos de masas de noviembre de 1979 y la transformación del golpe en insurrección en abril de 1952.

<sup>21</sup> Un pequeño grupo de mujeres mineras inició en 1977 una huelga de hambre pidiendo el retorno de sus maridos y la reposición de sus trabajos. Esto se propaló de una manera inmensa y en determinado momento había en el país centenas y quizá miles de huelguistas de hambre. Así terminó la dictadura de Hugo Banzer.

<sup>22</sup> Este es el golpe del 17 de julio de 1980.

agricultura andina o sea de la formación del espacio; tenemos de otra parte (aun si dejamos de lado la forma *mitima*)<sup>23</sup> el que resulta del epicentro potosino, que es el mayor caso de descampesinización colonial; verdaderas densidades temporales mezcladas, no obstante, no solo entre sí del modo más variado, sino que también con el particularismo de cada región, porque aquí cada valle es una patria, en un compuesto en el que cada pueblo viste, canta, come y produce de un modo particular y habla todas las lenguas y acentos diferentes, sin que unos ni otros puedan llamarse por un instante la lengua universal de todos. En medio de tal cosa, ¿quién podría atreverse a sostener que esa agregación tan heterogénea pudiera concluir en el ejercicio de una cuantificación uniforme del poder? De tal manera que no hay duda de que no es solo la escasez de estadísticas confiables lo que dificulta el análisis empírico en Bolivia sino la propia falta de unidad convencional del objeto a estudiar.

Detener la descripción en este punto no llevaría, con todo, sino a pensar que se trata de una dispersión condenada a la dispersión. La entidad social, sin embargo, es una realidad poderosa de una manera enigmática. Esto pertenece a un género de evidencia que contiene sus propias contradicciones (quizá como toda evidencia). Todo ello, mercados, épocas, latitudes, hablas, rostros, pertenece a lo que los polacos llaman un *fondo histórico*, que es una acepción más compleja que la unidad fetichista.<sup>24</sup> Es algo sobre cuya causa no vale la pena disputar. Si es el fruto de la apropiación del hábitat o del rol mercantil de Potosí o del convulso destino vivido a lo largo y lo ancho del tiempo, sea cual fuere, aquí sin duda, desde el *Memorial de los Charcas* hasta Viedma, Toledo y el tambor mayor Vargas<sup>25</sup> hay una entidad que se reconoce a sí misma. Pues bien, hay una medida en que el sentimiento de la identidad es la prueba de que la identidad existe. La gravedad que tiene la pérdida del litoral, por ejemplo, no consiste en el territorio ni en el excedente que generó sino en la amputación de la lógica espacial de esta unidad, su congruencia ecológica.<sup>26</sup> Los acontecimientos, teniendo por ellos desde el espacio hasta la familiaridad y la violencia, han producido las premisas

---

<sup>23</sup> Se alude a la costumbre de los incas de desarraigar poblaciones enteras cambiándolas de lugar y poblando el suyo con quechuas o habitantes de comunidades fieles a ellos. El propósito obvio consistía en la disolución de la identidad preincaica por pérdida de la referencia espacial, con frecuencia acompañada por la sustitución lingüística.

<sup>24</sup> Fue Gramsci quien habló del «fetichismo de la unidad» para aludir al culto mecánico de la uniformidad en lugar de atender los problemas cultural-ideológicos de la unificación.

<sup>25</sup> Cf. Francisco de Toledo, *Tasa de la visita general de Francisco de Toledo*, Lima, Universidad de San Marcos, 1975; Francisco de Viedma, *Descripción de la provincia de Santa Cruz de la Sierra. Memorial de los Charcas*, crónica inédita de 1582 (Archivo General de las Indias); José Santos Vargas, *Diario de un comandante de la independencia americana (1814-1825)*, México DF, Siglo XXI, 1982.

<sup>26</sup> Véase John Murra, *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, Lima, IEP, 1975.



inconscientes de la unificación y en esto es natural no concebir la nación como un mercado. El problema radica en esto, en que la *intersubjetividad* existe<sup>27</sup> antes de las premisas materiales (supuestas premisas) de la intersubjetividad. La realidad no es entonces cuantificable o la cuantificación no expresa la realidad sino de un modo remoto, desconfiable.

A contrapelo, la historia, como economía, como política y como mito, se ofrece como algo concentrado en la crisis. Es en la crisis que es algo actual porque la crisis es un resultado y no una preparación. La crisis es la forma de la unidad patética de lo diverso, así como el mercado es la concurrencia rutinaria de lo diverso. El tiempo mismo de los factores (y la principal diferencia entre un modo de producción y otro es la calidad del tiempo humano) no actúa de un modo continuo y confluyente sino en su manifestación crítica. La producción comunaria o parcelaria en la Bolivia alta, por ejemplo, es distinta en su premisa temporal agrícola a la oriental, no solo por el número de cosechas y las *consecuencias organizativas* del trabajo del suelo, sino también a la minera, que es ya la supeditación o subsunción formal en acción.<sup>28</sup> El único tiempo común a todas estas formas es la crisis general que las cubre, o sea la política. La crisis, por tanto, no solo revela lo que hay de nacional en Bolivia, sino que es en sí misma un acontecimiento nacionalizador: los tiempos diversos se alteran con su irrupción. Tú perteneces a un modo de producción y yo a otro, pero ni tú ni yo somos los mismos después de la batalla de Nanawa; Nanawa es lo que hay de común entre tú y yo. Tal es el principio de la intersubjetividad.<sup>29</sup>

El conocimiento *crítico* de la sociedad es entonces una consecuencia de la manera en que ocurren las cosas. Esto debería ocurrir siempre; la naturaleza de la materia debería determinar la índole de su conocimiento. La manera de la sociedad define la línea de su conocimiento. Entre tanto, la pretensión de una gramática universal aplicable a formaciones diversas suele no ser más que una dogmatización. Cada sociedad produce un conocimiento (y una técnica) que se refiere a sí misma.<sup>30</sup>

---

<sup>27</sup> Cf. René Zavaleta Mercado, «Notas sobre la cuestión nacional en América Latina», *Boletín de Antropología americana*, México DF, núm. 4, 1981, pp. 91-98.

<sup>28</sup> Por subsunción formal se entiende la supeditación del individuo libre al mando del capital pero todavía no contiene la aplicación de la ciencia al acto productivo, que es un momento propio de la subsunción real.

<sup>29</sup> Para el asunto de la intersubjetividad *vid.* Jürgen Habermas, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973.

<sup>30</sup> Hay que distinguir con todo entre la reiteración absoluta, que es propia de las leyes naturales, y el consumo social de esa reiteración, que es algo local y para cada caso. La transferencia de categorías o paradigmas en cuanto a las ciencias sociales es más complicada.

## La multitud en auge

Podemos ya escribir por qué postulamos la remisión del análisis no a la secuencia elección-golpe de junio-julio de 1980,<sup>31</sup> sino más bien al conjunto de los episodios de masa que ocurrieron en noviembre de 1979. En el ejercicio de aquellas *costumbres colectivas* (las de la conjuración ancestral), el general Natusch Busch, desde un torvo carisma de cuartel, encabeza entonces un pronunciamiento militar<sup>32</sup> destinado a desconocer al gobierno provisional de Walter Guevara,<sup>33</sup> que era el fatigado producto al que había llegado el eclecticismo (tan primerizo) del esfuerzo electoral. Guevara, con todo, era también el requisito de la elección siguiente.<sup>34</sup> Representaba, él mismo, un desacuerdo entre el fundamentalismo militar y los bienpensantes civiles, porque Natusch era aquello y Guevara, esto.

Con un aborrecimiento radical por las formas, por lo parlamentario y lo jurídico, Natusch se encuevó en el Palacio Quemado mientras sus hombres cumplían la doctrina para la que habían sido preparados sobre todo en Panamá:<sup>35</sup> su fugaz hospedaje en el Palacio no pudo ocurrir sin causar al menos 700 muertos.<sup>36</sup> Esto mismo es un decir, porque hay muertos y muertos. Lo que se produce en realidad es una asonada de la multitud, un aquelarre de la muchedumbre. El actor es el pueblo de La Paz. Mientras los políticos hesitaban acerca de si aquel felino disfrazado de militar boliviano

<sup>31</sup> Las elecciones en que triunfó Siles Zuazo por tercera vez se llevaron a cabo el 8 de junio de 1980. El golpe se produjo el 17 de julio de 1980.

<sup>32</sup> Al amanecer del 1 de noviembre de 1979 se anunció que el coronel Alberto Natusch Busch se había hecho cargo del poder. Se practicó lo que dice la doctrina del Ejército para casos como este, o sea, despliegue inmediato y total sobre la ciudad, toque riguroso de queda. Algo que no se pudo hacer cumplir. Aunque Natusch ofreció la nacionalización de la minería mediana y el aumento de sueldos y salarios, la matanza empezó de inmediato. Sobre esto corre la versión de que García Meza, en el comando de la represión, fue adonde Natusch no quería ir. Esto quizá explique ciertas vacilaciones de alguna parte de la izquierda en ese momento y la posterior adhesión franca de otra al nuevo intento que hizo Natusch en 1981. Sin duda un hombre afortunado en este sentido. No cabe empero sino atenerse a lo que dicen los hechos: que las matanzas se realizaron en su nombre y sin su desmentido actual ni posterior.

<sup>33</sup> Cf. René Zavaleta Mercado, «De Banzer a Guevara Arze: La fuerza de la masa», *Cuadernos de Marcha*, segunda época, núm. 3, sept.-oct. De 1979, pp. 29-41. Con una cicatería que se parecía más a una consolidada mala voluntad, Paz Estenssoro y Siles convinieron a lo último en definir el total empantanamiento de la decisión del Congreso eligiendo a un viejo compañero y rival, el abogado Walter Guevara Arze. Guevara no consiguió sino tres meses de un interinato muy complicado como pago de una larga carrera política (que tuvo como momento principal el Manifiesto de Ayopaya, el más importante documento etapista de la época). La elección de Guevara se hizo hacia el 10 de agosto de 1979, cuando las fanfarrias golpistas se agitaban por minutos.

<sup>34</sup> El encargo fundamental del Congreso a Guevara fue la realización de la elección siguiente, que debía realizarse al fin de su presidencia *ad interim*, un año después.

<sup>35</sup> Desde 1969, todas las promociones que egresan del Colegio Militar en Bolivia son trasladadas a Panamá por un tiempo a completar su formación. Sobre esto *vid.* *El nacionalismo revolucionario contra la ocupación extranjera*, La Paz, 1967.

<sup>36</sup> Que es lo que este hombre y sus amigos dejan como recuerdo a Bolivia.

se parecía más a Busch mismo, su avínculo,<sup>37</sup> o a Barrientos,<sup>38</sup> los helicópteros ametrallaron sin discriminación a las personas apeñuzcadas en las esquinas de la ciudad, sin duda en actitud de rechazo. En la demostración de su mejor estirpe, como alma de la sociedad civil, que la de las inopes demoras partidarias, la COB<sup>39</sup> convoca entonces a la huelga general. Esto mismo tiene ya su propia profundidad. Es la primera huelga general obrera que se hace en defensa de la democracia representativa.<sup>40</sup> Sin embargo, los hechos no hacen más que agravarse y cargarse de significados. Es también la primera vez que el campesinado como un todo se pronuncia por el apoyo a la huelga general obrera, o sea que se trata ya de un eje de constitución de la multitud, si se quiere, de un bloque histórico. Es la recomposición de la alianza del 52. No hay antecedentes en la América Latina de un apoyo rural de tal carácter a una forma urbana típica como es la huelga.<sup>41</sup> En lo que es más importante aún, como acumulación de masa, se produce la incorporación de los métodos políticos de la lucha agraria clásica al patrón insurreccionalista de la clase obrera. La ocupación del territorio demostraría entonces quiénes son los amos reales (porque el espacio ha sido *apropiado* de una manera esencial) y quiénes son los ocupantes militares del país, o sea que el acoso representa aquí no solo la transformación de la cantidad en calidad, que es retórica, sino la reducción del Estado a su verdad final, que es la territorial: es Katari cercando La Paz.<sup>42</sup> Todos los *pueblos* y ciudades son cercados por la gran *jacquerie* campesina que tiene, además, la singularidad de haber sido ordenada por un comando obrero. Es, en la práctica, la unión entre Tupac Amaru y la insurrección de Abril,

<sup>37</sup> Germán Busch Becerra, héroe de la Guerra del Chaco y dictador suicida (véase Augusto Céspedes) del nacionalismo revolucionario, tío de Alberto Natusch Busch, el de noviembre. Busch había sido el más carismático de los cuatreadores bolivianos en la Guerra del Chaco y sin duda conformó una leyenda. Amparándose en ella, Natusch intentó y en una medida modesta lo logró, hacerse de cierto caudillaje en un Ejército que había perdido todos sus caudillos. Natusch es un ejemplo terrible de lo peligrosa que puede ser un alma confusa.

<sup>38</sup> Audaz hombre de pleitos que, con base en cierto desprecio infinito por todas las cosas, se convirtió en el dueño de Bolivia por un periodo de seis años (1964-69) hasta que su helicóptero fue derribado no se sabe por quién en una quebrada de Arque. Fue un agente del imperialismo y el fundador de la mediación prebendal en Bolivia.

<sup>39</sup> Central Obrera Boliviana, máximo organismo de masa de los trabajadores bolivianos. Mal grado su estatuto, es un organismo que rebasa a la clase obrera, aunque la privilegia. Está compuesta también, hoy por hoy, por los estudiantes y los campesinos, así como por los trabajadores no productivos y *white collars*. Lechín es, desde hace muchos años, su figura principal.

<sup>40</sup> La consigna de la huelga general de 1979 era esa en primer término, el respeto por el resultado electoral. Es cierto que Gueiler suscribió de inmediato todos los consejos del Fondo Monetario Internacional (entre los cuales, la confiscación habitual del salario popular). Las reaccionarias medidas del gobierno de Gueiler precipitaron la expansión de la explosiva protesta urbana a la consistente resistencia campesino-territorial. Pero no se puede hablar de dos episodios, sino de uno con dos fases.

<sup>41</sup> Véase John V. Murra, *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, Lima, IEP, 1975.

<sup>42</sup> Julián Apaza, el cuarto Katari, que adopta el nombre de Tupac Katari, jefe de la mayor parte de las acciones militares del movimiento tupacatarista. En homenaje suyo el milenarismo aymara actual se llama como se llama, katarismo.

que fue obrera. La definición del campesinado (sobre todo del aymara) en esta coyuntura es un hecho aún más trascendental que su propio brillante comportamiento electoral.

En la teoría de la *fuerza de masa*, que no corresponde exponer aquí, es obvio que es un caso de interpelación proletaria sobre grandes masas precapitalistas. Esto no necesita ser relevado. Debe resumirse diciendo: la revuelta de la multitud, conmovida de una manera no quiliástica sino programática, porque la interpelación es proletaria, cancela el último proyecto viable de carisma militar y es probable que también, en su sustancia de largo plazo, el propio método precapitalista del *golpe de Estado*, o sea la inducción no verificable del poder. Las masas, que habían sido siempre clandestinas respecto a la democracia representativa, componen su asonada ahora bajo el lábaro de la democracia representativa que se incorpora a su memoria de masa o acumulación en el seno de la clase. Cualquiera que sea la evolución del pensamiento general sobre la cuestión obrera, no hay duda de que aquí la masa se ha constituido en torno a la interpelación proletaria.<sup>43</sup>

Desde el punto de vista del estudio del Estado, la crisis de noviembre es sin duda el mayor acto separatista de las masas fundamentales con relación al molde hegemónico del Estado de 1952. Los bolivianos temen mucho al término separatismo porque son, igual que los italianos, separatistas en general. Esta es la principal fuerza que tienen nuestros enemigos sobre nosotros. El acto fundamental de este Estado, aunque sería ridículo plantearlo así a sus propios creadores, fue la universalización del ideologema nacionalista revolucionario.<sup>44</sup> Esto se vio al claro en las tres elecciones de los setenta. Sin duda, aquí el único vencedor incuestionable fue el nacionalismo revolucionario, que es como la *ideología general*.<sup>45</sup> Los propios partidos marxistas resultan tributarios furtivos de esta ideología dominante. Es cierto que el mismo Banzer, como heredero de Barrientos, era como la elocución reaccionaria del NR. A pesar del triunfo general de este ideologema, los *actos prácticos* (porque esta es la producción de la psicología general) de los mismos que *votan* por el NR muestran un sentido de rebasamiento de la vigencia de aquella hegemonía. Es cierto que en Bolivia se es nacionalista revolucionario incluso cuando no se sabe que se lo es;

<sup>43</sup> Cf. René Zavaleta Mercado, «Forma clase y forma multitud en el proletariado minero de Bolivia», René Zavaleta Mercado (comp.), *Bolivia hoy*, México DF, Siglo XXI, 1983, pp. 219-240. Incluido en este volumen. La multitud es entendida aquí como la forma modificada de la clase. Es un hecho que el pueblo acató la proclama obrera.

<sup>44</sup> Véase Luis H. Antezana, «Sistema y proceso ideológicos en Bolivia, 1935-1979» en René Zavaleta Mercado (comp.), *Bolivia hoy...*, *op. cit.*, pp. 60-84.

<sup>45</sup> No solo en su sentido ideológico más global. Aunque esto es algo que debe calificarse, no cabe duda de que las discusiones políticas actuales son, para todo fin práctico, discusiones interiores al nacionalismo revolucionario.

con todo, la trágica aventura a la que se lanzó Natusch, acompañado por tres o cuatro doctores corruptos, iba a desatar un verdadero acto de ruptura ideológica y de restauración de la multitud. He aquí cómo la historia hizo cosas grandes a partir de pasiones viciosas. Puesto que el conjunto de la política se refiere al NR, por consiguiente la política misma está ahora obsoleta porque hay una nueva multitud.

Un acto constitucional de las masas: el chaleco NR quedaba angosto para esto. Con todo, las propias masas mostrarían de inmediato una gran perplejidad respecto a su propio programa hegemónico. El asenso no solo virtual sino llano y factual de la orden de la COB por los campesinos, o sea la jefatura política de la COB sobre la gran mayoría, se acompaña de un modo desesperante con la proclamación inmediata de un pálido programa de correctivos tecnocráticos a la economía.<sup>46</sup> En todo caso, la crisis de noviembre reprodujo de una manera casi física los términos constitutivos tanto de la historia nacional-popular del país, como los recuerdos más conservadores de la clase dominante, esto es, cada uno de los polos *recordó* su historia, como si lo de hoy no fuera sino la obligación de lo que dormía en lo pasado. Hace cuatro siglos que el señorío practica un Proceso Mohoza contra los indios de Bolivia.<sup>47</sup>

Desde otro punto de vista, la crisis de noviembre manifiesta las imposibilidades centrales del Estado boliviano (o sea los límites no democráticos de la revolución democrática de 1952) aun después de su enriquecimiento conceptual posterior a ese momento. El atávico pavor al alzamiento, o sea la idea latente de que la *indiada carga. Aguaitar*, por ejemplo, es un verbo campesino. El territorio es el privilegio militar de los que son muchos. Toda la lucha debe girar en torno a la concepción del acecho y del cerco, de la transformación de la geografía en poder. Es en estos términos, poco menos que eónicos, que la masa cancela la lógica del pacto militar-campesino.<sup>48</sup>

---

<sup>46</sup> En el mismo momento de su máxima hegemonía, cuando el campesinado y todo el sector popular urbano acatan la huelga de la COB, esta emite un documento económico en términos lánguidamente cepalinos. Pocas veces se pudo ver tan clara la contradicción entre el gran poder del organismo y la pobreza de su programa para el país. Véase René Zavaleta Mercado, «Forma clase y forma multitud en proletariado en Bolivia», *op. cit.*

<sup>47</sup> Bautista Saavedra, autor de una pieza sociológica tan célebre como *El ayllu* (1903), fue también, de manera significativa, quien siguió el juicio contra los aymaras alzados en Mohoza, aldea de la provincia paceña donde se produjo una matanza de blancos y blancoides dentro de los acontecimientos de la Guerra Federal. En último término, esto devino el juicio si no a una raza, a una nacionalidad o etnia. Las piezas de este proceso son jugosas al máximo para el estudio de la visión de los vencedores. Eso no fue óbice para que él mismo a su turno, ya presidente, masacrara a los indios en Jesús de Machaca.

<sup>48</sup> El llamado «pacto militar-campesino» se estatuye con el ascenso de Barrientos. En principio parecía una pura manipulación. Después se pudo ver que respondía a sentimientos conservadores reales en el campesinado, a un conformismo explicable después de la realización de todo su programa que no consistía más que en libertad y tierra. Esta es la base social de todos los regímenes militares que se deslizan sucesivamente hacia formulaciones más y más semejantes a

Por consiguiente, si los obreros salen un día de su clausura corporativista será en el desarrollo de una propuesta surgida del movimiento campesino. Fue Marx quien escribió sobre la *timidez real*: no convertir en política lo que ha existido ya en la violencia de la praxis es como no desearse a uno mismo, querer disolverse.

## Comedias políticas y elecciones generales

Veamos cómo se puede cotejar ese concentrado o núcleo con la manera que adquirió la puja electoral. Ni duda cabe de que cuando la protesta se condensó hasta ser insoportable, con la huelga de hambre,<sup>49</sup> el bloque banzerista<sup>50</sup> estaba convencido de que siete años de dictadura y fáciles vacas gordas habían acobardado a los durísimos sectores populares, o sea que la filfa pura del crecimiento económico había reeducado a la turba en torno al desarrollismo y el orden. La mediocridad del alma se convirtió con Banzer en un sistema político. Con un optimismo en verdad inexplicable, este hombre que nunca parecería haber estado aquí, pensó sin duda que la promiscuidad entre el poder (que le había resultado baratísimo), el dinero (o sea la mediación prebendal), la hoja sagrada<sup>51</sup> convertida en articulación política,<sup>52</sup> y lo que él pensaba (con esa triste ilusión que todavía consideraba su pensamiento) como una transformación reaccionaria de la opinión pública (si así puede llamarse al rencor constante) habían conformado un esquema invencible.

Siles Zuazo, como candidato de la coalición a la que se dio el nombre (en verdad bovárico)<sup>53</sup> de Unidad Democrática Popular (UDP), triunfó

---

las del razonamiento «socialdarwinista» clásico de la oligarquía. Un ejemplo de las ideas racistas de la oligarquía es el libro de Gabriel René Moreno Nicomedes Antelo [1885]. Banzer pensaba lo mismo, aunque es seguro que no leyó este ensayo. Con ese pensamiento, realiza las masacres del valle con las que se da fin al pacto militar-campesino y comienza la era de la adscripción campesina al órgano obrero (la COB), la era del sentimiento katarista.

<sup>49</sup> Véase nota 21.

<sup>50</sup> Banzer, hombre lanzado por la oligarquía cruceña en 1971, hizo un gobierno compuesto casi en su totalidad por gerentes. El poder se articuló por la vía prebendaria, pero también adquirió por tanto un cierto acento patrimonial. El poder servía para construir los patrimonios, pero también el patrimonio se volvió un requisito para la política. Los hombres de negocios se hicieron ministros.

<sup>51</sup> Es con Banzer que cobra importancia el tráfico de cocaína sobre todo hacia Estados Unidos. Un ministro suyo (Tapia) fue detenido en Canadá con un importante contrabando de esta droga, que en su consumo en raciones ínfimas es una costumbre tradicional del hombre andino.

<sup>52</sup> Esto no se dice en abstracto. Sin duda, la instalación de los servicios de inteligencia norteamericanos y de redes ligadas a ellos en el tercio final del gobierno del MNR (y ya como gran despliegue con Barrientos) determinaron cierta decadencia del método golpe de Estado. Desde entonces, excepto los golpes de sorpresa de Ovando (sorpresa cerrada) y de Torres (sorpresa política, abierta), no podía existir un golpe que no fuera aprobado por los yanquis.

<sup>53</sup> Con el modo prebendario, Banzer añadió a esta nueva certeza anticonspirativa la cohesión efectiva porque compró las lealtades, o sea que el Ejército estaba unido en efecto. Tamayo quien entiende por bovárica la tendencia al calco burdo de los modelos europeos a las necesidades

(porque hasta las sociedades más tristes producen cierto género de triunfos) en las elecciones convocadas por Banzer en 1978, por Padilla en 1979 y por Gueiler en 1980.<sup>54</sup> Las circunstancias, es claro, eran diferentes en cada caso. Mientras Banzer jugaba a la sonreída ilusión del maximato, Padilla en la política, como aquél en la literatura, hacía prosa sin saberlo, en tanto que Gueiler había sido puesta para eso y estaba resuelta a no hacer más.<sup>55</sup> Siles Zuazo representa entonces un decisivo cruce de caminos. Por un lado, a diferencia del hombre que era él mismo poco antes, asumía ahora que los obreros y los militares son las fuerzas estratégicas fundamentales. No se trataba solo, por tanto, del *quantum* electoral, en el que el MNR podía confiar, sino de la cualidad de esa victoria: Siles pareció comprender que excluir al lado proletario del pacto democrático no induciría sino a repetir en pocas semanas lo que había ocurrido con el MNR en doce años y esto es lo que explica su alianza con los comunistas.<sup>56</sup> La suma entre estas fuerzas,

---

americanas. El desdén filosófico de Tamayo por esto es quizá el aspecto más respetable de su actitud hacia los bolivianos como pueblo. En todo caso, los usos bováricos son lamentablemente frecuentes. Falange, por ejemplo, se funda a fines de los treinta, por inspiración de Puente, pensando ni siquiera en la Falange española sino en la chilena, disidencia católica del Partido Conservador de ese país. El PIR mismo se funda después de una visita de José Antonio Arze a Chile y la disidencia del PIR que funda el PCB está formada por militantes del PIR que habían ido a una escuela de cuadros en Chile. El Partido Socialista, entonces de Quiroga y Aponte, se funda con ese nombre como consecuencia del triunfo de Allende en Chile e intenta utilizar esa introducción en sociedad de inmediato. Lo mismo puede decirse del MIR, que referido a una radicalización católica chilena toma el nombre de un partido asimismo chileno. A ningún hombre de cuello y corbata se le habría ocurrido llamarse katarista, por ejemplo. Estas originalidades son propias de otra clase de personas. La UDP misma toma demasiado del nombre de la Unidad Popular.

<sup>54</sup> Según los datos que extraemos del diario *Presencia*, órgano de la jerarquía católica, en general confiable para estos fines, los resultados de las tres elecciones habrían sido más o menos los siguientes, tomando en cuenta las agrupaciones más significativas:

Elección de 1978 (cómputos sobre el 75 %)

ADN (Banzer-Pereda) 757.204  
 UDP (Siles y aliados) 222.066  
 MNR (Paz Estenssoro y aliados) 155.165  
 PS-I (Quiroga Santa Cruz) 7.970

Elección de 1979

ADN (Banzer) 218.587  
 UDP(Siles y aliados) 528.696  
 MNR (Paz Estenssoro) 527.184  
 PS-I (Quiroga Santa Cruz) 70.765

Elección de 1980

ADN (Banzer) 220.309  
 UDP (Siles y aliados) 507.173  
 MNR (Paz Estenssoro) 263.706  
 PS-I (Quiroga Santa Cruz) 113.959

<sup>55</sup> Lidia Gueiler, primera mujer que llegaba a la presidencia en Bolivia, malbarató una ocasión formidable para insertar un vastísimo sector inédito y en un país con importante tradición en cuanto a la participación femenina.

<sup>56</sup> Sin duda, Kolle, secretario general del PCB, desarrolló una política inteligente hacia Siles y el MIR. Con todo, en el ánimo de Siles, en aquel entonces, por lo menos, nada inclinado hacia la perspectiva



las del populismo clásico y los núcleos obreros, a la que se debe añadir una verdadera corriente generacional (el MIR) y la forma política que sobrevive de los intentos guerrilleros de la década anterior, genera un bloque invencible, al menos en lo electoral. Por sí misma, la UDP configura una novedad considerable en lo que se puede llamar el saber político local. De hecho, convoca al reemplazo de los cánones simples y mesiánicos (a la manera del MNR del 41)<sup>57</sup> por la idea del bloque histórico, como un contrato en el que debe ocurrir la reforma intelectual.<sup>58</sup> Siles, por tanto, como hombre de la UDP, pero sobre todo como el político de visibilidad mayor entre los que con talante más consecuente se opusieron a la dictadura tan ocasional de Banzer, obtuvo entonces un éxito personal y político en la primera elección del periodo (la de 1978).

La consistencia con que actuó el movimiento campesino sobre todo el aymara y en el departamento de La Paz, tanto con relación a las tres elecciones (de un modo aún más relevante en la primera) como respecto a la crisis social de noviembre, es un verdadero viraje de la sociedad boliviana. Veremos después cómo la apertencia democrático-representativa es una consecuencia de las medidas estructurales de la revolución democrática. En cualquier forma, el campesinado, que había sido la base de la forma militar posterior a 1964,<sup>59</sup> es ahora la novedad esencial en el periodo. La Paz misma es una de las zonas más poderosas del país por el concepto que se elija. El despertar político de los kollas<sup>60</sup> resultaba un tanto tardío, porque el auge campesino tuvo su epicentro en los cincuenta en Cochabamba. Los vallunos habían sido el polo de centralidad en la revolución agraria; ahora, con todo, el *katarismo*<sup>61</sup> ponía el peso de las formas organizativas milenarias: era como el *ayllu en acción*.<sup>62</sup>

---

marxista, pesó mucho más la cuestión obrera. Allá las dos fuerzas reales son la fuerza carismática de Lechín y la fuerza orgánica del PCB. Lechín hacía muchos años que se había convertido en algo así como un hombre intratable (a pesar de un cierto *charme* personal muy cultivado); los comunistas, en cambio, parecían hombres serenos, cooperativos y, lo mejor, inviábiles.

<sup>57</sup> El MIR, con todo, a pesar de tener una gran parte en favor suyo en la formación de la UDP, retrocederá después a las formas más locales de la ambición partidaria o sea que abandonará la idea del bloque clasista, quizá fatigado por la problemática historia posterior de la UDP.

<sup>58</sup> Por este concepto entendemos nosotros, quizá abusando del léxico gramsciano, la instalación de una visión racional y materialista del mundo, lo cual contiene las ideas de antropocentrismo, eclecticismo político, sistematización popular de la ciencia y autodeterminación a todos los niveles, desde las regiones hasta las mujeres y los indios, o sea el dogma democrático.

<sup>59</sup> A partir del pacto militar-campesino, véase nota 48.

<sup>60</sup> Se llama así al hombre del altiplano que componía una de las cuatro partes geográficas del Tahuantinsuyo (Kollasuyo).

<sup>61</sup> Barrientos visitó en 1967 el poblado altiplánico de Achacachi y allá, para sorpresa suya, se desató una súbita pedrea. Este fue el origen del llamado Movimiento Campesino Independiente que actuó en forma minoritaria, porque así lo decía su estatuto, en la Asamblea Popular en 1971. A su turno, fue el origen del movimiento katarista que contempla diversas corrientes, desde la propiamente indianista (MITKA) hasta las más próximas al movimiento obrero. Este poderoso movimiento fue determinante en el carácter de masas que adquirió la democratización en el periodo 1978-80. Su asiento básico fue el departamento de La Paz.

<sup>62</sup> *Ayllu* es la forma ampliada de la comunidad familiar.



El grado en que el nacionalismo revolucionario había perdido su imputación de masa y era en cambio un *lip service* o ideología de emisión en manos de quienes no creyeron en él nunca, se vio al claro con Banzer. Fue en su gobierno que se intentó la importación de rodesianos blancos y fue en este que se practicó la esterilización no consentida de mujeres indias.<sup>63</sup> No se puede saber en qué medida el *katarismo* fue una respuesta inmediata a esta verdadera provocación del banzerismo, que veía con ánimo tan suelto el racismo oficial y el nacionalismo revolucionario como ideas compatibles, aunque esto es algo más complejo.<sup>64</sup> En cambio, la terminante votación paceña resultaba en el 78 inesperada y peligrosísima, porque se había asentado en el departamento que tiene la mitad de la economía y de la población del país (aunque dejemos de lado su tradicionalismo). La Paz, como región misma, se mostraba como una zona en rebelión contra el Estado del 52 en cuanto tal.

## La disolución hegemónica del 52

Vamos a ver qué significaba ello en términos propiamente estatales. La integración espacial, de un modo explicable en los que habían vuelto de la Guerra del Chaco,<sup>65</sup> precedía como postulación aun a la propia integración democrática; pero ambas no eran sino episodios de la formación de la nación.<sup>66</sup> En eso al menos el MNR tuvo éxito sin dudas; jamás el Estado boliviano fue tan universal en este territorio y sobre esta población.<sup>67</sup> La integración del oriente y la inclusión de los campesinos en la política son rostros de este plan; la consistencia que había adquirido el tramado estatal se demostró en su impenetrabilidad respecto a la guerrilla del Che

<sup>63</sup> Tras la independencia de Rodesia, diversos países racistas, incluso Alemania Occidental, hicieron gestiones para el traslado masivo de blancos sudafricanos (rodesianos) al sur de América Latina. Llegaron a tener una oficina propia para sus gestiones en La Paz. Se hablaba de la instalación de 150.000 personas de este origen en los llanos de Apolo (La Paz) y el Beni. En cuanto a la esterilización de las mujeres indias es algo que está documentado por la denuncia oficial de la Iglesia Católica.

<sup>64</sup> El proceso de caducidad del Estado del 52 se advierte en la evolución cumplida desde un indigenismo vociferante (que comenzó con la publicación por Villarroel de *Creación de la pedagogía nacional*, de Tamayo) hasta un confeso plan de construcción de una Bolivia blanca. El embajador de Bolivia en México, Waldo Cerruto, justificó este hecho señalando que así Bolivia «sería un país mejor dentro de unos siglos».

<sup>65</sup> No debe extrañar que fueran excombatientes de esa guerra los que construyeran la carretera Cochabamba-Santa Cruz en Bolivia y la Transchaco en Paraguay. Las dificultades de comunicación obligaron a Bolivia a movilizar el doble de tropas con menos eficacia actual que Paraguay. Era esperable que de eso se dedujera un pensamiento espacialista.

<sup>66</sup> Cf. Carlos Montenegro, *Documentos*, La Paz, Editorial Imprenta Nacional, 1954.

<sup>67</sup> La conexión con el oriente, por medio de la carretera Cochabamba-Santa Cruz y los caminos 1 y 4 tienen, en este sentido, el mismo valor que el voto universal o sea el complemento de la lógica de la reforma agraria, lógica antes unificadora que democrática. En todo caso, el ámbito estatal se amplió inmensamente en lo humano y aun en lo espacial.

Guevara, entre otros ejemplos.<sup>68</sup> Con todo, una hegemonía nunca existe de una vez para siempre. Mientras en el 52 el MNR, es decir, el Estado del 52, no necesitaba esforzarse para alcanzar con su hegemonía a todo el país (con la excepción de minorías inescrutables) ahora era una hegemonía, la del nacionalismo revolucionario, con una larga historia. Esto significa que las hegemonías envejecen y esta tendía en lo particular a hacerlo porque se trata de una historia nacional de ciclo corto. La decadencia hegemónica del NR surgió esta vez también como un cierto deslizamiento de la validez del Estado del 52 en cuanto a su ámbito territorial y su acervo humano. La pequeña burguesía se hizo más nacionalista-revolucionaria cuando la clase obrera dejó de serlo, al menos en sus sentimientos o sea en sus *razonamientos aún no organizados*.

El «separatismo» (en la forma en que nosotros lo entendemos) o sea la escisión en sentido de un cierto desacatamiento en el consenso respecto al fuero de irresistibilidad del Estado o soberanía era aquí una evidencia, como ocurre en todos los casos en que se ingresa a una fase de disolución de la forma estatal. El replanteamiento de la cuestión territorial no podía sino trasladar el principio de la autodeterminación a las regiones. La paranoia de la unidad, por tanto, no solo no produce ese fetiche, sino que las regiones existen más que nunca ahora que se ha dado una cierta unidad. Este es un aspecto de pesadilla para el patriotismo vulgar pero es, en realidad, un momento lógico del flujo democrático. Escisión existe, por ejemplo, desde hace años en los departamentos de la periferia y en particular en Santa Cruz, donde la validez del Estado ha tenido que negociarse casi en cada ocasión.<sup>69</sup> Escisión a la vez en los propios distritos mineros donde, o manda el sindicato o la única forma de validez posible del Estado es la represiva (habida cuenta de que la superioridad de la represión es como una negación del carácter del Estado moderno). Pero, además, ¿acaso no hay una vida civil autónoma y paralela en todo el mundo campesino donde se dan siempre dos clases de autoridades, la *legal* y la *real*? Suponer que los

---

<sup>68</sup> Véase René Zavaleta Mercado, «El Che en el Churo», *Semanario Marcha*, México DF, 10 de octubre de 1969, pp. 16-18. Se publicó luego en *Temas sociales*, núm. 7, 1971, pp. 10-22. Desde los primeros encuentros ocasionales con los guerrilleros, los campesinos hacen lo que cualquier hombre organizado: consultan con sus direcciones. Puesto que las direcciones están conectadas al aparato del Estado, el Ejército tiene aquí una fuente de información de primer orden. Esto significa que quien venció a la guerrilla fue el Estado del 52, que tenía todavía una validez indudable sobre los campesinos a quienes Che Guevara quería reclutar.

<sup>69</sup> Más o menos desde 1967, cuando decae la influencia de Sandóval Morón. Se tiende a ver el regionalismo solo como una ruptura de la norma unitaria. Es también, por cierto, parte de un proceso de democratización. Es explicable que las regiones quieran tener que ver con las decisiones centrales. En cualquier forma, el electorado cruceño siguió en general los lineamientos del voto nacional. Paz Estenssoro demostró tener un mayor consenso que Banzer en este departamento, a cuya opinión este (Banzer) trató de envenenar con la propaganda de un particularismo enconado. En último término, el propio Siles obtuvo casi el mismo número de votos que Banzer, o sea que entre Paz y Siles tenían el doble que Banzer en el propio departamento de Santa Cruz.

campesinos creen más en la Ley del Registro Civil que en sus formas tradicionales de aparejamiento es en verdad no conocer de nada.

Pues bien, si la dominación de un Estado avanzado es siempre ideológica, ¿cómo soportar ahora, por parte de aquellos que son o se asignan ser parte de la *clase estatal*, que la escisión alcanzara no solo al departamento central del país (La Paz), sino también, dentro de él, que se situara en la falla neurálgica de la viabilidad nacional, que se encuentra en los campesinos indios o mejor, en los indios a secas, jamás absorbidos por esto que el nacionalismo revolucionario pensó como *lo boliviano*? Al unísono decían entonces los kataristas:<sup>70</sup> queremos poner nuestro color en esta que se dice que es la fiesta de los colores.

Dentro de los propios órdenes de integración de lo que fue el bloque dominante (del NR) en su ápice, ¿no es acaso cierto que, no obstante que el nacionalismo revolucionario como ideologema captaba todavía a la mayoría ancha del electorado, Siles Zuazo y el propio MIR como expletorio contenían la escisión con relación a esa ideología dominante? Porque aquí debemos distinguir las escalas. Paz Estenssoro pensaba en el NR como en algo dotado de un jefe para siempre y que debía existir y mandar en la forma en que había existido siempre, aunque aceptando a todos los que habían pasado por ahí. Puesto que a veces el acierto viene de la dificultad, Siles, en su rivalidad mortal con Paz, captó de inmediato que la lucha política atravesaba al propio NR, lo cual lo sabía Lechín desde hacía muchos años por instinto corporativo. Siles entonces viola una regla de la hegemonía como totalización porque piensa en el triunfo del NR a través de la alianza con los sectores que no eran nacionalistas revolucionarios. Siles, por tanto, suponía que el nacionalismo revolucionario debía dividirse de un modo un tanto moral<sup>71</sup> y formular un nuevo bloque en el que tuviera superioridad, pero no monopolio. Guevara parecía inclinarse a la transformación del Estado del 52 en un Estado de Derecho<sup>72</sup> y, en todo caso, presumía que las cosas no habían estado bien pensadas. El MIR, a su turno,

---

<sup>70</sup> El katarismo fue un movimiento de una gran autonomía en su surgimiento y su sentido. El volumen de votos kataristas en el 78 fue tan grande que si la UDP hubiese tenido un mínimo pronóstico acerca de ello, hubiera debido hacerse de inmediato del poder. El que no lo supiera en lo previo, tardara de captarlo después y finalmente se intimidara ella misma con el bulto que tomaban las cosas indica hasta qué punto el proceso social ocurría de un modo no correspondiente con el proceso político.

<sup>71</sup> Guillermo Francovich escribió un ensayo, *El cinismo*, Puebla, Editorial Cajica, 1963. Se supone que dedicado a describir la psicología de Paz Estenssoro. Fuertes retratos hostiles al mismo son los de Augusto Céspedes (*El presidente colgado*) y el de Walter Guevara (*Radiografía del jefe*). En todo caso, la acusación principal de Siles giró en torno al fracasado intento de reelección de Paz en 1964, o sea de la usurpación personalista del poder de la Revolución Nacional.

<sup>72</sup> Dentro de un número de ideas correspondientes que incluía el supuesto de la clase media como dirigente de la Revolución. Para la polémica sobre clase media, véase René Zavaleta Mercado, *El asalto porista y el despotismo de las aclamaciones*, La Paz, 1959.

creía en el nacionalismo revolucionario, pero postulaba de hecho que su salida consistía en el advenimiento de una nueva *clase política* para administrarlo o sea que el MIR creía en el MIR, pero dentro del Estado del 52.

En lo que es importante para nosotros, la división principista (esto es decir en realidad demasiado) dentro del nacionalismo revolucionario contenía nada menos que la propia división del Estado del 52. Tampoco debe descuidarse al hablar de esto del doble significado de entidades como el Partido Socialista y el MIR: por un lado, sin duda, divisiones progresistas dentro de la ideología democrática; del otro, *blood and flesh*, divisiones irretractables de la propia clase dominante tradicional, como una certificación de que para vivir debía hablar el lenguaje (al menos el lenguaje) de los que no estaban en ella. Cada *fin de raza* tiene sus propias argucias.<sup>73</sup>

Las cartas estaban mostrando, en todo caso, la decadencia a la vez inconclusa y sin atenuantes de la eficacia factual del Estado del 52.

## La cuestión del fraude

Ante la primera victoria de Siles,<sup>74</sup> Banzer y Pereda (este, tan solo como hombre de paja del primero) no atinaron sino a la organización (esto es una manera de decir) de un fraude propalado y global. Esto mismo, empero, en una condición en la que ya no se tenía ni siquiera la capacidad para un fraude verosímil. El fraude, lo mismo que el golpe de Estado, no cambia las cosas sino de un modo relativo. Es una evidencia, por ejemplo, que el personal del MNR hizo un grado de fraude en todas las experiencias de voto universal y esto en gran medida por la sola razón de que se pensaba que ello estaba en la naturaleza de las cosas.<sup>75</sup> Con todo, en aquellas elecciones no se estaba definiendo nada o, a lo sumo, se definían los flancos menores de debilidad de un sistema por lo demás cerrado en una suerte de unanimidad despótica. Para los campesinos, la ceremonia electoral tenía otro significado: votar contenía de una manera lo que de otra estaba en las tres etapas del derecho total sobre la *sayaña*;<sup>76</sup> todos eran parte de una escuela de formación del individuo moderno o sea del *citoyen*. Es cierto que estamos lejos en el tiempo antes de que tal adviniera.

<sup>73</sup> La expresión *fin de raza* es de Carlos Medinaceli. Véase *Estudios críticos*, La Paz, Los Amigos del Libro, 1969 (1938).

<sup>74</sup> En 1978. Las cifras están en la nota 54.

<sup>75</sup> Esto es propio de todas las experiencias democrático-representativas iniciales. El MNR ganaba con frecuencia, por ejemplo en las aldeas, por 7.000 votos contra cero de sus opositores. Esto era absurdo pero es verdad a la vez que el MNR tenía una mayoría muy amplia.

<sup>76</sup> *Sayaña*, palabra aymara para parcela.

En su extremo, la única elección con voto universal que adquirió una forma verificable, con la lógica de un mercado político moderno, fue la que ganó Siles en 1980, y es lo que agrava el salvajismo del golpe de García Meza. Se ha dicho por eso que, en todo lo anterior, el MNR, después de haber conquistado de verdad al pueblo, lo sobornó de inmediato o sea que aquí el transformismo<sup>77</sup> no servía sino para disfrazar la realidad con la cara de sí misma, pero con tonos más intensos.

Hay aquí sin duda un problema de reverencia hacia la forma política o de miramiento. Se verá cómo el propio escrúpulo social hacia los escrutinios es también una construcción objetiva.<sup>78</sup> Formados en las costumbres electorales del Estado oligárquico-liberal, en la política de *cheque contra cheque* o en el célebre *plata, pisco y palo*, educados en esta candidatura a lo Rojas, es decir, en la socialiña comicial y el cohecho obvio, los movimientistas no encontraron nada mejor que repetir en otro grado los recuerdos de su juventud política, aunque no había necesidad de hacerlo, en absoluto. Barrientos, a su turno, no podía privarse de poner una impronta fraudulenta en la elección que hizo para sí mismo porque era fraudulenta toda su existencia política.<sup>79</sup> Barrientos en persona era un timo, pero el pacto militar-campesino, no. Era un farsante montado en un hecho social.

En cambio el fraude de Banzer para Pereda y el vacilante fraude de Padilla para Paz Estenssoro (que ahora vivía como necesidad premiosa lo que antes había practicado como un desborde inevitable) no tenían el mismo contenido. Estos fraudes no exageraban la realidad, sino que intentaban reemplazarla.<sup>80</sup> La situación se parecía más bien a la espantosa bulla de platos rotos que ocasionó el fracasado intento que hizo Urriolagoitia por fraguar una victoria para Gosálvez en 1951.<sup>81</sup> En otros términos, si se tiene un 40 % real de los votos quizá se puede convencer a las personas de que se tiene en verdad un 50 %, pero el propio ruido social hace imposible que se las persuada de que se tiene un 80 % si lo que en verdad hay no es más del 20 %. Una regla, digamos, del realismo político más elemental recomienda que no se crea ni siquiera en la falsedad que uno mismo ha inventado. Esto

---

<sup>77</sup> En el sentido que da Gramsci al término.

<sup>78</sup> Hay un momento en cada sociedad en que se pasa de modalidades fraudulentas de la democracia a formas verificables. Esto debe ocurrir porque la verificación se ha convertido en algo socialmente necesario.

<sup>79</sup> No es un mero decir. Barrientos fue un auténtico contrabando político de los norteamericanos y, en particular, de Fox. Véase René Zavaleta Mercado, *Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia (1932-1971)*, en *Obras Completas*, vol II, La Paz, Plural, 2013, pp. 35-96.

<sup>80</sup> En efecto, como se ve en las cifras de la nota 54, se sabe que Siles sacó más votos en la elección del 78 que en las dos posteriores. Sin embargo, Pereda aparece con una cifra fantásticamente alta. La irregularidad era tan grande que el propio «vencedor», Pereda, pidió la anulación de la elección, aunque se tomó la presidencia.

<sup>81</sup> Esto se refiere a la elección de 1951, todavía con voto calificado, en la que Paz Estenssoro triunfó sobre el candidato oligárquico Gabriel Gosálvez.

mismo dejando de lado la cuestión de la *mayoría de efecto estatal*<sup>82</sup> o sea de aquellos términos referidos a la determinación *actual* del Estado. En este aspecto, se puede decir que Siles Zuazo lo tenía todo, todo menos el Ejército. Para decirlo en plata, Banzer hizo lo que hizo, en la *invención de Pereda*, acelerando en mucho la demolición moral de ese Estado. Es cierto que era un hombre, a esas alturas, que creía que podía hacer cualquier cosa.

Aquí, en el alud electoral aymara (aunque no solo aymara), se daba en el voto universal la premonición de lo que estallaría con sangre y hierro en la crisis desatada por la ambición de Natusch. Esto es, el *advenimiento campesino*, la proclama de que *el hombre político se había constituido allá donde antes no se encontraba sino una masa indiferenciada o predemocrática*. Es aquí donde veremos el calculado radicalismo de las masas en su compleja relación con su sobrefaz partidaria.

La UDP,<sup>83</sup> en efecto, fue como un parásito del estruendo campesino y obrero y, en todo caso, algo así como la traducción de la rebelión plebeística en un paramento institucional que tenía un sabor todavía muy doctoral y, en último término, señorial sin vuelta.<sup>84</sup>

El hecho está dado de la manera siguiente. Por varias razones, algunas más correctas que otras, en el 78, esto que podemos llamar la *plebe en acción*, o la multitud en acto, consiente todavía una expresión *no plebeya* del poder porque el instinto de lo servil dice que lo plebeyo debe adquirir una expresión señorial. Conviene, por tanto, en que puede determinar en cierto grado y repercutir en el poder señorial (aquí nadie se engañaba en que el propio Estado del 52 no había roto en nada la lógica señorialista del país), pero no apoderarse de él. Es el mismo complejo de inferioridad de masa de 1952 y de tantos otros casos.<sup>85</sup> Se podría decir que esto configuraba una relación de reciprocidad e incluso se podría hablar de una cierta interacción o pertenencia entre los amos y los siervos, pero esto nos complicaría demasiado. Tal gradualismo (el electoral) indica, con todo, una gran diferencia con la situación catastrófica de noviembre, en la que las masas proclaman el poder de la COB y no el poder de Siles.

La masa despliega lo que aquel voto (de todas maneras inexplicable)<sup>86</sup> contenía, es decir, su virtualidad insurreccional, porque en efecto *la*

<sup>82</sup> Cf. V. I. Lenin, «Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado» en *Obras completas*, t. XXX, Buenos Aires, Cartago, 1972.

<sup>83</sup> Unidad Democrática Popular. Esta es la coalición formada por el MNR-i (Siles), el MIR, el PCB y otros partidos menores como el MPLN.

<sup>84</sup> La escasa presencia de hombres de extracción realmente popular en las listas de la UDP es en verdad algo que llama la atención. Véase *infra*.

<sup>85</sup> Las anécdotas sobre esta incertidumbre frente a la propia victoria son numerosas en el continente. Por ejemplo, Aparicio Saravia frente a Montevideo en 1904, o Villa y Zapata en el Palacio Nacional sin otro plan que el de tomarlo.

<sup>86</sup> Esto es un decir. Se quiere resaltar que son las masas las que optan por Siles y no Siles ni la UDP quienes seducen a las masas. Esto, en cuanto a los campesinos, es indiscutible.

*ocupación de los caminos y la asunción territorial, el cerco de las aldeas, son la insurrección del que no tiene armas. Ex post* podía verse a la vez que jamás estuvo tan cerca la UDP del poder como en la burlada victoria electoral de 1978. Defenderla entonces habría significado el poder pero también habría supuesto vencer *junto a la multitud en acto*. En lo que puede ser una aseveración en algún grado injusta, nosotros consideramos que *no se quiso vencer* porque aquellas condiciones señalaban ya la negación del espíritu del nacionalismo revolucionario, la superstición del Estado, a lo que en el fondo todavía pertenecían todos. Era, por tanto, preferible tragarse un 78 que vencer con un 79.

### *Les grandes manoeuvres*

Sigamos la tendencia de esta sociedad a pasar de continuo de lo épico a lo burdo y recapitulemos las alternativas de la segunda elección. Protestó Pereda con un buen humor inaudito contra el fraude que lo había elegido a él mismo. Saltimbanqui integral, *derrocó a Banzer* y resolvió, por ende, ser uno más de los presidentes *de facto* de Bolivia. Eso duró menos que el cumpleaños de su hija.

Padilla, que en ese momento parecía ser un hombre menos incongruente de lo que señalaron después sus memorias,<sup>87</sup> encabezó un movimiento militar (Karachipampa), más decoroso que heroico, de protesta contra el doble atropello compuesto por el fraude de Pereda y, después, por el achacamiento de la presidencia al mismo. En una de esas operaciones administrativas que los militares bolivianos siguen pensando que es un golpe de Estado, Padilla despidió, por tanto, a Pereda con bastante urbanidad. Convocó entonces, estamos ya en 1979 (porque incluso este tiempo circular avanza), a una nueva elección general.

Es la época de les *grandes manoeuvres* de la decadentísima casta política local. Era un secreto a voces y así lo dijo Padilla, titular de este poder tan escueto (Fellmann Velarde mediante),<sup>88</sup> que era una elección que, si existía, era para que la ganara el doctor Paz Estenssoro, sin duda el más baquiano de los políticos del país. La derecha o si se quiere los *insiders* de la política estaban más conscientes de sus recientes derrotas que la UDP de su victoria. En desacuerdo con ello y en tren de cierto temblor pánico, actuando en esto como oráculo de la extrema derecha, Banzer postuló entonces a Banzer, convencido de que todo se había debido a la majadería de postular a un principiante (Pereda). Se debería captar lo que aquí significa la división

<sup>87</sup> Cf. David Padilla, *Decisiones y recuerdos de un general*, La Paz, Editorial Boliviana, 1980.

<sup>88</sup> Fellmann Velarde no tuvo empacho en declararlo así a la prensa.



del *establishment* político. El conjunto de los factores de la *Realpolitik* se inclinaba empero más hacia Paz Estenssoro, que al fin y al cabo había sido un caudillo populista de carne y hueso, y no a Banzer, mero soldado de fortuna. Como dijimos antes, Padilla hizo fraude amortiguado en favor del viejo caudillo tarijeño. El descenso electoral del nombre de Paz Estenssoro había sido, sin embargo, tan grande que ni aun así pudo vencer a Siles, lo cual fue un verdadero percance mayor.<sup>89</sup>

El de Paz Estenssoro no era un deterioro cualquiera. Por cualquier razón, el siglo en la práctica está poblado en más alta medida por los nombres de Montes y de Paz.<sup>90</sup> Por consiguiente, revelaba el desgaste del propio Estado al que se lo asociaba y las *novedades* en el seno del nacionalismo revolucionario. A Paz Estenssoro, como hombre próximo a Busch y ministro de Villarroel,<sup>91</sup> habían invocado los combatientes de la insurrección de Abril.<sup>92</sup> Era, el de Paz Estenssoro, el nombre que conocían los campesinos *neobelicistas* de la reforma agraria que a la hora de la *reciprocidad* habían exclamado: «*Ama konkawaichu*, Víctor Paz».<sup>93</sup> Era lógico que aun un comando rabulesco como el de los rosqueros bolivianos supusiera que este patronímico era ahora un antídoto para el súbito arraigo rural aymara de Siles Zuazo. Hecho este, el arraigo electoral de Siles, en verdad insólito. Por decenios, desde la *prensa nacional* hasta la Iglesia, todos los aparatos ideológicos de la reacción habían inculcado a las almas simples (los campesinos) que los comunistas querían despojarlos del pegujal. ¿Acaso el propio Cardenal (Maurer) no los había convocado a tomar las armas contra el comunismo en el 53?<sup>94</sup> Había la esperanza, de otro lado, de que la inusitada fuerza de Siles en lo rural-paceño se debiera en el 78 a las posturas racistas, anticampesinas y regionalistas de Banzer y que, por tanto, la distancia (breve en realidad, considerable en la lógica temporal lugareña) redujera el monto de ese voto antibanzerista. En otros términos, el comando oligárquico decidió que Paz Estenssoro tenía todas las ventajas de Banzer y ninguna de sus deficiencias, que poseía las condiciones para derrotar la inclinación, que se pensaba ocasional, de los campesinos.<sup>95</sup>

<sup>89</sup> Esta es en realidad la clave de la descomposición de la estrategia oligárquica. Los empresarios estaban tan seguros de que la fórmula Paz sería exitosa, que se apresuraron a candidatear en sus listas ellos mismos.

<sup>90</sup> Montes fue presidente dos veces (1905-1909 y 1913-1917) y también Paz Estenssoro (1952-1956, 1960-1964). Ambas figuras son las principales del liberalismo y del nacionalismo revolucionario, es decir, de los dos movimientos políticos más importantes del siglo.

<sup>91</sup> Paz fue colaborador de Busch y Ministro de Hacienda de Villarroel. Por eso este último es conocido como el gobierno Villarroel-Paz Estenssoro.

<sup>92</sup> La causa formal de la insurrección del 52 fue, en efecto, el desconocimiento de la victoria de Paz Estenssoro.

<sup>93</sup> Literalmente, «No nos olvides, Víctor Paz». Canción campesina de Charazani.

<sup>94</sup> Maurer no solo hizo esto. También dijo en su momento que Barrientos recorría los lugares como San Pablo, repartiendo la verdad.

<sup>95</sup> Véase nota 54.



Nada de esto obstó a que Siles Zuazo repitiera su victoria seguido esta vez de cerca (al menos en las cifras de Padilla, aunque más crederas que las de Pereda, tampoco convincentes del todo) por Paz Estenssoro.<sup>96</sup>

Con Padilla, que trató de reducir el *método Pereda* a términos más verosímiles, se llegó a una suerte de *cul-de-sac* de la democracia en la forma de Rojas. Hay, en efecto, un momento detectable en cada sociedad política en el que el fraude deja de tener toda utilidad apodíctica y se marchita como método. Este es, lo esperamos, el momento de Padilla en Bolivia.

Quería Padilla obtener mucho a un precio bajísimo. Buscó, por tanto, la falsa elección de Paz Estenssoro (con la que estaban de acuerdo todas las *fuerzas vivas*) o, al menos, un empate posible que devolviera al Ejército un cierto papel cesarista, porque la idea *tutelar* es la más gratificante entre todas para los militares de Bolivia. Al no reunir ninguno de los candidatos la mitad más uno que exige, de un modo poco realista, la norma constitucional, la clase política logró un penoso acuerdo en torno a Walter Guevara Arze, político constitutivo del nacionalismo revolucionario, de buen prestigio intelectual.

En los cuatro ciclos lunares que abarcó la vida de poder verdadero de Guevara, gobernó él con un ademán de presidente *tout court*, es decir, olvidando a cada instante su ocasionalidad e interinato, como si la legitimación debiera provenirle de la mera existencia de su talento personal. Entró, por tanto, en una contradicción exasperada con los militares, que no pensaban en ceder este grado del poder ni otro ninguno (porque nadie que tiene fuerza cede lo que cree que es suyo). El desenfado más bien áspero y aforístico con que gustaba plantear las cosas Guevara ayudó a que cuajara la conjuración de la asociación más propiamente castrense cuyo jefe de camada era Natusch (a él volvemos).

Eso significaba un otro género de restauración (a la barrientista) o sea el desconocimiento de la (aparentemente) débil legalidad democrático-representativa, lo que se encarnó en el golpe encabezado por aquel coronel en noviembre de 1979. De Natusch, García Meza no fue sino la prosecución y julio de noviembre y el 80 del 79.<sup>97</sup> Con todo, si las masas vetaron con éxito a Natusch, este se llevó al menos la cabeza de Guevara en su estampida. De allá surgió un nuevo interinato de reemplazo (en este país en el que la eternidad parece componerse de interinatos) de Lidia Gueiler, dirigente femenina también tradicional del NR que, con la lección aprendida de la peripecia de Guevara, ya no intentó ser independiente en nada. Eso, desde luego, tampoco sirvió de mucho porque las cosas estaban prede-terminadas. Con una pertinacia que se parecía al estoicismo, el país llegó

---

<sup>96</sup> *Ibidem*.

<sup>97</sup> Véase nota 78.

así, con el Ejército desacatado sin tapujos, a la tercera elección del ciclo democrático que, tras el costo enorme del deterioro de la credibilidad política y los muertos de noviembre, fue sin embargo quizá la única elección verificable al mínimo entre todas las que se han realizado bajo el imperio del voto universal en Bolivia. La victoria de Siles Zuazo, de la UDP y de la izquierda en su conjunto no reconoció atenuante porque no había discusión posible sobre si se había obtenido o no el 50 % requerido (en la suma de votos de la UDP y el PS-I de Quiroga Santa Cruz).<sup>98</sup> Ocurría esto hacia mediados de junio. No pasaron muchas semanas, no más de nueve, sin que las Fuerzas Armadas ejecutaran el golpe de Estado que García Meza había anunciado de modo tan taxativo.<sup>99</sup>

## Discusión sobre la democracia

Se sabe que la anécdota es la elocuencia de los hechos, pero también su encierro. Esta pequeña historia o historia de pequeñas personas no ofrece en principio sino una algarabía de personajes fugaces y mal encarados. Hemos de ver con todo, como tratamos de hacer en la descripción del alzamiento de la multitud, el significado subterráneo de los hechos. Por ejemplo, para advertir los defectos de un uso general del concepto de democracia referido a situaciones en movimiento o a escenarios que por sí mismos contienen factores contrapuestos.<sup>100</sup>

Si consideramos la democracia como materialidad, es decir, el grado de igualdad que tienen los hombres pero no en el *cielo* de la ley ni en su autorrepresentación, sino en su carnalidad, su consumo social y su ser cotidiano,<sup>101</sup> es una petición de principio que ni ahora mismo, tantos años después de la revolución democrática, ni nunca en el pasado, Bolivia ha sido un país democrático. Por el contrario, aquí sí que unos hombres *mueren como perros para que otros hombres coman como cerdos*. Esta es la patria

<sup>98</sup> El PS-I de Quiroga Santa Cruz conquistó al menos el 10 % de los sufragios. Con esto, Siles llegaba, aunque con alguna dificultad, a la mayoría absoluta porque se suponía que, para la ratificación del rango presidencial, los votos socialistas seguirían esa dirección.

<sup>99</sup> A partir de su autoimposición como comandante en jefe, García Meza hizo jactancia de su desprecio por el sistema constitucional y no escondió a nadie que el Ejército se preparaba para intervenir en cuanto lo considerara necesario. La falta de fuerza de las instituciones para oponerse a esto que era en sí mismo un delito, la befa pública de la ley, era flagrante.

<sup>100</sup> Cf. René Zavaleta Mercado, «Cuatro conceptos de la democracia», *Bases. Expresiones del pensamiento marxista boliviano*, núm. 1, 1981, pp. 101-124; también en *Dialéctica*, núm. 12, septiembre de 1982, pp. 11-30. Incluido en este volumen.

<sup>101</sup> El sentido de democratización social. «Aquí Marx se refiere a la construcción del estado de separación o desprendimiento, o sea al advenimiento del yo en el sentido de que no se reconoce la existencia del individuo antes del capitalismo o de que solo en el capitalismo el rudimento del viejo individuo concluye su acto». Véase «Cuatro conceptos de democracia», *op. cit.*, pp. 101-102. Incluido en este volumen.

de la injusticia social, y, si no fuera por sus masas, sería mejor que no existiera Bolivia. Sociedades como Bolivia, Perú y algunas más están condenadas entre otras cosas por la depravación de la desigualdad entre sus propios hombres.

No obstante, en el 52, y esto como implantación del estilo de la *plebe en acción* o sea de la lógica tumultuaria a la revolución burguesa, se inicia un proceso en cierto grado sustantivo de *democratización social*.<sup>102</sup> Es un proceso penosísimo cuya premisa está dada por los conceptos de individuo (*individuo jurídicamente libre*, en el sentido de Marx) y de organización (o sea los sesgos que adopta la constitución de la multitud). El auge de la proclama democrático-representativa del periodo del que hablamos es una consecuencia de la instalación en *masse* de ambos conceptos en la historia de Bolivia. La premisa de esta composición es en verdad la distribución de la tierra, y aquí se ve que ella, la tierra, no era solo la Pachamama.<sup>103</sup> La *sayaña*<sup>104</sup> es *el requisito de la independencia personal*. El voto verificable es el resultado diferido del derecho perfecto sobre la parcela, su posesión real y la consagración del *hombre en estado de organización*. El *yeoman* destruye al *fellah*; el *yeoman* es la escuela del *citoyen*.

El principio organizativo (en el que sin duda los campesinos avanzan mucho más que los obreros desde 1952) es, de otro lado, la condición para la construcción del mercado. Por eso se ha hablado, con el mayor buen sentido, de *la construcción represiva del mercado*.<sup>105</sup> La obstrucción de la concurrencia del *runa* al mercado es la más consciente de las tareas del señorío agrario.

El control del mercado es en realidad su única participación real en el ciclo productivo. Por eso no era posible una construcción espontánea del mercado: sin el fusil y el sindicato o sea sin los elementos de la represión corpuscular en las manos mismas de la masa, la obstrucción del mercado habría inutilizado la propia distribución de las parcelas y su reivindicación jurídica.<sup>106</sup> O sea que la constitución de la masa, como hombres libres y como organización, es el acto revolucionario porque de la distribución territorial se puede retroceder, pero de la conformación de la multitud, no. Sin organización, no era posible el mercado ni aun en la escala por cierto módica en que existió.

---

<sup>102</sup> *Ibídem*. Este es un término de Weber, *Economía y sociedad: Esbozo de sociología comprensiva*, México DF, FCE, 1944, pp. 738 y ss.; 1103 y ss.

<sup>103</sup> Deidad indígena que representa a la tierra.

<sup>104</sup> Véase nota 76.

<sup>105</sup> Este es un término que recogemos de Silvia Rivera Cusicanqui. Los hacendados no solo disponían del poder general del Estado, que era una ultimidad, sino de sus propias formas represivas inmediatas cuya función básica era monopolizar la concurrencia del excedente al mercado. A eso no se le podía oponer sino un órgano represivo aún más consistente. Eso fue el sindicato armado. No debe confundirse con la llamada comercialización forzada.

<sup>106</sup> *Ibídem*.

Esto, del lado campesino. Tampoco puede negarse, poniéndonos en el otro costado (aunque la persistencia y la continua reconstrucción del cosmos representativo o ideación señorial es la tesis central de nuestro planteamiento)<sup>107</sup> que hubo a partir del 52 una reforma limitada pero real de la ceremonia señorial en las costumbres, lo cual implica una cierta transformación ideológica, es cierto que respetando la ideología constitutiva de la casta dominante que es la que viene de la Conquista y la encomienda.<sup>108</sup> Con la cabeza apenas transformada de sus padres, los hijos se aficionaron a cierto esnobismo populista. En qué medida lo esnob puede convertirse en algo verdadero u olvidarse en cuanto la verdad de la vida asome la nariz es algo que también debiera comentarse.<sup>109</sup>

En todo caso, el episodio importante consiste en la adopción de la democracia-representativa al acervo político o a las acumulaciones hegemónicas de las masas. Esto es lo decisivo del periodo 1978-80. No es algo que ocurra en el vacío. Ocurre fundándose (y desarrollando hacia ello) en los pródomos sociales otorgados por la *democratización real* iniciada por las reformas del 52.

No obstante, sería ilusorio sin remedio sostener que existe una tradición democrática (en el sentido representativo) entre las masas bolivianas. Todo lo contrario, eso aquí no produce sino sospechas. Tal como se dijo: ¿por qué, a los ojos populares, es tan irredargüible que el año de Torres<sup>110</sup> fue democrático? Porque en él existió la libertad obrera. Con Torres, que no hizo elecciones ni pensó en ellas, y no con Barrientos, que sí las hizo.<sup>111</sup> Las *horas democráticas* son, para las masas y su memoria, Busch, Villarroel, dictadores ambos<sup>112</sup> o al menos gobiernos *de facto* como el que de manera tan significativa resolvió ser el MNR en el 52,<sup>113</sup> el MNR que, aunque fundaba la legitimidad en una victoria en las urnas, desechó no obstante todo

<sup>107</sup> Esta persistencia debe sin duda remitirse a la discusión sobre lo que se ha llamado el momento constitutivo. Algunos elementos para ello en «Problemas de la determinación dependiente y la forma primordial» en Susana Bruna *et al.*, *América Latina: desarrollo y perspectivas democráticas*, San José, Costa Rica, FLACSO, 1982, pp. 55-83. También en *Investigación Económica*, México DF, UNAM, núm. 167, enero-marzo de 1983, pp. 229-252.

<sup>108</sup> La forma de la Conquista es, en efecto, uno de los momentos constitutivos de esta formación. El otro, más antiguo, es la herencia ideológica de la organización de la agricultura andina.

<sup>109</sup> Esto ocurrió de un modo muy evidente con los «hidalgos pobres» del MNR, que vivieron la hegemonía de las masas del 52 casi con el mismo terror que los que no eran del MNR. Es probable que obedezca a las mismas razones el reordenamiento conservador de la política posterior a la crisis del 79 y el golpe de García Meza.

<sup>110</sup> Torres se proclama presidente de Bolivia, con el apoyo crítico de la COB, en octubre de 1970. Es derrocado el 21 de agosto de 1971.

<sup>111</sup> Sobre las elecciones de Barrientos, véase nota 16.

<sup>112</sup> Germán Busch (1937-1939); Gualberto Villarroel (1943-1946).

<sup>113</sup> Paz Estenssoro y el MNR ganaron en efecto las elecciones de 1951 cuyo desconocimiento originó el breve gobierno de Hugo Ballivián. La insurrección proclama el derecho al poder que emerge de aquellas desconocidas elecciones. Llegado Paz de su exilio en Argentina, él y el MNR prefirieron constituirse en un gobierno revolucionario.

lo que no fuera su propio poder después de la victoria armada, sobre todo el Parlamento que, habiendo sido elegido junto al MNR, fue desconocido por un acto de las masas.<sup>114</sup> Hay toda una literatura para manifestar este desprecio popular por la que se llamó en el gracejo propio la *democracia huayraleva*.<sup>115</sup> Debemos buscar una explicación para el hecho de que la misma muchedumbre que habló con tanto sarcasmo de los «precios de democracia» contra los norteamericanos fuera ahora capaz de poner el pecho para defender una democracia-representativa que, al menos en su apariencia, no era tan diferente de aquella de los *huayralevas* y los «precios».

Dentro de los cuatro conceptos que hemos definido de la democracia<sup>116</sup> se tendrá por tanto que, allá mismo donde la democratización social es débil o nula, la democracia representativa llega sin embargo, sobre la base de aquella, a imponerse como un ideal de las masas. La mediación está dada por la democracia considerada como *autodeterminación de la masa*,<sup>117</sup> es decir, como la capacidad actual de dar contenido político a lo que haya de la democratización social y de poner en movimiento el espacio que concede la democracia representativa. Vamos a ver cómo se combina esto con lo que se ha llamado la *acumulación en el seno de la clase*.<sup>118</sup>

Se debe, en efecto, diferenciar la libertad como adquisición inherente o incorporación al temperamento, es decir, entenderla como el equivalente a la independencia personal en el plano grupal, de la libertad como estatuto verificable del poder o sea como ejercicio de la introducción racional de la autodeterminación en la formulación del Estado. En cuanto a la relación de ambas con la democratización real o social es un tema que no obstante su sustantividad no existe sino referido a cada caso.<sup>119</sup> El decurso del Estado del 52 muestra una creciente confiscación de la libertad popular, o sea de su autodeterminación como masa, de aquello que es lo que en su ultimidad se piensa en Bolivia como el dogma democrático. Es un proceso que no hizo sino proseguirse desde Paz y Siles hasta Barrientos y Banzer. La historia del Estado del 52 es la historia de las mutilaciones a la autodeterminación popular, aunque es verdad que el momento más amplio de la autodeterminación de toda la historia del país es el momento constitutivo del Estado del 52.

<sup>114</sup> Porque el Parlamento elegido junto a Paz no fue jamás convocado. Había desaparecido de la atención de las masas que ya no estaban en eso.

<sup>115</sup> Criollismo utilizado por el diario *La Calle*, ridiculiza aquella democracia restringida a la órbita de los caballeros. *Huayraleva*: leva al viento. Los «precios de democracia» son los que fijaron al estaño los norteamericanos como contribución de Bolivia al esfuerzo de la guerra.

<sup>116</sup> «Cuatro conceptos de la democracia», *op. cit.*

<sup>117</sup> Esto se refiere al cotejo de los significados de democracia. Un país puede tener un grado relativo de democratización social y aun tener instituciones democrático-representativas y, sin embargo, carecer del impulso democrático de la autodeterminación.

<sup>118</sup> Véase René Zavaleta Mercado, «Forma clase y forma multitud», *op. cit.*

<sup>119</sup> *Ibíd.*

Con todo, es un proceso de acumulación de clase lo cual vale para la multitud en su conjunto. Aquí hablamos de las consecuencias colectivas del conocimiento, aunque también del rol de la masa en la proposición de las hipótesis sociales en explotación de su propio horizonte de visibilidad. La idea de la autonomía obrera y a la vez de su identidad a partir de una forma particular de relación con las clases no proletarias, el apotegma del estatuto de la no desorganizabilidad de la clase, o sea el principio de la organización permanente, la aplicación del supuesto de *irradiación*<sup>120</sup> a todo el margen histórico de su existencia o sea la autorreflexión no productivista de su destino, el sindicalismo entendido como pacto político difuso y no solo como instancia defensiva en el seno del Estado, la propia democracia interior de la clase como condición de toda la lógica democrática general: ¿quién ha hecho esto sino la clase obrera? La propia experiencia vital dice que la clase es su colocación estructural o económicamente estratégica más su propia historia, intimidad o acumulación, es decir que debe *constituirse* aun para ser lo que ya es en potencia, construir su acto. En otros términos, eso que llamamos la clase para sí es algo que puede ocurrir o no, según la naturaleza de los actos de los hombres aunque es cierto que es imposible al margen de su marco estructural. La historia de la clase es por tanto parte de su medio compuesto. La integración de la democracia representativa a este brillantísimo acervo de la memoria de clase es quizá el mayor logro de la República. De la misma manera en que el mero movimiento social sumado al sindicalismo en su forma espontaneísta (esto es una ideología, no solo lo espontáneo) y primaria eran suficientes para la acumulación en 1952, ahora en 1978, la forma partidaria adquiriría una relativa validación. La democracia, en cualquier forma, se convierte en una bandera de las masas, de masas que se habían educado en el vilipendio de ella. Pero no ocurre lo mismo con la burguesía. Si es verdad que, por otro concepto, la democracia representativa es un acto de Estado en sentido de que es el conocimiento necesario para reajustar una superestructura, que tiende a la *estasis*, a una base económica cuya ley o fatalidad es la reproducción ampliada, habría sido lógico que la burguesía estuviera interesada, al menos en su enunciacón, en la inserción de tal *método* en los usos del Estado burgués del 52. Aquí nos encontramos con un doble desarreglo: por un lado, con una burguesía que no tiene que ver tanto con el Estado del 52 como con su ocaso; por el otro, con que lo que llamamos la burguesía boliviana es en realidad su viejo núcleo oligárquico ahora con *maneras de mesa burguesas*, pero con muy pocas de las conocidas como *ideas burguesas* en su cabeza.<sup>121</sup>

---

<sup>120</sup> *Ibidem*.

<sup>121</sup> Porque la revolución intelectual no ha existido para estas burguesías. La mentalidad burguesa está así poblada de lugares comunes oligárquicos.

El descreimiento de esta clase en la democracia proviene de su fracaso en ella. Sin duda alguna prefiere, con un instinto obstinado, la vía más céntrica del golpe de Estado, cambio dentro del no-cambio, subrogación temporal entre sus fracciones. Por esta vía entra en un curso infernal. La supresión del ámbito democrático impide la manifestación o enunciación de la sociedad civil. *Ergo*, el poder domina a ciegas porque no dispone de esa lectura.<sup>122</sup> En estas condiciones, la inestabilidad política es inevitable.<sup>123</sup> Aquellos que no podían *votar* su descontento lo dicen en el motín o en los descontentos de la *economía moral* de la multitud.<sup>124</sup> La democracia representativa, en tan débiles términos, no existía sino para destruir las únicas condiciones en que habría sido aceptable para la clase dominante, es decir, en la esterilización de masas organizadas, violentas y pobrísimas.

Es cierto que aun desde el punto de vista de la *cantidad* popular la democracia representativa es un indicador solo relativo en Bolivia en relación con eso que se llama la *mayoría de efecto estatal*. La lógica de la representación —*un hombre, un voto*— solo es válida donde los hombres son iguales al mínimo. En Bolivia, los núcleos de la decisión política (*polycymaking*) se sitúan en las tres ciudades principales, en dos o tres centros de concentración campesina y en los distritos mineros.<sup>125</sup> Se puede decir que quien triunfe en estos puntos perentorios tiene el poder, *aunque no tenga la mayoría*. Tal es el grado en que la democratización real califica (determina) la validez de la forma representativa democrática.

Los episodios de noviembre dan, por tanto, material abundante acerca de las posibilidades y las imposibilidades de la democracia representativa en Bolivia, lo cual quizá equivale a decir que las activas masas de noviembre fueron, como concentrado de la historia, más importantes que las tres elecciones en su conjunto. En resumen: la recepción de la tierra sumada a *la construcción represiva del mercado* (el principio organizativo) se deriva en un élan hacia el mercado. Es aquí o en torno a ello que se produce

---

<sup>122</sup> Aquí se considera a la democracia como un método de seguimiento de los movimiento de la sociedad civil. «La democracia está aquí insinuada como un acto del Estado. Es la conciencia del Estado calculando las reverberaciones de la sociedad civil. La sociedad civil en esta fase gnosológica es solo el objeto de la democracia, pero el sujeto democrático (es un decir) es la clase dominante, o sea su personificación en el Estado racional que es el burócrata. La democracia funciona entonces como una astucia de la dictadura. Es el momento no democrático de la democracia». Véase René Zavaleta Mercado, «Cuatro conceptos de la democracia», *op. cit.* Incluido en este volumen.

<sup>123</sup> Sin embargo, deberían considerarse los veinte años de *pax* liberal y los doce de la estabilidad movimientista.

<sup>124</sup> Cf. E. P. Thompson, «La economía 'moral' de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII», *Past and Present*, núm. 50, febrero de 1971.

<sup>125</sup> Cf. René Zavaleta Mercado, «La fuerza de la masa», *op. cit.*: «El abigarramiento clasista y económico de la sociedad se manifiesta en la incertidumbre en la construcción del poder político, o sea que hay una suerte de correspondencia entre la sociedad política y la sociedad civil, pero solo porque ambas son atrasadas».



el advenimiento del yo o la erección del individuo, sin lo cual no puede hablarse del trueque ideológico que es el requisito del MPC y menos aún de la revolución intelectual.<sup>126</sup> Tal es la consecuencia más trascendente de la movilización de masas que acompañó a la revolución agraria en la que los campesinos fueron actores organizados y no meros receptores. La democracia del 78 al 80 no es sino el desarrollo o maduración de ese proceso y, sin eso, ni la UDP ni el bloque de noviembre hubiesen podido existir. Instalado este impulso en la sociedad, todavía se podría discutir sobre la forma que debe adoptar la representación y la propia viabilidad de ella como sistema político en un país como Bolivia.<sup>127</sup>

### Clase dominante, ideología dominante

Los personajes verdaderos de esta lucha no son siempre los antagonistas aparentes. En noviembre de 1979, como se ha visto, la huelga general obrera se convierte de inmediato en la *huelga política de todo el pueblo* en un despliegamiento hegemónico muy considerable.<sup>128</sup> Esto conlleva la paralización de la producción general y la ocupación del territorio, lo cual significaba la confrontación entre *el triunfo desarmado del pueblo y la derrota armada del Ejército*. Noviembre es pues el compendio de la circulación hegemónica en Bolivia. Las elecciones (las del 79), no obstante ser tan reveladoras, solo son los aprestos hacia noviembre, y, las de junio posterior, su consecuencia. El golpe de García Meza, entre tanto, es solo la exacerbación pantagruélica de la sombría ilusión de Natusch.

Es el enfrentamiento del bloque histórico dominante, lo que implica una agregación no solo horizontal sino también a lo largo del devenir del tiempo: en su corazón no está la burguesía, vértebra económica pero no hegemónica, sino el ejército, en cuanto es el *Angst* del Estado. Esto no debería ser simplificado. Es cierto que se trata ya de la manera que adquiere el bloque dominante en su recomposición dentro de los nuevos términos postulados por 1952. Existe también su contorno hegemónico, los elementos conservadores en el seno del pueblo. Sería grotesco pensar que el 17 % de los votos de Banzer estuvo compuesto por burgueses. Los oficiales mismos, si son adscritos en algún compartimiento clasista, deberían serlo en el de los trabajadores asalariados no productivos: aquí, no obstante, está en el medio el *pathos* de la irresistibilidad y hay por eso un

<sup>126</sup> Véase nota 105.

<sup>127</sup> Con esto se postula que la «forma» representativa es algo todavía a verse, aunque ya no la validez de la idea democrático-representativa en la masa.

<sup>128</sup> Aunque en principio la intención de la COB no era sino oponerse a las medidas económicas, muy al corte del FMI, que se había visto obligada a tomar Lidia Gueiler, las repercusiones del hecho rebasaron de modo largo ese propósito.



elemento de mesianismo o encendimiento que imbuje el alma de estos hombres con un halo irracionalista: lo último que harán es referirse a su condición estructural.

En todo caso (así lo veremos mejor, luego), tras la claudicación de la burocracia civil del Estado en 1964, burocracia que gobernaba la autonomía relativa que había emergido del auge de masas del 52,<sup>129</sup> y el deslizamiento del poder hacia el lado militar de la burocracia,<sup>130</sup> tras el desmoronamiento sucesivo de las mediaciones alzadas en el 52 con relación a la clase obrera<sup>131</sup> y, al final, con Banzer, de las mediaciones hacia los campesinos; tras, en suma, la pérdida universal de la *letra* de su legitimación, sin duda estamos ante un aparato que se ha replegado a su fase de emergencia, que es el Ejército, o sea su espíritu en estado puro.<sup>132</sup> El Ejército, en efecto, que puede todavía invocar el pacto militar-campesino con Barrientos, no puede conseguir como apoyo sino a los gerentes *neoburgueses* con Banzer. El Estado del 52 se ha encogido a su último reducto. Para esto, importa ya poco qué es lo que los oficiales piensan sobre el 52.<sup>133</sup> Son el recurso final de algo a lo que ni siquiera aman ni comprenden.

La historia de Bolivia, al menos a partir de los cuarenta, es eso, un duelo entre el ejército y la clase obrera (habrá que repetirlo siempre). Es solo un modo de decir las cosas: un duelo entre el bloque que ha debido resignarse de modo precoz al amparo de su intrínquilis represivo puro y un bloque alternativo que está bajo la dirección *práctica* de la clase obrera, aunque *dentro* de los límites de una hegemonía incompleta. La clase obrera es todavía incapaz de su propio proyecto o alcance hegemónico, pero no hay un solo proyecto democrático que pueda plantearse al margen de la clase obrera. Conscientes o no del modo de hacerlo, de un modo más intenso o gradual según las épocas, ambas puntas tienen su propia concepción del país y su destino, se atribuyen una suerte de soberanía o irresistibilidad y proclaman, por tanto, su derecho a reformar la realidad a su propia imagen.

---

<sup>129</sup> Llamamos así al periodo propiamente revolucionario (1952-1954).

<sup>130</sup> El MNR monopolizó en la práctica el rol de la clase general o burocracia; Ovando, con todo, se las arregló para que existiera una cierta burocracia militar, que es la que toma el poder en 1964, aunque ya quebrando su línea jerárquica.

<sup>131</sup> Lechín fue el mediador clásico con relación a la clase obrera y Ovando respecto de los militares. Pero fueron miles de dirigentes que cumplieron con esta función, la de mediadores, que representaban la modernización efectiva del Estado.

<sup>132</sup> En el sentido en que usa estos términos Luis H. Antezana. Véase «Sistema y proceso ideológicos en Bolivia (1935-1979)», *op. cit.*

<sup>133</sup> Para ver hasta qué punto el MNR fracasó en el intento de implantar las ideas nacionalistas-revolucionarias entre los militares y en cambio el grado en que se impuso la modalidad oligárquica tradicional por medio de hombres como Sanjinés Goitia, véase William H. Brill, *Military Intervention in Bolivia. The Overthrow of Paz Estenssoro and the MNR*, Washington DC, Institute for the Comparative Study of Political Systems, 1967.

Claro está que podemos saber con cierta precisión qué es el bloque dominante porque está en su acto. En tanto, solo podemos saber lo que es *todavía* el bloque popular, pero no lo que será porque ahora no es sino un movimiento. En todo caso, los actores circulan en cierta medida. Los campesinos, *v. gr.*, que por antonomasia debieron componer el partido democrático, fueron en su momento la fuerza de asiento del bloque dominante. Las fragmentaciones o desgarramientos del bloque dominante (que son propios de la vecindad de la crisis), entre tanto, se expresan en la participación de sectores democrático-burgueses en la forma que adopta el partido popular. Esto es lo que explica en una gran medida a la UDP o la índole de la inserción del PS-I en el movimiento popular.<sup>134</sup>

Que Paz Estenssoro o Guevara se presentaran como el rostro civil de ese bloque, o que Banzer postulara un poder militar avalado y designado por los civiles y además un programa mucho más reaccionario (porque mientras los primeros representaban la *desviación agrarista*<sup>135</sup> del desarrollo económico, esto es, el momento en último término más imaginativo de la revolución burguesa, Banzer no contenía sino el prebendalismo y una versión regionalista de la acumulación) nada de esto podía significar que la última *ratio* de los tres dejara de ser el Ejército, *id est*, el Estado en la hora de su intensidad represiva. En otras palabras, podían ellos ser más desarrollistas y nacionales o más prebendalistas, regionalistas y racistas; pero todos confluían en el *espíritu* del Estado del 52.

Por otra parte, que la UDP, en cuanto alianza más extensa que la clase obrera *per se* (y aún más extensa que el contorno de irradiación de ella),<sup>136</sup> fuera la titular de las tres victorias de Siles Zuazo no quiere decir tampoco que la UDP pudiera ser nada fuera del movimiento obrero. La clase obrera podía existir al margen de la UDP, aunque impotente; pero la UDP no sería la UDP (no podría existir) sin la clase obrera. Considerado fuera de su alianza con los obreros, Siles mismo no habría sido nada diferente de Paz Estenssoro o Guevara. Dejar las cosas dichas de esa manera sería, con todo, reducirlas hasta su desaparición. En efecto, mientras que para Paz o Guevara la clase obrera no parecía tener sino una importancia periférica para su razonamiento y en tanto que su eliminación política (de la clase obrera) era un requisito para todos los planes de Banzer, Siles

<sup>134</sup> Las contradicciones son frecuentes en la política de Bolivia. Siles fue el jefe del temidor revolucionario y después jefe también del despertar democrático. Quiroga fue un opositor apasionado al MNR de la hora de las masas pero también, después, el denunciante más esforzado de las dictaduras prebendarias. Los casos podrían proseguirse bastante.

<sup>135</sup> Paz Estenssoro, Guevara y Gumucio definen la línea económica de la Revolución en un sentido territorialista y agrarista, y no industrialista y antiimperialista. En todo caso, el contenido estatalista de esta política es mucho más progresista que el que los norteamericanos imponen después a partir de Siles (1956).

<sup>136</sup> Véase René Zavaleta Mercado, «Forma clase y forma multitud», *op. cit.*

Zuazo se apercibió, tras algunas hesitaciones, de la importancia crucial de esta clase. Acalló entonces un anticomunismo bien antiguo en él y se dispuso a la alianza.

Lo que califica como democrático o no a un proyecto, como lo hemos dicho antes, es la opinión o recepción de los proletarios. Esto es una ley en Bolivia: donde no hay consenso obrero, no hay legitimación. Sumarse debe a ello que el grado de la autonomía proletaria dentro de la alianza de clases es también la medida en que ella, la alianza, es democrática. Con un instinto certero (aunque quizá demasiado instintivo) de la política, Siles Zuazo tomó nota por lo demás de que la *quanta* nacionalista-revolucionaria, indisputable en las tres comprobaciones, no podía producir sino un poder paralizado e ilusorio si no lograba al menos un *modus vivendi* elemental con las fracciones estratégicas. Eso dice que, sin el asenso obrero, los militares no hacen otra cosa que matar gentes; sin la solución de la cuestión militar, ni los obreros ni nadie pueden hacer tampoco nada distinto que perseverar en sí mismos. Con todo, aun para establecer la *paz imposible*, para lograr la tranquilidad militar, la amistad movilizadora de la clase obrera era la condición.

La clase obrera a su turno había aprendido del momento de su soledad clasista<sup>137</sup> que la única manera de ser ella misma era el serlo en medio del pacto democrático. Ni el más rabioso obrerista podría, en efecto, suprimir el hecho de que la *Tesis de Pulacayo*, por ejemplo, es del mismo año que la mayor agitación campesina del siglo, si quitamos la fase del Temible Willka y la conmoción orgánica del 52; año, 1947, que es también el del mayor rencor *villarroelista* del poverío urbano.

Esto todo parece componer un cuadro perfecto. En los hechos, no obstante, ni Siles tenía la vocación para comprender la grandeza de los obreros ni la clase obrera era capaz de ofrecer un programa a toda la nación,<sup>138</sup> el programa que sostuviera, envolviera y ampliara la perspectiva vital de Siles, que era combativa pero no enjundiosa. El decurso posterior de las cosas demostraría, por lo demás, que la izquierda (llamemos así a esta protesta) estaba muy lejos de haber superado la pauta de su inconsciente, sellado con hierro por el *espíritu* del Estado del 52. La propia composición de sus listas electorales<sup>139</sup> enseña de una manera implacable la prevalencia continua de la extracción señorial en ellas tal si se diera por sentado, como los atónitos obreros victoriosos del 52, que quienes debían gobernar lo que resultara

<sup>137</sup> En un ademán táctico certero, Barrientos precipitó las matanzas del 65 y 66, con las que el movimiento obrero quedó aislado en una ruptura de la que no saldrá sino con la definición izquierdista de la pequeña burguesía tras el frustrado intento de Che Guevara.

<sup>138</sup> *La Tesis de la COB* proclama el socialismo, pero el programa de correctivos de noviembre no alcanzaba ni siquiera para hacer un programa elemental de reformas.

<sup>139</sup> Véase nota 84.

debían ser los que siempre habían ordenado en el país, así fueran los más jacobinos entre los integrantes de la casta señorial secular. Ni siquiera la más radical de las retóricas, como la de Quiroga Santa Cruz, podía desmentir tales nefastos datos centrales con los que asomaba su cabeza la historia ancestral del país. Bolivia había sido desde siempre un país de los señores y nadie, ni en la izquierda ni en la derecha, como no fuera la plebe pura en su rabia más cerrada, pensaba que tal cosa pudiera cambiar en lo esencial. Esto es cierto: los pueblos miran a veces como su liberación a lo que suele no ser sino una disputa de reemplazo entre las estirpes de sus amos.

Así de lejos estaba, en el mismo momento del auge de las masas, la redención de los indios de Bolivia.

## El Ejército del 52

Veamos en qué condiciones llega el Ejército, ahora *summa summarum* del poder, al golpe de julio de 1980. Por supuesto que el Ejército como cualquier otra corporación pertenece en primer término a su propia historia, como todo el mundo. Por tanto, no nació así: un germen siniestro se convirtió en el cuerpo entero. Es como si el tiempo se ocupara en una tarea extraña de volver cada día más grande a una culpa original. En el día mismo del golpe, en la ciudad de las *matanzas de Yáñez*,<sup>140</sup> el sentimiento de que jamás había ocurrido algo así persignó la percepción común que se tuvo de aquellos acontecimientos. Se quería decir que nunca el terror había sido aplicado en términos de una saña tan general. Era más bien una sensación porque después se pudo ver que el terror había seguido más bien el principio de la penetración que el de la extensión. Fue algo grave, con todo.

Desde la brutal sencillez con que se puso fin a la vida de Quiroga Santa Cruz (cuya ascendente historia política expresaba mejor que nada la fascinación que había venido a ejercer el gesto de la izquierda sobre los intelectuales), hasta las matanzas de Caracoles y los distritos mineros, para no hablar de las del campo (sobre cuyas bajas no se lleva cuenta en Bolivia por hábito nacional), todo habla de la organización de un escarmiento. La manera un poco neroniana con que se demolió aquella vieja casa de la Federación de Mineros, como si esos adobes contuvieran a la clase obrera misma, así como las vesanas estas, en las que asombra sobre todo la intensidad de la pasión con que se las comete, todo esto no obstante, todavía es legítimo decir que era el fondo de la historia del país y del Ejército mismo lo que estaba preparando una cosa así.

---

<sup>140</sup> Cf. Gabriel René Moreno, *Las matanzas de Yáñez*, La Paz, Juventud, 1976.

Pues sabemos todos que hay siempre dos ejércitos dentro de cada uno, una suerte de esquizofrenia propia de la institución. Hay, en efecto, el ejército de la centralización y de la nacionalización: es el ejército el que debe *sentir* los aspectos nacionales que preexisten a la nación o que están detrás del particularismo, tan de la entraña de esta tierra, y de la visión corporativa del mundo. De otro lado, el ejército clásico, cuya razón de base es el miedo de la *noche triste*. La función de este ejército es resistir el cerco de los indios y el 9 de abril no es sino la actualización de un atavismo llamado Katari. Bolivia resulta, para esta perspectiva, aquello que ha quedado intramuros, cercado por el malón de la indiada.

En la historia concreta de este ejército, el del 52, no cabe sino sorprenderse por la corta escuela que dejaron los rasgos villarroelistas<sup>141</sup> de Ovando y Torres. Sin duda esta insólita amnesia de cuerpo es algo vinculado al fin de la era de la conjuración clásica,<sup>142</sup> el prebendalismo<sup>143</sup> y a la propia reconstrucción burguesa del Estado. Esta oficialidad tiene ahora una historia que no es la del Chaco ni la de la RADEPA: aquí los oficiales han sido sometidos (y se han prestado a ello) a una suerte de *brainwashing* o rehabilitación en primer término por la vía de la concurrencia al terror. De la práctica del terror se pasa sin remedio a la gratificación por el terror; de otro modo, no habría un solo culpable que no se hubiera ahorcado. Es un ejército entrenado por lo que, sin rigor, podemos llamar la doctrina norteamericana. Los oficiales que ahora aparecen como comandantes, prefectos, presidentes de entes autónomos, embajadores y lo que se quiera, están ya en las matanzas obreras de 1965 y 1966<sup>144</sup> que son un plan premeditado, una celada tendida al proletariado minero con fines de ejemplarización y aislamiento político. Están también en las carnicerías de Sacaba, Epizana y Tolata;<sup>145</sup> presentes sin duda en el exterminio de los guerrilleros en Ñancahuazú y Teoponte.<sup>146</sup> Eso para mencionar algunas jornadas. Las circunstancias son siempre las mismas: uso de armas pesadas, de la aviación y la sorpresa sobre hombres y mujeres desarmados y míseros pueblos abiertos, excepto en el caso de los guerrilleros donde su inferioridad equivalía a lo mismo.

---

<sup>141</sup> Debería decirse en rigor radepistas por la logia RADEPA (Razón de Patria) de la que era dirigente Villarroel.

<sup>142</sup> «Que la conspiración fracasase con una reiteración tan terca decía que, fuera por la mediación prebendal, fuera porque se hubiese instalado en efecto la religión del Estado en la cabeza de los oficiales o fuera el pavor a la irresistibilidad, fuera tan solo porque el aparato de inteligencia se hubiera hecho más vasto y eficiente, este sistema no era más divisible [...]. Era la nueva consistencia del aparato estatal en Bolivia lo que hizo que Banzer durara siete años en el poder». René Zavaleta Mercado, «La fuerza de la masa», *op. cit.*, p. 36.

<sup>143</sup> Barrientos lo fundó con el tráfico de cocaína que ahora alcanza, según la revista *Newsweek*, a los 2.000 millones de dólares por año.

<sup>144</sup> Las de 1965, matanzas mineras en todos los distritos. En 1966, la masacre de San Juan en Siglo XX-Catavi.

<sup>145</sup> Matanzas de campesinos en el valle de Cochabamba, en 1974.

<sup>146</sup> Asiento con el que son conocidos los dos intentos guerrilleros de 1967 y 1970.

Las matanzas bolivianas se han hecho famosas.<sup>147</sup> El propio golpe militar de noviembre de 1964, que inaugura la era castrense de la que no hemos salido aún,<sup>148</sup> empieza por la aniquilación por ametrallamiento aéreo de al menos un centenar de milicianos movimientistas en el cerro de Laikacota, en La Paz.<sup>149</sup> Con tal historial, no es correcto decir que las cosas empezaron en mayo. Sin hablar de los días de Natusch Busch en noviembre.

El lugarteniente y también inspirador de García Meza es el coronel Arce Gómez, jefe de los grupos paramilitares en el golpe de julio. Es claro que los aparatos paramilitares son hoy parte de la doctrina de seguridad nacional en la América Latina, refutando lo que habría podido pensarse en cualquier tiempo anterior. Una cosa era un miliciano,<sup>150</sup> enemigo del ejército; otra, un paramilitar actual, por lo general un mercenario específico y a veces solo un oficial en función paramilitar. Tampoco esto es algo que carezca de historia previa en el país.<sup>151</sup>

A la formación represiva del ejército, cuya propia colocación espacial se refiere a la imposición del orden interno y no a la defensa de la frontera, se suma entonces el terror paramilitar y los métodos de julio concluyen en la ejecución de lo que se puede llamar el terror cupular. Tampoco esto, de lo cual la muerte de Quiroga Santa Cruz es el paradigma, dejaba de tener antecedentes como los asesinatos de Torres en Buenos Aires y de Zenteno Anaya en París.<sup>152</sup> Lo de Quiroga, con todo, fue algo más profundo que un asesinato. Luego vamos a ver por qué. En cualquier forma, la historia política se desarrolló rebasando de un modo largo la más bien modesta capacidad de análisis de la izquierda, enferma ahora como antes no solo de tristes ideas sino de un antiintelectualismo que se diría militante. Las explicaciones, como es sabido, giraron en lo básico en torno a la intervención argentina y la cuestión de la cocaína.<sup>153</sup> Una causa emergente (los

<sup>147</sup> Aunque lo serían más si no fuera porque es un método ahora tan colectivo a toda la América Latina.

<sup>148</sup> Con el que se derrocó a Paz Estenssoro.

<sup>149</sup> Este es un cerro de gran valor estratégico, situado entre el centro de La Paz y Miraflores, asiento del Gran Cuartel General.

<sup>150</sup> En principio, los milicianos eran solo los obreros y campesinos en armas. Después, se contrataron mercenarios para la misma tarea en una evolución expresiva.

<sup>151</sup> Barrientos, que no era capaz de tomar el desayuno sin consultar con los gringos, apareció de pronto, cierto que en las postrimerías de su poder y de su vida, con la historia de que era necesario organizar las FURMOD (lo que significa más o menos Fuerzas Unificadas de Represión para el Mantenimiento del Orden Democrático), lo cual se prosiguió después con el Ejército Cristiano Nacionalista. La idea se mantuvo a lo largo del tiempo de Ovando hasta el asesinato de Quiroga y la dirección local del MIR en lo posterior. Son los mismos personajes. Monroy, por ejemplo, actúa en todos estos episodios, aunque acabará asesinado, lo más probable que por sus propios compañeros, en 1982.

<sup>152</sup> Juan José Torres fue asesinado con la complicidad del aparato argentino en 1976. Zenteno Anaya fue también muerto a tiros de un modo que quedó en el misterio, siendo embajador boliviano en París. Cada uno en su línea, eran rivales ostensibles de Banzer.

<sup>153</sup> Por lo primero, la participación argentina, se habló de un virtual recorrido de la frontera a cargo de los militares fascistas argentinos. Esa suerte de versiones son siempre muy exitosas entre

argentinos, la cocaína) habría alterado —a su juicio— un curso de las cosas que de otra manera habría estado a salvo. Así de ocasional sería la historia del país. Los hechos enseñan más bien que Bolivia contenía al mismo tiempo grandes masas activas y también reflejos estáticos profundos. Las estructuras sociales, incluso la boliviana, suelen ser más conservadoras de lo que parecen y hay siempre un poderoso conjunto de medios reaccionarios en cada país. En este caso, la propia revolución democrática había ido concediendo los medios para el montaje del aparato que actuó sin éxito con Natusch y con éxito con García Meza.

## Quiroga Santa Cruz

La pasión y la muerte de Quiroga Santa Cruz son por eso tan reveladoras por todo concepto. Con el rango que le daba el ser el mejor orador de su tiempo, Quiroga asumió una peligrosa certeza en la impugnación del sistema prebendalista que se desarrolló en su forma más general con Banzer.<sup>154</sup> Se puede decir sin vueltas que Quiroga fue el denunciante más insobornable y poderoso de este tiempo aciago. En la manera miserable con que fue ultimado, en el cumplimiento más protervo de una promesa

---

los jingoístas, incluso si ellos mismos son perseguidos por los fascistas. Tal descripción resultó la más socorrida para la difundida perplejidad con que se encontró de pronto todo el movimiento democrático que, contra todos los indicadores de la realidad, parecía al punto no saber qué es lo que había pasado. Ocurrió algo semejante en 1971, cuando la versión universal de la izquierda fue que Torres había sido derrocado por el Brasil o de que la clave estaba en los nazis alemanes refugiados en Bolivia como Altmann, que hubieran financiado a Banzer, cuyo apellido coincidía demasiado con ello. El tropicalismo de los tristes trópicos puesto en la cabeza de los módicos teóricos izquierdistas de América Latina se dio al punto de elaborar un teorema entero sobre el subimperialismo brasileño, como una nueva fase dentro del MPC. O sea que había una verdad, que era el MPC, y una subverdad, que era el subimperialismo brasileño. Todo esto, es claro, fundado en algunos datos sin duda reales porque tan cierto es que los norteamericanos utilizaron a los militares brasileños para financiar la conspiración de Banzer y que los nazis actuaron de lleno en su gobierno, como que lo que daba pábulo a unos y otros gorilas brasileños y mercenarios nazis, era el cuadro local de las clases que se habría definido lo mismo con ellos que sin ellos.

En 1980, no hay duda de que oficiales argentinos actuaron en la comisión de los actos terroristas iniciales y en las torturas, como no la hay del inmediato soporte que dio el préstamo argentino (200 millones de dólares, que llegó después a 400 y finalmente a 700) a un García Meza en aperturas ante el tardío doctrinarismo de Carter. Pero en atribuir todas las cosas a esto no actuaba sino un complejo de inferioridad de un país que ha perdido demasiados territorios en manos de sus vecinos. En los hechos, la Argentina carecía de la consistencia nacional para una aventura de semejante envergadura y lo mismo pudo decirse en su hora del Brasil. En cuanto a los norteamericanos, que son los verdaderos amos del país, no necesitaban conspirar con nadie para hacerse de sus propios objetivos.

<sup>154</sup> Puede decirse que si bien el prebendalismo es eficaz solo en determinadas condiciones, ellas se dieron, sin duda, en el ciclo que va de Barrientos a Banzer. A partir de entonces, la estructura militar en su conjunto usufructúa privilegios legales e ilegales (porque es cierto que no es tan grande la diferencia en Bolivia) y esto sirve para acentuar la impostación corporativa que se le impone. El más desamparado de los oficiales pasa a tener más derechos naturales que cualquier civil.



hecha por García Meza ante el país entero, se puede encontrar la medida de lo que esto comprendía.<sup>155</sup> El desenfado absoluto con que actuaron tan al desnudo García Meza y todo el extremismo militar era la prueba del nivel de no retorno al que había llegado la política y de la impotencia de la sociedad civil ahora sí ocupada por su propio Estado el cual, a su turno, se había reducido a su mera expresión armada. En el juicio de responsabilidades a Banzer, Quiroga dirigió el conjunto de sus comprobaciones a un único punto irremediable: todo el sistema de Banzer se fundaba en la corrupción en diversas formas, es decir, en la *prebendalización del sistema estatal*.<sup>156</sup> A decir verdad, en principio no debería haber habido mayor sorpresa por ello. El propio MNR había convertido el capitalismo de Estado en el método de la acumulación originaria de la recomposición burguesa. De allá, del Estado del 52 salieron en la práctica todas las fortunas actuales de Bolivia. Es lo que se llama el camino extraeconómico de la acumulación y en esto Banzer no hizo más que generalizar el método hasta dejar el mayor endeudamiento de la historia del país. Banzer, con todo, era consciente de lo que hacía y también de sus propios negocios. No era por tanto esto lo que exasperaba de Quiroga: Banzer no podía proponerse *además* pasar a la historia como un hombre honrado. El encono provenía de la posición en cierto modo dual de Quiroga: interior por una parte a la propia clase a la que denunciaba y exterior a ella a la vez, porque así lo elegía. Quiroga<sup>157</sup> estaba revelando en su persona la ruptura de la clase dominante. Era un testimonio viviente de una disidencia que es el indicador indudable de la aproximación de la crisis.

La contribución de Banzer radicó por tanto en la construcción de una cierta nueva identidad para el estatus de lo militar. En la práctica, con la dispersión de las canonjías y las sinecuras que se convirtieron en la norma de vida de la unidad militar; enseguida, con el emplazamiento en el alma de los oficiales del dogma de su impunidad, que es una traducción degenerada hacia lo subjetivo del principio de la irresistibilidad del Estado. En otros términos: *para nadie es legítimo enjuiciar al Ejército; el Ejército debe ser considerado para todo fin intocable, los oficiales en general son intocables (no enjuiciables) y cada uno de los oficiales debe ser intocable porque ellos son los portadores del espíritu del Estado*. Quiroga, por tanto, era el menos indicado para romper este principio y Banzer el menos llamado para comenzar el juicio a la corporación.

<sup>155</sup> García Meza declaró que la institución armada y él mismo en persona sabrían poner en su lugar a Quiroga. La idea de su eliminación, sin duda, circulaba ya entonces en este tipo de oficiales.

<sup>156</sup> Weber define la «prebenda» como una «remuneración vitalicia y no hereditaria de su titular en concepto de servicios reales o ficticios en forma de rentas del cargo». Cf. *Economía y sociedad*, México DF, FCE, 1944, p. 813.

<sup>157</sup> Lo cual vale también sin discusión para una gran parte de los dirigentes del MIR.



Bien vistas las cosas, esta era, en fin de cuentas, la única manera de hacer lo que se llama en psicología un acto de *supresión*. Para la representación o internalización militar, los obreros del 65-66 o los guerrilleros o las dos decenas de asesinatos para esconder la venta clandestina de armas a Israel<sup>158</sup> o los campesinos del 74 o Quiroga, desde luego, estaban desafiando a la patria, no a Banzer. La patria es el orden de cosas que existe; la patria es, entonces, el Estado del 52 en la forma en que existe hoy. Actuaron pues en torno a esta razón final y ella sirvió para exorcizar todo.

Mediante una denuncia cuyo alcance era más bien republicano o ético-moralizante, porque inculpaba a la burguesía por no cumplir con la ley burguesa (lo cual era después de todo como creer en ella), Quiroga descubrió, haciendo gala de un inmenso valor civil, algo que en realidad todos habían hecho por apañar: la lógica prebendal era la única con que contaba ahora el Estado del 52. No sancionar a Quiroga habría equivalido a la aceptación de que el Ejército y los militares que por él mandan son también parte de un mundo laico, de un mundo enjuiciable.

Está claro que, al menos desde 1964, la incidencia creciente del aparato represivo se acompaña por la disolución de la efectualidad ideológica de este Estado que ha empezado a vivir en un hueco hegemónico. Los hombres del reconstruido bloque dominante habían derrochado aquel excepcional margen de legitimidad que había dado al Estado la revolución democrática en el 52. Se diría que, desde Bolívar mismo, no hubo jamás un contorno de legitimidad tal en la historia del país. Podía en cambio sostenerse, hacia mediados del 80, que se llevaban ya 16 años en que el Ejército buscaba una solución militar para un problema que no era militar.

Esto mismo puede ser dicho de otra manera: en el decurso de la historia de este Estado, habiendo vencido y disuelto en la práctica a la burocracia civil que era como la *clase general* del sistema, sin tener a la vista una burguesía unificada y ni siquiera realmente constituida, los militares, puestos en el monopolio del poder desde 1964 y aun antes de ello,<sup>159</sup> adoptaron una visión corporativa de las cosas o sea que se dieron al hábito de pensar más en el destino de los militares en la nación que en la influencia de la suerte de la nación sobre el Ejército. Esto producía un resultado contradictorio. Mientras el Estado por medio de su brazo de fuerza violenta aplastaba a la sociedad y la acallaba, parecía que todo iba bien. En realidad, la sociedad acallada fermentaba su desquite, acumulaba reclamos que nadie podía ver

---

<sup>158</sup> Bolivia simuló la compra de armamento a diversos países, Bélgica en particular, para entregarlas a Israel, cuando la venta a ese país estaba vedada. Este *affaire* y los otros del barrientismo causaron unas veintitantas muertes.

<sup>159</sup> El *esprit de corps* se explica por la doble humillación a la que los sometió el MNR, casi sin darse cuenta, no solo al obligarlos a rendir homenaje a su propia derrota sin otra explicación, pero también con los salarios casi simbólicos que les impuso por años, es cierto que junto al país entero.

porque se había suprimido la lógica de la visibilidad social. Cuando por cualquier razón, en el caso por la erosión de Banzer, la sociedad civil podía expresarse, lo hacía de un modo cataclísmico. En esa instancia, el Estado carecía, como es obvio, de las mediaciones correspondientes. No había razón alguna para que el rebasamiento abrumador del marco político-estatal por parte de la sociedad civil, que sin reposo mostraba el ademán de su autodeterminación, no produjera en su contrario el renacimiento exasperado de las *costumbres militares*.

Estamos ante el crepúsculo del partido del 52, del Estado del 52 y quizá también de la propia ideología del 52, aunque esta es, como es usual, lo más persistente. Pero el mismo hecho ideológico como tal, la articulación subjetiva, han sido relegados, por cuanto su ejercicio requiere un mínimo democrático. Es un Estado que no vive hoy de consenso, sino de la prebenda estampada en un excedente concreto (la cocaína en lo básico) que debe practicar la violencia política o perecer. Sin embargo, es un aparato que tuvo su pujanza, su poder y su gloria. En 1952, por ejemplo, el radio de disponibilidad de las masas ante el MNR era tan grande que se pudo imponer a Ñuflo Chávez, de quien se decía que era descendiente del fundador español de Santa Cruz de la Sierra, como el máximo dirigente campesino. Terratenientes como Álvarez Plata<sup>160</sup> fueron también dirigentes campesinos y, en general, el MNR podía constituir dirigentes a sabor, incluso entre los propios obreros. Las mediaciones no solo no debían ser compradas, sino que podían ser instauradas del modo más arbitrario. Las personas recibían con cierta ansiedad positiva este proceso, con cierta avidez. Estamos muy lejos de aquello: hablamos de la fase prebendal o pretoriana de aquel Estado.

Pues bien, el fundador de la época de la prebendalización fue el general René Barrientos Ortuño. Se dice que en la primera reunión de gabinete después del derrocamiento de Paz Estenssoro en 1964, distribuyó sumas de 10.000 dólares a cada uno de sus ministros. En realidad, Barrientos propaló este sistema sobre todo en el Ejército y en el campesinado, las dos puntas del pacto militar-campesino, que fue su base social. Banzer extremó el método y fue con él que el Estado se asoció con el narcotráfico. Esta es también la base de García Meza, aunque él, a su turno, fuera como el símbolo de las tendencias desorganizadoras que trae en sí una mediación tan primitiva como esta.<sup>161</sup>

Deberíamos ver, con todo, qué viabilidad real tiene un Estado organizado sobre esta suerte de mediaciones. El propio acto prebendal debe

<sup>160</sup> Véase Silvia Rivera, nota 105.

<sup>161</sup> Batista desorganizó el Estado cubano por practicar métodos prebendarios más anchos que la legitimidad de que se disponía. No pasó, por cierto, lo mismo en México donde, al ocurrir dentro de una ancha legitimación, lo prebendal es un elemento articulador.

fundarse en un grado de validez del poder; no puede existir sobre la nada. En efecto, si el terror fuera exitoso, de un modo infinito nos estaría gobernando algún descendiente de Gengis Kan. Si la cooptación prebendal fuera exitosa, Patiño habría sucumbido por avaricia. Las cosas no suceden así. El Estado es en último término lo que es la sociedad. Dentro del Estado, por otra parte, nada es tan difícil como construir un aparato represivo eficaz en profundidad, entre otras cosas porque la represión no es la inteligencia y porque el que dispone de la fuerza tiende sin cesar a su autonomía. ¿Por qué iba a ser entonces eficiente el ejército allá donde el Estado mismo está en un proceso de atrofia hegemónica, de dispersión y decadencia?

Nosotros sostenemos que Bolivia ha entrado en un ciclo de crisis orgánica que no tardará en convertirse en una crisis nacional general. Desde el momento en que el Estado del 52 tenía una hegemonía real (o sea, que tenía como único medio de dominación el ideológico) que se mostraba compatible, por tanto, con el monopolio de las armas por el pueblo, hasta la ruina de la autonomía relativa, el desplazamiento del poder hacia los militares (y por fin la pretorianización) y la pérdida sucesiva de la base social de esa dictadura con la ruptura del pacto militar-campesino, que ejecuta Banzer con esa suerte de alucinamiento de los que son portadores de la perdición de lo mismo que representan, vemos que el Estado del 52 ha necesitado menos de treinta años para llegar al borde de la deslegitimación prerrevolucionaria que el Estado oligárquico alcanzó en más de cincuenta años de predominio. Es indudable que esta secuencia está exteriorizando la formación de una crisis estatal. La manera de los acontecimientos de 1979 y un gran número de hechos coetáneos proponen que será también una crisis social de vasto alcance.

Es un proceso de desagregación que afecta en primer lugar al Ejército mismo. En el 64, el Ejército actúa todavía bajo el mando ostensible de Ovando, que es su reorganizador y su jefe político efectivo (aunque era ya tan ilustrativo el que la reorganización fuera poco menos que un acto conspirativo). En el 80 no solo llega el Ejército a un aparato desolado (el Estado), sino que debe practicar su propia disgregación para hacerlo. Es una secuela decimonónica. García Meza, con cierta cómoda brutalidad surgida de su colusión con lo de la cocaína, debe romper el principio de la obediencia jerárquica, que es el secreto de la coacción impersonal o sea de la violencia legítima.<sup>162</sup> García Meza y la *clique* terrorista destituyen, en verdaderos golpes de Estado interiores al Ejército, a dos comandantes en jefe antes de que pudiera él mismo asumir el rango. Actos estos casi físicos, aceptados a regañadientes pero también con un gran oportunismo por la clase política, hacen que esta piense (porque conoce mal este

---

<sup>162</sup> Cf. Max Weber, *Escritos políticos*, México, Folio Ediciones, 1982.

mundo mítico, trágico y tánico-destructivo) que el golpe mismo había sido derrotado en el vientre del cuerpo llamado a cumplirlo. Si García Meza no acataba a los comandantes, que eran *sus mandos naturales*, parecía lógico que hubiera dentro quien no acatará a García Meza. Todo aquello no era sino una suplantación de la forma real de los sucesos.

Los militares *a la* García Meza decían otra cosa: que había que golpear al punto porque cada día después sería más difícil. Eso, obedeciendo al viejo instinto militar que advierte que un corazón resuelto vale más que una escuadra perpleja.



# LO NACIONAL-POPULAR EN BOLIVIA (1984)\*

---

\* Este libro quedó inconcluso debido a la temprana muerte del autor. Los tres primeros capítulos de la obra, así como este prólogo en el que se dibuja el esquema y el problema general del trabajo, fueron publicados póstumamente en 1986 de la mano de la editorial Siglo XXI México, sin que el autor pudiera hacer una revisión final de los mismos. En esta edición se incluye únicamente el prólogo que sirve de introducción y de plan general de la obra.



# PRÓLOGO

## I. Introducción

El problema que interesa estudiar en esta investigación es el que propone la formación de lo nacional-popular en Bolivia, es decir, la conexión entre lo que Weber llamó la democratización social<sup>1</sup> y la forma estatal. Con esto entendemos las pautas de socialización tal como existieron y sus índices de poder, así como los llamados proyectos de masa. En otros términos, la relación entre el programa y la factualidad. El trabajo del problema se referirá al periodo de 1952-1980, aunque su explicación causal retrocederá hasta la Guerra del Pacífico (1879-83).<sup>2</sup> Es cierto que debe entenderse como un razonamiento general sobre la formación boliviana, con apoyatura empírica en los datos del periodo. Desde el punto de vista metodológico, se trata de aislar determinados acontecimientos, por circunscripción en el tiempo, o situaciones regionales, por circunscripción en el espacio. Esto es una respuesta a la escasez de información y se trata sin duda de una selección simbólica. En defensa del método debe decirse que ninguna ciencia social es posible de otra manera en un país con las características de Bolivia.

## II. Antecedentes

La fase que es llamada de la Revolución Nacional, que se desenvuelve en torno al momento de ruptura de 1952,<sup>3</sup> es el centro del análisis porque se

---

<sup>1</sup> Cf. Max Weber, *Economía y sociedad: Esbozo de sociología comprensiva*, México DF, FCE, 1944, pp. 738 y ss.; 1103 y ss. Weber usa este término en el sentido del proceso de igualdad material, es decir, de la producción del hombre jurídicamente libre, en oposición a la democracia como sistema político.

<sup>2</sup> En 1952, una insurrección popular implanta el modelo estatal boliviano actual. La Guerra del Pacífico sostenida entre Chile de un lado, y Perú y Bolivia por el otro, contiene el desplazamiento de la lógica del proteccionismo en torno a los centros interiores por la lógica mercantil de la periferia de puertos. Es el punto de arranque del Estado oligárquico en Bolivia.

<sup>3</sup> Por Revolución Nacional se entiende en Bolivia el periodo de las transformaciones democráticas que comenzaron en abril de 1952. Es un apelativo que se atribuye a Carlos Montenegro, el



trata de un despliegue orgánico: los elementos latentes se ven obligados de súbito a un acto radical de manifestación o aparición, y es aquí donde se advierte, por ejemplo, cómo el criterio de marginalidad, acaso válido en una cuantificación referida a un momento de subordinación nómica, sin embargo, no lo es en absoluto en una instancia de revelación crítica.<sup>4</sup>

Puesto que la fluidez o vacancia jerárquica es lo característico de aquel momento, hay en efecto un modo de identificación que adopta cada una de las clases sociales, de cada una de ellas con relación a la nueva articulación general, de unas con relación a otras<sup>5</sup> y también del Estado, que no solo recibe las consecuencias de aquella interacción, sino que se las arregla para experimentar su propia autonomía inicial en medio de un conjunto de hechos que no pueden fisonomizarse sino como un momento constitutivo típico.<sup>6</sup>

En cierto modo, la historia posterior de Bolivia no es sino el desenvolvimiento de las características de la crisis de 1952. Los sujetos clasistas no hacen después sino reproducir las condiciones de su actuación en aquel momento crucial. Es obvio que a partir de eso debe considerarse el papel no rutinario que tienen los momentos catastróficos o constitutivos en cuanto a la reformulación de los patrones ideológicos y también de lo que se puede llamar el «temperamento» de una sociedad. La propia indagación debería decirnos si esta no es una manera de compensar desajustes o no correspondencias entre los episodios silenciosos de la estructura y el carácter del poder, o sea, cuál es la manera que tiene una sociedad invertebrada en gran medida como la boliviana de adecuar los momentos de sus determinaciones puesto que aquí no fue posible hacerlo por vía de la democracia representativa.<sup>7</sup>

---

teórico fundamental del nacionalismo revolucionario, e indica de algún modo la superioridad que se aspiraba a dar a los objetivos nacionales sobre los democráticos. «No ser como los que se sienten clase en vez de sentirse nación», había escrito. Carlos Montenegro, *Documentos* La Paz, Editorial Imprenta Nacional, 1954.

<sup>4</sup> Sobre el papel de la crisis en el conocimiento social, véase René Zavaleta Mercado, «Movimiento obrero y ciencia social. La revolución democrática de 1952 en Bolivia y las tendencias sociológicas emergentes», *Historia y Sociedad. Revista Latinoamericana de Pensamiento Marxista*, México DF, segunda época, núm. 3, 1974, pp. 3-35. Véase, además, «Clase y conocimiento», *Historia y Sociedad. Revista Latinoamericana de Pensamiento Marxista*, México DF, segunda época, núm. 7, 1975, pp. 3-8.

<sup>5</sup> Es evidente, por ejemplo, que los campesinos se organizan en la forma a imagen y semejanza de los obreros, pero eso no crea una relación de inmersión en la clase obrera, sino en el Estado desde el que había actuado la clase obrera. La manera particular de la combinatoria entre militares y campesinos, entre estudiantes y obreros son otros tantos movimientos dentro del intercambio hegemónico, que es muy activo a partir del 52.

<sup>6</sup> Por momento constitutivo se podría entender al punto originario de las sociedades en su sentido más remoto, por ejemplo Egipto y el riego del Nilo, o la conquista del hábitat en el Ande. En el sentido que lo usamos nosotros, tiene referencia a la manera que adquiere el tono ideológico y las formas de dominación del Estado, es decir, al momento de su construcción.

<sup>7</sup> Cf. René Zavaleta Mercado, «Cuatro conceptos de la democracia», *Bases. Expresiones del pensamiento marxista boliviano*, núm. 1, 1981, pp. 101-124; también en *Dialéctica*, año 7, núm. 12, septiembre de 1982, pp. 11-30; incluido en este volumen; «De Banzer a Guevara Arze: La fuerza de la masa», *Cuadernos de Marcha*, México DF, segunda época, núm. 3, septiembre-octubre de 1979, pp. 29-41.

La época misma, comprendida como época revolucionaria, es en extremo ilustrativa acerca de los contenidos de cada una de las clases sociales y su alcance «nacional». La recomposición entre las nuevas clases políticas (la obrera y la campesina) y las mediaciones que se implantan casi como reconocimiento de la naturaleza de los hechos<sup>8</sup> imponen la instauración de un nuevo sistema estatal al que llamaremos el Estado de 1952. Ello inaugura el segundo ciclo estatal boliviano en el siglo XX.<sup>9</sup>

El primero había sido establecido en torno a la Guerra Federal (1899). Una alianza entre un subestrato oligárquico y el campesinado indígena impuso entonces, por la vía militar, un nuevo bloque social dominante, un nuevo eje político-geográfico, sin duda nuevos cánones de legitimación y, en gran medida, incluso un nuevo aparato represivo, todo dentro de una nueva inserción de Bolivia en el mercado mundial, con el estaño.<sup>10</sup>

La integración estructural del Estado de 1952 se basa en la ampliación de la base demográfica del consenso político (que había fracasado por la defecación liberal en 1899), mediante la introducción en la controversia política de los obreros en la década de los cuarenta y de los campesinos en la de los cincuenta, en una nueva concepción espacial del país (aunque el espacialismo es una constante en el razonamiento estatal boliviano),<sup>11</sup> una nueva ideología (el «ideograma» *nacionalismo revolucionario*)<sup>12</sup> y un nuevo aparato represivo. Más importante que todo ello, no obstante, es la aparición de estructuras de mediación y de mediadores en un sentido moderno.<sup>13</sup> El propio análisis comparado de la constitución, las formas y la decadencia de los dos Estados bolivianos (de estos dos ciclos) configura un cuadro en extremo rico para el estudio de las formaciones latinoamericanas. En otros términos, se pretende

<sup>8</sup> Cf. René Zavaleta Mercado, «Movimiento obrero y ciencia social. La revolución democrática de 1952 en Bolivia y las tendencias sociológicas emergentes», *Historia y Sociedad. Revista Latinoamericana de Pensamiento Marxista*, México DF, segunda época, núm. 3, 1974, pp. 3-35. Lo más elocuente es el comportamiento de los dirigentes campesinos con relación a la guerrilla de 1967. Véase René Zavaleta Mercado, «El Che en el Churo», *Semanario Marcha*, México, 10 de octubre de 1969, pp. 16-18. Se publicó luego en *Temas sociales*, núm. 7, 1971, pp. 10-22.

<sup>9</sup> Véase nota 40.

<sup>10</sup> Cf. Ramiro Condarco Morales, *Zárate, el temible Willka: Historia de la rebelión indígena de 1899*, La Paz, Talleres Gráficos Bolivianos, 1965.

<sup>11</sup> Cf. Carlos Badía Malagrida, *El factor geográfico en la política sudamericana*, Madrid, Reus, 1946; Jaime Mendoza, *El macizo boliviano*, La Paz, Imp. Arnó hnos., 1935.

<sup>12</sup> Véase Luis H. Antezana, «Sistema y proceso ideológico en Bolivia, 1935-1979» en René Zavaleta Mercado (comp.), *Bolivia hoy*, México DF, Siglo XXI, 1983, pp. 60-84; Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo, populismo*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

<sup>13</sup> Juan Lechín, por ejemplo, fue un mediador clásico en todo el periodo; pero también lo fue, en cierto sentido, Alfredo Ovando con relación al Ejército. La aparición de lo que se ha llamado la «mediación prebendal» (véase René Zavaleta Mercado, «De Banzer a Guevara Arze: La fuerza de la masa», *op. cit.*; Walter Guevara Arze, *Los militares en Bolivia*, inédito) es en cambio algo que caracteriza al momento de la decadencia del Estado de 1952.

participar en las discusiones recientes acerca del problema del Estado en base al análisis de un caso concreto.<sup>14</sup>

Si bien está a la vista que el episodio revolucionario no es el resultado de una determinación económica directa, sino de una acumulación clausista, con todo, es también posible inferir vinculaciones entre los hechos que conciernen al país oficial y los de su naturaleza interior. Ninguno de los momentos propios del modo estatal del 52, algunos de los cuales son desplazamientos absolutos en toda la historia del país (como la terminante adjunción campesina),<sup>15</sup> habría sido posible sin ciertos acontecimientos premonitorios como la Guerra del Chaco.<sup>16</sup> La guerra es siempre un elemento de actualización de las sociedades y no en balde se ha dicho que es la manera en que progresan las naciones. No obstante ello, se debe considerar la función de una movilización más o menos universal en un país que carecía de hechos realmente nacionales.<sup>17</sup> Se advierte, sin lugar a dudas, el papel de la guerra moderna, como episodio sociológico dotado de una gran intensidad patética, en la transformación de las clases sociales (como por ejemplo, la emergencia del *pathos* estatal en los militares), pero sobre todo en lo que se refiere a la preparación de la descampesinización y sin duda como campo de nacionalización ideológica. La relación entre la movilización militar y el movimiento campesino parece ahora algo comprobado.<sup>18</sup>

En los hechos, la propia catástrofe social de 1952 propone facetas heterodoxas con relación a la literatura sociológica más frecuente en América Latina, al menos la de hace algunos años. Se ha dicho, por ejemplo, que se trataba de una formación social cuyo carácter estaba dado por la marginalidad y la dependencia.<sup>19</sup> De principio, encontraremos acá una primera claudicación del análisis puramente estadístico. La abundante

<sup>14</sup> Véase Ernesto Ayala Mercado, *¿Qué es la Revolución Boliviana?*, La Paz, Talleres Burillo, 1956; Guillermo Lora, *La revolución boliviana: Análisis crítico*, La Paz, Difusión, 1964. Para el problema general, Biagio de Giovanni, «Crisis orgánica y Estado en Gramsci», en Giacomo Marramao, et al., *Teoría marxista de la política*, México DF, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 8-9, 1981. Giuseppe Vacca, «Forma-stato y forma-valore» en Louis Althusser et al., *Discutere lo Stato: Posizioni a confronto su una tesi di Louis Althusser*, Bari, De Donato, 1978.

<sup>15</sup> Véase Silvia Rivera Cusicanqui, «Apuntes para la historia de las luchas campesinas en Bolivia (1900-1978)», en Pablo González Casanova (coord.), *Historia política de los campesinos latinoamericanos*, vol. 3, México DF, Siglo XXI, 1985.

<sup>16</sup> Véase David H. Zook, *The Conduct of the Chaco War*, Nueva York, Bookman Associated, 1961. Roberto Querejazu Calvo, *Masamaclay: historia política, diplomática y militar de la Guerra del Chaco*, La Paz, Los Amigos del Libro, 1975. Aquiles Vergara Vicuña, *Historia de la Guerra del Chaco*, La Paz, Litografía e Imprenta Unidas, 1940-44.

<sup>17</sup> Otro tanto puede decirse de las propias movilizaciones en el periodo del auge de masas luego de 1952: aquí la movilización misma tiene una validez independiente aun de las medidas que contiene, es decir, que lo irreversible es el acto de masas y no la medida.

<sup>18</sup> Véase Jorge Dandler, *El sindicalismo campesino en Bolivia: los cambios estructurales en Ucureña*, México DF, Instituto Indigenista Interamericano, 1969.

<sup>19</sup> Véase Aníbal Quijano, *Dependencia, urbanización y cambio social en Latinoamérica*, Lima, Mosca Azul Editores, 1977. También, Ministerio de Planificación y Coordinación, *Estrategia socioeconómica de desarrollo nacional, 1971-1991*, 1970.

participación campesina en la implantación del proceso de reforma agraria (sobre todo en algunas regiones) demuestra que el criterio cuantitativo de marginalidad es una reducción.<sup>20</sup> En cuanto a la estructura de la dependencia, es claro que su exageración convertiría a la historia en un círculo cerrado en el que lo dependiente no debería producir sino dependencia: no existirían las historias nacionales. Es obvio que hay formas de articulación no dependientes, que la propia metrópoli tiene grandes imposibilidades en cuanto a su capacidad de conocimiento de las sociedades dependientes. El núcleo de 1952 demuestra un grado importante de autodeterminación política en un escenario muy atrasado,<sup>21</sup> aunque es cierto que esta autoimpulsión cedió casi de inmediato a la coerción de las condiciones externas.<sup>22</sup>

De todas maneras, tenemos la impresión de que en las interpretaciones que se han hecho hasta aquí acerca de aquellos acontecimientos se ha dado un cierto maniqueísmo, es decir, se ha prescindido casi siempre de lo que se llama una «perspectiva total». Se ha tendido a subordinar los factores o a la existencia de un *caucus* político (el MNR) o a la acción, sin duda impresionante, de la clase obrera, para no hablar de las explicaciones carismáticas.<sup>23</sup> Lo que interesa en cambio, a nuestro entender, es advertir el desarrollo contradictorio de los factores, o sea, como si los hombres se propusieran algo y los hechos los llevaran indefectiblemente a otro lugar. El jacobinismo resultó aquí una escuela poco eficaz. La idea del campesinado como clase receptora y del proletariado como clase donante, por ejemplo, no sigue sino un lineamiento dogmático. En realidad, todo indica que el campesinado tenía su propia acumulación de clase y también, si se quiere, su propia historia de clase dentro de la historia de las clases. Es elocuente el que sirva sucesivamente de masa hegemónica en el momento de la decisión del poder,<sup>24</sup> como densidad conservadora a lo largo del llamado «pacto militar-campesino», cuando fue considerado como una «clase tranquila» y, por último, como asiento de la desagregación del bloque de clases del 52, es decir, de la disolución del Estado.<sup>25</sup>

<sup>20</sup> Así lo demostraron los acontecimientos de Sacaba, Tolata y Epizana en 1974 y el gran movimiento de apoyo campesino a la huelga obrera en noviembre de 1979.

<sup>21</sup> Se sabe, por ejemplo, que los diplomáticos norteamericanos estaban seguros, en marzo de 1952, que el MNR jamás alcanzaría el poder, aunque una insurrección se lo daría apenas días después. Con Sergio Almaraz pudimos ver correspondencia sobre el particular en el archivo del bufete Calvo, en La Paz.

<sup>22</sup> Véase Jackson Eder, en sus memorias, citadas por Laurence Whitehead, en *The United States and Bolivia: a Case of Neo-colonialism*, Oxford, Haslemere Group, 1969; y Victor Andrade, *My Missions for Revolutionary Bolivia, 1944-1962*, Pittsburgh (PA), University of Pittsburgh Press, 1976.

<sup>23</sup> Cf. Herbert S. Klein, *Orígenes de la revolución nacional boliviana: La crisis de la generación del Chaco*, La Paz, Juventud, 1968; Liborio Justo, *Bolivia: La revolución derrotada*, Buenos Aires, Juárez Editor, 1971; Luis Peñaloza, *Historia del Movimiento Nacionalista Revolucionario 1941-1952*, La Paz, Dirección Nacional de Informaciones, 1963.

<sup>24</sup> Fue sin duda el éxito en la movilización campesina lo que decidió la supervivencia del poder del MNR en los años críticos de 1952-1956.

<sup>25</sup> La sustitución del pacto militar-campesino por la alianza de los campesinos con la COB hacia 1978 y el apoyo a la UDP en las tres elecciones que ganó Siles Zuazo entre 1978 y 1980.

El consistente decurso de la clase obrera boliviana, en su historia como clase constitutiva y como la clase separatista, propone la cuestión de cuál es el grado en que no hay en Bolivia, y es probable que en ninguna parte, una correspondencia necesaria entre los indicadores del desarrollo económico-cultural y el grado de desarrollo político de los obreros. La experiencia boliviana parece demostrar, lo mismo que otras, que ese correlato es al menos mediato o sea que para una clase como esta es más importante su acumulación orgánica o historia hegemónica, que es algo que se relaciona por fuerza con el grado de eficiencia que logra la presencia estatal.<sup>26</sup>

Sin embargo, esto que parecería enseñar un lado de autonomía del desarrollo político, resultó no ser válido sino de una manera menos perspicua para otros sectores. El escaso desarrollo económico no fue un obstáculo real para el desarrollo de la clase obrera, pero es probablemente un obstáculo para la formación de una burguesía local. En otros términos, mientras los campesinos expresaban una capacidad casi general de movilización (de no marginalidad) y los obreros lo que es ya casi un *impromptu* hegemónico, en una escala llamativa a escala latinoamericana, se presenta a la vez la «paradoja señorial». ¿Qué es lo que postulamos bajo el concepto de la paradoja? La clase o casta secular boliviana resulta incapaz de reunir en su seno ninguna de las condiciones subjetivas ni materiales para autotransformarse en una burguesía moderna, quizá porque es una burguesía que carece de ideales burgueses o porque todos los patrones de su cultura son de grado precapitalista. La paradoja consiste en que es a la vez capaz de una insólita capacidad de ratificación *qua* clase dominante a través de las diversas fases estatales, de cambios sociales inmensos e incluso de varios modos de producción. De esta manera, así como la Revolución Nacional es algo así como una revolución burguesa hecha contra la burguesía, el desarrollo de la misma es la colocación de sus factores al servicio de la reposición oligárquico-señorial. La carga señorial resulta así una verdadera constante del desenvolvimiento de la historia de Bolivia.<sup>27</sup>

---

<sup>26</sup> Cf. Juan Rojas y June C. Nash, *He agotado mi vida en la mina: Una historia de vida*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1976; Domitila Barrios de Chungara y Moema Viezzer, «*Si me permiten hablar*»: Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia, México DF, Siglo XXI, 1977; Carlos Soria Galvarro, *Con la revolución en las venas: Los mineros de Siglo XX en la resistencia antifascista*, La Paz, Editorial Roalva, 1980.

<sup>27</sup> Véase Gonzalo Romero, *Reflexiones para una interpretación de la historia de Bolivia*, Buenos Aires, 1960; Jorge Siles Salinas, «Reflexiones sobre la ejemplaridad» en *Lecciones de una revolución: Bolivia, 1952-1959*, Santiago, Chile, Editorial Universidad Católica, 1959, pp. 27-36; Marcelo Quiroga Santa Cruz, *La victoria de abril sobre la nación*, La Paz, 1964; Jorge Siles Salinas, *La aventura y el orden: reflexiones sobre la revolución boliviana*, Santiago de Chile, 1956.

### III. Algunas hipótesis sobre el tema

En resumen, nuestra intención es aplicar los conceptos de la teoría del Estado y de las clases sociales a un estudio de carácter histórico concreto en torno a las hipótesis o postulaciones preliminares a la manera de las que se expone como indicación.

#### 1. La relación entre excedente y momento constitutivo

Es más o menos generalmente aceptado el papel de la «disponibilidad» social en la base de la formación de los Estados modernos. Esta disponibilidad u oferta general se remite, en lo que se refiere a la sociedad civil, a momentos de vaciamiento, es decir, a las coyunturas en que grandes masas están dispuestas a la asunción de nuevas creencias colectivas.<sup>28</sup> Desde el ángulo estatal, en cambio, la «disponibilidad» tiene una relación inobjetable con el problema del excedente económico, es decir que no basta la maleabilidad ocasional de la masa, sino que es necesario un grado de capacidad de emisión o infusión por parte del Estado, o sea del poder como un acto programático. Es un paralelo: mientras más profunda es la «disponibilidad» de la sociedad como flujo ideológico y mayor el excedente, hay mejores condiciones para construir un Estado moderno, es decir, aquel en el que la inflexión ideológica predomina sobre el *factum* represivo y las mediaciones democráticas sustituyen o enmascaran a las formas tradicionales de dominio.<sup>29</sup>

Ahora bien, en Bolivia hubo por lo menos dos momentos constitutivos en el periodo que nos interesa: 1899 y 1952. Se puede discutir antes de nada sobre la extensión y la profundidad de cada uno de ellos. Lo de 1899 tuvo consecuencias nacionales, pero no fue un hecho verdaderamente «nacional» y en su ultimidad se tradujo sobre todo en trueques de poder en el seno del bloque social dominante. La propia participación aymara ocasionó sobre todo la instalación de lo que se ha llamado el *darwinismo social* como ideología interior del Estado oligárquico.<sup>30</sup> Es distinta, por cierto, una revolución democrática en la que hay grandes masas activas

<sup>28</sup> Lo del vaciamiento es en realidad una metáfora; pero es evidente que la ideología es de una gran tenacidad y que solo en momentos muy especiales la gente está dispuesta a una sustitución.

<sup>29</sup> Cf. Louis Althusser, «Ideología y aparatos ideológicos del Estado» en *La filosofía como arma de la revolución*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1974; Claus Offe, «La abolición del control del mercado y el problema de la legitimidad» en Heinz Rudolf Sonntag *et al.*, *El Estado en el capitalismo contemporáneo*, México DF, Siglo XXI, 1977.

<sup>30</sup> Véase Marie-Danielle Demélas, *Nationalisme sans nation?: La Bolivie aux xixe-xxe siècles*, París, Éditions du CNRS, 1980; Bautista Saavedra, *Proceso Moboza. Defensa del abogado pronunciada en la audiencia del 12 de octubre de 1901*, La Paz, 1902 en *El ayllu: Estudios sociológicos*, La Paz, Juventud, 1971, pp. 133-156.

y en armas, o sea aquellas en las que la actividad militar es más o menos global, como la Revolución Mexicana, e insurrecciones como la boliviana de 1952 que se concretan en un núcleo más concentrado que solo después distribuye los efectos revolucionarios y no sin que ellos queden mediatizados por la supeditación ideológica, etc.<sup>31</sup> En cualquier forma, aun si se aceptan dichos reparos, no cabe duda de que habría que hablar de la falta de extensión o de profundidad de los momentos constitutivos, pero no de su inexistencia. Es una evidencia que el transcurso de la historia boliviana preparaba este tipo de innovaciones.

Sobre este particular, una recurrencia poco feliz es la que trata de explicar la débil constitución del Estado nacional a partir de una supuesta escasez de excedente económico.<sup>32</sup> Bolivia no habría dispuesto jamás de la capacidad articuladora económica como para producir instituciones más avanzadas. Esto no explicaría, por la inversa, por qué países como la Cuba de los veinte o la Argentina del medio siglo que va de 1880 a 1930 fracasaron sin embargo, igual que Bolivia, en la conformación de superestructuras políticas modernas.

En el siglo XIX, Bolivia se eclipsa del mercado mundial para todo fin práctico.<sup>33</sup> Se organiza entonces un aparato estatal cuya economía se fundaba de modo casi exclusivo en el llamado tributo indígena.<sup>34</sup> Esta institución es quizá la más digna de estudiarse en su relación con la formación boliviana: habla de principio de un sector «tributario», pero no de un sector «perteneciente». Con alternativas varias, esto seguirá en esos términos hasta avanzado el siglo XX; pero el carácter o espíritu de la base material del Estado, o sea su «concepción estructural», no cambiará sino en 1952 y eso mismo con masivas tendencias de resabio.

La captación del excedente ha sido siempre un concepto ajeno a la clase dominante en Bolivia y eso, lo mismo en las dos economías de la plata y del estaño.<sup>35</sup> En otros términos, es necesario revisar las causas por las que Bolivia fue incapaz de internalizar su excedente pero es, en cambio, muy rebatible sostener que el excedente no existió.

<sup>31</sup> Cf. René Zavaleta, *El poder dual*, México DF, Siglo XXI, 1974.

<sup>32</sup> Véase Wálter Guevara Arze, *Plan inmediato de política económica del gobierno de la Revolución Nacional*, La Paz, Ed. Letras, 1955. Y todos los discursos de Víctor Paz Estenssoro en torno al 52.

<sup>33</sup> Cf. Luis Peñaloza Cordero, *Historia económica de Bolivia*, La Paz, El Progreso, 1953.

<sup>34</sup> Véase Nicolás Sánchez-Albornoz, «Tributo abolido, tributo repuesto. Invariantes socioeconómicas en la Bolivia republicana» en Tulio Halperín Donghi *et al.*, *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1978, pp. 159-200; Silvia Rivera Cusicanqui, «Apuntes para la historia de las luchas campesinas en Bolivia (1900-1978)», *op. cit.*

<sup>35</sup> Cf. Antonio Mitre, *Los patriarcas de la plata: Estructura socioeconómica de la minería boliviana en el siglo XIX*, Lima, IEP, 1981; Juan Albarracín Millán, *El poder minero en la administración liberal*, La Paz, Urquiza, 1972; Sergio Almaraz, *El poder y la caída: El estaño en la historia de Bolivia*, La Paz, Los Amigos del Libro, 1967; Jan Křiakal, *Vinculaciones de las empresas transnacionales con la industria del estaño en Bolivia*, Santiago de Chile, CEPAL, 1981.



## 2. Aspectos conservadores de la paradoja señorial y la cuestión agraria

Si se tiene en cuenta la globalidad casi dramática de los acontecimientos de 1952 y de varios otros laterales,<sup>36</sup> es tanto más sorprendente la reconstrucción señorial de la clase dominante en el periodo posterior. Es a esto a lo que hemos llamado el problema de la paradoja señorial en la historia de Bolivia.<sup>37</sup> Es un rasgo de tradicionalidad que presenta la sociedad boliviana en contraste con otros de gran dinamismo e iniciativa, y es probable que tenga que ver (esto habría que probarlo) con la manera semicristalizada de la cuestión agraria. Aunque es un problema bastante más enjundioso y lo que se diga sobre él es atrevido, con todo, hay ciertos apotegmas dentro del análisis boliviano que deben ser enfocados. Se diría en general que ha habido desde el punto de vista taxonómico una diferencia entre el momento jurídico tributario y el momento estructural productivo, es decir, que se ha confundido las formas jurídicas de la cuestión agraria con el canon técnico de la apropiación agrícola del suelo que es donde, a nuestro modo de ver, finca el meollo de la cuestión.

Esto podría verse ya apuntado por el empecinamiento de la forma agraria «comunidad», puesto que la defensa de ella y su reproducción es casi la forma de la inserción del campesinado en la movilización democrática.<sup>38</sup> Trátese empero de formas hacendarias y aun de formas parcelarias aparentes, en todo caso, al menos en lo que se refiere al hábitat andino clásico, parece claro que no se trata sino de modalidades jurídicas que mantienen el patrón productivo, o sea que, en su extremo, no hablaríamos aquí sino de una sola forma de agricultura a lo largo del tiempo. El español o el hacendado, o el funcionario público, tendrían un papel de mediadores estatales o recaudadores, aunque de ninguna manera de dirigentes productivos, es decir, se daría una supeditación jurídica, pero jamás una supeditación real.<sup>39</sup>

Esta hipótesis, aunque está sin duda desmentida por episodios evidentes de parcelización, de acumulación económica intercampesina y de diferenciación (y unificación), no deja de tener una incidencia que debe comprobarse. En todo caso, la resistencia de la civilización agrícola andina estaría demostrando la impenetrabilidad de ese universo a una convocatoria estatal no democrática y la incompatibilidad del ápice señorial con una legitimación democrática. Que el hecho está vivo en el acontecer

<sup>36</sup> Véase *supra*, nota 24.

<sup>37</sup> Véase *supra*, nota 26.

<sup>38</sup> Cf. Erwin Grieshaber, *Survival of Indian Communities in Nineteenth-Century Bolivia*, Chapel Hill (NC), University of North Carolina, 1977, tesis; Silvia Rivera Cusicanqui, «Apuntes para la historia de las luchas campesinas en Bolivia (1900-1978)», *op. cit.*

<sup>39</sup> Cf. E. Boyd Wennergren y Morris D. Whitaker, *The Status of Bolivian Agriculture*, Nueva York Praeger, 1975.



presente lo demuestra, por ejemplo, la extraordinaria semejanza entre las ideas de Tamayo en 1910 y los planteamientos milenaristas de los kataristas contemporáneos.<sup>40</sup>

### 3. Problemas de formalización teórica

La historia de este periodo de la historia de Bolivia propone interesantes problemas para la formalización teórica. Esto es lo que ocurre, por ejemplo, con relación a las cuestiones vinculadas con la estabilidad o inestabilidad del modelo de poder, el papel de la democracia representativa y la forma autoritaria y también la integración originaria de los órganos de poder.

Bolivia ha conocido dos periodos de estabilidad civil democrático-representativa (1899-1934 y 1952-1964) y dos ciclos de poder militar 1934-46 y 1964 en adelante.<sup>41</sup> Bolivia, en general, es conocida como una zona de inestabilidad política. Con todo, habría que explicar por qué en la primera estabilidad civil la legitimación era suficiente, aun proviniendo de una escasísima proporción electoral, por qué en la segunda estabilidad se requería un ámbito de legitimación mucho más extenso y por qué después de ella ni aun la completa universalización del voto bastaba como elemento legitimador. Eso tiene que ver con la percepción de la masa, lo que quiere decir que en el trabajo se tratará de obtener una doble perspectiva: en primer lugar, cómo fueron las cosas en sus contenidos complejos; en segundo término, la manera en que fueron reconocidos e internalizados por las masas. Por qué, por ejemplo, a los ojos colectivos Busch o Villarroel representan fases democráticas y no Herzog o Barrientos es una cuestión que se refiere a la historia de la perspectiva de la masa.<sup>42</sup>

Por consiguiente, con relación a la democracia representativa se observarán, entre otros, los siguientes problemas: el referido al eje territorial, en el sentido de que Bolivia fracasa en obtenerlo, incluso cuando lo intenta del modo más específico con la Revolución Federal. No hay un Piamonte ni un Buenos Aires en Bolivia.<sup>43</sup> Pero la propia topografía social es irregular. Es más importante saber cuál ha sido el resultado real de una elección

---

<sup>40</sup> Véase Franz Tamayo, *Creación de la pedagogía nacional* [1910]; Gamaliel Churata, *El pez de oro* [1957]; Fausto Reinaga, *La revolución india* [1970].

<sup>41</sup> El periodo liberal sólo abarca en rigor hasta c. 1920; pero los gobiernos republicanos posteriores fueron en fin de cuentas la continuación. De 1952 a 1964 gobierna el MNR con sucesiones civiles, electorales y pacíficas. El primer periodo militar comienza en Toro (1934) y termina con Ballivián (1952). Pero esta es una clasificación demasiado formal.

<sup>42</sup> Véase René Zavaleta Mercado, «Bolivia: Algunos problemas acerca de la democracia, el movimiento popular y la crisis revolucionaria» en *América Latina 80: Democracia y movimiento popular*, Lima, DESCO, 1981.

<sup>43</sup> Aunque la Revolución Federal fue el intento frustráneo de dar al departamento de La Paz el rol del Piamonte.

en las tres ciudades básicas, en los centros mineros, y dos o tres distritos campesinos que en el conjunto del país.<sup>44</sup> Eso propone que la democracia representativa, para ser efectiva, requiere de un grado de homogeneidad que Bolivia no tiene. Por consiguiente, debe discutirse dónde debe situarse el «núcleo de buen sentido» de la legitimidad porque, en contraparte, es evidente que la democracia representativa deviene en cierto momento una consigna de masa.

Lo mismo en lo que se refiere al paradigma *partido político* o *sindicato*. La sociedad ha sido capaz de hacer un sistema político de partidos a partir de 1980 y ha generado al menos un partido de la dimensión de los más grandes del continente.<sup>45</sup> Con todo, se debe indagar no lo que se llama partido, que es más bien un bloque social, sino lo que significa con relación a su modelo de origen, que es el europeo. Otro tanto ocurre con la tan decisiva historia de los sindicatos. Si el sindicato es la organización propia de la circulación mercantil libre de la fuerza de trabajo, deberíamos preguntarnos cuál era su función antes de la libertad plena de mercado (el sindicato precedía al mercado interno) o más bien la forma en que la constitución del «desprendimiento» o descampesinización era el modo de formarlo.

---

<sup>44</sup> Tener La Paz, Cochabamba y Santa Cruz, más los distritos mineros y centros campesinos como Cliza y Achacachi, es tener a Bolivia entera.

<sup>45</sup> El Movimiento Nacionalista Revolucionario.



# ARTÍCULOS Y ENSAYOS

(SELECCIÓN 1974-1984)



# 1

## EL PROLETARIADO MINERO EN BOLIVIA (1974)\*

### Introducción

El grupo humano que interesa estudiar en este trabajo es el de los mineros bolivianos, grupo que constituye sin duda por su decisiva colocación en un sector básico de la producción boliviana como es la minería, por el tipo de su actuación grupal (fruto a su turno de su considerable homogeneidad) y por sus particularidades como tipo de clase obrera misma, el sector más interesante entre todos los del proletariado boliviano.

Es imposible, sin embargo, estudiar a este sector como sector mismo o sector en sí mismo, es decir, solo en su contorno aislado. Su origen mismo lo hace arrancar de otras clases sociales y es, en este sentido, un desprendimiento; pero, además, se define con relación a otras clases sociales y, por otra parte, en ningún caso como en este el fenómeno de irradiación de clase o aculturación de clase cobra una trascendencia tan grande y tan tangible.

Un estudio tal, tanto por las disponibilidades de tiempo como por la imposibilidad de hacer investigaciones de campo, no puede sino detenerse en su fase descriptiva pero ya los elementos de juicio que surgen de los hechos más notorios ofrecen un cuadro de referencias revelador. En este caso, prescindimos de las fases de formación de la clase, es decir su pertinencia histórico-cronológica, y nos atendemos a sus resultados históricos más relevantes. Con todo, algunos son en sí mismos atractivos. Después de todo, la tradición de la minería en Bolivia es anterior a los mismos españoles y, sin duda, en la explotación de la plata, dejando atrás la mita colonial, creó a su turno alguna forma de proletariado, especialmente en el último

---

\* Presentado originalmente al Seminario sobre Sindicalismo y Desarrollo Económico realizado en San Carlos de Bariloche (Argentina), con el auspicio del Instituto Internacional de Estudios Laborales (IIEL-Ginebra) y la hospitalidad de la Fundación Bariloche en diciembre de 1974.

Hay dos versiones de este ensayo, trabajadas por Zavaleta Mercado para su presentación en dos conferencias distintas, una en Costa Rica y la otra en Argentina, realizadas el mismo año, 1974. Las diferencias entre las dos versiones son muchas: las introducciones son distintas, una de ellas carece de notas al pie y referencias bibliográficas, varias secciones del texto se incluyen o excluyen según el caso. [N de E.]

tercio del siglo XIX. No hay noticias organizadas acerca de presencia social de dichos núcleos de trabajadores y no se puede saber bien por qué los nuevos mineros, los que estudiamos, que son los de la minería del siglo XX, principalmente la del estaño, se desentienden de toda esa presunta tradición y formulan su modalidad de clase en términos totalmente diferentes. Eso mismo, empero, no es lo resolutivo de la cuestión. En los hechos, la minería del estaño crea un núcleo pequeño pero bien perfilado. Desde su constitución en los principios de este siglo hasta su aparición orgánica en la política, en la década de 1940, hasta el momento en que prácticamente «produce» la revolución democrática de 1952 hay un largo trecho. Pero, para decirlo en términos sencillos, es en torno a la resistencia y la rebelión del proletariado minero que se reconstituye la sociedad boliviana en su conjunto.

Cómo esta clase logra su propia unidad interna y después cómo unifica tras suyo a todo el proletariado del país, arrastrando además al campesino y a grandes porciones de la pequeña burguesía urbana, cómo impide el éxito de los propios mecanismos de mediatización del Estado al que da lugar y cómo en determinado momento está ya en condiciones de lanzar su propio proyecto estatal, cuáles son los resortes ideológicos con los que se impulsan estas tareas, tales son algunas de las cuestiones que tratamos de esbozar en estos apuntes.

Es cierto que un trabajo empírico de todos estos problemas podría ofrecernos matices de los hechos o explicaciones a zonas no descubiertas de los hechos; pero la aparición misma de la clase en su fenómeno histórico es algo que ninguna comprobación empírica podría desmentir. Las clases no están siempre a la luz de la misma manera y en todos los momentos; durante largas etapas parecen replegadas, desconocidas, enterradas. Por otra parte, hablamos en primer lugar del conocimiento de la clase por sí misma. De aquí proviene la importancia del estudio de la gran crisis política de 1952 para saber de dónde vino el proletariado, en qué consistía, qué era lo que podía y lo que no podría. Este es el método que se ha usado en Bolivia para estudiar este asunto y tiene una implicación más general.

En efecto, el obstáculo sistemático de una sociedad atrasada radica en un momento esencial: su propio conjunto de determinaciones la hace incapaz de volver sobre sí misma, las propias evasiones y fragmentaciones cognoscitivas aquí son como una prolongación del desconocimiento de esas determinaciones, las compensaciones son el principio y el fin de todos sus modos de conciencia y, en general, se puede decir que es una sociedad que carece de capacidad de autoconocimiento, que no tiene los datos más pobres de base como para describirse. Con relación a su propio ojo teórico esta sociedad se vuelve un noúmeno.

Puesto que los fenómenos sociales no se muestran sino como objetos erráticos de un sujeto que o no está ahí o no sabe que le pertenece el papel de sujeto, para construir esa unidad de acción que es la confusión sujeto-objeto, puesto que los hechos no son representables ni delimitables y que, por consiguiente, no se puede elaborar el continuum concreto-representación abstracta-concreto de pensamiento que Marx definió como su método sociológico, todo conduce aquí, por consiguiente, a que lo que se pueda producir de inteligencia social se entregue a la construcción de un movimiento voluntarista. La colocación misma del sujeto sociológico intelectual está dada de un modo que está hecho no para conocer sino para no conocer y hasta su propia actividad no es sino una acentuación de la distorsión general. No en balde, en la historia de las ideas sociales latinoamericanas, sus momentos más lúcidos son aquellos en los que su inteligencia se subleva contra el vasallaje consagrado de las ideas europeas, en un arranque autonómico que sería bárbaro si no conlleva el supuesto de que la importancia de tales supuestos que se proclamaban universales, como toda idea ocasional en el decurso del país central, acumulaban las imposibilidades de autoconocimiento y retorcían aún más los márgenes del propio razonamiento local.

A estas alturas es totalmente obvio que la principal contribución sociológica del movimiento obrero boliviano es el estudio de la «crisis nacional general» como método de conocimiento de una formación económico-social atrasada. Es seguro que los ideólogos de la clase obrera de ese momento, es decir, los portadores de la fusión entre la colocación estructural de la clase y su instante de revelación, tenían ya adquirido el concepto de que el marxismo como tal se refiere al análisis de las situaciones concretas; pero, por cierto, es difícil que conocieran o tuvieran en mente (conocimiento actual) lo que es el análisis de la totalidad a partir de la intensificación analítica del «nudo principal de una situación», es decir, de su aislamiento como categoría sintética de conocimiento de la totalidad social. Fue el movimiento de la formación económico-social lo que «pidió» el uso de un método que no estaba conscientemente insertado en nadie.

Ahora bien, la crisis es a la vez el desgarramiento y la universalidad. Las clases inertes o receptoras se escinden aquí de la unidad autoritaria, la sociedad se hunde hasta el tope mismo de sus relaciones de producción presentadas de una manera atrozmente desnuda a partir del hundimiento de su superestructura y, por consiguiente, la crisis alcanza a la universalidad de los sujetos del ámbito de la crisis, es decir, a todo el alcance político-práctico de la sociedad y no solamente a los grupos integrados a los indicadores por cierto volátiles que se usan comúnmente para medir la participación. Lo mismo que los individuos con relación a su acontecimiento culminante que es su muerte natural, hecho tan flagrante frente al



cual no pueden ser sino lo que son, las sociedades no asisten a su derruimiento como fases sino como lo que realmente son y aquí se olvida su circunstancia de poder, la verticalidad de sus mitos, la inercia de su autoridad. Lo único que actúa es la fuerza material de sus clases, estuvieran o no contenidas en la expresión política de su estatuto previo. Lo que aparece es la desnudez de las clases y no la mediatización de las clases (la crisis es la crisis de la mediación). Las clases pues aprenden las dimensiones de su poder y la eficiencia de su poder no desde los análisis previos, que son todos incompletos o presuntivos o totalmente inexistentes, como consecuencia de aquellos límites cognoscitivos de este tipo de sociedades en el momento de su quietud, sino a partir de su práctica; aquello que pueden y aquello que no pueden es lo que son. Aislamos la crisis y a partir de esta condensación o examen pragmático podemos recién evaluar, en lo que es una nueva aplicación de la inversión del método histórico que consiste en la categoría de la serie temporal, también presente ya en Marx, el recorrido previo de las clases y la caracterización de los modos de producción que entran en situación de catástrofe; es decir, solo lo posterior explica y contiene a lo anterior. La crisis, por tanto, es el movimiento de estas sociedades y quizá de las sociedades en general. De aquí se derivan las cuestiones del momento del conocimiento social, es decir, de la súbita capacitación del sujeto, que es la clase, para conocer lo que antes le estaba vedado, de la presentación «llena» de la sociedad, que antes no se presentaba sino en una parte legalmente aceptada pero que solo ahora se presenta como todo su número y, por último, la crisis como escuela porque solo la clase que se ha preparado puede en ese momento conocer lo que le ocurre. De otra manera, como es el caso, el conocimiento será posterior a la perspectiva objetiva del poder. Y como el poder es, en último término, la unidad entre la posibilidad objetiva y la conciencia subjetiva de esa perspectiva, por tanto la crisis se convierte en una escuela. La clase ha avanzado mucho pero ha perdido la ocasión.

## La matriz del 52

Tomamos pues como punto de referencia la crisis nacional general que se produce en Bolivia en torno a la insurrección popular del 9 de abril de 1952.

En este momento se reconstituyen las clases, cada una de ellas según el carácter de su necesidad, se reformula la totalidad del poder del país y se lo concentra en una medida que no tiene antecedentes en toda la vida republicana. Se está entonces ante una página en blanco. Como no hay ejército, por ejemplo, se puede decidir si debe existir uno o no y cuál es la

forma que debe adoptar. Pues las influencias regionales clásicas no pesan en el nuevo poder, se puede resolver dónde se intensifican los esfuerzos de inversión para el desarrollo de la economía, etc. Configura todo ello un momento de «disponibilidad general», pero ello condicionado por dos aspectos o núcleos de atención en el análisis, que no pueden ser borrados.

Primero, que la propia dispersión o aniquilación o esfuminación del bloque previo de poder, que es algo distinto de un mero desplazamiento o ampliación, no implica por fuerza la sustitución del tipo de Estado existente o sea que la continuidad de un mismo proceso capitalista puede contener varias resoluciones burguesas y no una sola o sea que una nueva clase burguesa destruye y sustituye a la otra, con lo que se cumple el requisito del carácter revolucionario, que está además confirmado por su tipo de alianzas, lo cual es posible, por otra parte, debido a la modalidad regresiva del bloque anterior, que impide la unificación de la burguesía en el seno del Estado.

En segundo lugar, que el tipo de pugnacidad que se instala en el seno de la revolución burguesa triunfante, no solamente entre las clases del pacto revolucionario sino aun en su extensión hacia las contradicciones dentro del núcleo que no tarda en hacerse monopolístico del nuevo aparato estatal, germen de la burocracia, resultan decisivas para señalar la manera de todo el desarrollo ulterior del proceso.

En todo caso, con lo que esto tiene de necesariamente provisional, es por estas razones que estudiar las actuales tendencias clasistas que se dan en Bolivia es algo que debe hacerse a partir de ese momento. La desigualdad básica del desarrollo ideológico es algo que conviene tener en cuenta. Aunque el horizonte de visibilidad está dado por el año 52, sin embargo lo que allá no aparecía sino como un matiz puede verse ya en forma, es decir, cuerpo bien delineado, en 1974, así como lo que pudiera parecer una adquisición invulnerable de ese momento, la libertad de las clases en el seno del Estado democrático, por ejemplo, puede extinguirse y hasta la propia clase, a la vez que acumular sus formas de conciencia, puede «recordar» un momento de su atraso, etc. Se requiere pues una estimación sintética o estructural del proceso, que no puede servir a secas a la línea de la sucesión cronológica y que en cambio ha de optar por el aislamiento de coyunturas para la obtención de categorías de desarrollo.

### **La carga ideológica (MNR)**

En los acontecimientos de 1952 sin duda es ya la clase obrera el actor principal. Pero es el actor principal a través del MNR y en medio del MNR. Esto es lo que va a explicar su inicial facilidad en el pacto con las otras

clases del movimiento democrático (como el campesinado) y su posterior obstáculo o divorcio con ellas. Es algo que tiene también un origen histórico. El MNR demuestra ser el más eficaz de los partidos que postulaban en el comienzo de los cuarenta la revolución democrática. Su eficacia se demostró precisamente en su doble capacidad de pactar a la vez con los sectores nacionalistas del ejército y con la clase obrera. La incorporación de la clase obrera al MNR se produce como consecuencia de la denuncia que hace el MNR, a través de sus parlamentarios y de su prensa, de la masacre de Catavi en 1942. Hasta entonces los movimientos reivindicacionistas en las minas siempre habían terminado en el aislamiento y la represión localizada, sin una verdadera repercusión en la política nacional como tal. En los hechos, sin embargo, la masacre de Catavi, en 1942, a pesar de los esfuerzos norteamericanos por sostener a Peñaranda, decreta la caída de ese régimen y en eso se demuestra ya que el acontecimiento minero cobra una envergadura nacional. El gobierno de Villarroel es el resultado de ese pacto y es en él que se constituirá la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (1944) que es hasta hoy el principal organismo sindical del país.

Después del derrocamiento de Villarroel, es algo ya muy evidente que el proletariado es el corazón del movimiento democrático. Toda la resistencia al régimen oligárquico, que dura de 1946 a 1952, gira en torno a la clase obrera. Desde el ciclo de huelgas de 1947, hasta la actuación armada de los mineros en Catavi y Potosí en la guerra civil de 1949, el intento de insurrección en Villa Victoria, en La Paz, en 1950, y la propia insurrección de 1952, todo girará en torno a la clase obrera. Sin embargo y a pesar de que los mineros aprueban documentos tan independientes como la *Tesis de Pulacayo*, es notorio que consideran al MNR como a su partido, que lo que hacen lo hacen a través de él y que, en suma, no tienen todavía intereses diferenciados con relación a la revolución democrática como conjunto. Por eso es importante ver cuál fue el contenido del MNR o mejor dicho su carga ideológica:

- a) Es un partido formado en lo básico en torno a la crítica de la oligarquía de empresarios mineros y terratenientes, crítica hecha desde los sectores de la pequeña burguesía urbana, en principio. Como es un país en el que el bloque oligárquico, la Rosca, gobierna directamente por medio de sus funcionarios y no por medio de los funcionarios del Estado, la crítica de la oligarquía se convierte de inmediato en crítica del Estado, del sistema estatal en su conjunto. Es decir, la crítica empírica de la clase dominante se vuelca a la crítica genérica del Estado. La pequeña burguesía o burguesía potencial está pugnando en este momento por la ampliación burguesa, por la expansión de la clase dominante, pero se da cuenta muy temprano de que tal cosa

no es posible sin la destrucción de la clase actualmente dominante. No se puede hacer crítica de clase a la clase dominante sin el reconocimiento derivado de las clases dominadas y, por consiguiente, la construcción de la alianza con los demás sectores oprimidos, que le sirven de catapulta, coincide con la transformación del proletariado en «clase política» en la década de los cuarenta y del campesinado en la de 1950. La crítica de la oligarquía convocaba *de facto* a una democratización del sistema político.

- b) La destrucción del aparato ideológico del Estado oligárquico. Esto arranca del correlato nacionalismo-indigenismo. El pacto entre el MNR, cuyo programa tiene un violento sentido xenóforo y que hablaba de fundarse en la raza mestiza, con la liga militar radepa (Razón de Patria) tiene este contenido. Se trataba de un llamamiento de corte plebeísta, adecuado al tipo de movilización que se proponía el movimiento.

En el gobierno de Villarroel se actualiza, como decisión de gobierno, la polémica Tamayo-Arguedas, que databa de 1910 y que a su turno provenía de la más antigua entre Rafael Bustillo y Juan Bautista Alberdi. Se edita un libro de Tamayo, *Creación de la pedagogía nacional*, que se convierte en una suerte de evangelio de los militares nacionalistas. Es una tesis racial-indigenista, es decir, la raza vista como motivación por el sector oprimido más extenso del país, pero la fuerza formidable que tenía el planteamiento en lo intelectual, en un país con un contenido indígena tan vigoroso como Bolivia, no podía sino alcanzar un gran reclutamiento.

Esto pertenece, como es natural, a lo que se puede llamar el aparato mítico de la movilización en su momento más atrasado, pero tratar de encontrar en la *Creación de la pedagogía nacional* una explicación científica del proceso democrático sería tan absurdo como tratar de explicar la unidad alemana a partir de los *Discursos a la nación alemana* de Fichte, aunque posiblemente ni el 52 ni la unidad alemana habrían sido posibles sin esta suerte de convocatorias irracionalistas y eficaces. Por lo demás cumplen una función parecida a las discusiones sobre la religión que Engels describe como una traducción esotérica de más auténticas exigencias revolucionarias en el campo político, en la primera época de la izquierda alemana. Los bolivianos de ese tiempo discutían como raza lo que en realidad pensaban como clase y este tipo de incentivos patetizantes les eran imprescindibles para llegar al tiempo en que ya no fueran necesarios. Después del 52 la consigna racial ya habrá quedado atrás. A ellos les parecía que el dato más íntimo de reconocimiento de lo nacional era el ser material, cuyo modo humano era la raza; pues el fin que se proponía era lo «nacional», la nación.

Otro aspecto igualmente relevante de la destrucción del aparato ideológico del Estado oligárquico fue la revisión histórica. Aunque no vale la pena entrar en detalles, es evidente que el carácter de guerra agraria que tuvo el extenso fenómeno de las republiquetas, las contradicciones entre los azogueros y la Corona o entre los dueños de obrajes y los comerciantes de Buenos Aires o la lucha de clases en torno a la movilización popular de Manuel Isidoro Belzu y la contrarrevolución de Melgarejo, su recreación de la clase latifundista sobre la base del reparto de las tierras de comunidades, el gran movimiento agrario de los Willka, que engendró y que remató en el movimiento campesino de Zárate, en la Guerra Federal de 1899, en fin, el papel de las masas en general en la historia de Bolivia era sistemáticamente encubierto por la historiografía oficial. Montenegro hizo esa revisión, que fue completada para el siglo XX por Augusto Céspedes, ambos ideólogos básicos del MNR.

- c) En la contigüidad de una temática con la otra, es obvio que el indigenismo concebido como lucha entre las clases nacionales contra la casta extranjera (el propio descendiente del español, en cuanto clase dominante, era considerado por el MNR como un extranjero) no podía sino traducirse en un programa agrario. La combinación entre el razonamiento indigenista y la movilización campesina, que es anterior al 52, hacía inevitable la revolución agraria y la consiguiente destrucción de los terratenientes señoriales clásicos.

Pero la lucha de clases, *crux* del éxito del movimiento, no en el sentido de la posición marxista, «que —lo decía Montenegro— se siente clase en vez de sentirse nación», sino entendiendo la historia de Bolivia como la contradicción antagónica entre la nación, es decir, las clases nacionales, la plebe considerada en su hecho de conjunto, y la oligarquía o la antinación o antipatria. La propia clase obrera era tomada por Montenegro, por ejemplo, como la dirigente de las clases nacionales pero sin destino al margen de su fusión con las demás clases «nacionales». Aquí está el concepto de que «la oligarquía impide la unidad del pueblo»; pero «después» de la oligarquía el pueblo es uno, supuesto populista que es la base del policlasismo del MNR, lo cual, si no hubiera llegado a producirse la falla por el polo proletario, debió haber sido el asiento o soporte de la futura burocracia estatal.

- d) La fuente proletaria. La imbricación MNR-clase obrera es, en el principio, un dato fáctico. Simplemente, nacen juntos a la política y el MNR es, por ejemplo, el creador de la Federación de Mineros (la FSTMB), que es hasta hoy el centro organizativo principal del proletariado. Como el MNR era, en la práctica, la federación de todos los grupos antioligárquicos, es evidente que los obreros, en aquel

momento del desarrollo de su clase, se movían con soltura dentro del MNR y no encontraban nada en su vida diaria que los empujara a diferenciarse del MNR.

Sin embargo, la historia de los obreros en el MNR será la historia de su creciente diferenciación con el propio movimiento democrático en general; la lucha por conservar su identidad dentro del lugar de su alianza con las otras clases será a la vez la que configure la construcción de su independencia de clase. Eso se funda, en primer término, en ciertos logros programáticos internos, como la *Tesis de Pulacayo*, que es aprobada en 1947, bajo la indudable influencia trotskista. Pero un programa avanzado no garantiza todavía una avanzada práctica de clase. Se funda, en segundo lugar, y de una manera más importante, en el hecho de que el proletario resulta un caudillo automático, una clase más eficaz, penetrante y organizada que cualquiera otra incluso dentro del pacto democrático; resulta, en consecuencia, de su propio «poder de hecho», que sale a la luz en los grandes acontecimientos de 1952.

- e) El antiimperialismo, que pasa de ser una retórica heredada de la reforma universitaria a un análisis de situaciones concretas a partir de la revisión de la cuestión del Chaco, en la que, sin duda, juegan un papel fundamental la década infame argentina y el imperialismo inglés. Montenegro, por ejemplo, que fue quizá el hombre más influyente en la formación ideológica del MNR, tiene un papel muy notorio en la nacionalización de la Standard Oil en 1937. La lucha posterior contra los llamados «precios de democracia» para los minerales bolivianos y en el no reconocimiento de Villarroel por los Estados Unidos, aparte de la doctrina Rodríguez Larreta y el Comité Guani, organizados para acosar a los regímenes de Perón y Villarroel, dejan una tradición antinorteamericana en el MNR; pero es una tradición que será rápidamente relegada a los pujos de la violenta lucha de clases desatada en 1952. El imperialismo entonces, con la actitud pragmática que adopta Eisenhower, se convierte en una amenaza mediata en su cotejo con el inmediato acoso del movimiento obrero. Estas son no solo las influencias en general, sino también el orden de influencias en la creación de este movimiento.

## El Estado del 52

El Estado burgués se constituye entonces antes que la burguesía; pero hay que distinguir entre la necesaria dependencia relativa de la fase de la clase obrera respecto de la fase del Estado burgués y la falacia que supone que el

desarrollo del proletariado corresponda al desarrollo de la burguesía. Con ese recaudo, distinguimos cuatro fases dentro del ciclo del MNR o si se quiere del Estado del 52, que es el que estamos viviendo todavía:

- a) Fase de la hegemonía de las masas. Aquí el proletariado es la clase dirigente del proceso democrático-burgués. El aparato represivo es el pueblo en armas; el ejército ha sido disuelto en la batalla del 9 de abril. La oligarquía es reprimida en cuanto clase y la represión en gran medida está en manos de las propias masas. El proletariado, aunque no ha asumido todavía el carácter de clase para sí, impone o ejecuta por sí mismo el carácter radical de las medidas adoptadas en cuanto a la nacionalización de los capitales extranjeros en la minería y la revolución agraria. Es la clase obrera la que arma a las demás clases del pacto democrático y la que las organiza. La organización de las masas es la principal adquisición democrática de este periodo.
- b) Fase semibonapartista del poder. Este es el momento que mejor se aproxima al modelo estatal concebido en el proyecto del MNR. Aunque fue pensado como un estatuto de largo plazo, a la manera del sistema mexicano, no obstante la autonomía relativa del Estado emerge aquí como un cruce ocasional o forma de tránsito; una correlación de modos de producción en flujo y la propia articulación atrasada de un modo de producción con el otro ofrecen una base impropia para la práctica real de la iluminación teórica de la autonomía del Estado. No obstante, esta independencia relativa, inmediatamente circunstanciada, se expresa en la aparición del subfenómeno de la mediación.

La burocracia lechinista actúa como mediación con relación a una clase obrera en situación de reflujo, los caciques se han convertido en intermediarios con el campesinado, que domina el territorio y el propio Ovando, que es el agente de la reorganización del ejército y por consiguiente el jefe titular de la burocracia estatal militar, es un mediador con relación al ejército. Se negocia ya con el imperialismo aunque todavía desde una posición de cierta fuerza y autodecisión, que se basa en las masas.

- c) Fase militar-campesina. Aquí es ya importante el desdoblamiento en el seno de la burocracia. Como la autonomía relativa es un paso cualitativo o ascenso de la unidad de la burguesía, allá donde no existe la unificación estatal de la burguesía, que es impensable aquí porque la burguesía no existe ante sí, no está sino en el arranque de su acumulación misma, tampoco hay unidad de la burocracia estatal. En todo caso, la burocracia, que surge como soporte del nuevo Estado en

la suma de sus órganos, se alía con el sector más atrasado, satisfecho y estático de las masas, bajo la dominación directa del imperialismo. La presencia semicolonial de los norteamericanos en el aparato represivo del nuevo Estado es un dato impactante de la modernización de ese aspecto represivo. Los mecanismos de mediación sobreviven todavía pero el concepto mismo de mediación está siendo rápidamente sustituido por el de control estatal. La ruptura política entre la burocracia civil y el proletariado minero, que queda momentáneamente aislado, es montada por la inteligencia imperialista y facilita la emergencia de estas fases conservadoras del nuevo aparato.

- d) Fase militar-burguesa. La burguesía ya se ha reconstituido como clase, es decir, se ha constituido como clase política en su nueva extensión y la derecha militar se ha enlazado con ella. La mediatización en el campo es en ciertos sectores lo suficientemente estable como para que se abandone el pacto militar-campesino o los sectores campesinos que se rebelan como resultado del nacimiento de nuevos apetitos democráticos sigan la misma suerte que la clase obrera o sea que se ejerza una dictadura frontal sobre la clase obrera y sobre todos los sectores que secundan su descontento. Todos los sectores propiamente estatales han sido desplazados.

## Condiciones del cambio de fase

Desde luego, no es el objeto taxonómico lo que aquí interesa sino la adopción de perímetros de análisis. Cuando los fenómenos sociales ocurren sobre masas en movimiento no solo los codos de ruptura sino los propios cambios de acentuación no pueden ocurrir sino por medio de golpes de mano o imposiciones bruscas desde el lugar social donde se asienta el poder real. En efecto, no se puede concebir, por ejemplo, la sustitución de la fase a) por la fase b) sin que se produzca un codo de ruptura o desgarramiento, que está dado por el desplazamiento del aparato represivo del Estado del pueblo en armas al ejército reorganizado. Se da un cambio de carácter de clase en el aparato del Estado burgués; no es ya el proletariado el que encabeza la revolución burguesa sino la burocracia que, defensivamente, opera como conjunto. Es un golpe de Estado dado por la burocracia contra el proletariado.

El desbaratamiento de las fases siguientes, como contraparte, implica solamente la subrogación de hegemonías de las fracciones dentro de la burocracia, como administradora del poder estatal burgués o de la burguesía misma, que ensaya su poder directo unificado contra la burocracia y el proletariado. Pero es una linealidad expositiva. Con Torres, por ejemplo, el proletariado ensaya ya su retorno al estatuto del 52, en condiciones que



han sufrido sus naturales mutaciones y, en cambio, la burocracia militar intenta restablecer el momento semibonapartista, con la consecuencia de ser vencidos ambos. Pero no es un solo proyecto el que se derrumba sino dos: solo la derrota los une, cada uno es vencido en su propio propósito.

## La teoría de las etapas

La propia discusión en torno a las primeras fases dentro de la revolución burguesa, el examen provisional de sus resultados, tiene como efecto la creciente diferenciación entre las peticiones sociológicas burguesas y la interpretación proletaria. Para la clase obrera, por ejemplo, una pregunta capital era aquella que se refería a por qué hay hegemonía proletaria en 1952, una hegemonía sistemática, no preconcebida en concreto por nadie y por qué se produce la pérdida de hegemonía.

La prueba de que la clase siente como insuficiente una explicación subjetiva de dicha pérdida está en que sus dirigentes, los que presuntamente habrían entregado el movimiento de masas, no son desplazados. En una clase menos cautelosa, la división del movimiento obrero habría sido, en esa coyuntura, un hecho inevitable. Aquí, por cierto, hay una temprana conciencia de que la clase debe moverse siempre «como toda la clase» o sea que, como dice el *Manifiesto Comunista*, los sectores avanzados del proletariado «no tienen intereses que los separen del conjunto del proletariado», que el proletariado, en suma, debe vivir como conjunto de su propio atraso y su propia evolución. La condición natural es la existencia de la democracia proletaria, es decir, la democracia de la clase para sí misma, la lucha ideológica en el interior de la clase.

En segundo término, como derivación, viene la crítica de la teoría de las etapas y su consecuencia, que es la asunción de la tesis de mayoría general.

Se sabe de dónde viene, en Bolivia, la teoría de las etapas. La descripción más clara de esta posición sigue siendo hasta hoy la esbozada por el teórico del MNR Walter Guevara en su documento *Manifiesto a los electores del Ayopaya*, aunque no es la única ciertamente. Guevara postula allí específicamente que la revolución burguesa debía cumplirse a plenitud en el país para que fuera posible después plantearse la revolución socialista. Guevara, en lo que será en lo posterior una práctica política muy generalizada en Bolivia, aplica la jerga y las propias categorías del marxismo a una postulación propiamente burguesa; es explicable, por otra parte, que en el mismo Guevara la posición de las etapas lo condujera, en el momento del paso del proletariado de clase hegemónica a clase complementaria del poder, a postular, con menos rigor aun que en el *Manifiesto*, que la dirección de la revolución correspondía a la clase media, situándose a la derecha de la propia burocracia estatal.

La implicación de las tesis de Guevara abarcaba, sin embargo, a todos los sectores no proletarios del régimen. Era un supuesto de ellas el advertir que el propio desarrollo de las fuerzas productivas, tácito en el impacto revolucionario, convocaba a un desarrollo conjunto, paralelo o intercorrespondiente de la burguesía y el proletariado y que debía hablarse por tanto de «revolución nacional».

La crítica de la teoría de las etapas suscita varias conclusiones sumamente útiles para el conjunto de ideas que designamos como sociología de la clase obrera. En primer término, que el desconocimiento de las etapas, que es un impulso característico de masas en las que el carácter espontáneo prima todavía sobre su desarrollo consciente, no puede conducir sino a que las etapas se expresen contra la clase obrera, en mengua de su capacidad real de poder. En segundo lugar, que las etapas, sea que se considere la revolución burguesa misma como una etapa, sea que uno considere las etapas en el seno de la revolución burguesa, pueden y deben ser cumplidas bajo la hegemonía y el poder de una clase no burguesa y, en el caso, del proletariado. En tercer lugar, que es demagógico hablar de clase media en el mismo sentido que se habla de burguesía o de proletariado y que dicha mención se refiere o al punto en el que emerge la burocracia estatal semibonapartista o, más bien, al lugar social en que el desarrollo de la burguesía no es el desarrollo del proletariado sino en su aspecto excedente, el cuantitativo y aun eso dentro de determinadas formas de desarrollo económico y que, por consiguiente, era totalmente concebible la ejecución de las tareas burguesas al margen de la burguesía.

Pero, en los hechos, cualquiera que fuera el orden de sus protestas ideológicas, el proletariado «se vio obligado» por la combinación entre su débil desarrollo cualitativo (que hacía una paradoja con la densidad de su poder material) y la urgencia derivada del «hueco estatal» que acompañaba la crisis nacional del 52.

¿Qué quería decir empero aquello de que «se vio obligado»? En 1952, el proletariado no tenía intereses diferenciados del campesino; pero, al realizar la consigna burguesa de la tierra, al dirigir el proceso de la revolución agraria al mismo tiempo que cedía la forma del aparato estatal a la pequeña burguesía, el proletariado estaba habilitando al movimiento campesino para pactar directamente con el Estado desde el que había recibido la tierra, al margen del proletariado. Por tanto, mientras en 1952 tenía una cómoda hegemonía, aun a pesar de su inconclusión interna de clase, porque representaba a la mayoría general», en 1954, cuando la crisis ya se expresaba como falta concreta de productos, tenía ya que atenerse a su mera fuerza numérica, sus intereses se habían diferenciado de los del campesinado, se veía relegado a un rol complementario y era, en suma, una clase aislada, que había avanzado pero al precio de romper la alianza que era la clave de su poder. Objetivamente, esta misma clase que repudiaba la

teoría de las etapas había venido a practicarla. Claro está que, en un análisis superficial, habría quien dijera que esto ocurría porque la izquierda no había leído *Sobre el impuesto en especie* [de V. I. Lenin]. Pero la subsunción de la teoría no se realiza a través del conocimiento teórico sino por medio de la discusión de la clase en su momento concreto.

El segundo sector de desconcierto de la izquierda se sitúa en la órbita de las ideas económicas. En lo que es una curiosa paradoja con relación a las ideas argentinas de la misma época, que establecían que el mal de su país radicaba en la extensión, en Bolivia se desarrolló, prácticamente desde el principio del siglo XIX, el concepto de la inferioridad geográfica del país.

El propio Mariscal Santa Cruz, con su frustrada Confederación Perú-Boliviana estaba sin duda ya practicando estas concepciones espacialistas que, por otra parte, se fundaban en un hecho harto real, cual era el desplazamiento de los centros interiores a la periferia de los puertos por la llegada del comercio inglés.

Pero fue el Plan Bohan el que entrevió, a principios de la década de los cuarenta, las posibilidades de un avanzado desarrollo capitalista en torno al área de Santa Cruz de la Sierra, en la parte occidental de los llanos orientales. La gente del MNR, por lo demás, tuvo ocasión abundante de ver en la Guerra del Chaco las dimensiones de la no integración territorial del país. En los hechos, no solo la integración del oriente sino el propio cambio de eje económico territorial, en una franca fuga de la centralización en el altiplano minero, la tierra del «metal del diablo», se convirtieron en verdaderos fetiches de la política económica que puede inclinarse a voluntad en base a la *tabula rasa* política del 52. De esta manera, Paz Estenssoro, sobre todo, Walter Guevara y Alfonso Gumucio conducen la ideología económica del MNR hacia una concepción geográfica, territorialista y agrarista del desarrollo. Todo ello, por lo demás, de un modo sugestivo en extremo en su coincidencia con los criterios circulantes en el momento alemán de la construcción de la unidad. Habría que recordar, por ejemplo, las menciones de Marx referentes a la inferioridad geográfica de Alemania y el papel de los ferrocarriles. Pero era algo que se hizo rápidamente coincidente con los intereses norteamericanos, que se situó de hecho dentro de la división del trabajo que podía admitir el imperialismo en ese momento y era, por tanto, una política típicamente burguesa en sus planes de integración pero abandonando toda política de industrialización, que era posible sobre todo en torno a la minería nacionalizada y el petróleo, sectores que resultan prácticamente abandonados a su propia suerte. Como eso coincide con la instancia del reflujo de la clase obrera, la izquierda no puede contraponer a esos planes sino una política defensiva y es evidente que, tanto en el momento de su auge como en el de su influencia complementaria, es una clase obrera que carece de ideas económicas con relación al mismo poder en el que, sin embargo, influye políticamente de un modo determinante.

## La tesis de Pulacayo

Consideremos, sin embargo, no el lado de la perplejidad del proletariado sino el de su lucidez y en este orden de cosas sin duda la llamada *Tesis de Pulacayo* (Tesis Central de la Federación de Trabajadores Mineros de Bolivia) es sin lugar a dudas la prueba más rotunda del carácter avanzado que adquiere esta clase desde su más temprana aparición en la política del país.

Para mencionar solo algunos de sus aspectos, los más generales. Una correcta tipificación de la formación económico-social del país:

Bolivia es un país capitalista atrasado. Dentro de la amalgama de los más diversos estudios de evolución económica, predomina cualitativamente la explotación capitalista, y las otras formaciones económico-sociales constituyen herencia de nuestro pasado histórico. De esta evidencia arranca el predominio del proletariado en la política nacional.

Una definición sin duda sorprendente si se la ubica en la fecha de su aprobación, noviembre de 1946, bastante antes de que la cuestión de las formaciones económico-sociales y de los modos de producción fuera discutida en el continente. Por otra parte, la *Tesis* sostiene que:

La particularidad boliviana consiste en que no se ha presentado en el escenario político una burguesía capaz de liquidar el latifundio y las otras formas económicas precapitalistas; de realizar la unificación nacional y la liberación del yugo imperialista. Tales tareas burguesas no cumplidas son los objetos democrático-burgueses que inaplazablemente deben realizarse. Los problemas centrales de los países semicoloniales son la revolución agraria, es decir, la liquidación de la herencia feudal y la independencia nacional. [...] El proletariado de los países atrasados está obligado a combinar la lucha por las tareas demoburguesas con la lucha por las reivindicaciones socialistas.

El desconocimiento de toda posibilidad de dirección pequeño-burguesa:

La clase media o la pequeña burguesía es la más numerosa y, sin embargo, su peso en la economía nacional es insignificante. Los pequeños comerciantes y propietarios, los técnicos, burócratas, los artesanos y los campesinos no han podido hasta ahora desarrollar una política de clase independiente y menos lo podrán en el futuro. El campo sigue a la ciudad y en esta el caudillo es el proletariado.

Sobre quién debe encabezar la propia fase democrático-burguesa:

Señalamos que la revolución demoburguesa, si no se la quiere estrangular, debe convertirse solo en una fase de la revolución proletaria.

[...] Mienten aquellos que nos señalan como propugnadores de una inmediata revolución socialista en Bolivia; bien sabemos que para ello no existen condiciones objetivas. Dejemos claramente establecido que la revolución será democrático-burguesa por sus objetivos y solo un episodio de la revolución proletaria por la clase social que la acaudillará. La revolución proletaria en Bolivia no quiere decir excluir a las otras capas explotadas de la nación, sino alianza revolucionaria del proletariado con los campesinos, artesanos y otros sectores de la pequeña burguesía ciudadana.

En cuanto a su proyecto estatal:

La dictadura del proletariado es la proyección estatal de dicha alianza. La consigna de la revolución y dictadura proletarias pone en claro el hecho de que será la clase trabajadora el núcleo director de dicha transformación y de dicho Estado. Lo contrario, sostener que la revolución democrático-burguesa, por ser tal, será realizada por sectores «progresistas» de la burguesía y que el futuro Estado encarnará en un gobierno de unidad y concordia nacionales, pone de manifiesto la intención firme de estrangular el movimiento revolucionario.

A pesar de lo extraordinario que resulta que el proletariado como conjunto adoptara una tesis tan avanzada en un momento en que, después de todo, no había dicho todavía su plena palabra, la historia fue más lejos que la *Tesis* o cumplió sus previsiones de un modo más retorcido y, por otra parte, resultó muy evidente que la clase no tenía las condiciones para llegar allá donde llegaba sin embargo su tesis.

Por ejemplo, en el problema que Marx llamaba de la *iluminación* desde el sector de punta. Primero habría que resolver si no es posible la existencia del foco o enclave capitalista como enclave mismo, es decir, como un polo en que, si se quiere, hay un modo de producción capitalista, pero no articulado con los demás sectores de la formación, cuyo único dato de unidad es el dato político, lo que algunos llaman el *Estado aparente*.

Aquí no solo falta la *propalación* del modo principal sino que puede faltar la articulación misma. No era el caso, por cierto. El mero hecho de que se hablara de la «rosca» como la combinación entre los latifundistas y la empresa minera, mostraba ya que la *iluminación* existía. Pero aquella burguesía propiamente oligárquica, muy preocupada con su restricción y no con su expansión, era en cambio el freno principal con que se encontraba no solo el proletariado (que era sin duda su enemigo) sino las propias clases preburguesas, los sectores que ya se sentían en disposición de convertirse en burguesía. Es cierto que lo que había de *iluminación* era lo que permitió al proletariado avanzar sobre las capas campesinas y aliarlas a su tarea (no

es un azar que el centro de la revolución agraria fuera Cochabamba, la zona más integrada a la economía minera); pero lo que no había de propalación del modo de producción de punta impidió la expansión numérica del proletariado y, en la fase de su aislamiento, que era previsible aunque no está en la *Tesis*, el hecho numérico se volvía decisivo. El cerco a la clase obrera se convirtió en una muralla china.

Esta preburguesía o si se quiere los agentes políticos de la burguesía en construcción logran a su turno canalizar la revolución agraria (que, en efecto, implanta el proletariado de acuerdo a todo el mandato de la *Tesis*) y plantea la unidad nacional de una manera propiamente burguesa; la claudicación estatal del proletariado no le permite realizar las tareas burguesas que la burguesía no ha sabido realizar. Esas tareas vuelven a su titular aunque, obviamente, se limitan a lo que se permite hacer a una burguesía dependiente.

A mayor abundancia, el campo no siguió a la ciudad sino hasta realizar sus propias consignas; la alianza con el campesinado y la pequeña burguesía urbana fue mucho más inconstante de lo previsto y, en fin, el propio proletariado acabó practicando no su tesis sino la de sus rivales (en la teoría de las etapas, por ejemplo), o sea que la clase considerada como conjunto no había tenido tiempo de asumir su propio programa. El programa a su turno habría necesitado de un contorno teórico, que lo desarrollara y, además, cuando se es tan poco numeroso y las alianzas son tan decisivas, habría sido necesario que incluso los sectores más avanzados de las otras clases de la alianza tomaran este programa como propio, es decir, que se diera una *irradiación*. Pero nada de esto alcanza para disminuir la suprema importancia histórica de este tipo de adquisiciones; se puede comentar la tesis o transformarla o explicar por qué no se cumplió a la hora de la crisis pero las clases no retroceden del punto al que han llegado con sus programas y la educación de la clase se hace en torno a eso.

## Determinación derivada de clase

Hacia 1952, arrasado el sistema político oligárquico y su propia base económica, prácticamente disuelta la clase de los terratenientes del campo, la burguesía (la que existía como grupo marginal al Superestado minero, es decir la burguesía tomada en su expresión concreta y no en su contenido histórico) está reducida a su expresión mínima y no dispone de perspectivas. Sin embargo, este es el momento en que se organiza el moderno Estado burgués boliviano, el cual llamamos por eso el Estado del 52. Se puede decir que en este momento, porque lo quieren conscientemente o porque no tienen otro remedio, «todas las clases persiguen fines burgueses menos la burguesía», que sigue a la costumbre de una superestructura

derrotada. Pues al no poder fundarse en la propia clase a la que quiere servir, el Estado en este caso es anterior a la clase a la que servirá; el Estado abrogará sin miramientos al germen burgués sobreviviente, creará su nueva burguesía, le dará el tiempo, los medios y la imaginación como para que se constituya como clase.

Esta es la cuestión de la determinación derivada de una clase en otra. Sin duda, no es la primera vez que una clase social da lugar al poder de otra y, por último, en su consecuencia histórica diferida, a la constitución de una tercera. Esto es, por el contrario, algo clásico de las revoluciones burguesas de tipo democrático.

En el caso boliviano, es la clase obrera la que conquista un poder para el que no es capaz todavía como clase misma, lo entrega a su aliado más verosímil como clase burocrática, que es la pequeña burguesía, portadora ya de los ideales burgueses (aunque en contradicción concreta con la burguesía misma preexistente), que es débil y carece de un proyecto propio, que es incapaz ni siquiera de la tarea de interpretar el hecho. La burguesía nueva se construye aplastando políticamente a la vieja burguesía.

## **Caos social y pequeña burguesía**

El núcleo de ubicación de la acumulación originaria de la burguesía, de la que tampoco puede decirse que se constituya como clase política sino alrededor de veinte años después, es el Estado.

Como los mismos supuestos ideológicos (que como hemos visto eran difusos) pueden dar lugar a diferentes desarrollos, es probable que la propia fase de la dictadura de las masas (1952) haya dado lugar a que maduraran en el seno del MNR propensiones que ya estaban de un modo germinal en su interior.

Dentro del supuesto de que la desgracia del país no era la existencia de una burguesía sino la insuficiente existencia de una burguesía nacional y su correlato, la lucha por la integración nacional, la construcción del Estado nacional, los puntos de acumulación se enquistan en el capitalismo de Estado (creado en su parte fundamental por la racionalización de las grandes empresas mineras) y las zonas de recursos naturales de nueva apertura. En lo que era ya un plan consciente, la COMIBOL se convierte en empresa generadora de empresas, en empresa de construcción de la burguesía comercial ampliada y, por el otro lado, sus excedentes son desviados hacia el desarrollo capitalista de Santa Cruz de la Sierra.

Esta es la razón por la que la lucha obrera girará, tanto en tiempo de la *Tesis de Colquiri* como en la Asamblea Popular, en torno a la cuestión de la minería nacionalizada.

Mencionemos ahora el impacto del caos económico-social o lo que se vive como caos, que es el vuelco del estilo cotidiano de vida social, en los grupos intermedios. No es el de Bolivia por cierto el único caso en que la revolución democrática se acompaña de una gran crisis agrícola, un desorden general en la economía aparte del descenso de la producción minera y el desatamiento de la inflación en gran escala. Esto no afectaba de una manera decisiva a los campesinos que, aun sin aportar excedente agrícola al mercado, en el peor de los casos mantenían sus condiciones de vida en un estatus que se hacía ventajoso porque iba acompañado de la expulsión de los patrones, de la libertad política y la participación. Ya entonces, en efecto, los campesinos dieron la base social para la supervivencia del esquema político y, por el otro lado, aunque esto Eder jamás habría podido entenderlo, incluso la llamada Estabilización Monetaria, que fue quizá el más drástico plan antiinflacionario implantado en la América Latina, habría podido sobrevivir si los campesinos no hubieran comenzado entonces a practicar su concurrencia al mercado.

La situación era bastante diferente en lo que se refería a la pequeña burguesía urbana. Despojada de sus privilegios, con el voto universal, clase cuya pretensión es conservar el orden social abstracto a diferencia de los obreros y los campesinos sin tierra, que aspiraban a sustituirlo, grupo de ahorristas, empleados, artesanos, comerciantes sin reservas económicas, etc., no podían sino vivir como un momento demoníaco aquel de la ruptura del orden político, que iba además acompañado de un proceso inflacionario violento. Incapaz el proletariado de retener la concentración del poder en torno a sí mismo, luchando en los tiempos siguientes por retener esa fuerza inicial, desorganizando aún más el sistema, no podría ofrecer a la pequeña burguesía su propio orden en la política ni en la economía.

Al no haber ni existir una respuesta diferente a esta crisis, se produce el reingreso del imperialismo norteamericano por la vía de la ayuda. Tal como se ha dicho antes, el imperialismo a su turno confirma las características del plan de desarrollo agrarista y territorial del MNR y lo fortifica canalizando su ayuda en el mismo sentido, es decir, acelerándolo. El precio que se paga por esta ayuda es la interrupción específica de todo hipotético plan de industrialización que, en ese momento, solo podía concebirse en torno a la producción minera. En los hechos, Estados Unidos impone que el proyecto de constitución de la burguesía se dirija hacia la producción primaria y suprime toda posibilidad de creación de industrias pesadas y de integración de la minería, que habrían sido su único remate racional. Pero esto se basa ya en la quietud o satisfacción del campesinado y en el *élan* del



orden en la pequeña burguesía urbana, que está dispuesta a pagar cualquier precio por ello y que, no olvidarlo, es la mayoría en las ciudades. Esto se puede decir también en otra forma: una mayoría conservadora había sustituido a la mayoría revolucionaria del pueblo y exacerbó los aspectos moderados que preexistían a ambas, mayoría conservadora y mayoría revolucionaria, en el seno de la clase burocrática.

### **La Tesis de Colquiri**

Tales son, entre otras, las razones por las que un programa más avanzado que la capacidad de poder real de la clase no puede aplicarse aun en el momento de control material de la situación que logra el proletariado en 1952. Sin embargo, aunque los obreros no consolidan la continuidad de su ofensiva, van a demostrar en los años siguientes su extraordinaria consistencia defensiva. Es por medio del fracaso de los intentos de organizar mecanismos de mediación correspondientes a la fase semibonapartista que se derrumbará el proyecto histórico del Estado burgués de 1952.

Ya durante el gobierno de Siles Zuazo (1956-1960), el régimen se empeña en la construcción de un sindicalismo dependiente del Estado, a la manera de lo que había ocurrido con los sindicatos campesinos. Aunque no vale la pena entrar en la anécdota de estos acontecimientos, por lo menos el incidente producido hacia 1958 entre los sindicatos de Catavi y Huanuni es algo que resulta ilustrativo. Los mineros, a partir del Plan de Estabilización, que constituye el verdadero reingreso del imperialismo en los manejos de los asuntos bolivianos, están ya en oposición al régimen del MNR. El gobierno logra éxito por lo menos en ciertos puntos como Huanuni y las minas del sur. Se produce entonces un enfrentamiento armado sindical que concluye en la toma de Huanuni por los mineros de Catavi-Siglo XX, hechos que incluyen la ejecución del dirigente principal de la línea gobiernista, Celestino Gutiérrez. Es, todavía, la imposición del aparato armado que conservan los mineros del año 1952.

Todavía el proletariado minero tiene influencia en el MNR como para imponer la vicepresidencia de Lechín, cuando Paz Estenssoro es elegido presidente por segunda vez, en 1960. Pero Paz Estenssoro completará la línea iniciada por Siles, con el llamado Plan Triangular, que reorganiza la minería nacionalizada excluyendo el Control Obrero y otras formas de participación proletaria en el manejo de las minas. La *Tesis de Colquiri* es la que expresa este periodo de ruptura del proletariado con el Estado bonapartista lo que, por otra parte, sella la imposibilidad misma de desarrollo de dicha forma estatal. Veamos algunos de sus puntos:

El gobierno ha demostrado de manera persistente y que no ofrece la menor duda que está vivamente interesado en eliminar toda ingerencia obrera en el manejo de las empresas y de la cosa pública. [Referencia a la supresión del Control Obrero con derecho a veto y otras medidas.]

Declara que los sindicatos no deben convertirse en agencia de partido político alguno, aunque este se encuentre en el poder y se autodenomine revolucionario. La Federación no sustenta el apoliticismo sino una política independiente de clase. [...] De hoy en adelante los mineros se colocarán a la cabeza de su clase para enseñarles a seguir su propio camino y a defender sus propios intereses, a marchar detrás de su propia bandera. [Aquí se dan ya los elementos de la superioridad del sindicato sobre el partido como característica básica del movimiento revolucionario boliviano, a lo que nos referiremos después.]

El sindicato es la forma elemental de frente único de clase, en cuyo seno coexisten las tendencias políticas y religiosas más diversas, con la única condición de que aquellos se inspiren en principios revolucionarios.

El gobierno pretende hacer trabajar a los mineros bajo la amenaza del terror y excluir total y radicalmente a la clase obrera de la dirección de la COMIBOL. Si prospera este criterio, se habrán acentuado las características burguesas de la estatización. [...] Los obreros propugnamos una tesis opuesta: deben ser la capacidad creadora de la clase trabajadora (que se expresa solo cuando está organizada colectivamente), su voluntad de vencer y la certeza de su rol dirigente las que se transformen en el cimiento real de una nueva administración de las minas, que permita sacarlas de su actual caos y aumentar sensiblemente los índices de producción. La suerte de las minas es la suerte del país mismo y no puede plantearse al margen del destino del poder político. [En los dos párrafos anteriores se está gestando ya lo que se llamará proyecto de co-gestión, que se planteará en la Asamblea Popular, en tiempo de Torres, como lo veremos también luego.]

La revolución no tiene más garantía ni más defensa que las milicias mineras. [Esto es una reminiscencia del 52.]

El gobierno antiobrero tiende a resolver todos los conflictos sociales mediante la despótica intervención de las Fuerzas Armadas. [...] Los mineros solo podemos tener una respuesta a esta situación concreta: armarnos y disciplinarnos, a nuestro turno, para rechazar con la violencia la amenaza de masacre. [Ya se está definiendo el rol de árbitro de la situación que asumen las Fuerzas Armadas, entre el Estado bonapartista, cada vez con menos sustento de clase, y el proletariado, que se ha desvinculado de él; esta es la base de la fase militar-burguesa del Estado del 52.]

Se puede situar entre los años 1956 y 1964 el periodo de desprendimiento de la clase obrera del MNR, es decir, del movimiento democrático burgués como conjunto. Pero puesto que la burguesía misma no era capaz de concebir su proyecto estatal y que la propia burocracia, la verdadera portadora

de dicho proyecto, no podría sostenerlo sino en tanto cuanto estuviera sostenida a su turno por la clase obrera, fácil es advertir hasta qué punto, junto con el proyecto burgués burocrático, fracasó también la única perspectiva auténtica de que podía disponer la burguesía que se estaba conformando. Con todo, es notorio el carácter defensivo que ya tiene esta tesis, que sin duda es mucho más coyuntural que la de Pulacayo; aunque los obreros denuncian la defección del MNR no dejan de situar la debacle del esquema del 52 en su verdadero punto de agotamiento: «El imperialismo —dice la *Tesis de Colquiri*— ha impuesto sus planes al gobierno del MNR».

El resultado de esta premonición de la ruina del proyecto burocrático-estatal, de la frustración de la clase obrera como clase hegemónica sin capacidad estatal y de su diferenciación con relación al movimiento burgués será primero el repliegue hacia el sindicalismo mismo y, cuando ya haya una instalación inicial de los partidos obreros en su seno, el lanzamiento de su propio proyecto estatal que se configuró en la Asamblea Popular de 1971.

### Modernización del aparato estatal

Un proceso como este no podía ocurrir sin una modernización considerable del sistema estatal. Ello sucede por varias vías:

- a) Ampliación del área territorial real de alcance estatal mediante la integración económica y política de grandes zonas que, en lo previo, no eran sino periféricas al acontecimiento estatal.
- b) Expansión del ámbito humano de validez del poder mediante la democratización política y económica, que se traduce en la incorporación del campesinado al funcionamiento estatal.
- c) Reconstitución y ampliación del aparato represivo del Estado, con la creación del nuevo ejército.
- d) Construcción de un importante sector capitalista de Estado.
- e) Constitución y desarrollo de un núcleo burocrático estatal e instalación de sus correspondientes mecanismos de mediación.

### Contradicción burocrática y burguesía

En este momento tenemos ya un poder político de dirección burguesa. Pero de ningún modo hay que confundir un Estado que se ha modernizado con un Estado moderno. Incluso dentro del puro segmento estatal,

como ha ocurrido además de un modo tanto más terminante en cuanto al itinerario de los modos de producción, *la alteración del tipo de sucesión de las categorías estatales europeas es todo un carácter histórico*. Si el trabajo de la unificación, tomado en su consideración más general, es algo que abarca toda una época, comprendiendo a la vez sus aspectos espaciales, humanos y de modo de producción, no es por cierto la menor de sus obtenciones aquella que se refiere a la propia unificación de la clase dominante —la burguesía, en todas sus fracciones— en el hecho estatal. La propia burocracia debería ser un fruto cualitativo de la unificación de las fracciones de la burguesía. En el caso boliviano, por el contrario, la burocracia dará el curso objetivo que haga posible la unificación de la burguesía, pero cuando esta se unifique verá a la burocracia como a su rival y se producirá una regresión en la manera estatal aunque dentro de la nueva dimensión dada.

Como es clásico en este tipo de revoluciones, el nuevo poder desarma a las masas que le han dado el poder. La reorganización del ejército es la forma que adquiere ahora el desarme de las masas, la sustitución de un aparato represivo por el otro. La fase semibonapartista, que cumple con el doble papel de suprimir la crisis económica que proviene como secuela supérstite de la crisis revolucionaria del 52 y de iniciar la acumulación de la nueva burguesía civil (el MNR) y la burocracia militar. De hecho, se trata ya de una dictadura tanto sobre las masas, que han perdido la actividad del 52 o están ya mediadas, como sobre los sectores reaccionarios, que todavía se proponían una restauración del estatus anterior a 1952.

Con todo, ello no podía suceder sin importantes conflictos tanto entre las clases que en conjunto estaban interesadas en la revolución burguesa como entre los gérmenes y las fracciones dentro de las propias clases que se movían en torno al nuevo poder, es decir, a la nueva dominación.

El frente policlasista, que ya estaba encabezado de un modo directo por la pequeña burguesía después del fracaso estatal del proletariado en 1952, se va apoyando cada vez más en la alianza entre el Estado y el campesinado. El Estado es todavía pequeño-burgués y la diferenciación de clase en el seno del campesinado no se ha declarado aún. Con Siles Zuazo y el segundo Paz Estenssoro, por ejemplo, ya es esta alianza la que manda; pero el proletariado, aunque vencido en su propósito de clase, aunque resistiendo a la política de desarrollo burgués en ascenso, se mantiene todavía dentro del MNR. Siles y Paz Estenssoro pueden todavía usar la clase obrera como argumento *a contrario* para negociar con el imperialismo. O sea que esta alianza hace el *minimum* para sobrevivir como burocracia; la falta dejada por el desahucio obrero del sistema, que no se producirá sino unos años después, es lo que restará margen de movimiento y aun de permanencia al proyecto burocrático.

Es del todo distinto lo que pasa con el ejército, es decir, con la burocracia militar. Ella es un fruto indirecto de la revolución y en cambio sí un resultado directo del momento en que la revolución se ve obligada a pactar con el imperialismo. Por el contrario, la reorganización del ejército es una de las condiciones del reconocimiento por parte del imperialismo. Puesto que su propia existencia y la totalidad de su equipamiento provinieron de los Estados Unidos, es un ejército que se organiza en los términos de aquellos que existen bajo control neocolonial norteamericano y así ocurrirá aun en aspectos de tanta inferencia local como lo que se llama su doctrina militar.

Por eso Barrientos significa ya la liquidación del periodo semibonapartista, el desplazamiento de la pequeña burguesía que había logrado concretarse como burocracia militar y el campesinado, con exclusión sistemática de la clase obrera. Nótese que sigue siendo una burocracia la que gobierna, la militar, es decir, un sector de la *clase estatal*. Pero cuando la burguesía haya concluido su proyecto de constitución con Banzer, se tratará ya de la alianza entre la burguesía minero-comercial del altiplano y la burguesía capitalista rural del oriente la que gobierne el país. En todo caso, por su origen, su ideología y su papel concreto, el ejército representará en la política un estatuto semicolonial, en tanto que la clase obrera, en ausencia de una burguesía ya constituida, será la clase más avanzada: no en tanto socialista; *será incluso la clase capitalista más avanzada del país*.

## La repetición tendencial

Este decurso nos conduce a ciertos razonamientos adicionales acerca de lo que se puede llamar la materialidad o viabilidad material de un sector social. Se diría que tanto aquellos grupos cuya decadencia comenzó casi de inmediato a su composición (la burocracia), como aquellos de tardía composición como la burguesía (composición que se infiere de un factor ajeno a ella) y aun los que se plantean su vida como un proceso de autodeterminación interna y gradual, como el proletariado, todos en conjunto parecerían tender a su repetición y, sobre todo, a la repetición intensificada de sus momentos culminantes. Es decir, cuando piensan en sí mismos «recuerdan» el que es su momento superior y aunque no parecerían proponerse otra cosa que la reiteración (los militares reaccionarios, como los barrientistas en lo básico, el sistema anterior al 52; la burocracia, el momento semibonapartista; el proletariado, el 52, etc.), las nuevas condiciones adecúan su comportamiento de tal manera que, en su aspecto palpable, se hace algo bastante diferente. Ninguno de estos sectores, en efecto, logra la reproducción de su momento. La burguesía, porque su

acumulación, una vez comenzada, tiende a su propia prosecución o sea que, mientras exista el capitalismo y no se afronten crisis especiales, deberá ser cada vez más poderosa o sea cada vez más diferente de sí misma, aparte todo ello de la reconstrucción de su contorno, etc.; el proletariado, porque a su turno consigue su propia agregación clasista y no retrocederá sino excepcionalmente de sus adquisiciones como clase (una adquisición solo práctica en todo caso; descubre lo que siempre podía pero, hasta que la clase no lo sabe, es como una potencia encogida; por eso se llama acumulación de conciencia al descubrimiento o reconocimiento de una posibilidad otorgada por su colocación en el proceso productivo más su devenir subjetivo). Esto es algo así como un cambio hacia adelante; estos grupos no se repiten porque se enriquecen. Pero la burocracia no logra repetirse con éxito porque se empobrece; una vez que ha derrochado la perspectiva de la mediación, que es vista en la etapa semibonapartista como una necesidad por todos, una vez que las puntas se han acostumbrado a vivir sin su intermediación, entonces, ya no se funda sino en una memoria o en un propósito estatista sin mayor envergadura en su impacto sobre los intereses materiales de las clases. Su episodio de retorno tiene por eso esta fragilidad fundamental.

Esto nos ayuda a explicarnos la contradicción entre Banzer y Ovando-Torres. El ejército tiene el monopolio formal del poder y, por tanto, aunque como conjunto representa al Estado burgués, aunque es de hecho la fase de emergencia del Estado del 52, en aquello se manifestó la contradicción entre los sectores militares propiamente estatistas (porque en este sector se vive al Estado como un deber patrio), que aspiran a la reconstrucción de la fase semibonapartista, aunque esta vez bajo la hegemonía de la burocracia militar y no de la civil (de la cual, sin embargo, resultan algo así como un devenir) y los sectores militares que están ya incorporados, aun en lo personal y familiar, (a través de esta forma constante de acumulación que es la corrupción desde el aparato estatal, muy amplia en los altos mandos a partir de 1964) a la nueva burguesía y que se proponen acelerar la acumulación capitalista con una dictadura lata sobre las masas, dictadura que, por lo demás, se inserta mejor con el *rush* anticomunista que vive la región geopolítica.

Así no obstante, esta propia discriminación, que contiene en potencia no solo la contradicción ejército-ejército, sino también —asimismo en potencia— una otra ejército-burguesía pero, de un modo mucho más inminente, la coincidencia clase obrera-ejército (en lo que se expresa el hecho de que la clase obrera es a la vez la más avanzada clase capitalista y su negadora) y la separación automática entre Estado burgués y clase obrera, es algo que no se incorpora a la conciencia proletaria sino después de discusiones importantes, sobre todo aquéllas que se localizaron en la cuestión

del método. De allá resulta el estudio de las otras clases como parte del conocimiento de la propia y la conciencia de que, mientras el campesinado se prepara para nuevos apetitos democrático-burgueses, es decir, para una nueva revolución democrática, el comportamiento de la burocracia estatal, en lo específico la militar, tiende a conformar una alianza con el proletariado que dura hasta el instante mismo en que se toma el poder; en este instante, en efecto, la burocracia recuerda su religión estatal y aplica la contradicción Estado burgués-proletariado. La formidable conducción obrera en los hechos de octubre de 1970, que dieron lugar al gobierno de Torres, fue la aplicación de estas reglas del conocimiento interclasista en Bolivia.

### Estrategia de la burguesía nacional

El sector estatista o progresista o nacionalista del ejército, el sector militar de la burocracia estatal creada por el MNR, se expresa en el llamado Mandato de las Fuerzas Armadas, con el que sube Ovando y gobierna Torres y en la llamada *Estrategia Socioeconómica del Desarrollo Nacional*. Puesto que este segundo es uno de los pocos documentos en los que ha habido influencia de las corrientes sociológicas continentales sobre una definición boliviana, vale la pena hacer algún hincapié en él. Para la *Estrategia*:

La dependencia y la marginalidad constituyen los rasgos centrales de nuestra sociedad.

No se trata aquí solamente de la subordinación histórica del país a otros más fuertes sino que se apunta al hecho de que la estructuración interna de su economía y su vida social y política se deriva básicamente de las formas que asume la dominación.

Se define a la marginalidad como:

El resultado del desarrollo desigual de la sociedad dependiente. Cada una de las grandes etapas de cambio de los países metropolitanos ha generado cambios en la organización de la economía, de la sociedad y del Estado en los países periféricos. Pero como esos cambios no se hicieron para responder a necesidades internas, en los países latinoamericanos se ha producido una situación en la cual se combinan y se integran, en el mismo momento, modos y niveles de producción, de estratificación y de poder político correspondientes a etapas distintas del desarrollo capitalista de los últimos siglos, dando como resultado un proceso de desarrollo desigual y combinado.

Ya aquí podemos esbozar algunas observaciones:

1. El rasgo central de la sociedad no está dado por la dependencia y la marginalidad sino por la naturaleza de clase de su sistema estatal-económico. Aquí, en cambio, se apunta como carácter principal. Esto mismo de *naturaleza de clase*, sin embargo, es solo una manera de aludir a lo que es la fisonomía o perfil de la formación económico-social, entendida ella de dos maneras: primero, como un proceso, es decir, como formación económico-social que atraviesa el tiempo; esto que llamamos hoy formación económico-social boliviana, con sus grandes variaciones espaciales y fisiognómicas, sin embargo, no es algo que nace junto con el mercado mundial ni aparece cuando llegan los portadores del mercado mundial; en segundo término, como remate o conclusión de ese proceso, caso en el cual, en efecto, nos interesamos en la forma de la unidad, es decir, en el modo de la articulación de aquella desigualdad histórica acumulada. En ambos casos, sin embargo, decir que la marginalidad define al país o que la dependencia es su rasgo central sería lo mismo que decir que su «rasgo central» es su polilingüismo o su falta de integración nacional o cualquier otro carácter zonal de una formación que, sin embargo, debe conocerse como conjunto. Vamos a ver después, en la medida en que ello es posible, cómo la propia dependencia está determinada por la sociedad que la recibe aunque obviamente determinándola a la vez en el grado en que el tipo de recepción lo admite.
2. No es que la lucha de clases depende del carácter de la dominación porque en este caso la sociedad dependiente no podría producir sino dependencia indefinidamente e incluso las propias luchas de los sectores oprimidos no podrían moverse sino en los términos dados por la conservación del sector opresor. La propia dependencia y la dominación en general dependen por el contrario del modo de definición interior de la lucha de clases aunque es obvio que, hasta que no triunfe la línea de liquidación de la dependencia, esto no hace sino condicionar una dependencia que de todas maneras debe suceder. Aquí la externización del análisis tiende a suprimir o disminuir o eufemizar la importancia fundamental de la lucha de clases.

Este defecto del ángulo o perspectiva es algo decisivo dentro de la *Estrategia*, es decir, en su desvalorización. En la fase que vivimos en Bolivia, por ejemplo, el «rasgo central» está dado por la existencia de la revolución burguesa en el 52, es decir, el tipo de sociedad al que dio lugar. Pero la revolución no fue resultado de la dependencia ni resultado de la marginalidad; por el contrario, existió a pesar de la dependencia y de la marginalidad, existió contra ambas.

3. Tampoco significa nada decir que una sociedad es desigual y combinada. Todas las sociedades en general, incluyendo las socialistas, son



desiguales y combinadas. Lo que interesa en un análisis es el modo de la desigualdad y el modo de la combinación; desigualdad y combinación que, en efecto, aunque encuadradas como es natural por el modo de producción a nivel mundial, dependen, sin embargo, tanto del proceso de la formación, es decir, de sus predeterminaciones, como, en lo actual, otra vez, del desarrollo interno de la lucha entre las clases.

4. En cuanto a la marginalidad. El «rasgo central» de Bolivia como país no es la ausencia de las masas sino su espectacular presencia reiterativa a pesar de sus débiles conexiones con el mercado interno en el juego de su economía (aunque esto mismo —lo del mercado— es algo que podría discutirse bastante).

Pensar que «la impermeabilidad e incomunicación entre los diferentes estratos sociales» es parte de ese carácter (el rasgo central) es también ignorar momentos estelares imprescindibles de la historia del país. Lo característico de esta historia, en efecto, es la continua comunicación política entre sus clases, estratos, grupos y segmentos y eso es lo que explica la insurrección del 52 o los periodos de Ovando y Torres, etc.

La evolución de los hechos históricos habla más bien de periodos de incomunicación y periodos de intensa comunicación, de fases de permeabilidad y fases de impermeabilidad.

5. Aparte de ello, errores de hecho pero muy abultados. Ejemplos: decir que «el desarrollo del sector minero (como consecuencia de las reformas estructurales, *v. g.* la *Estrategia*) crea condiciones para la organización de la clase obrera», es llanamente falso. Por el contrario, la propia nacionalización de las minas fue un evidente resultado de la organización de la clase obrera.

Lo mismo cuando se dice que «la descomposición de la vieja clase latifundista posibilita una primera movilización del campesinado». Es falso otra vez. Las luchas agrarias en Bolivia son muy antiguas y no se puede suprimir de un plumazo por ejemplo la participación campesina en la Guerra Federal de 1899 ni los movimientos mismos posteriores a Villarroel, que fueron parte de la construcción del 52.

Otro tanto cuando dice que «la Revolución de 1952 fue encabezada en parte por sectores medios (profesionales, maestros, periodistas, empleados, etc.)». Omisión de la clase obrera, que tuvo un rol aplastantemente superior al de todos los mencionados.

## M. P. de punta, M. P. de resabio

La *Estrategia* dice que:

Para la explicación de la marginalidad económica y social, la dependencia juega un papel central en nuestro país; como en los demás países latinoamericanos, las relaciones de dominación a que históricamente fueron sometidos se fueron modificando concomitantemente con las transformaciones que ocurrían en las economías de los países desarrollados. Esto significa que, en cada una de las etapas de cambio en las formas de dominación, se han generado transformaciones en las estructuras económicas, sociales y políticas de los países periféricos. Pero como estas transformaciones se realizaron en forma desarticulada y además como las mismas tuvieron su origen en fenómenos exógenos a los países periféricos, el resultado fue un proceso de desarrollo desigual en los distintos sectores de la economía y en diversas formas de relación social, tanto desde el punto de vista regional como sectorial. Asimismo, estas transformaciones no fueron totales en cada etapa. Siempre perduran en los países periféricos vestigios de formas de producción y de relaciones sociales no superadas totalmente. Así se genera una situación en la cual se integran en el mismo momento histórico, formas y niveles de producción, de estratificación social y de poder político correspondientes a etapas históricas distintas de las relaciones de dependencia.

Esto es verdad en el mismo sentido en que, por ejemplo, la producción prefeudal se vuelve marginal con relación a la feudal cuando ella aparece y esta lo mismo con relación a la producción mercantil simple y así con el capitalismo, etc. Pero no se dice por qué allá la aparición de un nuevo régimen productivo es también un modo de disolución del anterior y por qué eso no ocurre aquí, donde la eternización de las fases predecesoras — en el concepto de la definición que da la *Estrategia*— parecería ser la regla.

Tal sucede porque se presta una atención sobresaliente al *momento de la llegada* a la periferia de las fases del capitalismo del país central (cuando la economía mundial ya existe) y no al *modo de recepción* de esa fase que es, a juicio nuestro, lo fundamental de esta imbricación o sea lo que da el tono de un tipo u otro de subdesarrollo. Esto se puede decir de otra manera: lo decisivo no es el modo de producción que se sitúa en la cúspide o punta, lo que en cualquier forma tenía que ocurrir en un mundo que se ha hecho mundial, sino cuál es el resabio o resaca o supervivencia que impide la plenitud o generalización del desarrollo de ese modo de producción dominante pero no generalizado.

Pero esta no es la visión que desarrolló la *Estrategia*. Para ella, lo normal es la fase del país central que llega a la periferia. Dentro de eso, «perduran» los vestigios o hay relaciones «no superadas totalmente» pero como

un incidente del episodio central que es la fase que ha llegado. Perdura mientras no hay progreso y el progreso las superará. Nos parece que las cosas suceden al revés. Las previsiones de Marx sobre el desarrollo del capitalismo en la India no se cumplieron y ello no fue fruto de la ineficiencia inglesa sino de los modos de relacionarse que tienen las formaciones económico-sociales que provienen de la fase no mundial de la historia. No solo que el sector de supervivencia o resabio no es algo simplemente «no superado del todo» sino que determina la posibilidad o potencia del sector de punta. Es el resabio el que impide o mata *ab ovo* la posibilidad de aparición autónoma de la burguesía como clase, no como supercolocación sino como nacimiento interno, y es el resabio, por último, el que, en general, a nuestro modo de ver, define a largo plazo la inviabilidad del desarrollo capitalista de un país como Bolivia.

Nos parece que estamos ante un *quid* de cuestión. Si la burguesía no tiene aquí un surgimiento original es porque no nace como resultado de la fase autónoma de la formación económico-social sino de la fase de la irrupción del centro sobre la parte a la que convertirá en periferia. Aun esto empero con sus propios reparos. Los mismos conquistadores no podían venir sino con lo que eran, es decir, con su propia formación económico-social, que no había completado tampoco su unificación (si es que España la completó jamás) y era ilusorio por tanto pensar siquiera en la uniformidad de una fase de la formación en traslado cuando, además, la propia complejidad española no podía existir aquí ni siquiera con lo que tuviera de feudal, de mercantil o de burgués, omitiendo la resaca o resabio de las propias formaciones precolombinas.

Siendo defectuosa, no tenía condiciones ni aun para reproducir su propio defecto. Cuando llega a existir la burguesía es porque se la hace existir, es una derivación de la existencia de otras burguesías del mundo y, por consiguiente, no estamos solo ante una formación económico-social dependiente sino también ante una burguesía dependiente *ab initio*. Habría que preguntarse incluso si es eso una verdadera burguesía, pero vamos a dejar la cosa.

Por otro lado, no solamente este tipo de capitalismo no tiene en los sectores precapitalistas a un enemigo sino que, por el contrario, en gran medida *se funda* en la existencia de dichos sectores precapitalistas. ¿Cómo podía, por ejemplo, la oligarquía minera, aquella mínima burguesía de carácter oligárquico, imponerse sobre el poder político de la oligarquía latifundista del sur, en la Guerra Federal de principios de siglo, sin apoyarse en el movimiento encabezado por Zárate, el temible Willka? Por el otro lado, ¿podían el MNR, (partido pequeño-burgués portador de los ideales de la nueva burguesía) y el proletariado imponerse sobre el Superestado minero

al margen de aquel movimiento campesino en el que se mezclaban la lucha por la división de las haciendas y la reivindicación de las comunidades?

Finalmente, es la misma aplicación de la ley de las formaciones económico-sociales la que permite interpretar la diferencia de desarrollo capitalista entre unas y otras zonas del espacio histórico latinoamericano y también la desigualdad interna de desarrollo capitalista dentro de las mismas naciones; eso y no la teoría de la dependencia. Si el desarrollo capitalista es más acelerado en el polo oriental de Bolivia, por ejemplo en Santa Cruz, se debe a que aquí existen menos resabios que en el sector occidental y, por consiguiente, una vez creada una infraestructura mínima, puede desenvolverse sin mayor resistencia. Lo mismo en el desarrollo comparado de los países latinoamericanos. Aquellos que tienen que afrontar menos resabios son los que están dispuestos para adquirir un mayor desarrollo capitalista. La disposición de buenos recursos naturales o de una población previamente acostumbrada a la producción capitalista pueden ser ventajas pero no son las decisivas.

¿Que habrá ocurrido entonces? ¿Se podrá decir que «las transformaciones que ocurrían en las economías de los países desarrollados» llegaban de maneras diferentes a los diferentes lugares? Si la determinación mayor viniera de la fase del país central, ¿cómo es que no somos países uniformes? Pero es, en cambio, el índice de resistencia el que explica que dicho impacto tenga implicaciones en todo diferentes en su comparación entre una formación económico-social y la otra.

Con todo, lo que es un obstáculo para un pleno desarrollo burgués capitalista no lo es para el desarrollo del proletariado ni de su sistema político. Esto es algo que vamos a ver en un momento.

## Teoría de la dependencia y Nacionalismo Revolucionario

Aun con estas considerables salvedades, la exposición de tal esquema de desarrollo en torno al *continuum* dependencia-marginalidad no deja de tener sus propios indiscutibles méritos. En el fondo, esta fue la ideología con la que actuó el sector progresista del ejército y el propio nacionalismo en general. Por cuanto ellos son aliados, ocasionales pero importantísimos, del proletariado, es una posición netamente más progresista que aquella que se tipifica en Banzer y expresa la alianza entre la burguesía minero-comercial del altiplano y la burguesía capitalista rural del oriente.

Veamos cómo se produce dicho ensamblamiento. Dice la *Estrategia* que:

Como los diferentes sectores sociales se vinculan entre sí, los grupos dominantes internos sustituyen a la gran minería y a los latifundios,

sin conformar un grupo nacional fuerte y autónomo capaz de constituir un frente con los grupos populares, para hacer viable el proceso revolucionario del 52.

Es decir, debe crearse dicho «grupo nacional fuerte y autónomo capaz de constituir un frente con los grupos populares». Para ello, se deben cumplir:

Dos objetivos principales de esta estrategia: liberación de las estructuras de dependencia y participación popular, que están inseparablemente unidas y se exigen recíprocamente. Para lograr la participación popular en la tarea de liberación y de superación de la marginalidad, *debe aprovecharse el dinamismo existente en los grupos populares, reactualizándolos sobre nuevas bases.*

Está claro que la «participación», término con el que la sociología burguesa sustituye a la movilización de las masas, no puede ser entendida como el acceso de las clases oprimidas no burguesas al poder. Debe, por el contrario, *aprovecharse su dinamismo* o sea su actual capacidad de movilización pero *reactualizándola sobre nuevas bases*, es decir, con una mediación, una participación condicionada que en el mejor de los casos podía parecerse al momento del reflujo obrero en la fase semibonapartista pero de ningún modo a la hegemonía de las masas del 52.

Es una exposición franca de la posición de la burocracia militar semibonapartista. Es lógico, por otra parte, que esta corriente preste una atención tan considerable a las tesis dependentistas puesto que para el nacionalismo revolucionario en general la contradicción entre la nación y el imperialismo se sobrepone a la contradicción interna entre las clases de la nación. Son razonamientos muy divulgados en Bolivia: es el imperialismo el que impide a la nación convertirse en Estado nacional; las clases no son libres sino cuando la nación es libre; una vez que es libre la nación se puede recién discutir cuáles son los términos de la libertad de cada una de las clases dentro de la libertad de la nación. Simplemente, la nomenclatura dependentista da nuevos ropajes y apariencias a las doctrinas contenidas por ejemplo, en Montenegro, sea en *Nacionalismo y coloniaje* o en *Documentos*.

### **La Tesis de la Central Obrera Boliviana**

El mencionado renacimiento de las tesis estatistas y nacionalistas que se expresa en la *Estrategia*, que en realidad encarnaba el ideario económico-social del rapto militar bonapartista de Ovando, fue replicado por la clase obrera por medio de la *Tesis Política de la Central Obrera Boliviana*, que se aprobó en mayo de 1970. El hecho de que a las tesis de la Federación de

Mineros sucediera ahora una *Tesis de la COB* demuestra que el proletariado minero está entonces ya en condiciones de imponer su posición a toda la clase. Se recogen en este documento las experiencias del 52, es decir, la colocación de la clase frente a un movimiento democrático más extenso que ella, así como la conciencia que se adquiere de la importancia de la democracia como tal, para el libre desenvolvimiento de la clase, después del periodo de Barrientos. Este, Barrientos, al fundar su gobierno, de corte rotundamente pro-norteamericano, en la alianza entre los sectores conservadores del ejército y el campesinado ligado al nuevo sistema estatal, había concentrado la acción violenta del aparato represivo sobre la clase obrera. El resultado de ello fueron las matanzas de 1965, en la mayor parte de los distritos mineros y la que ocurrió en 1967 en Catavi, aparte del encarcelamiento y la prisión de los dirigentes sindicales de algún relieve.

En primer término, en esta *Tesis* figura la descalificación de un proceso revolucionario que tenga en su dirección a una clase no proletaria y su necesaria frustración:

La historia enseña que en la presente etapa en que se desintegra la dominación imperialista, los países atrasados alcanzarán la meta de la civilización, vale decir, del desarrollo integral y armónico, solamente por la vía socialista. Las tareas democráticas, que ciertamente no pueden ser ignoradas, para realizarse en forma plena precisan que el proletariado se convierta en dueño del poder político, como portavoz de la nación oprimida de nuestros hermanos campesinos y de la población pobre de las ciudades. [...] El proceso de tipo democrático burgués que estamos viviendo no tiene posibilidades de mantenerse indefinidamente como tal. Se transforma en socialista mediante la toma del poder por la clase obrera o fracasa.

Por otra parte, un rechazo específico de las postulaciones contenidas en la *Estrategia Socioeconómica del Desarrollo Nacional*, a que nos hemos referido en las páginas anteriores:

El nacionalismo burgués o pequeño-burgués busca consumir una serie de reformas estructurales, o sea, superar las formas de producción precapitalistas con la finalidad primordial de modernizar el país, abrir campo a las inversiones foráneas, al capital financiero y mantener indefinidamente el régimen capitalista. El desarrollo estilo CEPAL, los programas de nacionalizaciones y los tímidos intentos de planificar algunos sectores de la economía no tienen más que ese sentido.

Sobre el nacionalismo militar:

De una manera general, los gobiernos militares nacionalistas aparecen en el escenario debido a la inoperancia y el fracaso político de la

burguesía, como carta sustituta para consumir la transformación capitalista indicada más arriba. Es claro que el ejército a su izquierda (porque también existe este fenómeno) es producto de la clase dominante de las peculiaridades nacionales y, por eso mismo, lleva indelebles los rasgos de las limitaciones y la impotencia propias de las burguesías nacionales de la época actual.

Una recapitulación de la posición obrera frente a los anteriores gobiernos nacionalistas:

Declaramos los trabajadores que en su momento apoyamos a dichos gobiernos ya señalados (los nacionalistas). Los apoyamos no desde el punto de vista puramente lírico, sino con una activa militancia revolucionaria. Sin embargo, fueron estos gobiernos, a pesar de todo, los primeros en abandonar su pose antiimperialista y en concluir como enemigos de la clase obrera y del pueblo. [...]

El proceso democrático se estancó en sus albores y, luego, caímos en un mayor predominio del imperialismo, comprobamos, en carne propia, que los procesos democráticos y nacionalistas que no son dirigidos por el proletariado y transformados en un proceso socialista concluyen siempre en la frustración y la derrota.

Sobre la independencia de clase:

Nuestra posición frente a los procesos democráticos dirigidos por la pequeña burguesía no es otra que mantener nuestra independencia de clase, desde el momento en que dichos procesos no resuelven el problema nacional y menos las contradicciones de nuestra sociedad. La táctica de la clase obrera es entroncarlos en la estrategia final del socialismo. Nuestro objetivo es el socialismo y nuestro método para alcanzar dicha finalidad histórica es la revolución social que nos permitirá transformar el proceso nacionalista en socialista.

Sobre el capitalismo de Estado:

Para nosotros los trabajadores la lucha antiimperialista tiene un solo contenido: la lucha por el socialismo. Están equivocados aquellos que se afanan por darle otro contenido. Diariamente se viene especulando que el nacionalismo es ajeno tanto al capitalismo clásico como al socialismo. Se insinúa una política neutra entre ambos extremos, que llega a su punto culminante bajo la forma de capitalismo de Estado.[...] Algunos teóricos de esta tendencia sostienen que la América Latina puede lograr su pleno desarrollo económico siguiendo el «modelo nacional del capitalismo de Estado», por la conciliación entre el capital privado con la economía estatal. Ambas formas de economía, al no

salir del área del sistema capitalista, concluyen consolidando nuestro atraso y dependencia.[...] No debemos olvidar que Bolivia es, fundamentalmente, un país atrasado. Y es atrasado porque continúan pendientes de realización ciertas tareas democrático-burguesas. Por tal razón, está cerrada toda posibilidad de desarrollo económico integral dentro de las formas de una economía capitalista, sea esta privada o estatal, o la llamada «concertación» de ambas, mientras no se rompa definitivamente con el imperialismo.

### Sobre la hegemonía del proletariado y su sistema de alianzas:

La experiencia de 1952-1964 nos enseña que una revolución para ser victoriosa no debe detenerse sino continuar hasta el fin, y que el problema decisivo es la cuestión de saber qué clase controla el poder. No basta la acción insurgente de las masas sino definir quién asume la dirección de esa insurgencia. No basta la participación heroica de la clase obrera en los acontecimientos del país, sino la forma que asume la dirección de esa insurgencia. No basta la participación heroica de la clase obrera en los acontecimientos del país, sino la forma que asume esa participación y si ella actúa con su propio liderazgo y en pos de sus propios objetivos. Es preciso, en fin, que conquiste el rol hegemónico en el curso de la lucha, atrayendo hacia su lado a las masas campesinas y a los amplios sectores populares urbanos.[...] El problema que se le plantea al proletariado boliviano es el de constituirse en una poderosa fuerza social y política independiente y actuar dentro de la apertura nacionalista y democrática para conquistar el poder. En este sentido los trabajadores rechazamos toda posibilidad de volver a la experiencia negativa del llamado «cogobierno», que cerró el camino de la clase obrera a la conquista de todo el poder y que, al haberse convertido en un instrumento de control y freno de la pequeña burguesía sobre los trabajadores, terminó en el mayor de los desprestigios por la traición que significó al rol histórico del movimiento obrero.

### La Asamblea Popular

Es sobre la base de esta *Tesis* que se constituye en 1971, durante el gobierno de Torres, la Asamblea Popular. La Asamblea misma fue una evolución orgánica del Comando Político de la clase obrera, que dirigió la huelga de masas que impuso el triunfo de Torres, su contragolpe, frustrando el golpe derechista del sector reaccionario del ejército, en octubre de 1970. La clase obrera no se entregó entonces a un abstracto antigolpismo: posibilitó el éxito del sector democrático del ejército pero, en lugar de incorporarse a él, se abocó a la organización de su propio poder.



¿Cómo se definió a sí misma la Asamblea Popular? En su *Estatuto* dice: «La Asamblea Popular es un frente revolucionario antiimperialista dirigido por el proletariado». Luego, explícitamente:

Reconoce como su dirección política al proletariado y declara que su programa es la *Tesis Política* aprobada por el IV Congreso de la Central Obrera Boliviana, realizado en mayo de 1970.

La representación proletaria será indefectiblemente el 60 % del total, para efectivizar su dirección política del frente antiimperialista.

No pueden participar en la Asamblea todos los partidos, sino aquellos que suscriban la *Tesis de la COB* y que tengan antecedentes no contrarios a la clase obrera. En las bases de Constitución, se dice que:

Hay que recoger una experiencia que confirma a plenitud la teoría y que debe desarrollarse: el funcionamiento de la COB como Asamblea Popular después del 9 de abril de 1952. En los hechos se erigió en un poder real y no legal. Obligó al Gobierno a dictar las medidas reclamadas por las masas populares. El poder de la clase obrera y las organizaciones profesionales y políticas representó en ese breve periodo la fuerza concentrada del proletariado cuya primacía sobre los demás sectores se manifestó en la acción ejecutiva propia, sin acondicionarse al gobierno de la Nación. Por tanto, la Asamblea Popular debe expresar en lo fundamental los intereses del pueblo dirigido por la clase obrera.

Hay aquí, naturalmente, una clara conciencia del carácter estatal que tiene la Asamblea, lo cual se ve confirmado en el párrafo que habla de que:

Aún no actuamos en una revolución social, pero el periodo de transición de la época actual, principalmente en nuestro país, induce a conformar órganos del gobierno central que constituyan la expresión de una política propia y de concentración de fuerzas que asignen a la Asamblea la verdadera calidad de poder dual.

Pero la Asamblea no es tampoco una negación a secas de toda la política del gobierno democrático:

El carácter independiente no supone prescindencia o neutralidad, desde que la Asamblea Popular, al luchar por la liberación nacional, sostendrá las medidas revolucionarias, actuará conjuntamente con el Ejecutivo contra el fascismo y el imperialismo o alternativamente se pondrá frente al Gobierno cuando las medidas de este atenten contra los intereses del pueblo y se aparten del proceso.

## Los problemas históricos de la Asamblea Popular

Estas son las bases teóricas y las enunciaciones de la Asamblea Popular. Veamos ahora su índice de eficacia histórica y sus obstáculos.

La Asamblea era obrerista; pero eso no era sino literatura, puesto que no era eficaz en la misma medida en que era obrerista. Ahora bien, el sobredesarrollo de las corrientes sindicalistas en la política boliviana es algo que resulta de la historia del movimiento popular; no es una mera forma, es como si estuviera dentro de él. Es verdad (esta es una correcta apreciación de Guillermo Lora) que los obreros bolivianos casi nunca concibieron al sindicato como un mero sindicato. En los grandes momentos sobre todo, las organizaciones obreras funcionan como una suerte de soviets, asumiendo tareas que corresponden al Estado.

Incluso cuando existe el doble poder, en 1952, no se habla en este del poder obrero (es decir, de la ideología proletaria encarnada en el partido obrero) a un costado y del poder burgués al otro. Son, en cambio, la COB es decir, la organización sindical, y el partido democrático-burgués, como si los sindicatos hubieran ocupado el papel del partido bolchevique.

En el ascenso de las masas, tal como sucedió en Bolivia, los sindicatos son determinantes pero, en cambio, los partidos no lo son en los sindicatos. La FSTMB, por ejemplo, siempre fue más importante y poderosa que los propios partidos a que pertenecían sus integrantes. El sindicalismo sobrevive a todas las persecuciones pero, en contraste, ningún partido logra reemplazar al MNR en el control de los sindicatos, control que, además, el MNR perdió muy temprano. Hay pues una hipertrofia en el papel de los sindicatos que caracteriza a todo el proceso histórico boliviano. Es un fenómeno que también se manifestó en la Asamblea Popular, incluso en sus requisitos estatutarios.

Era correcto, para mencionar un caso, establecer un predominio proletario, es decir, una superioridad cualitativa sobre la cantidad del proceso, que eran los campesinos, clase burocrática, dependiente y osificada en la conquista democrático-burguesa de la tierra. Esto significaba que no se elegía un proceso democrático-formal sino que se pensaba en efecto en la construcción de la dictadura del proletariado como definición del doble poder. Pero si esto era un soviet, era un soviet sin el partido de la clase obrera y, así, en lugar de que triunfara la ideología proletaria en manos del partido revolucionario, triunfó la línea sindicalista, que solo a medias respondía a los partidos. Los dirigentes sindicales, *v. g.*, pertenecían a partidos que votaron contra Lechín; pero ellos mismos votaron por Lechín porque era miembro de su federación y esta lo había resuelto así.

La confusión entre lo que es la ideología proletaria, la posición obrera y la condición obrera se mostró típicamente. Se daba más importancia a la extracción de clase y aun al origen de clase (condición obrera) que a la ideología del proletariado y, en todo caso, la posición obrera (es decir, la posición de esa clase obrera en coyuntura) dio un matiz sindicalista a la Asamblea. Por esta vía, se puede decir que la Asamblea Popular fue la fase más alta del proceso populista de las masas bolivianas en lugar de ser el primer órgano de poder de la revolución socialista.

Veamos también otro aspecto que puede llamarse el de la no correspondencia entre las organizaciones y el movimiento de las masas.

Los mineros habían entrado en la política en la década de 1940. Fue el MNR quien los introdujo y fue también el MNR el que metió en la política a los campesinos en la década de 1950. Hasta entonces, ambos sectores no existían, para los fines de la política, sino por irrupciones. La política se definía en el margen correspondiente a las capas urbanas intermedias. Por eso el MNR pudo desarrollarse como un auténtico partido de masas.

El MNR dio a las masas su carácter (pequeño-burgués, nacionalista, populista) y las masas dieron su carácter al MNR, que se amoldó a ellas a lo largo del tiempo; fue un partido radical cuando las masas eran radicales (en el 52); cuando las propias reformas demoburguesas despertaron sentimientos conservadores en ciertos sectores de las masas, como los campesinos, el MNR se hizo conservador. Aquí corresponde una digresión, para el buen desarrollo del asunto. Es el problema de la relación entre las masas y los partidos de la izquierda. La movilización de las masas ¿se desprendía de los partidos, había sido organizada por ellos o es que, por el contrario, los partidos de izquierda se beneficiaban, en la negociación política, con un ascenso de masas previo a ellos?

El populismo es la forma en que existieron las masas de Bolivia y el espontaneísmo su método, el MNR su partido, Lechín su jefe sindical. Naturalmente, el populismo ya fracasó como fórmula de poder en el 64, el espontaneísmo ha sido vencido cuantas veces ha sido necesario por el ejército, el MNR no vino a ser sino un harapo de lo que fue y Lechín no sobrevivía en el momento de la Asamblea, sino en la medida en que se amoldaba a los hechos, casi como una costumbre de los sindicatos. Pero cuando Ovando abrió las compuertas que contenían a las masas, cuando dejó el barrientismo, las masas existieron de la única manera que sabían existir: espontáneamente. Esto puede decirse de otra manera: las masas se movilizaban a un lado y los partidos en otro; los partidos eran como parásitos de una movilización de masas que no les pertenecía, trataban de explotar ese movimiento pero, en definitiva, no lo conducían y, por el contrario, acabaron por seguirlo. Aquí sí, como dijo Lenin respecto de

1905, «las organizaciones habían quedado atrás respecto al crecimiento y la envergadura del movimiento».

¿Cómo son, por ejemplo, las masas obreras, en ese momento? Son populistas; su dirección ya no lo es y sus dirigentes son lo mejor que hay en toda la política del país. Pero las masas mismas, por su visión de la política, por sus hábitos, por sus propósitos, son populistas. Su punto de decisión política es la asamblea, como la plaza del pueblo entre los campesinos, pero no el partido. La propia Asamblea Popular al exacerbar el acento en la consideración del concepto de la condición obrera, al hiperbolizar la extracción de clase y la ideología de clase, era una institución que seguía las inclinaciones auténticas de las masas, su patriotismo obrerista, pero sin organizarlas para llegar a un grado político superior. Es una realidad desgraciada: la deserción del MNR corroboró el defecto de las masas bolivianas, que es la desviación sindicalista. Cuando el ascenso de masas es expresado solo por un instante por un partido que no asume el carácter final de dicho ascenso o no puede cumplir las tareas que le pide, se puede decir que la historia sucede de una mala manera.

Aun en esas condiciones, sin embargo, la Asamblea fue la más avanzada expresión del poder obrero, una experiencia que no había existido jamás en parte alguna de la América Latina. Hay que preguntarse por qué el proletariado es súbitamente poderoso el 7 de octubre y cómo fue tan débil políticamente durante el barrientismo. Las cosas se presentan como si no fueran una misma clase sino dos clases diferentes; tanta es la diferencia entre un momento y el otro. Es, otra vez, algo que resulta no de su colocación en el proceso de la producción, que es el mismo en un momento y en el otro, sino de su devenir interno como clase y, aún más que eso, de su acumulación como acontecimientos, es decir, de su historia en cuanto clase, que es lo que le da lo que se puede llamar un «modo de ser». Está a la vista que la clase tiene flujos y reflujos, que su comportamiento es distinto en situaciones distintas; pero es básicamente una clase victoriosa y tiene un ánimo ofensivo. En una misma colocación estructural, una clase puede, en efecto, desarrollar una distinta personalidad según el grado de éxito que tenga en su táctica, en el azar de sus dirigentes, en la fortuna de sus operaciones. ¿Cómo era que esta clase, que imponía la ley a todas las demás, que tuvo en el 52 un poder tan inmenso como para liberar a otra clase, la más extensa, un poder, convengamos, más grande que su propia madurez, sin embargo no pudo organizar, en mayo del 65, la mínima resistencia ante la ofensiva de la Restauración? Y ¿cómo ahora, en octubre del 70, podía otra vez obligar a un gobierno a aceptar formas así sea nacientes de un poder dual, en una suerte de esfuerzo de restablecimiento del «estatus» histórico del 52?

Estos hechos tienen una relación o dependencia respecto a lo que ocurrió en Ñancahuazú en 1967 y en Teoponte en 1969. En ambos casos se

verá hasta qué punto el aislamiento del proletariado conduce, al contrario de lo que podría suponerse, a una pérdida en su carácter, de qué manera su verdadero *tempo* no se realiza sino en conexión con las otras clases, cómo, para el proletariado, la posición natural es la de dirigir al frente de clases oprimidas y no el aislarse de ellas. En ambos casos, en efecto, en Ñancahuazú y Teoponte, se intenta la instalación de focos guerrilleros; en ambos casos, el ejército reprime salvajemente a la guerrilla y la extermina. La guerrilla no consigue sobrevivir; tampoco logra, por consiguiente, su expansión política hacia las masas. Sencillamente, no tiene tiempo para hacerlo, es vencida en su fase primera. Pero una cosa es el fracaso militar y otra el fracaso político y aun es posible un fracaso político inicial, localizado, y un éxito político diferido, difuso. Las repercusiones de las experiencias guerrilleras en la formación política del país serán inmensas, en efecto, y la guerrilla tendrá arraigo allá donde no se lo proponía o donde se lo proponía menos. ¿Qué quiere el foco guerrillero en materia de movilización política? Quiere la actividad, el respaldo y la conciencia de los campesinos, inicialmente los del lugar en que se desarrolla. Pero el campesinado había creado en Bolivia una relación de dependencia no con relación a la clase obrera, que lo liberó *realmente* desde el Estado del 52, sino con relación al aparato estatal como tal, es decir, con relación a la máquina estatal desde la que *formalmente* se hizo la liberación. Se dice por eso que es una *clase funcionaria*; cree en cualquier poder que le respalde la posesión de la tierra, que ha sido su objetivo político secular, su programa único y su identificación. He aquí cómo el precoz desarrollo democrático-burgués expandió el elemento humano de asiento del Estado que estaba creando. Pero lo de Ñancahuazú y Teoponte se afincó en el corazón de las pequeñas capas medias, que era la juventud pequeño-burguesa de las universidades y colegios.

Con ese fundamento, las masas se movilizan en tiempo de Torres con cierta eficacia, puesto que para ello las habilitaba la ruptura del aislamiento obrero, y con ciertas flaquezas, porque no lograban vencer del todo las endeblesces de su pasado. No renunciaron a ellas, ciertamente; en alguna medida, las desarrollaron. La Asamblea fue —de algún modo— el desarrollo culminante de las desviaciones esenciales del proceso revolucionario boliviano.

La ausencia o vacío que explica esa distorsión es la falta en la existencia de los partidos obreros, o si se quiere, la existencia insuficiente de los partidos obreros. El MNR no fue jamás el partido de la clase obrera. La clase obrera militó en su seno casi en su totalidad, en determinado momento, pero eso no quería decir que fuera el partido de la clase obrera. No era un partido marxista-leninista ni era el partido de una clase, sino la alianza de varias clases bajo la hegemonía ideológica y práctica de la pequeña burguesía. Pero era el partido debajo del cual y en cuyo nombre se produce el ingreso del proletariado a la política, su manifestación superestructural. En ese sentido, era el partido al que la clase obrera se refería en aquel momento de su desarrollo.

Cuando el MNR fracasa en su intento de hacer una revolución democrático-burguesa dentro del cuadro de la dominación imperialista, cuando se frustra la expansión económica e institucional que se procura desde dentro del capitalismo dependiente, se produce una pérdida o desgarramiento. La clase obrera deja de tener un punto político de referencia, por lo menos uno que tuviera la eficiencia y la extensión del MNR. En un esfuerzo, que no era consciente, el movimiento de masas intenta reemplazar al partido en el seno del sindicalismo mismo; nadie lo decía pero aquí operaba, en los hechos, cierta oscura convicción de que la diferencia entre sindicato y partido no estaba sino en la amplitud de su propósito, que el partido era como un sindicato más avanzado y que, por consiguiente, el sindicato podía atribuirse históricamente el papel del partido. Pero esto, que operaba en los hechos tanto como se enmudecía a sabiendas en las discusiones, a la vez que acentuó la deformación del proceso, resultó largamente insuficiente. La Asamblea Popular intenta reemplazar ese vacío en la conducción de las masas, aunque otra vez de un modo heterodoxo, impuesto por la realidad de la situación. Era como si los soviets en Rusia hubieran estado compuestos mayoritariamente por los sindicatos. Quiere ser el instrumento político del movimiento sindical, instrumento todavía sindical en lo básico (porque se funda en la extracción de clase), aunque con la participación de los partidos de izquierda (que prestan más importancia a la ideología de clase o deberían hacer tal). Pero la Asamblea no tiene tiempo para lograr su extensión; apenas si existe lo suficiente para decir que existe. El preocuparse de su programa y no de su existencia era parte de la inoperancia obligatoria que resultaba de su conformación sindicalista.

La preocupación porque la Asamblea existiera, en lugar de conformarse con que la COB asumiera la representación política de la izquierda, como ocurrió en el 52, demuestra ya hacia dónde iba la conciencia de la izquierda. Estaba claro que Bolivia tenía un poderoso movimiento de masas que, por las modalidades de su desarrollo, intentaba con grandes dificultades crear *a posteriori* una vanguardia política (por una vía ecléctica, no ortodoxa) casi contrariando el decurso normal del crecimiento político, en el que la vanguardia debe crecer junto al movimiento, impulsándolo, corrigiéndolo y siguiéndolo. La prueba de que esta carencia estaba en la conciencia de la izquierda es que la Asamblea existió; la prueba de que no existió en el grado suficiente es que el predominio sindicalista era todavía un requisito estatutario.

## Algunas conclusiones

En todo caso, cualquiera que fuera la debilidad interna de la Asamblea, estaba claro que se trataba de una avanzada clase obrera y que los propios problemas teóricos que proponía eran de una importancia singular. Ahora

bien, un pensamiento sociológico marxista no puede surgir con verdadera fuerza sino allá donde haya a la vez un poderoso movimiento obrero. Es un *pendant* necesario: donde no hay pensamiento obrero, el impulso espontáneo de la clase se interrumpe. Donde no hay impulso espontáneo, la sociología marxista se vuelve ciencia pura, ya no es marxista. Es el tipo de problemas que va planteando la clase en su desarrollo lo que da lugar al pensamiento marxista.

Si «las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes de cada época», es evidente que la burguesía, que aun en su forma secundaria no hace sino acabar de constituirse en Bolivia, no es una clase realmente dominante. La difusión del pensamiento marxista tiene tal extensión en el país que, desde 1952 hasta aquí, ningún gobierno se atreve a excluirlo, por ejemplo en los sindicatos o en las universidades, por lo menos en su uso terminológico. Las mismas ideas que la burguesía expone son aquellas que supone que pueden ser aceptadas por el movimiento obrero. El proletariado, sin embargo, no ingresa en la política real del país sino en la década de 1940 y, aunque adquiere un crecimiento fulminante, no hay duda de que se trata de una clase joven. Los obstáculos que le impiden tomar el poder, incluso cuando se configura como la clase materialmente vencedora, son entonces los que se derivan de su propio desarrollo interno.

Aquí nos topamos con la cuestión de la adecuación o asimilación. Aunque el proletariado es en Bolivia mucho más proletariado que la burguesía como burguesía, por las razones dichas, sin embargo carga también con las derivaciones de su participación subordinada en una gran revolución democrático burguesa y, en general, debe decirse que solo sus sectores avanzados son hoy clase para sí; la clase en su conjunto es también una clase inconclusa. Ha dejado de ser ya una clase en sí pero no ha llegado todavía en bulto a ser una clase para sí.

Desde el momento de la transposición escolástica y elemental de las ideas marxistas hasta hoy, la experiencia teórica del proletariado boliviano ha recorrido mucho trecho. Sin embargo, si la asimilación se produjera solo por la vía del estudio del marxismo, los grados de inmadurez que el proletariado detecta en cada una de sus derrotas serían solo consecuencia de la falta de lecturas de los intelectuales de la clase obrera.

Es algo que poco tiene que ver con el promedio general del nivel cultural de un país. Sea bajo o alto dicho promedio cultural abstracto, una clase se plantea los problemas que le ocurren. Por eso, el socialismo científico le sirve de fuente indispensable pero la adecuación de la tesis general y universal a la táctica inmediata es algo que no se puede aprender sino en las discusiones internas de la clase, en su crítica a las posiciones emitidas desde las otras clases y en su invasión práctica a las clases que debe someter.

Un país atrasado puede producir una avanzada clase obrera y, por el contrario, los países avanzados suelen implantar mecanismos de alienación y aristocratización eficientes como para impedir el desarrollo de su clase obrera. Estos son supuestos que hay que tener en cuenta en todo debate sociológico en torno de Bolivia.

El proceso de integración de la clase obrera en Bolivia puede distinguirse a través de tres etapas:

1. La etapa del espontaneísmo de clase. En este momento, el carácter espontáneo del movimiento obrero es lo predominante de un modo casi absoluto. Dura desde 1940 hasta 1952, por lo menos, aunque sus resabios son por demás considerables en todo lo posterior. El carácter meramente espontáneo de esa etapa no podría sino servir a las modalidades populistas del MNR, cuya principal figura obrera fue Juan Lechín.
2. Es obvio que movimientos verdaderamente espontáneos no ocurren sino por excepción. Por tanto, cuando se habla de espontaneísmo se hace alusión a un carácter dominante. Ha habido antes una distribución molecular de la agitación, que es un riesgo ideológico y, por otra parte, tampoco es imposible adoptar el propio espontaneísmo como un pensamiento, una manera de concebir la actuación de las masas en el momento revolucionario. La descripción del movimiento espontáneo como un carácter esencial del proceso revolucionario puede ser una teoría; de otra manera, no habrían existido ni Rosa Luxemburgo ni el primer Trotsky.
3. El momento de la construcción del partido de la clase obrera. Pero lo importante en este campo no es el tener en abstracto la idea de la necesidad del partido sino que ella sea una necesidad conscientemente apetecida por la clase. Es verdad que los partidos marxistas existieron desde hace varias décadas, pero solo adquieren un contenido importante cuando los obreros abandonan el populismo, que ya ha defecionado, sufren nuevos fracasos en la reiteración de sus incursiones de tinte espontáneo, y, en cambio, logran éxitos inusitados allá donde la conducción es llevada por los partidos obreros, como ocurrió en la transformación democrática del régimen de Torres y en la construcción de la Asamblea Popular, aunque cargando con el peso de la tradición anterior.

En cualquier forma, el concepto fundamental que se deriva de las discusiones en la clase obrera boliviana es el de la acumulación en el seno de la clase. Esto tiene derivaciones importantes y se refiere de hecho a los



métodos de la clase obrera. La propia aseveración de que la clase no excluye ningún método y de que no se liga tampoco a ninguno en especial, de que la transferencia del método y el repliegue desde el método son opciones propias del partido y no de la agrupación elemental, en fin, todo ello, no halla su implantación sino en la lucha teórica con los sectores que penetran en la discusión obrera ya comprometidos con métodos específicos, como es el caso de los grupos maoístas y los vanguardistas en general. La experiencia guerrillera del 67, en la que murió el comandante Guevara, fue uno de los acontecimientos-fuente de esta discusión.

Con todo, se distingue entre lo que son método de lucha y método de conocimiento. Para lo segundo se parte, como es elemental en el marxismo, del análisis de las situaciones concretas desde el punto de vista de la composición de clase de la situación y, aunque esto no es para nada una novedad para un sociólogo profesional, sí lo es como práctica intelectual en manos de una dirección obrera; por consiguiente, las cuestiones no ligadas al devenir de la clase se vuelven librecas y la clase no las adopta.

Si se analiza la actuación de los obreros en el momento de la Asamblea Popular o las huelgas generales organizadas por los fabriles en medio de la represión más extensa en 1972 o la huelga campesina de Cochabamba de 1974, está claro que nada de eso habría sido posible si la masa no hubiera tenido ciertos métodos incorporados a sí, es decir, si no se hubiera producido esto que llamamos la acumulación en el seno de la clase. Pero, en cambio, los intentos de implantación de focos guerrilleros en Ñancahuazú y Teoponte o la débil experiencia de enfoque maoísta en Santa Cruz en 1971 demostraban que se trataba de métodos no incorporados.

En cambio, de las experiencias de 1952 y 1971 surge ya la elaboración en principio de una teoría del Estado de la clase obrera, sobre todo a partir de las discusiones acerca del poder dual que, a nivel latinoamericano, fueron prácticamente exclusivas de Bolivia, aparte de algún planteamiento lateral en Chile. Pero no hay duda de que es en Bolivia donde las discusiones en torno al tema adquieren una real envergadura.

He aquí, por último, una lista de los temas que han sido discutidos por el movimiento obrero boliviano y que se pueden exponer en este trabajo:

1. Teoría de la crisis nacional; 2. La acumulación en el seno de la clase; 3. Problemas de la mutación en el seno de la revolución ininterrumpida; 4. Sobre la cuestión nacional en un país atrasado; 5. Estructuras del cambio del poder político en la fase no proletaria; 6. Relación clase-partido-Estado; 7. La irradiación de clase. Problemas que emergen de la expansión de la clase obrera; 8. Discusión sobre el sujeto del poder político en las

revoluciones democráticas avanzadas; 9. El carácter de la revolución en Bolivia. 10. Sobre las alianzas. Diferenciación campesina, la lucha democrática por la influencia en los sectores intermedios; 11. Condiciones tácticas de la explotación de las divisiones interburguesas; 12. Carácter del partido en países atrasados con procesos democrático-burgueses esporádicos; 13. La teoría de la semicolonía aplicada a la experiencia nacional; 14. Problemas del reconocimiento interno de la clase y las regresiones en el movimiento obrero; 15. La cuestión de los métodos.



## 2 EL FASCISMO Y LA AMÉRICA LATINA (1976)\*

EL FASCISMO, es decir, la modalidad fascista que asume en determinadas circunstancias el Estado capitalista, es un fruto característico de los países que han llegado tarde a la conformación de un proceso capitalista y que, a consecuencia de tal rezagamiento, no se instalan con solidez y soltura en lo que se puede llamar la normalidad del Estado capitalista, que es la democracia burguesa.

No es una casualidad, para dar un ejemplo, que Alemania no hubiera logrado construir su unidad nacional sino de un modo tardío, que no instituyera su imperio sino bastante después que los ingleses y los franceses y que, cuando adoptara la democracia burguesa, diera lugar a la vez a un gran ascenso político de la clase obrera y, paralelamente, a un estatuto crítico en el que las capas intermedias o pequeñoburguesas acabaran por postular esta forma de emergencia o excepción del Estado capitalista, que es el fascismo. Después de todo, es ya bastante ilustrativo que el mismo país que había producido a Karl Marx produjera después a Adolf Hitler.

El fascismo es pues algo ligado al mismo tiempo a las necesidades de la concentración del capital y a la suerte ideológica que corren los grupos intermedios. El desarrollo cualitativo y cuantitativo de la clase obrera, en efecto, ocurre explotando las condiciones que le proporciona la democracia burguesa y, en general, se puede decir que es bastante difícil que una clase obrera se organice —entendiendo por ello el paso de sus organizaciones elementales como el sindicato hasta la constitución de los partidos obreros y de los propios órganos de poder del proletariado— al margen de la democracia burguesa.

Como contraparte, tampoco un desarrollo capitalista importante puede producirse omitiendo un grado u otro de democracia burguesa y ello se debe a ciertas razones de base características de la formación del capitalismo. Aquí la acumulación, es decir, el origen y la existencia de la

---

\* Publicado en *Revista Nueva política*, México DF, núm. 1, enero-marzo de 1976, pp. 187-192. [N. de E.]

burguesía, ocurre a partir de la explotación de la plusvalía generada por el trabajador libre. No es una explotación general de unos hombres por otros sino una forma particular de explotación de hombres jurídicamente libres. Los llamados derechos del hombre o del ciudadano no son sino la explicitación en la política de este punto de partida de la acumulación y la reproducción del capitalismo. Es algo que crea su propia paradoja: no se puede, en efecto, dar derechos ciudadanos y concentrar a masas de hombres en fábricas y ciudades sin que tales derechos no hallen su expansión en eso que conocemos como democracia burguesa. Por esta vía, el partido político, una institución tan específica de la democracia burguesa, no es sino el desarrollo de los derechos individuales practicados en el nivel de la política por las masas organizadas.

No se trata, como es natural, de la aplicación de supuestos ideales históricos de la burguesía sino de las necesidades del sistema económico capitalista, que no puede operar con éxito sino allá donde dispone de amplios sectores de fuerza de trabajo libre. Debe decirse, por otra parte, que puesto que todo Estado es en último término una dictadura, la democracia burguesa es, en consecuencia, el grado de democracia necesario para que la dictadura de la burguesía exista y también el grado de democracia que pueda admitir la burguesía sin perder su dictadura.

Pero es un sistema que suele jugar malas pasadas a la clase dominante. Si bien la burguesía se ve en la urgencia de perfeccionar continuamente su aparato ideológico, si bien instala cada vez con mayor eficacia los mecanismos de mediatización de las masas, sin embargo, la perspectiva de que, explotando la democracia burguesa, la clase obrera se organice políticamente es por lo menos una posibilidad considerable. Por eso se dice que el socialismo nace en el seno de la democracia burguesa, en el seno de la sociedad burguesa y no fuera de ella y por eso están muy equivocados los que creen que no es un interés del socialismo el desarrollo de la democracia, así como lo están quienes creen que se puede organizar una clase, que es al mismo tiempo parte de la sociedad burguesa y a la vez su mayor antagonista, colocándose al margen de la forma en que la política ocurre en esa sociedad, es decir, colocándose fuera de la democracia burguesa. Tan grave es, por ello, pensar que se ha de transformar esta sociedad colocándose fuera de su política, como derivar de la necesaria explotación de las condiciones favorables otorgadas por la democracia burguesa la adoración de ella como un fin en sí. La democracia burguesa es un factor favorable a la clase obrera pero sigue siendo la democracia de otra clase social y no la democracia proletaria.

Pero la organización de la propia clase es, de hecho, la desorganización de la clase enemiga y como la burguesía, por ser una clase esencialmente minoritaria, no puede sustentar su poder sino en el consenso de los sectores

pequeñoburgueses y aun de los sectores proletarios atrasados, la ruptura de esa alianza se vuelve una necesidad para el proletariado. Es indudable que un importante ascenso obrero que, de hecho, a cada momento está proponiendo formas espontáneas o conscientes de poder, no puede ocurrir sin causar un gran desasosiego en los sectores que, bajo el impacto de la ideología del Estado burgués, piensan en el orden de la burguesía como el único orden concebible, en la ley burguesa como la única ley. Ahora bien ¿a quién impacta primero el aparato ideológico burgués? A la pequeña burguesía. El pequeño burgués es, en efecto, o se siente así, un futuro burgués, un burgués que no ha crecido todavía. Solo una crisis en la que se combinen a la vez los factores económicos con los políticos, es decir, una crisis general de autoridad, lo que se llama crisis nacional general, se traduce al mismo tiempo en una crisis de la eficacia de la ideología burguesa estatal y entonces los sectores intermedios tienen una instancia de opción: ya no el mito instalado e indiscutible del orden burgués sino cierta súbita conciencia de su propia explotación y postergación, es decir, la perspectiva del orden proletario, en el que no tienen nada que perder y sí mucho por ganar. Entonces puede la clase obrera hacer su propia alianza con la pequeña burguesía, convertirse en la mayoría del pueblo y adquirir el poder.

Con todo, si la crisis económica no se convierte en crisis estatal general, como ocurrió en Alemania, o si las organizaciones obreras no construyen un proyecto estatal de viabilidad visible para los demás sectores, si no construyen su propio sistema de alianzas en sustitución del sistema de alianzas de la burguesía, entonces la pequeña burguesía anhela no la democracia sino la autoridad, la certidumbre de la verticalidad autoritaria. Se convierte en una clase autoritarista y esto mismo, como se sabe, tiene que ver con sus reflejos clasistas esenciales. Porque es una clase dispersa, el anhelo autoritario se instala en ella con más eficacia que en cualquier otra. Porque no puede organizarse por sí misma, desea que alguien la organice desde arriba. Esta es la razón por la que las proposiciones irracionalistas, las convocatorias míticas, las apuestas carismáticas, aquello que Georgy Lukács llamaba la destrucción de la razón, suelen ser tan exitosas precisamente en el mundo de esta clase que, por contraste, es a la vez la que ha tenido el práctico monopolio de la oferta cultural superior de la sociedad.

Entonces el proyecto fascista puede adquirir su soporte necesario de clase; puede, en la fase siguiente, abarcar incluso a los sectores atrasados de la clase obrera (sectores pequeñoburgueses en su mentalidad) y lanzarse a las aventuras que son necesarias para el momento del gran capital monopolista, en guerra civil abierta con la clase obrera organizada.

Tales son, en lo que es un modesto resumen, algunas de las características generales del fascismo. Veamos entonces en qué medida este modelo político ha podido aplicarse en países como los latinoamericanos.

Nosotros, sin lugar a dudas, vivimos en un área que está bajo la dominación del imperialismo norteamericano. El poder norteamericano no concibe el aparato ideológico y represivo de su Estado a nivel solamente nacional norteamericano, sino a nivel internacional. Estamos ante el país más poderoso que ha conocido la historia del mundo. Cuando lo considera necesario, actúa directamente su aparato represivo, como ocurrió con la intervención en Santo Domingo, que ordenó Johnson, o con el episodio de Playa Girón, que organizó Kennedy. Sus esfuerzos por controlar ideológicamente la región son, por otra parte, bien conocidos. En realidad, apenas si alcanzamos a recibir las noticias del mundo como no sea a través de las versiones que se nos dan desde las naciones centrales y nuestros hijos se educan viendo filmes hechos contra la historia de sus propios países, es decir, se educan contra su patria, se educan para ser oprimidos. La instalación de los servicios de espionaje norteamericano es, por otra parte, tan extensa en nuestros países que ya nos parece normal que ellos nos vigilen en nuestro propio lugar. Con todo, sería incorrecto explicar todo lo que ocurre en estos países solo como resultado de la acción imperialista. En realidad, los imperialistas tratan de lograr lo máximo en cada país. Pero no todos los países les dejan hacer lo máximo y, por tanto, el grado de presencia imperialista en cada nación es un resultado del nivel alcanzado por la lucha de clases. De aquí se deriva la diversidad de los mecanismos de control que se ejercen bajo la dominación norteamericana, que tiene carácter continental.

Se pueden distinguir, en general, con todo el riesgo que implica esta suerte de generalización, cuatro tipos de regímenes políticos en estos países. Existen, por un lado, las clásicas dictaduras latinoamericanas. En este caso, el imperialismo se vincula con la clase o el bloque dominante e instala un control represivo-ideológico general sobre el país, control que suele durar periodos más o menos prolongados. Esto es resultado de la pobreza o inestructuración de los movimientos populares locales y es un sistema impensable en su forma pura allá donde existen organizaciones obreras y democráticas en general. Pensamos aquí en la Nicaragua de Somoza o en el trujillismo o en el Paraguay de Stroessner, es decir, el caso de una semi-colonia en estado puro.

Tenemos, por otra parte, los regímenes democrático-burgueses bajo la hegemonía de un sector u otro de la burguesía más o menos progresista, pero siempre con hegemonía burguesa, porque no se ha dado hasta el presente un régimen democrático bajo hegemonía proletaria en el continente salvo, precisamente, la experiencia del régimen de Allende o quizá el principio de la Revolución Boliviana, en 1952, por un breve periodo. Pero la mayor parte de estos regímenes tiende al populismo, es decir, a pensar en el pueblo como un conjunto indiferenciado. Son regímenes en los que

la propia libertad otorgada a las masas lleva la iniciativa con relación al gobierno y en los que este se ve obligado a moverse en medio de concesiones, con una inestabilidad característica.

En tercer lugar, existen los regímenes bonapartistas cuyas características son bien conocidas: gobiernos típicamente modernizadores, que suelen hacerse progresistas y aun antiimperialistas, porque creen más en el Estado que en el capitalismo, más en su propio capitalismo que en el capitalismo mundial; que propician un crecimiento burgués con frecuencia contradiciendo a su propia burguesía y que, en fin, aunque no rompen en último término con la dependencia, expanden la soberanía en un grado que no puede ser sino inquietante para el imperialismo. Esta es la razón por la que no hubo buenas relaciones norteamericanas ni con Perón ni con Getulio Vargas ni con los militares nacionalistas del Perú.

La reactualización del fascismo, como cuarta forma admitida por el imperialismo, es un acto consciente del imperialismo norteamericano. Es el renacimiento de algo que parecía haber muerto en el mundo. Pero son ellos, la CIA, el Pentágono, las propias embajadas norteamericanas, quienes promueven las grandes matanzas en Indonesia, las aventuras de los militares fascistas en Grecia y los regímenes criptofascistas en la América Latina. Su participación en todos estos casos así como en el derrocamiento de los regímenes democráticos de todo tinte, desde Goulart hasta Allende, desde Bosch hasta Arosemena y Torres, es algo indiscutible. Pero una cosa es que se adopten modalidades fascizantes en cuanto a la desorganización del movimiento popular y el tipo de organización del Estado, y otra, que se instale el fascismo como tal. Aquí ya se tropiezan ellos con algunas dificultades.

El modelo del fascismo, tal como sucedió en los países europeos, no podía darse con las mismas características en la América Latina. En Bolivia, por ejemplo, no hay duda de que Banzer tenía, al tomar el gobierno, un propósito fascista. Bolivia entera es un país en el que se da la paradoja de una poderosa clase obrera y de un aparato estatal extraordinariamente atrasado. Pero modernizar el aparato represivo no es sino modernizar un sector episódico del Estado y, por consiguiente, allá donde no hay un aparato previamente bien consolidado es dudoso el éxito fascista. La guerra civil contra la clase obrera fracasa y hoy tenemos en Bolivia un proletariado intacto en contraposición a un régimen militar que, después de abandonar sus despreciables ilusiones fascizantes, intentó el control político semicolonial, a la manera de Trujillo, y que será derribado a partir de las contradicciones que ha generado en el propio ejército, no mucho después por cierto.

Sin embargo, fue en Chile donde los militares reaccionarios pudieron instalar un proceso de corte fascista más aproximado al de sus modelos europeos.



En Chile, como en Europa, una verdadera democracia burguesa permite el acceso de la izquierda al poder y la lucha de clases que se desata en ese momento, resultado de las consecuentes medidas del gobierno de la Unidad Popular, sin duda se traduce en una suerte de equilibrio catastrófico. La crisis política estaba teniendo como resultado una correlación de fuerzas cada vez más favorable para el movimiento popular y por eso se precipitan los acontecimientos. Los militares chilenos toman un aparato estatal que era, quizá, el más avanzado de la América Latina y están con la disposición de postular un esquema de tipo efectivamente fascista. Pero Chile es un país con una larga tradición democrática en sus masas, es un país en el que el pueblo está organizado como consecuencia de la explotación de las mencionadas condiciones democrático-burguesas y así, aunque los golpistas intentan desatar las más morbosas reminiscencias reaccionarias de la historia de Chile, de entrada su proyecto fascista falla por un doble polo: por un lado, al no nacer de una causación histórica nacional sino de una determinación ligada a la dominación norteamericana; y, por el otro, al fracasar en la movilización mítica de las capas pequeñoburguesas (base clásica del fascismo que en Chile se aferran, sin embargo, a su tradición democrática).

Es por esta falta de viabilidad presente del fascismo que los militares chilenos no han podido abandonar la fase puramente represiva de su intento. Su programa, en efecto, no parece haber sido otro hasta hoy que el de fusilar gentes y entregar la economía de su país. Es indudable que el centro de resistencia a la experiencia popular radicó en la pequeña burguesía, sobre todo después del desnudamiento reaccionario de la democracia cristiana de Frei. Pero esas propias masas han negado su apoyo al fascismo, lo han negado cada vez más, y ahora tienen todavía menos razones para no hacerlo cuando los fascistas aplican un plan económico de reconstitución de la burguesía y de las empresas imperialistas, con un saqueo espectacular de los ingresos populares.

Por otra parte, en lo que resulta un hecho central para explicar las imposibilidades tanto de este esquema como de sus símiles continentales, es menester darse cuenta de que aquí el fascismo no nace como un proyecto nacional. Es un golpe de Estado dado por una minoría racista, antipopular y destructiva bajo el apoyo y la convocatoria masiva del imperialismo norteamericano. Cualquiera que sepa algo de fascismo asumirá que el origen extranacional del proyecto es algo que atenta contra sus propias posibilidades de integración orgánica.

Pero aquí, precisamente, surge la excepcional peligrosidad del régimen militar de Pinochet. Ustedes saben qué es lo que piensa el señor Kissinger. Él piensa que una guerra que no afecte al equilibrio mundial no hace mal a nadie; es un político muy aficionado a experimentos como el de Chipre. En

todo caso, la única posibilidad de supervivencia que tiene el actual gobierno chileno es la provocación bélica a nivel internacional. Se puede especular bastante acerca del carácter que tendrá esa provocación pero no hay duda de que existirá. Es la única manera que tiene el esquema fascista, consciente de sus tempranas frustraciones, de movilizar a los sectores clásicamente más vulnerables a la postulación chauvinista, de congregarse a la pequeña burguesía hoy más empobrecida que nunca, perseguida ella misma y apegada todavía, sin embargo, a sus costumbres democráticas. Un régimen tan acorralado como el de Pinochet no compra armas para lucirlas en los desfiles.

Aquí se ve pues, con cierta claridad, en qué medida el fascismo lleva en su seno la guerra con la misma naturalidad con que las hienas tienden a las carnes corruptas. Es bien cierto que, por esa vía, los norteamericanos pueden producir un derrumbe fascista, a la manera griega, en Chile. Es verdad, por otra parte, que hoy como nunca el destino entero de América está en manos de la capacidad que demuestre la clase obrera chilena en su heroica resistencia a la salvaje persecución de que es objeto.

Estamos pues ante acontecimientos de la mayor gravedad. Pero, en la historia del mundo, la conciencia de los hombres tiene un papel. Si la presencia de un siniestro déspota como Pinochet pudiera prevalecer sobre la memoria magnífica de un héroe de América como Salvador Allende estaríamos ya ante un mundo derrotado. Es porque no recordó a España por lo que este continente no pudo defender a Chile. Estamos en nuestra propia tierra afrontando el estilo aventurero del sistema más criminal que ha conocido la historia del mundo. Si después de tantos años en que se han ocupado nuestros países, se ha derrocado a nuestros gobiernos cuantas veces se ha querido; si se nos ha despojado de territorios inmensos; si se nos impide el desarrollo de nuestra libertad y de nuestra cultura; si nos persiguen dentro de la misma América: ¿Qué clase de raza somos, qué extraña gente que ama su propia humillación?

El imperialismo norteamericano es el enemigo capital de la América Latina. Intenta ahora convertir a Chile en un verdugo de pueblos pero será quizá Chile mismo, cuyo pueblo tiene una gloriosa tradición democrática, el punto del renacimiento de la soberanía y la dignidad de América.

Nos corresponde pues, en memoria de Allende y de los que murieron por la libertad de América, ser dignos de nuestro propio destino para que nuestros hijos digan, como César Vallejo: «Un día prendió el pueblo su fósforo cautivo, oró de cólera».



### 3

## LA BURGUESÍA INCOMPLETA (1976)\*

ES MARX QUIEN RECOMIENDA tener en cuenta «como primera fuerza productiva a la colectividad misma».<sup>1</sup> Por consiguiente, es obvio que una forma determinada de colectividad es superior a otra forma de colectividad en cuanto a su eficiencia como fuerza productiva. Pues bien, si nos referimos a la relación entre el nacionalismo (que es una suerte de forma tardía de encarar la cuestión nacional) y el desarrollo económico, lo que en verdad estamos planteando es el problema de una forma de colectividad como condición para el desarrollo de las fuerzas productivas de tipo capitalista porque se supone que, al hablar de desarrollo económico, aquí el problema no radica en los resultados del desarrollo del capitalismo sino, al revés, en el escaso desarrollo del capitalismo y, aun en ciertos aspectos, en la claudicación de las posibilidades del capitalismo como desarrollo cualitativo.

El mejor escenario para el desarrollo del capitalismo es, se sabe, el Estado nacional. En su propio origen, el capitalismo es o el agente para la disolución de la vieja unidad productiva, que era la aldea, o es resultado de una disolución endógena de la vieja unidad productiva. En esto figuran actos políticos voluntarios y circunstancias objetivas *de facto* o se suman ambos. No siempre la disociación entre el productor y el medio de producción se hizo por la violencia; en otros casos, como la peste negra o el avance de los glaciares, simplemente se hizo imposible la ratificación del viejo modo productivo y de su perspectiva. Pero a lo que nos referimos es a la continuidad mercado interno-Estado nacional-democracia burguesa. El Estado nacional es el resultado de la existencia del mercado interno en tanto que la democracia burguesa, como superestructura «ideal» del modo de producción capitalista, es a su turno lo que califica la coherencia de esta construcción, o ya la conclusión de un proceso de unificación que tiene varias caras.

---

\* Publicado en *Revista Problemas del desarrollo*, México DF, UNAM, núm. 24, noviembre de 1975-enero de 1976, pp. 15-18. [N. de E.]

<sup>1</sup> Karl Marx, *Grundrisse. Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador, 1857-1858)*, vol. 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, p. 456.

Si bien la nación es un producto del capitalismo y que se puede decir, además, que en el sentido que ahora damos al término no han existido naciones sino cuando ha existido a la vez el capitalismo, es obvio que ella, la nación, es la base material que sirve de fundamento a una clase de Estado, que es lo que llamamos Estado nacional. Ahora bien, no toda nación genera un Estado nacional y, por el otro lado, es natural que exista el hecho estatal aún antes de que se haya concluido la formación de la nación. Sencillamente, el encuentro entre ese conjunto de hechos objetivos que llamamos nación y esa forma de poder político no es algo que se dé en todos los casos y, por el contrario, lo que comentamos, pensando en América Latina, es precisamente la manera en que esa fusión no atina a lograrse.

Es interesante hacer un escrutinio de la más famosa definición de nación, la de Stalin, que en gran parte fue tomada de Kautsky (como, por lo demás, tantos aspectos desarrollados después por el marxismo ruso). Si la «nación es una comunidad estable, históricamente formada, de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología manifestada en la comunidad de la cultura»,<sup>2</sup> lo que obtenemos es una descripción pero no un proceso. Es decir, es una definición que se refiere al punto en que concluye un proceso y no a la manera común que ha tenido de suceder.

Un aspecto de la definición condiciona, hace posible u obstruye al otro. Por ejemplo, ¿qué importancia puede tener la comunidad de territorio si está obstruida o segmentada por el modo de la economía? Francia era una comunidad de territorio pero el río Loira estaba interrumpido por 200 peajes (en vísperas de la Gran Revolución). Lo mismo se puede decir en cuanto a lo del idioma. Aparte de que se debe distinguir entre el idioma hablado y el escrito (que tienen un muy distinto efecto en cuanto a la unificación estatal), ¿cómo omitir, por ejemplo, el papel de Lutero en la unificación dentro del mismo alemán? O sea que la unificación no sólo se refiere a la unificación entre diferentes lenguas sino incluso a la propia unificación interna de un idioma, parte, hay que repetirlo, de un proceso de unificación mucho más vasto. ¿Acaso no es suficientemente expresivo que la Marsellesa fuera cantada primero por los alsacianos y que el verdadero unificador del moderno territorio estatal francés fuera Napoleón quien fuera un separatista corso en su juventud? Entonces, lo que importa es la tendencia generada por el modo de producción y no el accidente con que se nacionaliza.

Si una burguesía se encontrara con esas condiciones ya dadas, ya concluidas (nos referimos a las que integran la nación, según Stalin), su tarea sería por demás sencilla. Es metafísico suponer que ya hay una «vida económica común» antes del capitalismo, o sea, antes del mercado o, si se quiere ser preciso, antes de que se instale la forma dinero del valor. Por

---

<sup>2</sup> Joseph Stalin, *Acerca de la cuestión nacional*, Medellín, La Oveja Negra, 1972, p. 14.

la opuesta, en rigor, la construcción de la nación no concluye ni siquiera cuando se ha unificado la clase dominante o las fracciones que la componen, sino cuando se han unificado los modos de producción en uno solo. Por eso es legítimo decir que ni siquiera la mera circulación capitalista garantiza la verdadera existencia de la nación.

Pero aquí se omite además el papel del Estado como fuerza productiva; no del Estado como repercusión superestructural, sino del Estado como fuerza productiva, es decir, como un elemento de atmósfera, de seguro y de compulsión al nivel de la base económica. La peor vulgarización es la que supone que el Estado puede existir sólo en la superestructura, como si se colgara al revés. Sin una acción extraeconómica, es decir, estatal de algún modo, es poco concebible la destrucción de las barreras que hay entre hombres y hombres, entre partes de un territorio sin embargo continuo (es decir, potencialmente «nacional»), etc. Aquí tenemos un reverso de lo anterior: no la nación como asiento material del Estado nacional sino el Estado como constructor de la nación: ¿por qué no iba entonces a llamársele nacional ya si se hacía portador consciente de su objetivo nacional, aunque este no se halle ya del todo obtenido?

Ahora bien, las burguesías latinoamericanas no sólo no se encontraron con esas condiciones resueltas *ex ante*, sino que no existían ellas mismas o existían como semillas. En gran medida, se puede decir que tuvieron que ser construidas desde el hecho estatal. Con todo, este es el caso en que el mercado mundial ya existe de una manera muy avanzada, chocan entre sí la fase superior del Estado nacional de los países centrales y países que no han completado ni su proceso nacional ni han adquirido una forma estatal burguesa. Lo primero viene a imposibilitar a lo segundo.

Tampoco se puede derivar inmediatamente de ello que el desarrollo de las fuerzas productivas se haya cortado del todo y que eso señale la existencia de una «época revolucionaria». En realidad, los hechos demuestran la paradoja de que, al mismo tiempo que se entraba en la realización de aquel conjunto de tareas burguesas nacionales (aunque se disfracen de las argucias más chauvinistas, como la del subimperialismo o el indigenismo o lo que se quiera) que engloban desde la igualdad jurídica hasta la autonomía relativa del Estado, no por eso deja de producirse cierta acumulación deformada de las fuerzas productivas. Para decirlo de un modo más directo, el desarrollo de las fuerzas productivas no está interrumpido en su aspecto cuantitativo, sino en el cualitativo y Marx, al identificar la era revolucionaria con el estancamiento de las fuerzas productivas no podía pensar sino en esto segundo.

Hay desarrollo económico, pero no de aquella manera que conduce a la construcción del conjunto de características que suma la formación económica social capitalista. En esto, lo de la soberanía, siendo tan importante,

no es, sin embargo, más que un rebote. El solo hecho de que estas burguesías no realicen la soberanía (que es el carácter del Estado moderno) nos demuestra que no son verdaderamente burguesas, es decir, en su ultimidad. No basta con percibir plusvalía para ser una efectiva burguesía; corresponde también cumplir las tareas históricas de la clase. Pero en esto actúan como en todo. Hacen la apariencia de las cosas para huir de la verdad de las cosas. Por eso la cuestión nacional nos muestra, en una localización del problema, de qué manera mientras estos países no podrán ser nunca auténticamente burgueses, por lo menos en la forma clásica, en cambio ello no afecta sino de manera secundaria la formación del proletariado, que sí puede desarrollar la plenitud de su ser como clase, sea que se enfrente a una burguesía de su propia nación o a una extranjera dentro de su nación, incluso en una sociedad que no llegará a completar su formación como «colectividad capitalista», es decir, como nación y como Estado nacional.

## 4 NOTAS SOBRE FASCISMO, DICTADURA Y COYUNTURA DE DISOLUCIÓN (1978)\*

### I

LA DISTINCIÓN, que es ahora clásica, entre *tipos de Estado* y *formas de Estado* o formas de gobierno se dirigía, a nuestro modo de ver, a diferenciar entre los aspectos de necesidad que determinan la superestructura con relación al modelo de regularidad del modo de producción capitalista y sus aspectos de ocasionalidad o sea de autonomía de la superestructura, los momentos en los que la agregación superestructural se autodetermina con independencia. Es en este sentido que se puede decir que la superestructura expresa el movimiento de la historia y su diversidad en tanto que la base económica, ahora reducida a su núcleo de repetición, se refiere a las constantes y a la unidad del capitalismo como tal. Puede afirmarse, por tanto, que el fascismo es una forma anómala que se produce dentro del tipo de Estado capitalista.

Fue Hilferding el que definió el fascismo como «el intento de organizar en forma totalitaria el conjunto de la vida social de acuerdo a los intereses del capital monopólico».<sup>1</sup> Pero es además un fruto característico de los países que han llegado tarde a la conformación de los datos de base de un proceso capitalista y que, como consecuencia de tal rezagamiento, no se instalan con solidez y soltura en lo que se puede llamar la normalidad del Estado capitalista, que es la democracia burguesa. Lo decisivo, a nuestro modo de ver, está en la proximidad que hay entre la resolución tardía de la cuestión nacional y la precoz aparición del capital financiero, hecho que tiene también su causa en lo anterior. La cartelización, por ejemplo, fue la respuesta al atraso empresarial alemán. En último término, es también la consecuencia lógica del carácter reaccionario con que se realizaron las tareas burguesas que no pudieron cumplirse de un modo democrático en

---

\* Publicado en una primera versión como «Sobre fascismo y dictadura en América Latina», *América Latina*, Moscú, Progreso, núm. 18(2), 1978, pp. 138-145. Luego, con el título que usamos aquí en *Revista Mexicana de Sociología*, México DF, año 41, núm. 1, enero-marzo de 1979, pp. 75-85. [N. de E.]

<sup>1</sup> Rudolf Hilferding, *El capital financiero*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1971.



la Revolución alemana de 1848. Para entonces, Weber había escrito que la «unificación alemana no sería sino una niñería si viniese a ser un punto final y no el punto de partida de una política de poder mundial».<sup>2</sup> País que llega tarde a su propia unidad, tenía que ser también un país tardío en su acceso al reparto del mundo y era natural en esas condiciones que la idolización del Estado se convirtiera en un dogma posible para las masas considerando que allá estaban también adorando a su propia unidad nacional.

Aunque vamos a volver varias veces sobre este aspecto, que es relevante de manera particular para el análisis de la coyuntura presente en la América Latina, por lo pronto basta con afirmar que el imperialismo alemán fue la prosecución de la manera que tuvo de ocurrir la unidad alemana, que el militarismo fue allá la aplicación del poder del Estado a un mundo ya repartido, cerrado para Alemania («los alemanes —decía Hans Grimm— son un pueblo sin espacio») y que el movimiento fascista de masas jamás habría sido posible si la cuestión nacional se hubiese resuelto en términos democráticos burgueses y no bismarckianos.

## II

No es una casualidad que la democracia burguesa, aun en la manera limitada en que fue aplicada, diera lugar allí a un gran ascenso de la clase obrera. Esto es resultado del carácter tardío de la construcción del escenario del capitalismo alemán, es decir, de su Estado nacional. ¿Qué es en efecto la *via junker*? Es la reconstrucción de la clase dominante desde el Estado; es el poder del Estado el que convierte a una clase en otra sin alterar el corpus de su dominación, no de modo espontáneo sino de modo consciente. La burguesía resulta así una clase construida por el Estado y no una clase que construye un Estado; por consiguiente, una burguesía que no concibe su vida fuera del acto estatal o sea, como dice Hilferding, aparece aquí que «en lugar de la lógica liberal de encogimiento del Estado tuvo que apelar a la expansión del Estado como vehículo de desarrollo, en lugar de la importancia del Estado pequeño, la supremacía del Estado unitario».<sup>3</sup> Esto significa que el carácter tardío del Estado-nacional alemán impidió la instalación de «mediaciones naturales» en la relación entre la sociedad civil y el Estado. Esto es lo que explica la tendencia al rebasamiento de la democracia burguesa, cuando ella fue permitida, que es lo que hizo pensar a Engels en cierto momento que «la época de las barricadas había terminado». Pero es también evidente que la suma de la derrota militar y la debacle económica producen una crisis nacional general que, a los ojos de

<sup>2</sup> Max Weber, *Escritos políticos*, México DF, Folio Ediciones, 1982.

<sup>3</sup> Rudolf Hilferding, *El capital financiero...*

una burguesía conservadora (que había recibido el cumplimiento de sus fines de una manera contrarrevolucionaria), era el acoso final de la propia democracia burguesa al Estado burgués, el intento de jaque mate de la clase obrera a la forma democrática de dominación burguesa. La aplicación del *continuum* dispersión-autoritarismo, que es propio de los sectores pequeño-burgueses y de los intermedios en general, dio aquí el fundamento para que se pudiera postular, como algo invencible, a esa forma de emergencia o excepción del Estado capitalista, que es el fascismo.<sup>4</sup>

El fascismo es pues algo ligado al mismo tiempo a las necesidades de la concentración del capital y a la suerte ideológica que corren los grupos intermedios, que son, tanto para el proletariado como para la burguesía, «el lugar social» donde se construyó la mayoría nacional, es decir, la cualidad mayoritaria sin la cual es impensable la resolución proletaria de la crisis general. El desarrollo cualitativo y cuantitativo de la clase obrera, en efecto, ocurre explotando las condiciones que le proporciona la democracia burguesa y, en general, es razonable decir que es difícil que una clase obrera se organice —entendiendo por ello el paso de sus organizaciones elementales como el sindicato hasta la constitución de los partidos obreros y de los propios órganos de poder del proletariado— al margen de la democracia burguesa. Si es verdad que la Declaración de los Derechos del Hombre fue para el capitalismo como el reconocimiento legal de la esclavitud por el esclavismo, por consiguiente, al tener en la democracia burguesa (al que tiende la superestructura capitalista con una inclinación inevitable) el escenario de su organización, la clase obrera no hace sino practicar a nivel político su carácter de fuerza productiva esencial de este modo de producción. La contraparte a esta condición favorable al proletariado en los Estados capitalistas tempranos es la mediación eficaz; en los tardíos, la ineficacia de las mediaciones convierte a la democracia burguesa en un complot objetivo contra la dominación burguesa.

Es cierto asimismo que tampoco un desarrollo capitalista importante puede producirse omitiendo un grado u otro de democracia burguesa y ello se debe a ciertas razones de base características del capitalismo. Aquí la acumulación, es decir, el origen y la existencia de la burguesía, ocurre a partir de la capacidad de capturar plusvalía por la disposición anterior de los medios de producción, es decir, por el acto distributivo de fundamento que es la acumulación originaria. O sea, no es una explotación general de unos hombres por otros, sino una forma particular de explotación de hombres jurídicamente libres. Jurídicamente libres quiere decir superestructuralmente libres y, por tanto, el límite de cualquier dictadura burguesa

---

<sup>4</sup> Los tres siguientes párrafos son parte de un texto anterior, «El fascismo y la América Latina» (1976). Véase ese mismo artículo en este volumen.

es siempre la preservación del estatuto de igualdad jurídica y libertad jurídica de los individuos. Los llamados derechos del hombre no son sino la explicitación en la política de este punto de partida de la acumulación y la reproducción del capitalismo. Es algo que crea su propia paradoja: no se puede, en efecto, dar derechos ciudadanos y concentrar a masas de hombres en fábricas y ciudades sin que tales derechos no se manifiesten como democracia burguesa. La clave de la plusvalía aplicada a la política es la democracia burguesa; el hombre libre, requisito del momento productivo, sigue siendo también hombre libre cuando la política ocurre. Por esta vía, el partido político, una institución tan conspicua de la democracia burguesa, no es sino el desarrollo de los derechos individuales practicados en el nivel de la política por las masas organizadas, la reproducción de la lógica de la fábrica en la superestructura. No se trata, como es natural, de la aplicación de supuestos ideales históricos de la burguesía —aunque lo fueron, como es natural— sino de las necesidades del sistema económico capitalista que no puede operar con éxito sino allá donde dispone de amplios sectores de fuerza de trabajo libre; la liberación de la fuerza de trabajo, por lo demás, es la base del mercado interno y este, del Estado nacional. Con lo cual tenemos la superestructura ideal y el escenario material más favorable para el desarrollo del capitalismo. Es conocida por demás la relación que hay entre mercado interno, Estado nacional y democracia burguesa.

Debe decirse, por otra parte, que, puesto que todo Estado es en último término una dictadura, la democracia burguesa es, en consecuencia, el grado de democracia necesario para que la dictadura de la burguesía exista y también el grado de democracia que puede admitir la burguesía sin perder su dictadura. Pero es un sistema que suele jugar malas pasadas a la clase dominante. Lenin recomendaba siempre tener presente junto al efecto de explotación de la fábrica su efecto organizativo. Si bien la burguesía se ve en la urgencia de perfeccionar de continuo su aparato ideológico, si bien instala cada vez con mayor eficacia los mecanismos de mediación y mediatización de las masas, sin embargo, la perspectiva de que explotando la democracia burguesa la clase obrera se organice en lo político es una posibilidad más que considerable. Por eso se dice que el socialismo nace del capitalismo, que el poder proletario se organiza en la democracia burguesa, o sea, en el seno de la sociedad burguesa y explotando sus reglas y no fuera de ella. Es también por eso que es un error tan evidente creer que no es un interés del socialismo el desarrollo de la democracia burguesa o suponer que se puede organizar una clase, que es a la vez parte fundamental de la sociedad burguesa y su mayor antagonista, colocándose al margen de la forma en que la política ocurre dentro de esa sociedad, fuera de su *élan* superestructural, colocándose fuera de la democracia burguesa. Esto es casi tan absurdo como transformar la explotación de la democracia burguesa

en una adoración de la democracia burguesa como un fin. La democracia burguesa es un factor favorable a la clase obrera pero sigue siendo, por supuesto, la democracia de otra clase social y no la democracia proletaria. Pero la organización de la propia clase es, de hecho, la desorganización política de su contrario y como la burguesía, por ser una clase minoritaria en su carácter, no puede sustentar su poder sino en la mediación—consenso o hegemonía—legitimación sobre los sectores intermedios y la clase obrera de conciencia no proletaria, la ruptura de esa alianza se vuelve una necesidad esencial para el proletariado. Un importante ascenso obrero que, de hecho, a cada momento, está proponiendo formas espontáneas o conscientes de poder, no puede ocurrir sin causar un gran desasosiego (su mera existencia es la prueba de que la burguesía no es más la clase universal) entre los sectores que, bajo el impacto de la ideología estatal burguesa, piensan en el orden de la burguesía como el único orden concebible, en la ley burguesa como la única ley. Ahora bien ¿a quién impacta primero dicho aparato ideológico? Al que no tiene condiciones objetivas para elaborar una contraideología, o sea, en lo típico, a la pequeña burguesía. El pequeño burgués configura su autorrepresentación como un futuro burgués, se siente un burgués que no ha crecido todavía; la provisionalidad está en su carácter. Solo una crisis en la que se combinen a la vez los factores económicos con los políticos, es decir, una crisis general de autoridad o falla universal del canon estatal, lo que se llama crisis nacional general, se traduce al mismo tiempo en una crisis de la eficacia de la ideología burguesa estatal. Entonces los sectores intermedios tienen una instancia de opción, una independencia ocasional o arbitrio libre: ya no el mito instalado e indiscutible del orden burgués, sino cierta súbita conciencia de su explotación y postergación, es decir, la perspectiva del orden proletario en el que no tienen nada por perder y sí mucho por ganar. Entonces puede la clase obrera hacer su propia alianza con la pequeña burguesía, convertirse en mayoría de efecto estatal y adquirir el poder. Fue la conquista del campesinado y la neutralización de la pequeña burguesía urbana lo que permitió una explotación proletaria de la crisis nacional rusa.

Lo que ocurre cuando el partido obrero no es portador de un verdadero espíritu estatal, cuando no es capaz de proponer un programa de la clase obrera para toda la nación y no solo para sí misma, si no es capaz de conquistar para ese programa a los asalariados no productivos y a la pequeña burguesía en lugar de que lo haga la burguesía, la crisis estatal dispersa la democracia burguesa pero no en favor del poder proletario sino con la forma de una guerra civil abierta contra la clase obrera; en ese caso, los sectores pequeño burgueses, que irradian como constante su modalidad oscilatoria sobre todos los grupos intermedios y sobre el propio lumpen, anhelan no la democracia sino la autoridad, la certidumbre de

una verticalidad autoritaria en lugar de la incertidumbre de la democracia burguesa. Se convierte en una clase partidaria de la autoridad absoluta y esto mismo, como se sabe, tiene que ver con sus reflejos clasistas esenciales. El Estado a sus ojos es el portador de la nación; la clase obrera, de la disolución de la nación. Es por esta vía que el proyecto fascista adquiere su soporte necesario de clase. Ahora la propia clase obrera se divide y sus propios sectores atrasados resultan receptivos, puesto que son pequeño burgueses en su mentalidad, a la convocatoria ideológica del fascismo. Es una guerra civil abierta contra la clase obrera, pero una guerra civil librada por una práctica terrorista que se ejerce desde un movimiento reaccionario de masas.

### III

Con todo, luego de este recuento de las características globales del fascismo, antes de entrar a considerar hasta qué punto este modelo es válido o no para las situaciones autoritarias que se viven en América Latina, nos parece que es necesario detenerse un momento en la cuestión de la dictadura como tal, y no solo fascista, dentro del capitalismo. En realidad es un tema poco debatido aunque se supone que debió ser la base de la teoría del Estado en la América Latina. La dictadura es el carácter del Estado. No solo un incidente de concentración del recurso estatal, sino un elemento constitutivo del Estado como tal. No significa ello otra cosa que el límite de todo poder político que alcance densidad estatal es siempre su causa final, es decir, su naturaleza de clase. El propio fenómeno revolucionario, la catástrofe superestructural que llamamos revolución, no es sino la sustitución de un tipo de dictadura por otro. Sobra decir que donde no haya más necesidad de dictadura, tampoco sobrevivirá la necesidad del Estado. Con todo, esto que se reconoce de una manera más bien general en el plano de la teoría política no es suficiente, ni mucho menos, para explicar otras connotaciones mucho más inmediatas del asunto. Donde hay clases, habrá dictadura. La dictadura es la forma de manifestarse de la organización de una sociedad con clases. Pero las clases mismas no son algo inmediatamente evitable. Por el contrario, del modo más claro aquí, en América Latina, nos encontramos con contradicciones que no se resuelven en la mera lucha entre los opresores y los oprimidos; a veces, es ya el desacuerdo entre todo el esquema de clases que pertenecen a un régimen productivo más avanzado y esquemas rezagados de clases que impiden o desfiguran el pleno desarrollo, el florecimiento de aquella contradicción. En todo caso, la dictadura es inevitable; pero esto tiene sus matices. La dictadura, si es dable decirlo así, puede manifestarse de una manera propiamente dictatorial o de una manera democrática, con todos los grados que la realidad impone a una cosa o a la otra. Hay en ello lo que puede

llamarse la diferencia entre el carácter del Estado y su modo de revelarse. Ahora bien, se nos ocurre que prestar poca atención a la diferencia que se da entre el Estado como esencia y el Estado como práctica o aparición es ya un grave error, es cierto que cada vez menos frecuente. Pero lo es aún más, acarreando consecuencias nefastas, el no distinguir (esto tiene una importancia ya estructural) entre una manera u otra que adquiera la práctica estatal; para decirlo en otros términos, el grado de democracia con que se ejerza la dictadura. Los oprimidos que no aprenden a discriminar entre un momento u otro de la clase dominante, tampoco tienen los elementos para distinguir sus propios momentos. La organización misma, hablemos de la sociedad civil como conjunto o de la clase como particularidad, se refiere a los márgenes que admite la dominación; la clase oprimida se organiza explotando los momentos de la clase opresora. La dictadura, a su turno, no puede hacer sino aquello que es admitido por la sociedad civil. Razonamientos por cierto que serían sibilinos si no fueran aplicables al carácter actual de la dictadura latinoamericana, si es que puede hablarse de tal cosa como una unidad.

Al nivel más izquierdista, o sea, ahora, como una desviación, la confusión entre el momento esencial del Estado y su modo de aparecer o su práctica debe conducir a una idea que no puede decir otra cosa que el Estado es dictadura y que, por tanto, es indiferente que aparezca como una forma dictatorial o no porque en último término será siempre dictatorial. Esto es algo que casi no merece discutirse porque supone que, al ser el Estado violencia organizada, solo la violencia puede contradecirlo con éxito. De más está decir que la violencia en cuanto tal es en los flujos sociales la conclusión de un proceso de no violencia o sea que la violencia no puede entenderse solo en la medida del acto violento. Es violencia, en efecto, pero una violencia que no tiene viabilidad sino en la medida en que corresponda al nivel de hegemonía de la clase que contiene, lo cual significa que la verdadera eficacia de la violencia radica en la instancia de la dominación ideológica. Se desprenden de aquí ciertas preguntas que podemos hacernos acerca de las actuales dictaduras, sea que hablemos de Chile o del Brasil, del Uruguay o de Bolivia. La forma dictatorial, por cierto, está lejos de ser la superestructura más favorable para el desarrollo del capitalismo. Es más bien la consecuencia de algunas urgencias coyunturales, restringidas o anómalas del capitalismo. Responde o al atraso de una clase dominante, que no es capaz de racionalizar una relación de poder correspondiente al modo de apropiación del excedente, o a la falta de unidad del bloque dominante, o a la necesidad de acelerar el proceso de acumulación en un sentido determinado, o a un *pathos* de salvación del capitalismo ya acosado. En ninguno de estos casos, empero, es aceptable la idea de la dictadura como conspiración; si un complot es posible, solo lo es en la medida en que la sociedad está invertebrada; la llamamos

sociedad pero en realidad es un agregado de unidades sin articulación. Donde hay articulación, la mayoría puede no participar en la formación del poder, pero debe al menos recibirlo.

Con eso no queremos sostener sino que las dictaduras, fascistas o no (habrá ocasión de ver la especie), responden a una ilación causal objetiva, no pueden sobrevivir sino fundándose en soportes objetivos y su duración depende, a su turno, de la extensión de esa objetividad. Detener el análisis en el plano de una inculpación moral o como mera denuncia democrática no enseña sino una parte del asunto porque la crueldad del titular del poder no es sino el tono de la necesidad de la crueldad o de la concentración represiva de la fase estatal. Pero lo que interesa en último término, para no vivir como propaganda lo que se debe vivir como pensamiento y como organización, es demostrar la viabilidad o la inviabilidad de esos episodios de la superestructura.

En esto como en todo lo demás, en el capitalismo las cosas se presentan travestidas. No aparecen como lo que son, sino que se encubren de tal suerte que no podemos conocerlas en su realidad sino cuando las trasladamos a sus contenidos globales. Esto es algo también característico: lo mismo que no se puede entender qué es un proletariado o qué es un capitalista sino como obrero colectivo o como capitalista colectivo, o sea en lo que tienen de ser social y no de ser individual, así también en los demás conceptos propios de este régimen productivo. Es una presentación insidiosa de cada uno de ellos: el valor se muestra (aparece) como precio, la plusvalía como ganancia y también, para lo que interesa en el caso, la dictadura como democracia. Que las cosas avancen encubiertas no significa, empero, que esa cobertura deje de tener su propia función y su eficacia específica. El precio, por ejemplo, no es el valor pero manifiesta el valor y por lo demás el valor mismo no podría realizarse al margen de la existencia de los precios, es decir, del mercado. Sin lo que se llama la ganancia media no se podría hacer el cálculo desde el punto de vista del capitalismo, aunque sea el concepto de plusvalía la clave no solo de la ganancia, sino de la producción capitalista como tal. En el mismo sentido, lo que interesa dentro del razonamiento general de la dictadura latinoamericana es ver cuál es el papel de la democracia con relación a esta formación social. La superestructura política sirve para asegurar por medios extraeconómicos, ideológicos o represivos la reproducción del sistema en lo que no esté asegurado por la vía de sus nexos económicos. Pero es un rasgo fundamental de este modo de producción el que su reproducción característica sea la reproducción ampliada, o sea la acumulación. Aquí, si la reproducción simple existe, es solo como anomalía del funcionamiento del régimen productivo o como un corte que se hace a la realidad con fines de conocimiento. Pues bien, esto hace una diferencia considerable con los

modos de producción anteriores a ellos, con aquellos en los que el modo de ratificarse del modo productivo era, en lo esencial, la reproducción simple. Con todo, si es obligatoria aquí la ampliación constante de la base económica, es obvio que la correspondencia entre esta y la superestructura, que es la ley fundamental de la sociedad, contiene grandes dificultades. El momento superestructural tiende de continuo a quedar rezagado. Es por eso que se dice que la superestructura es conservadora y que, en cambio, las fuerzas productivas tienden a no serlo. Todo derecho o todo ejército son conservadores. El Estado mismo lo es, porque está hecho para garantizar la supervivencia de las cosas tal como son. Es aquí donde uno encuentra la explicación para ciertas aseveraciones como la que advierte que la superestructura ideal del capitalismo es la democracia burguesa. Democracia para los individuos, como vimos, aunque dictadura, en forma y sustancia, para las clases sociales. Pero lo que tiene de democracia es lo que expresa no la simple dominación de la burguesía sino la correlación de fuerzas entre las clases que encierra dicha dominación; tanto eso, por cierto, como la distribución de la dominación entre unas fracciones y otras de la clase dominante. Por consiguiente, *el movimiento de la superestructura a que da lugar el funcionamiento de la democracia burguesa permite a la sociedad capitalista acomodar las alternativas de su culminación superestructural a las determinaciones que vienen desde la base económica*. Una superestructura inmóvil podía ser pertinente a la reproducción simple de los regímenes productivos precapitalistas; la movilidad de la superestructura es aquí, en cambio, una condición para que la política no niegue a la economía. La dictadura, fascista o no, rompe tal mecanismo del reajuste. De alguna manera, el poder pasa a ser ciego, en lugar de moverse según la lectura de las determinaciones de la sociedad. Todas las contradicciones entre explotadores y explotados, considerados como conjuntos sociales, o las que ocurren en el sector de la clase dominante se esconden, se intercomunican y se agregan porque no pueden manifestarse sino de una manera tortuosa. Es la revelación misma de la sociedad la que se interrumpe y por eso, se compone de un poder compacto en apariencia, en realidad más vulnerable que cualquier otro.

#### IV

Lo fundamental a nuestro modo de ver, si ahora retornamos la cuestión del fascismo, es distinguir entre el fascismo como proyecto o proposición social, del fascismo como movimiento de masas, y el fascismo como estructura de poder. Todas las anteriores digresiones acerca de la dictadura en general resultan válidas para las dictaduras latinoamericanas. Pero las presentes son sin duda dictaduras inspiradas en un proyecto fascista. Debemos conceder



sin duda que, en determinadas circunstancias, sobre todo en las que acompañan al proceso de la acumulación originaria, puede ser una necesidad de la clase el apelar a la dictadura. Pero, aquí, debido a la interacción entre la ideología burguesa ya dominante del capitalismo como voluntad de la mayoría (la ideología burguesa es en este momento también la ideología de los oprimidos) y no solo de la burguesía, no se trata sino de realizar algo que existe en lo previo en las masas, pero con medios que van más allá de la legalidad vigente. Este sería el caso del peronismo o del varguismo o del MNR en el periodo de 1952-1956 en Bolivia. Pero en el caso de las dictaduras actuales, se configura una situación en la que el proyecto de quienes detentan el aparato del Estado no se funda en un movimiento de masas y, por consiguiente, no compone una estructura fascista de poder. Esto tiene su origen a nuestro modo de ver en la proposición extrínseca que tiene ese proyecto. Extrínseca no en el sentido de la formación misma de los regímenes sino en su capacidad de insertar la lógica del capital monopólico, en torno al cual debería reordenarse la sociedad en su conjunto, con las motivaciones de un movimiento de masas dispuesto a proseguir de un modo reaccionario la convocatoria —no reaccionaria por sí misma— de la cuestión nacional no resuelta. Es verdad sin duda que la cuestión nacional no está concluida en los países de la América Latina. Pero no lo está precisamente por la presencia imperialista. Por tanto, las masas no pueden plantear el tema en la política sino bajo la forma de movimientos de liberación nacional. En esas condiciones, el enlazamiento entre el capital monopólico y la cuestión nacional no puede producirse y esta es la razón por la cual ninguno de los proyectos fascistas emitidos desde el poder ha podido manifestarse como movimiento de masas, y por consiguiente, tampoco como estructura de poder. Han sido proyectos que no han obtenido legitimación ideológica a nivel de las masas.

Determinaciones de la fusión entre la cuestión nacional y el capital monopólico dieron al fascismo en su modelo pleno una eficacia trágica. Es eso lo que hizo escribir a Badiou, por ejemplo, que «el fascismo debe ser derrotado antes de su acceso al poder: una vez instalado en él, es imposible detenerlo». Ello daba sin duda lugar a una alienación general en la ideología y a un desbaratamiento orgánico completo de la clase obrera, a la que se le destruía toda su memoria clasista.

En la evaluación del modelo sin duda tiene una importancia no omisible la fase de su construcción y la de su constitución como proyecto de poder. Ahora estamos, empero, en condiciones de plantearnos la coyuntura de disolución del modelo en la forma en que ha existido, es decir, en su perspectiva empírica y no en su reducción al modelo teórico. En este orden de las cosas, nos parece que lo fundamental de las dictaduras autoritarias de proyecto fascista que están en el poder en la zona consiste en el

estrangulamiento de las mediaciones estatales que permitieron la existencia de un grado u otro de democracias burguesas en estos países. Si la falta de capacidad de expansión de los proyectos fascistas ha ocasionado que la sociedad civil no pueda ser reorganizada con éxito en torno a las necesidades del capital monopólico, en consecuencia el *décalage* que se da en la superestructura política y las determinaciones de la base social nacional no puede sino dar lugar a una expresión de ruptura: la agregación de determinaciones no resueltas se revelará en la política sin mediaciones hasta configurar un corte de conflicto no estructurable. Todos los elementos de juicio disponibles permiten hacer la previsión de que la zona vivirá crisis estatales de vasto alcance. Que esas crisis estatales se extiendan hasta dar lugar a crisis nacionales generales o situaciones revolucionarias depende, como es natural, de otras circunstancias adicionales. Pero si lo fundamental de la situación revolucionaria consiste en la imposibilidad por parte del poder estatal de conocer ni la envergadura ni la dirección de las determinaciones de la sociedad civil, en la inoperancia factual de las mediaciones, dando lugar a un ancho campo para la iniciativa de las masas, que ahora son masas no mediadas, sin duda la disolución previsible del actual estatuto estatal tiende a originar ese tipo de situación.



## CUATRO CONCEPTOS DE LA DEMOCRACIA (1981)\*

EN EL DESCONCIERTO ABSOLUTO o malestar cósmico que produce la multiplicación de los objetos del mundo, los hombres están solos en medio de las cosas que se amplían sin cesar. ¿No es verdad acaso que esto es ya la soledad de la época, la falacia general de su identidad y, en fin, lo que podemos llamar la segunda pérdida del yo?<sup>1</sup>

El conjunto de estos acontecimientos ontológicos desemboca en la cuestión de la democracia, que es la medida de la presencia del hombre como una entidad activa frente a la vida, en una época cuya señal de esencia es su totalización.

Pues bien, en este trabajo nos interesa describir cuatro movimientos del concepto de la democracia en la interpretación de nuestro tiempo.

### I. La democracia considerada como movimiento general de la época

Consideremos, en primer lugar, el problema de la democracia como movimiento general de la época:

La experiencia enseña que para que todas estas formas (las formas especiales del dinero) existan, basta con una circulación de mercancías poco desarrollada. No acontece así con el capital. Las condiciones históricas de este no se dan, ni mucho menos, con la circulación de mercancías y de dinero. El capital solo surge allí donde el poseedor de medios de producción y de vida encuentra en el mercado al obrero libre como vendedor de fuerza y de trabajo y *esta condición histórica envuelve toda la historia universal.*<sup>2</sup>

---

\* Publicado en la revista *Bases. Expresiones del pensamiento marxista boliviano*, México DF, núm. 1, 1981, pp. 101-124. Reproducido luego en *Dialéctica*, México DF, año 7, núm. 12, septiembre de 1982, pp. 11-30. [N de E.]

<sup>1</sup> Este primer párrafo es también el primero de «El mundo del Temible Willka», el capítulo II de *Lo nacional-popular en Bolivia*. [N. de E.]

<sup>2</sup> Karl Marx, *El capital*, vol. 1, trad. Wenceslao Roces, México DF, FCE, 1946, p. 123.

Aquí Marx se refiere a la construcción del *estado de separación* o desprendimiento, o sea, el advenimiento del yo en el sentido de que no se reconoce la existencia del individuo antes del capitalismo o de que solo en el capitalismo el rudimento del viejo individuo concluye su acto. En otras palabras, se propone aquí el *continuum* que va de la adquisición general de la individualidad que antecede a la subsunción formal (es su «elemento») y la pérdida particular de la individualidad que ocurre en la subsunción formal.

Que el hombre libre sea el requisito de la supeditación real es ya bastante decisivo. Es algo, no obstante, que no obtendrá su verdadera elocuencia sino cuando se resuelva que tampoco la propia subsunción real es posible sin el *sine qua non* que es el hombre libre. Es por tal concepto que puede escribirse que la fuerza productiva primaria de este momento de la civilización que es el capitalismo es el hombre libre. Es una inferencia infalible hacia el espacio de lo colectivo: el hecho mismo de la libertad, como una compulsión misteriosa y antes desconocida, es una referencia al otro. En consecuencia, no se es libre sino entre hombres libres y, en último término, uno solo es relativamente libre si la libertad no es un hecho que comprenda a todos los hombres del escenario al que uno refiere su existencia.

La propia plusvalía no es sino una forma histórica de excedente que proviene de la fusión entre la libertad comprometida y la socialización productiva. Las consecuencias espirituales de la entrega de la propia independencia por el tiempo pactado serán globales. Tal es el presupuesto de que se trate de «una condición histórica que envuelve toda la historia universal» porque donde no haya libertad, no habrá propalación; la valorización misma es el paralelo productivo de la ampliación jurídica de la igualdad individual. El hombre ha puesto entonces su medida, que es el valor, al conjunto de las unidades de la materia.

Es en tanto ello que la democracia es el requisito de la existencia de la burguesía, aunque es cierto que ella misma, la burguesía, al promover la acumulación originaria (pues la burguesía es el *sujeto* de la acumulación originaria y no solo su resultado), está engendrando su propia condición o requisito. Este es un episodio o dilema que, no obstante, debe ser vinculado con los problemas ideológicos que derivan de la lógica de la fábrica y de la magnitud del valor. ¿Por qué se dice, en efecto, que el valor es una *medida histórico moral*? Porque no es una cosa dada sino un resultado, o sea, un movimiento. Mientras lo histórico es la separación del momento respecto del devenir no discriminado, lo moral es ya la inserción de lo humano en el tiempo discriminado.

Con esto no queremos decir sino que la magnitud de valor es como *ultima ratio* el grado en que existe la fuerza productiva primaria del capitalismo que es la libertad obtenida y entregada del individuo ya separado.

Luego de ello, no se podrá discutir en consecuencia que la medida en que los hombres son libres y la manera en que intercambian su libertad es la escala de la productividad social.

Habla también ello, como está a la vista, de los grados de la libertad, es decir, la medida en que el hombre es el amo de las cosas. Nadie es libre infinitamente y ni siquiera lo es en su medida limitada de una manera impune, porque el ego mismo, la independencia, son ingresos a la erosión del vórtice social. Pero el grado de su libertad no es constante, sino que es algo que se gana, que se disputa y se pierde, una medida en movimiento, algo que se disuelve siempre si no se lo conquista de nuevo como por primera vez. Es a partir de estos pródromos que es legítimo señalar a la democracia como un indicador de las contracciones y extensiones del capital variable. Esto mismo, sin embargo, es algo que debe justificarse.

El primer aspecto de la lógica de la fábrica trata del consumo productivo de la libertad individual, o sea, su abolición productiva. Aquí los hombres no sienten su libertad porque la practican sino porque la pierden (pérdida de la libertad en los aspectos pactados y por el tiempo pactado). Tal es el aspecto de alienación o pérdida, pero existe también otro, que es el paradigmático. Es pues indisputable que la lógica de la fábrica da también el lugar para la metamorfosis del obrero libre de la primera circulación en el obrero colectivo del momento productivo. Pues bien, es el obrero colectivo la clave de la conciencia del mundo considerado como lo social. Es el horizonte de visibilidad otorgado por el obrero colectivo la causa final de la existencia de la ciencia social como autoconciencia del modo de producción capitalista.

La conciencia de la libertad —porque la libertad real es la combinación entre la disponibilidad y la conciencia, y el salvaje tiene disponibilidad pero no conciencia— es a la vez la consumación de la libertad y su ampliación. Con todo, el que se ha perdido como individuo no puede aquí recobrase (devolverse) como conciencia, sino a partir de la totalización a la que concurre también como un todo (como parte del obrero total). El concepto de masa adquiere en este punto su sentido propio: la libertad como pertinencia de las masas da como resultado una libertad global más amplia que la suma de las libertades de los individuos, cuya individualidad por lo demás no es posible ahora sino en el *locus* de lo no individual.

El reconocimiento es, pues, la segunda función de la lógica de la fábrica, aunque también la más trascendental. Al margen de la concentración, que es un símbolo de la concentración del tiempo histórico por el capitalismo —que es la «capacidad» de la era, su naturaleza y su sello— uno puede ser libre y no saber jamás que lo es. Se colige de ello que la mecánica del acto que llamamos «ser libre» consiste en lo inmediato en

el reconocimiento de la libertad del hombre siguiente, pero no como una toma de cuenta sino como un imperativo que ocurre dentro de uno, aunque provocado por el hombre siguiente. En esta trama, la conciencia de clase no es sino la democracia para nosotros. En ese momento se deja de ser parte y objeto de la democracia de los otros para asumir el momento de la autorreferencia.

La lógica de la fábrica o, si se quiere, lo que Weber llamaba la «democratización social» es, por otro concepto, lo que demuestra el carácter de la democracia burguesa. O sea: eres libre en la medida en que respetes (y quizás sacrifiques) la lógica de la fábrica. En otras palabras, en tanto aceptes como una petición de principio la consecuencia ideológica del núcleo corpóreo que es la supeditación real. No se podría explicar por razón alguna, sin tener en cuenta esto, por qué los hombres no imponen de manera taxativa y sensible el hecho de su mayor número. Es porque la mayoría por sí sola es incapaz de sí misma. Por el contrario, no es solo que la cantidad no es la ley inmediata del poder o sea que no toda cantidad produce poder, sino que es en la lógica de la fábrica, donde muchos obedecen a muy pocos por propio asenso, donde se cuaja el aprendizaje de la dependencia. Es, entonces, una escuela de subordinación. Para decirlo en otros términos, la democracia (el estado de desprendimiento) está contenida en la dictadura (la lógica de la fábrica). La condición histórica del modo de producción consiste en que la lógica de la fábrica no sea jamás rebasada por la lógica del desprendimiento. De esta manera, la dictadura es ilógica para el capitalismo cuando no contiene y revela democracia, en tanto que la democracia existe solo en razón de la naturaleza de la dictadura para la que existe. Tal es el carácter clasista de la primera totalización.

¿Qué quiere decir, por lo demás, Marx cuando habla de que el burgués y el proletario se enfrentan como «propietarios privados» de distintas mercancías? No, desde luego, que esto haya sido concebido u originado por los burgueses de carne y hueso, que suelen ser gente más insignificante que el universo al que simbolizan. Es un hecho, con todo, que en el momento objetivo de la aparición de este cosmos social había un sector con mejores condiciones de colocación, de avidez y de herencia informativa para la explotación *pro domo sua* (incluso en su patria territorial específica, el Occidente) de esfuerzos que habían venido sin embargo del dolor de la historia entera. Con ello no queremos sostener sino que en el momento del advenimiento del yo, el obrero futuro está practicando un acto *burgués*, por decirlo así, o sea que aquí, puesto que no tiene otro remedio que asentar en el capitalismo su acto de constitución o reconocimiento, se genera la relación de pertenencia con relación al capitalismo o sea la práctica del espíritu de internidad. Todas las discusiones políticas que tienen algo que ver con los movimientos populares o con la clase obrera llegarán fatalmente a este

punto. Internidad, no obstante, no significa incapacidad de externidad. Todo lo contrario. Es el que pertenece plenamente al capitalismo el que construye su negación, cierto que sin saberlo y a veces sin desearlo. El espíritu de la internidad es entonces un requisito de la práctica estratégica de la externidad. Es cierto que sobre ello volveremos cuando nos refiramos a la democracia en cuanto democracia representativa.

Como conclusión de esta deliberación sobre la democracia en cuanto condición de la época, diremos todavía que la secuencia consiste en: advenimiento del yo, compulsión o ansiedad por la entrega productiva del yo, reconstitución colectiva del yo a partir de la praxis clasista de la lógica de la fábrica o de la prosecución fábrica-sindicato-teoría-partido-poder. Es así, por último, cómo debemos explicitar la relación entre la ley del valor y la construcción del Estado moderno. En otras palabras, la libertad de la democratización social contiene a la vez la grandeza del capitalismo, capaz de generar masas de individuos nacionales e identificados y la perdición del capitalismo, porque la socialización de la producción es la preparación de la socialización del poder. El propio fetichismo de la mercancía es una necesidad porque los hombres son iguales. Son iguales, pero todavía no lo saben. Pues todo aquí significa dos cosas, hay una doblez que está en la naturaleza del modo productivo.

## II. La democracia como representación

El mismo razonamiento anterior presume que la acepción democrática tiene un tipo de validez en cuanto a la sociedad civil y otro en cuanto al Estado político, aunque ambos tendrán su propia forma de superposición o matriz. Aquí sucede algo semejante al valor en cuanto forma: si los problemas de su simbolización sucesiva y de su manera de aparición son tan importantes, es porque el valor existe en lo previo como el núcleo ancestral de la sociedad. Donde no existe el hueso/valor, no disputamos en formas. *Mutatis mutandis*, si no existiese la democracia como condición histórica epocal, tampoco nos interesaría su revelación, es decir, la forma democrática representativa. Una cosa, sin embargo, está dando *numen* y contexto a la otra. Hay, por cierto, un grado limitado en que el Estado político puede recibir a la sociedad civil. En general, se diría que nunca la puede recibir del todo. Los problemas de la erupción del Estado civil sobre la sociedad y la determinación de esta sobre aquél merecen una consideración especial. No obstante ello, podemos decir al menos que, por más armónico y translúcido que sea el aparato Estado político, la sociedad civil no será capaz de informarlo sino en la medida de su propia autodeterminación democrática.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Este es un problema por demás delicado. Aunque el carácter propiamente estatal del Estado (digamos la *ratio* o irresistibilidad) no está dado sino por la soberanía o poder político y no por



Esto parece muy simple pero no lo es por fuerza. Ningún sistema, capitalista o socialista, puede evitar en una proporción absoluta la idea de la democracia representativa en tanto que tampoco podrá evitar el carácter de dictadura que es el *concretum* del Estado. Lo que nos interesa, por consiguiente, es la forma del descubrimiento o revelación del poder y, sobre todo, en esta parte, la imputación del origen de poder.

Es un problema que no puede plantearse sino con relación a la formación económico social de que se trate. No significa ello sino que la implantación cuantitativa de la representación, su aptitud para expresar el número de la voluntad de los hombres en proporción de poder correspondiente, requiere una universalidad en la práctica de la opción política. Es una tendencia propia del modo de producción capitalista. Tiende este, como se sabe, a la unidad. En él la unidad es una tendencia estructural y la aceleración de la rotación en torno a la unidad, su continuación. El hecho de la *nación* en el sentido que ahora lo entendemos es la consecuencia de eso y es de ahí que existe una prosecución entre el mercado interno, el Estado nacional y la democracia.

Proceso atado al ascenso de la burguesía, no es, sin embargo, obra de la burguesía. Ningún hecho social es, en realidad, obra de alguien pero todos lo son, en cambio, de alguien en la línea de una determinación. Es verdad, por ejemplo, que la burguesía necesitaba en algún grado de la democracia para prevalecer sobre la aristocracia. Lo es mucho más empero que la democracia representativa declaraba el llamado del mercado y que, entre ambos, mercado interno y democracia representativa componen el marco de la nacionalización. En el caso de las formaciones unificadas, por llamarlas de algún modo, no existe mayor problema estructural como no sea el propiamente político y fenoménico. Esto es, la nacionalización o sea el mercado interno completa la homogeneidad y el apareamiento de los hombres que, de otro lado, no habría sido posible sin la cancelación palmaria de su particularidad en lo previo; la marea descampesinizadora va acompañada del esparcimiento del patrón hegemónico y obliga a los hombres a ser unos idénticos a otros en torno a esta liturgia que es el núcleo ideológico de la nacionalización. En tal caso, la unificación o nucleamiento favorece palmo a palmo la generalización democrático burguesa, y no solo a ella porque, remontándose sobre la difusión de la democratización

---

la población y el territorio, que son sus otros elementos, es decir, aunque el Estado no es en sí mismo *material* sino una relación, con todo, hay ciertos síntomas o soportes corpóreos sin los cuales el Estado está inédito. La burocracia y los agentes en general son la corporeidad del Estado.

Por la opuesta, aunque por sociedad civil se ha definido siempre a las clases sociales y al conjunto de los aspectos materiales de la estructura cuando todavía no han sido inflamados por el flujo estatal, no hay duda de que en las mediaciones son como enclaves del poder político en una zona que, en principio, se define como de no poder político, es decir, algo estatal *in partibus* en un espacio no estatal.

material, puede tener como núcleo decisivo un momento de democracia esencial, es decir, de autodeterminación popular. Los enemigos del apelativo *democracia burguesa* suelen olvidar que su punto de partida es quizá el más brillantemente popular (la revolución democrático burguesa).

El proceso igualitario se refiere por su naturaleza más a los sectores que se llaman nacional-populares de la sociedad civil que a la burguesía. De alguna manera, aunque distorsionado muchas veces por una hegemonía que no es fruto de la autodeterminación, lo nacional-popular está en eso más cerca de la sociedad civil y la burguesía del Estado, que es su unidad, la forma de unidad que ha logrado obtener. El Estado, en contraparte, no es nunca la forma de la unidad de la sociedad, sino la expresión de su diferenciación interna, es decir, la forma de dominar del lado dominante de la diferenciación.

Es cierto que habría que tomar en cuenta otros factores como el patrón de desdoblamiento de la plusvalía (porque el Estado es receptor nato de plusvalía y el sector estatal de la plusvalía es la medida de la existencia del capitalista colectivo), de la velocidad del ciclo de la rotación (porque este es el ritmo de la nacionalización una vez concluido al nivel de la infraestructura) y la propia mayor reconducción de la plusvalía hacia las mediaciones (porque eso da la medida de la presencia del Estado en la sociedad y de la sociedad en el finalismo estatal). Lo que interesa en lo inmediato es la imputación de la representación en las sociedades abigarradas, que son el caso opuesto a las descritas antes. Hemos de atender por lo menos a tres momentos: primero, el de la no unificación de la sociedad o, al menos, el diferente valor de la penetración de la unidad en sus sectores, que es a lo que se refiere el abigarramiento. En su extremo, se puede captar aquí un grado de desconexión o no articulación entre los factores, y entonces se habla de un Estado aparente pues la sociedad civil no es sino una enumeración, no está vinculada entre sí en lo orgánico. Segundo, la no unificación nacional ni clasista de la propia clase dominante, lo que presume una modalidad de circulación de la plusvalía que aspira a retenerla como renta y no como tempo estatal. En tercer lugar, la aparición de planos de determinación diacrónicos, es decir, que el núcleo de intensidad de la determinación se sitúa de un modo errático según el tiempo estatal. Aquí la sociedad se mueve de un modo ocasional como si estuviera totalizada, pero en torno a convocatorias o momentos estructurales ocasionales. Carece, por tanto, de la continuidad como devenir que es el complemento de la unificación actual en los países con unificación.

La base misma de la estructura de esta suerte de países está corrompiendo la lógica de la representación que dice que una misma cantidad electoral debe producir siempre un tipo de calidad estatal. Donde los hombres no son iguales o no están comunicados, los resultados que produce su voluntad electiva no son los mismos. De hecho, hay sectores articulados

con el mercado del poder y sectores exiliados de la democracia representativa. La topografía misma de la política es heterogénea. En la lucha por el poder se aspira más a la captura de los núcleos de determinación que a la cantidad democrática. En esas circunstancias ¿cuál sería la plataforma de la democracia representativa? Como decíamos, puede ser un momento de determinación insólita (las circunstancias lo hacen decisivo, pero no lo es en lo estructural) o puede ser incluso uno en principio mayoritario, pero incapaz de acumular los elementos del poder. El caso típico es la clase victoriosa en la insurrección que pierde el poder porque no conoce la ceremonia en que consiste.<sup>4</sup> Lo que se conoce como la inestabilidad política de los países atrasados tiene estos referentes. La propia nominación de los hombres de poder puede ser no otra cosa que la elección entre integrantes distintos (pero no distintos en su adscripción a la naturaleza de clase del poder) de la clase dominante. En cualquier forma, la incapacidad para autorrepresentarse es característica de los pueblos que no se han convertido en naciones.

### III. La democracia como problema de la teoría del conocimiento

Veamos, por otra parte, una descripción verticalista de la democracia que es, en cierto modo, la aplicación de la democracia representativa a la democracia como requisito de la época o condición histórica universal del capitalismo. Esto es algo enlazado con el problema de la cognoscibilidad de la época o, al menos, con el aspecto de su comprobabilidad superestructural. En otros términos, aquí vamos a considerar la cuestión de la democracia en cuanto problema de la teoría del conocimiento.

En considerable medida es legítimo sostener que la democracia cumple en este orden de las cosas, con relación al cómputo o recuento burgués de la sociedad, una función comparable a la que tiene la ley del valor con relación al materialismo histórico. No es que sea algo ligado *in fine* a cada una de las clases, pero las clases tienen respecto a uno u otro punto de exposición sus preferencias, sus dificultades o imposibilidades. La situación de poder, el ser dominante, tiene consecuencias en materia de conocimiento de la sociedad. En lo que se refiere a la ciencia social misma, su valor es universal como en cualquiera otra ciencia, pero su punto de partida es una colocación u horizonte de clase, y su única utilidad o subsunción en la realidad posible es también una de monopolio clasista. Tras el oscurecimiento de la conciencia burguesa, la ciencia social no podía ser otra cosa que el desarrollo de la *perspectiva total* (Goethe) considerada como un acto del proletariado. Esto es lo que se aseveraría como el análisis de la sociedad

---

<sup>4</sup> Es el caso de Bolivia en 1952. Véase René Zavaleta Mercado, *El poder dual*, México DF, Siglo XXI, 1974. Publicado también en este volumen.

desde el punto de vista de la plusvalía. Digamos entonces que el propio marxismo en lo que tiene de ciencia no es sino la comprobación de un *Weltanschauung* a partir de la nuez cognitiva que es la plusvalía.

Esto, en lo que se refiere a la prelación o centralidad proletaria. Con todo, la medición coyuntural de la política parece ser cosa muy distinta y en todo caso, por lo que podemos ver, casi una suerte de privilegio de la burguesía, un don final. Quizá en esto se esté expresando otra vez la infinita productividad de nociones contradictorias e interactuantes que son tan propias de este modo de producción que se disfraza con el sarcasmo de sí mismo.

Se dice, en efecto, que el carácter fundamental del modo de producción se está expresando en el modo de su reproducción. Pues se basa en un tipo particular de excedente<sup>5</sup> que es la plusvalía, de ello se sigue la existencia colectiva, subrogable y fáctica (no jurídica) de las clases sociales que la integran; pues es la destrucción permanente de burguesía la manera de la unidad burguesa y aquí no hablamos sino de que la lógica clasista y categórica del obrero total, la continuidad de la expansión de las fuerzas productivas y la medra constante de la materia incorporada han de causar también una reorganización permanente de los roles, colocación de clases y perspectivas de los sujetos que son vectores de los traslados de su compulsión como ciclo económico. Todo esto no es sino lo que se llama reproducción en escala ampliada como ley básica del modo de producción capitalista. La agitación eterna de la base económica o sea la valorización, que es la impulsión invencible, se constituye en una determinación antinómica pero a la vez impositiva con relación a la superestructura.

Permítase aquí una digresión. El concepto de reproducción en escala ampliada no designa solo al hecho cuantitativo que es, sin duda, existente. No obstante, es más bien en la calidad de la acumulación, en su inter-reemplazo interno, en la suplección de unos individuos por otros dentro de la clase general y en la propia composición o cadencia del recorrido de la plusvalía o sea el nivel de eficacia de los instantes de la circulación, en todo ello en fin, donde se constituye este tipo de reproducción, fundamento del proceso de totalización porque allá donde las cosas no se multiplican, las cosas no se totalizan. Los romanos, como es patente, construyeron muchos caminos y tanto el esclavismo como el feudalismo movieron la frontera agrícola, pero nada de eso desmiente el carácter simple de su reproducción, reproducción que es propia por lo demás de todos los modos de producción precapitalistas. La simplicidad de la fuerza productiva, que es la ecuación entre el hombre en su situación y el medio de trabajo, conducía entonces

---

<sup>5</sup> No usamos este término sino en su sentido lato conveniente por cuanto se refiere a cada caso. Lo que *excede* se remite a lo que se considera necesario, porción histórica y local.

a la reproducción automática; pero eso no ocurre ni podría ocurrir con el capitalismo donde la reposición debe prepararse (Althusser). Por eso la crisis de aquellos sistemas no puede explicarse por el atajo de la ampliación productiva. Tal es el comentario que podemos hacer a la aseveración tan escueta de que la sociedad «se mueve siempre», como se dice en los malos manuales de materialismo histórico. En realidad, lo que no cambia en su cualidad y no sustituye su identidad *no se ha movido* (en un sentido sociológico). Es decir, que el movimiento en su comprensión vulgar no alcanza a definir el sentido de los ejes entrecruzados, siempre reemplazados, de la civilización capitalista. A tal hecho es al que nos referimos cuando hablamos de la multiplicación del mundo. Es la ampliación sistemática de la producción, pero sobre todo la ineditéz constante del tiempo histórico como ley de repercusión del capitalismo y de su ápice, que es la crisis revolucionaria o la debacle superestructural.

La aparición de la burocracia en su sentido moderno es el desenlace clásico de la perplejidad de la burguesía como clase dominante ante la reproducción ampliada y la crisis cíclica. Entre tanto, el fervor ante esta suerte de acontecimientos, que demuestran que la subalternidad no es un *fatum*, se revela en el otro extremo, el de la autosustitución de la clase obrera (resultado trópico del ejército industrial de reserva) con la ideación que llamamos la conciencia de clase. El Estado moderno y la ciencia social son las adquisiciones de estas emboscadas o dificultades de las clases centrales. La composición orgánica del capital o la superpoblación relativa son, por tanto, encrucijadas intransferibles frente a las que la sociedad (en sus dos fases, como sociedad que da la forma y como sociedad que la recibe) debe hacer un acto de adaptación orgánica. El punto crucial para la exteriorización de este tropismo esencial impelido por el propio movimiento de la base económica es su influjo superestructural. Aquí, en el «paraíso», la democracia es la expresión práctica de la reproducción en escala ampliada.

El aspecto crónico del movimiento reproductivo, en efecto, tiene su enemigo en la construcción superestructural. Es en ella, en la superestructura, donde se manifiesta el puesto agónico del silogismo social capitalista. Es aquí donde la democracia actúa como un método colectivo. En la democracia es donde la proposición o hipótesis de la masa encuentra su comprobación consecutiva e inmediata. El punto reiterable está por tanto ensartado en la propia hipótesis real. Las técnicas cuantitativas pueden revelar las modificaciones del modo de producción pero solo en el rango de la prognosis, como verosimilitudes medias o, en todo caso, como certeza *ex post*. La política en cambio o sea la democracia, que aquí tiene un significado idéntico en absoluto, retiene de inmediato las palpitaciones de los sitios de la sociedad. Los mediadores convierten esas contracciones en materia estatal. Para decirlo de otra manera, la democracia *oye* el ruido del corpus social.

Está claro a dónde llegamos en este tercer sentido o índole de lo democrático o, al menos, a dónde queríamos llegar. Aquí la democracia se insinúa como un acto del Estado. Es entonces la conciencia del Estado calculando las reverberaciones de la sociedad civil. La sociedad civil en esta fase gnoseológica es solo el objeto de la democracia; pero el sujeto democrático (es un decir) es la clase dominante o sea su personificación en el Estado racional, que es el burócrata. La democracia funciona, por consiguiente, como una astucia de la dictadura. Es el momento no democrático de la democracia. Solo un ciego puede no ver esta valencia del concepto.

Pues bien, la legitimidad es la mediación entre la reposición del valor y la distribución de la plusvalía. Es por eso que la coincidencia entre la fase jurídica (la norma consagrada) y la fase de la representación general (la legitimación) debe concluir en la formación del Estado de derecho o sea la forma racional de dominación. Sostenemos, por tanto, que la separación entre el Estado político y la sociedad civil es el hecho equivalente, en la política, al fetichismo de la mercancía. Dentro de la mercancía o igualdad está la plusvalía o desigualdad, y dentro de la autonomía del Estado-democracia está la dictadura burguesa. No vamos a escribir aquí acerca de los grados de apartamiento y de fusión que son posibles en el Estado capitalista, sino de su aparición formal más necesaria para la exposición.

En otra parte<sup>6</sup> hemos visto el problema de la inermidad y el despotismo de la superestructura. Ella, es verdad, contiene en la mayor parte de sí una causalidad que no es la propia de las leyes de la base económica. En todo caso, la superestructura es el guardián de la conservación social, en cuanto a su instinto ideológico; en cualquier caso, su carácter no pertenece a la fase necesaria o legal de la sociedad, sino a su formación contingente. Es en ella donde se expresa el azar de la historia, es decir, lo combinable por la autonomía de lo político. En otras palabras, el modelo de regularidad del capitalismo comprende a toda la base económica, pero no a toda la superestructura, sino a una sola parte de ella. Este momento que se hurta a la manera contingente de la superestructura es el que se ve en el hombre libre como acontecimiento superestructural (ya vimos su valencia productiva). La actuación del hombre libre en la base económica es la plusvalía. La actuación del mismo en la superestructura es la democracia burguesa. Pero no hay un hombre para la base y otro para la superestructura. Es el mismo hombre en dos circunstancias que solo se diferencian por la necesidad del análisis. Ahora bien, el hombre libre es, a la vez, el movimiento de la valorización y su propia medida, su propia unidad de medida.

La libertad, es claro, existe para el hombre. No obstante, habiendo expropiado ya la naturaleza y la propia acumulación humana, el capital

---

<sup>6</sup> Véase «Las formaciones aparentes en Marx», *Historia y Sociedad. Revista Latinoamericana de Pensamiento Marxista*, núm. 18, 1978, pp. 3-27.

aquí entra a expropiar la propia libertad humana. La libertad, por tanto, se transforma en una suerte de agente confidencial del capital y el hombre libre en algo así como un espía de sí mismo. La lógica de esta expropiación es la siguiente. Habiendo hombres libres, no hay manera de recluirllos en el solo momento productivo. La concentración tanto del espacio como del tiempo, el carácter económico o ideológico, y solo por excepción personal y extraeconómico, de la coerción en el capitalismo, la lucha por el módulo histórico-moral de la sustancia de la sociedad que es el valor (la sustancia social por antonomasia) lo lanzarán temprano o tarde a practicar la misma condición ideal del acto productivo en el plano de la política, lo constituirán en un sujeto democrático en la escena de la construcción de la ideología. Tal es el rol levantado del trabajador productivo clásico en el trazo del curso histórico-ideológico. Es un hombre que será eternamente libre aunque la libertad lo atormente como una pesadilla. Ya es tarde para decidir si quiere serlo o no.

Estamos en la política *ex principio intrinseco*. Eso dice que la política existirá siempre, con la legalidad (en el sentido democrático representativo) o sin ella. La política dentro de ello, sin embargo, es ya la democracia libremente revelada, es decir, la sociedad ya descodificada, no críptica. Dicho de otro modo, la visibilidad de la coyuntura, que es el interés primero de la dominación burguesa, está condicionada a la separación de la sociedad y el Estado, aspecto que ahora mencionamos en una otra connotación. La lectura o reconocimiento, la detección, el recuento y la confutación de la recomposición perseverante, jamás concluida de la sociedad civil en el capitalismo, son trabajos que están a cargo del *caucus* estatal, que solo de esta manera se adecua a su naturaleza o causa final de clase. Por consiguiente, aunque no es del todo falso decir que en la reproducción del capitalismo, el Estado tiene una condición sin embargo no capitalista (Altvater) (porque es verdad que el Estado capitalista tiene reminiscencias o memorias precapitalistas como la represión o sea la violencia como coerción física, al menos en su crisis, en su acumulación y su atraso), con todo, no se puede derivar de ello el carácter no capitalista del Estado capitalista: su función esencial es la condensación de la ansiedad de la base en términos estatalmente utilizables para la reproducción.

Volvamos sin embargo, por un instante, sobre el valor de la democracia para el Estado «separado». Donde la sociedad civil se mueve, el Estado político se ratifica. La superestructura en general, hablemos en sus aspectos ideales como el derecho (la actitud tética) y la ideología, los soportes (el ejército, los funcionarios, etc.) está para la conservación, la tradicionalidad y la ratificación de las cosas y no para su desplazamiento, menos para su inversión. Sin la ideología del Estado (la ideología en cuanto emisión) y sin la conciencia del Estado (la soberanía) no hay separación. Los argumentos

subjetivos de este tipo son una previdencia. Sin separación, la lectura de la materia entregada por la sociedad civil es conjeturable. Finalmente, el Estado es ciego. En vez de conocer e internalizarse en la sociedad, de hacerse dueño y parte de ella como en el amor, se inclina a la pompa secular de su aparición que es la violencia legítima. Contra esto lucha, con un género de impaciencia moral o formalismo, la burocracia, es decir, la carnalización del desprendimiento del Estado o capitalista colectivo. En ella se produce la contradicción de que, sin pertenecer a ella, es sin embargo la conciencia histórica de la clase dominante. Esta falacia de imbuir la esencia de una clase sin ser miembro de ella solo era posible a partir de la separación entre el Estado y la sociedad.

Es aquí donde aparece el argumento de la *mediación*, que consiste en la aptitud de convertir las reacciones o mensajes a menudo frágiles que se producen en el llano de la sociedad en un lenguaje político asimilable para el *telos* clasista del Estado. Evadimos aquí la situación ya mencionada en la que un Estado, de escueta fundación y mínimo excedente, es tan incompleto como formulación estatal misma que su rol no consiste en ser el interlocutor estructural de la sociedad, sino que él mismo se exterioriza como un elemento particular dentro de ella, es decir, como parte de las partes.

En los hechos, la estructura de mediación (hablemos por ejemplo del parlamento o de los partidos no insurreccionales o de los sindicatos economicistas) o los mediadores mismos *in corpore* son espacios de la *hybris* estatal, que es abundante. El Estado no puede creer en nada por encima de sí mismo porque en esto consiste la irresistibilidad que es su carácter; pero eso no vale con la misma intensidad para el mediador. El mediador no necesita tener una fe tan perfecta en el dogma estatal y debe incluso contradecirlo, aunque es cierto que solo lo suficiente para perfeccionarlo en su dominación. Es, entonces, el agente de la coyuntura y algo así como un recaudador político del movimiento; el mediador es una mezcla entre el funcionario y el jefe social. Si la sociedad civil nacionaliza a los mediadores es que ha llegado la hora de la crisis nacional general porque ahora no creen ya en el Estado y han comenzado o a creer en sí mismos o en el mito revolucionario. Es correcto decir, por tanto, que todo dirigente es un mediador hasta que no se convierte en un amotinado.

Por lo demás, no solo se trata de que la superestructura tiende a no entender la subitaneidad permanente del magma social. En su otro extremo, es cierto también que el Estado no abarca más que el ámbito en que existió en el momento constitutivo o sea que es excepcional que el Estado político tenga la misma extensión que su ámbito espacial. En último término, esto depende (la validez efectiva) del grado en que se ha liberado de la costumbre ancestral que consiste en el acatamiento por el miedo a lo no resistible, aunque sin la pertenencia. «Obedéceme aunque no creas en lo mismo que



yo»: tal es el apotegma precapitalista típico. La democracia, por tanto, se convierte en un elemento perentorio para la dictadura de la clase o razón de Estado, pero esto último es también el límite de la democracia. Lo que es inapelable es que, cuando la dictadura, o sea la soberanía o la razón de Estado, no pueden evitar que el descubrimiento o aparición sea también dictatorial, entonces estamos ante una mengua radical del óptimo. Este es el caso de los Estados capitalistas atrasados.

#### IV. La democracia como autodeterminación de las masas

La democracia entendida como autodeterminación de las masas viene a ser el *desiderátum* de este discurso. La historia de las masas es siempre una historia que se hace contra el Estado de suerte que aquí hablamos de estructuras de rebelión y no de formas de *pertenecimiento*. Todo Estado en último término niega a la masa, aunque la exprese o la quiera expresar, porque quiere insistir en su ser que es el de ser Estado, es decir, la *forma sustancial* de la materia social. Por consiguiente, tenemos aquí un significado de la cuestión democrática que se coloca en la antípoda de la democracia en su función gnoseológica. Se puede decir que aquí se reemplaza la democracia *para la clase dominante* por la *democracia para sí misma*.

Para empezar por el principio, es necesario responder a la demanda sobre el criterio de masa. No entendemos por esto, por masa, un sinónimo de mayoría pues eso nos haría desembocar inmediatamente en el concepto democrático representativo. El apelativo de masa se dirige, de hecho, a la calidad de la masa (a la manera de lo que decía Marx de la «fuerza de masa» como fuerza productiva) y no a una mera agregación.

Por masa se tendrá por eso una suerte de polarización. La masa es la sociedad civil en acción, o sea un estado patético, sentimental y épico de unificación. Pero ¿qué parte de la sociedad? Un marxista dirá inmediatamente que tiene sus razones para elegir la autodeterminación del proletariado en el seno de la autodeterminación de la masa. Esto vale, sin embargo, para ciertas sociedades, ya proletarizadas, y para ciertos proletariados. Lo que interesa es que, incluso un número no demasiado grande de hombres, con sentido de la concentración y algún grado de temeridad práctica, puede expresar tendencias que están escondidas en el «sueño» de la sociedad. Es cierto por eso que, por muchos conceptos, la masa representa a la masa. Una parte de ella quiere («querer», equivale a *querer de modo estatal*, a voluntad de poder) en nombre de otra o, de alguna manera, manifiesta lo que la otra contiene y no conoce aún. Quiere decirse con eso que el acto de autodeterminación es un acto revolucionario y no un acto legal, de ninguna manera algo precedido por un escrutinio, sino por lo que

se llama «mayoría de efecto estatal», lo cual puede venir del número de la masa o de su colocación más neurálgica o de la eficacia aguda de la determinación que produce. Lo que importa es que su acto contiene la inclinación general. Se deduce de ello que es un concepto localizado sobre todo en la fase de la táctica. Aun diría, la masa es a la táctica lo que la clase a la estrategia. De otro lado, cualquiera que sea la extensión de la masa, lo que importa es la recepción de su *llamado* de masa. Incluso si su pronunciamiento está compuesto por actos conscientes, la verdad de la autodeterminación debe estar dada siempre por un grado importante de espontaneidad y creatividad de masa. Este es el verdadero *pathos* de la historia y sin duda no es algo que esté vinculado de manera exclusiva al capitalismo. La autodeterminación de la masa, para decirlo del modo más rotundo, es lo único que puede sellar la definición del momento de fluidez de la superestructura. Si la democracia como conocimiento es un método de la burguesía, tenemos aquí ya un método de la sociedad civil.

Deseamos proponer algunas variables a fin de ejemplificar esta posibilidad. Distingamos, por ejemplo, los siguientes momentos conspicuos:

1. Momento de la fusión Estado-sociedad por atraso del óptimo, o sea que aquí el soberano es al mismo tiempo el hombre de carne y hueso de la clase dominante. Domina una vez en la sociedad civil y la segunda, él mismo en persona, en el Estado.
2. Separación relativa clásica del capitalismo que obedece a la lógica de la valorización. El Estado sirve a los fines estratégicos de la clase en su conjunto, pero la niega en su particularidad.
3. Desprendimiento falso entre Estado y sociedad como ocurre en el *Estado aparente* donde en realidad se llama Estado, por nominalismo, a una fracción; en realidad, el germen estatal está todavía sumido en la sociedad civil.
4. Segunda fusión o sea disolución del *factum* estatal en la sociedad civil.

Si consideramos estas ecuaciones, que pueden ser más, la combinación entre los conceptos de la democracia nos propone algunas aporías. Vamos a examinar algunas.

Por ejemplo, una ecuación entre un Estado civil avanzado y un débil instinto de autodeterminación en la sociedad. Es el *decálage* típico de una clase política ilustrada. Aquí el Estado político está dispuesto a llevar hasta su ultimidad el principio democrático representativo. Puede, con todo, encontrarse con dos obstáculos. Por ejemplo, si la democratización social

no existe. Segundo, si ella existe pero, no obstante, no es todavía uniforme. Aquí la función del conocimiento no puede ser ejercitada porque la cantidad de los votos no expresa su calidad. Tenemos entonces una relación antitética entre momentos que sin embargo son ambos democráticos. Se advierte con claridad hasta qué punto una fase de la democracia otorga o niega las condiciones de la otra. En este ejemplo, la idea igualitaria no es orgánica en las masas porque se debe distinguir entre la libertad como derecho, la libertad como dato asumido y la libertad como práctica. En otras palabras, el derecho debe convertirse en un prejuicio y el prejuicio en un acto y si se quiere, el acto en un hábito. La pobreza del hábito democrático inutiliza incluso la propia existencia de la democracia representativa. Rousseau se refería a eso cuando escribió que «el pueblo inglés es libre solo en el momento de depositar el voto».

Es claro que el propio uso representativo es una escuela conveniente para la institución del modo de ser del hombre libre. La verdadera escuela del hombre libre, con todo, es el acto de masa y el principio de la autodeterminación define la manera en que ocurren todos los otros conceptos de la democracia. Con esto quizá podamos llegar a una cierta conclusión de este *excursus*. Se deriva de él que la democracia representativa no es solo deseable, sino que es la forma necesaria de toda integración racional del poder. Es, además, el hábitat natural de la autodeterminación democrática aunque los recaudos son notorios en sentido de que ni la democracia representativa es en todos los casos la vía única de la autodeterminación, ni su existencia puede hacer oídos sordos a la problemática de la democratización social. Hemos visto también en qué condiciones puede operar la democracia como técnica estatal, o sea como núcleo gnoseológico de la sociedad. En tanto que es un *élan* propio de todas las épocas, *la autodeterminación de la masa*, sin embargo, *es el principio de la historia del mundo*. Consideramos por eso que es el centro de la cuestión democrática. Es un oficio del hombre el disputar sobre las proposiciones del mundo. La autodeterminación en cambio es ya la aplicación de ese ademán por parte de la masa. Es en ese sentido que *lo que tiene el hombre de humano es lo que tiene de democrático*, porque está controvirtiendo todo lo que existe.

Este aspecto de la nobleza de la masa tiene, sin embargo, su propio lado de infortunio. Quizá por eso Marx escribió alguna vez que la historia avanza por su lado malo. Un pueblo, por decir un caso, se remite siempre al momento de su constitución, es decir, a su *momento originario*, lo cual no se debe confundir con el momento constitutivo del Estado. En este sentido, todo acto fundacional tiene un *requisito* de masa. No obstante, ¿por qué hay pueblos que fundan su mito en el orden y pueblos que lo fundan en la masa y su autodeterminación? ¿Acaso no es verdad que hay aquí una suerte de *temperamento* de los pueblos?

El principio de autodeterminación de la masa está hablando del aspecto de la grandeza de la especie. No se necesita repetirlo. El hombre no acepta la proposición de lo externo, o sea su inercia, sino cuando ha intervenido en ello. Pero el acto de la autodeterminación como momento constitutivo lleva en su seno al menos dos tareas. Hay, en efecto, una fundación del poder, que es la irresistibilidad convertida en *pavor* incorporado; hay, de otro lado, la fundación de la libertad, es decir, la implantación de la autodeterminación como una costumbre cotidiana. Es aquí donde la masa enseña el aspecto crítico de su propia grandeza.

Puede ocurrir, para referirnos a un algo más concreto, si hablamos de lo nacional-popular, que lo popular no sea todavía *lo* nacional o sea, que la nacionalización no se haya cumplido. Aquí salta la importancia de la democratización social. Con todo, de otro lado, la nacionalización ocurre siempre bajo un signo. Es muy distinta una nacionalización que ocurre bajo el llamado popular democrático, como en Francia, o una que ocurre bajo la convocatoria de la clase dominante en lo previo, como en Alemania. Alemania parece el ejemplo flagrante de una nacionalización reaccionaria. Alemania misma nos demuestra que pueden haber *grandes actos reaccionarios de masas*.

Esto no significa sino que la autodeterminación de la masa es lo que da un sentido al resto de las acepciones sobre la democracia. Sin embargo, *no conlleva una tendencia progresista por sí misma*. En realidad, la sociedad civil concurre al momento determinativo con todo lo que es. Es en la lucha entre los aspectos de lo que lleva donde se define qué es lo que será. La sociedad civil, por tanto, es portadora tanto de tradiciones democráticas como de tradiciones no democráticas y a veces es portadora de tradiciones no democráticas incluso a un acto de autodeterminación, es decir, en un instante democrático. En su «carga» está lo racional de su hábito y sus irracionalidades, su juicio y su prejuicio. ¿Cómo podría, por ejemplo, un pueblo como el peruano o el boliviano llegar a su autodeterminación sin considerar que la servidumbre está en medio de la tradición popular? El antisemitismo, de otro lado, era una auténtica tradición popular alemana. En la crisis de los treinta, el pueblo alemán se autodeterminó eligiendo su lado reaccionario. Es, pues, la lucha política, porque la política es el lugar donde se funden las hipótesis teóricas y la factualidad de la determinación de la masa, lo que define la forma de explotación del momento constitutivo.



## 6

# NOTAS SOBRE LA CUESTIÓN NACIONAL EN AMÉRICA LATINA (1981)\*

1. ES POSIBLE RAZONAR acerca de la cuestión nacional desde el punto de vista de sus consecuencias hacia fuera (externos al ámbito de lo que es la nación o el escenario del proceso nacional) o considerando más bien el aspecto de su conexión interior o composición. En las presentes notas, trataremos este asunto sobre todo en lo que se refiere a los elementos de la nacionalización y su interacción, con alguna inferencia hacia el problema de la disponibilidad o soberanía, y ateniéndonos sobre todo a los matices que adquiere el problema en Bolivia.

Una profesora francesa, Marie Danielle Demélas, escribió una interesante tesis sobre Bolivia a la que tituló *Bolivia, nacionalismo sin nación*. Este apelativo expresa bien el estado de ánimo con que se encara el tema en países como Bolivia o el Perú. Autores de otras nacionalidades (como Córdova, Kaplan o Halperín Donghi) hablan ya de la época de formación de los Estados nacionales como algo que hubiera concluido hace bastante tiempo. Esta diferencia de momentos de visualización de la cuestión habla de por sí de las dificultades con que nos encontramos incluso para reducir la problemática a núcleos comunes. En otros términos, aunque la cuestión nacional sea como universalidad una sola, cada país latinoamericano vive una parte de ella como su núcleo problemático. Para nosotros, los bolivianos al menos, la formación del Estado nacional y de la nación misma es algo no concluido en absoluto. El carácter que tendrá la nación o la forma de revelación de la nación en el Estado, he ahí el problema en torno al que se libran todas las luchas políticas e ideológicas.

---

\* Ponencia presentada al XIV Congreso Latinoamericano de Sociología, San Juan, Puerto Rico, 1981. Una primera versión se publica como «La cuestión nacional en América Latina», *Boletín de Antropología Americana*, México DF, núm. 4, diciembre de 1981, pp. 91-98. Luego otra en la revista *Homines*, Puerto Rico, vol. 6, núm. 1, enero-julio de 1982, pp. 151-163. Publicado luego también en Juan Enrique Vega (coord.), *Teoría y política en América Latina*, México DF, CIDE, 1983, pp. 281-290. No hay ninguna diferencia significativa entre este texto y el publicado con un título diferente: «Notas sobre la cuestión nacional en Bolivia», en Marco Palacios (comp.), *La unidad nacional en América Latina. Del regionalismo a la nacionalidad*, México DF, El Colegio de México, 1983, pp. 87-97. [N. de E.]

2. Veamos en primer término la nación considerada como fuerza productiva. Marx escribió que «la primera fuerza productiva es la colectividad misma».<sup>1</sup> De por sí esto nos dice que hay formas de organización de la colectividad que son superiores a otras. La nación por tanto y más bien el Estado nacional serían por tanto la forma paradigmática de organización de la colectividad dentro del modo de producción capitalista. O sea que aquí tenemos una primera restricción: hablamos de naciones en el sentido capitalista aunque luego veremos el rol de las naciones precapitalistas respecto del proceso capitalista de nacionalización. Pues por nación se entiende por lo común la construcción de un yo colectivo, es decir, la construcción compleja de cierto grado de centralización y homogeneidad en torno al mercado interno, entonces veremos el comportamiento específico del capitalismo con relación a ese proceso. Se trata en primer lugar de la construcción de una identidad colectiva o entidad histórica formada por hombres jurídicamente libres. La nación en este sentido está compuesta por hombres libres que se han supeditado (el paralelo es notorio con la subsunción formal) a una forma de colectividad, la nación, que resulta ser la más eficiente para la instalación del modo de producción capitalista.

En los hechos, cuando Lenin escribió que el Estado nacional es el escenario ideal para el desarrollo del capitalismo se atenía a un criterio subliminal en todas las exposiciones de Marx. Esto se lo puede decir de otra manera. Puede haber también desarrollo capitalista sin que exista la nación en la forma de su paradigma, en la misma medida en que puede haberlo (lo demuestran los casos históricos) sin que se dé la subsunción real, es decir la aplicación de la ciencia y la máquina al acto productivo. Pero el que la implantación del modo de producción capitalista (MPC) se dé sobre una base nacional o el grado en que construya o no una base nacional, la medida en que se convierta en efecto la subsunción de la ciencia a la producción en actitudes de la masa, todo eso, nos habla de un nivel u otro de desarrollo del capitalismo. Por eso, la nación, por cuanto implica un cierto grado de homogeneidad entre ciertos elementos decisivos que concurren al régimen productivo, es por sí misma una fuerza productiva o, si se quiere, es el indicador del grado de correspondencia entre el modo productivo y la colectividad en que ocurre. En este sentido es *una fuerza productiva* de la misma manera que el hombre libre, la subsunción formal, la subsunción real, la transformación del tiempo, etc. Es cierto con todo que, en rigor, este papel debe ser otorgado más bien al Estado nacional o Estado-nación. Así, para el caso, si el mercado mundial es el logro histórico superior del capitalismo (entre otras cosas porque el mundo no es mundial antes, no hay historia mundial), la nación, lejos de contradecir la lógica

---

<sup>1</sup> Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política: borrador, 1857-1858*, México DF, Siglo XXI, 1971, p. 456.

del mercado mundial, es su requisito, su forma de organización. Pero el Estado nacional es lo que ocurre cuando la sociedad civil se ha convertido en nación y tiene un solo poder político o sea que el Estado nacional es algo así como la culminación de la nación. Es cierto que puede haber una sociedad civil no nacionalizada o unificada en el sentido nacional y aun una sociedad civil unificada sin un poder unificado a su turno, etc. En todo caso, es cierto que la concomitancia entre un Estado apostado sobre una sociedad civil nacionalizada constituye el óptimo del MPC y completa el ciclo de totalizaciones que va desde la constitución de las clases colectivas hasta la socialización de la producción.

3. Con fines puramente expositivos, porque se supone que hoy en día nadie trabaja en estos términos, es útil referirse a la definición más célebre de nación, que es la de Stalin:<sup>2</sup>

Nación es una comunidad estable, históricamente formada, de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada esta en la comunidad de cultura.<sup>3</sup>

Esta acepción es interesante precisamente porque podemos apoyarnos en su modo mecánico para comentar sus elementos. Si se dice, por ejemplo, que se trata de una comunidad «históricamente formada» se puede preguntar cuál no lo es. A lo que se refiere en todo caso es a que no se trata de una comunidad de raza ni de tribu; pero nadie podrá negar que la comunidad racial o étnica es un elemento coadyuvante, favorable y a veces decisivo para la nacionalización. En determinados casos (y aquí se revela lo vicioso de razonar sobre la nación al margen de los casos históricos), no hay duda alguna de que el hecho racial fue la base causal del *reconocimiento* como nación. De tal manera, es una comunidad que a veces se basa en la simpatía de la identidad racial y a veces no.

En cuanto al territorio, su función no es menos variable. No hay duda de que hay pueblos que son hijos de la geografía o sea aquellos en los que la respuesta (*response*) al desafío (*challenge*) del hábitat los ha obligado a ser un tipo de colectividad porque no podían ser otro. Tampoco es necesario hablar del *principio de posterioridad* que tiene en algunos casos el territorio con relación a la nación. Es indudable que primero existió la nación norteamericana y después su territorio actual. En todo caso, el rol del territorio resulta en general subordinado al acto articulario, que es la esencia de la nación.

<sup>2</sup> Este y los siguientes párrafos son usados luego por Zavaleta Mercado en «El mundo del Temible Willka», capítulo 2 de *Lo nacional-popular en Bolivia...*

<sup>3</sup> Joseph Stalin, *Acercas de la cuestión nacional*, Medellín, La Oveja Negra, 1972, p. 14.



Un idioma, como decía Gramsci, es una concepción del mundo; pero también es un movimiento. Lo que llamamos *idioma nacional* no es en último término sino el *modus vivendi* entre las lenguas de las unidades que concurren a la nacionalización cuando no el símbolo de la destrucción de esas unidades a partir del centro nacionalizador. El quechua, que ahora es visto como una lengua originaria en Bolivia, en realidad fue el fruto de los *mitimaes*, primero, o sea una imposición coercitiva y después la *lingua franca* colonial, para la concentración de Potosí sobre todo. En todo caso, este papel del quechua como la lengua conquistadora o impuesta, general para toda región que no fuera el valle de Cuzco, expresa con los incas o con la minería colonial un momento social. Si la manera de la nacionalización equivaldría a la castellanización o al bilingüismo dependerá también de la resolución de los contenidos culturales de las luchas de clases.

No es necesario detenerse demasiado en una reducción al absurdo de la proposición de Stalin: al no tener un idioma común, los actuales italianos o los actuales franceses no habrían podido ser naciones. Pero la constitución del propio idioma nacional es parte de la constitución de esas naciones o sea que la forma de su identificación idiomática manifiesta el modo de la solución de su cuestión nacional. ¿No es verdad que el *Hochdeutsche*, el advenimiento de los «cultos» y el propio Lutero con su traducción de la Biblia no están signando una manera digamos *junker* de solucionar la cuestión nacional? Vamos a volver después sobre este problema de la nacionalización reaccionaria. Muy distinto aquello, por cierto, de la adopción del francés por los italianos de Niza o por los vascos, por los alsacianos y, en fin, por el conjunto de los pueblos que componen después el Estado nacional francés. ¿No es por lo demás bastante significativo que el país con gran población indígena y sin gran propiedad señorial (sin aristocracia terrateniente en la práctica), el Paraguay, desarrolle de un modo tan fluido el bilingüismo en tanto que ello no se dé sino esporádicamente en México, Perú, Guatemala y Bolivia, países todos de predominio servil en su solución productiva? Aquí mismo está asomando el principio de un planteamiento. El doctrinarismo monolingüista o el bilingüista deberán remitirse a lo que se llama una proposición de masa. Lo que importa por tanto como elemento de nacionalización es el canal adoptado por la forma espontánea de la masa que concurre a la nacionalización. Pensar que el bilingüismo es un obstáculo a la identidad paraguaya o a la constitución de su mercado interno es sin duda un sinsentido; pero esta es una solución nacional-popular allá donde ella, por cualquier circunstancia, fue admitida.

Con toda la importancia que puedan tener los factores raciales, espaciales y lingüísticos, lo que él (Stalin) llama los problemas de «vida económica» y de «psicología», o comunidad de cultura, son sin duda los que tienen un valor más concluyente aunque no tendrían ningún significado si no

los remitiéramos a la discusión del momento constitutivo, es decir, de la coyuntura de construcción social y al epítome estatal.

Una cosa y la otra (la vida económica y la psicología) tienen que ver con el concepto de descampesinización o acumulación originaria (la manera en que afecta a la cultura agrícola la acumulación originaria). Es notorio que hay otras formas de «vida económica común» que la mercantil. Por el contrario, la profundidad de las formas de vida económica en común premercantiles es a veces el obstáculo más formidable para la nacionalización de tipo capitalista porque conserva a la nación precapitalista. En este sentido, si bien la integración horizontal tiene una enorme importancia (la supresión de las aduanas, la infraestructura física de la nacionalización) con todo no es menor la de la integración vertical, que se refiere en lo político a la democracia y en lo económico a la construcción del obrero total y el capitalista colectivo o sea a la conquista de la agricultura por la industria e incluso a los ciclos de rotación del capital. No se trata así solo de que las cosas sean nacionales en su extensión sino también de que la velocidad de su ciclo de rotación está hablando de una prosecución cualitativa de la unificación. Esto significa que el Estado es proporcional a la forma de rotación del capital: significa que el índice del desdoblamiento de la plusvalía es un verdadero marcador histórico y, en este sentido, mientras mayor sea la participación del Estado en el control del mercado, es decir, en la captación de la plusvalía (dato social o general) mayor será la nacionalización. De todas maneras, es posible escribir que no toda vida económica en común tiene los mismos efectos. Se pueden estar haciendo en común los mismos actos pastorales e incluso referidos a una tributación *central pero no comunicada* sin que eso tenga un efecto de nacionalización en el sentido capitalista. De otro lado, en una rotación sofisticada es posible que ella se realice sin necesidad de un idioma común ni de una psicología común. El actual mercado mundial demuestra la eficacia de los nuevos *media* en materia de ampliación del mercado interno (porque nosotros somos *parte* del mercado interno norteamericano o alemán).

4. El momento económico de la formación nacional y su momento ideológico o cultural son paralelos y se fundan ambos en el contexto dado por el *momento constitutivo*. En primer lugar, a este compuesto causal no se le debe dar un contenido metafísico porque es lógico que cada sociedad viva varios momentos constitutivos de diferente intensidad. Es explicable por lo demás que, si consideramos la nación y al Estado nacional en la manera en que ocurren dentro del MPC y no en general, hablamos del momento constitutivo referido a esta fase.

Pues bien, el momento constitutivo característico en este sentido es el inglés. Aquí la transformación de las prestaciones personales en tributo en especie y de esta en rentas centenales, el drástico desdoblamiento del campo causado por la peste negra, la revolución de los precios y la interaniquilación de la aristocracia en la Guerra de las Dos Rosas, causas todas sumadas a la homogeneidad lograda en base a la reacción antinormanda, todo ello, configura un momento constitutivo característico. Las modalidades estructurales y superestructurales inglesas resultan del desenvolvimiento de esta trama que concluye en el «licenciamiento de las huestes feudales», es decir, en la descampesinización. No vamos a detenernos más en el caso inglés pero vamos a opinar acerca de lo que significa la expropiación de los campesinos o sea la construcción del *estado de separación* entre el productor agrario y el medio de producción.

Hasta aquí la cultura predominante es una de carácter agrícola, como todas las que anteceden al capitalismo, que es la primera cultura industrial y urbana. Es, el feudalismo, una lógica de aldeas y de osificación de la relación entre el siervo de la gleba y el suelo. Pues bien, la descampesinización es la destrucción de la tradición de la aldea y la doble liberación en el sentido de que se consagra, por un lado, la libertad jurídica del hombre desvinculado y la «libertad» respecto de la tierra o medio de producción o gleba. A esto es a lo que se llama la erección del *estado de separación* o extrañamiento.

Es la primera separación masiva entre el hombre y su medio de producción clásico, que es la tierra. Produce ello un estado de vacancia ideológica, es decir, un vacío en la representación del mundo. Hasta entonces, la cosmovisión había estado vinculada en cierto modo al sistema de las tres hojas. La pérdida de esa *Weltanschauung* produce un estado de disponibilidad colectiva que solo es llenado por la lógica de la fábrica, que es sí una visión cultural. El modo cotidiano de la comarca (en el comer, en el vestir, en el hablar) es sustituido por la *hybris* de un modo colectivo. Es aquí donde se produce la nacionalización, es decir, la sustitución del carácter localista por el carácter nacional y este es el verdadero momento constitutivo. En el ejemplo inglés, coincide con la incapacidad de la aristocracia como dominación, la incapacidad hegemónica por parte de la burguesía y en suma por el conjunto de características de la formación económico social inglesa actual, es decir, una base económica capitalista *in toto* con una superestructura impregnada fuertemente por los resabios feudales. Lo decisivo de este momento se comprende: el ápice clasista de esa instancia estaba dado por el predominio de lo que evolucionaría como burguesía industrial. Pero si el momento constitutivo de la moderna España está dado por la Reconquista, era también inevitable una cultura señorial, con el predominio de los terratenientes y el capital comercial.

Se colige de lo anterior que el momento originario del capitalismo en cada formación tiene una importancia extraordinaria. Eso, en primer término, y en segundo, que la viabilidad del capitalismo es muy diferente según el término en que se haya constituido la nación o su *ersatz* (el Estado multinacional es el *ersatz* de lo que no ha podido convertirse en nación). Esto mismo nos dice que no puede haber una teoría de la nación de la misma manera que no puede hablarse de una teoría general de la formación económico-social sino en términos muy restringidos; aquí hablamos de los términos en que cada formación se ha convertido en nación o no ha logrado hacerlo. Con todo, si el término «psicología común» va a reemplazar toda la larga e inconclusa discusión sobre hegemonía, legitimidad e ideología, y si la mera elocución de la generalidad «vida económica común» reemplazará a la complicada relación entre el modo de producción y las formaciones económico-sociales, es evidente que estamos ante una simplificación o más bien ante la pseudoconversión de un problema histórico específico en un lugar común. No obstante, de lo dicho anteriormente se advierte al menos que, desde el punto de vista metodológico, es incorrecto definir la nación por el momento en que concluye, o sea por su paradigma; en cambio es fundamental el momento originario del proceso de lo nacional. A propósito de este movimiento, corresponde discutir (y lo apuntaremos al menos) la cuestión de las conversiones del sentido fundado por el momento originario, es decir, del tema de la revolución social como momento constitutivo de conversión.

Pues bien, el momento originario inglés estuvo dado por una enfermedad masiva y por el hecho sin duda circunstancial de la conquista de América y sus consecuencias financieras a lo que debe sumarse el *antropocentrismo*, etc. Los occidentalistas deducen de esto que el Occidente era el único capaz de aglutinar esas circunstancias. Pero atribuir la existencia de un determinado Estado nacional a la lengua es tan absurdo como pensar que el Estado nacional inglés es una consecuencia de la peste negra porque también hubo peste negra en países que no se transformaron en Inglaterra.

Por consiguiente, el momento constitutivo puede ser un hecho poderoso y temprano como ocurre en las culturas llamadas hidráulicas, puede basarse en el patrón ideológico dado por la reconquista (España), en la unidad de una lengua en dispersión (como en Alemania) o en un hecho político, que es lo característico de nuestro tiempo, como la revolución burguesa en Francia y la revolución socialista en la Unión Soviética.

5. Aunque de un modo un poco errático, interesan sin embargo algunas acotaciones específicas sobre la cuestión nacional. Estamos de acuerdo en que, cuando hablamos de nación en el sentido actual, hablamos de una

nación capitalista. Puede existir, con todo, un idioma común a toda una colectividad que pertenezca a un sistema económico previo. Para dar un ejemplo: todos los aymaras pertenecían en cuanto a su origen a una lengua que se había formado junto con el método de la agricultura andina porque la fundación misma de la vida y la lengua son aquí coetáneas. Se trata, por tanto, en efecto, de una concepción del mundo. En este caso, lo que Tamayo llamaba «la resistencia y la persistencia» está diciendo que el idioma defiende al sistema ecológico junto al que existió, que son un todo único, idioma y sistema. Desde este punto de vista, sin duda la supervivencia de lo aymara no es una ventaja para la nueva nacionalización sino un obstáculo. Pero un obstáculo en tanto cuanto es un proyecto para los aymaras hecho por los no aymaras, contrario a la forma de nacionalización que sirva al canon inglés o francés de nacionalización; pero la forma local debe estar dada por los hombres locales y en efecto no es posible otra nacionalización efectiva que la formulación en términos democráticos. Desde ese ángulo, la resistencia aymara no es una simple fosilización.

Con todo, es necesario tener cautela de manera de no hablar del aymara como si fuera la expresión de un sistema floreciente de un modo actual. Una cosa, en efecto, es que la subsunción real capitalista no prospera en el altiplano andino, lo cual parece evidente, y otra que el sistema de los pisos ecológicos haya demostrado su superioridad sobre la agricultura capitalista, lo cual es improbable al menos. Lo que sostenemos es que, aunque el aymara hubiera expresado alguna vez un modo productivo que está en disolución, ahora es un soporte ideológico de la emergencia democrática de los aymaras y también un instrumento de la unificación del mercado, es decir, de la nacionalización. La concurrencia de la mayor parte de los actuales aymaras al mercado interno se basa no en la extinción del aymara en cuanto lengua, sino en su expansión. La verdadera lengua común para la concurrencia al mercado es el aymara. La ruptura del localismo ha consolidado la circulación del aymara en cuanto lengua. Así, mientras la castellanización obligatoria y excluyente era el programa único y general de todos los grupos criollo-mestizos, el bilingüismo espontáneo que acompaña la revolución democrática informa *una proposición de masa*. La propalación de la producción mercantil simple amplía *al mismo tiempo* el uso del aymara y del castellano y esta no incompatibilidad demuestra que la consigna monolingüe no tenía otra realidad que la del pensamiento socialdarwinista que imbuía incluso a las posiciones más avanzadas en la materia. No se ve qué pueda tener que hacer con esto la apología de Stalin, heredada de Kautsky, de una sola lengua por sí y para siempre como requisito transtemporal de la nación. Con esto no negamos en absoluto que en determinadas circunstancias el universo de la lengua determine el ámbito de la nación. No obstante, es claro que el requisito está en la articulación

lingüística eficaz, o sea en la correspondencia entre el mercado y la comunicación no importa si con una lengua o con dos. La nación como módulo hegemónico instalado por el momento constitutivo explota el medio idiomático que facilite la nacionalización, sea único o múltiple, e incluso puede formar lenguas nuevas sobre la base de las prenacionales porque su objeto es la articulación y no el fetiche del monolingüismo.

6. Una otra digresión acerca del concepto «vida económica en común», siguiendo con el ejemplo andino. John Murra ha dado argumentos persuasivos acerca de la relación que hay entre el sistema de subordinación ecológica y la emergencia del Estado en el mundo andino.<sup>4</sup> Se podría decir que esta es una forma despótica de nacionalización a partir del imperativo ecológico porque allá no es posible nada si no está organizado y la organización autoritaria es la forma elemental del Estado. Pues la fórmula de Stalin es tan vaga que el producto de aquel acontecimiento civilizatorio llenaría todos los requisitos que se atribuye a la nación: trataríase de una comunidad estable, históricamente formada, de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología-cultura. Pues bien ¿es esto a lo que nos referimos cuando se discute acerca de la nación en Perú o Bolivia? Deberíamos hablar entonces de una suerte de segunda nacionalización, aunque forzando los términos. Los germanos eran también una comunidad históricamente formada de idioma, territorio, etc., cuando fueron penetrados por los romanos. Nos parece que *stricto sensu* hay una validez particular del idioma, del territorio, de la ideología que es propia del capitalismo y a la que debe referirse la definición de la nación como unidad característica del modo de producción capitalista, es decir, de una forma particular de articulación de vínculos que son propios del capitalismo.

Con todo, la domesticación del hábitat sigue siendo el acontecimiento más importante que ha ocurrido en el escenario andino y es algo de un peso tan colosal que lo impregna todo. ¿Cuál será entonces la función de la «carga» orgánica que viene de ese pasado en cuanto a ideología, idioma, modos organizativos? La posición de los civilizadores ortodoxos es que nada de eso tiene una función presente como no sea la de un resabio. Sin embargo, la historia de Inglaterra y casi todas las demás demuestran que no es necesario que los elementos de la capitalización deban ser a la vez necesariamente capitalistas. La monarquía es sin duda la forma del Estado nacional inglés y el derecho romano viene del esclavismo pero es la base de todo el derecho burgués. La reivindicación milenarista a la manera del movimiento katarista en Bolivia debe ser recogida por tanto en su contenido democrático concreto y no en su incongruencia con aparentes criterios de modernidad.

---

<sup>4</sup> Véase John Murra, *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, Lima, IEP, 1975.

En todo caso, para ser honrados en el tratamiento del problema, es fútil creer que los problemas se solucionan por sí mismos. El resurgimiento de la fuerza social de la lengua aymara y la adquisición del castellano son ambos episodios de una revuelta democrática. Sin embargo, en los términos contemporáneos necesitamos que el idioma sirva no solo a la función elemental del mercado. Más importante que ello es que sea adecuado para el efecto de la subsunción real, es decir, de la incorporación del principio de racionalidad científica a las costumbres de la producción colectiva. La subsunción real significa por cierto, si algo significa, la ciencia como un acto de masa, es decir, la universalización de una visión nacional del mundo. La revolución democrática en este sentido es la puesta de la masa en aptitud de recibir a la ciencia. No todos los idiomas sirven para tal cosa.

Lo mismo puede decirse *mutatis mutandis* del territorio. En términos capitalistas, si hablamos de ello nos referimos a un territorio viable con relación al mercado mundial o al menos a la correlación política mundial y respecto del propio mercado interno. En este sentido, profundamente deslocado por el capitalismo, una planicie fértil aunque en apariencia puede parecer favorable al hecho nación, en realidad puede ser la causa de una desnacionalización y en cambio territorios pobres e inhóspitos pueden sin embargo favorecer la conservación de elementos nacionalizadores.

En suma, en términos del modo de producción capitalista, la nación no es la suma de los elementos dados por Stalin sino un óptimo entre ellos, óptimo signado por su función respecto al modo productivo, que es dado por el momento constitutivo, es decir, por el patrón hegemónico. Eso mismo significa la inserción del canon estatal en la nación.

7. ¿Por qué se asigna a la descampesinización un significado casi equivalente al de nacionalización? Nos parece que aquí debe ponerse de relieve no tanto el rol de la descampesinización en cuanto formación del mercado interno, sino en su cualidad histórica. Hay en efecto un eje o asignación de la nacionalización y un *locus*. Si lo enfático en esto es el abandono o pérdida de la cultura de la aldea y el consiguiente vaciamiento o disponibilidad, entonces la decisión de lo disponible, es decir, su nuevo reconocimiento se da en torno al eje de la nacionalización. Quien ocupe el centro hegemónico del momento, o sea quien «interpele» a la nación, definirá su suerte por un largo periodo. Las consecuencias de este momento intenso son enormes. No es lo mismo que la descampesinización se produzca como diferenciación en el seno de un campesinado que ha impuesto la parcelización por la vía revolucionaria que la construcción de la «separación» desde arriba, es decir, como expulsión de los campesinos y aun se podría distinguir entre quién es el que expulsa: entre los terratenientes ingleses, que contenían

en sí la perspectiva de una burguesía industrial, y los *junker* alemanes hay sin duda una diferencia. En todo caso, la sucesión de la derrota del movimiento campesino, el llamado segundo feudalismo y los *junker* definieron el momento constitutivo alemán de una manera reaccionaria.

De la misma manera, no podemos confundir entre las situaciones de países que en la práctica no han tenido historia campesina, de la de aquellos cuya descampesinización es una consecuencia diferida de un movimiento armado triunfante, como México, o de la descampesinización inducida por la vía de la aplicación del excedente a ese objeto, es decir, descampesinización sin movilización campesina, como ocurriría ahora aparentemente en Venezuela. Aun más insólito es el caso de Puerto Rico, donde la descampesinización se hace debajo del poder colonial. A tal punto es fundamental la consigna de la autodeterminación en el momento constitutivo que Puerto Rico podría en determinado momento y quizá ahora mismo reunir todas las características de la nación según Stalin, ser una comunidad estable, históricamente formada, de idioma, territorio y de psicología-cultura y, sin embargo, no ser una nación. La soberanía, en efecto, es un requisito de la nación y no solo su adjetivo. Por consiguiente aunque se complementaran los elementos formales de la nacionalización, que son los únicos mencionados por Stalin, sin embargo el *ethos* central no estará cumplido. La cuestión del *locus* del proceso descampesinización-nacionalización aparece también de un modo heteróclito en la Argentina por cuanto el *desprendimiento* de una gran parte de su población se efectuó en otro lugar; quizá ello explique por qué la sociedad argentina ha sido siempre más democrática que nacional.

En todo caso, el punto nodal nos parece el del *mito interpelatorio* del momento constitutivo. Por ejemplo, si hablamos del episodio de 1952 en Bolivia, veremos que el núcleo de la situación estaba dado por el movimiento de masas campesino o sea por su acto de reconocimiento o reconstrucción del pacto y no por el reparto de las tierras, que es un acto administrativo cuyas consecuencias hacia el mercado interno serán lentas. Esto significa que la memoria clásica y los símbolos de lo indio, que provienen sin duda de la formación social prehispánica y de hechos semejantes de identificación (como Katari y la Guerra Federal), tienen una función capital. Este reconocimiento se funda en una aceptación mítica pero no es distinta la función del protestantismo en Alemania o del islamismo en el Irán actual. Por el contrario, se diría que no hay un solo caso de instalación del capitalismo que no apele a mitos interpelatorios precapitalistas.





## 7

# PROBLEMAS DE LA DETERMINACIÓN DEPENDIENTE Y LA FORMA PRIMORDIAL (1982)\*

SE DICE QUE EL IMPERIALISMO en su sentido actual connota o revela a la vez «al sistema capitalista como un todo y a la dominación política y económica de los países avanzados dentro de aquél».<sup>1</sup> No siempre ha sido así. En la acepción original, imperialismo no significaba sino la fase monopólica del modo de producción capitalista, o sea que «no es un fenómeno político o ideológico sino que expresa las necesidades imperativas del capitalismo avanzado».<sup>2</sup> Preferimos nosotros la primera definición porque, aunque resulte importante el perfil estructural o modelo de regularidad obtenido como categoría misma, la aparición del proceso no ocurre nunca con solo su esencia o núcleo: una determinación estructural está siempre revelada por su forma ideológica y la combinatoria de ambas, estructura e ideología, debe producir siempre una política.

En este trabajo queremos proponer un razonamiento acerca de la cuestión de la *construcción de la política* en torno a la tensión entre formas autoritarias y movimientos democráticos, considerados en su punto originario. El espacio al que nos referiremos es el de las actuales experiencias autoritarias en la América Latina. Supone ello la consideración de los movimientos contradictorios entre el flujo (decreto o *ucase*) de los centros mundiales, en especial Estados Unidos, hacia la periferia, lo cual habla de la determinación exógena de la forma política (que computaremos como el momento de homogeneidad del modelo político regional, por cuanto se refiere a un estatuto común a un número importante de países y capaz de imponer un patrón político)<sup>3</sup> y la causación histórico-local dentro de

---

\* Publicado en Susana Bruna *et al.*, *América Latina, desarrollo y perspectivas democráticas*, San José-Costa Rica, FLACSO, 1982, pp. 55-83. También en *Investigación Económica*, México DF, UNAM, núm. 167, enero-marzo de 1983, pp. 229-252. [N. de E.]

<sup>1</sup> Cf. Robert B. Sutcliffe. «Conclusion» en Roger Owen y Robert B. Sutcliffe (eds.), *Studies In the Theory of Imperialism*, Londres, Longman, 1972.

<sup>2</sup> Cf. Tom Kemp, «The Marxist Theory of Imperialism» cap. 1 de Roger Owen y Robert B. Sutcliffe (eds.), *Studies In the Theory of Imperialism*, Londres, Longman, 1972.

<sup>3</sup> Es obvio que no consideramos en esto al acto imperialista como una mera «emanación» objetiva de una estructura relacional. La condición objetiva puede tener diferentes expresiones subjetivas. Por ejemplo, la ideología del imperialismo norteamericano hacia la América Latina tiene

la formación (es decir, su heterogeneidad, porque aquí atendemos más bien a la *differentia specifica* de las sociedades) o sea su forma primordial.<sup>4</sup> Haremos también algunas consideraciones acerca de la relación entre el excedente económico<sup>5</sup> y la disponibilidad democrático-representativa, así como sobre los márgenes de constitución hegemónica o hegemónica negativa<sup>6</sup> que suelen aparecer en el seno de las experiencias autoritarias.

## I. Descripción de los ciclos

El primer aspecto a examinar es el grado de autorreferencia (*selfidentity*) de que disponen este tipo de sociedades, la medida en que determinan su propia política y, en fin, el grado en que han constituido un núcleo autodeterminativo. La tendencia de los estudios actuales es a suponer que si el núcleo autodeterminativo existe, existe cada vez menos. Magdoff, por ejemplo, habla de «el surgimiento de la firma multinacional como una entidad más poderosa que el Estado-nación»<sup>7</sup> en tanto que autores como Raymond Vernon han podido escribir que «conceptos tales como la soberanía nacional y el poderío económico nacional aparecen curiosamente privados de significado».<sup>8</sup> Poulantzas, en uno de sus últimos trabajos, ha ido más lejos. Se viviría la propia disolución de los viejos Estados nacionales. «No se asiste a la emersión de un nuevo Estado por encima de las naciones, sino más bien a rupturas de la unidad nacional subyacente a los Estados nacionales existentes». Pero no solo eso: «El modo de producción

---

antecedentes que son anteriores a su dominación económica. En todo caso, como emanación o como selección, aquí nos referimos al *input* o momento activo del centro sobre la periferia, elemento sin duda central para comprender las formas políticas de estas sociedades. En algunos casos, se ha tendido a vincular de un modo inmediato la fase del centro con la fase local.

<sup>4</sup> Por forma primordial comprendemos la combinatoria propia de la formación económico-social como particularidad, o sea modo de recepción del *input* central. Cf. René Zavaleta Mercado, «Movimiento obrero y ciencia social. La revolución democrática de 1952 en Bolivia y las tendencias sociológicas emergentes», *Historia y Sociedad. Revista Latinoamericana de Pensamiento Marxista*, Segunda época, núm. 3, 1974, pp. 3-35.

<sup>5</sup> Para el concepto de excedente económico *vid.* Paul A. Baran, *Excedente económico e irracionalidad capitalista*, México DF, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 3, 1977. En todo caso, lo que acá interesa es la *natio* entre el proyecto político, la disponibilidad de los medios materiales o recursos económicos y la idoneidad política. Un tipo de óptimo, por ejemplo, puede resultar de un amplio excedente económico incluso si no hay una gran disponibilidad política o maleabilidad en la sociedad. El correlato entre la capacidad de valuación social o lectura y la disponibilidad en la sociedad civil puede también, en un caso, sobrepasar la determinación propia de la situación con excedente.

<sup>6</sup> Porque un acto con profundidad autoritaria genera creencias. Tal es el sentido en que hablamos de hegemonía negativa. Cf. Norbert Lechner, *Poder y orden. La estrategia de la minoría consistente*, Santiago de Chile, FLACSO, 1977.

<sup>7</sup> Véase Michael Barrat Brown, «A Critique of Marxist Theories of Imperialism» en Roger Owen y Robert B. Sutcliffe (eds.), *Studies In the Theory of Imperialism*, London, Longman, 1972.

<sup>8</sup> Véase Raymond Vernon, *Sovereignty at Bay: The Multinational Spread of U.S. Enterprises*, Nueva York, Basic Books, 1971.

de las metrópolis se reproduce, bajo forma específica, en el interior mismo de las formaciones dominadas y dependientes». <sup>9</sup> O sea que aquí Poulantzas asigna a la entidad multinacional no solo la aptitud de disolver a los viejos Estados nacionales, sino también la de reconstruir a su imagen y semejanza a las propias «formaciones dominadas y dependientes», lo cual por cierto va más allá de la más extensa de las tesis dependentistas (la de Quijano) que hablaba al menos de una correspondencia cerrada entre la historia local y la fase de la historia central pero no de la ocupación de aquélla por esta.

Proponemos la deliberación acerca de este asunto en torno al dibujo de dos ciclos relativos que, a nuestro juicio, expresan bien la hora de homogeneidad del *input* o provisión política. Adviértase de principio que asumimos que no existe una opresión solo estructural, esto es, que ella provoca un tipo u otro de proposición consciente de la política. Los ciclos a valorar serían:

- A. El ciclo de disolución de las experiencias populistas-representativas que ocurrió entre 1963 y 1965. Se trata de un ejemplo característico del flujo o emisión del centro a la periferia. En este periodo, varios países latinoamericanos viven una serie de golpes de Estado o desplazamientos inducidos en el poder con características idénticas entre sí, en su modalidad operativa, aunque en países diferentes en todo unos de otros. Es una secuencia que se inicia con la caída de Juan Bosch en la República Dominicana a fines de 1963. En el curso de 1964, serán también derrocados Carlos Julio Arosemena en el Ecuador, Joao Goulart en el Brasil y Víctor Paz Estenssoro en Bolivia. En 1965, en lo que puede considerarse el punto de ápice de este ciclo, Arturo Illia es depuesto por el golpe encabezado por el general Onganía en Argentina. <sup>10</sup>
- B. El ciclo de constitución de los actuales regímenes autoritarios en el Cono Sur. Este se inicia con el derrocamiento del gobierno populista de Juan José Torres en Bolivia (1971), con la formulación del esquema de militarización efectiva del poder con mantenimiento de cierto manto democrático-representativo, hacia 1973, en Uruguay, el golpe que pone fin al gobierno de Allende en Chile el mismo

<sup>9</sup> Cf. Nicos Poulantzas, «La internacionalización de las relaciones capitalistas y el Estado-nación» en *Las clases sociales en el capitalismo actual*, México DF, Siglo XXI, 1976.

<sup>10</sup> Véase Juan Bosch, *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*, suplemento de *Panoramas*, México DF, núm. 14, 1964; Thomas E. Skidmore, «Politics and Economic Policy Making in Authoritarian Brazil, 1937-1971» en Alfred C. Stepan, *Authoritarian Brazil: Origins, policies, and future*, New Haven (CT), Yale University Press, 1973, pp. 3-46; Oscar Braun, *El capitalismo argentino en crisis*, México DF, Siglo XXI, 1973; William H. Brill, *Military Intervention in Bolivia. The Overthrow of Paz Estenssoro and the MNR*, Washington DC, Institute for the Comparative Study of Political Systems, 1967.

año y el de los militares argentinos contra el segundo peronismo, en 1976. Es sin duda pertinente considerar la dictadura militar brasileña como una experiencia de premonición de estos modelos.<sup>11</sup>

Es verificable que el centro lineal del ciclo A está dado por la controversia en torno al aislamiento diplomático de la Revolución Cubana. Todos los regímenes abatidos coinciden en solo dos aspectos: en ser de origen representativo, esto es, producto de procesos electorales, y en su oposición a la presión diplomática norteamericana que propiciaba la ruptura colectiva con el régimen cubano. Por razones diferentes, solo Bosch y Goulart aparecían como el fenómeno de compulsiones sociales más vastas que tendieran a rebasarlos.<sup>12</sup> Con todo, lo que interesa a la índole de este análisis es la existencia de episodios homológicos o sea la capacidad de producir resultados o formas homogéneos por una decisión política (emisión o decreto) desde el centro de poder. La formación exógena de los *coups d'Etat* demuestra que, aunque al precio de un desgaste indudable, el aparato político norteamericano tenía la fuerza necesaria para imponer tales desplazamientos sobre condiciones nacionales que quizá no los habrían elaborado por sí mismas. La *diplomacia de castigo* no se enmarca aquí sino en un término primario pero contiene la revelación de una virtualidad. A diferencia de esto, en el ciclo B la tendencia homológica es más orgánica y directa, se diría que más estructural: no se trata solo de un castigo sino de la subsunción de un modelo político, lo cual resulta por demás iluminador porque enseña a la vez una concepción acerca de la insercionalidad real de los modelos políticos, es decir del sentido de obediencia de la práctica hacia el plan si este es funcional.

---

<sup>11</sup> Véase Jorge Gallardo Lozada, *De Torres a Banzer: Diez meses de emergencia en Bolivia*, Buenos Aires, Periferia, 1972; James Petras (comp.), *América Latina: Economía y política*, Buenos Aires, Periferia, 1972; Oscar Landi, «La tercera presidencia de Perón: Gobierno de emergencia y crisis política», *Revista Mexicana de Sociología*, año 40, núm. 4, octubre-diciembre de 1978, pp. 1353-1410; Juan Carlos Portantiero, «Economía y política en la crisis argentina: 1958-73», *Revista Mexicana de Sociología*, año 39, núm. 2, abril-junio de 1977, pp. 531-565; Pedro Vuskovic et al., *El golpe de Estado en Chile*, México DF, FCE, 1975; Jorge Landinelli, *El movimiento obrero-popular y la crisis del Uruguay liberal*, Tesis de maestría, México, FLACSO, 1978; Tomás Amadeo Vasconi, *Gran capital y militarización en América Latina*, México DF, Era, 1978; Gerónimo de Sierra, «Introducción al estudio de las condiciones de ascenso de las dictaduras: El caso uruguayo», *Revista Mexicana de Sociología*, año 39, núm. 2, abril-junio de 1977, pp. 567-574; Peter Evans, *A triplice aliança: as multinacionais, as estatais e o capital nacional no desenvolvimento dependente brasileiro*, Rio de Janeiro, Zahar editores, 1980; *Acta para el proceso de Reorganización Nacional y jura de la Junta Militar*, 24 de marzo de 1976. También los llamados *Decretos del Nuevo Orden*, en Bolivia, hacia 1972.

<sup>12</sup> Para entonces, Arosemena no producía más que símbolos antiimperialistas en tanto que Paz Estenssoro se había convertido ya en un hombre en quien confiaba el Departamento de Estado para el poder en Bolivia. (Véase Sergio Almaraz, *Réquiem para una república*, La Paz, UMSA, 1969.) El caudal de la movilización en Brasil y la Dominicana demuestra que debajo de Goulart o de Bosch se acumulaban fuerzas sociales mucho más extensas. En todo caso, todos ellos coincidieron con México en la posición de no aislamiento de Cuba.

Es llamativo el que en todos los ejemplos del ciclo B la autonomía democrática de las masas adquiriera en lo previo una desventura y un volumen más extensos que el marco democrático-representativo previo, o sea que se trataba del arrasamiento de la institución democrática por el auge democrático de la multitud.<sup>13</sup> La democracia representativa aparecía como un cebo para la democratización real o autodeterminación pero esta, la democracia como autoconstitución, desbordaba las débiles reglas de la democracia representativa. Los casos pueden resumirse de la siguiente manera, siguiendo el orden temporal de su existencia.

## Bolivia

En la contradicción antagónica entre una conspiración militar derechista encabezada por el general Rogelio Miranda y la defensa-sustitución de Ovando por el grupo populista militar del general Juan José Torres (octubre de 1970), una *huelga general de coerción* impone el triunfo del contragolpe del segundo. La movilización proletaria impone el éxito populista militar pero esto no contiene un éxito paralelo de la concepción populista militar en el proletariado. Hay entonces una definición externa de la contradicción militar, determinación que se cumple *desde* el movimiento obrero, lo cual habla de la división del aparato represivo, que es una fase avanzada de la crisis estatal (no hay crisis revolucionaria sin escisión del aparato represivo) y a la vez de la combinación entre una cierta capacidad de *hacer política* y de una relativa incapacidad hegemónica, que se manifiesta en el carácter de la Asamblea Popular, por parte de la clase obrera. En todo caso, aunque Torres aspiraba a la reconstitución de la autonomía relativa del Estado, a la manera de la que existió entre 1952 y 1964, los hechos fueron más lejos que todo proyecto. La convivencia entre la sociedad civil abigarrada, desconocida y en gran medida autoconstituida y el Estado, militarizado desde 1964, demostró ser inviable. Torres no tenía al final sino una existencia derivada y el movimiento obrero tendía a la expansión de su ámbito de dirección político-ideológica.<sup>14</sup>

---

<sup>13</sup> Véase René Zavaleta Mercado, «Cuatro conceptos sobre la democracia», *Bases. Expresiones del pensamiento marxista boliviano*, núm. 1, 1981, pp. 101-124; también en *Dialéctica*, núm. 12, septiembre de 1982, pp. 11-30 [publicado en este volumen]. Si no se hace una distinción entre la democracia como medida de la concurrencia material al producto, la democracia como verificación de la formulación del poder y la democracia como actitud colectiva o sea como la capacidad de insumir la segunda acepción en la primera, la democracia representativa en la distribución democrática, no se puede entender el significado tan distinto que tiene el término democracia en una situación o en otra.

<sup>14</sup> Véase Guillermo Lora, *De la Asamblea Popular al golpe fascista del 21 de agosto de 1971*, Santiago, Masas, 1973; René Zavaleta Mercado, *El poder dual*, México DF, Siglo XXI, 1974 [incluido en este volumen].

## Uruguay

Un avanzado grado de democratización social<sup>15</sup> y una estructura política de base democrático-representativa bastante consistente aunque acompañada por modalidades semicorporativas componían los elementos del sistema uruguayo que provenía del momento constitutivo encarnado en lo principal por la figura de Batlle y Ordóñez, que abarca una época entera.<sup>16</sup> Tan sorprendente como la amplitud formativa de ese sistema es la pérdida de su validación hegemónica que se inicia hacia fines de los años sesenta: eso no se manifestará en forma sino en los setenta con el auge del movimiento armado (MLN) y el despliegamiento de un amplio movimiento sindical, que adquiere una pugnacidad antes desconocida; entre ambos, confluyen en una coalición electoral poderosa que amenaza con dar fin con el *cul de sac* corporativista del sistema electoral bipartidario. La derrota virtual del candidato oficialista (no porque fuera el del gobierno sino porque las tendencias a la reforma del sistema contenían tanto los votos frenteamplistas como los de Ferreira Aldunate o sea que el semicorporativismo o ley de lemas se controvertía desde sí mismo) era el vaticinio de una segura ofensiva social contra una estructura que había perdido su margen distributivo (por la disolución del excedente clásico, que había sido proporcionalmente tan vasto) y también, de inmediato, su margen hegemónico. La militarización práctica del poder defenestra una lógica política en la que ya nadie creía.

## Chile

En lo que era una de las pocas democracias representativas estables de la periferia mundial (porque aquí suponemos que el *locus* democrático tiene que ver con la captación de lo que se puede llamar, en un término discutible, el excedente mundial), Chile había configurado un sistema político comparable en todas sus estructuras al modelo político de la democracia europea en su forma paradigmática, o sea, formación pluripartidaria, con libertad electoral universal, ancha expansión sindical y autonomía relativa del Estado, o sea el desprendimiento entre la dominación política y la dominación clasista en la medida en que eso puede existir. Con todo, la dicotomía de la formación chilena permitía distinguir entre un sofisticado aparato político estatal y (a diferencia de Uruguay y Argentina, que son como el caso invertido) un débil patrón de democratización social.

---

<sup>15</sup> El explosivo incremento del excedente en el último cuarto del siglo XIX y las propias tendencias igualitarias de la masa inmigrante que coincidió con ello «gratificaron», en efecto, a la sociedad civil uruguayo por un prolongado periodo. Vistas las cosas en su posterioridad, era más importante la democratización social que la política y, en todo caso, el sistema rompió su funcionamiento en la primera crisis.

<sup>16</sup> Véase Carlos Real de Azúa, *El impulso y su freno*, Montevideo, Banda Oriental, 1964.

La igualdad política (aunque dentro de la lealtad de un profundo arraigo estatal) coexistía con un estatuto social oligárquico en su esencia. Con la práctica de la autonomía relativa del Estado, convertida aquí en una concepción o mito de las masas (el poder, se supone, es conquistable por el voto), estas, las masas excluidas por aquel segundo aspecto de la dicotomía (la débil democratización social), amenazaron sin dudas con proseguir su triunfo representativo con una reconstitución hegemónica que no por errática resultaba menos peligrosa. La robusta reacción del fondo autoritario del Estado chileno y de la sociedad chilena demostró el alcance de la forma democrática allá donde no expresa la sustantividad de la igualdad social.<sup>17</sup>

## Argentina

En este país, que es una de las grandes experiencias sociales a nivel mundial, la forma democrática coincide del modo más literal con la disposición del excedente (es cierto que asociada a un momento constitutivo democrático, aunque rodeado por sus propias limitaciones, que es la inmigración masiva de europeos). La democracia representativa jamás logra volver a los niveles alcanzados en las décadas que acompañan a un excedente que es sencillamente enorme a un nivel mundial (1880-1930). El país demuestra una capacidad de captación o arraigo de excedentes bastante superior, por ejemplo, al Perú con relación al guano. El peronismo engendra o expresa (esto es algo a precisar) una nueva sociedad y también un nuevo canon estatal (aunque limitado en el tiempo). Es en el fondo un extensísimo fenómeno de democratización social y así, mientras en la forma de su cambio político la Argentina se parecerá a partir de Uriburu más a Bolivia o a Guatemala, en cambio alcanzará los niveles más avanzados del continente en cuanto a la democratización real. Los diversos intentos de reimplantación de formas de legitimidad, con intentos civiles preperonistas o con formas militares antiperonistas, fracasarán sin embargo ante lo que fue un auténtico momento constitutivo de masas en torno a la interpelación peronista. La propia burocracia peronista, poderosa en lo sindical e indigente en lo político (porque la política es en la Argentina un atributo oligárquico), tras el retorno de Perón, se siente a merced de las masas que acatan solo la norma de su patrón constitutivo.<sup>18</sup>

Idéntico aun en la misma enunciación programática, el modelo que los norteamericanos intentan insertar en estos países se basa en los supuestos siguientes:

---

<sup>17</sup> El análisis político chileno era sorprendentemente pobre con relación a la calidad del hecho. En todo caso, para el análisis de su economía es útil ver Aníbal Pinto, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1973.

<sup>18</sup> Véase Tulio Halperín Donghi, *Argentina: La democracia de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1972.



- a) En la reorganización verticalista de la sociedad civil, se trata de reemplazar las formas organizativas y grupales naturales (producidas por el movimiento de la sociedad) con formas de corte corporativo. Es obvio que el problema de la forma y la determinación originaria se dirigen no a la lectura de la sociedad civil por el poder, sino a la reconstrucción de la anarquía social en términos de la «gobernabilidad». Se imagina en realidad algo así como una «constitución» o apelación de las clases, formas, partidos y mediaciones desde el Estado o más bien desde la visión neoconservadora que se encarna en el *brain-trust* que aquí se identifica con el Estado.<sup>19</sup>
- b) La estrategia económica se basa en el dogma del sistema mundial en sentido de que nada que esté fuera de su ritual o eficacia tiene perspectivas racionales o sea en el dogma de la irresistibilidad del sistema mundial. Por consiguiente, la transnacionalización del acto productivo se aleja en un modo esquizofrénico de la lógica nacional. En otros términos, el Estado nacional —se piensa— solo culmina cuando la economía está redimensionada en grado total hacia la transnacionalización. La lógica de la inserción viable en el sistema mundial es más importante que la lógica de la agregación nacional. El maniqueísmo de la «bipolaridad» del mundo conduce al anhelo de estar comprometido o inserto de la más profunda manera con el centro, que en este caso no es solo dominante sino también hegemónico (esta es la razón del satélite privilegiado), consecuencia explicable del grado de seducción del desarrollo tecnológico-económico obtenido por la potencia culminante.<sup>20</sup>
- c) La doctrina llamada de la seguridad nacional, que es el lado político-militar de la teoría de la ingobernabilidad de la democracia, es la ideología oficial explícita. Hay en ella una escisión lógica: la solución a la dependencia es la organización final de la dependencia. El uso masivo de los *media* se funda en el principio de la recepción, o sea de la «opinión pública» como *output*. Se distribuye una *Weltanschauung* irracionalista cuyo componente incluye los ideogramas del occidentalismo, el eurocentrismo, el hispanismo o su equivalente, anticomunismo, pancatolicismo, etc. De alguna manera, todo esto

<sup>19</sup> Véase Paulo Schilling, «Brasil, seis años de dictadura, torturas», *Cuadernos de Marcha*, núm. 37, 1970; Golbery do Couto e Silva, *Geopolítica del Brasil*, México DF, El Cid Editor, 1978; Edgardo Mercado Jarrín, *Seguridad, política, estrategia*, Argentina, Schapire, 1975; Antonio Cavalla Rojas, *El problema de la intervención institucional-militar* (mimeo); *El proceso político: Las Fuerzas Armadas al Pueblo Oriental*, Montevideo, 1978.

<sup>20</sup> Cf. Tomás Moulian y Pilar Vergara, «Estado, ideología y políticas económicas en Chile: 1973-1978», *Colección Estudios Cieplan* (Santiago de Chile), núm. 3, junio de 1980, pp. 65-120; Aldo Ferrer, «El monetarismo en Argentina y Chile», *Comercio Exterior* (México), vol. 31, núms. 1 y 2, enero y febrero de 1981; núm. 1, pp. 3-13; núm. 2, pp. 176-192.

no es sino la explotación o expansión de sentimientos representativos reaccionarios existentes en el inconsciente colectivo de estas sociedades (aun que aquí debe considerarse la cuestión de la tradición dual).<sup>21</sup>

- d) El modelo distingue entre el pequeño terror y el gran terror. Mientras que el primero suele ser el soporte de la contestación, el segundo contiene una representación del mundo o más bien una representación sustitutiva del mundo. El modelo propone la generalización del terror como un movimiento de reconstitución ideológica, o sea que la función de lo represivo no se dirige a la entidad verificable del resistente, sino a la reconstrucción del horizonte de referencias. Es lo que se llama la erección de una hegemonía negativa.

## II. Condiciones ideológicas de la emisión

El modelo descrito, que es desde luego su origen formal pero no su conclusión práctica, sugiere la hipostización de un núcleo estatal superestructural sinónimo y bases materiales histórico-sociales discrepantes y a veces compartimentadas.<sup>22</sup> La superestructura, se dice, debe ser autóctona, o sea que es originaria en su naturaleza. Se puede prolongar este razonamiento y decir que la superestructura expresa la diversidad de la historia del mundo. No puede hablarse de ella como regularidad o mismidad en cuanto al modelo de reiteración o paradigma del MPC, pues su carácter está dado por el sesgo articulario o formación económico-social.<sup>23</sup>

El hecho mismo de que el proyecto o modelo vertical-autoritario existiera<sup>24</sup> habla *per se* de la forma de la «construcción de la política» en la

<sup>21</sup> El concepto de Occidente ocupa un lugar céntrico dentro de este razonamiento. Contiene un rol mesiánico que se asigna como propio de la esencia europea: «West is the West and never the twain shall meet» (Kipling). Sin duda uno de los conceptos capitales del pensamiento de la derecha en el mundo. Con todo, es también a la vez un mecanismo de alienación dentro de los propios sectores progresistas. Hay un nacionalismo en América Latina, por ejemplo, que piensa que lo occidental es parte de lo latinoamericano. El esencialismo o culturalismo reaparece a la vez, apenas revestido, en varias posiciones dentro de la propia izquierda. Es, en todo caso, una de las palabras sagradas, como lo cristiano, en el discurso fascizante.

<sup>22</sup> Las diferencias son notorias. La Argentina es el país más globalmente capitalista en el continente y Bolivia es quizá el que tiene un más extenso sector precapitalista de resabio. Brasil, el país que tiene una más amplia capa marginal y el Uruguay casi sin algo equivalente. Chile a su turno, con una estructura económico-social no democrática y sin embargo con arraigados hábitos democrático-representativos.

<sup>23</sup> Véase René Zavaleta Mercado, «Las formaciones aparentes en Marx», *Historia y Sociedad. Revista Latinoamericana de Pensamiento Marxista*, México DF, núm. 18, 1978, 3-27.

<sup>24</sup> Véase Claus Offe, «La abolición del control del mercado y el problema de la legitimidad», en Heinz Rudolf Sonntag *et al.*, *El Estado en el capitalismo contemporáneo*, México DF, Siglo XXI, 1977. El principio de «governabilidad» figura en el informe de la Comisión Trilateral (véase *La gobernabilidad de la democracia* de Michael Crozier, Samuel Huntington, y Joji Waranaki, en *Cuadernos semestrales: Estados Unidos*, México DF, CIDE, núms. 2 y 3, segundo semestre de 1977,

zona. Es verdad que no hay un solo momento orgánico que no insinúe una cadencia superestructural porque eso está en la naturaleza de la sociedad como totalidad alrededor de totalidades. Con todo, si separamos la periferia de la política de la centralidad de la política y tanto más si ahora nos ocupamos de un *tipo ideal* de la construcción de la política (que es el del ciclo B), es verdad que, al menos hacia esta circunstancia, hay una homogeneidad en la enunciación estatal (o sea en el modelo sugerido para este rasgo de la superestructura) y una heterogeneidad o abigarramiento en la base histórica o sociedad civil a la que se dirige aquello. Esta es una forma falsa de unidad en una región geográfica que sin embargo cuenta con elementos mucho más convalidados para hablar de ello.

El paradigma norteamericano de lo vertical-autoritario demuestra, por otros conceptos, una determinada concepción de la ciencia política, en el sentido de conocimiento social con capacidad sobre las prácticas. Se supone aquí, en efecto, que la composición adecuada de los insumos permite llegar al prototipo y que este, emitido desde su foco clásico, debe ser funcional en relación con una zona geográfico-política a la que se considera homogénea (esta, como es natural, es una visión ideológica). A esta altura no podemos sino inferir un razonamiento estimativo. La capacidad de impacto espacial (por ejemplo, Texas) de colocación de ciertas determinaciones y aun de emisión de ejemplos o seducciones a la manera de los de la Revolución Americana no pueden sino ser considerados como antecedentes representacionales de la ideología con que los norteamericanos (*policymakers* o comunes) miran hacia la América Latina, es decir, del destino manifiesto. En una gran medida, el suyo (el de su grandeza) es un país hecho *contra* todo lo que es o retuvo lo que es hoy la América Latina. Suponer que el modelo vertical-autoritario o la estructura de la fase superior del modo de producción capitalista son ajenos a este dato colectivamente subjetivo sería sin duda una vía segura hacia el error.

Sea cual fuere su origen se trata de una visión voluntarista de la historia. Esta no sería en modo alguno una agregación de compuestos materiales, de ciclos y procesos complejos con una coherencia causal-explicativa sino que enunciaría el principio de que una «técnica» o comprobación sería transformativa por sí misma en tanto cuanto fuera *ex ante* colocada sobre una prospección correcta del territorio del *output* que es, en este caso, una parte importante de la sociedad latinoamericana. Se atribuye entonces al *saber* científico la capacidad del *querer* político efectivo allá donde nosotros, desde una posición sin duda alejada de esta, hablamos de procesos verificables y racionales.

---

primer semestre de 1978). Es claro en este sentido de la capacidad del Estado para transformar o informar a la sociedad. Es cierto que la democracia puede impedir la gobernabilidad; pero la gobernabilidad es en absoluto incierta en un estatuto no democrático. En cualquier forma, la colocación en esos términos del programa del «eje estatal» es claramente reaccionaria.

Todo esto desde el punto de vista que considera que la historia es el acto del país central y el recibimiento de ella por el país periférico. Incluso si se sitúa el eje de la visión en un punto no central se podría llegar a una conclusión igualmente monista, en el sentido de que las cosas ocurran siempre en una sola dirección. Esto es lo que pasa, por ejemplo, con la teoría de la dependencia que fue, al menos, el intento de pensar las cosas desde otro punto de vista. Dejemos de lado, por lo pronto, la tentación de pensar en el MPC como unicidad desde el principio y también la otra, tan conexas, de suponer la dependencia como un modo productivo dotado de sus propias leyes. En cambio, en su razonamiento general, si el carácter básico de las formaciones sociales latinoamericanas está dado por la dependencia y si esta impregna el conjunto de sus instancias de tal manera que es también lo resolutivo en cada una de ellas, entonces el aspecto central de la estructura mundial habría subordinado ya en definitiva a todas las que fueron en su momento historias locales, momentos nacionales.<sup>25</sup> La propia imagen del sistema mundial, a la manera de Immanuel Wallerstein, propone un cierto cálculo mundial del valor que lo inutiliza para todo análisis del concreto *lucha de clases*. Añadimos a ello que, al ser la inserción latinoamericana en el sistema mundial aún más intensa que las de otras regiones periféricas, por tanto, lo que ocurriría en América Latina, sobre todo en lo referido a su ultimidad política o carácter de la dominación, no sería sino el reflejo o la correspondencia hacia procesos, decisiones o impulsiones que vendrían de los centros determinativos del mundo.

Señalamos antes el rol de la historia nacional convertida en prejuicio analítico al hablar de la aplicación norteamericana del mecanismo estructural del imperialismo. Significa ello que no obstante que la dependencia sea en términos técnicos semejante por ejemplo en Taiwán y Bolivia, con todo, hay algo de específico en la forma latinoamericana de la dependencia, y eso no tiene otra explicación que la ideológica. Nosotros somos un punto de referencia constitutivo de la nación norteamericana y los taiwaneses, no. Veamos ahora las consecuencias que tienen en este orden de las

---

<sup>25</sup> El paradigma de esta concepción es André Gunder Frank: «This same structure extends from the macrometropolitan center of the world capitalist system “down” to the most supposedly isolated agricultural workers who, through this chain of interlinked metropolitan satellite relationships, are tied to the central world metropolis and thereby incorporated into the world capitalisms as a whole». Véase de Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America. Historical Studies of Chile and Brazil*, Nueva York, Monthly Review Press, 1967, p. 16. Sin duda Frank confunde el efecto de iluminación del capitalismo, que en verdad alcanza hasta el último rincón de las cosas, con la incorporación productiva. En su extremo, esta tesis se deriva hacia la idea de que se somete «nuestro desarrollo a ciertas leyes específicas que lo califican como un desarrollo dependiente». O sea que existen dos modos de producción capitalista y uno de ellos es el «modo de producción capitalista dependiente». Véase Theotonio dos Santos, «La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina», en Hélio Jaguaribe *et al.*, *La dependencia político-económica de América Latina*, México DF, Siglo XXI, 1970, pp. 147-187.

cosas nuestros propios prejuicios. El problema que una postulación como esta pone en el tapete es la relación efectiva que hay entre la forma local y la existencia de un sistema mundial, lo cual por cierto no se refiere solo al mercado.<sup>26</sup> La propia tradición anticolonialista ha inducido a los científicos sociales latinoamericanos a dar por sentado que el atraso y la marginalidad de la región son consecuencia de una interferencia extrínseca y estructural, que formaría por tanto el compuesto o marco histórico de la dependencia.<sup>27</sup> Es por eso que el antiimperialismo es más viviente en la América Latina que el estudio de las formaciones sociales de base. Es por eso que se habla más de las intervenciones militares norteamericanas que del papel de lo que es ahora la América Latina en la gestación de la agricultura mundial, es decir de la apropiación nativa del escenario. En cualquier forma, esto es como la relación entre la acción táctica y el sentimiento estratégico. No hay un solo problema fundamental de la región que no tenga que ver con la cuestión de la interferencia, pero ninguno tiene resolución si no se discuten las razones originarias. La dependencia misma debe ser considerada en torno a los patrones históricos constitutivos de cada una de las formaciones sociales. En este caso, presumimos que resultaría claro por demás que las obliteraciones al desarrollo capitalista en la América Latina no provienen solamente de la instalación tardía del mismo en la zona, lo cual es cierto de un modo relativo, sino que el fondo histórico latinoamericano las contenía en su principio constitutivo, como osificaciones productivas y como tradiciones ideológicas. En otros términos, que el apresto de la independencia política resultó aquí más fácil que la reforma intelectual.

En este contexto, el que podríamos llamar del irredentismo latinoamericano, no habría historias nacionales. Lo que se llama de esa manera sería solo la repercusión en este escenario de la historia de los países donantes o centrales. La dependencia produciría dependencia de un modo permanente. Tal es esta suerte de maniqueísmo que emerge de un punto de vista demasiado estructural.<sup>28</sup> Sin duda, si algo puede probarse con certeza es que los movimientos y las coyunturas de los centros económicos (a los cuales aquí no se atribuye el carácter de centros históricos) actúan como causa de ciertos reflejos o derivaciones que deben producir efectos en la periferia vinculada a ellos. De eso no hay duda ninguna: hoy día no existen las historias incontaminadas y hay un elemento mundial en cada historia

---

<sup>26</sup> Se distingue entre *mercado mundial*, lo cual es en sí mismo una metáfora porque se refiere a la gran ampliación del momento de la circulación que precede a la constitución misma del modo de producción capitalista, y *economía mundial*. Según la información que nos da el profesor Horst Grebe, se entiende por *economía mundial*, en cambio, la propalación de ciertos momentos o escalas productivas. El escalamiento mundial de ambos, mercado y economía mundiales, sin embargo, fracasa siempre en la composición de un sistema mundial, porque eso comporta ya requisitos ideológico-político-culturales con vasta fuerza de determinación local.

<sup>27</sup> Véase nota 1.

<sup>28</sup> *Ibidem*.

local o nacional. Tal es la ilación propia entre la economía mundial y los procesos nacionales. Lo que importa es definir cuál es el grado de autodeterminación que puede tener una historia nacional, cuáles las condiciones en las que se produce un proceso autodeterminativo.

La capacidad de efecto que tiene el centro por su colocación estructural es algo conocido por sus intelectuales orgánicos. Es un aforismo famoso: la brisa en Washington es un huracán en Managua. Estamos, con todo, frente a una novedad. La emisión de modelos o paradigmas políticos como los que configuran el que hemos convenido en llamar el modelo B es ya el fruto de una concepción (la ciencia social como técnica social) y a la vez la absolutización de aquella aptitud causal. Esto es algo que tiene que ver con los mismos puntos de arranque del marxismo: cada hombre ve las cosas desde su propio horizonte de visibilidad. En otras palabras, la propia colocación dominante tiene resultados en materia de conocimiento. Un país avanzado lo es, entre otras razones, porque es una sociedad unificada, continua, cuantificable y expresable. Los países dependientes, subdesarrollados o atrasados lo son, entre otras varias razones, porque no son cognoscibles en el sentido capitalista de la ciencia social; porque tienen un vasto fondo abigarrado y no cuantificable. Nada más comprensible, por tanto, que se trate de aplicar el método de conocimiento propio a las sociedades extrañas en que se piensa.<sup>29</sup>

La manera que tuvo de establecerse el modelo autoritario del Chile actual es bastante ilustrativa acerca de estos correlatos desiguales. Se sabe por ejemplo, así lo demostraron los papeles de la ITT publicados por el gobierno de la Unidad Popular, que las relaciones entre esa transnacional y Frei eran importantes, por decirlo así. La embajada norteamericana y la empresa actuaban a su turno como una sola entidad.<sup>30</sup> Todo eso no sirvió para impedir el triunfo de Allende. La actividad de las agencias de inteligencia sin duda organizó la desestabilización de su gobierno y aceleró su caída, pero no se puede decir que la causa eficiente de ello fuera la intervención norteamericana. En verdad, lo que se obtuvo y lo que se perdió, se perdió y obtuvo en términos de las luchas de clases chilenas, es decir, en términos de su historia nacional. En otros términos, aunque es verdad que la de Pinochet es casi una aplicación clásica del modelo vertical-autoritario, eso mismo no habría sido posible si las condiciones chilenas no hubiesen dado lugar a su recepción.

---

<sup>29</sup> Esta es la lógica del pensamiento sistémico. En ella no se hace un planteamiento originario del poder sino que se lo considera como algo dado. Es la disposición de los factores en torno a eso lo que interesa a lo sistémico.

<sup>30</sup> Los documentos fueron publicados por el gobierno de Allende en 1972. Véase Alain Touraine, *Vida y muerte del Chile popular*, México DF, Siglo XXI, 1974.

Tenemos entonces un cierto desarrollo intercomplementario entre aquella concepción que supone que un modelo es capaz de ser emitido y derramado (con lo cual se aplican supuestos propios del tipo de eje o relación que hay en determinados países desarrollados como Alemania y Estados Unidos entre el Estado y la sociedad) y una suerte de fatalismo que acompaña por lo menos a ciertas visiones dentro de lo que se ha llamado la teoría de la dependencia. Lo que quizá corresponde señalar ahora es que, ni aun en el caso de que tales premisas fueran verificables (lo cual es dudoso), se podría contar con que el flujo centro-periferia y su contrario, la recepción dependencia-flujo, puedan ser considerados como algo constante, lineal, homogéneo. Ya no retenemos por tanto la cuestión de las condiciones ideológicas en que se producen los movimientos entre el centro y la periferia sino que nos interesa el momento o corte o coyuntura del flujo imperialista y también de la recepción dependiente. Desde luego, es una observación de sentido común la que nos dice que el envío o flujo (la determinación desde el punto de vista dominante) no es de ningún modo una constante. Hay sin duda momentos de gran emisión, de emisión simple e incluso de reflujo franco o de lo que se puede describir como sobredeterminación del flujo por cambios en las correlaciones del mundo. Momento de gran emisión fue, por ejemplo, la fase de constitución misma del ámbito y el modo del imperialismo norteamericano a lo cual de ninguna manera es ajena, por ejemplo, la Doctrina Monroe. La emisión por tanto tiene que ver con la historia de su instalación y lo que ahora vivimos son las dificultades (en Cuba, en Nicaragua, en El Salvador) que tienen los norteamericanos para abandonar circunstancias fetichizadas de su propia historia nacional. De esta manera, las intervenciones norteamericanas y sus conquistas territoriales, sobre todo en México, el Caribe y América Central fueron algo así como momentos originarios de la ideología nacional norteamericana que es como el *espíritu* con el que existe la *estructura* imperialista como fase del capitalismo. *Contrario sensu*, la Segunda Guerra Mundial enseña un momento de pobreza relativa en la emisión. Se sabe qué consecuencias tuvo eso sobre la industrialización latinoamericana.

El resultado es que el centro o comando no puede comportarse en materia de información o detección de la misma manera respecto a las sociedades dependientes de él como lo hace frente a su propia sociedad civil. La sociedad norteamericana es dócil frente a su Estado y este es sensible a lo que dice su sociedad porque el eje adquiere aquí el carácter de óptimo estatal. Es obvio, sin embargo, que tiende a hacerlo (a comportarse como si el mundo fuera su «sociedad civil»). Eso no es así y sin esta suerte de incertidumbres, la historia consistiría solo en la suma de más poder hacia el que tiene más poder. A ellas (las incertidumbres) se suman otras. Está en el carácter de la concepción imperialista la obstrucción de la



formación del aparato local de lectura de la sociedad dependiente; en otros términos, el mero hecho de que la determinación exógena sea al menos uno de los componentes en la construcción de la política impide que haya una relación de conformidad entre la sociedad y su resumen o compendio político que es el Estado, o sea que se impide la existencia de un óptimo-estatal<sup>31</sup> en el país dependiente.

Se puede decir en resumen que no es fácil obtener categorías generales en esta materia. El carácter de cada dependencia está dado por las circunstancias de la emisión pero también por el modo de recepción por parte de la historia nacional, es decir, por el compuesto primordial. En otros términos, cada formación social o país elabora un tipo particular de dependencia. La dependencia por su naturaleza es un hecho particular.

### III. La forma primordial y el excedente económico

Corresponde entonces hacer un comentario acerca del compuesto o forma primordial o sea el marco de autodeterminación que tiene cada formación, el grado en que el *principium determinationis* obtiene una colocación interior a la formación. Porque una cosa es decir que la forma primordial existe y otra que esta forma, esporádica en su naturaleza, se convierta en una estructura de autodeterminación, o en lo que Sereni llama una «nación para sí misma». Es un nivel conexo de modo absoluto con la cuestión democrática.<sup>32</sup> En realidad, el grado de autodeterminación democrática es la medida negativa de la dependencia y en tal sentido, por ejemplo, la conformación universal y verificable del poder, la intensidad participatoria en la enunciación de la voluntad general, el propio grado de igualdad en el consumo del producto nacional son indicadores tan importantes como la propia existencia del mercado interno y la colectivización de la subsunción real o revolución intelectual.<sup>33</sup>

En este orden de cosas, es patente que la «interferencia» o emisión tiene posibilidades de hecho muy limitadas. La acumulación obrera, por ejemplo, está influida en un grado escaso por el hecho de ocurrir frente a una empresa transnacional o frente a un capitalista nacional. Depende de otras circunstancias.<sup>34</sup> A nosotros nos interesa cavilar acerca del asunto en su relación con la materia general de la *disponibilidad* en materia de

<sup>31</sup> Por eje estatal entendemos el tipo de relación que hay entre la sociedad civil, las estructuras de mediación y el Estado político. El óptimo es la adecuación o correspondencia entre unos órdenes y otros.

<sup>32</sup> Véase René Zavaleta Mercado, «Cuatro conceptos de la democracia», *op. cit.*

<sup>33</sup> Véase Karl Marx, *El capital. Libro I. Capítulo VI (inédito)*, trad. del alemán y notas de Pedro Scarón, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.

<sup>34</sup> Sobre todo de su propia historia o acumulación subjetiva.



construcción de la política y, en lo que es más específico, en su vinculación con el excedente económico.

Si por *disponibilidad* entendemos un momento del ánimo general en el que, por cualquier razón, se produce una suerte de vacancia o gratuidad de ideología y la consiguiente anuencia a un relevo de las creencias y las lealtades, lo cual es sin duda un momento sociológico excepcional, podemos sacar las inferencias siguientes. Primero, *disponibilidad* no implica por fuerza *autodeterminación*; por el contrario, la historia ofrece muchos ejemplos de instancias de disponibilidad sin capacidad de autodeterminación. De otro lado, es verdad que no se puede tampoco suponer que la disponibilidad incluye o se asocia con el excedente económico; hay casos de disponibilidad con escaso excedente o aun sin él y, es más, puede decirse incluso que la disponibilidad genera excedente, al reformular la valencia de los factores de la sociedad, aun allá donde no existía (excedente) en lo previo. Con todo, la asociación entre ambas ideas no es gratuita. La existencia mayor o menor del excedente puede compensar la falta de profundidad del momento constitutivo y, en todo caso, es decisiva para otorgar un carácter u otro a la explotación o interpelación que sigue al momento de la disponibilidad.

Es cierto que hay probaciones empíricas posibles, aunque contradictorias. Es verdad por ejemplo, que el periodo democrático representativo y aun la misma transición del Estado oligárquico a la democracia de masas, ocurren en Argentina entre 1880 y 1930, es decir, en el periodo de un excedente poco menos que infinito; pero la disponibilidad democrática no fue ajena a la inmigración, y no solo a ella, sino a que fuera un tipo particular de inmigración, el de las revoluciones democráticas fracasadas de 1848 y los años setenta del siglo XIX en Europa. Chile a su turno transforma su forma republicana (que parece una suerte de decoro institucional) en democracia representativa, en un proceso que irá desde la democracia oligárquica —en la que el cohecho es una interacción— hasta la autonomía relativa del Estado, que solo se consolida con Aguirre Cerda (1938), en el periodo que corresponde al excedente de los nitratos (salitre), después ampliado con el del cobre, situados ambos, en lo que es un azar de amplio significado ideológico, en los territorios conquistados a Bolivia y Perú.<sup>35</sup>

Se podría a la vez discurrir acerca de un uso más coherente del excedente y de uno más dilapidatorio. Costa Rica y Uruguay, con excedentes modestos, cumplieron sus tareas de modernización con un éxito considerable.

---

<sup>35</sup> Para la cuestión del excedente en el Estado oligárquico argentino véase Natalio Botana, *El orden conservador: La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977 y Ezequiel Gallo y Roberto Cortés Conde, *Argentina. La república conservadora*, Buenos Aires, Paidós, 1972; para el caso chileno, Hernán Ramírez Necochea, *Historia del imperialismo en Chile*, Santiago de Chile, Austral, 1970.

El Perú, en cambio, con el formidable excedente del guano no atinó a ser sino lo que había sido siempre el Perú, en expresión de Bolívar, no más que «oro y esclavos». ¿Por qué, sin embargo, la patria típica de la deprecación, el regionalismo y el «oficio de difuntos» debía producir después, en Venezuela, una fase democrática tan paradójica coincidiendo punto por punto con la época de su excedente, a partir de los cuarenta? Extraemos de estos rasgos quizá superficiales una conclusión que es sí poco debatible: la democracia considerada como representación (esta es su cantidad o verificación cuantitativa, pero su cualidad es ya la autonomía relativa del Estado político) solo ha existido de un modo perdurable en las zonas céntricas de la economía mundial. De aquí deducen los occidentalistas que la autonomía del Estado, la forma racional del poder, la burocracia, el cálculo social, el derecho equivalente, son caracteres esencialistas del Occidente y no circunstancias derivadas de su forma de concurrencia al reparto del excedente mundial. El excedente en cambio empuja con éxito la transformación ideológico-moral o sea la imposición del nuevo sentido histórico de la temporalidad (aunque eso se mencionará también como un sentido «occidental» del tiempo) y en suma produce en lo inmediato la erección de mediaciones o aparatos ideológicos angulares y la constitución del catastro sociológico o cómputo de la movilidad social.

Es por ello que resulta tan aventurado reducir la presencia de la disponibilidad a la actualidad del excedente económico. Aunque es verdad, por ejemplo, que el levantamiento y la pérdida de la democracia representativa en la Argentina fueron también el levantamiento y la pérdida del excedente comparativo, pero aquí no se pueden omitir actos tan centrales para la acumulación originaria como la concepción fundacional del espacio, la conquista efectiva del espacio y la preparación, con todas sus distorsiones, de los pródromos moral-ideológicos de todo ello.<sup>36</sup> Por tanto, si el correlato existe, existe en todo caso como una digresión compleja.

Eso significa que si la reducción de la disponibilidad al excedente económico es una variante pirrónica de corte economicista, su reverso, es decir, la disponibilidad entendida como un acto infuso, nos llevaría a entenderla como una especie de entrega mesiánica. Nos parece que debería tenerse en mente la calidad de los acontecimientos de totalización o acontecimientos multicausales y aglutinantes. La situación revolucionaria o si se quiere la crisis nacional general como catástrofe propia de nuestra época es una forma típica de disponibilidad determinativa que tiene que ver solo de manera mediata con su causa económica. Es un fenómeno de sustitución o reconstrucción social con una referencia solo expletiva al excedente

---

<sup>36</sup> Véase Tulio Halperín Donghi, *Proyecto y construcción de una nación: Argentina, 1846-1880*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980.

económico. Es la profundidad de la ruptura de la *episteme* colectiva y el estado de fluidez consiguiente lo que en verdad importa.

México, que en esto es un verdadero prototipo, podía configurarse en el momento de la explosión social de 1910 como una sociedad civil gelatinosa,<sup>37</sup> es decir, desarticulada en sus elementos, incapaz de producir determinaciones homogéneas hacia el poder y aun de influir sobre él, con un estatuto de dependencia radical en la economía y a la vez con casi nula capacidad de un proyecto de autogobierno. La no autodeterminación era un principio casi tan taxativo como lo será después la autodeterminación en la retórica revolucionaria. Sin embargo, todo ello, la forma exógena de su economía, lo poco intrínseco del poder, la labilidad de la sociedad civil no se concretaban sino en un ciclo de formulación «actual», que demostró ser superficial. La *proposición de masa*<sup>38</sup> probó varias cosas. En primer término, que había cánones de impulso articulador ajenos a la manera economicista de comprender la sociedad civil, que es propia de la historia occidental; ergo, una sociedad civil secretamente más poderosa de lo que era posible para el porfirismo medir en su apariencia. Con el rebasamiento de cuanta figura institucional o estatal existiera, la sociedad en acto produjo uno de los más vastos experimentos de disponibilidad social, lo cual sin duda no es ajeno a un millón de muertos. Sea dicho de paso, esto, la disponibilidad, es el carácter propio de toda revolución, su nudo, cualquiera sea su carácter. La sociedad mexicana era una sociedad dependiente para toda apariencia pero demostró ser una sociedad «incógnita» en todo el efecto posterior. Dominar en efecto no significa conocer y mucho menos ser hegemónico. Por el contrario, la incapacidad de análisis de los norteamericanos como sociedad dominante sobre México resultó, como ha ocurrido casi siempre en sus análisis políticos sobre la América Latina, exhaustiva. Para decirlo pronto, *todas* las previsiones norteamericanas sobre México resultaron erradas y sin duda fue la economía norteamericana la que tuvo que adaptarse a las condiciones provistas por la Revolución Mexicana y no esta con relación a la primera.<sup>39</sup>

El argumento anterior puede derivarse de la siguiente manera: la economía periférica, en cuanto es parte del sistema mundial, es como si fuera

---

<sup>37</sup> Cf. Raymond Vernon, *The Dilemma of México's Development: The Roles of the Private and Public Sectors*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1963.

<sup>38</sup> Cf. René Zavaleta Mercado, *La acumulación de clase* (mimeo). Véase «El proletariado minero boliviano entre 1940 y 1980», ensayo que se publica primero en *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, núm. 32, junio de 1982, pp. 29-37. Hay dos ediciones posteriores, casi simultáneas, con el título «Forma clase y forma multitud en el proletariado minero en Bolivia». René Zavaleta Mercado, *Las masas en noviembre*, La Paz, Juventud, 1983, pp. 69-92 y en René Zavaleta Mercado (comp.), *Bolivia, hoy*, México DF, Siglo XXI, 1983, pp. 219-240. Incluido en este volumen.

<sup>39</sup> Véase Pablo González Casanova y Enrique Florescano *et al.*, *México, hoy*, México DF, Siglo XXI, 1979.

parte de la economía central y, en ese orden de cosas, existe porque es funcional a aquélla. En contraparte, sin excepción alguna, hay siempre aspectos nacionales o intrínsecos en cada economía. El enlazamiento de la economía dependiente con la central puede incluso afectar la formación del valor en esta (en la economía central); pero si eso ocurre es porque hay cierta especificidad que la hace abatir lo que sería el valor central sin ella. En otros términos, ninguna economía, ni aun la más internacionalizada, es completamente perteneciente al sistema mundial y esto vale de un modo aún más rotundo para los otros aspectos, los ideológicos o jurídico-políticos, de la sociedad. La forma primordial, en otros términos, no sucumbe nunca del todo a la determinación central. Aquella sociedad mexicana tuvo la aptitud insólita de imponer estructuras compactas de autodeterminación hacia fuera: el cotejo entre un factor (el externo) y el otro (el endógeno) se resolvió en favor del segundo. Es cierto, por lo demás, que este mismo triunfo de lo endógeno no rebasó los límites de su proyecto expreso o de su posibilidad en los términos porque no devino sino una reformulación más avanzada del estatuto dependiente.

En cualquier forma, para la constitución del nuevo Estado nacional, la propia expansión de las masas movilizadas (movilizaciones en esta escala configuran por sí mismas actos constitutivos) y su aptitud en cambio muy difusa para toda forma de poder que no fuera la que surgió (la *clase política* mexicana surge de la combinación de intensidad y de fatiga de las masas) dieron lugar a una circunstancia de disponibilidad que pudo ser funcional respecto al proyecto emergente, no obstante que el excedente económico, materia prima de la mediación, era en principio insignificante. La profundidad del momento constitutivo mexicano contrasta por eso con la vastedad del excedente económico en el momento de la acumulación democrático-representativa de Argentina, Chile o Venezuela.

Como postulación de esta reflexión (que trata de rescatar un optimismo módico con relación a las historias nacionales) conviene adentrarnos en el decurso de lo que fue la emisión concreta del modelo norteamericano vertical-autoritario para el Cono Sur y su actual validez. Este modelo ha sido tipificado, con cierta desaprensión, como fascista y a veces como *fascista dependiente*.<sup>40</sup> Sobre esto existe una discusión de la que no se puede decir que haya terminado.<sup>41</sup> Si fuera legítimo aquí hablar de fascismo, estaríamos ante un acto fundacional: el de la reconstrucción autoritaria de la sociedad o sea el sometimiento final de la sociedad civil al *élan* estatal a la

---

<sup>40</sup> Véase Theotonio dos Santos, *Socialismo o fascismo: El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*, Buenos Aires, Periferia, 1972.

<sup>41</sup> Véase Nicos Poulantzas, *Fascismo y dictadura. La Tercera Internacional frente al fascismo*, México DF, Siglo XXI, 1971; Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista*, México DF, Siglo XXI, 1978.

manera de la historia alemana. Esto significaría que la refundación de la sociedad deberá ser algo acatado, al menos como *matter of factness*, por un prolongado periodo. Son modelos que se basan en ciertas evidencias. La ingobernabilidad de la democracia es, ante estos ojos que ven el desarrollo del proceso social como una predestinación hostil, Kerensky engendrando a los bolcheviques sin saberlo. De otro lado, es innegable que la democracia no era gobernable, una vez rebasado el límite dado por la dictadura o naturaleza de clase para la que había sido concebida. Tal cosa vale para todos los ejemplos dados.<sup>42</sup>

No obstante, cotejar en lo estricto la ingobernabilidad, a la manera de los principiantes actos de multitud del Brasil de Goulart, con una crisis nacional general no parecería expresar sino un terror largo, el que proviene del sombrío cambio del mundo causado por el ciclo de las revoluciones y sobre todo por la Revolución Rusa. La verdad es que ninguno de los países latinoamericanos, quizá con la relativa excepción de Chile, que tenía su propia historia conservadora, reunían los requisitos más elementales de este modelo superestructural que llamamos fascismo. No solo porque la ingobernabilidad no era comparable a la crisis nacional general vencida, tal como ocurrió en la Alemania de Rosa Luxemburgo y de Karl Liebknecht. Una cosa es, en efecto, el descontento disperso de campesinos sin tierras en un país con amplísimas tierras (Brasil) y de proletarios de primera generación y otra el que ocurriera en la patria de las rebeliones campesinas y en el lugar autóctono de la idea del partido obrero. De otro lado, ¿nada significará el carácter extrínseco del capital monopólico en la América Latina? Alemania en cambio, si bien se rezaga en la explotación geopolítica de su propio capitalismo, es con todo, uno de los escenarios de la reforma intelectual y no solo un recipiente de ello. La química alemana del siglo XIX es la manifestación de la sustitución del sistema de las tres hojas por la subsunción real. Es, además, el lugar de origen del capital monopólico y, por otra parte, la idea misma de capital monopólico se vuelve un casco vacío si no se la asocia con la manera intrínseca de la subsunción real. A lo último, Alemania, lo mismo que Italia, era como el símbolo de potentísimas determinaciones nacionales y de una débil constitución nacional. Aquí, el *extrañamiento* junker, bárbaramente reaccionario pero a la vez local en lo profundo. Es obvio que en países como la Argentina, para dar un ejemplo, la solución de la cuestión nacional fue fácil, no postergada y a la vez con una suerte de falta de profundidad dramática si se la compara con la nacionalización mexicana, por dar un caso. Por consiguiente, la intensidad simbólica de lo irracional como canal de la unidad no era requerida de esa manera. Los hechos demostrarían, por tanto, hasta qué punto el modelo *fascismo* fue la prueba de que la política no puede ser sino

---

<sup>42</sup> En el sentido en que usa este término Samuel Huntington.

el corolario de una acumulación local. En otras palabras, si el fascismo fue la suma de la tardía resolución de la cuestión nacional, del temprano capitalismo monopolístico y de la solución reaccionaria de la crisis nacional general o auge de disponibilidad, todo ello no fue posible sino sobre la base de la manera de resolverse que tuvo la acumulación originaria, es decir, la derrota sucesiva de las guerras campesinas y, después, la solución reaccionaria de la controversia socialdemócrata.

El hecho es que el modelo, dejemos por ahora a un lado si era fascista *in nuce* o no, fue emitido. Lo fue además, esto es importante, como una aserción *ejército-ejército* o sea sin consideración preliminar alguna del aparato político-ideológico y con la clara idea de que la sociedad es reformable desde arriba. Esto es en realidad algo perentorio, contiene el apotegma<sup>43</sup> de que la represión decisiva constituye ideología y además omite (suprime) la previa. Es llamativo que los mismos que se lanzaban a explotar los lados reaccionarios del acervo ideológico confiaran tan poco en el aparato ideológico existente,<sup>44</sup> lo cual significa que disponían de un conocimiento preciso de ellos.

El fascismo, con todo, contiene a la vez a) un movimiento fascista de masas (porque es el *fascismo de todo el pueblo*, el fascio) algo característicamente totalitario y globalizante, b) un proyecto irracionalista pero incorporado profundamente en la historia del mundo y c) una estructura fascista de poder, es decir, la superioridad indefinida del Estado sobre la sociedad. No se debe olvidar lo de Ernst Forshoff: el Estado se transforma, es decir, en lo que se refiere a «la administración del orden pasa a ser de guardián del orden a sostén del proceso de producción».<sup>45</sup> En otras palabras, el «Estado social» alemán actual es el resultado de la experiencia nazi, de todas las derrotas democráticas en la instauración del Estado y la nación alemanes, pero no es tan fácil de instalar allá donde tales derrotas no han ocurrido.<sup>46</sup> Proyectos o ideologemas de tipo fascista existen en todas partes y no siempre se impregnan o incumben a un movimiento de masas. El Estado social o el *control social del mercado* son la consecuencia de la derrota de la sociedad civil<sup>47</sup> o sea de la resolución antidemocrática de los sucesivos momentos constitutivos<sup>48</sup> en Alemania pero, es verdad, a la vez, que importantes ideas conservadoras existen en los acervos nacionales de la

---

<sup>43</sup> Véase nota 6.

<sup>44</sup> Lo cual era el síntoma flagrante de que la crisis estatal se expresaba como vacilación hegemónica.

<sup>45</sup> Cf. Jürgen Habermas, «Concepto de participación política», en Abendroth, Wolfgang *et al.*, *Capital monopolista y sociedad autoritaria: La involución autoritaria en la RFA*, Barcelona, Fontanella, 1973.

<sup>46</sup> *Ibidem*.

<sup>47</sup> *Ibidem*.

<sup>48</sup> Con ello nos referimos a las guerras campesinas, a la manera que adquirió el 1848 alemán y a la derrota obrera en la crisis general de los veinte.

ideología en Uruguay, Argentina o Chile y en todo país. Eso corresponde a la dualidad esencial de toda tradición.<sup>49</sup> Sin la sumatoria de esos momentos, no se puede hablar de la implantación del fascismo.

La tesis de la «ingobernabilidad» de la democracia deviene así una salida falsa. La supresión del acto manifiesto no produce sino la a-estatalidad o subestatalidad en el sentido de que el Estado debe recoger y *connotar* lo que existe en la sociedad. La democracia representativa es, en este sentido, un método de conocimiento o seguimiento de la sociedad. Es, en otros términos, un mecanismo diferido de la opresión. En efecto, el carácter no automático de la reproducción en escala ampliada no solo exige la visibilidad de la superestructura estatal, es decir, su consecuencia o mediación sino que, en su momento anterior, exige la pesquisa del sentido del *perpetuum mobile* que es la base económica en el MPC. Esto es lo que podemos designar como función vertical o *conocimiento legítimo* en el capitalismo. Jamás el MPC es tan legítimo como cuando conoce de esta manera. La manifestación libre de los *actos de sentido* de la sociedad civil convierte a ese movimiento en algo detectable y registrable.

El segundo movimiento de la democracia representativa consiste en su presencia en la construcción de la política. Aquí la selección libre *del personal de la soberanía* es un requisito de la idoneidad del aparato para recoger o computar la información que se ha hecho legible a partir de la libertad de las manifestaciones. La autodeterminación representativa, en este sentido, expresa el grado de la validez del Estado. En otros términos, el mito de la eficiencia de las dictaduras pertenece al ámbito de la apología de la coacción extraeconómica.

La forma primordial o autodeterminación nacional así como el principio democrático siguen siendo el fondo de la historia de las sociedades. Estas dos dimensiones de la democracia representativa, la dimensión de la lectura, dimensión vertical o gnoseológica y la horizontal o aptitud instrumental del aparato deben ser tenidas en cuenta con relación a la interferencia exógena en la construcción de la política (presente en los modelos A y B). La ventaja elemental de la enunciación democrática radica en su constreñimiento a lo que la sociedad es en realidad. La forma dictatorial, en tanto, intenta imponerle un paradigma pantelista, referido a una determinación vertical. Aquí es pertinente decir que todo poder verdadero, toda verdadera política requieren una acumulación *in situ*. La construcción de la superestructura es la revelación de la diferencia específica de la formación. Los contradictorios resultados de los plebiscitos sobre proposiciones constitucionales en Uruguay y Chile o los descontentos activos en Bolivia y Argentina, los apremios democráticos en Brasil, demuestran cuál es el

---

<sup>49</sup> Véase René Zavaleta Mercado, «Cuatro conceptos de la democracia», *op. cit.*

modo de recepción del modelo emitido por el centro norteamericano: las sociedades revelan su acumulación democrática aun en medio del intento de su interacción homogénea. La oferta (y la imposición) de un modelo uniforme para estructuras disímiles de ninguna manera ha mejorado las condiciones del Estado para lo que era el objetivo previsto, es decir, el control de la sociedad. La quimera de la abolición del sentido de lo nacional y, aún más, el *agon* de disolución de lo nacional-popular, fracasan frente al sentido innato de la apropiación humana de la historia. Lo nacional sigue siendo el reconocimiento posible dentro de los términos de la transnacionalización. Pero es cierto que una cosa es imprimir el propio carácter a la dependencia y otra erigir una estructura de autodeterminación.





## 8

# FORMA CLASE Y FORMA MULTITUD EN EL PROLETARIADO MINERO EN BOLIVIA (1982)\*

1. LA TESIS DEL ATRASO ESTRUCTURAL del proletariado minero andino está descrita del modo más enfático por el historiador peruano Heraclio Bonilla.<sup>1</sup> Se trataría, según él, de «un proletariado incipiente», es decir, «minoritario frente a las otras fracciones de las clases populares».<sup>2</sup> Sería, por otra parte, «un proletariado asociado a las fases más primitivas del desarrollo económico. En suma, un proletariado no industrial y no urbano»,<sup>3</sup> «proletariado de transición, es decir, a diferencia del proceso ocurrido en las áreas centrales del desarrollo capitalista [...] un proletariado que no quebró y no quiebra todavía definitiva e irreversiblemente sus lazos con el campo».<sup>4</sup>

Se puede discutir de entrada la asociación que hace Bonilla entre la idea de «proletariado incipiente» y su carácter minoritario, sobre todo si ello se relaciona con las «otras fracciones de las clases populares». De principio, es difícil recordar proletariado alguno<sup>5</sup> que hubiera sido mayoritario de veras en parte alguna; pero no lo eran, sin duda, ni el ruso ni el chino ni el de país cualquiera donde haya ocurrido lo que se ha llamado una revolución proletaria. Si se hipertrofiara el argumento, habría que decir que un proletariado no dejaría de ser «incipiente» sino cuando fuera a la vez mayoritario, al menos con relación a «las otras fracciones populares». Marx, precisamente, previó lo contrario en los *Grundrisse*. Los rusos, por ejemplo, o los franceses del 48, habrían sido, del modo más típico, «proletariados incipientes».

---

\* Con el título «El proletariado minero boliviano entre 1940 y 1980», este ensayo se publica primero en *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, núm. 32, junio de 1982, pp. 29-37. Hay dos ediciones posteriores, casi simultáneas, con el título usado aquí: en René Zavaleta Mercado, *Las masas en noviembre*, La Paz, Juventud, 1983, pp. 69-92 y en René Zavaleta Mercado (comp.), *Bolivia, hoy*, México DF, Siglo XXI, 1983, pp. 219-240. Las dos versiones de 1983 de este texto son casi idénticas. Usamos la versión de la editorial Juventud. [N. de E.]

<sup>1</sup> Heraclio Bonilla, *El minero de los Andes*, Lima, IEP, 1974.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 24.

<sup>3</sup> *Ibidem*.

<sup>4</sup> *Ibidem*.

<sup>5</sup> Si consideramos como proletario solo al trabajador productivo. *Stricto sensu*, el llamado proletariado indirecto no lo es.

El concepto que, sin embargo, nos interesa debatir con mayor detención, a fin de que nos sirva para el análisis actual del proletariado boliviano, es el que vincula el presunto atraso político del minero de los Andes a su asociación con las «fases más primitivas del desarrollo económico». De aquí se desprende ya una tesis general: el carácter más avanzado de un proletariado está vinculado a su colocación productiva; mientras más alta sea la composición orgánica del capital, más combativa, consciente y socialista será esa clase obrera, etc.<sup>6</sup> No es, por cierto, una guisa de razonamiento que pueda atribuirse tan solo a Bonilla. Marx mismo, a propósito de Inglaterra, pensó cosas semejantes y es toda la tradición de un cierto economicismo que existe en torno al análisis de las clases sociales que contiene al mismo tiempo una visión que sitúa el *desideratum* de la historia en los países centrales.

En la misma línea de reflexión, Poulantzas atribuye a Anderson y Nairn la siguiente postulación referida a sus análisis sobre el desarrollo de la sociedad inglesa:

La clase obrera no habría encontrado una ideología «burguesa» constituida, correspondiente a una dominación política «pura» de la clase burguesa, que hubiese podido «transformar» en «ideología proletaria»,<sup>7</sup> lo cual por cierto contiene una llamativa ponderación: lo que se puede llamar ideología proletaria tiene *como su condición* la existencia de una «ideología burguesa *constituida*». En consecuencia, «el carácter trade-unionista-económico-corporativo» de la clase situada dentro de una formación social donde la burguesía tiene finalmente un lugar «subalterno», no puede —según estos autores— encontrar allí una ideología burguesa coherente y transformarla<sup>8</sup> en conciencia de clase del proletariado, en ideología revolucionaria.<sup>9</sup>

Tal es lo que se dice de la «más burguesa de las naciones». Calcúlese hasta qué punto tendría que ser válido para el análisis del proletariado minero dentro de una sociedad civil como la boliviana ... Si volvemos a un análisis materialista o al menos racionalista del caso, nos parece que tanto Anderson como Nairn (si nos atenemos a Poulantzas) atribuyen a una difuminada «ideología burguesa» el rol que en realidad incumbe al contorno de ideas, representaciones y símbolos que circuyen a la subsunción real, o sea la revolución intelectual antropocéntrica que es propia de esa

<sup>6</sup> Cf. Fernando Cortés y Ana Jaramillo, «Relaciones de poder en los conflictos laborales», *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 42, núm. 2, 1980, pp. 799-833.

<sup>7</sup> Nicos Poulantzas, «La teoría marxista en Gran Bretaña» en *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*, México DF, *Cuadernos de Pasado y Presente*, núm. 48, 1969, p. 89.

<sup>8</sup> La *transformación* consistiría, se supone, en la prolongación de la idea racional o antropocéntrica del mundo más allá del horizonte de visibilidad de la ganancia o sea la sustitución del horizonte oscuro de la burguesía o la visión implacable de la sociedad entera. En todo caso, la idea es sugestiva en cuanto uno pertenece a su contrario en cuanto piensa en él.

<sup>9</sup> Nicos Poulantzas, *op. cit.*, p. 104.

instancia. Esto, desde luego, nos llevaría a un punto que no incumbe a esta ponencia. Si la «condición» de la ideología proletaria en Bolivia fuera la existencia de una «ideología burguesa constituida», ¿a cuál tendríamos que referirnos? ¿Quizá a la historia del «se acata pero no se cumple»? ¿Podría ser a los silogismos de consecuencias de los *doctores dos caras*? ¿Pensaríamos entonces en la teoría del «pueblo enfermo»? La «transformación», qué duda cabe, aquí no es posible. En cambio, en el caso de Bonilla, no es que nosotros opongamos el criterio de una no dependencia general entre el grado de desarrollo de la clase y las condiciones de su comportamiento productivo, sino que nos parece que habría sido más prudente extraer una conclusión más focalizada de los hechos que detectaba en su investigación o sea hablar de Cerro de Pasco cuando se habla de Cerro de Pasco y decir algo más o menos parecido a lo siguiente: en la contradicción de influencias precapitalistas y condiciones capitalistas, por alguna razón, hasta entonces, se impusieron las primeras. Eso, como está a la vista, no puede valer sino en el ámbito que Bonilla estudia y eso mismo hasta prueba contraria. Con todo, su trabajo se llama *El minero de los Andes* y, por lo tanto, nos es útil para cotejarlo con una historia tan parecida en sus personajes como opuesta en su desarrollo, cual es el papel de los mineros en la historia de Bolivia del siglo XX o, al menos, en la de los últimos cincuenta años.

2. Hace varios años que la controversia acerca del concepto de trabajo productivo se ha ido instalando dentro de los estudios sociales.<sup>10</sup> Dicha discusión no podía concluir sino en lo que los italianos llaman la cuestión de la *centralità operaia* [centralidad obrera].<sup>11</sup> Sin duda, la importancia del asunto es la mayor entre todas. Probablemente el propio sentido del marxismo esté en cuestión. Con todo, el *desideratum* de tales dilemas es relativo. En el caso que debemos exponer, el boliviano, se necesitaría un alma demasiado simple para oponerse al aserto de que si bien la «centralidad» proletaria no es un hecho resuelto a nivel de toda la sociedad ni al de la teoría *stricto sensu*, sí lo es al menos con relación a todas las formas constitutivas del movimiento democrático y aun en su propia interacción contradictoria con el bloque dominante. No es por eso una exageración decir que, al menos desde 1940, la historia de Bolivia es un duelo entre los militares y la clase obrera.<sup>12</sup> En

<sup>10</sup> Ian Gough, «Marx's Theory of Production and Unproductive Labour», *New Left Review*, núm. 76, noviembre-diciembre de 1972, pp. 47-72; Harry Braverman, *Trabajo y capitalismo monopolista: La degradación del trabajo en el siglo XX*, México DF, Editorial Nuestro Tiempo, 1975; André Villalobos, *Classes sociais e trabalho produtivo*, Rio de Janeiro, CEDEC, 1978.

<sup>11</sup> Cf. Massimo Cacciari, «Transformación del Estado y proyecto político» en *La teoría marxista de la política*, México DF, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 89, 1981, pp. 234-275.

<sup>12</sup> Porque los militares son el corazón del Estado y, en la práctica, los obreros son el corazón de esta sociedad civil. Cf. René Zavaleta Mercado, *La formación de la conciencia nacional*, Montevideo, Diálogo, 1967.

pocos lugares en el mundo es tan acabada la *centralidad* obrera como en la implantación de lo nacional-popular en Bolivia.

Esto hace una suerte de apotegma. Se recuerda con ello, como es natural, que la de 1952 fuera la primera insurrección obrera triunfante en América Latina (en realidad no ha habido otra y quizá lo único parecido sea el 17 de octubre argentino), así como el rol dirigente, aunque no hegemónico, de los obreros en las transformaciones democráticas consiguientes. La visibilidad de toda la política boliviana posterior girará sin solución de continuidad en torno a este personaje clasista. Bastará con mencionar coyunturas tan elocuentes (y a la vez tan inorgánicas) como la de la Asamblea Popular<sup>13</sup> o al hecho de que la clase obrera fue el punto de arranque y la cobertura fundamental del único momento auténticamente democrático representativo que ha vivido el país.<sup>14</sup> Explicar esta casi desproporcionada influencia no puede ser una tarea sencilla. Con todo, aquí se intentará ofrecer algunos elementos para ello.

3. Veamos en primer término el escenario o sea el *locus* minero. De partida, advertiremos la coetaneidad del aislamiento geográfico del *locus*, que es como una partícula en medio del vacío, y su *no* aislamiento social. Las descripciones que se han hecho de los lugares donde se montaron los campamentos o distritos mineros no pueden ser más intensas. Aquí, como diría Darío al comentar la novela *En las tierras de Potosí* de Jaime Mendoza,<sup>15</sup> el único personaje es el viento.

Sin duda, esta aridez o vacío en torno al *locus classicus* ha jugado un rol en la gestación de los profundísimos sentimientos corporativos de los mineros. Al desprendimiento que resulta del vacío del contorno sucede un cierto hiato cultural equivalente porque la mayor parte de los mineros, al menos en sus centros esenciales como Siglo XX, son hombres originarios de los valles de Cochabamba. Eso se explica en parte por la mayor concentración demográfica de la zona donante, Cochabamba, pero también porque era allá donde la tenencia de la tierra era relativamente (aunque esto era poco significativo en aquella Bolivia) más progresista.<sup>16</sup> Quizá

<sup>13</sup> Guillermo Lora, *De la Asamblea Popular al combate de agosto*, Santiago, OMR, 1972.

<sup>14</sup> Para una justificación de esta aseveración, cf. René Zavaleta Mercado, «Las masas en noviembre», en *Las masas en noviembre*, La Paz, Juventud, 1983, pp. 11-68; *Bolivia, hoy*, México DF, Siglo XXI, 1983, pp. 11-59. Incluido en este volumen.

<sup>15</sup> *En las tierras de Potosí*, Barcelona, Viuda de Luis Tasso, 1911.

<sup>16</sup> Cf. Carlos Soria Galvarro, *Con la revolución en las venas: Los mineros de Siglo XX en la resistencia antifascista*, La Paz, Editorial Roalva, 1980; Augusto Céspedes, *Metal del diablo*, La Paz, Ediciones La Calle, 1960; Fernando Ramírez Velarde, *Socavones de angustia*, Cochabamba, Editorial América, 1947.

pueda derivarse de eso una más temprana tendencia a la descampesinización.<sup>17</sup> Al disponer en una gran medida de un origen cultural común, el estar como extrañados en un escenario diferente y la mentalidad propia de la pérdida del *locus* previo (elemento fundamental de la descampesinización), sin duda actuaron también en la composición de la psicología de esta clase obrera.

El aislamiento, por cierto, no es una ventaja y, aún más, en términos de flujo hegemónico, se puede decir que *a la larga* es un *handicap* para los mineros, incluso en términos militares.<sup>18</sup> Con todo, aquí convendría considerar el factor de «insistencia» estructural. Si se tiene en mente que el ingreso de los mineros a la política se sitúa por lo general (pero esto es una convención) en el comienzo de los cuarenta y más propiamente en la masacre de Catavi (1942),<sup>19</sup> debemos suponer que han discurrido tres generaciones desde aquel corte simbólico. Ahora bien, el número de obreros, aun en el caso de que se considere su contorno, escasamente se ha incrementado desde entonces y es posible que haya disminuido. Significa eso que se trata de proletarios hijos de proletarios, es decir, obreros de

---

<sup>17</sup> Esto se advierte del modo más claro en la novela testimonial *Socavones de angustia* de Fernando Ramírez Velarde. Para la versión de la editorial Siglo XXI, Zavaleta Mercado añade el siguiente texto: «Las observaciones de Brooke Larson acerca del papel de Cochabamba en relación con la formación potosina son del mayor interés. En primer lugar, surge Potosí como un importante mercado de productos agrícolas: “La concentración de 120.000 personas en los estériles alrededores del pueblo minero, lo hicieron totalmente dependiente de la importación de bienes básicos para la supervivencia”. En segundo lugar, es el propio Estado y en particular Toledo los que hacen una *construcción coercitiva* del primer mercado interno: “El Estado [...] aceleró la formación del mercado interno en el espacio económico peruano [...]. La explotación económica basada en la propiedad privada se apoyó en la coerción político-legal del Estado que, a corto plazo, promovió el sector exportador, la especialización regional y el comercio terrestre». Luego de poco tiempo, “la mayor parte del grano era enviado a Potosí por terratenientes individuales de Cochabamba”. De alguna manera, la propia Cochabamba incaica se adelanta a la gran descampesinización que hará Potosí: “Antes de la conquista española, los valles de Cochabamba estaban habitados por un mosaico de aproximadamente 40 grupos étnicos [...]”. “El modo inca de consolidar el control sobre Cochabamba y sobre otros territorios nuevos era el de transplantar nativos de otras regiones *mitimae*”. Finalmente, “a finales del siglo XVII, la movilidad laboral se había convertido en el problema crítico del Estado colonial en Perú y Bolivia [...]. La vagancia estaba más generalizada en la zona sur que en casi cualquier otra parte del Imperio español”.

Las consecuencias parecen ahora previsibles: en el siglo XVIII «la Provincia de Cochabamba tenía la más alta proporción de indígenas sueltos, no segregados, en Bolivia y era también conocida por su gran población mestiza”. “(El 90% del total de la población indígena de Cochabamba [...] estaba registrado en los listados tributarios como ‘forasteros’)”.

Como punto de remate, “el mercado potosino era aproximadamente la mitad del valor de las importaciones de otras regiones andinas a la provincia. Más importante aún, el mercado campesino estimuló el crecimiento de la industria de textiles de algodón después de 1760 [...]. El mercado campesino local fue el mayor impulsor de la expansión de la producción textilera”. Cf. Brooke Larson, «Cambio agrario en una economía colonial: El caso de Cochabamba, 1580-1800», *Estudios Rurales Latinoamericanos*, vol. 3, núm. 1, 1980, pp. 111-132. [N. de E.]

<sup>18</sup> Cf. Régis Debray, *La guerrilla del Che*, México DF, Siglo XXI, 1975.

<sup>19</sup> Opinión completamente controvertible. Es dudoso decir que el tema minero fuera un tema «nacional» antes de los años cuarenta.

*extracción* obrera, obreros hereditarios. Una situación, por cierto, en nada comparable a los valores de los grandes *proletariados de primera generación*<sup>20</sup> de México o Brasil *inter alia*. Si a la locación espacial y cultural, *factor de insistencia*, se suma este hecho de extracción o estirpe resulta que estaban ellos en condiciones de formar comunidades que tuvieran «sus propios códigos, mitos, héroes y patrones sociales».<sup>21</sup>

4. La bien conocida *Tesis de Pulacayo*<sup>22</sup> tiene sin duda un mérito propio al haber enunciado esta centralidad *de facto* que iba a asumir el proletariado minero. La *Tesis* postula un «gobierno propio de la clase obrera, teniendo como eje la alianza obrero-campesina», o sea que correspondería a la primera el papel dirigente, «no obstante su escaso número», lo cual es como la tesis de Heraclio Bonilla solo que invertida: en aquel caso el número lo determinaba todo y aquí no importa nada. En los hechos, nadie podría discutir que el escaso peso demográfico de los mineros fue siempre un elemento adverso para ellos, así como la soledad territorial fue al mismo tiempo su escenario, su defensa y la forma de sus imposibilidades. Con una fe tan exultante en el destino obrero habría sido difícil que la *Tesis* o sus autores estuvieran dispuestos a admitir que los mineros resultaran a la vez capaces de determinar en tan extensa medida los acontecimientos y, sin embargo, incapaces de ser la referencia de sí mismos o sea de la independencia ideológica.

En todo caso, lo del *escaso número* es algo que debe relativizarse. La teoría del *medio compuesto*,<sup>23</sup> que hemos mencionado como algo ausente en el razonamiento de Bonilla, es quizá la que mejor nos sirve para el análisis de esta situación o complejo. Mientras que por *clase social* se entiende un objeto lógico-formal, el *medio compuesto* es ya el ámbito en que las clases y los estratos no clasistas ocurren o sea que se refiere a una hibridez, sea porque en la sucesión los padres pertenecen a una categoría y los hijos a otra o porque en la misma, sea la familia o el barrio o la ciudad, conviven más de una categoría clasista. Es un concepto que de suyo nace de la imposibilidad del análisis clasista con el mero manejo de categorías analíticas. Lo que importa entonces es el aspecto que define lo compuesto del medio porque se supone que aquí la diferencia de los factores debe concluir en

<sup>20</sup> Cf. Paulo Schilling, *El expansionismo brasileño*, México DF, El Cid Editor, 1978.

<sup>21</sup> Clark Kerr y Abraham Siegel, «The Interindustry Propensity to Strike: An International Comparison» en Arthur Kornhauser *et al.*, *Industrial Conflict*, Nueva York, McGraw-Hill, 1954, pp. 189-212.

<sup>22</sup> Cf. *Tesis de Pulacayo* (Tesis central de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia), 1946.

<sup>23</sup> La teoría del *medio compuesto* es lo que la «formación económico-social» es a las grandes unidades sociales. La han desarrollado sobre todo los sociólogos franceses de la década de los sesenta.

una *unidad hegemónica*. A ello sumamos nosotros el concepto que designaremos de manera provisional como el acto de *irradiación*.<sup>24</sup>

El razonamiento podría plantearse de la siguiente manera: el compuesto grupal es lo que es su colocación estructural, o productiva si se quiere, más la índole de la interpelación constitutiva. Es decir que exista o no la «centralidad» como un *fatum*, rasgo que preferimos dejar pendiente, ella debe ser no obstante *constituida*. En el caso del tipo de *medio compuesto* que Bonilla describe en *El minero de los Andes* es claro que el resultado de la interpelación es la *iluminación* desde el vasto *background* precapitalista sobre el núcleo de trabajadores productivos capitalistas, de los campesinos sobre los obreros. Esto ocurre en el caso boliviano en la dirección exactamente opuesta porque es verdad que la irradiación ha constituido el bloque de la clase mucho más allá de su «escaso número». No solo es verdad que los mineros hacen un acto de irradiación o iluminación sobre su propio medio ambiente o atmósfera inmediata (es decir, sobre los comerciantes de los distritos mineros, las «amas de casa», etc.). Imprimen también el sello de lo que ha devenido el modo de vida obrero al conjunto del lugar en que viven, ciudad o aldea, hasta comprender en ello, al menos en ciertos casos, al propio campesinado del circuito inmediato.<sup>25</sup> La irradiación alcanza en su ultimidad a toda la clase obrera y también al campesinado no vinculado al *locus*.<sup>26</sup> Las modalidades de la organización del llamado sindicalismo campesino existen a imagen y semejanza del sindicalismo obrero, pero es cierto que aquí el sello tiene un origen histórico.<sup>27</sup> El propio sindicalismo de los trabajadores asalariados no productivos tiende a ese patrón o al menos a la recepción hegemónica del hecho organizativo obrero. Tal es el alcance de la influencia obrera sobre la sociedad boliviana.

5. El concepto de irradiación desliza el campo del análisis de la descripción estructural a la sistematización de la política como lógica de coyunturas. No obstante, el argumento del «escaso número» no es decisivo ni aun en el marco de una inferencia puramente cuantitativa, inferencia que es cierto que computa la irradiación obrera en el medio compuesto familiar y en el conjunto obrero. Se calcula que hay unos 60.000 mineros en Bolivia, pero la composición de la clase obrera, en sus componentes elementales, es mucho más extensa:

<sup>24</sup> Cf. Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa, 1980.

<sup>25</sup> Véase Olivia Harris y Xavier Albó, *Monteras y guardatojos*, La Paz, Cuadernos de CIPCA, 1975.

<sup>26</sup> Lo cual comenzó con la Confederación Campesina Independiente hacia el fin del gobierno de Barrientos, 1968, y desembocó en el apoyo campesino a la huelga de 1979, que ya configuraba una alianza.

<sup>27</sup> Los mineros, respondiendo probablemente a su extracción, se lanzaron al campo, sobre todo cochabambino, después de la insurrección de abril. Eso es lo que explica el modo proletario que tiene la forma del sindicato campesino.



Sector	Individuos	Agregación familiar (*)
Minero	60.099	236.189
Fabril	145.380	571.343
Construcción	78.211	307.369
Petróleo	1.599	6.284
Ferrovial	6.000	23.580
Totales	291.289	1.141.765
Población del país en esa época: 4.600.000.		

Fuente: Censo de Población y Vivienda de 1976.28 (\*) La unidad familiar media es de 5 personas.

A esto deben sumarse los 40.000 hombres que van *per annum* a la zafra del azúcar y el algodón en el oriente, que solo trabajan cuatro meses en el año, aunque es lógico omitir la compra de fuerza de trabajo por parte de los campesinos ricos (piqueros) y las migraciones temporales a la Argentina, que son de difícil ponderación.

En un país con el abigarramiento de Bolivia se debe considerar, por lo demás, otro tipo de situaciones sociológicas. Es un hecho, por ejemplo, que el número de trabajadores de COMIBOL<sup>29</sup> fue reducido casi en un tercio desde 1952.<sup>30</sup> Con la tasa de irradiación del país sería un absurdo interpretar al ex-obrero como un no-obrero. Los mineros desocupados participaron en un número elevado en la colonización de Caranavi, Alto Beni y Chapare, zonas de nueva frontera agrícola; computarlos como campesinos sería un error. Los de Caranavi fueron la base del movimiento campesino «independiente», que es en realidad el antecedente de la adscripción masiva del campesinado a la COB en 1979.<sup>31</sup> De esta manera, aunque se redujera el impacto de la irradiación a sus puntos más inmediatamente verificables, eso mismo no sería negligible sobre una población que dudosamente llega a los 6 millones *hit et nunc*.

<sup>28</sup> También debe tenerse en cuenta que la productividad del minero es 2,3 veces el promedio de la economía en su conjunto. Según este mismo censo, la población económicamente activa es 1.500.000 que se distribuyen así: 15 % de obreros, 23,1 % de empleados, 9,1 % de trabajadores familiares no remunerados, 47,9 % de trabajadores por cuenta propia, 0,9 % de patrones y empleadores. El 4 % trabaja en explotación de minas y canteras. De este cálculo se excluye toda la agricultura. Se ha considerado, de acuerdo al análisis censal, que hay dos ocupados por hogar, aunque no todos ellos son trabajadores productivos en sentido capitalista o proletarios. Sin embargo, en las ramas productivas, en el 43 % de los casos los dos ocupados del hogar son productivos y en el 57 % restante solo uno de ellos. Eso implica que en el primer caso se debe multiplicar la irradiación por 2,5 y en el segundo por cinco. En consecuencia, debe multiplicarse el conjunto por 2,93.

<sup>29</sup> Corporación Minera de Bolivia, el ente estatal creado sobre la base de la fusión de las empresas nacionalizadas en 1952.

<sup>30</sup> En 1956 había 36.000 trabajadores en COMIBOL. Este número se redujo a 29.000 en 1960 y a 24.000 en 1975. Agradecemos el asesoramiento de Miguel Fernández en este punto.

<sup>31</sup> Véase nota 25.

Por el otro lado, del excelente análisis que ha hecho Laurence Whitehead<sup>32</sup> del comportamiento electoral de los mineros (estudio que, por desgracia, no comprende el periodo 1978-1980, que es quizá el más rico) se desprende, por una parte, que la influencia de los mineros, aun en el plano meramente electoral, era ya importante dentro del propio Estado oligárquico.<sup>33</sup> Se refiere ello, de otro lado (aunque esto es ya una inferencia nuestra), a lo que se llama una *mayoría de efecto estatal*, que es algo que cobrará su real importancia en lo posterior.<sup>34</sup>

Whitehead calcula, comparando los resultados de las elecciones de 1923, 1931, 1940, 1942, 1944, 1946 y 1951, realizadas todas bajo el sistema del voto calificado (es decir, con exclusión de los analfabetos, que son una gran mayoría, sobre todo entre campesinos y obreros) que la influencia electoral de la FSTMB<sup>35</sup> alcanzaba al 10 y varias veces al 15 % del electorado. Esto en una colocación de práctico exilio político. En cualquier forma, el que Paz Estenssoro triunfara en 1951 en la provincia Bustillo de Potosí, que es el arquetipo de *lo minero* en el país, por 2.748 votos contra 17 de Gosálvez, el candidato del *establishment*, o que en Inquisivi, que es la provincia de La Paz a la que pertenecen los «minerales» de Quime y Caracoles, recibieron 1.358 votos contra 16 para Gosálvez y 49 para los otros candidatos, es algo que demuestra que la insurrección de abril se estaba preparando mediante la hegemonía del movimiento nacional-democrático en los centros neurálgicos o estatalmente privilegiados del país.

Estas cifras tienen que parecer insignificantes a cualquier observador no boliviano. En otros trabajos hemos advertido que la institución democrático-representativa no contiene en modo alguno los mismos significados en sociedades homogéneas (como los Estados Unidos) que en sociedades abigarradas o heterogéneas.<sup>36</sup> En el caso de estas últimas, la topografía electoral está en extremo diferenciada y esto es lo que en último término justifica la idea de la *mayoría de efecto estatal*. En otros términos, como lo ratificarían las elecciones de 1978 al 1980, quien conquista la mayoría en La Paz, Cochabamba y Santa Cruz, dos o tres centros campesinos como Achacachi y Cliza, más los distritos mineros, *tiene* el país, porque aquí la democracia es un recuento hacia la confrontación literal. Es un razonamiento que

<sup>32</sup> Cf. Laurence Whitehead, «Miners as Voters», *Journal of Latin American Studies*, vol. 13, núm. 2, noviembre de 1981, pp. 313-346.

<sup>33</sup> Por Estado oligárquico se entiende por lo general en Bolivia la fase iniciada por la Revolución Federal, que concluye con la Revolución de 1952. Sin embargo, debería ponerse su punto de partida en los regímenes conservadores.

<sup>34</sup> Cf. V. I. Lenin, *Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado*, Moscú, Progreso, 1966.

<sup>35</sup> Cf. René Zavaleta Mercado, «De Banzer a Guevara Arze: La fuerza de la masa», *Cuadernos de Marcha*, México DF, segunda época, núm. 3, septiembre-octubre de 1979, pp. 29-41; Laurence Whitehead, *op. cit.*

<sup>36</sup> Cf. René Zavaleta Mercado, «La fuerza de la masa», *op. cit.*

puede resonar como no muy democrático, pero es verdad que describe la construcción del país tal como es.

Aunque el poderío de esta clase o fracción de clase es mayor aún en su alcance numérico que el que se supone en lo común, no hay duda de que quienes hacen una apología de su colocación cualitativa o sea del alcance superior al de su número se fundan a la vez en hechos que son comprobables. El que una clase que no se convirtió de clase en sí (si es que de eso se puede hablar aquí) en clase política sino en 1940 y si apenas algo más de 10 años después, en 1952, podía ya plantear una dilemática situación próxima a una suerte de poder dual en el sentido de la taxonomía leninista-trotskista y si, por último, podría ya ejercer una densidad hegemónica tan lata como en 1979 ¿no será un objeto lógico de estudio como movimiento social? Sobre todo en un mundo en el que no hay una sola clase obrera occidental que haya obtenido avances políticos verdaderamente importantes.

Sostenemos nosotros que los mineros bolivianos tuvieron una precoz conciencia de la superioridad estratégica de su colocación (la «experiencia de masa») y que su ascenso coincidió con la decadencia del eje político-empresarial que se juntaba bajo el término de Estado oligárquico o, preferiblemente, «de rosca».<sup>37</sup> Pues había un alrededor de ascenso de masas en torno suyo, dentro de ello la organización proletaria, que era casi su instinto, pudo obtener una intensidad y una eficacia que eran poco menos que incomparables.

Se produce aquí un resultado paradójico. La sucesión de sus inmensos éxitos, desde la guerra civil de 1949<sup>38</sup> hasta su rol dirigente en lo político en la insurrección de 1952,<sup>39</sup> la erección de la leyenda obrera, de su dignidad política, todo aquello no podía conducir sino a que el proletariado minero boliviano adquiriera una psicología triunfalista, ultimativista y obrerista. Es, por cierto, una herencia que ha cobrado un elevado costo a esta clase. Se puede sostener que no hay un sentimiento más fallido que el de invencibilidad o de superioridad militar que tienen los mineros bolivianos sobre el ejército regular, sin duda como resaca falaz de la insurrección del 52. Este sentimiento o programa (porque el programa en último término es eso, la relación entre la ideación o percepción con la acumulación consciente de la ideología) no puede vencer en estas condiciones, a pesar de ser tan apasionante en su carácter.

---

<sup>37</sup> Se moteja así, en lo popular, a la oligarquía en Bolivia.

<sup>38</sup> Esta guerra civil duró unas tres semanas. El MNR se apoderó de cinco de los nueve departamentos. La participación en las acciones por parte de los mineros fue decisiva sobre todo en Potosí, donde la lucha fue más sangrienta. Los mineros ejecutaron a varios rehenes norteamericanos tras advertir que lo harían si el Ejército usaba armas pesadas sobre los campamentos.

<sup>39</sup> La toma y la ocupación de Oruro por los mineros en 1952 fue fundamental para impedir la marcha de los regimientos del sur sobre La Paz. También tuvo importancia la participación de los mineros de Milluni. En los hechos, sin embargo, toda la participación obrera acataba ya a la Federación de Mineros.

6. El estudio de los mineros bolivianos ha sido hecho desde diferentes enfoques. Un equipo de la Universidad de Cornell<sup>40</sup> hizo una interesante cuantificación de la vida en las minas bolivianas. De otro lado, se han hecho estudios antropológicos, como los de Nash<sup>41</sup> y testimoniales como los de Barrios de Chungara<sup>42</sup> e Iriarte.<sup>43</sup> A lo último, hay una cierta abundancia de literatura apologética sobre los mineros, que va desde obras de gran vuelo creativo como la de Almaraz<sup>44</sup> hasta trabajos vigorosos desde el punto de vista político como los de Lora y Soria.<sup>45</sup>

Se podría discutir bastante acerca de las posibilidades generales de la cuantificación metódica en una formación como la boliviana. La *inter-subjetividad* que subyace debajo de lo que hemos llamado la irradiación, por ejemplo, es difícilmente medible y en todo caso la medida no nos da el hecho. De otro lado, la visualización del comportamiento minero a través de su canon mítico tampoco conduce al parecer sino a resultados aporéticos porque no hay duda de que el testimonio no solo lo es del que lo da, sino también del que lo recoge y sobre todo mientras más remoto sea. Que el minero crea en el «tío» o que se atenga a la verdad del yatiri no ha sido obstáculo para el desarrollo del principio organizativo. Por el contrario, el que el minero desarrolle la entidad de hombre libre en el grado en que lo ha hecho, su adjunción sin duda resuelta a la técnica productiva, conservando a la vez tantísimo elemento de su identidad está mostrando una relación con la modernización completamente distinta a la que tiene, por ejemplo, el hombre de la marginalidad latinoamericana, en el cual se produce una ilación de supresión-interpelación exógena que no resulta deseable para nadie.<sup>46</sup>

<sup>40</sup> «El informe Cornell», *Cuadernos*, núm. 29, Universidad Mayor de San Andrés, La Paz, 1968.

<sup>41</sup> Juan Rojas y June C. Nash, *He agotado mi vida en la mina: Una historia de vida*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1976.

<sup>42</sup> Cf. Domitila Barrios de Chungara y Moema Viezzer, «*Si me permiten hablar*»: *Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia*, México DF, Siglo XXI, 1977.

<sup>43</sup> Cf. Gregorio Iriarte, *Galerías de muerte: Vida de los mineros boliviano*, Montevideo, Tierra Nueva, 1972.

<sup>44</sup> Sergio Almaraz, *Bolivia: Réquiem para una república*, Montevideo, Biblioteca de Marcha, 1970.

<sup>45</sup> Cf. Guillermo Lora, *Historia del movimiento obrero boliviano*, La Paz, Los Amigos del Libro, 1967-70; Carlos Soria Galvarro, *Con la revolución en las venas: Los mineros de Siglo XX en la resistencia antifascista*, La Paz, Editorial Roalva, 1980.

Los criterios de no bolivianos suelen estar cargados de prejuicios. Robert Vandycke, *v. gr.*, encuentra que la dirección minera es un ejemplo de «organización con vocación burocrática», lo cual por cierto suena insólito («Le Mouvement ouvrier bolivien et la Révolution Nationale», *Sociologie du Travail*, enero-marzo de 1969). De otro lado hay quienes, como Marcelo Grondín, piensan que no se puede considerar al proletariado minero como clase porque tiene un promedio laboral útil de cinco años. Marcelo Grondín, *Comunidad andina: Explotación calculada*, Santo Domingo, Unidad de Divulgación Técnica de la Secretaría de Estado de Agricultura de la República Dominicana, 1978.

<sup>46</sup> Cf. José Nun, «Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal», *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 5, núm. 2, julio de 1969, pp. 174-236.

Encontramos nosotros que en el universo minero se da una relación entre la facticidad o eventualidad, y la *proposición de masa* que es mucho más rica que las vías mencionadas para su estudio. Al fin y al cabo, lo más importante del conocimiento es la actuación colectiva frente al conocimiento. Señalar los orígenes mágicos que sobreviven en medio de un discurso, por lo demás en todo racional-explicativo, es tan poco apodíctico como el miedo a los lobos que pueda tener el hijo de un obrero alemán. Preferimos, por tanto, la construcción «histórica» del hecho y su consecuencia de masa. En tal sentido, el «tío» o la Virgen del Socavón difícilmente servirán en algo para explicar, por ejemplo, lo que fue la Asamblea Popular como objeto ideal de la política y como recuerdo del atraso obrero.

En el análisis del movimiento obrero boliviano, dentro de nuestra modesta tradición sociológica, se ha utilizado el concepto de *acumulación en el seno de la clase* para describir la relación entre memoria colectiva, supresión-consagración y enunciación activa, o sea esta es una metáfora referida a los mecanismos de selección positiva y negativa en los movimientos del conocimiento colectivo. Sin duda este mecanismo, un tanto gregario del enfoque gnoseológico, es un *diktat* del hecho minero; el asunto se plantea por lo común en América Latina más cerca de Foucault o de Popper que de esta manera que es más bien autóctona. Lo crucial aquí es el supuesto de la *adquisición*. Nos atenemos siempre al concepto de masa. No es, por tanto, el acto de un especialista y ni siquiera el de un intelectual orgánico, sino la incorporación o la adquisición de la masa. Dicho en otras palabras, en una determinada proposición, incluso si los términos de su integración resultan correctos, este supuesto, el de la acumulación en el seno de la clase, afirma que la hipótesis no es válida si no está *adquirida* o sea si no se ha hecho parte del buen sentido general o prejuicio popular después de la selección.

Eso es lo que ocurrió con los avatares consiguientes a la *Tesis de Pulacayo*.<sup>47</sup> Aprobada en 1946, cuando hacía poco más de un quinquenio del ingreso de los mineros en la política, era sin duda lo que se llama una tesis ultraizquierdista. Lo que resultaba peligrosísimo era que los mismos hombres que habían aprobado posiciones tan finales, ahora, en el 52, se tomaban el Palacio Quemado y el poder entero. Una cosa es, empero, lo que uno cree que piensa y otra lo que uno piensa realmente. A pesar de las exuberancias obreristas de aquella tesis, el comportamiento efectivo de la clase obrera en 1952 fue muy diferente. Demostró tener una «reciprocidad» mucho más importante de lo que se suponía con la burguesía que llegaba a la historia junto con ella. En la masa había un anhelo de pertenencia y difusión en el movimiento democrático general y no de hegemonía sobre él. Por consiguiente, la *Tesis de Pulacayo* era un programa que no había sido «adquirido».

---

<sup>47</sup> *Ibidem*.

En Bolivia, de otro lado, los partidos existen en el seno de los sindicatos así como en Chile los sindicatos existen *en* los partidos. Con esto decimos que hay una superioridad de la entidad sindicato sobre la entidad partido. Esto es resultado de los términos de la constitución del minero como entidad clasista. Es una clase «sindicalista» porque esta es la forma superior de organización incorporada o adquirida por la acumulación de clase. El sindicato, a su turno, tiene que ver solo de un modo relativo con la idea que se tiene de ello por lo general. Aquí el sindicato es la formulación proletaria de una organización social mucho más extensa. Es el trabajador de la mina en estado de autodeterminación pura más su irradiación o iluminación lo cual incluye a campesinos, comerciantes, mineros independientes (pequeño-burgueses mineros) y asalariados no productivos.

El dogma sindical es algo sostenido hasta su última consecuencia.<sup>48</sup> La historia de su periodo ascendente ha hecho del minero un hombre de actitud subitánea: eso *porque la iniciativa de la masa y de cada individuo en la masa* tiene que ver con la premisa del *obrero total* que es de lo que se deriva el carácter subrogable y enjuiciable del dirigente.<sup>49</sup> El presupuesto es que *la desorganización no es obrera*. La falta por cualquiera razón del dirigente no significa sino que alguien debe reemplazarlo, pero esto no sería posible si lo que se dice, en peyorativo espontaneísmo, no contuviera a la vez iniciativa o solicitud de la masa.

7. Los supuestos de la concurrencia espontánea (que no es lo mismo que el espontaneísmo, que es ya una línea de interpretación)<sup>50</sup> y de la acumulación subjetiva no siempre son compatibles. La agregación que implica

---

<sup>48</sup> Una cosa era, por ejemplo, que el margen hegemónico dado por la Revolución del 52 sumado a la subidentidad de las masas vencedoras situaran a Lechín y a todos los dirigentes del *momento general* de lo nacional-democrático como mediadores. Perdido ese margen o legitimidad, Siles intentó sin embargo reconstruirlo *desde arriba* y al margen de los mediadores originales. Esto fue la experiencia de los llamados «reestructuradores» y de los sindicatos paralelos semejantes al que en Huanuni dirigía Celestino Gutiérrez. En realidad, la formación de este sindicalismo dependiente es lo único que habría podido evitar la ruina del Estado del 52, que es hoy imbatible. Esto, sin embargo, contradecía gravemente los niveles alcanzados por la acumulación obrera. Remató aquello en una guerra sindical que concluyó con la toma de Huanuni por los sindicalistas de Catavi-Siglo XX y la muerte por colgamiento de Celestino Gutiérrez. No hubo después intento serio alguno de reconstruir al sindicalismo minero *desde* el Estado. El apotegma de la unidad está fuertemente instalado entre los obreros.

<sup>49</sup> Cf. Barrios de Chungara: «En los últimos veinte años se han formado varios dirigentes sanos y fuimos aprendiendo la importancia de bien escoger a los dirigentes y de tener para con ellos una gran solidaridad, controlándolos, apoyándolos y criticándolos cuando no actúan como deben. Aquí en las minas, los compañeros nos controlan bastante y si no les convence lo que hacemos, aun el obrero más humilde nos llama la atención y nos critica». «*Si me permiten hablar*», *op. cit.*

<sup>50</sup> Lora es sin duda el expositor del espontaneísmo en la teoría y Lechín en la práctica. La idea del primero es que la clase en sí es el programa más su movimiento espontáneo. En el segundo, aparte de algunas influencias concretas de tipo anarquista, subyace el criterio de que la COB es el organismo superior de la revolución proletaria. También esto puede encontrarse en el testimonio de Víctor López a Susana Selemé (mimeo).

esta última requiere cierto grado de primacía del jefe obrero; no obstante, la propia lógica del control permanente, una lógica antiburocrática,<sup>51</sup> es *a la vez* la manifestación de lo espontáneo y el obstáculo de la formación del acervo táctico. Los momentos más exitosos del sindicalismo minero son los que se integran con consignas relativas, complejas y revisables. Si la táctica es, como se dice, la zona donde se puede fracasar, el grado de adultez orgánica se da por la aptitud de avanzar o retroceder conforme a la valorización de la situación por el comando obrero.

El movimiento de octubre de 1970, por ejemplo, asume el carácter de lo que se llama en la teoría del sindicalismo una *huelga de coerción*.<sup>52</sup> Se dio aquí una reminiscencia consciente de la trama del 52, es decir, del «gobierno MNR-COB».<sup>53</sup> El fácil jacobinismo post-insurreccional se tradujo en medidas en extremo radicales en su apariencia. Ejemplos de ello son el control obrero con derecho a veto, los ministerios obreros y las milicias obreras. Los sindicatos aprendieron muy pronto que, aunque lo de las milicias suponía en la situación el monopolio del aparato represivo, nada de eso, ni milicias ni control obrero significaban nada si ocurrían dentro de la indiferenciación del movimiento democrático, es decir, sin la autonomía proletaria. En los hechos, los ministros obreros, los controles, etc., se constituyeron en mediadores del nuevo Estado.<sup>54</sup>

Los dirigentes del 70 tuvieron esto en mente. La coyuntura proponía un contexto golpista clásico y el golpe de Estado es la forma incorporada o corriente del cambio político en el país. En lugar de embrollarse en una complicada discusión acerca de si la guerrilla, el golpe o la insurrección eran las vías del cambio obrero, adoptaron una política de buen sentido aunque eso tampoco puede considerarse ajeno a la acumulación subjetiva que, como dijimos, pertenece ya a un rol consciente. Pues era inminente el golpe reaccionario *antiovandista* de Miranda y esto mismo causaría el contragolpe *ovandista* de Torres (que era el segundo político de Ovando), la COB determinó la «huelga de coerción» que impulsó a Torres. Torres,

---

<sup>51</sup> Véase nota 48.

<sup>52</sup> «Huelga de coerción»: «Obligar a los poseedores del poder político, el gobierno o el parlamento a hacer o dejar de hacer algo». Véase Parvus, «Golpe de Estado y huelga política de masas», en Parvus, Ursula Kochmann *et al.*, *Debate sobre la huelga de masas*, México DF, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 62, 1978, pp. 7-56.

<sup>53</sup> Véase René Zavaleta Mercado, *El poder dual en América Latina. Estudios de los casos de Bolivia y Chile*, México DF, Siglo XXI, 1974. Incluido en este volumen.

<sup>54</sup> Lechín era el mediador ante la clase obrera o sea el representante del Estado nacionalista-revolucionario ante la clase obrera y de esta ante el Estado político que resultó del 52. Ovando fue el mediador ante los militares o sea portador del sentimiento militar, en gran medida anterior al 52 y enemigo sentimental de él, y por el otro lado introductor del nacionalismo revolucionario como la nueva razón del Estado. Cuando el radio o alcance hegemónico del 52 se encogió, lo cual es un proceso pero tuvo su núcleo de puntualización en la ruptura entre Lechín y Paz Estenssoro, aquél se convirtió de mediador en separatista y de inmediato Ovando, instigado por Barrientos, hizo lo propio.



demostrando que el Estado, a su turno, tiene su propia memoria, propuso a la COB el cogobierno o sea la reposición (ilusoria sin duda) de los términos del 52. La COB contestó a ello, constituyendo la Asamblea Popular, es decir, un órgano de poder independiente del propio Torres cuya presidencia se había determinado.<sup>55</sup>

Lo anterior demuestra que el movimiento obrero era capaz de hacer una selección en los elementos integrantes de su memoria o sea que era un momento de superioridad de la *acumulación en el seno de la clase* sobre la autoconcepción espontaneísta del obrero como multitud o como plebe en acción y no como clase. Si esto era parte de un proceso, se trataba de un proceso heterogéneo. Así lo demostraría el sentido opuesto que adoptó el movimiento huelguístico de junio de 1976, en el que de un modo curioso vuelve a aparecer el nombre de Torres.

El sentido de la acción de abril de 1976<sup>56</sup> es la determinación de la legalidad obrera por medio de la acción directa, que es el método básico del sindicalismo minero. En un operativo realmente sorprendente, la Federación de Mineros (FSTMB) logró movilizar de modo clandestino a centenares de delegados que habían sido elegidos a su turno en asambleas secretas, realizadas por lo general en el socavón. Ofrecían así, con el Congreso Minero, un *fait accompli* a Banzer. En el Congreso mismo se impuso el pliego con una escala de aumento de salarios no negociable, con convocatoria de huelga general a plazo fijo (dos meses) en caso de que no se satisficieran ésa y otras demandas. El pliego por tanto negaba hasta la vía que se había utilizado para la organización del Congreso y, en todo caso, proponía, con una petición no negociable y con solo un plan máximo de lucha, un modo táctico ajeno a la tradición de la FSTMB. Los militares no solo tuvieron tiempo por demás para ocupar los distritos mineros y preparar la represión, sino que la huelga se precipitó con el asesinato de Juan José Torres en la Argentina. Durante siete semanas se resistió desesperadamente en las minas, pero el movimiento fracasó en su integridad. Aquí no hay duda de que se impuso la línea maximalista y espontaneísta que provenía de la tradición del 52, es decir, la autorreflexión del proletariado minero como revuelta y de su organización como multitud mesiánica.

**8.** El momento culminante de esta relación se da *circa* 1979 con la transformación de la lógica democrático-representativa en un principio de masa. Si se coteja con lo que se ha descrito en las páginas anteriores, se verá que la democracia para los mineros y para los obreros en general no

<sup>55</sup> Véase René Zavaleta Mercado, *El poder dual...*

<sup>56</sup> Cf. Guillermo Lora, *Movimiento obrero contemporáneo*, La Paz, Ediciones MASAS, 1979.



era identificada sino con la libertad sindical.<sup>57</sup> Era posible decir, incluso, que el insurreccionalismo era lo orgánico a la clase, lo cual es explicable por el carácter de su símbolo central. El periodo de 1978-1980 manifiesta no solo la incorporación de obreros y campesinos al uso político del voto y la disputa por la hegemonía considerada como *opinión pública*<sup>58</sup> —lo que implica la lucha por un programa obrero para toda la nación—, sino también un compromiso tan radical que contenía la posibilidad de sostener con la lucha de masas la validación de lo democrático-representativo. Debe decirse que este es quizá el único periodo que pueda merecer el nombre de tal en la historia entera del país.

Por qué estas clases tan desdeñosas de la formación del poder conforme a normas, de la estipulación del formalismo racional y de lo verificable, se convierten en partidarias de ello es algo que no acepta una explicación rutinaria. Se puede decir que la parcelización convirtió al viejo *fellah* rural en propietario libre (una suerte de *yeoman* pobre) y que esto es la base material para la constitución del *citoyen* rural.<sup>59</sup> Solo la acción directa permitía a los mineros por lo demás actuar como ciudadanos, pero el sindicato fue siempre sin duda la escuela de la democracia, o sea, una escuela de ciudadanía.

Natusch intentó en noviembre de 1979 la cancelación draconiana de todo el proceso democrático-representativo. La COB respondió como en 1970 con la convocatoria a la huelga general, solo que esta vez en resguardo de la democracia representativa. La gran sorpresa sociológica está dada, sin embargo, por el acatamiento activo del campesinado a la huelga obrera. Esto significaba en verdad la cancelación *de facto* del llamado pacto militar-campesino.<sup>60</sup> Por sí mismo, no necesita pedirse atención al hecho del campesinado apoyando *en masse* a una huelga de obreros. Los campesinos utilizaron sus propios medios que, desde luego, no son los obreros: el asedio, la paralización de los caminos, el cerco de los poblados, la ocupación virtual de todo el territorio no urbano. Su líder principal, Genaro Flores, se convirtió en el segundo hombre de la COB.<sup>61</sup> Esta expansión súbita de la hegemonía obrera y la virtual proclama de que la COB era el comando democrático fue vivida por los propios dirigentes obreros con una suerte de perplejidad.<sup>62</sup> Educados en aquello que se llamó en su momento el

<sup>57</sup> Véase de René Zavaleta Mercado, *Las masas en noviembre...*, *op. cit.*

<sup>58</sup> Está claro que aquí, aun para conservarse en su acumulación, el movimiento obrero debe invadir a la sociedad o recogerla.

<sup>59</sup> Véase *Las masas en noviembre...*, *op. cit.*

<sup>60</sup> La cancelación de este pacto, cuya efectividad clasista es lo que explica todo el periodo barrientista, había comenzado con las *jacqueries* cochabambinas ocasionadas por la devaluación de la moneda y los precios anticampesinos en 1974. Esto no era sino la preparación del 79.

<sup>61</sup> Flores, hombre de brillante trayectoria en la reconstrucción campesina, quedó parálítico a causa del atentado que sufrió a manos del aparato represivo de García Meza.

<sup>62</sup> La perplejidad se expresa, como ejemplo, en lo que ocurrió en el documento propuesto a Lidia Gueiler sobre reivindicaciones económicas luego de la nueva devaluación (*Análisis del modelo*

«racismo obrero»,<sup>63</sup> tenían sin duda pocas explicaciones para la opción obrerista que había adoptado el campesinado. Se había conformado un nuevo momento peligroso. El golpe ultraderechista era inevitable. Un movimiento social demasiado extenso estaba replegado dentro de la UDP, que era como su inocente rostro electoral y se puede decir que por medio de García Meza no actuó sino la *razón del Estado*.

9. Para los fines de la discusión, se pueden resumir estos aspectos del desarrollo del movimiento obrero boliviano de la siguiente manera:

1. El razonamiento acerca de los mineros bolivianos demuestra que si bien la colocación estructural de una clase social es un problema que no puede omitirse, con todo, es tan importante como eso la manera en que ocurre su historia o sea su devenir. Cada clase es, entonces, lo que ha sido su historia. Suponer que el desarrollo de una clase depende mecánicamente del desarrollo general del país (en lo económico y aun en lo cultural) es una hipótesis refutada por todos los datos de la realidad.

Ahora bien, el devenir interno de la clase depende a su turno no solo del modo de su propia agregación, porque eso no ocurre en el aire, sino también del grado de recepción o de incursión del contexto. La formación radical de la clase obrera boliviana, en explotación de su centralidad (que aquí no resulta de la teoría de la plusvalía de Marx sino —o también— de una evidencia verificable), no puede explicarse sino en el cotejo con la insolvencia de las mediaciones desorganizadoras o sustitucionistas por parte del Estado.<sup>64</sup>

2. La historia de esta clase ilustra acerca de lo que puede llamarse el conocimiento horizontal de la sociedad si pensamos en el saber culto como un conocimiento vertical.<sup>65</sup> Aquí la experiencia de masa (en el sentido de «fuerza de masa» que es pensado por los clásicos como

---

*económico de la dictadura fascista*, mimeo, 1980). En el mismo momento en que alcanzaba el máximo esplendor su ámbito hegemónico, en la hora en que los campesinos apoyan como propia la huelga obrera o sea que expresan su inclinación hacia la «pertenencia» proletaria, cuando la clase obrera es hegemónica como nunca sobre el país, entonces, la COB, en un proceso típicamente contradictorio, propone un documento de correctivos a la política económica que hacen un papel pobrísimo si se los compara con la denuncia social de la interpelación de Paz Estenssoro con motivo de la masacre de Catavi, por ejemplo, en 1942.

<sup>63</sup> Esta expresión surgió de las grandes limitaciones que se impusieron a la participación campesina en la Asamblea Popular (1971).

<sup>64</sup> Véase nota 47.

<sup>65</sup> Este uso cotejado proviene de la diferenciación entre civilización y cultura, que es de la filosofía alemana.

una fuerza productiva *per se*) no solo se refiere a la construcción de la certeza de sí misma de la clase, lo cual explica su personalidad o temperamento y también sus fracasos, pero también a un modo de conocimiento. Está verificando algo que figura en el modo del rastreo de la táctica o la composición de la táctica dentro del marxismo y de otros movimientos y escuelas sociales. La idea del soviét, por ejemplo, es una obra espontánea de las masas rusas y no de los teóricos del Estado bolchevique que «aprendieron» de aquéllas. Del mismo modo, los momentos dentro del proletariado minero o sea los grados de la adquisición resultan en extremo elocuentes para el estudio de toda la formación social boliviana y de su Estado.

3. El máximo momento clasista o *pathos* hegemónico es la crisis social de noviembre de 1979. Eso demuestra que mientras la crisis es la fuente de conocimiento de los hechos sociales profundos, que son siempre ilegales frente al orden, las elecciones tienen en Bolivia un valor cognitivo relativo o expletorio. Este es el momento en que se muestra a la vez el flanco de fracaso de lo que se puede llamar la utopía minera (lo cual tiene una connotación debidamente mesiánica). En efecto, mientras el conjunto del proceso electoral, o sea la verificación cuantitativa del poder, advierte que el ideologema nacionalismo revolucionario<sup>66</sup> es todavía la ideología nacional de Bolivia (así no sea más que porque *no se sabe decir las cosas de otra manera*, así como se cree que un árbol no es más que un árbol para todo el mundo, como una revelación o evidencia) y si bien hace ya muchos años que el proletariado es una clase peligrosa o clase descontenta o separatista, con todo, aun cuando el propio resultado de su irradiación, la mayoría del pueblo, le requiera de urgencia la constitución de un nuevo patrón hegemónico, la clase obrera «recuerda» entonces su impotencia clásica que es, lo mismo que su fuerza, la del 52: factualmente dueña del país es, sin embargo, incapaz de introducir una nueva visión de las cosas, es decir, una *reforma intelectual y moral*.

Una clase no puede mantenerse como escisionista o cismática demasiado tiempo frente al poder. Por eso, este estancamiento o continua *anamnesis* de su subalternidad puede ser ya el signo de formas nuevas de mediación, cooptación o mediatización que el Estado ejercite sobre ella.

4. De lo anterior debe derivarse una pregunta que es básica. Es una afirmación genética: quizá una vez que se ha nacido uno no hace más que desenvolver las condiciones de aquello. ¿Hasta qué punto es

---

<sup>66</sup> Cf. Luis H. Antezana, «Sistema y proceso ideológicos en Bolivia (1935-1979)», *Bases. Expresiones del pensamiento marxista boliviano*, núm. 1, 1981, pp. 49-76.

posible para una clase la sustitución o la reinducción de las características propias de su momento constitutivo? ¿Cuánto tiempo puede durar la deslealtad hacia el Estado?<sup>67</sup> Parece ahora evidente que la clase obrera boliviana, tal como es, tiene la capacidad corporativa de imponer la frustración del nacionalismo revolucionario como proyecto histórico-material, pero no del nacionalismo revolucionario como ideologema, es decir, como término del intercambio en un mercado que no tiene otro.

Es la fuerza de la clase obrera la que ha inducido a la brutalización del Estado del 52 y a la pérdida moral de todos los soportes de ese proyecto, civiles y militares. Las propias políticas reaccionarias (la de Estados Unidos, la del FMI, la de la clase política local que es en el fondo profundamente señorialista, lo cual es como decir ajena al hecho obrero) han promovido, impidiendo la industrialización o al menos políticas más progresistas de distribución del ingreso y un arraigo elemental del excedente, que ocurra en Bolivia un proceso mínimo de conformidad, de aristocratización o *tradeunionización* de la clase obrera. No es secundario lo que aconteció con los mineros del cobre en Chile o con los petroleros venezolanos y, desde luego, es impensable que una expansión súbita de su número sustituya al carácter mismo de la clase como ocurrió en México, en Brasil o Argentina, de diferente manera. Todo ello induce a preguntarse cuál podrá ser el destino final del radicalismo de los mineros bolivianos.

---

<sup>67</sup> La construcción de la lealtad de la multitud es particularmente interesante en Inglaterra. Véase E. P. Thompson, *Tradicón, revuelta y conciencia de clase: Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Crítica, 1979.



## EL ESTADO EN AMÉRICA LATINA (1983)\*

LO QUE SE HA LLAMADO la *guerra social* de Bolívar ¿no es acaso la contradicción entre un primer movimiento reaccionario de masas y la proposición iluminista? No terminará acá la historia de los pueblos reaccionarios y la contrarrevolución se verá varias veces como una de las formas de organización de la sociedad. ¿No es verdad a la vez que estas masas godificadas, las de Boves, calificaron el origen sin duda mantuano del Estado venezolano? Se puede decir incluso, es una hipótesis verosímil, que Bolívar aprendió de sus enemigos y que después de esta suerte de abigeato de masas el proyecto venezolano mismo quedó teñido con su recuerdo. No sería por cierto la única vez que la sociedad civil tome un recurso más reaccionario que el Estado, lo cual sin duda contradice la sostenida idea de la masa como portadora natural de democracia. Aquí la masa reaccionaria impone un patrón que sin embargo no será reaccionario: la necesidad de hacer una guerra con las masas.

De la misma manera, podría encararse una interpretación estatal a partir del encuentro con el espacio o sea la organización del escenario. Sí, Rusia es la lucha contra el frío. En todo caso, ¿el fundarse en el mayor espacio desierto del planeta no habrá tenido algo que ver con el origen de una burocracia lúcida y precoz como la brasileña? El Perú o México tuvieron muchos burócratas y se puede decir que perdieron siglos enteros en argucias burocráticas; sin embargo, la idea de la burocracia en su validez moderna no prendió jamás. Por el contrario, se mostraron como sociedades, hasta cierto momento al menos, signadas por una suerte de infecundidad burocrática. El hecho es que los brasileños desarrollaron como Estado sentimientos o prácticas espaciales opuestos a los de México y Argentina. Era como el orgullo del propio exceso pero nadie decía que la extensión hacía mal. De esto debe inferirse que hay consecuencias ideológicas muy diferentes según el tipo de relación primaria que se produce

---

\* Publicado en una primera versión como «Elementos para el análisis del Estado en América Latina», *Tareas*, Panamá, núm. 56, febrero-diciembre de 1983, pp. 45-64. Luego, con el título aquí utilizado, en *Ensayos*, México DF, núm. 1, primer trimestre de 1984, pp. 59-78. [N. de E.]

entre el núcleo de lo social y el territorio al que se referirá. En todo caso, se podría deliberar bastante acerca del momento de irrupción de una idea burocrática como la brasileña o, de un modo aún más fascinante, de una clase política o clase general como la que emerge en México de la catástrofe revolucionaria, lo cual por cierto es algo más que un decoro inteligente.

Es cierto, de otro lado, que podemos detectar grandes momentos constitutivos como los del Chile de Arauco y el México de la Revolución que los explican de un modo casi exhaustivo en cuanto Estados mismos. Eso tampoco puede ser un *desideratum* si se considera la situación de países como Perú y Bolivia en los que la propia profundidad del momento constitutivo ancestral bloquea o inutiliza la solución de la cuestión agraria que es después de todo la hora decisiva de la fundación del capitalismo. Está de más decir que, en una gran medida por cierto, la democracia depende de los modos de resolución de la cuestión agraria. Si esto es un momento remoto para los europeos no lo es para nosotros.

La variedad de coyunturas largas en materia de lo que llamaremos la ecuación social (*vid infra*) propone también paradojas tan llamativas como el predominio taxativo y se diría asediante de la sociedad civil tanto en la Argentina posterior a 1930 al menos, que es el país más completo o más armónicamente capitalista de la región, y Bolivia, que es quizá el más atrasado. Eso no habla para nada del funcionamiento de una supuesta correspondencia entre la base económica y la superestructura estatal ni tampoco, por la vía opuesta, el caso de Chile que con una estructura social atrasada (aunque media) tuvo sin embargo un aparato estatal que era quizá el más parecido a los europeos.

En la prospección del asunto, tampoco pueden omitirse momentos tan perentorios como los de la constitución de la multitud o sea la impregnación de la libertad a la masa, la función de la violencia general como instauración de procesos de solidaridad o reconocimiento y la actuación, complementaria o central según los casos, del excedente como patrón de mediación o como contorno.

¿Es cierto o no que la sociedad civil resulta que es muy diferente cuando son los esclavos, por ejemplo, los que se liberan a sí mismos, como ocurrió en Cuba, donde la Guerra de la Independencia era a la vez la del antiesclavismo, que cuando reciben la libertad desde el poder, como ocurrió en gran medida (aunque nada ocurre en una medida completa) en el Brasil? Una cosa es por cierto la autoconstitución del zapatismo, campesinos que conquistan su propia tierra y otra la descampesinización vertical autoritaria y estatal como la que ocurrió en el vaciamiento general de la Argentina y parcial en el sur de Chile.

La violencia, de otro lado, es sin duda un acontecimiento interpelatorio de primer orden porque estar en la violencia es lo mismo que ponerse en estado de disposición. Es la gran mortandad social el nudo de la articulación social y no el mercado, que es en cambio su consecuencia, en México, Cuba y quizá ahora también Nicaragua. Los episodios de un maximalismo triunfante de masas pueden, en contradicción con esos casos, clausurar por tiempo poco menos que indefinido el margen de desarrollo de las fuerzas productivas y sobre todo de una de las más interesantes entre ellas, que es el Estado. Parecería Haití en efecto el caso de una sociedad cristalizada en torno a unas masas que quizá vencieron demasiado en torno a un programa atrasado, que llevaron su programa radical hasta el fin y allá, en el fin, no había nada.

Tampoco es fácil en absoluto el metabolismo entre excedente y apropiación estatal. El Perú del guano, que ya no era una colonia, es un ejemplo aún mejor que Potosí para mostrar que el excedente puede ocurrir a tropel sin impactar los órdenes estatales que lo ven pasar como imposibles. En contraparte, unidades nacionales más bien modestas en su dimensión, sin duda lograron captar una parte interesante del excedente que produjeron, como ocurrió en Uruguay y Costa Rica. Ya esto por sí insinúa una cierta vinculación entre lo democrático y la autodeterminación que, para este efecto, se traduce en la capacidad de absorción local del excedente.

En líneas que son casi desconsideradamente gruesas, tal es la abundancia del tema en la América Latina un siglo y medio después de la enunciación de los Estados nacionales. Es a la vez lo que muestra la dificultad de una exposición sistemática, unificada del tema. En todo caso, ensayaremos la formulación de algunos módulos más o menos genéricos sobre el tema.

## 1. La «Teoría General» del Estado

Preguntarse si había o no una teoría marxista del Estado parecía hace unos años una pregunta puntual. De entrada, ello mismo podía dar lugar a varios reparos. En primer término, desde luego que era una falla del marxismo no tener una teoría al respecto, dentro de la línea de que el Marx maduro se había interrumpido cuando ingresaba a la exposición de su pensamiento sobre el Estado y las clases, etc. En realidad, Marx habló toda su vida acerca de estos temas. Con todo, puesto que el capitalismo en su fase actual tiende a hacerse menos societario y más estatal, sin duda habría sido difícil que Marx previera la forma en que ocurrieron las cosas. Por lo demás, el mundo sería sencillo si tuviéramos una respuesta —Marx o cualquiera— para todos los problemas, o aun para una línea determinada de ellos.



Por otros conceptos, dejando de lado esta suerte de resentimiento exegético hacia Marx, que no es relevante, se debe cuestionar la proposición en su principio, es decir, la medida en que es posible una teoría general del Estado en cuanto tal, o sea, un modelo de regularidad para la superestructura en parámetros de reiterabilidad comparables al concreto de pensamiento que se supone que obtuvo Marx sobre el modo de producción capitalista, es decir, el núcleo reiterable de su estructura primordial.

Un argumento en favor de la hipótesis de una teoría general sería sin duda el que viene de aquellos aspectos de la producción, o base de la economía, que determinan de un modo necesario ciertos aspectos de la superestructura. En la medida en que eso existe, se cumple sin duda la idea de la correspondencia necesaria que muchos marxistas dedujeron de la metáfora del *Überbau*. El hombre libre, por ejemplo, debe serlo (ser libre) a la vez en el mercado, en el dato productivo en sí y en todo lo demás porque no es una entidad escindible. Por tanto, la existencia de hombres libres como unidad de composición del MPC (Modo de Producción Capitalista) es una condición lo mismo en la base que en la superestructura.

De otro lado, nadie podría negar la relación que hay entre el ritmo de rotación del capital y las grandes totalizaciones capitalistas, como la nación y el Estado moderno, y aun entre el valor como forma general y la producción de sustancia estatal, o, por último, entre el patrón de desdoblamiento de la plusvalía y la formación del capitalista total. Algunos de estos aspectos han sido estudiados con lucidez por la llamada «escuela lógica del capital». No son para nada acotaciones secundarias. Con todo, reconocido que hay aspectos de la superestructura que pertenecen al modelo de regularidad del MPC, o sea, la consideración de este como objeto teórico, es preciso hacer algunos recaudos necesarios.

En la base económica, por ejemplo, la reproducción es ampliada en su carácter o sea que no hay reproducción sin valorización. Eso no ocurre del mismo modo en la superestructura. Aquí la ampliación de la reproducción no ocurre de un modo automático, es decir, como decía Althusser, «debe prepararse». La ampliación por tanto es un acto consciente, del que no sería capaz un Estado meramente especular. Esto, por un lado. Por el otro, está el problema del resabio. No hay duda de que al nivel productivo existe también la resaca o memoria de fases productivas previas. Eso ocurre, con todo, en una escala absolutamente menor que en la superestructura. En este plano, la ideología necesaria actual, o sea aquella sin la cual no se da la explicitación del acto productivo, está rodeada de una atmósfera de herencias ideológicas no necesarias o libres, que pueden adquirir una validación capitalista pero también una anticapitalista. Por tanto, el problema de la selección de los ideologemas actualmente necesarios debe provenir del conocimiento de los cambios que supone la ampliación productiva. O sea, otra vez, un acto consciente.

Ahora bien, el ciclo de rotación, o la generalización de la forma valor, o el desdoblamiento de la plusvalía nos dan la medida en que se obtienen sus resultados, es decir, el grado del Estado o la dimensión de totalización, pero no nos explican el carácter de los mismos. Eso conduce a captar, como lo hace la escuela lógica, la factualidad de estos acontecimientos (como el Estado) pero no su cualidad, que solo puede ser dada por su historia interior. Esto es lo que señala el límite de este tipo de razonamiento. En otros términos, es por esto que las categorías intermedias, predominantemente históricas, como formación económico-social, bloque histórico, superestructura, hablan de la diversidad o autoctonía de la historia del mundo y en cambio, el MPC considerado como modelo de regularidad se refiere a la unidad de esta historia o mundialización de la historia. Esto mismo es sin duda un obstáculo, no meramente argumental, para una «teoría general».

Porque incluso proposiciones legítimas, sin duda, como la idea de la sociedad en cuanto totalidad concreta o el apotegma de la simultaneidad entre base y superestructura pueden conducir, si no se los tiene presentes al mismo tiempo que su correlato, que es la especificidad de la superestructura, a una suerte de supresión conceptual de la autonomía de lo político. Es pues cierto que la gran generalidad de los acontecimientos y procesos de la superestructura obedece a una lógica causal propia que solo tiene que ver de un modo diferido y remoto con las articulaciones propias del acto productivo, al cual, por otra parte, determina a su vez. Es claro que no se solucionan los problemas diciendo que un costado depende del otro. Lo que hay que definir son las fases de determinación lineal de la infraestructura económica sobre lo superestructural y los momentos (que son netos cuando existen) de primacía de lo político. Esto no habla de una cuestión de leyes sino de situaciones.

El requisito del Estado es la producción de materia estatal, o sea de sustancia social, en la medida en que ella produce resultados de poder. Se puede decir que todo lo que pasa por mano del Estado se convierte en materia estatal. Es por eso que la decisión de suprimir la interautonomía entre base y superestructura, a partir de datos demasiado notorios como el Estado productor, o del control del mercado, es una fuga retórica, fuga que, como decíamos, tiene el lado vicioso de negar o disminuir la vigencia del concepto de autonomía de lo político, ahora casi una conquista conceptual. El Estado, cuando participa en el piso productivo o en la propia circulación, no lo hace como productor privado capitalista. En otros términos, si el capitalista produce zapatos y el Estado produce zapatos, una cosa es diferente de la otra, porque el Estado produce a la vez sustancia estatal. Si se hace cargo de una planta siderúrgica, no es hierro lo que produce, sino la determinación o carga estatal bajo la forma de hierro. Por tanto, si el Estado produce, produce al servicio de sus objetivos reales, que siguen siendo la calificación de la circulación de la plusvalía y la construcción del

capitalista total. Pedirle por tanto abstinencia productiva, es decir, que no baje de la superestructura, es caricaturizar los conceptos. El Estado, puesto que no se debe sino a sí mismo (esa es la razón de Estado), se vale de todos los medios que existen para cumplir sus fines que, a sus ojos al menos, son legítimos por el solo hecho de venir de él. El *ethos*, por tanto, es el mismo cuando el Estado produce y cuando no produce y lo que importa en todo caso es su naturaleza de clase, o sea, su *espíritu* como Estado. El estudio del Estado como situación concreta, como agregación histórica y como particularidad puede resultar entre tanto aleccionador en el más alto grado.

## 2. Instrumentalistas, estructuralistas, hegelianos

Veamos cómo relacionar estos conceptos con las discusiones en América Latina. Por desgracia, se advierte una cierta tendencia a buscar soluciones teóricas para obstáculos teóricos, lo cual en principio parecería razonable si se tratara de actos teóricos contruidos mirando lo factual. Esto, con todo, puede adquirir cierta lógica expositiva, pero no se puede evitar la impresión de un comercio de categorías puras cerradas en un universo de categorías puras, con lo cual pierden su significación hacia afuera. En lo que se refiere a nuestra discusión, estas inclinaciones se traducen en las visiones estructuralista e instrumentalista del Estado.

En el análisis de los estructuralistas se dice que lo que importa no es quién es el titular del poder del Estado, sino que este, el poder, es una relación objetiva o sea que el Estado recoge en sí no solo la imposición de la clase dominante sino también el grado de las conquistas de los sectores subalternos. Asume entonces toda la lucha social y no solo su resultado. Por debajo de esto trabaja el criterio que podemos llamar de reciprocidad o complicidad. El vencedor contiene al vencido, el oprimido en algo se parece al opresor. Es, en otros términos, la hegemonía o al menos su premio.

Esta tendencia, en suma, o más bien esta clasificación elevada sin justificación al nivel de escuela teórica, describe al Estado en un contorno de democracia representativa y sin duda es tributaria del supuesto hegemónico: los argumentos o los requerimientos de tu enemigo han de figurar en algún grado en la dominación a que se lo somete. Después de Gramsci no se puede imaginar dominación alguna que sea estable, ni aun del modo más relativo al margen de tal razonamiento. En la política, el sueño de las victorias totales es tan absurdo como en la guerra.

Se trata, sin embargo, de una estructura de poder que no puede descontextualizarse. Fue Hilferding quien habló del «capitalismo organizado»<sup>1</sup> y

<sup>1</sup> Véase Ruldof Hilferding, *El capital financiero*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1971.

es indudable que la monopolización, el control social del mercado, no pueden desvincularse del *challenge-response* que vino tras la crisis del 29 en los países centrales. En la mayor parte de los casos, además, no se trató de una hegemonía dichosa sino de una hegemonía fundada en la abolición de la política y en la transformación de la masa en una mayoría no autorrepresentable. De tal modo que hay aquí inconsecuencia en relación a una deuda intelectual reconocible, falta de circunscripción del análisis al área geográfica en que ocurrió (tan inadmisibile como no percibir que el capitalismo organizado o Estado estructural, no ocurrió de veras sino en países captadores del excedente mundial, o sea en el centro) y una visión idílica de la subsunción hegemónica.

Es necesario tener en cuenta, por lo demás, la dualidad que es propia del Estado, porque cada Estado lo es siempre de dos maneras. En todo caso, fue Lenin quien sostuvo que el Estado es la síntesis de la sociedad. Se supone que ello quería decir que es el resultado político, su consecuencia revelada como ultimidad pero no que se lo viera como un resumen literal de ella, lo cual sería solo una tautología. Hablamos por tanto de una síntesis, pero de una síntesis realizada desde un determinado punto de vista, una síntesis calificada. Es extraño que estructuralistas como Nicos Poulantzas retomaran la idea de la síntesis como espejo o reflejo. El Estado sería así un proceso objetivo o conclusión, es decir que no se haría sujeto nunca. Extraño, porque es un argumento que en su voluntad se dirigía precisamente contra Lenin. Hay en esto una hesitación. Por un lado, la composición hegemónica se resolvería a nivel de la sociedad civil; por el otro, en los mismos llamados aparatos del Estado. El Estado no haría sino recoger lo que saliera de ello. La elaboración de la materia estatal en el plano de la sociedad civil es indiscutible pero el Estado, hay que decirlo, es Estado en la medida en que se reserva el privilegio de dar su propio color o señal a ese mensaje. De otro lado, si bien es verdad que el Estado en cuanto aparato puede ser el escenario de las luchas de clases, eso se reserva solo para determinadas instancias. En definitiva, no ocurre sino en el Estado inestructurado o aparente y en el llamado Estado estructural, es decir, el Estado propio del «capitalismo organizado». La impenetrabilidad de la burocracia a la lucha de clases es en cambio la normalidad del Estado moderno. Volvemos siempre a lo mismo porque hablar en general no resuelve las cosas.

La aparición del Estado es con todo *a lo Jano* porque es el único que comparte la internidad de la sociedad y es a la vez la externidad de ella. En este orden de cosas, hay que decir que el desprendimiento del Estado respecto de la sociedad es un proceso de la historia, o sea, algo que se ha obtenido a veces y a veces no o que se lo ha obtenido de un modo ocasional y patético. Sobra decir, por lo demás, que un eventual aislamiento

real entre la sociedad y el Estado es una *contradictio in adjecto* porque no produciría sino una mutua inutilidad. Es más bien un tipo de relación intermitente. Por cuanto es algo externo a la sociedad, algo desprendido o separado de ella (un aparato especial), no debe aceptar sino las controversias que ocurran dentro del margen de esa determinación esencial, que es la razón del Estado o soberanía. Desde otro punto de vista, se trata de una determinación que se parece a la relación que Bacon encontraba entre el hombre y la naturaleza, es decir, que el Estado no puede determinar a la sociedad civil si no la sigue, que la califica pero dentro del seguimiento de su sentido. En esto, es un resultado de la sociedad.

En la gestación de la ecuación, el Estado mismo es un actor consciente (o se propone serlo) dentro de la sociedad civil, sea como productor, como emisor ideológico y aun como facción, según el momento del desarrollo de esa relación. El valor mismo es la igualdad o ecuación histórico-moral entre el bloque de la dominación, cuyo centro es el Estado, y el trabajador productivo total. Lo que devendría metafísico sería en cambio suponer que el Estado en momento alguno deje de ser un personaje central en el mercado; lo que difieren son solo las mediaciones o las políticas con que se mueve en el mercado. El Estado, en suma, es la atmósfera de la producción (lo cual no le impide participar como productor mismo si ello es necesario) y la precondition del mercado, aparte desde luego de ser el aval extraeconómico de la producción y el mercado.

La visión estructuralista del Estado es así lo más parecido a una dominación legal con administración burocrática. En realidad este *estado de separación* limitado o esta autonomía relativa es quizá el hallazgo conservador más importante de la historia del capitalismo. Con todo, lo mismo que en el diseño sistémico a la manera de Jürgen Habermas, es algo perfecto en la medida en que su requisito o seguro se cumpla, es decir, en la medida de su garantía externa, que es la legitimación u óptimo social. Por consiguiente, la medida en que un estatuto dominante, más representativo o menos representativo, puede contener a la vez la lógica de las clases subalternas es limitada en su carácter. Hay un momento en que las cosas mismas quieren pertenecer a alguien, en que todas ellas tributan al sentido esencial o *ultima ratio* de la sociedad, que es lo que encarna el Estado.

En algunos casos se tiende a esbozar una caricatura para enseñar de inmediato lo grotesca que es. Es lo que ocurre por ejemplo cuando se habla de Lenin y el instrumentalismo. Es cierto que Lenin apenas si mencionó el problema de la autonomía relativa, que es un nudo de la cuestión, pero atribuirle una fusión necesaria entre la clase dominante y el aparato o implicar que no entendía la fuerza de la democracia en el Estado moderno supone no haber hojeado un libro tan rotundo como *Dos tácticas*.

Lenin por tanto no era un instrumentalista, o al menos no lo era en general. Sin embargo, el instrumentalismo como tal no es tampoco algo que carezca en absoluto de consistencia. Al menos por un período en extremo prolongado como es la acumulación originaria o sea la organización de la supeditación real del trabajo en el capital (fase que está lejos de haberse concluido en América Latina), el Estado en efecto es instrumental por antonomasia. Se trata de una forma extraeconómica de la acumulación y eso por cierto no ocurre sino del modo más ocasional al margen del poder.

En su acepción más remota, es claro que el Estado es un aparato de una clase o de un bloque para dominar a otro, aunque sea de un modo diferido. En realidad, la forma instrumental es una reminiscencia de los momentos primarios del poder. En todo caso, hasta obtenerse la despersonalización del Estado, que no ocurre sino con la autonomía relativa, habrá de pasar un buen trecho. Por lo demás, las situaciones dilemáticas son abundantes. En México, por ejemplo, ¿quién representa a la clase, dominante? ¿Será la clase general, que vigila los intereses largos del proyecto burgués o la burguesía misma, que no aspira más que al reparto de privilegios inmediatos? Un Estado, por lo demás, que controla o absorbe casi toda la dirección de un inmenso movimiento obrero pero que a la vez entrega sin vacilación el grueso del excedente a la burguesía no gobernante. Hay aquí una sucesión de comportamientos estructurales e instrumentales que es heteróclita. Instrumentalidad, por consiguiente, si es que debe aceptarse este término de dudoso valor sistemático, no puede significar la ocupación literal y material del aparato estatal por la burguesía, aunque es claro, y en ello tiene razón Miliband, que una más homogénea y exclusiva proveniencia de clase debe tener algún significado. El reclutamiento de la clase política mexicana, por ejemplo, es cada vez más oligárquico en la misma medida en que decae el poderío hegemónico del Estado.

Es pues ostensible el riesgo de trabajar con tales taxonomías difusas. La inmediata ocupación del Estado por parte de hombres personalmente pertenecientes a una clase dominante no indica una visión o interpretación instrumentalista del Estado sino una situación instrumental. Somoza reunía en sí el poder político personal, el poder militar personal y el poder económico personal o sea que el Estado nicaragüense era instrumental por donde se lo viera. En un gran número de países latinoamericanos, bastaría con mencionar Perú y Bolivia, el conjunto de los puestos de poder exige una extracción social bien delimitada y eso no ha sido alterado ni por el nacionalismo militar ni por la Revolución Nacional.

Que empresarios a la manera de Roberto Campos o Martínez de Hoz o Prado o Alessandri se hicieran cargo de situaciones céntricas del poder es, sin duda, una instancia instrumental del Estado, aunque el contexto global de ese Estado no lo sea. Los términos mismos, por eso, *estructuralista* o

*instrumentalista*, describen más bien datos factuales que marcos metodológicos para estudiar el Estado. Tampoco era por estatolatría que Hegel diera las premisas de lo que se ha llamado la escuela «marxista-hegeliana», sino porque el Estado prusiano ocurrió de esa manera. La supremacía esporádica o de ciclo largo del Estado sobre la sociedad es un acontecimiento frecuente por lo demás y eso es desde el capitalismo de Estado en que pensó Lenin y de la NEP hasta la «derivación» en Keynes, desde los Meiji hasta la Alemania en que piensa Claus Offe. El Estado en suma no es un mero resultado, sino que contiene elementos más o menos amplios de conciencia, la capacidad de valuación de la sociedad y de incursión sobre ella. Es capaz de ser activo en el mercado y su transformación, al menos dentro de los límites de sus determinaciones constitutivas o de su naturaleza de clase.

### 3. La ecuación social o eje

La manera abigarrada que tienen las cosas al entrelazarse propone por sí misma el concepto de ecuación social o sistema político, que es una de las acepciones que daba Gramsci al bloque histórico: el grado en que la sociedad existe hacia el Estado y lo inverso, pero también las formas de su separación o extrañamiento. El análisis mismo del Estado como aparato y como ultimidad clasista sugiere la forma de su relación con la sociedad civil. Por razones propias de cada caso, hay ecuaciones en las que la sociedad es más robusta y activa que el Estado, ecuaciones donde el Estado parece preexistir y dominar sobre la sociedad, al menos durante periodos determinados y sistemas donde hay una relación de conformidad o ajuste. Esa relación supone un movimiento y por eso es tan absurdo hacer clasificaciones finales sobre ello. La cualidad estatal, no estatal o intermedia de una instancia depende de su momento. En el estatuto actual, el sindicato en México, por ejemplo, es una mediación característica, un filtro entre la sociedad y el Estado. Ocurría algo semejante con los sindicatos del tiempo de Perón, en la Argentina. Si se tomara esta situación haciendo un corte estático, debería concluirse, como quería Althusser: demasiado cooptados, leales y sumergidos en el sentido del Estado, serían en la práctica verdaderos *aparatos ideológicos del Estado* (y también políticos). Por su función, devienen en efecto brazos del Estado y sus dirigentes en funcionarios de este. Pero eso no ocurre de la misma manera en Bolivia, donde los sindicatos han existido siempre *contra* el Estado, ni ocurre desde luego con los sindicatos argentinos después de Perón. Las mediaciones tienen entonces un contenido aleatorio o mutante.

En efecto, ¿será válido hablar de los sindicatos bolivianos como trazos, instrumentos, aparatos del Estado? Entonces lo que importa es la línea de

la mediación. Puede estar en o cerca del Estado o en la sociedad misma o pertenecer una vez a uno o a la otra; es una mediación volátil. El sindicato actual en Argentina o Bolivia es un órgano antiestatal o si se quiere contraestatal, es el escenario contrahegemónico. Puede desde luego decirse lo mismo de los partidos o las universidades y las iglesias, pero la congelación de su estatus en el nivel de aparatos es una derivación indebida del análisis institucional francés a todos los Estados.

La alteridad del Estado es por tanto la sociedad civil, aunque es cierto que la sociedad pretende convertir todos sus términos —societarios— en materia estatal. Por sistema social o ecuación entendemos entonces el modo de entrecruzamiento entre la sociedad civil, las mediaciones y el momento político-estatal. Vimos ya el carácter ocasional o aleatorio de la mediación o sea su adscriptibilidad. La propia sociedad civil, con todo, puede tener una constitución con mayor o menor concurrencia estatal. Es un hecho que la sociedad más sana, desde el punto de vista capitalista, es aquella en que la burguesía ha podido implantar su hegemonía sin el recurso al Estado, como ocurrió en la Francia prerrevolucionaria. Por el contrario, el grado de autonomía societaria del acto hegemónico es casi un coeficiente del desarrollo estatal, porque el Estado debe intervenir más donde hay menos desarrollo de la sociedad civil. Por su parte, no hay duda de que el Estado mismo puede ser más instrumental, más burocrático-hegeliano o más popular-estructural. Lo decisivo en todo caso es retener el carácter móvil, cambiable y aleatorio de las instancias. El propio Estado, por ejemplo, aparte de su producto estatal específico, puede verse obligado, sobre todo en el Estado aparente, que es aquél en el que no se ha consolidado el *estado de separación*, a comportarse como solo una de las partes de la sociedad civil, como un par entre pares. El Estado y la sociedad, por eso, se invaden, se reciben y se interpretan de acuerdo con las circunstancias de la realidad concreta, aunque es cierto que pueden detectarse tendencias largas o histórico-estratégicas. Por ejemplo, se supone que la *pax Tugokawa* creó una cierta habitualidad y lo mismo puede decirse del dogma del Estado en Alemania o Chile.

En todo caso, está a la vista que es arbitrario sostener que todo momento estatal es reaccionario tanto como suponer que toda determinación popular es progresista. Por el contrario, en determinadas instancias la única forma de unidad de lo popular es lo estatal. Con todo aquí vale lo que dijimos para la burguesía: un pueblo que debe recibir la unidad del Estado es un pueblo que no ha sido capaz de sí mismo. Un sindicato o un soviét, por ejemplo, en principio no son sino unidades organizativas; que ellas actúen como mediaciones o que se hagan órganos estatales y por último órganos centrales del Estado es un movimiento que depende de la generalidad de su determinación, es decir, de los resultados de la lucha de clases. Lo



mismo ocurre con la escuela, el partido y la iglesia. Es aquí donde puede verse hasta qué punto la definición estática de estos escalones es la ruina del análisis político. Ahora bien, en la medida en que se construya una relación de conformidad o reciprocidad entre estos momentos es posible hablar de un óptimo social. Esto pertenece a los sueños del orden, pero ha ocurrido a veces. Por ejemplo en Estados Unidos, a partir de la solución profunda de su dicotomía ideológica, en la Guerra Civil y sobre todo después de la crisis del 29.

La ecuación social o bloque nos interesa entre tanto como un instante hacia dicho óptimo, o sea, el grado en que no lo es. Si el óptimo se lograra siempre, hablaríamos de una historia paralizada. Sea como sea, no hay duda de que la ecuación no es una mera distribución sistemática. En ese esquema, pensamos en el de Habermas, se sabe cómo funciona el *compositum*, pero no de dónde proviene su composición.

La ecuación o el bloque tiene entonces elementos verificables de historicidad y azar, no es una estructura predicha. Es una obra de los hombres materialmente determinados, algo que pudo haber sucedido de manera distinta a cómo sucedió. Como en todo modelo superestructural, podemos obtener algunas series causales o líneas de agregación pero en último término la teoría del Estado, si es algo, es la historia de cada Estado. Lo que importa, por tanto, es el recorrido de los hechos en la edificación de cada Estado.

#### 4. El momento constitutivo

La idea misma del bloque histórico o ecuación habla de la relación entre la sociedad civil y el Estado actuales, o sea, dentro de una misma determinación final las cosas pueden suceder sin embargo de distintas maneras, con repercusiones grandes hacia adelante. Entre tanto, lo que corresponde analizar es de dónde viene este modo de ser de las cosas: las razones originarias. Hay un momento en que las cosas comienzan a ser lo que son y es a eso a lo que llamamos el momento constitutivo ancestral o arcano, o sea, su causa remota, lo que Marc Bloch llamó la «imagen de los orígenes». Este es el caso, por ejemplo, de la agricultura o domesticación del *hábitat* en el Ande; lo es también, para el brazo señorial, la Conquista. Ambos son momentos constitutivos clásicos; tenemos, de otro lado, el momento constitutivo de la nación (porque una sociedad puede hacerse nacional o dejar de serlo) y, por último, el momento constitutivo del Estado, o sea, la forma de la dominación *actual* y la capacidad de conversión o movimiento de la formación económico social (tras su lectura, la acción sobre ella).

Un momento constitutivo típico es sin duda la acumulación originaria. Debemos distinguir en ella al menos tres etapas. Primero, la producción masiva de hombres desprendidos, es decir, de individuos libres jurídicamente iguales, momento negativo —extrañamiento— de la acumulación que supone el vaciamiento o estado de disponibilidad. Luego, la hora de la subsunción formal que es la supeditación real del trabajo al capital. Aquí es donde debe producirse la interpelación, esto es, la supresión del vaciamiento desde determinado punto de vista o carácter. Es sin duda el momento de la fundación del Estado. En tercer lugar, la subsunción real, o sea la aplicación de la gnosis consciente así como de la fuerza de masa y otras fuerzas cualitativas más altas a los dos factores previos, capital como mando efectivo y hombres libres en estado de masa.

En principio esta no es sino una enumeración didascálica. Cobra con todo una connotación más potente si se advierte que cada uno de estos episodios epocales puede ocurrir con su propia densidad, repetirse y cumplirse diferenciándose, o sea, que la historia del mundo es el advenimiento del individuo *v. gr.*, pero también cómo ocurrió ello *in situ*. Una cosa es que los hombres mismos rompan por su propio impulso colectivo el yugo feudal y otra que sean desprendidos por un acto vertical, es decir, por algo que no viene de sí mismos. La exogenidad de la libertad produce solo libertad formal.

De otro lado, debe considerarse cuál es la forma burguesa que impone la supeditación de esos hombres al mando del capital, esto es, el patrón del aburguesamiento. Una cosa es entonces que la interpelación se produzca bajo el llamado del capital comercial, o que ello ocurra bajo el capital industrial o protoindustrial; uno y otro, como es sabido, tienen sus propias ideas sobre el capitalismo.

El problema decisivo radica en la subsunción real, en su extensión y universalidad; pero también en el grado de su intensidad. Si ella, la subsunción real, no se transforma en un prejuicio de las masas, no se puede decir que haya ocurrido la reforma intelectual, o sea el antropocentrismo, la calculabilidad, el advenimiento del racionalismo, en fin, todo lo que configura el modo de producción capitalista como una civilización laica. El triunfo en ello, o su relativización, impregnarán los dos anteriores episodios, los cuales, en su fondo mismo, dan las premisas de la constitución tanto de la burguesía como de la clase obrera. Por consiguiente, incluso si se cumplen los requisitos aparentes o puntuales para la existencia del modo de producción capitalista, eso puede contener mayor o menor carga precapitalista. Tal reminiscencia o adherencia puede hacer que sociedades que tienen formas o apariencias capitalistas semejantes en su fenómeno, sin embargo, den lugar a óptimos sociales muy diferentes entre sí. No es necesario reiterar la importancia de esa manera de ser para el futuro de las

clases. Un ejemplo de ello se da cuando la sociedad civil tiene escasa afección democrática, porque no ha podido convertir la democracia en vida diaria y, sin embargo, por alguna razón, la forma del Estado político es democrática. Esto no es raro; las mujeres en Bolivia, por ejemplo, tenían derechos antes de obtener la capacidad real de utilizarlos. La democracia en este caso es vanguardista porque se coloca por delante de la incorporación social.

Si se quisiera resumir las derivaciones de la cuestión del momento constitutivo podría hacerse así:

- a) La llamada primacía de lo ideológico se refiere, en principio al menos, a que la apelación a formas represivas indica una hegemonía baja por parte del Estado. No obstante, hay aquí un problema en cuanto al eje de la coerción, esta es en último término el castigo generalizado o la memoria del castigo. De otro lado, la primacía de lo ideológico es una consecuencia necesaria de la generalización mercantil del valor. En esas condiciones, la coerción como flujo ideológico, o como coacción (moral-mercantil, que debe desplazar o postergar la coerción) material que, sin embargo, es un dato hereditario de la legitimidad del poder. Incluso en el análisis en sí, el modelo de regularidad del MPC se obtiene por la reducción a las conexiones económicas, que no pueden existir sin premisas y consecuencias económicas muy específicas, en tanto que las conexiones extraeconómicas son vistas como un supuesto de contorno.
- b) En principio al menos, el ámbito de la ideología es el del mercado y habría que hablar así de la construcción mercantil de la identidad. Por eso mismo, habría que saber por qué en determinado momento, un momento crucial, el conjunto de los hombres está dispuesto a sustituir el universo de sus creencias, representaciones, fobias y lealtades. Esto porque es conocido el carácter resistente y osificante de la ideología: su prejuicio, su inconsciente social, eso es lo último a que renuncia un hombre. El momento constitutivo moderno es entonces un efecto de la concentración del tiempo histórico, lo cual significa que puede y requiere una instancia de vaciamiento o disponibilidad universal y otra de interpelación o penetración hegemónica. En términos capitalistas, se supone que el resultado de esa combinación ha de ser la reforma intelectual.

Es por eso que el vaciamiento está asociado con frecuencia a tipos de catástrofe social. Sin duda la más conocida de ellas es la crisis nacional general o crisis revolucionaria, es decir, la forma clásica de cambio catastrófico en el sentido del nuevo sentido de la temporalidad. Pero también la guerra, la crisis de todo tipo, las mortandades

militares, las epidemias, las migraciones masivas, e incluso la solidaridad generada por obras públicas majestuosas y la repetición de actos productivos comunes con alto insumo organizativo, en fin, todas las formas de producción de vacancia ideológica.

- c) Sea que se refiera a la constitución de la sociedad en su sentido largo o a esta sociedad civil específica, o solo al episodio estatal, en todos los casos, el momento constitutivo (que puede ser un pacto o no, porque también existe la hegemonía negativa, es decir, la construcción autoritaria de las creencias) contiene una implantación hegemónica. Esto supone la creación de un tipo particular de intersubjetividad, o al menos la calificación eficaz de la preexistente. Esto es en último término lo asombroso de la construcción de las unidades sociales de esta época. Grandes grupos de hombres, no importa si iguales en lo objetivo o no, pero con capacidad de interacción, construyen formas orgánicas de solidaridad, por lo cual unos determinan a los otros.

Esto nos conduce a la discusión sobre el sujeto de la interpelación, cosa que es siempre más aleccionadora si se la observa desde los casos que en su enunciado abstracto. Se sabe por ejemplo que la agregación de la peste negra, la revolución de los precios, la emergencia del *yeoman* o su equivalente, la descampesinización, caracterizó el momento constitutivo de la revolución capitalista, al menos de la inglesa. Con todo, dejemos de lado cuán socialdarwinista fue este proceso; más importante que todo ello fue la interpelación antropocéntrica. Las cosas no suceden así pero metafóricamente se podría decir que el intelectual orgánico de aquella Inglaterra fue en realidad Bacon, dicho de otro modo, el método experimental convertido en una preocupación de la sociedad inglesa. El primado de lo ideológico sumado a la constitución de la masa (y de la sociedad de masa), a la transformación de la contabilidad productiva en una superstición, hizo que las polémicas de los pensadores cobraran tal trascendencia. Es por eso que Bacon, Lutero, Descartes, Maquiavelo, Hobbes o Marx tienen tales contenidos epocales y sociales de los que no se les puede deponer.

Al deliberar acerca del fin del estatuto de fluidez, surge de hecho lo que podemos llamar la predestinación relativa de las unidades sociales. Toda sociedad y todo Estado tienen, es cierto, un momento constitutivo, pero este puede variar mucho en su profundidad y extensión. La debilidad o poca extensión de un momento constitutivo conforma algo así como un *Estado con falta de carácter* y lo mismo puede ocurrir con momentos constitutivos equivalentes y en contradicción, que generan la perplejidad del Estado. Con todo, no hay duda de que se produce una suerte de idolización del momento interpelatorio. Esto mismo no debe tampoco tomarse

como un *fatum*, aunque lo sea en gran medida, porque se deben tener en cuenta las contratendencias a la predeterminación que son, entre otras, el excedente económico y la democracia como reforma gradualista de la hegemonía, aspectos, por lo demás, vinculados.

En efecto, lo central del momento constitutivo está dado por la disponibilidad, por el momento de gratuidad hegemónica. Con todo, una disponibilidad puede ser más absoluta o pura que otras. El excedente viabiliza la edificación de las mediaciones pero no todas las mediaciones son coetáneas al excedente ni dependen de él. Hay una disponibilidad desnuda, que es la propia de la fundación del Estado y, en contraste, la forma crematística de la mediación debe verse con relación a ella como una *hybris*.

Es obvio sin embargo, que el excedente facilita las cosas y también las mediaciones. Venezuela por ejemplo, está cumpliendo, sobre la base de un excedente más o menos prolongado, tareas que, como la descampesinización, no pudo llevar a cabo en medio de las coyunturas de una historia terrible. Eso ha sido reemplazado por una suerte de descampesinización prebendaria y apacible, que suena extraña en comparación con las formas darwinistas de la urbanización latinoamericana corriente.

De otro lado, también es cierto que la mera posesión del excedente de ninguna manera garantiza su explotación estatal, su conversión en materia estatal. En cambio, se debe ver de cerca la capacidad *actual* de apoderamiento, de metamorfosis estatal de los resultados posibles del excedente. Esto es ya el principio de la formulación del núcleo autodeterminativo. El Perú, con el enorme excedente de su guano en el siglo XIX, no obstante ser una formación de momentos constitutivos muy esenciales (y quizá por ello mismo), mostró una incapacidad en verdad inexplicable para retenerlo. Esto se contrapone con los ejemplos de Costa Rica y Uruguay o del primer Chile (el anterior al salitre, que es el que tiene una brillante historia, que después no hace más que decaer). Ellos, los casos, indican que el intrínquis está en la capacidad de recepción y alocación interior del excedente, en la organización de su retención y no en su mera existencia. Está claro, por lo demás, que es casi una norma en América Latina la débil capacidad de retención del excedente.

## 5. Casos de Argentina y Chile

La exageración del momento constitutivo como *desideratum* podría llevarnos de modo fácil a un callejón sin salida: no existiría la política sino el destino. Los orígenes sin duda están presentes siempre, hablemos de los hombres en general, de la sociedad o del Estado. Pero existe también la

reconstrucción del destino. El problema radica en qué medida la carga originaria puede ser convertida. La medida en que la reforma intelectual puede seleccionarla, por decirlo así. Por otro lado, la categoría misma de revolución, como autotransformación catastrófica, contiene un nuevo momento constitutivo y, por último, se debe tener en cuenta la democracia como reforma sucesiva. Bajo estos supuestos, aunque conviniéramos en que las cosas deben remitirse a su fondo histórico, la más somera descripción de casos en la América Latina debe llevarnos a paradojas sorprendentes.

La Argentina, por ejemplo, podría llamarse el caso de la democracia imposible. Sin embargo, si la democracia fuera un subproducto del desarrollo económico (según el *Überbau*), debería existir aquí más que en parte alguna en el continente. Los datos son conocidos: en la práctica sin resabios precapitalistas, la Argentina es desde hace muchos años un país urbano y homogéneo y sus problemas de base en cuanto a infraestructura territorial y social están resueltos. La distribución del ingreso es más progresiva que la de varios países desarrollados y al mismo tiempo sus consumos reales sobrepasan los de varios de aquéllos. Lo que se llama la democratización social es pues importante aquí y no lo es menos (esto no puede omitirse) la manera cotidiana, es decir, la costumbre democrática en la rutina. Sin embargo, el sistema político general enseña un atraso incuestionable. La inestabilidad política es endémica y la incertidumbre estatal es tan grande que solo Bolivia, en condiciones muy distintas, ha tenido tal número de golpes de Estado como Argentina que, en la práctica, no ha tenido más que gobiernos militares desde 1930 (con *interregnos* poco significativos). La forma partido misma, unidad característica de la democracia representativa, no ha logrado instalarse. Sus partidos son clientelísticos, a-ideológicos y con escasa vida no electoral. El mayor movimiento político, el peronismo, está envuelto en una ideología irracionalista que se ha apoderado de una manera tenaz en masas que tienen un elevado nivel combativo. El primitivismo del discurso peronista es tanto más llamativo por cuanto ocurre en una sociedad que es quizá la más culta del continente. Dicho en términos más inmediatos, la propia enjundia de la sociedad civil argentina acosa, acorrala y desorganiza de continuo a un Estado que es *in petto* oligárquico, que no tiene una hegemonía sino ocasional, como la que le dio Perón, y que debe apelar sin cesar al recurso de la intervención militar.

Entre tanto Chile, desde la base de una sociedad civil poco democrática (por todos los factores considerados, que es como la colombiana o la mexicana, regresiva en extremo, desde la distribución del ingreso hasta el acento cotidiano interclasista y lo que se puede llamar la ideología nacional, en lo básico militarista, hispanista y anti-indígena), con todos los indicadores del atraso moderno (aunque atenuados), sin embargo logró formar una superestructura político-estatal bastante avanzada. Quizá en ningún país se

instauró de un modo tan consistente la verificación objetiva de la formulación estatal y las formas propias de ello, como el partido y el sindicato. El que los comunistas llegaran dos veces al poder en cincuenta años habla del caso más terminante de autonomía relativa del Estado en América Latina.

Argentina y Chile por tanto son como contraejemplos entre sí pero no en todos los aspectos. Es indudable, por ejemplo, que la independencia del Estado chileno, su sello estructural (en el sentido de poder absorber los propios elementos contrahegemónicos), no completa su formación sino después de la Guerra del Pacífico, coincidiendo con el excedente que produce esa conquista, el salitre y el cobre. En esto coincide con la Argentina donde también el periodo democrático representativo se funda o se deriva del gran excedente, que es, como el Estado mismo, posterior a Roca y que dura hasta 1929, cuando empieza su terrible decadencia.

Una asociación hermética entre excedente y democracia parecería la fácil deducción de estas peripecias y eso se podrá ver confirmado con la cartografía democrática del mundo que hace coincidir a los grandes captadores de excedente mundial con las democracias representativas. Chile y Argentina en sumo habrían sido democráticos cuando fueron abundantes, aunque es cierto que aun en este razonamiento habría que convenir en la mayor antigüedad y la mayor perduración de la democracia en Chile. No se trata de ignorar la función del excedente. El excedente con todo no es por sí mismo válido. Sería necio sin duda desconocer que la escasez del producto induce al autoritarismo. Sin embargo, los meandros de la agregación histórica deben ser evaluados.

Es de por sí jugoso el que en Chile se conciliaran con tanta facilidad el fenómeno democrático del Estado y su sustantividad oligárquica. La superioridad del Estado sobre la sociedad es aquí incontrastable. Se puede ir más lejos. Decir, por ejemplo, que a raíz del momento constitutivo que significó la Guerra de Arauco, que duró varios siglos, la sociedad misma es conformada por el Estado. El Estado es aquí la premisa de todas las cosas. El fondo militarista, hispanista y oligárquico o señorialista (peruano) de esta formación se revela como una suerte de ideología nacional, ideología compartida, debido a la profundidad del momento constitutivo, por oprimidos y opresores. Las «verdades nacionales» están tan cristalizadas que las raíces de la derrota de la izquierda parten sin duda de su incapacidad de desprenderse de ellas. Compartiendo el fondo ideológico del Estado no podía erigir una propia cultura de rebelión. No obstante que, al menos en las superestructuras organizativas, políticas e intelectuales, nadie se propuso jamás romper con el dogma de Chile (porque era como romper con la historia de Chile, sacralizada por todo el mundo), es evidente, por contraste, que la Unidad Popular y Allende como caudillo mismo contenían elementos objetivos de autodeterminación de las masas, de un modo

entre espontáneo e inconsciente, con cierta autocensura continua. La masa tenía rudimentos que la tendían a llevar a constituirse o identificarse por primera vez al margen del Estado y su hegemonía clásica. Chile, con todo, no era un Estado cualquiera. Puesto que la historia busca el mayor peligro, el sentimiento del desafío fue mucho mejor advertido por los sujetos de la memoria del Estado (había sin duda una burocracia lograda de modo más moderno y el ejército no era sino parte de eso) que por aquellos que la formulaban, quienes la vivieron de un modo desorganizado. Entre la certeza del Estado y la amenaza desorganizada del pueblo prevaleció la primera, como era previsible. En la hora del advenimiento de la multitud actúa, con una implacable lógica sin remordimientos, la zona de emergencia del Estado, su garantía represiva, que es el ejército. Por eso cuando se habla de la destrucción del Estado (y estas son palabras de Lenin que asustan hoy a los propios leninistas), se habla de la destrucción de la ideología del Estado o grado hegemónico. Esto implica una gran diferencia con la destrucción del aparato mismo. Es como una caricatura decir que destruir el Estado significa demoler las acerías o las industrias estatales. Ello mismo plantea una diferencia en cuanto a la gradualidad. En su naturaleza, la gradualidad es inevitable en la destrucción de todos los elementos visibles del Estado viejo. Pero la destrucción hegemónica no puede ser sino no gradualista. En cualquier forma, si la revolución y también la democracia consisten básicamente en el reemplazo ideológico, ese desplazamiento no se produjo en Chile o fue cancelado en cuanto se lo intentó.

## 6. La nacionalización falaz

El caso argentino tiene poco que ver con eso. Si en Chile el Estado lo es todo (o casi todo: Spengler dijo que era el Estado en forma) y la sociedad casi nada, en cambio la ecuación argentina produce una suerte de distorsión entre una sociedad poderosa y un sistema estatal sin duda ajeno a ella, de tal suerte que una parte y la otra no se encuentran entre sí sino para negarse. El problema aquí no radica en que el Estado niegue la sociedad porque después de todo dominar es también eso en parte, sino en que lo haga sin éxito. En el sentido inverso, las cosas son su opuesto: la sociedad cancela al Estado.

El momento constitutivo de la Argentina moderna debe situarse hacia 1880, con la inmigración masiva de europeos, que equivalió a un reemplazo racial, la reorganización del espacio y la radical constitución del excedente. Es claro que esto existió como un proyecto socializado desde antes y se podría decir que la Argentina fue después las *Bases* de Alberdi, en la práctica, o aun que una gran parte de ella estaba como dibujada en la



cabeza de Rivadavia. A decir verdad, se trata del caso sorprendente de una utopía social convertida en plan positivo y con un alto grado de concreción posterior. La transformación de la utopía en actos estatales y la reconstrucción del cuerpo social a partir de ellos señala un óptimo excepcional; lo posterior es la historia de su difuminación.

Es también un proyecto democrático que se hizo con invocaciones antidemocráticas, como ocurre algunas veces. En efecto, era un plan de sustitución racial y eso es lo que explican la Campaña del Desierto, la aniquilación de los indios y la supresión socialdarwinista del gaucho, al mismo tiempo que se introducían unos seis millones de europeos. Plan racista que, por lo demás, acompaña el carácter conservador que tuvo la hora de la fundación del Estado. Que el proyecto de importación de inmigrantes fuera racista no significa empero que los inmigrantes lo fueran y es aquí donde se produce una escisión en las ideologías argentinas.

Ajenos en absoluto a la lógica patricial y europeísta de ese esquema, y por el contrario, imbuidos por la pasión de grandes momentos democráticos, los inmigrantes acabarán por imponer su carácter, formando una sociedad con hábitos democráticos, al menos en comparación con el resto del continente. El ancho excedente favorece esta suerte de esquizofrenia porque por un lado acentúa las tendencias distribucionistas y, por el otro, difiere la actualización del reto entre las dos entidades contrapuestas.

La Argentina señala, como ningún otro caso, el valor relativo de la primordialidad del mercado. Si nos fundáramos en el análisis tradicional, como el de Kautsky, una base económica como la Argentina debió haber producido una forma estatal avanzada. Aquello, lo de una base social avanzada, debe sin embargo calificarse de la siguiente manera: por un lado, porque la reunión de los coeficientes progresistas no contenía una lógica de autodeterminación y, en segundo lugar, si la subsunción real ocurrió aquí, no alcanzó a existir como reforma intelectual del Estado. Está claro que el poder se forma con supuestos no seculares de la política.

Es aquí donde se ve claro el problema de la nacionalización falaz. En una lógica economicista, mercado interno debería ser sinónimo de nacionalización y esta es en efecto la forma que incorporaron en algunos casos; pero también existe la nacionalización sin mercado interno y el mercado interno sin nacionalización. La Argentina demuestra una formación anómala del mercado interno que resulta en una suerte de nacionalización aparente, porque es una que no comprende al Estado.

Dicho de otro modo, si lo crucial del mercado interno es el deslizamiento de la ideología de la aldea a la ideología de la nación, el punto de ruptura sería también el de la implantación de la ideología nacional que, como lo vimos, es el espíritu del Estado moderno. ¿Qué pasa empero si

la descampesinización, o sea, la incorporación personal al mercado se ha cumplido en otro escenario, en un escenario al que no se pertenecerá o se dejará de pertenecer? Ocurrirá que las consecuencias de un acontecimiento de tal naturaleza serán efectivas en un sitio distinto de aquel en el que tuvo lugar el acontecimiento. El escenario de la interpelación no es algo secundario. En este caso, se cumple la lógica económica del mercado interno, pero no su lógica política, que es la identidad como reciprocidad verificable. La relación entre descampesinización o integración mercantil y el *locus* es pues un punto de partida. En determinado momento, el excedente permitía al Estado argentino ratificarse en una cosmovisión semidemocrática o predemocrática y, sin embargo, convocar con éxito a la formación del correlato mercado interno-sociedad civil, que no tenía sino una relación diferenciada con él, de no prosecución.

Se daba así la circunstancia poco frecuente de una sociedad con fuerte sentido social de la democratización y a la vez con una cierta conformidad hacia la formulación no verificable del poder, lo que indica que la democracia puede existir en la sociedad y no en el Estado o a la inversa. En todo caso, la baja del excedente y los graves problemas siguientes advirtieron que en la Argentina y en cualquier parte los saltos tienen precios. Lo que está en cuestión, entre tanto, es la conquista y la reforma democrática del Estado, la revocación de su ideología estatal a partir de una sociedad civil ya democrática.

Enfocamos este tema a partir de un famoso texto:

*En Oriente el Estado era todo, la sociedad civil era primitiva y gelatinosa; en Occidente, entre Estado y sociedad existía una justa relación y bajo el temblor del Estado se evidenciaba una robusta estructura de la sociedad civil. El Estado solo era una trinchera avanzada detrás de la cual existía una robusta cadena de fortalezas y casamatas, en mayor medida, etc.<sup>2</sup>*

Al margen de que se acepte o no la idea de la articulación como algo propio de Occidente, no hay duda de que aquí Gramsci introduce un concepto capital para el estudio del Estado que es la cuestión de la ecuación u óptimo. Vamos a dejar de lado situaciones tan activas como la del Estado aparente, o la subsunción de las formas protoestatales en la sociedad civil, de tal manera que el Estado actúa como facción y en general todas las fases intermedias de no separación. Una cosa es, en efecto, que el óptimo no se obtenga, como en el caso argentino, y otra que la separación no haya existido.

En todo caso, identificar la existencia de una sociedad civil consistente o dura con articulación capitalista, *id est* mercado interior, en el que todos

---

<sup>2</sup> Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, México DF, Juan Pablos, 1975, pp. 95-96.

producen para los otros y nadie para sí mismo, es válido en su contexto, pero no concluye la cuestión. El mercado interno, es cierto, es el punto ritual de referencia tanto de la nación como del Estado; pero es aún más importante conocer cómo aparece el mercado interno o más bien cómo se erige lo intersubjetivo, que es como la trama de cualidad del mercado interno.

Además, hay formas y formas de lo gelatinoso. Gelatinosa por ejemplo es una sociedad incapaz de producir opinión pública y lo es sin duda la que no se da las condiciones para producir formas racional-comprobables del poder. El capitalismo organizado produce sin excepción formas modernas de sociedad gelatinosa. En el caso de ciertos países como Perú y Bolivia, el verdadero problema no está en la gelatinosidad de lo social, sino en su osificación: la sociedad sigue sometida a la profundidad de su momento constitutivo, porque sin duda lo más importante que ha ocurrido en este *hábitat* es la agricultura y la agricultura es el origen del Estado.

## 7. Cuba y la auconstitución de la masa

En la descripción de los ejemplos chileno y argentino vimos que, con todo, aunque en los dos se da tal extrañamiento, los resultados son distintos de un modo insólito: en un caso, la ecuación muestra un sobredesarrollo militar originario del Estado sobre la sociedad, es decir, hay un acto militar de absorción de la sociedad por el Estado; en el segundo, hay formas insidiosas de no unificación de la sociedad, pues no se han resuelto en su seno las determinaciones hacia el Estado.

Interesa ahora apuntar hacia dos casos que, si bien de un modo formal podrían asimilarse a los anteriores, no obstante presentan alternativas propositivas propias. Cuba, por la forma no falaz de resolución del carácter de su sociedad civil y México porque, aunque hoy por hoy enseña una subordinación ante el Estado tan grande como la de Chile, sin embargo tiene una historia mucho más contradictoria.

En suma, nos interesará deliberar acerca del acto de masa o raptó de constitución de la multitud como determinación en la formación del mercado interno y la sociedad misma; nos interesará, en segundo término, postular a propósito de México el carácter esencialmente dependiente o aleatorio de la ecuación propuesta por Gramsci, es decir, la fluidez esencial no solo de la relación entre sociedad civil y Estado, sino del propio contenido de una y otro. Dicho en otros términos, el Estado es a veces más societario y la sociedad es a veces más estatal. La compenetración no significa forzosamente un éxito. Dejamos de lado por el momento el asunto de las articulaciones precapitalistas, a las que sin duda debería prestarse

una atención más amplia: es un hecho, hay que decirlo, que las formas autóctonas de articulación y autodeterminación de Vietnam resultaron más eficientes en su escenario que las norteamericanas.

En el caso cubano, tenemos en primer término el problema de la autoconstitución de la masa o formación de la sociedad civil a través de actos de masa. Este es en realidad el origen lejano de la Revolución, porque aquello ocurrió de un modo paralelo a la interferencia en la acumulación estatal, o sea que la falsa ecuación cubana ofrecía una dicotomía entre una sociedad civil violentamente autoconstituida y un Estado exógeno.

En 1841, el 43 % de la población estaba compuesta por esclavos. De otro lado, en el transcurso del siglo XIX habían ingresado unos 500.000 africanos, 120.000 chinos, 100.000 españoles e incluso varios miles de indios yucatecos. Era obvio que existía un doble problema: por un lado, el esclavismo como tal, una sociedad en tal grado fundada en la productividad esclavista; por el otro, lo cual era más decisivo, la nacionalización de una población nueva pues, al fin y al cabo, los negros africanos eran tan extranjeros y nuevos en aquel momento en Cuba como lo serían poco después los italianos o los marseleses en la Argentina. Ciertamente es que la inmigración como tal y de un modo más atroz el desprendimiento forzado propio del comercio de esclavos, debía producir una suerte de anomia ocasional, hasta el encuentro de la *lingua franca*, lo cual equivalía de algún modo al estatuto de la disponibilidad. Ya vimos las dificultades de aquella interpelación en el caso argentino.

En Cuba, lo importante está dado por el carácter que asumen las guerras de la independencia. En la primera, en la Guerra de los Diez Años (1868-1878), mueren 200.000 hombres, cuando Cuba no tenía más que 1.600.000 habitantes, esto significa una destrucción demográfica de la octava parte. En la guerra de 1895-1898 mueren otros 400.000 hombres. Hay entonces una pérdida demográfica de más de un cuarto de la población, casi un tercio.

Un episodio factual profundo, la violencia o el hambre en gran escala, producen el allanamiento o aquiescencia hacia las nuevas creencias. Está claro que no hay ningún acontecimiento que remueva los elementos de las convicciones sobre la vida como la muerte general, asumiendo por ello que ocurre en forma más o menos global, para todos. Aquí, como en el caso mexicano y en algunos otros, no hay duda de que es importante tener en mente las consecuencias sociales de incitaciones de tal magnitud. Es evidente que hay varias formas de disponibilidad, pero también que la mortandad es sin duda creadora de disponibilidad social, porque los que viven están llanos para la recepción de nuevas creencias, que, en último término, son las creencias que resultan del acontecimiento. La violencia

por tanto es una forma no mercantil de formación de intersubjetividad, sin duda la más dramática. No es solo por culto a los antepasados que se cultiva una sombría memoria de estas horas.

En esta materia, es tan importante lo profundo de la disponibilidad, radical sin duda, como la densidad de la apelación. Si se compara el movimiento de los pardos de Boves con la guerra de los mambíses, se advierte la diferencia entre una guerra racial pero irracionalista —negros pro españoles— y en cambio, en los mambíses, una cierta transparencia moderna en la consigna central. Que la guerra juntara la lucha por la independencia, es decir, por la nación o sociedad que se estaba constituyendo ahí mismo, y a la vez por la liberación de los negros esclavos es de un gran significado porque a partir de ello ser cubano debía significar no ser esclavista y no ser esclavo, desde luego. No son entonces los esclavos los que reciben la libertad de los blancos o mestizos independentistas, sino que ellos mismos conquistan su libertad al luchar por la de Cuba. Aquí volvemos a un punto ya mencionado que es la diferencia entre el que recibe la libertad y el que la conquista.

Desde otro punto de vista, puesto que sobre el Estado no hay otro aprendizaje real que el colectivo, el localismo de la acumulación estatal es en realidad el germen del principio largo de la autodeterminación. Aplicando ya lo que será toda una concepción del asunto, los norteamericanos intentaron desde el principio una política de trasplante o injerto de sus propias formas estatales, trataron de vulnerar el principio intrínseco de cada Estado. El Estado político en Cuba, en efecto, se organiza mediante la enmienda Platt, o sea, con una determinación exógena inmediata. El Estado se refiere entonces no a su propia sociedad, sino al argumento de la dominación, norteamericana y en esas condiciones no tenía un solo soporte de captación de la sociedad. Los norteamericanos, por tanto, crearon en Cuba un Estado ilusorio, con mediaciones puramente imaginarias; dieron de esta manera un elemento central para que la crisis revolucionaria ocurriera. Ocurrió, en efecto, como la contradicción entre un Estado volátil y una sociedad temible, aunque temible de un modo invisible. La derrota del ejército de Batista no lo fue solo del prebendalismo sino que probó otra vez que la dictadura misma no puede tener más efectualidad que la del Estado al que pertenece.

## 8. La formación de la clase general en México

Quizá porque es un país a la vez que una civilización, la historia estatal de México enseña quizá mejor que cualquiera otra lo aleatorio que es el análisis estatal al margen de la lógica de la situación concreta. Si bien en México se pueden ver reformulaciones sucesivas de la sociedad civil y del

Estado, así como la adquisición y la pérdida de la capacidad de lectura de la sociedad, el derroche de la irresistibilidad o la eficacia del uso limitado de la lógica exitosa, la propia desactualización de una ideología exitosa, en todo caso, nos parece que el tema más fuerte que puede proporcionar una experiencia tan poderosa como esta es el que se refiere a las condiciones objetivas de emergencia de una clase política, clase general. Esto es, un cuerpo racional sometido a lealtades y con una suerte de constitución no escrita pero irresistible, productora de normatividad.

Díaz heredó una sociedad grandemente desarticulada o desestructurada, gelatinosa en forma. Basta con decir que solo 7 de los 25 estados aceptan aportar tropas para la defensa nacional, en la guerra en que se pierde Texas. En la época de la Revolución, por otro lado, se hablaban varias lenguas tan solo en el contorno de Ciudad de México y millones de hombres tenían sus propias lenguas interiores. Se podría decir entonces que si Díaz aparecía con este paramento patriarcalista es porque quizá nadie podía construir un poder en otra forma porque el autoritarismo estaba todavía anhelado por el estallido latente. Al menos es eso lo que parecía indicar la longevidad casi paraguaya de la dictadura, que podía hacer pensar en pueblos que desean a su dictador. La prueba de que es una sociedad más matizada, o compuesta, está en que ella misma es la que produciría un movimiento de masas solo comparable al de la Revolución China.

Es cierto que el movimiento de masas no es ajeno a la historia nacional. Ocurre sobre ciertas tendencias progresistas que son constantes en México. La independencia fue, por ejemplo, una guerra agraria, como en Bolivia. Todos sus héroes (o casi) son hombres populares, desde Morelos hasta Guerrero, etc. El propio triunfo de Juárez, con su connotación antieuropea (pues él mismo era un zapoteco, lo cual podría hablar de una cierta interpelación zapoteca de la democracia en México) y, en lo que es fundamental, laica. Laico en este caso significa más o menos la voluntad colectiva de ser hijos de nuestro propio tiempo. El coraje intelectual latente en el país se expresa aquí como en ningún otro campo, porque este es un aspecto casi psicológico no resuelto de una manera tan perspicua en país alguno de la América Latina, para no hablar de aquellos que conservan como oficiales los aspectos oscurantistas de su cultura. México será así un país más liberal, más agrarista y menos señorial, una patria de hombres libres dotados de violencia personal, lo cual significa que es el país latinoamericano que ha ido más lejos en la construcción de la reforma intelectual, que no es una obra de héroes académicos (aunque también lo es) sino de sentimientos de la masa. De aquí viene la extraña sensación que se tiene siempre de un país incomprendido: se podría decir solo comprendido por su propio actor, que es el pueblo de México, ajeno incluso a todo su sector cupular.

El tema mexicano es más complejo que cualquier posibilidad de reducción a términos lineales. México es como un ejemplo de lo que se entiende por formación económico-social porque la entidad, llámesele nación o no, recorre varias épocas y modos de producción y es, sin duda, reconocible en su devenir. Esto ocurre de una manera más clara aquí que en cualquier otra formación de América Latina, quizá porque es un país más reconocible a lo largo del tiempo. De manera que, en la sucesión de sus momentos constitutivos, hablamos más bien de reestructuraciones de este fondo histórico que de un único y definitivo momento constitutivo.

De otro lado, es difícil detectar tan amplios actos de constitución de la multitud, que son a la vez sanciones radicales en la producción de individuos libres, como en el zapatismo y el villismo, que son horas privilegiadas de la historia de América. La propia forma de la guerra en ellos da lugar al lanzamiento masivo de jefes populares, al desarrollo de la iniciativa revolucionaria de los individuos y a experiencias de masa en cuanto a la decisión estatal. La propia transición ejidataria y la industrialización como única respuesta posible a poderosos movimientos regionales resumen el programa que se impone como fuerza de los hechos, un programa que emerge de los movimientos de la sociedad. Con todo, esto mismo produce un fenómeno que también hará escuela en la América Latina, que es la cuestión de las masas en estado social de fatiga. En ambos casos, un vastísimo proceso de democratización social, en el que sin duda la sociedad civil demuestra una superioridad escondida pero brutal sobre el Estado político, en su forma oficial u obsoleta, da lugar sin embargo no a la transformación de la subversión revolucionaria en Estado, sino a su mediatización en el Estado, por medio de la aparición estructural de la clase general o clase política. De hecho, puesto que los bandos en revuelta eran clases incapaces de representarse a sí mismas, o sea, de obtener un programa orgánico para toda la nación, dieron lugar a que surgiera este estrato, la clase general, que es específico de México en América Latina, pero un requisito de la existencia de todo Estado moderno. Esta es la base material o social de la burocracia y sin esa base lo burocrático no es sino una pretensión.

La astucia del Estado se convierte a partir de entonces en una escuela o cultura y no hay duda de que las reglas estuvieron claras desde temprano en cuanto a que la legitimación es el fin principal del Estado y la supresión política su alternativa. En todo caso, tampoco la irresistible se adquiere por la mera violencia; se necesita que conste que la violencia tiene una validez estatal o sea que es una irresistible con relación a fines. El testimonio de la violencia general y la adhesión al principio legitimador se vieron alentados después con grandes desplazamientos demográficos y de recomposición de las distribuciones sociales como consecuencia de un proceso de industrialización bastante masivo.

Su fruto fue sin duda, en lo inmediato al menos, un grado de despolitización o politización limitada que se parece a las experiencias de los Estados centrales después de los años treinta.

En otros términos, la falsa inferioridad de la sociedad dio lugar a la restitución de su validez en una forma cataclísmica que fue la Revolución Mexicana. Esta, a su vez, capaz a sus anchas de destruir el viejo Estado pero no de organizar un poder congruente con su propia fuerza, dio lugar a la reconstrucción de la sociedad mexicana en términos mucho más avanzados. El Estado, con todo, obedeciendo a ese impulso, se reconstruyó con mucha más certeza y penetración y durante mucho parecía que aquí todos podían equivocarse menos el Estado. Adquirió entonces el Estado una nueva superioridad sobre la sociedad civil, que se funda en la desorganización sistemática de la autonomía de la sociedad civil y su reorganización corporativa en formas prebendales o distribucionistas que se subordinan siempre a la lógica central de legitimación, la despolitización de las masas, que es extensa pero común a los países con los llamados proletarios de primera generación, la predictibilidad social, que se hace un arte local y su consecuencia más importante que es la existencia de una avanzada clase política.





## 10

# PROBLEMAS DE LA CULTURA, LA CLASE OBRERA Y LOS INTELLECTUALES (1984)\*

LA RELACIÓN ENTRE la creación intelectual y la clase obrera se vincula de un modo fundamental al conocimiento de la sociedad. Es por eso que lo que nos preocupa en la presente exposición es la cuestión del margen de conocimiento que tenemos respecto a una sociedad atrasada. Esto también puede decirse de otra manera. Queremos saber si todas las sociedades son cognoscibles, si ese conocimiento puede hacerse lo que se podría llamar un conocimiento de masa o conciencia, si hay neutralidad en la toma del conocimiento o si la colocación clasista tiene algo que ver con el acto de conocer, con la producción de la ciencia y también, es lo esencial, si dicho conocimiento puede ser utilizado por todos los sujetos sociales o solo por aquellos que están dotados para ello por su colocación social. La relación que existe entre el grado de desarrollo de las fuerzas productivas (considerando a las relaciones de producción como el movimiento de las fuerzas productivas y a la superestructura política como el resultado final del movimiento del modo de producción) y la capacidad de autoconocimiento de una sociedad tiene importancia no solo para la teoría *qua* teoría pero sobre todo para la práctica o, mejor dicho, para la conciencia de la práctica.

En este tipo de formaciones económico-sociales, la propia supervivencia de modos de producción diferentes (articulados entre sí bajo la superioridad —dominación— de uno de ellos) o, de hecho, no articulados sino en su punto más formal (como lo que se llama Estado aparente) produce determinaciones muy diferenciadas que vienen desde la base económica para la creación de superestructuras diferenciadas (la orden o impulsión no resulta homogénea) y, en todo caso, da lugar a tareas que o bien corresponden a bases distintas de la periodización europea o bien son tareas que, por ejemplo, comienzan siendo burguesas y se transforman en socialistas

---

\* Publicado en Pablo González Casanova (coord.), *Cultura y creación intelectual en América Latina*, México DF, Siglo XXI, 1984, pp. 284-294. Una parte considerable del texto reproduce un ensayo de 1975: «Clase y conocimiento», *Historia y Sociedad. Revista Latinoamericana de Pensamiento Marxista*, México, segunda época / Separata, núm. 7, 1975, pp. 3-8. También publicado como «El conocimiento social en la América Latina» en Arturo Ardao *et al.*, *La filosofía actual en América Latina*, México DF, Grijalbo, 1976. [N. de E.]

o son tareas rezagadas cumplidas desde una superestructura que ya las ha rebasado. Esto tiene importantes repercusiones en cuanto al conocimiento porque todavía tenemos sociedades no calculables y, por tanto, allá donde no se puede practicar lo que Marx llamó la «iluminación» o sea el conocimiento de lo anterior desde lo posterior, la evaluación misma del canon histórico de la sociedad deviene más bien un arte que una ciencia. Es demasiado evidente que, en estos casos, aprendemos más sobre una sociedad en una insurrección que en un censo.

Para plantearnos después la cuestión del trabajador intelectual, veamos la situación del trabajo intelectual. Es un problema ligado a su circunstancia. Las tareas burguesas, la construcción del capitalismo, de la nación, etc., son distintas de las tareas socialistas no solo por su objeto, sino que se diferencian como tareas mismas, es decir, en su índole. En lo básico, las tareas democráticas de la revolución burguesa pueden ser realizadas desde un punto de partida consciente pero también, en muchos casos, son resultado de una acumulación espontánea o sea de un conocimiento automático de la masa. La conciencia es aquí un requisito escaso; hay una suerte de microciencia, en una sociedad no nacionalizada, respecto de cada situación, Eso mismo da lugar a un gran despliegue de la genialidad de la masa. Lo clásico de esta situación es que frente a la grandeza de los hechos, el rol del conocimiento intelectual resulta muy lateral. En la revolución socialista, en cambio, todas son tareas conscientes. Es el conocimiento verificado, científico entonces, de la sociedad lo que permite la sustitución de todas las cosas. Para formularlo en una tesis a la que volveremos varias veces a lo largo de este comentario, la explotación del horizonte otorgado por la clase obrera permite al intelectual orgánico explotar ese horizonte y aplicarlo al conocimiento de una sociedad por primera vez calculable. La relación entonces entre el proletariado industrial, el intelectual orgánico y la ciencia social es un hecho sin precedentes en la historia del mundo.

Con todo, si hablamos de países que solicitan a la vez tareas burguesas de rezago y tareas ya socialistas, es legítimo preguntarse cuál es el elemento que debe predominar. Es como una contradicción entre la lógica de la igualdad y la lógica de la fábrica y lo que hay en cada acción popular de elemento espontáneamente igualitario parecería coincidir en poco con lo que hay de orgánicamente socialista en la clase obrera. Se podría decir que aquí una forma del pueblo desorganiza a la otra porque pertenecen a momentos históricos distintos en el seno del pueblo.

En principio, sería legítimo afirmar que, puesto que las tareas del socialismo son conscientes (en el sentido de que son la fusión entre la clase obrera y la ciencia social), no podrían proponerse tal tipo de empresas sino aquellas sociedades con capacidad plena de autoconocimiento o sea sociedades plenamente capitalistas no solo con referencia a su modo de

producción, sino también a su superestructura clásica, la democracia burguesa. Es en la democracia burguesa donde la clase mejor colocada desde el punto de vista productivo debe hacer valer su iluminación, su capacidad para reconstruir a la sociedad entera a su imagen y semejanza.

Si aquello fuera así, la historia se convertiría en una sucesión de momentos cerrados. Qué duda cabe de que el momento democrático genera distorsiones en el momento socialista; pero ¿implanta ya tanto en ello su signo como para decir que el hecho como un todo no puede proponerse como revolución socialista? Es la práctica histórica misma la que ha mostrado que las cosas no son así. El resabio puede «enfermar» al socialismo. Eso es verdad. Pero la clase para sí o sea el movimiento socialista es la dominación de lo anterior por lo posterior, la transformación del pasado o atraso en lo actual. Ello vale como decir que se da una cierta irradiación del índice de cognoscibilidad desde el modo de producción dominante hacia los modos de producción articulados a él. Lo que nos interesa es cómo se produce esta distribución de conocimiento o sea cuándo la relación entre la clase obrera y el trabajo intelectual es una *relación con consecuencias*. No en todos los casos, por supuesto.

Uno conoce, como es natural, desde lo que es (aunque es cierto que, en ciertos casos, como en la clase obrera, el ser no se reintegra sino cuando adquiere su autoconocimiento o sea que la clase no es todavía en su verdadero ser). Si eso se acepta, hay que decir enseguida que se necesita ser para conocer. La sociedad no se hace susceptible de ser realmente conocida sino cuando se ha totalizado, es decir, cuando ya nada sucede en ella con autonomía, cuando todo ocurre con relación a todo lo demás, cuando, en suma, todos producen para todos y nadie para sí mismo. Con esto se alude a un complejo proceso que va desde la propia ampliación de la unidad productiva, que aquí es la fábrica, hasta la construcción de una cultura de ciudades, el *continuum* mercado interno-Estado nacional-democracia burguesa, etc.

En este sentido, el marxismo no es sino la utilización científica del horizonte de visibilidad dado por el modo de producción capitalista. Vamos a ver después si la propia clase capitalista puede explotar como ciencia este horizonte de visibilidad al que, sin embargo, inevitablemente da lugar. Horizonte de visibilidad del capitalismo, en efecto. Pero ¿por qué se dice que la conciencia de la burguesía es una conciencia oscura? No es porque amamos a la clase obrera que nos referimos a ella. Es parte de su situación estructural, en la burguesía, el no poder practicar un conocimiento que, sin embargo, es por primera vez posible solo con ella. En otros términos, la sociedad en este tiempo no es cognoscible ni visible sino desde el punto de vista de la clase obrera. Si no se analiza la sociedad en términos de valor o, mejor aún, si se la analiza así, entonces tenemos una suerte de

ilegitimación esencial con la cual una clase no puede sobrevivir. En otras palabras, no se conoce contra uno mismo; al menos, no como clase. Pero si esta sociedad solo puede ser cuantificada y reconocida desde la plusvalía y no desde la ganancia (seudoconocimiento, que legitima a la dominación burguesa pero interrumpe el conocimiento mismo), entonces es obvio que el horizonte para conocer este tiempo es el del trabajador productivo o sea el obrero total, el espacio histórico en el que se está objetivando el socialismo. El proletariado resulta entonces no solo el actor fundamental del proceso capitalista de trabajo, sino también el único lugar clasista desde el que se puede tener un conocimiento capitalista del capitalismo, si así puede decirse, es decir, un conocimiento adaptado a su objeto.

Este tipo de conocimiento desde la clase, es decir, la relación entre la colocación objetiva y la adquisición científica es algo que ha sido expuesto por Marx, en *El capital*, con una sorprendente mezcla de lucidez y de modestia. Es cuando se refiere al razonamiento de Aristóteles acerca del valor.

Según Aristóteles: «5 lechos = una casa» no se distingue de «5 lechos = tanto o cuánto dinero».

Con lo cual se establece una relación condicionada pues la casa se equipara cualitativamente a los lechos. Es una igualdad porque «si no mediase una igualdad sustancial entre objetos corporalmente distintos, no podrían relacionarse como magnitudes conmensurables».<sup>1</sup> Aristóteles puede oler el valor o tener un conocimiento práctico del valor pero no puede organizar científicamente aquella razón práctica. En rigor, como lo apunta el propio Marx, para Aristóteles «es imposible que objetos tan distintos sean conmensurables. Este equiparamiento tiene que ser necesariamente algo ajeno a la verdadera naturaleza de las cosas y por tanto, un simple recurso para salir del paso ante las necesidades de la práctica».<sup>2</sup>

Sostenemos que es aquí donde se dan los elementos para tener una visión objetiva acerca de las condiciones del conocimiento, en cuanto al tiempo y la clase social, vinculados con el trabajo del intelectual. Así, lo que según Aristóteles es imposible (la equiparación real) puede ya ser conocido por Marx; pero no solo conocido: es la base de toda la ciencia social posterior. «La casa —escribirá— representa respecto a los lechos un algo igual en la medida en que representa aquello que hay realmente de igual en ambos objetos, a saber, trabajo humano».

No es que el valor en tiempo de Aristóteles no contuviera trabajo lo mismo que el valor en tiempo de Marx. Aquí podríamos con facilidad

---

<sup>1</sup> *El capital, Libro 1: El proceso de producción del capital*, trad. de Wenceslao Roces, México DF, FCE, 1972, vol. 1, p. 26.

<sup>2</sup> *Ibidem*.

introducimos en el tenaz embrollo acerca de la «época» del valor y otras añagazas. Es obvio que existía entonces trabajo dentro de cada mercancía y además también, sí, trabajo socialmente necesario, como en cualquier otro tiempo. Pero el valor no era la articulación de la sociedad entera. No podemos explicarnos el capitalismo sin la ley del valor; pero tampoco podríamos conocer el valor fuera del capitalismo. Esto es lo que se puede llamar la imputación de la época en cuanto al conocimiento. En el tiempo de Aristóteles, el valor era un valor que no se podía medir y es por eso que la igualdad es la forma de la universalidad de la sociedad moderna. Es, de otro lado, la que la hace ser la primera sociedad cognoscible, aunque no por todos sino desde determinado punto de vista o colocación de clase.

Aristóteles —escribe Marx— no podía descifrar por sí mismo, analizando la forma del valor, el hecho de que en la forma de las mercancías todos los trabajos se expresan como trabajo igual y por tanto como equivalentes, porque la sociedad griega estaba basada en el trabajo de los esclavos y tenía, por tanto, como base natural la desigualdad entre los hombres y las fuerzas de trabajo. El secreto de la expresión de valor de todos los trabajos, en cuanto son y por el hecho de ser todos ellos trabajo humano en general, solo podría ser descubierto a partir del momento en que la idea de la igualdad humana poseyese ya la fuerza de un prejuicio popular. Y para esto era necesario llegar a una sociedad como la actual en que la forma mercancía es la forma general que revisten los productos del trabajo, en que, por tanto, la relación preponderante es la relación de unos hombres con otros como poseedores de mercancías. Lo que acredita precisamente el genio de Aristóteles es el haber descubierto en la expresión de valor de las mercancías una relación de igualdad. Fue la limitación histórica de su tiempo lo que le impidió desentrañar en qué consistía en rigor esta relación de igualdad.<sup>3</sup>

Las inferencias que se pueden sacar de este texto son extraordinarias. La igualdad jurídica es la base del mundo moderno como totalidad. No es suficiente, con todo, que exista la decisión de aceptar la igualdad jurídica; debe además, ser un «prejuicio popular». Ahora bien ¿qué es un prejuicio popular? Hay una ideología de la época que es como el fondo histórico de la revelación del valor o sea del cálculo social. Su momento constitutivo es la acumulación originaria que es a la vez la constitución del advenimiento del individuo, la aniquilación de su identidad precapitalista, su puesta en orden para reorganizar su conciencia como obrero colectivo. Los elementos de la ciencia social, el valor, y del hombre social, nacen aquí al mismo tiempo.

Enseguida, está aquí mismo la tesis del correlato clase objetiva-intelectual orgánico, es decir, la base misma del modo de la adquisición teórica

---

<sup>3</sup> *Ibidem.*

en el marxismo. La igualdad jurídica, en efecto, es condición y a la vez resultado de la acumulación originaria así como de la acumulación capitalista en general puesto que la plusvalía es el excedente que resulta del obrero colectivo, integrado por individuos jurídicamente libres. Es una consecuencia necesaria del momento en que la forma mercancía se convierte en la forma general del valor. Pero la igualdad jurídica es solo una de las maneras, es cierto que la esencial, que tiene el capitalismo de unificar y de globalizar a la sociedad. En otros términos: Marx no escribe *El capital* solo por ser Marx (como genialidad misma, lo habría escrito Aristóteles), sino porque estaba en condiciones de explotar un horizonte de visibilidad de la sociedad que no había existido hasta entonces. Se ha vuelto visible, reconocible y verificable lo que antes era invisible o advertible solo por parcialidades. Pero, aún entonces ¿por qué Marx y no otro cualquiera?

¿Habrá que usar aquí lo que los antiguos llamaban inspiración o endiosamiento? Antes que esto, se debe resolver la cuestión de la imputación clasista del conocimiento. Es cierto que Marx está ya ante la revolución industrial con un perfil definido, la sociedad con un rostro que no hará después otra cosa que crecer sin cambiar su cualidad. Es claro que Marx, por primera vez, explota tal horizonte de visibilidad desde el punto de vista de la clase obrera, o sea una subjetividad privilegiada para una objetividad que existía por primera vez. No es que el mismo modo de producción proporcione un horizonte de visibilidad a una de sus clases y otro en todo distinto a la otra. Pero es cierto que solo una de las clases constitutivas está en aptitud de explotar para sí dicho horizonte de visibilidad general a toda la sociedad, es cierto que no fuera de ciertas condiciones. La diferencia se sitúa no en el horizonte mismo sino en la distinta capacidad para explotarlo.

Después vamos a volver sobre la tesis de que el conocimiento de una época solo está en las manos de su clase universal, es decir, de aquella que no puede pensar en su propio destino, sino comprendiendo a la vez a la sociedad entera. Volvamos a lo anterior. ¿Por qué Marx? En primer término, esto es una petición de principio, porque la proposición teórica misma no puede ser hecha por una clase entera aunque tenga un contenido clasista. Si volvemos a recorrer los textos en los que Marx se ocupa acerca del proceso del trabajo, advertiremos que ellos van formulando en la teoría las preguntas que preexisten en el sentido común del obrero mismo. Esta es una experiencia que hemos tenido todos cuantos hemos estado alguna vez en contacto con la clase obrera. El principio de que se es explotado es tan esencial en los obreros como el dogma de la igualdad jurídica. Es de veras un «prejuicio general». ¿Será porque han leído *El capital*? La consecuencia primera de esto es que la hipótesis en la ciencia social está puesta por la clase. Esto empero es tan cierto como que la clase obrera no está en condiciones de responder por sí misma a las hipótesis que sin embargo objetivamente plantea. Aún así, queda pendiente el rol de los intelectuales.

Debe decirse en principio que la creatividad no es un atributo específico de ningún sector social. Está en la raíz del hombre la lucha por la creación. Esto, que es casi un instinto, debe como es natural someterse a las condiciones en que opera. En último término, solo hay dos clases de intelectuales: los intelectuales del orden y los intelectuales de la negación del orden. Los primeros, cualquiera que sea su nivel técnico como intelectuales, no son verdaderos intelectuales porque el rol de estos es controvertir las cosas allá donde los otros hombres comunes no las controvierten. Pensar, en efecto, es cuestionar el mundo. No lo puede hacer hasta sus últimas consecuencias un hombre situado en lo previo. El encuentro de Marx con el horizonte de la clase obrera es entonces la fusión entre el cuestionamiento intelectual del orden y el cuestionamiento estructural del orden; puesto así, sin lugar a dudas es un encuentro casi necesario. Para eso, era necesario que se tratara de un espíritu en estado de disponibilidad, es decir, de una mentalidad no previamente situada. Este momento de la gratuidad de la hipótesis intelectual puede mostrarse, con todo, como algo muy falaz. Aparte de que las preguntas que se le ocurren a cada individuo son a la vez las preguntas que coloca en él la sociedad, sin embargo se ve desde el principio a Marx buscando las preguntas de los hechos y no sus preguntas en los hechos. Aquí el *élan* de la historia es más poderoso que la mera contemplación. La fascinación del espectáculo de los hombres reales es el punto de partida para la existencia del intelectual orgánico. El criterio de la práctica es aquí el decisivo. Es la práctica social la que propone las hipótesis; es la práctica social la que habrá de ratificar la elaboración teórica que de ello resulta. En su más elevado momento organizativo, el obrero colectivo se transformará en Estado al fundirse con la ciencia que ha originado. La mediación inevitable para ello es la que practican los intelectuales. «Sin intelectuales —lo ha escrito Gramsci— no hay organización».

Aunque no es propósito nuestro hacer un análisis de probabilidad causal sobre los intelectuales, con todo, es cierto que ellos provienen en su mayor número de las zonas clasistas con disponibilidad. Puede darse, es claro, un intelectual de origen burgués, un intelectual de origen proletario. Sin embargo, puesto que ambas situaciones tienden a situar a los individuos y tienen la fuerza para hacerlo, el margen posible será mayor cuando atendemos a los grupos intermedios. Pequeño-burgueses, trabajadores asalariados no productivos, profesionales liberales. Tendemos a suponer que esto ocurre porque aquí el margen de gratuidad o de no situación previa es más considerable. Pero también tiene que ver con las características grupales. El hombre intermedio, lo que se dice en general el pequeño burgués, es un hombre dilemático. El conjunto de sus ritos cotidianos lo muestra como gente hecha a la imagen y semejanza de la dominación burguesa. Es como un burgués ridículo. Pero a la vez suele ser un asalariado. Este



desdoblamiento marcará toda su actuación. Es lógico que este sea el lugar clasista de la imaginación individual y aún del individuo mismo. La inconsistencia de los pequeñoburgueses es solo comparable a su creatividad. Si a eso se añade el que los instrumentos de la reproducción científica, tecnológica y aun ideológica suelen ser monopolizados *last term* por los hijos de la burguesía y los grupos intermedios, tenemos como un retrato de lo que será el intelectual: el hombre que duda en nombre de los que no dudan nunca; la clase que, perdiéndose a sí misma, proporciona sin embargo los *hombres necesarios* a todas las clases.

De la duda viene la creación; ver el mundo como problema y no como un conjunto de verdades reveladas es quizá lo mejor que se puede dar como substrato espiritual en todas las instituciones de enseñanza. Retornando por un momento a la base de estas disquisiciones, intentemos ver ahora por qué Marx fue el primer intelectual orgánico de la clase obrera. En la elucidación biográfica de su pensamiento, es fácil ver el estado de disponibilidad en que se colocaba siempre Marx respecto a cada problema. En el primer Marx *v. gr.* el partido se identifica con la clase objetiva; la clase obrera es inmediatamente el partido obrero. Es la insurrección del 48 la que propone, por decirlo así, la hipótesis del partido. La idea del Estado proletario o dictadura del proletariado no existe ni siquiera como mención antes de la Comuna de París. Eso para no mencionar otros conceptos más precisos: lo que Marx indica como trabajador productivo no se puede conocer ni siquiera con la lectura de *El capital*; debemos relacionar este texto con los *Grundrisse*, etc. En todo caso, siempre las hipótesis están dadas por la masa; pero es la libertad de espíritu o disponibilidad intelectual lo que las convierte en una afirmación científica. La práctica de la masa es ya su ratificación como ciencia.

Aquí podríamos decir que está la gloria del intelectual; pero es una especie de moralidad o rebelión. Con todo, es mucho más frecuente una historia a la manera de la de Hegel, cuya premisa es, después de todo, la defensa del orden existente. Hegel crea las premisas del marxismo pero este es el aspecto involuntario de su creatividad: su punto de partida es la defensa del Estado prusiano. ¿Dónde podría en efecto localizarse al intelectual sino en el momento de la reproducción social? Sabemos bien que en el capitalismo, la reproducción no es más automática porque es un carácter del modo de producción, la reproducción en escala ampliada. Debe prepararse. ¿Quién la debe preparar? El experto de la reproducción, el intelectual. Es obvio que la masa de los intelectuales está continuamente travistiendo, embelleciendo, escondiendo, perfeccionando, para decirlo de una vez, regalando toda la verdad del mundo al servicio de una metáfora feliz. ¿Quién podría negar que la masa de nuestros intelectuales trabaja en el oscurecimiento de las cosas y no en su revelación? Se diría que este es el

rol natural de los intelectuales en una sociedad en la que la dominación ideológica es mucho más importante que la coerción misma.

Para referir estas acotaciones al asunto de la reunión, a su asunto general, quiero hacer un comentario sobre esto que se ha llamado la cultura obrera. Si por esto señalamos la cultura que produce la clase obrera por sus condiciones de clase y su devenir político, se podría aceptar tal apelativo. Pero en rigor no existe una cultura obrera. Sin duda, el tema mismo de la cultura se ha prestado y se presta a su uso equívoco, término feliz para todo consumo; a lo que puede llamarse una visión culturalista de la historia. Para los latinoamericanos, con una connotación particular: se nos ha dividido en todo y, sin embargo, lo único que nos queda en común es tener una cultura común. Aquí suceden las cosas de un modo invertido. En todas partes la así llamada cultura nacional es un resultado de una unidad económica y social de la nación; aquí, es como si le estuviera antecediendo. Parece natural que invoquemos lo que tenemos. Quizá, empero, estemos aquí frente a uno de los clásicos errores de la buena voluntad.

Es conocido el supuesto: la lucha se produce entre culturas y no entre clases. Es un supuesto de los eurocentristas y de la derecha en general. De aquí a la defensa de la cultura occidental y a la carga del hombre blanco no hay más que una sola continuidad. Con la emergencia de los pueblos coloniales y semicoloniales, que va acompañada de la necesaria construcción de naciones en el sentido moderno y, por consiguiente, del reconocimiento de su identidad cultural como requisito de la formación de su ideología nacional, el problema se hace aún más complejo porque aquí ya tenemos el uso progresista de un concepto reaccionario. Si el supuesto entre los occidentalistas a la manera de Weber y cuanto europeísta se ha producido, hasta los más marxistas, era que la lucha del mundo es una lucha entre culturas o que, por lo menos, esta cultura, la europea, da a la lucha de clases y al marxismo un color propio únicamente de allá. Aquí, en el caso del culturalismo de los pueblos oprimidos, se aplica la misma tesis, originaria de los países opresores, pero desde otro punto de vista: desde el punto de vista del país oprimido.

Tenemos así un primer orden de reduccionismo. Podríamos mencionar otros. La historia del *proletkult* o de la revolución china están a la mano en nuestra memoria y es indiscutible que, en su momento, se dio la tendencia a proseguir las poderosas tendencias orgánicas del proletariado con la teoría de la cultura proletaria, etc. El chauvinismo no es solo espacial; puede ser clasista también.

Si por cultura entendemos el aspecto universal del hombre, si asignamos al término la grandeza un poco trágica del todo humano, la parte del todo cósmico que el hombre ha apropiado para sí hasta constituirla

en su propio universo, entonces, aquellas concepciones son en el hecho un empobrecimiento absurdo del concepto de cultura. En esto, como es natural, se identifica a la cultura con la acumulación humana, consciente o inconsciente, su reservorio histórico o fondo orgánico. La marcha de los hombres hacia su unidad como hombres es parte de su proceso de desalienación general como especie misma. La libertad, si tiene algún sentido, es este sin dudas. De esta manera, cuando se habla o se escribe acerca de la cultura burguesa o proletaria, de la cultura occidental o latinoamericana, no debe hablarse *stricto sensu* sino de la manera o determinación dentro de las que una clase o un continente o una nación tratan de apoderarse o expropiar para sí aquella acumulación, acto que, por sí mismo, es también un episodio de la formulación de la cultura entendida como la identidad universal del hombre. Si consideramos, que en esta época, el proletariado es la clase universal, es precisamente, porque es la clase capaz de llevar en su seno a la cultura universal y no porque trate de imponer su propia forma cultural a las demás. Es indudable que la aplicación de aquellos términos particulares no tiene otro sentido que el heurístico.

¿Cómo podemos entonces relacionar —relacionar es determinar— las ideas de cultura y clase? En su apariencia, se diría que no hay dos conceptos que sean más opuestos. El propio planteamiento de clase sería una negación, relativa al menos, de la cultura reconocida como totalidad humana. El problema, empero, está lejos de ser tan simple. El proletariado es la más particular de las clases; por eso mismo, es la más universal de todas. No ha existido nunca una clase con estas características objetivas; no hay ninguna que, por eso mismo, esté tan sobredotada para comprender y apoderarse en su espíritu de la totalidad social. Porque, de otro lado, la contradicción entre el carácter universal de la cultura (la cultura verdadera) y su modo particular de producirse (la falsa cultura) es una contradicción que ha dejado de ser global desde el momento en que existe la historia del mundo. Precisamente, son los occidentales, que son al mismo tiempo los que llevan más lejos esa suerte de racismo cultural, la prueba de aquello. Una civilización que usa los números árabes, la pólvora y la imprenta de los chinos, que ha debido utilizar los tubérculos y maíces sudamericanos para la hora de su expansión demográfica industrial no parecería la más indicada para esta suerte de particularismo. Pero es un hecho que, antes de la unificación histórica mundial, la propia noción de cultura humana no tenía sino un contenido metafísico. Era una metáfora para uso de filósofos. Esto invoca de alguna manera la diferencia que se hizo en la filosofía alemana entre civilización y cultura. Según ellos, los de aquel momento, la cultura representaba el ámbito de la creación espiritual del hombre y la civilización el lado de la creación material. Sobra decir que la totalidad es siempre un principio más vigente. Si las cosas fueran así, debería decirse entonces que

toda civilización ocurrirá dentro de su cultura, que la cultura vive de su materialidad o civilización a la vez. Es el desarrollo del capitalismo como civilización lo que nos permite a nosotros tener la idea no metafísica de una cultura universal.

Los hombres sabemos —es algo que se sabe— que hay un algo que es común a toda la raza humana, un substrato de la especie; pero no tenemos las cifras que puedan darle el contenido de un todo imputable a cada hombre. Es el desarrollo de este hecho, el más importante de toda la historia, la unidad material del mundo, lo que nos da los elementos para plantearnos los problemas de la diversidad del mundo.

El concepto de cultura, por tanto, comprende lo que se cree y lo que se sabe, pero también lo que se hace. Está dentro de esto una forma de creer, una forma de hacer y una forma de la práctica, como invasión de las cosas. En ello, haga uno lo que haga, está practicando siempre sus determinaciones. Es decir, detrás de uno está todo lo que uno es, como determinación múltiple. Con todo, si situamos el problema en el punto de la iniciativa cultural, es legítimo distinguir entre los aspectos horizontales de la cultura y los verticales. De los segundos, hemos hablado ya. Se refieren a la imputación del individuo en el orden del conocimiento o la creación en general (por qué Marx). Pero la cultura horizontal es el movimiento espontáneo, anónimo y general de la creatividad de la masa. Cualquier sociólogo que se haya aproximado alguna vez a las gentes de carne y hueso sabe bien que hay una imaginación de la masa, una memoria de la masa, una organización de la masa. Habíamos hablado de la hipótesis de la masa como una aplicación de la fuerza productiva particular llamada por Marx «fuerza de la masa» al plano del conocimiento social. Habría que discriminar también entre el momento de perplejidad de la masa, el momento de recepción y el momento de creatividad. Hay momentos en los que la iniciativa de la masa es determinante de una manera poderosísima, como el momento de la crisis revolucionaria. No es una casualidad, por lo demás, que los momentos de creatividad en cuanto a las ciencias sociales estén tan claramente vinculados a las crisis históricas o sea al momento de la iniciativa de la masa. La relación entre conocimiento y crisis no está resuelta; pero quizá nunca podamos ver a la sociedad tal como es sino cuando su crisis desgarrara, quizá nuestros esfuerzos por cuantificarla y conocerla en su momento perplejo no sean sino una fantasía. No es una coincidencia solamente que Marx viviera y escribiera entre una crisis y otra en la formación de Europa.

Lo que nos interesa es conectar el concepto de proposición horizontal de la cultura al de la acumulación de clase en el sentido obrero. Es la colocación estructural la que induce al proletariado a ser base del conocimiento social. La situación de la burguesía la induce a no conocer, a oscurecer. Los tiempos del Ilusionismo y la Ilustración están muy lejos ahora. ¿En qué

fundamos empero este privilegio? La clase obrera tiende a ver a la sociedad como algo que se puede explicar de modo racional, como algo reductible a la explicación racional. En primer lugar, el obrero ha tenido que romper con su tradición para llegar a ser obrero. Es difícil pensar en un desgarramiento o ruptura más drásticos. Es también la ruptura de todas sus supersticiones, criterios mágicos, prejuicios cristalizados. Hay también eso que bien puede llamarse la lógica de la fábrica en sus dos aspectos, como lógica de la producción o sea de la subsunción real y como lógica de la explotación. Aquí, el reconocimiento de la igualdad común es el principio de la organización. La concentración, en la que la ciudad es la continuación de la fábrica, y el mercado nacional y la nación misma la continuación de la ciudad, eleva la base dada por la igualdad jurídica y, por eso, el propio sindicato y después el partido proletario no son sino prolongaciones orgánicas de la lógica de la fábrica. En cambio, la dispersión de la pequeña burguesía y de sus sectores adscriptos (en lo principal, los asalariados no productivos) les induce a una mentalidad de recibimiento ideológico: sea adoptando una explicación irracionalista de la sociedad, como en el fascismo y el existencialismo, o ratificando un modo degenerado de conocimiento de la sociedad porque, cuando se está aislado, la capacidad de autonomía es pobre y se tiende al acatamiento de la explicación oficial, autoritaria, en último término, de todas las cosas. Es su propia consistencia (o inconsistencia) clasista la que les impide tener un conocimiento de rebelión respecto de la ideología de la clase dominante.

En un proceso contradictorio, este propio horizonte de visibilidad que solo puede ser, por su índole, explotado por una sola clase social, tiene sin embargo su punto de partida en la desintegración del viejo individuo, en la enajenación o ruptura que sufre el productor individual. Es Marx quien advierte que «en el momento mismo de la manufactura se secciona al individuo mismo, se le convierte en un aparato automático adscripto a un trabajo parcial». «Los conocimientos, la perspicacia y la voluntad que se desarrollan aunque en pequeña escala en el labrador o en el artesano independiente, como en el salvaje que maneja con su astucia personal todas las artes de la guerra, basta con que las reúna ahora el taller en su conjunto. Este proceso de disociación comienza con la cooperación simple, donde el capitalista representa frente a los obreros individuales la unidad y la voluntad social del trabajo. El proceso sigue avanzando en la manufactura que mutila al obrero, al convertirlo en obrero parcial. Y se remata en la gran industria, donde la ciencia es separada del trabajo como potencia independiente de producción y aherrojada al servicio del capital».

Obrero parcial, parte por lo mismo del obrero colectivo, ser no individual. La conciencia empero corresponde al ser, y por tanto una conciencia individual nada puede aquí donde el ser se ha hecho ya colectivo. La

destrucción de su ser individual es la condición para que aparezca el horizonte de visibilidad general y por eso, la ciencia que se produce a partir del uso de dicho horizonte es también el único rescate de los hombres en su nuevo ser, que es su ser colectivo. No pueden más recuperar la vieja conciencia de individuos produciendo como individuos, capaces de comenzar y concluir un producto. No pueden, en suma, rescatar la conciencia de lo que ya no son, y pueden solo adquirir la conciencia de lo que son. La conciencia de clase es así el más alto momento del conocimiento del capitalismo.

Se podría, es claro, distinguir entre el sector del obrero colectivo apto para esa explotación (del horizonte de visibilidad) y el que no lo es. El siervo, por ejemplo, al huir hacia la ciudad o al incorporarse al taller por la desvinculación deviene un obrero conservador, un *obrero de primera generación*. Sabemos en la América Latina cuán campesinos son todavía los obreros de primera generación. Ha hecho un acto de adquisición fundamental, ha pasado de la servidumbre a la libertad jurídica y, por ende, tiene la gratificación en su propia nueva condición obrera y será, durante algún tiempo, un obrero conservador, proletario de mentalidad no proletaria. Es un proletario con la cabeza campesina.

En el artesano, al convertirse el taller en empresa capitalista, al cumplirse la subsunción formal, la adquisición es de otro tipo: es una adquisición que se refiere a la extensión de su condición y no a la instalación de esa condición. Pasa de una manera de ser libre a otra; su adquisición radica en la ruptura de la petrificación corporativa y por eso tiende a tener cierto grado de sentimiento estatal. Es el mercado el que le permite comunicarse con hombres de su misma condición y lo convierte de un estamento local en clase nacional. Es un hombre, por decirlo así, sin resabio. Por tanto, es aquí donde se organiza el sector avanzado del proletariado y donde se asienta la posibilidad de la fusión entre la clase que posibilita el conocimiento y el conocimiento mismo o ciencia social. Ciertamente es que el proceso político puede hacer avanzar por saltos a una clase obrera, rebasando su propia inserción estructural.

Esto todo pensando en los orígenes de los movimientos obreros. Nosotros, empero, hemos nacido cuando el marxismo o sea la ciencia social ya existía y por eso podemos preguntarnos si la ciencia social es inmediatamente utilizable por nuestros movimientos obreros como un todo y desde el principio. Es una pregunta acerca de la validez del conocimiento en el espacio. La respuesta debe ser a nuestro juicio inmediatamente negativa porque, de otra manera, las grandes derrotas obreras serían solo el fruto de cierta falta de lecturas. En la subsunción del socialismo científico a la realidad concreta de una formación social (con frecuencia capitalista solo en principio), se tropieza con varios obstáculos.

En primer lugar, como es natural, la propia incorporación del instrumento científico por parte de los transmisores (los intelectuales) no tiene por qué ser eficiente. Hay una astucia de la ineficiencia que proviene del rol del intelectual como funcionario público, es decir, como agente de la reproducción. El marxismo latinoamericano, por ejemplo, está anegado de posiciones nacionalistas burguesas, por posiciones populistas, campesinistas, marginalistas y antiobreras.

En segundo lugar, en lo que es mucho más importante, cada clase obrera, en su propio escenario nacional o área política recorre en la práctica las mismas etapas iniciales de las demás. Desde la hora en que no es sino un agregado recargado por los resabios o una minoría tan rodeada por un ejército industrial de reserva no demasiado separado del lumpen, momento en que sus capacidades de conciencia no son mucho más altas que las de los campesinos o los grupos medios, en fin, desde aquí hasta el instante de la elaboración de su conciencia verdadera, hay un gran trecho. Incluso cuando ya se ha conformado como clase objetiva, es decir como clase en sí, con resabios que son ahora negligibles, aún así es preciso que viva todavía sus propias frustraciones empíricas, que viva una práctica de vida a un conocimiento intentado desde un método no correspondiente. No basta que el horizonte de visibilidad exista. Debe surgir en la historia real, en la materialidad de la clase, el apetito por la fusión y, desde luego debe haber quién le proporcione los elementos de la fusión.

Volviendo ahora a la hipótesis de masa, las propias preguntas del oprimido no son válidas sino en cuanto existen dentro del único sector que es de la misma dimensión que la sociedad actual. Son preguntas que, en suma, han de referirse a la acumulación de la clase. La acumulación en el seno de la clase es algo que concierne, por tanto, a los contenidos objetivos del desarrollo de esa sociedad así como a su sucesión táctica. Al margen de la acumulación en el seno de la clase obrera es imposible pretender que la fusión exista. Sin este apetito en la clase pertinente, la llamada creación intelectual tampoco operará. La clase obrera es la condición de la ciencia social, pero la ciencia social que es el trabajo de los que hacen la ciencia, de los intelectuales, es la condición para la victoria de la clase obrera.













